

EL INVIERNO DE LAS ÁGUILAS

EMILIO DÍAZ LARA



EL INVIERNO DE LAS ÁGUILAS

EMILIO DÍAZ LARA

© Emilio Díaz Lara, 2019

© Diseño de cubierta: Sol Taylor

© Maquetación del libro: Manuel Miranda (<https://manuelmirandaj.es>)

© Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier de los formatos comerciales, tanto impresos como digitales, así como en cualquier otro soporte, sin consentimiento expreso de su autor.

*«Tiene sin duda mucho mérito vencer en el campo de batalla; pero se necesita más
sabiduría y más destreza para hacer uso de la victoria»*

Índice

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Agradecimientos](#)

PRÓLOGO

—¡Hijo mío! No has podido aguantar al sueño...

El viejo tullido hablaba con dulzura a su discípulo, su joven diácono y cronista, quien yacía con la cabeza sobre la áspera mesa de madera, mientras le palpaba los hombros y le mesaba tiernamente sus abundantes y negros cabellos con sus huesudas y temblorosas manos de anciano próximo al final de sus días.

Analfabeto en los lejanos años de su juventud, había aprendido a leer y a escribir en latín y en griego en su madurez como diácono de la Iglesia, pero ya era incapaz de trazar una línea debido al temblor de sus débiles y doloridas manos y a la escasa luz que quedaba en sus ojos.

Unas hojas de papiro, un pequeño tintero de bronce con tinta negra en su interior y un cálamo de escriba, aún en las manos del joven sacerdote, parecían haberse rendido también al implacable sueño de la noche; las lámparas de aceite iluminaban tenuemente el aposento de la cueva donde se ocultaban, pero eso ya no importaba, pues el viejo Orestes, obispo de Capadocia, al que la muerte rechazaba, estaba casi totalmente ciego y apenas podía ya sostenerse en pie sin ayuda. Sin embargo, a sus noventa años de edad, conservaba la luz del raciocinio y la claridad mental que le permitían ahora, al final de su extraña y agitada vida, dictar esta historia y el relato de un tiempo de guerra y persecución, la historia que aconteció hace ya mucho tiempo en su inmadura juventud, el asesinato del joven César Severo Alejandro y la tiranía del enloquecido Maximino el Tracio, y las turbulentas vidas del centurión Marco Valerio Celer y del soldado Gannicus, sus paganos compañeros de aventuras en aquella época oscura y sangrienta, como sangrientos eran los días actuales, y de como el insignificante Orestes sobrevivió al escapar de la muerte y, aun pudiendo él pecar de soberbia ante el Señor, legar lo que aconteció hace ya mucho tiempo a las generaciones presentes y venideras; la historia de las aventuras de unos hombres terribles y

de sus propias dudas de fe, su incansable batalla contra su conciencia y contra el mismo Dios, el mismo que ahora le castigaba al negarle el fin de sus días y el descanso eterno, la paz de la muerte.

Debía darse prisa, pues los hombres del gobernador de la provincia no tardarían en averiguar el lugar donde se ocultaban él y los demás cristianos fugitivos, después de que muchos de ellos hubieran sido enviados a la muerte en martirio para dar testimonio de la verdadera fe que tantas dudas le generó en su juventud, las cuales le atormentaron la conciencia y le condicionaron el proceder de sus actos.

Sí, debían terminar esta historia, pues los impíos paganos que les perseguían para exterminarles usaban perros para descubrir sus guaridas.

Las catacumbas, estas cavernas excavadas en el corazón de las montañas capadocias, un laberinto de túneles donde la oscuridad, el miedo y la desesperanza moran en el corazón de los seguidores de Cristo, ya no eran un lugar seguro donde ocultarse.

El agosto y cruel emperador Diocleciano había decretado el exterminio de todos los cristianos y ni siquiera debía sobrevivir su nombre en todo el territorio imperial; eran especialmente sangrientas las persecuciones en el Oriente, a donde el viejo Orestes de Tesalia, antiguo esclavo fugitivo, pastor de ovejas, cristiano renegado y gladiador, había regresado tras huir, hace ya tantos y tantos años.

Muy pronto vendrían a por él, a enviarle a la muerte, al ansiado descanso eterno, ya que este no llegaba a su lecho, pero sería una muerte terrible, como la de su viejo maestro Antonino allá en la lejana Panonia, cuando era él un joven impetuoso y resentido.

“Yo, Orestes de Tesalia, obispo de los cristianos de Capadocia, antes Pelias el esclavo, al final de mi extraña y violenta vida, cuento esta historia extraordinaria. Que el Señor me acoja en su seno y me perdone por haberme enfadado con Él en mis años de juventud... pronto iré a reunirme con mi esposa y mi hijo en el Paraíso.”

“Señor, dame el descanso eterno y ciérrame ya mis ciegos ojos a la vida. Libérame de esta carga. Yo creo que ya he pagado con creces el precio de mi falta de fe en ti y de mi ira cuando arrebataste las vidas de mi joven esposa y de mi inocente hijo recién nacido; mi deuda contigo está saldada, perdona mis muchos pecados, oh, Señor, mi Dios, escucha la plegaria de tu humilde siervo, dame la muerte en paz.”

Pero, como siempre, Dios no le escuchaba; en cambio, reinaba el silencio en la noche, solo roto por los lejanos aullidos de los lobos de las montañas.

Dios no le escuchó jamás a lo largo de su accidentada vida llena de peligros y desventuras.

Nunca le escuchó.

El sueño venció por fin al viejo, quien se acurrucó postrado en un rincón de la oscura y humilde cueva, con su calva cabeza entre sus delgados hombros.

«Mantened la paz, enriqueced a los soldados y burlaos del resto».

Septimio Severo

Capítulo I

GERMANIA

La hermosa germana gozaba y gemía de lujurioso placer ante las enérgicas embestidas de su amante romano, hasta que los dos alcanzaron el clímax.

Sudorosos y exhaustos, pero satisfechos, ambos amantes se abrazaron desnudos sobre el lecho, la mujer le susurraba tiernas palabras de amor a su hombre en la ancestral lengua de esas tierras, la cual el romano solo entendía superficialmente.

Ella miraba el feroz rostro de su amante, surcado por una terrible cicatriz de lado a lado; un rostro torvo, de mirada adusta, avejentado, pero a la vez vital, cuyos oscuros ojos miraban al vacío de la techumbre de ramas y paja de la casa, sumido el romano en sus pensamientos.

Tal vez recordara a su mujer bárbara, a la que no veía desde joven y la que le dio dos hermosos bastardos a los que ni conocía ni había visto crecer. Fue la única a la que amó de verdad, de la cual no recordaba su nombre, cuando él era un joven león, un duro legionario que fornicaba tras las sangrientas batallas como si fuera el último día de su existencia. Él no supo, no quiso o, tal vez, no pudo retener a ninguna mujer, quizá por su dura e itinerante vida de soldado. Pero el romano ya envejecía y demasiado a menudo se preguntaba si ya era hora de tomar una esposa que le diera más hijos y trabajar las tierras que el Imperio le diera como premio a sus numerosos años de servicio y batallas.

La dorada y larga cabellera y la salvaje y azul mirada de esta hermosa mujer le recordaron a ella; ni siquiera sabía si continuaba con vida. Él acariciaba sus rubios cabellos y la besaba apasionadamente en la boca, hasta que sus lenguas se cansaron de jugar; reposó ella la cabeza sobre el musculoso pecho de él, pensando tal vez en escapar con este silencioso romano de su cruel y borracho marido, un soldado auxiliar de caballería del ejército imperial, perteneciente, como ella misma, a la antigua tribu germana de los nêmes, sometidos por Roma en el pasado. Este era un hombre

amargado, quien la golpeaba y maltrataba a menudo cuando bebía porque la culpaba de parir a todos los hijos que le engendraba prematuros y muertos, por haberse secado ya su vientre y haber perdido los cortos años de su juventud y fertilidad. También la acusaba frecuentemente de adulterio cuando él se ausentaba lejos del hogar con el ejército.

Preocupada y celosa de la desconocida mujer que estaría ocupando los pensamientos de su amante, acarició su imponente torso para volver a captar su atención.

Aunque la imagen de su antigua esposa germana pasara fugazmente por su mente, no era ella ni ninguna otra mujer quien ocupaba los pensamientos del terrible romano en esta primavera.

Este estaba preocupado por la actitud del joven César, de veintiséis años, quien dominado por el carácter autoritario de su ambiciosa madre, había decidido comprarles la paz a los alamanes para que dejaran de amenazar con sus incursiones las fronteras del norte y aceptaran el acuerdo que les ofrecía.

Y Marco Aurelio Severo Alejandro, el César, influenciado por su madre, Julia Mamea, utilizaría oro para apaciguarles, el mismo oro que en gran parte debía pagar a su ejército... y a los temibles pretorianos.

Un año antes, el joven Emperador, de origen sirio, partió hacia Oriente, derrotó a los resurgidos persas y les impuso la paz, pero esta se auguraba inestable y los persas amenazaban otra vez con una nueva guerra para reclamar los territorios romanos de más allá del Éufrates. El joven Alejandro y su madre juzgaron más baratos de sobornar a los salvajes bárbaros del norte que a los refinados y poderosos persas de Asia. Ya pagarían a sus legiones del Rin los atrasos de sus pagas más tarde, tan pronto llegaran los convoyes armados que los transportaban a la ciudad-fortaleza de Mogontiacum^[1], así pensaba ganar tiempo para vigilar los movimientos de sus imprevisibles enemigos de Oriente.

El ejército estaba irritado e inquieto por tal causa, junto a los terribles pretorianos en Mogontiacum, capital de la provincia de Germania Superior.

La ciudad, a orillas del Rin, estaba constituida originalmente por la ciudadela de la fortaleza militar, residencia del gobernador de la provincia y base de las legiones que protegían la frontera del norte y de la flota fluvial que patrullaba el gran río, rodeada por el enjambre de humildes casas y edificaciones que habían crecido a su alrededor, donde mercaderes,

taberneros, proxenetas y prostitutas comerciaban con los soldados y donde también vivían sus concubinas e hijos, así como los veteranos que se habían licenciado y casado por fin con ellas y establecido como colonos.

La espada y el puñal del romano colgaban del lecho, pues Marco Valerio Celer, ex legionario de la temible II Legión Parthica y ahora, por azares del destino y por méritos propios, excepcionales para un plebeyo, centurión de la Guardia Pretoriana, que guardaba la vida del joven Emperador en campaña contra los bárbaros de más allá del Rin.

Hacía ya años, muchísimos años, que el veterano guerrero descansaba y comía con sus armas siempre al alcance de su mano.

Marco apartó a la mujer de sí y se levantó del lecho para enjuagar su rostro con agua fría, pues debía partir a reunirse con su cohorte para proteger al César.

Los rumores de motín de las tropas aumentaron y la madre del Emperador creía que, dándoles vino, comida en abundancia y mujeres, los soldados apaciguarían su justa avaricia y ganaría tiempo hasta que el resto del oro destinado a ellos llegara dentro de algunos meses. Los embajadores de los príncipes bárbaros no tardarían en aparecer para negociar la paz con los romanos, una paz que el ejército, los mismos pretorianos que guardaban la vida del Emperador y el propio Marco creían deshonrosa e injusta— de hecho Roma no había sido vencida en batalla— ya que su oro iba a ser para estos malditos salvajes.

Su amante admiró el musculoso cuerpo de Marco Valerio, surcado de cicatrices recibidas en toda una vida de guerras en remotos rincones del mundo conocido, y también de latigazos, pues él había sido un joven soldado pendenciero y dado a tumultos tabernarios en el pasado, aunque valeroso y disciplinado en la batalla, por lo que fue castigado en varias ocasiones, pero recompensado por sus hazañas en muchas otras más, dado que él era una leyenda entre su antigua Legión, un combatiente extraordinario que llegó a centurión por sus propios méritos.

La puerta de la cabaña se abrió bruscamente y el marido de la germana miró a Marco con sus ojos de borracho inyectados en sangre. Venía de la taberna y había regresado antes de lo esperado de una misión de reconocimiento con su cohorte a lo largo de esta frontera. Portaba su lanza, cota de malla de hierro, casco de bronce con amplias carrilleras y cubrenuca, espada y puñal al cinto, y vestía bajo su armadura una túnica corta de lana

gris, calzones largos, botas de cuero y un capote pardo que le cubría los hombros. El germano insultó en su lengua a su asustada y sorprendida esposa, aún desnuda en el lecho, y arrojó con ira su lanza hacia el romano, quien la evitó, y esta se clavó violentamente en la madera de la pared. El ultrajado marido desenvainó entonces su mortífera espada, pero Marco ya había alcanzado su arma, se arrojó contra su atacante y lo mató de una certera estocada en el corazón con un rápido y mortal movimiento. Desclavó la espada del agonizante cuerpo de una soberbia patada y el germano cayó muerto de bruces sobre un gran charco de sangre.

— Saluda a tus salvajes antepasados de mi parte, perro.

La mujer gritó de pánico e insultó en su lengua ahora al romano, agarró su puñal ,que aún colgaba del lecho, y le atacó para matarle y vengar a su esposo con enloquecidos gritos de odio, pero Marco le sujetó la mano con fuerza y le retorció la muñeca, obligándola a soltar el arma, para agarrarla de sus cabellos y besarla en la boca; así venció poco a poco la resistencia de ella, cuyos fieros golpes y arañazos eran cada vez más suaves y espaciados en el tiempo. Se dejó poseer de nuevo por él, copulada con pasión hasta que ambos alcanzaron de nuevo el orgasmo mientras los ojos sin vida del marido miraban al sucio suelo de la cabaña.

— ¿Tú volver?

La mujer germana hablaba la lengua de los romanos con dificultad y con su acento nortño.

Marco se vestía y cogía sus armas, fingía no oír a la mujer.

Ella insistió.

— Yo tu esposa ahora...

El pretoriano le acarició el rostro y la besó, abrió su bolsa de cuero y le deslizó un puñado de sestercios en su mano, que ella miró sin comprender pero que aceptó de buen grado.

Cargó sobre sus hombros el cadáver del marido y lo ató sobre la grupa de su mismo caballo, al que hizo volver a los cuarteles de los germanos, y montó de un ágil salto sobre el suyo, sin mirar hacia atrás. Mientras, la mujer germana, desde el umbral de su cabaña, pensativa y aún desnuda a pesar del frío de la región, lo veía alejarse cabalgar hacia la fortaleza de Mogontiacum.

Los auxiliares germanos, reclutados entre las tribus de los németes, sugambros, cattos, bátavos y tungrios, antaño encarnizados enemigos de Roma, se alborotaron cuando el cadáver llegó traído por su propio caballo. Exigían

venganza y se disponían a pedir al Emperador que el centurión de los pretorianos Marco Valerio Celer fuera castigado, pues no era esta la primera afrenta del romano, quien les odiaba, como ellos le odiaban a él. Algunos de ellos ya habían probado el frío del hierro de su espada y de su daga o la potencia de sus puños en la taberna, al fin y al cabo las reyertas entre soldados ebrios de distintas unidades eran frecuentes.

Y todo el ejército sabía que Marco se acostaba con esta germana.

Todo el ejército, menos su burlado y muerto marido.

Marco les salió al paso, montado en la silla de cuernos sobre su caballo de corta alzada, con toda su armadura, y habló a los iracundos y barbados soldados rubios con voz potente. Señaló al muerto.

— Germanos, este intentó matarme. Quien quiera ahora luchar conmigo que dé un paso al frente, escoria; volved a vuestros puestos o juro por los dioses que os destriparé uno a uno, perros.

Uno de los soldados se adelantó de entre el numeroso pelotón.

— ¡Pretoriano! Tú le robaste a su mujer; según nuestras leyes él tenía derecho a matarte.

— Y también tuvo el derecho a morir por mi mano si lo intentaba, germanos; apaciguaos.

Un gigantesco germano salió también de entre los suyos, apartándolos con violencia.

— Yo soy Lucio Donario, mi nombre sugambro es Donnar, centurión de esta cohorte. Baja del caballo y ven a luchar conmigo, pretoriano bastardo; no me asusta lo que muchos dicen de ti. Te cortaré la cabeza y me cagaré sobre ella para que las moscas piquen tus ojos.

Marco saltó de su montura, escupió al suelo frente al germano y desenvainó su espada, manchada aún con la sangre del que mató, y el germano hizo lo mismo. Ambos hombres estaban decididos a matarse.

— ¡Deteneos en el nombre del César! Envainad vuestras armas y volved a vuestros puestos. ¡Vamos, obedeced, chusma de salvajes!

El tribuno de las cohortes pretorianas, Cayo Avidio Sura, apareció alertado por el tumulto y al frente de sus hombres.

El llamado Donnar, muy contrariado por el giro de los acontecimientos, miró a Marco con odio.

— Algún día te mataré, pretoriano...

— Algún día te mandaré con tus dioses, germano.

Los auxiliares germanos volvieron a sus cuarteles. Murmuraban maldiciones contra los pretorianos en sus guturales dialectos.

Marco les miró alejarse, envainó su espada y se dirigió a su superior respetuosamente con el saludo militar del puño sobre el pecho.

— Fue en mi defensa, Cayo. Yo fornicaba con su mujer.

Cayo Avidio Sura ignoró la pretendida justificación de su centurión, ya le conocía desde hacía años y sabía de sus andanzas y pendencias, aunque le admiraba y respetaba, incluso le temía algunas veces. También les unía una gran amistad desde hacía años.

— Ven conmigo, Marco, el César reclama nuestra presencia. Los embajadores bárbaros llegarán al alba.

— Lo sé, Cayo, Severo y su madre van a comprarles la paz con nuestro oro. Los hombres están inquietos.

El tribuno Sura señaló a sus hombres y contestó a su imprevisible y violento centurión.

— Los hombres están con las legiones, Marco. El “hijo de Mamea” es débil, desea la paz con los bárbaros para volver a Roma cuanto antes y gobernar con el apoyo de sus consejeros. Severo nunca fue un hombre de guerra.

Marco asintió.

— Sin duda, Cayo, su madre le influye. Ese cachorro debería templar su carácter y valor en la batalla y no bajo las vestiduras de una mujer y de unas viejas gallinas que en Roma le enseñan el camino de los filósofos y las leyes, pero que no conocen nada de las cosas de la guerra. Deberíamos matar al “hijo de Mamea” y a su madre, tribuno, o les darán nuestro oro a esos perros bárbaros sin que nosotros hayamos sido vencidos.

— Estaremos con nuestros hombres y el ejército, centurión Marco Valerio, pero debemos aguardar.

— Bien, Cayo, pero si nosotros no les matamos, lo harán las legiones, que ya están saludando como César a ese gigante que manda la IV, Maximino.

— Sé discreto, amigo mío, y contén la sed de sangre de tu espada; cuando llegue el momento, lo sabremos. Hay demasiadas orejas abiertas por aquí.

Uno de sus hombres se les presentó, saludando brazo en alto.

— ¡Salve, tribuno Sura! El César me ha mandado a por ti, te espera.

— Parece que “el hijo de Mamea” se impacienta, Cayo...

— Sí, Marco, no debemos hacerle esperar.

— ¿A él o a su madre...?

Avidio Sura no le contestó y ambos se dirigieron hacia la ciudadela para entrevistarse con el joven Emperador, mientras uno de sus hombres se llevaba el caballo de Marco a los establos.

Alejandro Severo, junto a su madre, leía y repasaba a la luz de las lámparas de aceite, ya caído el crepúsculo, las cartas de los senadores y juristas que formaban parte de su Consejo asesor en su gobierno en Roma.

La poderosa Julia Mamea ejercía el auténtico poder del Imperio en la sombra. Influenciaba y sobreprotegía a su bien preparado e inteligente hijo, pero demasiado joven y pacífico. Su difunta abuela, Julia Mesa, también ejerció el poder junto a su madre y gobernó el Imperio con mano de hierro: acabó con el despilfarro y la corrupción de la corte del anterior emperador, su también nieto Heliogábalo, y saneó las maltrechas arcas públicas, a fin de recortar el presupuesto del ejército. También le impuso a este severa disciplina porque abusaba a menudo de la población civil; subió los impuestos a los nobles y ricos y los bajó a los pobres y promovió el comercio, la industria artesana y el regreso de la prosperidad al Imperio desde los tiempos del gran Marco Aurelio.

La austeridad y buen juicio de la política económica del joven Emperador rozaban la tacañería, pero era lo que el Imperio necesitaba.

Alejandro no donaba oro a los templos de los dioses, pues decía que ellos no lo necesitaban.

Los recortes, sin embargo, de los gastos militares habían enfurecido al ejército, quienes veían con malos ojos el que Julia Mamea le acompañara constantemente y aconsejara, incluso durante sus campañas bélicas; hacía ya un tiempo que los soldados llamaban despectivamente al César “el hijo de Mamea”.

El propio Emperador, pese a haber divinizado a su abuela, prohibió que le adoraran a él como a un dios y toleró que muchos de los soldados siguieran con cultos asiáticos, como el del Sol Invicto y el de Mitra, ajenos a los dioses tradicionales romanos y también fue benévolo con los cristianos y judíos.

El anciano y sabio Herodiano, el fiel secretario del César, dictaba a los escribas libertos los decretos y medidas de gobierno sugeridas por sus capaces consejeros al Senado de Roma y a los gobernadores de las provincias.

Las órdenes y mensajes iban y venían con una rapidez que jamás se

conoció antes de que los romanos dominaran el mundo, pues estos eran llevados por veloces jinetes que se relevaban en postas a lo largo de las numerosas y magníficas calzadas de su Imperio.

Avidio Sura y Marco Valerio se presentaron en el salón, con el brazo en alto a modo de saludo.

—¡Salve, noble César! ¡Salve, noble y Augusta Julia Mamea!

El joven Emperador debatía tranquilamente con su madre sobre una de las medidas de gobierno que les ocupaban durante la noche que acababa de empezar. Dirigió la vista a sus oficiales pretorianos y les saludó.

—¡Salve a vosotros, mis pretorianos! Venid, mi madre y yo tenemos asuntos importantes que tratar con vosotros, sentaos.

Julia Mamea ordenó salir a Herodiano y a sus escribas, quienes se retiraron con una inclinación de cabeza.

La madre del Emperador clavó la mirada en la de los comandantes de su guardia. Era la mirada de quien estaba acostumbrada al poder y de quien se deshacía de todo aquel que se lo cuestionaba de forma despiadada y sin contemplaciones. Julia Mamea, inteligente y temperamental, era una mujer de fuerte carácter.

—¡Dejadnos solos! Ha llegado a mis oídos, tribuno Sura, que uno de tus hombres ha provocado un tumulto con nuestra caballería germana al matar a uno de ellos, ¿no es así, tribuno?

El tribuno Sura tragó saliva, inquieto, antes de contestar. Pese a ser un duro y experimentado soldado, la mirada de la poderosa Julia Mamea le helaba la sangre. Marco, sencillamente guardaba la compostura con disciplinado silencio, parecía indiferente.

—En efecto, noble y Augusta Julia Mamea, pero fue un asunto de legítima defensa para salvar su vida; mi centurión, Marco Valerio Celer, aquí presente, te explicará.

Los fríos ojos de Mamea se posaron sobre los de Marco, quien le sostenía la mirada sin signo alguno de ser intimidado por ella, aunque era consciente que podía ser castigado por la muerte del soldado.

—Fui yo, noble y Augusta señora. El germano que maté era el marido de mi amante y nos sorprendió. Tuve que matarle o él me hubiera matado a mí.

Julia Mamea se estaba poniendo furiosa. Cayo Avidio Sura temió por la cabeza de su centurión.

—Deberíamos castigarte, centurión. El ejército ya está demasiado

agitado como para que tú lo agites más copulando con las esposas de nuestros soldados auxiliares. Tal vez nos equivocamos en nombrarte centurión, Marco Valerio Celer; eres pendenciero, asesino, en la batalla te dejas llevar por tu ímpetu y tu ira, abandonando la disciplina de la formación y poniendo en peligro la vida de tus hombres, y también eres un indisciplinado e incorregible que frecuenta las tabernas y las rameras con asiduidad...

Marco aguantaba con firmeza la tremenda reprobación de la poderosa señora, que pareció luego suavizar el tono de su voz. Parecía que a la vieja Mamea le agradaba en realidad el rudo y tosco Marco, quizá, más que atracción carnal, creyera ver en él la feroz determinación y austeridad guerrera que hicieron grande a Roma en el pasado. A pesar de su astucia, ella no alcanzaba a imaginar lo cerca que estaba de la muerte en ese momento, junto a su hijo, si se le hubiera ocurrido castigar al terrible Marco Valerio Celer, quien sólo pensaba en el oro, su oro, que estos dos les iban a entregar a esa escoria bárbara para así volver pronto a Roma.

—... pero también eres un soldado valeroso y tenaz, centurión Valerio Celer, solo te exigimos decoro y disciplina. No mates a nuestros soldados y no forniques con sus mujeres.

—Tuve que hacerlo, noble Augusta, o él me hubiera matado a mí.

—Ese germano tenía derecho a matarte, centurión, por haber yacido tú con su esposa. Y esa mujer ha cometido adulterio; tengo entendido que los germanos castigan a las adúlteras quemándolas vivas y al amante le cuelgan por el cuello de un árbol sobre sus cenizas.

—Noble Augusta, los germanos no pueden aplicar por sí mismos la pena de muerte, deben ser las leyes de Roma las que la impongan.

Julia Mamea alzó sus delgados brazos y clamó al techo del salón.

—¡Vaya...! ¡Que los dioses me asistan! Marco Valerio Celer “el jurista”.

Su hijo observaba a Marco con desaprobación y disgusto mientras su dominante madre hablaba, pues aquel promovía la virtud y el decoro de las buenas costumbres.

Marco continuó justificándose con decisión. En realidad, ya estaba hartándose de esta situación y quería desenvainar la espada y hacer lo que las legiones pretendían. Sura también miraba a Marco de reojo, preocupado. Si

asesinaban al César y a su madre ahora, Maximino, el candidato a la púrpura favorito de los soldados, podría ejecutar a los dos oficiales pretorianos por traición, para así legitimar su mandato frente al lejano Senado de Roma.

—Este germano castigaba de forma injusta a su esposa cuando volvía borracho junto a ella, la golpeaba con violencia.

—Si es cierto esto que afirmas, centurión, tómala por esposa y engendra pequeños romanos con ella en estas frías y oscuras tierras y protégela, nuestros germanos piden venganza.

—Esos mismos germanos que claman ahora contra mí ofendidos, noble Augusta, son los mismos que copulaban también con ella, mientras su marido llenaba su panza de cerveza en la taberna.

Julia Mamea abrió los ojos sorprendida por la respuesta de Marco.

—¿Cómo dices, centurión...?

El César intervino para zanjar esta incómoda cuestión, sin importancia real, comparada con el grave asunto por el que habían sido convocados.

—Bien, centurión, siendo así, dejemos ya este asunto, pero te recomiendo que moderes más tus apetencias carnales a partir de ahora, en especial si van dirigidas hacia las esposas de mis soldados.

El feroz e imprevisible centurión inclinó respetuosamente la cabeza, Cayo Avidio Sura respiró aliviado.

—Como ordenes, noble César, yo te sirvo con mi vida.

El joven Alejandro Severo se dirigió entonces al tribuno.

—Bien. Tribuno Sura, necesitamos la completa fidelidad de tus pretorianos.

La posesiva madre del César le interrumpió para corregirle.

—¡Nuestros pretorianos!

—Sí, madre..., de nuestros pretorianos. Las legiones están inquietas y enfadadas con nosotros por querer pactar la paz con los alamanes. Tememos un motín.

El joven Severo hablaba con autoridad y buen juicio, qué duda cabe de que hubiera sido un gran César si hubiera tenido tiempo de crecer y deshacerse de su madre.

—Queremos, tribuno, que mantengas el orden en Mogontiacum y tranquilices al ejército con tus seis cohortes de pretorianos mientras ponemos fin a esta guerra con el oro que entregaremos a los príncipes emisarios de los alamanes. Para ello debéis acudir en mi nombre a parlamentar con los legados

y tribunos de las legiones con el fin de hacerles saber nuestra voluntad y nuestro ánimo de que mantengan la disciplina entre los hombres.

Alejandro hablaba por su madre y por él mismo.

Marco se inquietó, pero guardó prudente y debido silencio.

El Emperador, o su madre, quería usar a los pretorianos para que las agitadas aguas del ejército se calmaran; creían, tal vez ingenuamente, que las legiones escucharían más a ellos que a su César, a quien odiaban.

Pero ni este ni su madre sabían hasta qué punto el ejército deseaba ya su muerte, incluyendo a los pretorianos y a sus comandantes, dos de los cuales tenían ahora ante sí y aún creían leales, pues ellos fueron los que mataron al loco y degenerado Heliogábalo y pusieron en el trono al prometedor Alejandro Severo.

—Como ordenes, noble César. Los pretorianos te aman y te sirven con lealtad.

—Bien, tribuno Sura. Los embajadores bárbaros se presentarán en Mogontiacum mañana al alba; espero total fidelidad y adhesión de tus... de nuestros pretorianos. La disciplina es la mayor virtud de todo soldado, recordadlo, pretorianos. Podéis retiraros.

Y les entregó sus órdenes, con el sello imperial.

El tribuno Sura parecía titubear.

—¿Algo más, tribuno Sura...?

—¿Cuál es la contraseña para esta noche, noble César?

Su madre intervino.

—Será “Lealtad”, tribuno Sura.

Los dos oficiales caminaban con semblante preocupado por la ciudadela de Mogontiacum, antes de compartir con sus hombres la contraseña y reunirse con los generales y oficiales en el campamento de las afueras de la fortaleza.

Los pretorianos eran temidos y odiados por el ejército, y tanto Sura como Marco Valerio no sabían si esta noche continuarían conservando sus cabezas sobre los hombros.

Marco habló a su comandante con franqueza.

—Severo y su madre están muertos, no sobrevivirán a esto.

—Hablabamos con los legados de las legiones, centurión, tal vez deberíamos aguardar a que llegaran nuestras pagas.

—Los hombres no tolerarán atrasos, ni que esos perros bárbaros se queden con nuestro oro.

—Si matamos al “hijo de Mamea” y a su madre, podría haber guerra civil, Marco. Tengo dudas, estamos demasiado alejados de Roma y del Senado. Esa bestia, ese Maximino, podría cortarnos la cabeza, acusándonos de asesinarles para quedar bien en Roma.

Un tumulto procedente de las legiones les detuvo.

No era, como temían, un motín. Los duros legionarios vitoreaban y saludaban a un gigante, un coloso de ocho pies^[2] de estatura, cuyo tamaño y envergadura sobresalían ampliamente respecto a los hombres de su alrededor.

—¡Salve, noble César!

—¡Salve, dios Maximino, nuestro César!

El titán al que llamaban “César” era el legado de la IV Legión Itálica, el general Cayo Julio Vero Maximino, conocido entre sus hombres por “el Tracio” por su origen semibárbaro.

Los demás legados y oficiales del ejército le rodeaban ahora y uno de ellos, el veterano legado Sexto Cornelio Corbulón Emiliano, general de la XXII Legión Primigenia, mientras el gigante se sentaba en el suelo, le colocaba un manto de púrpura sobre sus anchos hombros y una corona de hojas de laurel en la cabeza, que el tracio se palpaba divertido, reía desmesuradamente, ebrio como una cuba.

Los legionarios enloquecieron, excitados, desenvainaron sus espadas y las alzaron a los estrellados cielos del norte.

—¡Salve, César!

—¡Matemos al “hijo de Mamea” y a la puta de su madre!

—¡Sí, vayamos a matarles! ¡Maximino es nuestro César!

Marco agarró el brazo de su tribuno, alarmado por los acontecimientos que se acababan de desencadenar.

—Detente, Cayo, destruye las órdenes del “hijo de Mamea”; él y su madre ya están perdidos y nosotros estaremos muertos también si no apoyamos a las legiones con nuestros hombres.

Pero los pretorianos ya habían abandonado sus puestos y levantaban sus espadas, entrechocándolas contra sus oblongos escudos, y saludaban también al gigante Maximino como a su nuevo César. Ellos además estaban molestos por la férrea disciplina a la que les sometió el Emperador por consejo de su madre y de Ulpiano, antiguo prefecto del pretorio y de la Urbe, quien fue asesinado por los pretorianos amotinados pocos años atrás.

Marco alzó su espada, al que imitó Avidio Sura.

—¡Salve, César!

El ejército y los pretorianos, amotinados, se dirigieron a la fortaleza donde dormían el Emperador y su madre, confiados en la fidelidad de su Guardia Pretoriana, la que franqueó de buen grado sus pesadas puertas a las enfurecidas tropas; aclamaban a Maximino y abrazaban a los centuriones y legionarios del ejército con ese acto.

Uno de los tribunos del ejército, Vitaliano, y varios soldados les salieron al paso y saludaron a las tropas. Los legados le habían enviado para convencer al Emperador y a su madre de que no entregaran el oro a los bárbaros y prosiguieran la guerra.

Los hombres de Vitaliano traían con él, a rastras, al joven y asustado Emperador y a su madre, quien intentaba taparse púdicamente sus desnudos pechos, expuestos al haberse roto sus vestiduras durante la resistencia a ser capturada.

—Han dicho que no y después esta zorra ha llamado a los pretorianos para que me prendieran por traición, pero no había ninguno allí que pudiera cumplir su orden.

Los legionarios rieron y vitorearon a Vitaliano, y clamaban enfurecidos contra los infortunados Alejandro Severo y Julia Mamea, quienes ya no volverían a ver Roma.

—¡Devolvednos nuestro oro!

—¡Ibais a entregarles nuestro oro a esos hijos de perra bárbaros!

—¡Matémosles! ¡Cortémosles las cabezas y clavémoslas en lanzas!

El joven Alejandro, aterrorizado, rompió a llorar, imploraba inútilmente clemencia a los terribles legionarios mientras su altiva madre le miraba con desprecio.

—¡Nooooo...! ¡No me matéis! ¡Fue ella, fue ella! ¡Ella siempre decide! ¡Soy vuestro César!

—¡Basta, hijo mío, das lástima! ¡Ten dignidad en el día de tu muerte y muere como un romano! ¡Sé digno de los Severos! ¡Muere como el César! Y vosotros, soldados desleales y traidores, yo os maldigo ante los dioses, vuestros hijos vivirán años de terror, y vuestras tierras serán devastadas por la guerra, la peste y el hambre, que mi maldición caiga sobre vuestras cabezas y descendencia.

Los feroces y supersticiosos legionarios guardaron vacilante silencio y

dudaron.

—Los dioses maldecirán a Roma y a vosotros a mi muerte, sold...

Pero Vitaliano interrumpió a la aún altiva dama romana, hasta hace poco la mujer más poderosa del Imperio, abofeteándola y haciéndole sangrar el labio.

—¡Guarda silencio, maldita ramera desvergonzada! ¡Ladrona!

El joven Severo lloraba, era alguien muy diferente a aquel que al frente de sus legiones venció a los persas en Oriente.

—¡Madre...!

Los legionarios volvieron a mostrar su ira, reclamaban que les fueran entregados para arrebatárles sus vidas.

—¡Matémosles, matémosles!

—¡Acabemos con estos dos!

—¡A muerte con ellos!

Vitaliano los agarró a los dos de sus cabellos y los arrojó a la chusma enfurecida, quienes los golpearon de forma salvaje hasta la muerte, con puñetazos, patadas, pisotones; los apalearon con los fustes de las lanzas y con varas. Pronto sus gritos cesaron en medio de un gran charco de sangre.

El cadáver de Julia Mamaea fue desnudado y ultrajado por estos energúmenos y las cabezas de ambos cortadas y clavadas en lanzas, que fueron llevadas por los jubilosos legionarios a la presencia de Maximino el Tracio, nuevo César del mundo romano.

El gigante se presentó a las tropas aún medio borracho, las cuales le aclamaban como a un dios entrechocando sus armas y escudos, y, todavía ebrio y vacilante, se dispuso a arengar a su aguerrido ejército, con su fuerte acento tracio, su imperfecto latín y su atronadora voz, más de bestia salvaje que de hombre.

—¡Soldados! ¡Romanos! Me habéis nombrado vuestro César. Os juro, mis leales soldados, que os cubriré de oro y botín. El oro destinado a esa basura bárbara no se entregará y será, en cambio, para vosotros, mis soldados, sus legítimos dueños. La guerra contra esos bastardos continuará y os permitiré el saqueo, pues marcharemos para expulsarles de Retia, cruzaremos el Rin y les destruiremos en su propio país,— dirigió su vidriosa mirada hacia el infinito— y os llevaré hasta las bárbaras tierras ignotas del norte, las que un romano no ha pisado antes, de donde los mercaderes del ámbar cuentan que sus hielos no se funden jamás y que sus noches son eternas, y os cubriré de

gloria, superando a las legiones del divino Julio y de Trajano, y llevaré las fronteras del Imperio hasta los confines del mundo y todas sus riquezas serán para vosotros, mis valientes legionarios.

El ejército le aclamó excitado, haciendo sonar sus armas y escudos de forma aterradora.

—¡César, César, César....!

Las cabezas cortadas y clavadas en lanzas, de los malogrados Alejandro y su madre, parecían también aclamar la arenga del grotesco gigante de manera cómica, subían y bajaban, portadas como si fueran terroríficos estandartes por enfervorizados legionarios que se bañaban con su sangre, aún fresca.

También el centurión Marco Valerio Celer y los pretorianos le aclamaban, extasiados por la estatura y fortaleza del coloso y animados por las promesas de gloria y de botín; sobre todo de botín.

Marco empezaba a amarle; le había visto con su gran armadura y había oído hablar de él y de sus hazañas. Admiraba su gran fuerza y determinación, y creía que, bajo su mando, los romanos acabarían sometiendo de una vez por todas a esos malditos bárbaros, cada vez más osados y poderosos. Volverían a extender su dominio hacia el frío norte; saquearían, matarían, violarían, destruirían y robarían, sacando de esta manera tajada de las comisiones por la venta de los numerosos cautivos que harían.

Como él, Maximino el Tracio había nacido para la guerra y Marco le aclamó hasta perder el aliento de su garganta.

—¡César! ¡César! ¡César!

Sí, le amaba. Le amaba como a un dios.

De repente, el gigantesco borracho alzó sus manazas para ordenar silencio.

—¡Y os subiré vuestro salario a ochocientos denarios de plata anuales!

El ejército gritaba de júbilo, se le había entregado totalmente, incluidos los sanguinarios pretorianos.

Aunque una pequeña parte del mismo no aclamó al tracio, sino al gobernador de la provincia, Décimo Antonio Cloro, y los legados enviaron al tribuno Cayo Avidio Sura con sus cohortes pretorianas para acabar con ellos. La lucha fue breve, pues las escasas fuerzas que se les opusieron se rindieron. El gobernador escapó de sus propios hombres, quienes le buscaban para matarle y entregar su cabeza a Maximino, para salvar así sus vidas.

Marco y sus pretorianos fueron en su persecución: alcanzaron a Antonio Cloro al rompérsele una pata a su caballo y quedar atrapado bajo su peso con la pierna destrozada, se retorció de dolor e intentaba en vano liberarse.

Marco desmontó y se aproximó al lastimoso ex gobernador de Germania Superior.

—Se acabó, gobernador, este es tu fin.

—¡Malditos pretorianos traidores! ¡Perros! ¡Que la maldición de los dioses caiga sobre vosotros y sobre el tracio! ¡No sabéis lo que habéis hecho proclamándole a él...!

Marco se arrodilló junto a él y le acercó su rostro al oído.

—Tal vez debimos apoyarte a ti... ¿no, gobernador?

Y hundió con sus dos manos la punta de la espada en su pecho; le quitó su casco y decapitó su cadáver después, con su caballo aún agonizante.

Al alba, Marco regresó al campamento con sus hombres. Llevaba la cabeza de Cloro atada a su caballo; los centuriones avisaron a los legados del ejército.

Marco arrojó la cabeza a los pies de los generales.

—Esto es lo que queríais. Llevádsela al César y decidle que el centurión de los pretorianos, Marco Valerio Celer, le ha dado muerte.

Cayo Avidio Sura miró a su centurión con respeto y miedo.

No dudaba de que Marco le hubiera matado a él también si no hubiera apoyado la rebelión del ejército y de sus pretorianos.

El brutal Maximino no perdonó a las escasas tropas que no le secundaron y las hizo ejecutar a la vista de todo el ejército con una invocación a la diosa Disciplina. Los soldados fueron azotados con varas y luego decapitados, y sus cabezas fueron clavadas en lanzas, junto con la del gobernador Cloro.

Los pretorianos saquearon la residencia del anterior Emperador y de su madre. Buscaban oro y plata, pero pronto se sintieron decepcionados al no encontrarlos, pues el austero Alejandro Severo negaba toda ostentación y prefería destinar las joyas y metales preciosos para su fundición y acuñación de monedas. Esto encolerizó a los asesinos pretorianos, que mataron y violaron a todos los esclavos que se encontraron; los que pudieron huyeron despavoridos de la ciudadela, para más tarde ser apresados y maltratados por los legionarios.

En lugar de crucificar a los esclavos supervivientes, los legados juzgaron oportuno obsequiárselos como presente al gigante Maximino para ganar su

favor. Entre ellos se hallaban el anciano Herodiano y los libertos imperiales, escribas, administradores, astrólogos, adivinos y médicos del anterior Emperador.

—Que estos esclavos pasen a mi servicio personal, pero matad al resto.

Uno entre ellos, un viejo decrepito, le habló con su acento griego de Asia.

—Tal vez los dioses me han puesto en tu camino, noble César.

—¿Los dioses...? ¿Quién osa hablar al César? ¿Quién es este viejo carcamal?

Uno de los legados se lo desveló.

—Es Herodiano, liberto imperial y cronista.

—¡Un maldito griego! No me gustan los griegos. Son enredadores. Cortadle el cuello junto a los demás.

—¡César, César, noble y divino César! Júpiter me ha puesto en tu camino. Si me matas... ¿quién contará la gloria de tus hazañas?, ¿quién legará al mundo y a las generaciones venideras las proezas que lograrás para mayor gloria de Roma?, ¿quién cantará tus victorias sobre nuestros enemigos y hará que el pueblo te venere junto a los dioses inmortales, erigiéndote templos? Me necesitas, noble César, necesitas un cronista fiel y leal y este viejo que ves ante ti, este miserable carcamal, te servirá bien.

Maximino le observó con sus ojos enrojecidos de loco borracho desde lo alto de su poderosa y aterradora estatura, como a un insecto al que estaba a punto de aplastar; a continuación rompió en salvajes carcajadas:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...! Estos malditos griegos charlatanes... Me agrada tu coraje, vieja inmundicia. Te perdono tu miserable vida, pero conviérteme en un dios viviente con tus crónicas o haré hervir tus viejos huesos en aceite.

—Las crónicas de tus gestas serán leídas y escuchadas en Roma y en todo el Imperio, noble César, tu magnanimidad me abruma, eres un regalo para la Humanidad.

—¡Basta, liberto! No me adules más y retírate de mi vista antes de que me arrepienta de dejarte con vida y te aplaste como el gusano que eres. Entrás desde este momento a mi servicio personal con el cargo de cronista imperial. Deshaceos del resto. Atadles las manos a la espalda y piedras a los pies y arrojadlos al Rin, ya hemos cortado suficientes cabezas hoy.

Durante esa terrible noche y al alba siguiente, Maximino dio libertad a

los soldados para que saquearan Mogontiacum y sustrajeran el oro de los templos. Las tropas solo respetaron a sus concubinas y bastardos; asesinaron y robaron a los mercaderes con los que tenían deudas y violaron a las numerosas esclavas y rameras de la ciudad; las que se resistían, morían.

Piquetes de legionarios mataban para divertirse a todos los ciudadanos que no saludaban a los estandartes con el nuevo nombre del Emperador.

Los pretorianos habían saqueado la casa del gobernador y asesinado a su familia y esclavos.

Marco, ante los estragos de las tropas, parecía recuperar el sentido y reflexionaba. Por unos instantes, las últimas palabras del gobernador Antonio Cloro aparecieron en su mente.

“No sabéis lo que habéis hecho nombrándole.”

—Los hombres están descontrolados, tribuno Sura. Si los bárbaros nos vencen, no encontrarán ya nada aquí que saquear, matar y robar.

—Déjales que se diviertan, Marco; tienen ansia de botín y de mujeres.

—¡Dioses...!

—¿A dónde vas, centurión Valerio Celer?

Pero Marco saltó a la grupa de su caballo y galopó hacia la cabaña de su amante germana, en los suburbios de la ciudad.

Los legionarios habían sacado a la mujer de su cabaña. Tras pegarle con violencia, le habían rasgado sus humildes vestiduras y la habían dejado desnuda ante ellos, para tenderla por la fuerza sobre el frío barro del suelo.

Eran seis; uno estaba echado sobre ella con los calzones bajados y la penetraba, mientras otros dos le sujetaban los brazos en el suelo entre risitas; el resto bebía jocosamente unos odres de vino massalio robados a los mercaderes que asesinaron para no pagarles sus deudas, pues este sabía mucho mejor que el asqueroso posca de agua y vinagre fermentado que les daba el ejército. Esperaban su turno. La mujer chillaba, pero nadie podía ni quería ayudarla. Le habían partido el labio y la nariz, sangraba en abundancia, y el bruto que la violaba seguía abofeteándola a la vez que le lamía el cuello de forma repugnante.

Por desgracia para estos insensatos, desconocían quién era su amante.

Los dos borrachos que apresaban los brazos a la mujer, al verle galopar hacia ellos, la abandonaron e intentaron escapar, pero fueron arrollados por la carga del caballo del pretoriano. Este saltó de él y desenvainó su mortífera arma. Magullados, cometieron el error de enfrentársele.

—¿Qué demon...?

La punta de la espada atravesó la boca del primer soldado, le rompió los dientes y salió por la nuca; Marco desclavó su arma de un manotazo en la sangrante cara sin vida. El terror invadió al resto.

—¡Mitra misericordioso!

La cabeza desprotegida sin casco del segundo soldado, el que había estado fornicando con la mujer, quedó colgada de su cuello cortado, del que manaba abundante sangre, y este cayó muerto sobre la germana, quien gritó de nuevo aterrorizada.

El pretoriano apartó de un puntapié el cadáver degollado del soldado de encima de la mujer.

—¡Por todos los dioses, perro pretoriano! ¡Te mataré!

La espada atravesó el vientre del tercero y rompió su cota de malla de hierro, extrayendo sangre negra y vísceras al desclavársela.

Los demás soldados tiraron sus odres de vino.

—¡Huyamos! ¡Ese demonio es el centurión Celer!

—Esta puta debe de ser su mujer. Matémosle, acabemos con él; ha matado a nuestros hermanos, es solo un hombre, no es un dios del infierno, sólo es un hombre

Marco les esperaba, daba golpecitos con la hoja de su espada sobre la palma de la mano, como un maestro de escuela que iba a castigar a unos discípulos díscolos con su vara.

—Venid aquí, legionarios. Yo os enseñaré a morir, os aguardo. Veremos si os han enseñado a manejar la espada tan bien como vuestros pequeños falos.

Los tres guerreros atacaron a Marco furiosamente con sus espadas, pero este repelía los golpes y estocadas con habilidad; cercenó el brazo de su cuarta víctima, quien cayó de rodillas gritando e intentando taponarse su sangrante muñón.

—¡Por Marte...! ¡Este no es un hombre!

Marco decapitó de un colérico tajo a su quinto hombre, agarró la cabeza por las cuerdas de las carrilleras de su casco aún puesto y golpeó con ella en la cara al sexto soldado, quien, aturdido por el violento impacto que le rompió la nariz, cayó de espaldas al suelo.

El feroz pretoriano le aprisionó el pecho con su bota.

—¿Legión...?

—X... Gem... Gemina, perro... acaba conmigo de una vez.

—Los de la X Gemina siempre habéis sido unos bastardos.

—No..., sabíamos que esta... era tu puta, centurión...

—No, no lo sabíais, legionarios. Pudisteis morir en la gloria del campo de batalla y no aquí y ahora, como miserables bandidos.

—Maximino... el César... dijo... saquead..., violad..., matad a quien se resista...; todo os... pertenece...

Marco acabó la conversación degollando al infeliz.

La germana seguía llorando y gritando de terror e intentaba limpiarse vanamente de sangre y barro su cuerpo desnudo.

El soldado a quien había cortado el brazo seguía arrodillado y chillando pero sus alaridos eran cada vez más débiles conforme se desangraba y se le escapaba la vida.

Marco alivió sus sufrimientos clavándole con fuerza a dos manos su espada en el cráneo y desparramó sus sesos sobre su armadura. El legionario cayó por fin muerto de bruces sobre el lodazal con el arma del pretoriano aún clavada en su cabeza.

—Cállate, mujer, ya pasó todo.

La mujer chillaba aterrorizada e histérica.

—¡Cállate, he dicho! ¡Por los dioses!

Marco la abofeteó repetidas veces, hasta que rompió de nuevo a llorar y apoyó su cabeza en el pecho protector de él, quien le dio un obsceno azote en su hermoso trasero y la acarició con ternura; acto seguido arrancó un capote de uno de los muertos para cubrirla y protegerla del frío germano, para cubrir así su lasciva desnudez.

Maximino nombró al tribuno Vitaliano nuevo prefecto de la Guardia Pretoriana y, al alba, lo envió junto con tres de las seis cohortes de pretorianos que estaban con él en Mogontiacum y con numerosa caballería germana a Roma. Tenía órdenes escritas con el sello imperial que comunicaban al Senado la muerte del joven Alejandro y de su madre, además de su nombramiento por el ejército como Emperador. Le hacía saber también que todas las legiones de Germania y los pretorianos estaban apoyándole, para disipar dudas.

El tracio había decretado que el oro de los templos y las fortunas de los nobles contribuirían a sostener a su avaricioso ejército y, con ello, asegurar su fidelidad y lealtad.

El violento e iletrado Maximino no entendía la enrevesada política romana ni de administración civil; para él solo existía su poderoso ejército.

El Senado aceptó regañadientes la proclamación del tracio, pues las espadas de los pretorianos de Vitaliano fueron suficiente argumento para que se sometieran.

Sin embargo, Vitaliano no sólo llevaba las nuevas noticias y órdenes al Senado, sino también una larga lista de senadores, magistrados y miembros del Consejo del anterior Emperador y de su madre, que fueron condenados a muerte por el tracio y ejecutados; sus fortunas y propiedades se confiscaron.

Maximino también decretó que los líderes y sacerdotes de los cristianos debían ser apresados y exterminados en todo el Imperio. El resto de ellos serían perseguidos sólo si provocaban tumultos en las ciudades; entonces se les obligaría a sacrificar incienso a los dioses o serían también ejecutados, pues Maximino consideraba que ellos habían sido excesivamente protegidos por el joven y mojigato Alejandro Severo, cuya mente fue envenenada por los consejos de filósofos embaucadores y brujos cristianos, quienes influyeron para que renunciara a la guerra y comprara con oro la paz de sus enemigos, lo que provocó que los bárbaros creyeran débiles a los romanos y les animara a invadir las tierras del Imperio.

Muy pronto las persecuciones se generalizaron, sobre todo en el Oriente, ya que la plebe les culpaba de la peste y los terremotos, y los gobernadores provinciales se ampararon en el decreto de Maximino y les declararon enemigos del pueblo para impedir motines.

El gigante añadió el nombre de “Augusto” al suyo propio y también ordenó que su único hijo, el adolescente de diecisiete años Cayo Julio Vero Máximo, al que el malogrado Emperador Alejandro le tenía gran afecto y amistad, marchara junto a él.

Esa mañana los sacerdotes sacrificaron un toro a Marte, el dios de la guerra, y examinaron sus humeantes entrañas, asintiendo. Los dioses eran favorables a los romanos y les otorgarían la victoria contra los bárbaros.

El sonido de las trompetas inició la marcha del ejército hacia el este para atacar a los bárbaros que habían ocupado gran parte de la provincia de Retia.

En total estaba compuesto por ocho legiones (la I y IV Itálica, la II Parthica, la IV Flavia Felix, la VIII Augusta, la X y XIII Gemina y la XXII Primigenia) más las numerosas tropas auxiliares de caballería e infantería germana, britana y mauritana, los arqueros sirios y caldeos, las tres cohortes

pretorianas con infantería y caballería que quedaban junto al nuevo Emperador y las máquinas de guerra.

La guerra contra los bárbaros se había reanudado.

Cayo Avidio Sura y Marco Valerio Celer saludaron a Vitaliano antes de su partida como a su nuevo prefecto del pretorio y le despidieron en su viaje a Roma, acompañado de su muy nutrida escolta.

Estaban al frente de lo que quedaba de sus cohortes pretorianas en Germania, con el ejército en campaña de Maximino el Tracio.

Marco miró a sus hombres: el ansia por entrar por fin en combate contra los bárbaros y las perspectivas de saqueo y botín se reflejaban en su feroz semblante.

El terrible Marco, sin embargo, sintió también alivio de que marcharan a luchar contra los bárbaros, en lugar de continuar robando y asesinando a ciudadanos y esclavos inocentes en Mogontiacum, algo que le repugnaba, pero ni siquiera él ni el tribuno Sura podían impedirselo sin un serio riesgo de amotinamiento en el desorden y violencia desatados estos días.

—Los hombres están animosos, Cayo. Por fin vamos a la guerra. Estaban convirtiéndose en sucios bandidos, engordando y poniéndose como cerdos. Mi espada pide sangre bárbara.

Cayo Avidio Sura entrechocó su fornido antebrazo con el de Marco, agarrándose con las manos.

—Que Marte nos otorgue la victoria, Marco, o que nos quite la vida en el campo de batalla si somos vencidos.

Una muchedumbre de temerosos ciudadanos, entre los que había mujeres con sus hijos pequeños acudieron a despedir al ejército.

Las mujeres eran las amantes y concubinas de los soldados; los hijos, bastardos que habían tenido con ellos. Muchas de ellas eran también ramera que se habían convertido en amantes fijas de muchos. Algunas mostraron con impudicia y desvergüenza sus pechos y hermosos muslos a las tropas, que las vitorearon jocosamente. La amante germana de Marco Valerio le miraba silenciosa y triste entre ellas. No tendría ya jamás hijos de ningún hombre a los que criar y sabía que no volvería a ver jamás al rudo pretoriano.

—¡Tú...! ¡Hombre...!

Marco reconoció su voz y el dulce tono con el que ella intentaba hablar la lengua de los romanos. Ni siquiera sabía Marco su nombre.

Golpeó suavemente a su caballo con los talones y se le aproximó.

Ella mostraba su labio y nariz partidos, pero aún era muy bella con su fiera mirada bárbara.

—¡Mujer! Me marchó y no me volverás a ver, busca un buen hombre que te ame y proteja.

La hermosa germana no entendía a Marco.

—Tú volver a mí. Tú ser mi esposo. Yo amar a ti, romano.

Marco le acarició tiernamente la barbilla desde lo alto de su caballo.

—Eres tan hermosa como la diosa Venus, germana, podría convertirte en mi esposa si regreso de esta guerra, pero mi vida es matar y no estoy hecho para amar. Sé que los dioses me tienen reservado un fin glorioso en el campo de batalla, no en un lecho, viejo, enfermo y sin gloria.

La mujer seguía sin entenderle, pues Marco hablaba el latín quizá demasiado rápido para ella, aunque él sí conocía en parte su lengua, pero no estaba familiarizado con el dialecto de la región.

—¡Tú mi hombre! ¡Yo gozar! ¡Yo feliz, *Marrco*...!

—Mi dulce ramera... ¿qué harás ahora tú, sin un hombre que te alimente y proteja? Adiós, mujer.

Ella humedeció sus azules ojos; se arrodilló y arrojó tierra sobre su cabeza en señal de duelo, tal vez por el borracho de su esposo muerto o por él mismo.

Su amigo Sura se maravilló por la hermosura de la germana.

—¡Por Júpiter, Marco! ¿Esa es la causa por la que mataste a aquel germano? Es una hembra de salvaje belleza y debe copular como una diosa del amor, como la mejor de las putas.

—La causa por la que maté a aquel bastardo no fue ella, sino por salvar mi vida, tribuno. No la veré jamás. Yo voy a la guerra dichoso, las mujeres ablandan el brazo de los hombres y los convierten en débiles cachorros. Que seduzca a algún gordo mercader y se olvide de mí.

—Pues por ella, Marco, yo renunciaría a mi puesto y me convertiría en artesano o granjero.

—¿Tú? ¿Artesano? ¿Granjero? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...! El frío de esta región te enturbia la mente, Cayo. Te la regalo, vuelve vivo de la guerra y tómala como tu esposa, pero no podrá criarte a tus bastardos, su vientre está ya seco y estéril.

—Llevas razón, centurión, mi amigo, nuestra vida es la guerra y proteger al César; somos la élite y los dioses guían nuestro destino glorioso.

—Últimamente crees demasiado en ellos, Cayo. Los dioses no te salvarán la vida en el campo de batalla ni te protegerán. Es lo que esta existencia mía, llena de luchas y matanzas, me ha enseñado. Nuestra vida depende de nosotros mismos, de ser mejores matando; los dioses no tienen nada que decir al respecto.

Los ciudadanos de Mogontiacum vitoreaban a sus legiones en su marcha hacia la conflictiva Retia. Los habitantes de Mogontiacum celebraban la marcha de la bestia tracia y de su ejército con secreta alegría.

En su avance hacia la invadida provincia de Retia, las ciudades de la Germania Superior fueron también expoliadas y saqueadas por el ejército de Maximino; Argentoratum^[3] y Aquae Mattiacorum^[4] sufrieron la rapacidad y abusos de sus hombres.

Las salvajes huestes bárbaras esperaban a los romanos en la Retia.

Los bárbaros no se dejarían vencer fácilmente.

Los bárbaros habían vencido a las escasas y sorprendidas tropas del gobernador de esta provincia, lo hicieron prisionero y le cortaron la cabeza tras torturarlo y castrarle.

Su esposa e hijos fueron también asesinados, ahorcados en los árboles de las riberas del Rin, y sus cadáveres arrojados a sus aguas como ofrenda a sus dioses.

Los guerreros bárbaros avanzaron por Retia, arrasaban el territorio y mataban y saqueaban a sus habitantes germanos y celtas, ciudadanos romanos.

Tras sembrar la muerte y la desolación en estas tierras, se dirigieron hacia la Germania romana, pero fueron rechazados por los romanos en su primera batalla; los bárbaros se replegaron hacia las ciudades de Retia y las fortificaron.

Los alamanes fingieron aceptar la tregua que les ofreció Alejandro Severo, que les brindaba grandes cantidades de oro para que volvieran a cruzar al otro lado del Rin.

Pero el ansiado botín no llegaría jamás a sus manos.

Las legiones de Germania los atacaron y se encontraron en su ofensiva a largas columnas de refugiados que trataban de huir de los bárbaros, a los que saquearon también, violaron a sus mujeres y mataron a todos los que se les resistían.

El tracio satisfacía la sed de sangre y rapiña de sus hombres, abusando

para ello de las gentes de los territorios por donde pasaba su ejército.

Marco Valerio Celer, quien había aclamado con exaltación a Maximino tras su nombramiento como César, dudaba cada vez más. El ejército masacraba y robaba a ciudadanos libres del Imperio. Quisieran los dioses que derrotaran a los bárbaros, ocultando esta ignominia.

Cayo Avidio Sura guardaba las apariencias, pero comenzaba a odiar al tracio secretamente por sus crímenes.

Capítulo II

LOS BÁRBAROS

—Debemos avanzar más al sur, padre mío, los romanos son ahora débiles.

El príncipe Chroco deseaba aniquilar a los romanos en el campo de batalla y tener el camino libre para atravesar los Alpes esta primavera e invadir Italia.

—¡No, hijo mío! Reserva tus ímpetus para tus esposas. Aguardemos a nuestros embajadores con el oro que esos perros romanos nos entregarán para que no les atacemos. Podemos seguir exigiéndoles tributos durante mucho tiempo.

Quien hablaba al joven bárbaro impetuoso era Cnodomar, el rey de la Confederación de los alamanes, una belicosa rama de los suevos que había conseguido unificar a los reyezuelos que gobernaban las tribus germanas que habitaban entre los ríos Elba y Meno.

Chroco despreciaba a los romanos, los creía una raza débil y cobarde, demasiado ablandada por los placeres de la civilización, la cual, sin embargo, admiraba su padre.

—Romanos cobardes...

El viejo rey Cnodomar observó a su vástago con preocupación. Algunos de los caudillos de los pueblos que gobernaba no ocultaban sus preferencias por Chroco, juzgaban erróneamente a su padre débil y cansado, y no dudarían en rebelarse contra este y asesinarle para elegir rey a su hijo. La sombra negra de la traición sobrevolaba la corte de los bárbaros.

—Juttha, ¿qué dicen los dioses?

La vieja bruja, sacerdotisa de los terribles dioses germanos, lanzó sus amuletos al suelo, cada uno pintado con el símbolo de una runa, e incrédula con lo que veía en las pequeñas piedras, las lanzó de nuevo.

—¿Y bien, bruja...?

—Mi rey, retírate con tus guerreros más allá del río o el pueblo de “todos

los hombres” será aniquilado por un gigante nacido en el este, entre tus enemigos romanos.

—¿Un gigante, dices, Juttha?

—Un gigante maldito por su propio pueblo matará a la vieja loba y a su cachorro y vendrá hacia nosotros: asolará nuestras tierras y matará y esclavizará al pueblo de “todos los hombres”. Retírate más allá del río, mi rey, abandona estas tierras o morirás. Los dioses han hablado.

Cnodomar se levantó vigorosamente de su trono y miró al vacío de la noche a través del ventanal del salón donde hace poco moraba el gobernador romano de Retia.

—Los dioses... Sacrificaremos a treinta jóvenes y treinta vírgenes de estas tierras para que su sangre aplaque su ira.

La vieja hechicera negó con la cabeza.

—Su sangre inocente no los aplacará, mi rey; los dioses exigen tu sangre y la de los guerreros muertos en el campo de batalla si no les obedeces y te retiras más allá del gran río.

El rey Cnodomar guardó silencio, pensativo.

—Puedes retirarte, bruja. Y calla sobre esto o será tu putrefacta sangre la que aplaque a Wotan.

La chamán de los dioses germanos extendió su delgado brazo para señalar al rey con un dedo huesudo terminado en una larga uña, como una amenaza.

—Guárdate de aquel que nació en el este. Guárdate de aquel de gran fuerza que fue maldito por sus dioses y hecho gigante entre los suyos.

El joven Chroco se irritó.

—¡Basta, bruja! ¡Vete! No escuches a esta vieja loca, padre.

La vieja recogió sus runas y salió de la estancia.

Cnodomar volvió a sentarse en su trono.

—Juttha también vio en sueños que yo no moriría por el hierro, sino por la tierra, y que nuestro pueblo no sucumbiría ante los romanos, los dioses son caprichosos. Los dioses jamás han hablado claro.

—Padre mío, marcha contra Roma, derrota a sus legiones y mata a los romanos; solo así Wotan será complacido con su sangre y no con la tuya.

—Un gigante... entre los romanos... Convoca a mi consejo de guerra, he de escuchar a los caudillos de las tribus.

Un año antes, el ambicioso Cnodomar, que codiciaba las tierras de los

romanos en la otra orilla del Rin, ávido de riquezas y botín, lanzó a sus salvajes huestes contra sus fronteras del norte y logró rebasar el gran río sobre grandes balsas de troncos e invadir la provincia romana de Retia.

Los alamanes realizaron ataques de distracción en el oeste, intentando cruzar el Rin para atraer sobre sí a la Classis Germánica, la poderosa flota fluvial romana que desde sus bases en la ciudad de Colonia Claudia Ara Agrippinensium^[5], en la Germania Inferior, patrullaba a lo largo del Rin hasta su desembocadura en el Mar Germánico^[6]. Sus pequeñas y veloces naves iban armadas de catapultas y escorpiones, con los que lanzaban proyectiles y grandes dardos con los que mataban a muchos de los guerreros bárbaros en sus orillas.

Pero el auténtico ataque se produjo más al este, en Retia, cuando los bárbaros invadieron estas tierras y destruyeron los muros y las torres del limes, y derrotaron a su gobernador, a quien asesinaron; sus oficiales supervivientes a la masacre se suicidaron para no caer vivos en sus manos.

Tras su derrota, los fuertes romanos cayeron uno tras otro y sus guarniciones fueron asesinadas y los soldados cautivos ofrecidos en sacrificio, quemados vivos, como ofrenda a los dioses germanos de la guerra.

Los guerreros alamanes iban acompañados de los carromatos de sus mujeres e hijos, para infundirse valor y dificultar su retirada en la batalla.

La muerte y la destrucción cayó sobre la capital de la provincia, Augusta Vindelicorum^[7]. De nada sirvió para salvar sus vidas que los numerosos esclavos y habitantes de la ciudad, de origen germano y celta, aclamasen al principio a los bárbaros como sus liberadores del yugo romano.

Los guerreros alamanes celebraban su gran victoria, ebrios de cerveza e hidromiel, pues, al contrario que los romanos, celtas y griegos, ellos no bebían vino.

Muchos cautivos romanos y provinciales fueron sacrificados a los sanguinarios dioses germanos, degollados o estrangulados, y sus cadáveres fueron arrojados al Rin como ofrenda.

Los emisarios del joven Emperador Alejandro Severo, acompañados de intérpretes germanos, hicieron saber al brutal rey Cnodomar su deseo de negociar la paz a cambio de oro para que se retirara del territorio imperial.

Los bárbaros tomaron este ofrecimiento como una muestra de debilidad y cobardía de los romanos, lo que aumentó el precio que pusieron a su retirada;

de lo contrario, seguirían con su avance hacia la Galia y el corazón del Imperio, Italia.

Para reforzar su amenaza, los bárbaros entregaron la cabeza del gobernador de Retia a los emisarios romanos para que se la llevaran al Emperador y demostrarle así que no les temían y que estaban preparados para la guerra.

En vez de percatarse de que era el deseo del joven Emperador mantener la paz, creyeron de forma errónea que, por alguna causa u otra, los romanos se hallaban debilitados y con imposibilidad de defenderse.

A pesar de esto, el viejo zorro de Cnodomar desconfiaba, pues conocía bien a los romanos.

Ya había luchado contra ellos en una gran guerra en el pasado y los alamanes habían sido vencidos por sus poderosas legiones. Exigía un fuerte pago en oro y la entrega de rehenes entre los nobles del ejército como garantía de que Roma no intentaría vengarse en un futuro y construir un gran puente sobre el Rin para invadirles y someterles. Cnodomar temía a los romanos, por ello quería consolidar su dominio en la recién conquistada Retia para fortificar sus asentamientos como base ante futuras invasiones; al sur le obstaculizaban las nevadas montañas de los Alpes y al oeste las legiones estacionadas en la Germania Superior.

Su joven e impetuoso hijo Chroco, al contrario que su padre, despreciaba a los romanos y era partidario de seguir atacándoles.

El rey bárbaro, prudentemente, aceptaría la paz y el oro del Emperador, pero impondría sus condiciones a los romanos: la norteña provincia de Retia debía serle entregada.

Los reyezuelos de la confederación del poderoso pueblo al que los romanos llamaban alamanes, que significa “Todos los Hombres”, pues así se autodenominaban ellos, se reunieron en asamblea convocados por Cnodomar, “El de un Solo Ojo”, debido a que había perdido uno de ellos en su juventud guerreando también contra los romanos.

Cnodomar había sido elegido su rey, por su valor en la guerra y sabiduría, creyendo que el dios Wotan, tuerto como él, lo había destinado a regir unificadas bajo su mando a todas las belicosas tribus germanas que habitaban las oscuras tierras entre el Elba y el Meno.

Los líderes tribales convocados en asamblea, al contrario que la mayoría de sus guerreros, llevaban corazas, cotas de malla o de escamas, muchas

robadas a romanos muertos como trofeos, y puntiagudos yelmos de hierro con nasal que les protegía el rostro. Recogían sus rubios y cobrizos cabellos en un largo moño formado en el lateral de su cabeza, tocado que practicaban los feroces guerreros suevos desde hacía siglos.

Como era costumbre entre los pueblos germánicos, todos ellos llevaban largas barbas, a menudo recogidas en trenzas.

Los guerreros germanos que no eran nobles no iban protegidos por armadura y combatían incluso con su tatuado torso desnudo para demostrar su valor. Iban armados con largas lanzas y jabalinas, escudos circulares y hachas cortas arrojadizas, muy temidas por los romanos, a quienes se las lanzaban al rostro para herirles. Sólo los guerreros nobles portaban largas espadas de hierro, pues la tierra de los bárbaros estaba desprovista de minas de este resistente metal, el cual obtenían de las turbas de los abundantes y sombríos pantanos y ciénagas tras calentarlas en sus hornos.

El ejército de los alamanes estaba formado básicamente por caballería, la mayor parte nutrida por caballos que eran robados en sus continuas razias contra los romanos y otros pueblos germanos vecinos, pero también había una infantería que había aprendido de los romanos a luchar en formaciones cerradas con falanges de lanzas y escudos, lo que, unido a su natural estatura, corpulencia y aterrador coraje, los hacía muy temibles.

El feroz hijo del rey tomó la palabra con juvenil pero atronadora voz.

—¡Hombres libres...! Los romanos nos tienen miedo. Esos perros son débiles. Su príncipe, al que ellos llaman “káiser”, nos ofrece oro para que nos retiremos al otro lado del gran río y no le sigamos atacando. Sus huestes, lo que ellos llaman legiones, esas mujerzuelas cubiertas de hierro, ya no son capaces de proteger sus tierras y sus gentes, que nos pertenecen. Yo, Chroco, hijo del rey Cnodomar, digo que les atacemos y destruyamos, y avancemos sobre la vieja puta Roma.

Los caudillos se exaltaron entre aclamaciones y gritos de guerra y golpes a sus anchos pechos con la palma de la mano.

—¡Sí! Cojamos su oro y matemos después a los romanos, cojamos sus tierras, mujeres, animales y esclavos para nosotros, y vengamos las afrentas del pasado.

—¡Yo digo guerra!

—¡Yo también!

—¡Wotan! ¡Wotan!

Los caudillos guerreros alzaron sus largas espadas a los cielos estrellados en el foro romano de Augusta Vindelicorum.

Chroco ordenó silencio con sus manos, mientras su viejo padre permanecía callado y pensativo, sentado en su trono.

Las antorchas iluminaban en la noche las cabezas cortadas de los enemigos romanos que estaban clavadas en lanzas, ya prácticamente con las cuencas de los ojos vacías y descarnadas por los cuervos.

Chroco se acercó a su padre y le clavó su salvaje mirada azul en su único ojo.

—Wotan exige venganza, padre. Los dioses exigen la sangre de esos perros romanos....

Los reyezuelos volvieron a gritar belicosamente.

El rey, hasta ahora en silencio, se levantó de su trono en su imponente estatura y ordenó callar a los vociferantes y excitados régulos de las tribus a su mando.

—¡Hombres, escuchad!

—¡Silencio! Vuestro rey, mi padre, os habla.

Los príncipes acallaron sus gritos de guerra, transformándolos en un respetuoso murmullo que se apagaba poco a poco, hasta el completo silencio, pues al rey Cnodomar le temían y respetaban, y por la razón de que también administraba de forma implacable su justicia al conjunto de salvajes pueblos que gobernaba.

—El príncipe de los romanos nos ofrece oro para que nos retiremos a nuestras tierras y no les sigamos haciendo la guerra. Yo digo que esperemos su oro y luego decidamos si es mejor retirarnos o mantener estas tierras conquistadas, poblarlas y utilizarlas para seguir reclamando tributo a los romanos a cambio de no atacarles más.

Chroco se arrojó sobre los hombros de su padre. Este, de forma instintiva, llevó su mano a la empuñadura de su espada.

—Yo digo, padre mío, que no esperemos que el oro romano venga a nosotros y que nosotros vayamos a él. Ataquemos a los romanos; están asustados y débiles, y nosotros somos valerosos y fuertes, porque Wotan nos recibirá en su salón si morimos en combate.

El rey ignoró y apartó a su hijo de sí y se dirigió a sus príncipes con autoridad. El silencio entre ellos era ahora total. Le escuchaban con atención y respeto.

—¡No! Los romanos son fuertes, solo su príncipe no lo es. Esperemos a sus emisarios con el oro que nos ofrece a cambio de la paz y mantengamos nuestras posiciones a este lado del gran río.

—¡Ataquemos y matemos ahora que son débiles a estos perros cobardes romanos o no eres digno de seguir siendo nuestro rey y nombraremos a otro en tu puesto!

El viejo pero aún fuerte y poderoso Cnodomar desenvainó su larga espada y mató de un rápido mandoble a Claudico, caudillo de los teutones, quien le acababa de amenazar, cortándole la mitad del torso desde la clavícula al partirle la cota de malla que portaba.

El cadáver de Claudico cayó desplomado sobre un gran charco de sangre.

—¿Alguno más de entre vosotros, cerdos desagradecidos, osa desafiarme? ¡Vamos, mujerzuelas! ¡Sois muy valientes contra los romanos pero no os atrevéis con el viejo y tuerto Cnodomar!

Uno de los nobles alzó su gran espada a los cielos.

—¡Cnodomar es nuestro rey!

—¡Cnodomar! ¡Cnodomar...!

Las espadas de los caudillos reflejaban como ascuas los fuegos de las antorchas.

Unos guerreros irrumpieron en la asamblea.

—¡Mi rey, mi rey...! Nuestros emisarios han vuelto del encuentro con los romanos.

Cnodomar se dirigió con los jefes para recibirlos, pero solo uno de los veinte nobles guerreros que envió estaba ante él con vida, exhausto y ensangrentado, sin el oro ni la plata de Alejandro; en cambio, llevaba las cabezas de los demás colgadas de las grupas de los caballos que traía. A él le dieron una gran paliza y además le cortaron ambas orejas y le raparon los cabellos dejándolo calvo para humillarle, pero le respetaron la vida para que pudiera contar a los suyos que los romanos les harían la guerra y lo poderosas que eran sus legiones.

Llevaba también en su frente marcadas a fuego las letras latinas:

SPQR

—¡Mi... rey...! Los romanos..., el gigante... nos atacará... pronto...

—¿El gigante...?

El rey recordó la profecía de la sacerdotisa Juttha. Tenía su supersticioso

corazón encogido.

—Un gigante mató a su príncipe. Las legiones le nombraron a él. Le llaman “tracio”. Ha jurado aniquilarnos y esclavizar a nuestras mujeres y descendencia—logró resollar de forma entrecortada.

Entonces el frío miedo que el rey sintió en su interior se transformó en una gran ira.

—¡Hombres! ¡Alzad vuestras huestes y vuestros carros! ¡Esos perros romanos vienen a nosotros! ¡Recibámosles! ¡Tyr, dios de la guerra, está alegre! ¡Honrémosle con la sangre de los romanos! ¡Wotan nos aguarda en su salón dorado!

Los guerreros alamanes lanzaron sus gritos de guerra a las tinieblas del cielo.

Cnodomar abrazó a su hijo Chroco, a espaldas de los nobles, y le susurró a su oído, como cuando era un niño y acababa de hacer alguna travesura:

—La próxima vez que me contradigas delante de mis príncipes, te mataré. Tenlo presente, hijo mío.

La lluvia caía con fuerza esos días en la Retia.

Los cadáveres y vísceras de bárbaros y romanos yacían sobre el ensangrentado barro del campo de batalla.

Los alamanes habían sido estrepitosamente derrotados por las legiones de Maximino, quien luchó totalmente expuesto como un legionario al frente de ellas montado en un gran carro para sostener su descomunal peso ,y combatió como un auténtico demonio vomitado desde lo más profundo de los infiernos, para dar ejemplo a sus generales y soldados. Causó el terror entre los bárbaros, quienes creían que era el primero de los gigantes que vendrían a desencadenar el fin del mundo, en su lucha contra los dioses.

Muchos de los carromatos de sus familias habían sido quemados por los arqueros sirios y la artillería romana, que les lanzaban flechas y proyectiles incendiados; de nada les valió su defensa en círculos cerrados. Muchas mujeres, viejos y niños de los alamanes fueron brutalmente asesinados. Otras muchas madres supervivientes degollaron a sus propios hijos antes de caer cautivos de los romanos.

Augusta Vindelicorum fue reconquistada y las huestes de Cnodomar expulsadas hacia el Rin.

Las feroces cohortes pretorianas protegían en la batalla al Emperador a orillas del Rin, en su persecución contra los bárbaros.

El centurión Marco Valerio Celer creyó ver a un gran señor entre los alamanes, por su dorada armadura y su terrorífico yelmo con nasal y larga crin de caballo pintada de rojo. El salvaje caudillo daba órdenes a sus guerreros blandiendo una gran espada y les obligaba a frenar su huida y presentar batalla a los romanos. Le acompañaba otro guerrero de aspecto también noble, pero mucho más joven y una nutrida escolta de jinetes.

El feroz Marco intuyó que el viejo era el rey de los bárbaros y le lanzó una jabalina. Alcanzó a uno de sus hombres y le atravesó la cara por un pómulo, matándolo, lo que sobresaltó al viejo rey y a su salvaje hijo.

—¡Pretorianos! ¡Marte nos sonrío! ¡He aquí al rey de esos bárbaros piojosos! ¡Seguidme!

La caballería de Marco cargó hacia el rey de los bárbaros, pero sus jinetes le protegieron con sus escudos colocándose delante de él; los guerreros a pie frenaron su retirada y saltaron de nuevo de sus balsas de troncos a la orilla para defender también a su rey.

Una lluvia de jabalinas y hachas arrojadas cayó sobre los hombres y caballos del centurión Marco, matando e hiriendo a muchos sobre el barro y provocando el caos y el desorden en la formación de la caballería romana.

Un hacha tirada contra él rebotó en la armadura que cubría la cara de su caballo y le golpeó el casco, se lo arrancó y el gran impacto provocó que las cuerdas que ataban las amplias carrilleras desollaran parcialmente su barbilla y labio, derribándolo del caballo.

Los bárbaros se abalanzaron sobre él para despedazarle, mientras que los pretorianos, muchos también descabalgados de sus monturas, chocaron violentamente contra la infantería enemiga en medio de maldiciones, de guerra y alaridos de muerte, en un combate desordenado.

Marco se repuso rápidamente de su aturdimiento y golpeó con el umbo de hierro de su ovalado escudo el rostro de sus gigantescos adversarios, hiriéndolos y desequilibrándolos, provocando que dejaran expuestos sus cuerpos, gargantas y testículos a la mortal hoja de su espada.

Sus hombres combatían también ferozmente, caían bárbaros y romanos destrozados al barro, muertos o malheridos, sujetándose sus salientes vísceras de sus vientres o tapándose los amputados muñones de sus miembros, dando terroríficos alaridos en medio de una orgía de sangre.

Un guerrero con el torso desnudo atacó a Marco con su hacha, pero este se protegió con el escudo y quedó clavada en su madera. Derribó a su enemigo de un formidable golpe en la cara con él y le atravesó el vientre con su espada corta, lo que provocó que sus intestinos se salieran tras desclavarla, mientras otros guerreros alamanes intentaban matarle con sus lanzas, sin alcanzarle.

El centurión tiró su gran escudo, que le protegía pero a la vez dificultaba sus movimientos en este combate sin orden, y mató al que tenía más próximo arrancándole la cara de un terrible mandoble. Atravesó el pecho de otro y cortó el brazo y la cabeza al siguiente, pero un bárbaro desarmó a Marco con un golpe de escudo en su mano, quien combatía como un demonio por su vida, ahora aislado y rodeado de enemigos. El guerrero le atacó y lo derribó, pero el romano le atravesó el corazón con el puñal que llevaba en el cinto, se lo quitó de encima y agarró un hacha bárbara del suelo para partir en dos la cara de otro que también intentó matarle; le arrebató su lanza y traspasó el vientre con ella a otro más y lo decapitó con el hacha de un solo golpe. Siguió matando y mutilando alamanes, ya rojos su rostro y armadura por su sangre; Marco arrojó la lanza a otro enemigo que le atacaba aullando como un lobo rabioso y lo derribó violentamente con la garganta traspasada, agarró la cabeza cortada de uno de sus adversarios por sus largos cabellos ensangrentados y daba salvajes golpes con ella a todos lados contra los rostros y cráneos de sus enemigos que no cejaban en su empeño de mandarle al infierno, mientras seguía combatiendo con el hacha con su otra mano. El pretoriano avanzaba y mataba, pisoteando cadáveres, haciendo retroceder a sus enemigos hacia la orilla del río, auxiliado ahora por sus hombres que le habían creído muerto; el rey Cnodomar, sin embargo, escapaba ya hacia la orilla opuesta del Rin sobre su balsa de troncos.

Más de cuarenta enemigos mató el centurión Marco Valerio Celer, lo cual hizo cundir el pánico entre los que intentaban huir de él, quienes le creían la encarnación del dios romano de la guerra.

Marco desclavó una lanza bárbara del cadáver de un romano y la arrojó hacia el rey, fallando de nuevo, aunque logró matar a uno de los príncipes que iban con él. Cnodomar se sobresaltó y miró a los ojos al terrible romano, ya fuera de su alcance.

—¿Quién es este maldito demonio romano?

—Parece uno de sus caudillos, mi rey.

Chroco estaba furioso por la derrota, había sido herido en un brazo, aun

así, desclavó la lanza del cadáver y se la arrojó a Marco, sin alcanzarle.

El romano vio la lanza caer a las aguas, aun lejos de él, también sintió ira y frustración por no haber matado a quien, acertadamente, creyó que era el rey de los enemigos de Roma.

—¡Maldito bárbaro! ¡Tus salvajes dioses te guardan, hijo de perra!

Los guerreros alamanes, en su retirada, se lanzaron a las frías aguas del Rin a nado, intentaban alcanzar las balsas de los que huían; pero la fuerte corriente del río los arrastraba lejos de ellas y se ahogaron. Muchas de sus familias supervivientes de la masacre, con sus mujeres, hijos y ancianos, también perecieron bajo las aguas con sus carromatos, al intentar escapar de los romanos de forma desesperada. Los guerreros bárbaros que fueron hechos prisioneros eran ejecutados y sus cabezas arrojadas al río por los enloquecidos legionarios, parodiándoles en sus sanguinarios sacrificios humanos, como habían hecho ellos con muchos habitantes de Retia. Su venganza fue justa y terrible, no perdonaron la vida de ningún cautivo, bien fuera guerrero, mujer, niño o viejo. Los espíritus de sus camaradas muertos y sacrificados de los destruidos fuertes estarían satisfechos en el Elíseo.

En la orilla, los romanos seguían exterminando a los supervivientes y heridos de los bárbaros.

Las aguas del Rin se tiñeron de rojo.

El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres de hombres, mujeres, niños y caballos.

El tribuno Cayo Avidio Sura llegó con su armadura y espada ensangrentadas al frente de su caballería pretoriana a donde se encontraba Marco con la mirada puesta hacia la otra orilla del Rin.

—Los dioses te protegen, centurión Marco Valerio Celer, mi amigo. Los hombres dicen que tú has matado a cincuenta bárbaros en esta batalla, te veneran, Marco, y yo celebro tenerte bajo mi mando y que combatas a mi lado.

Marco se dejó caer de rodillas agotado sobre el barro de la orilla, seguía sin mirarle, con su vista sombría hacia el horizonte.

—Esto no ha terminado, Cayo.

—Ha sido otra gran victoria para Roma, Marco.

Por fin, el centurión volteó sus ojos hacia Sura, quien le hablaba montado sobre su caballo.

—¿Para Roma o para Maximino?

Las miradas de Sura y su feroz centurión se entendieron, el tribuno ya

sabía que Marco también dudaba de apoyar al tracio en su locura.

Avidio Sura descabalgó de un salto, uno de sus hombres se hizo cargo de su caballo, y levantó y abrazó a Marco Valerio.

—Ven, Marco, amigo mío, basta ya de matanzas por hoy, honremos al César ahora, mañana será lo que los dioses decidan. Bebamos juntos y emborrachémonos, hemos vencido.

—Volverán.

Los bárbaros se retiraron a sus sombríos dominios del norte, pero Maximino deseaba aplastar de una vez por todas la seria amenaza que representaban, por esto ordenó a las legiones construir un gigantesco puente de madera sobre el Rin, tal como hizo el divino Julio César casi trescientos años atrás, y perseguir a sus enemigos, con la intención de invadir su propio país para volverlo a someter al yugo de Roma.

Los arqueros y honderos alamanes obstaculizaban con sus flechas y piedras que los zapadores romanos terminaran los últimos tramos de su puente sobre el Rin. Maximino, que empezaba a temer ser asesinado por los pretorianos, los envió como vanguardia para saltar del puente sobre las poco profundas aguas de la orilla opuesta del gran río y alcanzarla, para acabar con las huestes de los bárbaros que les hostigaban desde los bosques de sus riberas.

Los pretorianos, al mando de su tribuno Cayo Avidio Sura y su primer centurión, Marco Valerio Celer, avanzaron a pie sobre el puente, a la carrera y protegiéndose con sus oblongos y grandes escudos en formación de testudo.

Los proyectiles llovían sobre sus escudos y algunos pocos hombres caían heridos o muertos, pero los pretorianos lograron saltar al río para avanzar ya en caótico desorden a través de las aguas que les cubrían hasta la cintura; perecieron asaetados y con los rostros aplastados por las letales piedras muchos de ellos en esta batalla, pero consiguieron poner pie en la tierra de los bárbaros, a pesar de que llovían aún flechas y jabalinas sobre ellos, se reagruparon y los supervivientes volvieron a avanzar en testudo hacia los árboles.

Maximino observaba el desarrollo de esta nueva batalla desde la orilla romana y se convenció de que no volvería a dormir tranquilo con los pretorianos guardándole la vida.

Los legados de las legiones veían el valor y la determinación de los pretorianos, y molestos y celosos de su arrojo, ordenaron a sus hombres

seguirles y tomar la posición de la orilla opuesta mientras las pequeñas galeras fluviales romanas de la flota del Rin llegaban y cubrían el ataque, disparando grandes piedras y saetas incendiadas hacia los bosques, las cuales los quemaba y obligaba a los bárbaros a retirarse hacia el interior de su territorio para no morir abrasados.

Maximino pudo terminar su puente sobre el Rin e invadió y devastó el país de los alamanes: incendió sus bosques y quemó vivos a los que en ellos se ocultaban, arrasó sus pueblos y ciudades y exterminó a sus habitantes, sin hacer cautivos. Se internó en la Germania Magna avanzando hacia el norte y el este, al mando de su poderoso ejército.

Los bárbaros comenzaban a conocer el nombre del terrible Maximino, el gigante romano, quien continuó su invasión de forma implacable hacia las tierras del norte, decidido a someterlas.

Los romanos volvían a sembrar el terror en la Germania de más allá del Rin, hacia los lejanos ríos Elba y Meno, desde los tiempos de Druso y Germánico. Y el viejo Cnodomar, aterrado y sintiendo en él la ira de Roma, recordó la profecía de la desdentada hechicera Juttha.

En su ímpetu destructor, sin embargo, el tracio hizo caer en una emboscada a su ejército, atraído por las huestes enemigas, que fingieron huir de él. Fueron perseguidas por los romanos hacia las pestilentes aguas de una oscura ciénaga situada en un estrecho paso entre altas montañas nevadas. El propio Emperador se halló en grave peligro en los pantanos; luchaba por su vida contra los guerreros que se arrojaron contra él, a los que despedazaba y aplastaba gracias a su gran fortaleza, derribaba sus caballos con sus propias manos, y a punto estuvo de caer muerto en la batalla, pues una lanza le atravesó la coraza por el hombro, pero el tracio, con su poderosa fuerza, se la arrancó, sin importarle la sangre que manaba, y continuó resistiendo como un monstruo del Tártaro, hasta que sus germanos se reagruparon y, mandados por Donnar, acudieron a proteger al Emperador.

Los pretorianos combatían en las vanguardias del ejército, sumergidos hasta los muslos en el pestilente y frío lodo, lograron salir de la mortal trampa y acudieron también hacia donde se encontraba Maximino peleando contra los bárbaros, y, tras una cruenta batalla en la que perecieron muchos romanos, los alamanes, derrotados, se retiraron de los pantanos y dejaron gran cantidad de cadáveres y vísceras flotando sobre sus cenagosas aguas teñidas de rojo, para reagruparse y atacar de nuevo desde las montañas. Pero los romanos

rechazaron el nuevo ataque de los bárbaros con las grandes saetas disparadas por sus escorpiones montados sobre carros; algunas legiones rodeaban al enemigo en una gran tenaza envolvente y cayeron sobre ellos por su retaguardia, exterminaron a casi todo su ejército y tomaron muchos cautivos, a los que se les ordenó matar, pues no debían quedar enemigos a las espaldas de los romanos en su avance hacia el brumoso norte.

Esta gran batalla a punto estuvo de ser un segundo Teutoburgo, pero Maximino el Tracio no era el confiado y orgulloso Quintilio Varo, y, como sus legados, era conocedor de las tretas y artimañas de los bárbaros, maestros en la emboscada, por lo que ordenó avanzar con sus legiones y cohortes auxiliares dispersas, para no ser sorprendidas y atrapadas.

Los pretorianos, lejos de recuperar el favor del César, volvieron a despertar sus recelos y perdieron definitivamente su confianza por llegar más tarde que sus germanos, pese a que aquellos, mandados por Sura y Marco Valerio, fueron decisivos en la primera retirada de los bárbaros.

Los romanos, hundidos en los pantanos y levantando sus armas y las cabezas cortadas de sus enemigos a los cielos, aclamaban a su Emperador.

—¡César! ¡César!

—¡Tuya es la victoria!

—¡Roma victoriosa!

—¡Salve, dios Maximino!

—¡Salve, Maximino Germánico Invicto!

Marco había amado al principio al tracio. Amaba sus victorias y su valor. Como él, el terrorífico Maximino había sido engendrado para la guerra, y como él, era de humilde cuna. No obstante, como el tribuno Sura y sus propios hombres, él ya comenzaba a arrepentirse de haber derrocado a Severo y a su madre y ponerle a esta bestia salvaje la púrpura imperial. Marco temía con fundamento que cuando la guerra contra los bárbaros terminara, el Senado se negaría a que el tracio entrara en Roma y habría una nueva guerra civil.

Pero las legiones le amaban.

Maximino cada vez confiaba más en sus auxiliares germanos, entre los que seleccionó a los mejores y más leales soldados, formando una guardia personal con ellos y apartando de su lado a los imprevisibles pretorianos.

Pero no sólo los pretorianos le quitaban el sueño al tracio, sino también sus propias legiones. Maximino comparecía siempre delante de sus generales y soldados rodeado por sus cohortes de germanos bien armados.

Las legiones estaban ebrias de sus numerosas victorias, el botín y los cautivos apresados eran cuantiosos. Los hombres y niños eran decapitados y sus cabezas conservadas como trofeos; las mujeres y niñas púberes más agraciadas tomadas como putas para divertir a los soldados romanos y después asesinadas cuando se cansaban de ellas.

A veces, Maximino ordenaba dejar vivos a los hombres, con las manos cortadas para que no pudieran empuñar armas jamás, con el propósito de que difundieran el terror de Roma en estas salvajes tierras.

Los romanos seguían en su sangriento avance hacia las oscuras y pantanosas tierras norteñas, mataban, violaban, incendiaban y saqueaban. El nombre de Roma volvió a ser pronunciado con terror por estos salvajes, desde que ella decidió retirarse de este tenebroso país sin civilizar hace casi doscientos treinta años, en los tiempos del divino Augusto.

El ejército marchaba implacable, atravesaba negros bosques, poderosas montañas y pestilentes pantanos, bajo las fuertes lluvias que convertían la tierra en espesos lodazales primero, y bajo las primeras nieves del invierno después, que frenaban ahora su avance.

Muchos hombres entre los romanos habían caído también, demasiados, y no solo por la violencia de las batallas, sino por el frío y las enfermedades.

Las emboscadas seguían siendo frecuentes en los bosques y montañas, y los bárbaros, que temían la fuerza de las legiones romanas, comenzaron a ocultarse y a retirarse cada vez más al norte, despoblando sus pueblos y ciudades.

Sus ataques solían ocurrir en lo más profundo de la noche, lanzados sobre las retaguardias, cuando el ejército dormía agotado de la penosa marcha, tras talar los árboles de los bosques para levantar empalizadas y cavar fosos y trincheras para fortificar su campamento al salir de ellos. Caían como fieras salvajes sobre las empalizadas, arrojaban teas y flechas incendiadas y mataban a algunos centinelas.

Tras rechazar sus ataques, al alba, el ejército se reunía en asamblea y condenaba a muerte a los soldados que habían sido señalados por los *optiones* o sus propios camaradas por dormirse en su guardia, poniendo en peligro al resto, y eran entregados a sus centurias para que los apalearan hasta morir, tal era el castigo.

Maximino el Tracio hizo que el poderoso Donnar mandara su nueva guardia de germanos.

Maximino enviaba a los pretorianos, junto a sus exploradores, a las vanguardias para reconocer el territorio hostil y así exponerles en el peligro y alejarlos de él.

Los feroces pretorianos murmuraban por sentirse desplazados por los germanos, pero al final callaban y obedecían, pues grande era la parte que obtenían del saqueo y el botín.

En una de estas escaramuzas en territorio bárbaro, Marco Valerio Celer tomó el mando de una cohorte de caballería auxiliar germana, que debía explorar un frondoso bosque nevado que se interponía en el avance del ejército romano.

Los germanos odiaban a Marco, deseaban cortarle cuello, pero él, que los conocía bien, se hizo acompañar por tres centurias de los pretorianos que le entregó el tribuno Avidio Sura, su amigo.

Marco mandó exploradores como avanzada en busca del final del bosque a fin de hallar forraje para los caballos y para encontrar algún río en el que asegurar el aprovisionamiento de agua; mientras tanto, ordenó a su cohorte talar árboles y construir una empalizada para pasar la noche.

Marco dormía poco o pasaba las noches en vela, vigilante, pero cuando era vencido por el sueño, jamás se despegaba de sus armas, que las tenía al alcance de la mano.

Los germanos tardaron dos días en volver, cuando Marco los daba por muertos.

—¡Salve, centurión Marco Valerio!

—¡Hablad, germanos! ¿Habéis encontrado agua y el final de este maldito bosque?

—Sí, mi señor, a dos jornadas de marcha hay un gran río que descende de las montañas, con agua limpia y fresca, y al otro lado de este acaban los árboles y comienza una llanura nevada, pero aún con pasto para los caballos.

—¿El río del que hablas puede cruzarse?

—Sí, mi señor, en su curso alto, bajando de las montañas.

—Bien, germanos. ¿Habéis encontrado enemigos?

—No, mi señor, no hay bárbaros en este territorio a dos días de marcha, solo abundante caza y agua.

—Bien, germanos. Buen trabajo. ¡Levantad el campamento, partimos al norte! ¡Vosotros cinco! Iréis al César y le informareis del resultado de nuestra misión.

»¡Germanos! ¡Montad sobre vuestros caballos y abrid la marcha!

Uno de sus centuriones pretorianos a su mando, receloso de sus órdenes, se extrañó de la razón del porqué ellos debían avanzar detrás de los auxiliares germanos.

—Mi señor, los pretorianos murmuran, no es mi ánimo cuestionar tus órdenes, pues has demostrado sobradamente tu valía en el combate y tu astucia, pero nos sorprende que marchemos detrás de esos perros.

—Os conozco bien, pretorianos, y sé lo que pensáis, mas no os inquietéis. Tengo sospechas de estos germanos, no confío demasiado en ellos, también los conozco bien y sé que nos odian. Solo nos obedecen por su paga y el botín que obtienen del saqueo; aunque sean también romanos como nosotros, ellos no se sienten como tales. Temo una traición de ellos y una emboscada de los bárbaros.

Marco posó su mano sobre el hombro de su lugarteniente.

—Alargaremos cada vez más la distancia entre estos y nosotros, hasta llegar al río y la pradera que dicen haber encontrado y sentirnos seguros.

—Ahora comprendo, mi señor. Hablaré a los hombres para tranquilizarles.

—Habla a los hombres, centurión, tranquilízales, pero que guarden silencio y no confraternicen con nuestros germanos y, sobre todo, que estén preparados para el combate.

—¡Así lo haré, mi señor!

Los pretorianos admiraban y respetaban a Marco, si las legiones no se hubieran apresurado en matar a Alejandro Severo y su dominante madre y nombrar al temible Maximino, ellos incluso le hubieran proclamado César a él, tal era su reputación guerrera y prestigio.

Marchaban en silencio, los caballos hundían sus patas en la blanca nieve, entre los grandes árboles. Los lobos aullaban en las lejanas montañas.

Al anochecer, la columna de Marco se había distanciado ya lo suficiente de los germanos hasta que los perdieron de vista entre las sombras. Pero también los germanos se habían distanciado de ellos deliberadamente y lo hubieran hecho de igual manera si los pretorianos marcharan a su frente, separándose de ellos.

Marco, intuyendo el peligro, ordenó descabargar a sus hombres y que formaran grupos dispersos en círculos protegidos por sus escudos con los caballos colocados en los anillos exteriores para reforzar su defensa y pidió

silencio absoluto.

Y así pasaron la noche los pretorianos, en tensa vigilia.

Los auxiliares germanos habían desaparecido.

Marco había decidido no aprovechar el manto de la noche para retirarse en silencio, pues una retirada en medio de un bosque, aunque ordenada, suponía una trampa mortal si eran atacados desde todas direcciones; la nieve, además, dificultaba su marcha y la hacía penosa.

Pero ya había decidido que cada uno de los círculos formados por los pretorianos se retirara hacia las posiciones romanas, poco a poco y uno a uno, a lo largo de la noche.

No podía estar seguro de si se produciría una emboscada de los alamanes, necesitaría a la mayor cantidad de hombres posible mientras organizaba la lenta retirada en pequeños grupos.

Y la noche era demasiado clara, la luna llena iluminaba los grandes árboles y reflejaba su luz sobre las nieves.

Sí, la noche invitaba a la batalla.

Marco susurró a otro de los centuriones para que dispusiera la retirada de su grupo:

—Ahora parte tú con tus hombres, Tito, seguid guardando silencio absoluto, y tened prestas las armas.

—Como ordenes, mi s....

Una flecha atravesó la garganta del oficial, que cayó muerto al lado de Marco.

La flecha debía ir dirigida hacia él.

Marco se lanzó de cabeza hacia el interior del círculo de escudos que tenía más próximo.

—¡Nos atacan! ¡Testudo! ¡Testudo!

Una lluvia de flechas surgió de entre la espesura de la nevada vegetación y desde lo alto de los árboles.

Los romanos deshicieron rápidamente los círculos y formaron la testudo, un gran muro con sus escudos de madera que protegía cada grupo formado ahora en cuadro, por sus flancos, frente y cabezas; no obstante, eran escudos de caballería, de forma oval y más pequeños que los grandes escudos largos y curvos de infantería, poco apropiados para protegerse en testudo. Mientras formaban, los caballos y muchos hombres caían muertos a flechazos.

Por fin la lluvia de flechas cesó y aparecieron aullando como demonios

los bárbaros, semidesnudos, con sus caras pintadas de ocre y azul y sus cabellos recogidos en un tocado al lado de sus cabezas; les lanzaban sus jabalinas y blandían sus grandes hachas y mazas, arrojándose contra los muros de escudos que aún aguantaban compactos, pese a las bajas.

Los pretorianos golpeaban con los duros umbos de sus escudos los rostros de los bárbaros, aturdiéndolos, o los empujaban y hacían perder el equilibrio para apuñalarles con sus mortíferos *gladii* en el rostro, pecho o testículos, los mataban o malherían, y volvían a protegerse rápidamente.

Pero la masa de los aullantes bárbaros, que habían aprendido hacía ya mucho tiempo a combatir en disciplina, era demasiado grande para que los romanos pudieran contenerla indefinidamente. La violencia de las acometidas lograba deshacer poco a poco las formaciones en cuadro romanas, rompiéndolas e iniciando el combate cuerpo a cuerpo, lo que obligaba luchar ferozmente ahora a los romanos para salvar sus vidas.

Marco golpeaba con su escudo las pintadas y aterradoras caras de los bárbaros; también mataba con el *gladius* a muchos de ellos. Su escudo estaba erizado de flechas clavadas y su borde superior de latón partido por los furiosos golpes de hacha de sus enemigos.

Los pretorianos caían muertos a su alrededor. Masas de cadáveres romanos y bárbaros se apilaban delante de los pies de Marco, quien continuaba la lucha como un león acorralado con la mortífera hoja de su espada, rostro y armadura cubiertos de sangre, y herido en un brazo por el rasguño de una jabalina.

Los romanos consiguieron reagruparse y volver a formar la testudo e intentar proseguir el combate en disciplina y orden, alrededor del centurión Marco, para resistir los furiosos choques de sus enemigos, que caían muertos frente a ellos, hasta que los cuernos de guerra sonaron y se retiraron.

Así aguantaron los romanos dos jornadas enteras, acosados por el hambre, la sed, el sueño y los intermitentes ataques de los bárbaros, que los rodearon, la huida era imposible. Así resistieron hasta la última de las batallas en ese bosque maldito.

Marco arengaba a sus hombres, veía próximo el fin.

—Hombres, aguantad el hambre y la sed, pues hoy cenaremos y beberemos juntos en el infierno. Antes mataremos a todos los que podamos de estos perros.

—Mi señor, ha sido un honor combatir a tu lado. Que Marte nos proteja y

nos dé fuerzas para no caer.

—Tienes razón, pretoriano, el pasado me ha enseñado que aún hay esperanza de salir vivos mientras continuemos en pie, y estos cerdos no son mejores que los partos y pictos que maté en el pasado.

La lluvia de flechas y jabalinas cayó de nuevo sobre los romanos, quienes ya empezaban a debilitarse y a ser escasos en número.

Los salvajes guerreros alamanes se lanzaron otra vez contra sus enemigos, esta vez acompañados de los auxiliares germanos que habían traicionado a sus aliados romanos, con sus cascos de bronce y cotas de malla romanos, tal como Marco pensó que harían.

Esto enfureció aún más a los pretorianos, que renovaron sus fuerzas e ímpetus para enfrentarse a los que buscaban su exterminio.

Las aguerridas huestes bárbaras y los germanos auxiliares chocaron contra los escudos de los romanos, pero estos aún resistían y dieron muerte a muchos de sus enemigos.

Marco divisó a uno de los centuriones de los germanos, cogió una jabalina del suelo y se la lanzó, se la clavó en el ojo y lo mató, su sangre caía abundante sobre su rostro y barbas.

Seguía conteniendo las acometidas de los bárbaros con un nuevo escudo que cogió de un pretoriano muerto, ya que el suyo estaba destrozado, y acuchilló con la espada los rostros y cuerpos enemigos que se le ponían por delante y decapitó, cercenó miembros y destripó con aterradores mandobles, deteniendo a la vez los violentos golpes de las hachas, mazas y puntas de lanzas de sus furiosos enemigos.

Un hacha fue lanzada volando hacia él: le golpeó el escudo con tal fuerza y violencia que Marco fue derribado.

—¡Malditas hachas!

Marco quedó sobre la nieve con un hombro dolorido. Fue entonces cuando un bárbaro, sabiendo que él era el comandante de los romanos, iba a ensartarle su lanza para rematarle, pero Marco agarró su escudo y le golpeó la cara con violencia, se levantó y se arrojó sobre él para clavarle la espada en el corazón, y empujando su cara, de cuya boca manaba abundante sangre, la desclavó.

Lo que quedaba en pie de la formación romana fue deshecho y en la lucha cuerpo a cuerpo por cada romano había cuatro enormes bárbaros intentando acabar con él.

La estatura y corpulencia de los bárbaros eran aterradoras, aunque los pretorianos, en su mayor parte de origen italiano, compensaban esta desventaja con su fortaleza, disciplina y destreza con las armas.

Cuando un romano caía muerto, sus enemigos le cortaban la cabeza de un hachazo y la exhibían por los aires, gritando como demonios salvajes.

Marco combatía ahora rodeado de enemigos, había perdido su escudo y su casco, su coraza se hallaba destrozada por las flechas y los hachazos y estaba herido en un brazo y un hombro; luchaba con dolor con su espada en una mano y un hacha bárbara en la otra, atravesaba caras, vientres y pechos, cortaba cuellos, piernas y brazos y partía cráneos y clavículas. Mató a muchos, que caían destrozados y mutilados.

El sudor y la sangre cegaban los ojos de Marco, quien combatía enfurecido contra sus enemigos; luchaba ya como único superviviente entre los romanos; pero los bárbaros que le rodeaban seguían cayendo a su alrededor y empezaron a retroceder al sonido de un cuerno de guerra. Lo encerraron entre sus filas.

Marco, con su mirada de asesino inyectada en odio a los germanos, cubierto de la sangre de sus enemigos y esperando su ataque, sudaba y jadeaba exhausto.

—¿Qué os sucede, malditas ramerías cobardes? ¿No podéis con un simple hombre? Vuestras mujeres y madres tienen más valor que vosotros cuando las copulo, perros.

Los aterrados bárbaros le miraban con los ojos abiertos, jadeando también, pero no entendían lo que les decía este romano loco que parecía un demonio enviado del infierno.

Le maldecían en su ininteligible lengua.

Un traidor centurión de los auxiliares germanos le habló en un tosco latín con acento.

—Arroja tus armas, romano, Se acabó, estás vencido.

—Ven tú a cogerlas, hijo de perra.

—Si continúas luchando te mataremos, romano, pero si te entregas a nosotros puedes vivir como nuestro cautivo, para llevarte ante nuestro rey y recibir el honor de sacrificarte a Wotan, a quien le agrada el valor, e irás con él para servirle en el más allá. Nuestra raza admira el coraje de los guerreros, pretoriano. Y tú lo tienes. Tira t...

Marco le arrojó por los aires rápidamente y de forma inesperada el hacha

al pecho, matando al traidor.

Los alamanes retrocedieron aún más, asustados.

Un solo hombre había detenido su matanza, un solo hombre que parecía el hijo del dios de la guerra. Pero sabía que esto era el final.

Los bárbaros se arrojaron contra él para despedazarle, y Marco se vió acorralado contra un gran árbol; esperaba su fin, pero antes se llevaría las vidas de unos cuantos de estos perros rubios.

Luchaba desesperadamente, con gran cólera, los germanos seguían cayendo destrozados frente a él.

El que parecía ser su caudillo ordenaba a sus guerreros:

—No le matéis, capturad a este perro romano vivo, su piel y su sangre agradarán a los dioses.

Esta vez sonaron las trompetas romanas y los bárbaros que rodeaban a Marco escaparon de forma desordenada, creían que un gran ejército venía hacia ellos.

Los pretorianos que se habían retirado de forma ordenada poco a poco hacía dos noches habían regresado, atraídos por el sonido de los cuernos y atormentados por el deshonor de abandonar a sus camaradas frente al enemigo; preferían la muerte a volver a las líneas romanas, a aguantar las burlas y el desprecio de los germanos que ahora guardaban la vida del desagradecido y desconfiado César.

Marco los recibió en pie, con su armadura y rostro bañados en sangre, herido y completamente sin fuerzas.

—Habéis tardado demasiado, bastardos.

Los centuriones se maravillaron.

—¡Dioses! ¡Mi señor! ¡Solo quedas tú con vida!

—Sabía que volveríais, malditos borrachos. La tentación de la batalla era demasiado grande para vosotros, pero habéis llegado tarde, acaban de escapar como ratas.

—Estás herido, mi señor, y aun así los has contenido. Los dioses deben de amarte. Todos nosotros te admiramos, hemos oído historias de ti de las legiones.

—Pues seguro que son ciertas, pretorianos. Y ahora dejemos este infierno y las adulaciones y volvamos con los romanos antes de que me pidáis que os sodomice, mujerzuelas. No me agradáis.

Las carcajadas sonaron en el bosque y los hombres abrazaron a su

comandante.

Sin embargo, el feroz Marco no tenía ganas de chanzas, pese a haber salvado su vida. Demasiados cadáveres romanos, valerosos y leales soldados, quedaban sobre la nieve.

—Nuestros hermanos caídos serán vengados, pretorianos, lo juro ante Marte, marchemos de aquí antes de que esos salvajes vuelvan a atacarnos con nuevas fuerzas.

Los romanos incendiaron el gran bosque del que surgieron los pretorianos tras algunas jornadas de marcha.

En otra gran batalla de este invierno cayó cautivo y malherido el propio rey Cnodomar.

Los romanos lo arrojaron a los pies de Maximino, junto a otros cautivos.

—Suplica por tu vida, reyezuelo bastardo.

Los intérpretes germanos traducían sus palabras.

Cnodomar estaba herido de *pilum* romano en una axila; la pequeña punta piramidal le había roto las costillas y perforado un pulmón, manaba sangre por su boca y respiraba con dificultad.

Pronto vendría la fiebre y la muerte.

—Devuélveme mi espada, romano... Entraré en el Valhalla... con mis dioses... y junto a los espíritus de mis guerreros... con ella en mi mano... Los dioses, los dioses... Juttha..., ella lo predijo... el gigante...

Los germanos tradujeron al latín las palabras del rey bárbaro al gigante.

Las nieves comenzaban a caer copiosamente.

El gigantesco Maximino contemplaba a la lastimosa figura del rey Cnodomar con sus brazos en jarras. Lo hizo rodar de una patada.

— Conozco vuestras leyendas, vas a morir, salvaje, pero no en combate y con tu espada en la mano. Cavad un foso y sepultadles con vida, antes de que este bárbaro asqueroso muera de la lanzada.

Y Cnodomar y el resto de cautivos fueron enterrados vivos, para que no pudieran morir por el hierro de sus enemigos, y así se cumplió la enigmática profecía de que perecería por la tierra y no por el hierro.

Los alamanes, esta vez al mando del joven Chroco, elegido rey por los caudillos, cada vez retrocedían más hacia el norte con todo su pueblo, escapando de los romanos en este crudo invierno.

Y los romanos seguían incendiando los pueblos de los bárbaros, matando a los que no pudieron escapar.

La caballería pretoriana del tribuno Cayo Avidio Sura, acompañado de Marco, su segundo al mando, llegó a un gran pueblo bárbaro en llamas y sembrado de cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Los feroces legionarios de la IV Itálica estaban entregados al pillaje, violación, asesinato y saqueo de los lugareños.

Los pretorianos descabalgaron y se unieron al festín asesino.

Los legionarios encerraron a muchos habitantes de la aldea en la gran casa de madera, desde la cual el régulo de la región gobernaba sus tierras. Su cabeza clavada en una lanza presidía la tragedia; atrancaron las puertas y ventanas y la incendiaron con la gente dentro, que aullaba de dolor y de espanto al tiempo que perecían asfixiados y abrasados por el fuego hasta que no quedó nada, solo las altas llamas que elevaban su humareda negra hacia los grises cielos del norte.

El centurión Lucio Felix, enemigo mortal de Marco, dirigía la “heroica” operación.

Marco le observaba montado en su caballo, hasta que se dio cuenta de su presencia y le miró desafiante. Pero el pretoriano le despreció escupiendo al suelo e ignorándole. Había mucho botín que le esperaba aquí y no iba a consentir que esos bastardos de la IV Legión se quedaran con todo.

Los soldados salían de las cabañas cargados de joyas, caros ropajes y monedas que los bárbaros habían saqueado anteriormente en sus razias al sur del Rin. También algunos salían cargados con hermosas mujeres rubias sobre sus hombros, que chillaban y pataleaban. Grupos dispersos de legionarios las maltrataban y violaban y después les cortaban el cuello.

Marco descabalgó de un salto frente a una casa en cuya puerta colgaban los cráneos de romanos muertos y derribó su puerta de una patada.

Un hombre, aproximadamente de su edad, le esperaba, blandía una gran hacha. Detrás de él se ocultaba una joven de hermoso cuerpo y larga cabellera rubia recogida en dos trenzas. El germano le amenazó con el hacha, con la remota esperanza de que el romano se alejara. Marco dirigió su atención a la mujer, mientras admiraba sus voluptuosas curvas y la tentadora forma de sus pechos, cuyos pezones puntiagudos se dibujaban bajo su túnica de lana. Debía ser la hija o la esposa del bárbaro y no tendría más de quince años.

El hombre le atacó aullando y levantó su enorme hacha para partir al

romano en dos, pero Marco, que lo previó, le arrojó de una violenta patada un pesado taburete que se hallaba en medio. Le golpeó las piernas y le hizo caer delante de él para ponerle rápidamente la punta de su letal espada sobre su garganta.

El bárbaro le insultaba en su lengua desde el suelo mientras la joven se acurrucaba en un rincón, llorando de terror.

—Tienes valor, salvaje, pero no estoy aquí para perdonarte tu existencia, sino para matarte y para fornicar con tu hija... ¿o acaso es tu esposa, perro? Una pena que no entiendas mi superior lengua, bárbaro del infierno.

Y hundió su espada en la garganta del infeliz. La chica gritó de espanto y corrió a abrazarse al cadáver de su valiente protector.

Ella le miró con odio desde abajo, con sus profundos ojos azules bañados en lágrimas.

Marco la miró y sintió algo extraño. La joven le recordaba a la mujer que amó locamente y que le dio dos hijos bastardos cuando se hallaba entre los bátavos en su ardorosa juventud.

—¡Vamos, ramera bárbara! ¡Vete! ¡Escapa! ¡Ocúltate! Vive y engendra cachorros rubios con algún guerrero que te posea para que los romanos los matemos cuando crezcan.

Pero la mujer no le entendía, le miraba con sus húmedos ojos sin entenderle.

Marco la cogió de sus cabellos y la levantó con violencia, la sacó de la cabaña para llevársela a los márgenes del bosque. Iba a dejarla libre.

Debía estar envejeciendo, pues la guerra parecía ahora afectarle. En otro tiempo habría violado a esta belleza rubia y la habría preñado con algún bastardo de cabello negro y mirada azul.

—¿A dónde vas con esta puta bárbara, pretoriano?

El centurión Lucio Felix le cortó el paso acompañado de algunos de sus hombres que amenazaban con sus espadas al feroz Marco Valerio Celer, quizá no le reconocían estos aún, pues su letal reputación le precedía.

—Aparta de mi camino, Lucio, o te mataré.

—Esta mujer nos pertenece a los de la IV Legión. Nosotros hemos llegado antes, pretoriano... ¡Entrégamela!

—Esta mujer se viene conmigo, Lucio. Te lo repito por última vez, apártate de mi camino y ordena a tus perros que envainen sus armas o juro por Marte que te cortaré tu estúpida cabeza.

Los soldados reconocieron entonces a Marco y titubearon, asustados.

—Mi señor, este es...

—¡Ya sé quién es, idiota! ¡Matadle!

—¡Mátale tú, mi señor!

Los soldados le abandonaron.

—¡Malditos perros cobardes!

—Ya ves, Lucio... ni tus propios hombres te respetan. No debiste llegar a centurión. ¡Ah...! Es buena cosa tener familia influyente, ¿verdad imbécil?

Lucio Felix, rojo de ira, arrojó su vara de mando al suelo y desenvainó su espada.

—Vamos, vamos... Adelante... Es solo un pequeño paso y un movimiento de tu brazo, Lucio. La ramera de Mogontiacum me contaba que no fuiste capaz de penetrarla.

—¡Maldito bastardo hijo de perra!

Lucio Felix lanzó una estocada a Marco, pero este la desvió diestramente con el hierro de su espada a la vez que daba un gran puntapié en las posaderas del resentido centurión, que cayó al suelo a cuatro patas, humillado.

—No, no debiste jamás ser centurión, Lucio... Ni siquiera legionario.

Lucio Felix intentó levantarse para continuar la lucha pero Marco, harto ya de este payaso, le aplastó con su bota de suela claveteada la muñeca de la mano que empuñaba su espada en el suelo, inmovilizándole el brazo.

—Dime, Lucio, dime algún motivo por el que no deba acabar contigo ahora y tener mi espalda libre de enemigos.

—No... no me mates, Marco... No, no lo hagas... te juzgarán y ejecutarán por asesino... No...

—¿Yo, un sucio criminal? Estoy seguro de que todos tus hombres jurarán ante el águila sagrada de su legión que tú caíste muerto por los bárbaros para librarse de tu molesta existencia, Lucio, amigo mío.

Marco le observaba con desprecio, iba a rebanarle el cuello, pero, en lugar de eso, le cortó la mejilla, que sangró abundantemente.

—¡Apártate, basura! ¡Fuera de mi camino!

Marco lo alejó de sí de otra gran patada que hizo perder el casco al centurión cuando este se levantaba atropelladamente, corrió para ponerse a salvo entre sus hombres, quienes presenciaron toda la escena sin mover un músculo para ayudarle.

Se dirigió a la mujer, a la que no había soltado en todo este tiempo.

—¡Tú, mujer! ¡Vete!

La aterrada joven corrió, ya libre, hacia el margen del bosque, se detuvo antes de entrar en él y se dio la vuelta para mirar desafiante a Marco a los ojos. Sus puntiagudos pezones seguían destacando debajo de su vestimenta. Se bajó su sucia túnica de lana y se quedó desnuda ante él, mirándole con desafío y esperándole.

Marco envainó su espada, agarró a la joven por el brazo, entró en el bosque con ella, la abofeteó repetidas veces y la arrojó al suelo con violencia para copularla con la lujuria de quien no sabe si continuaría vivo al día siguiente y la preñó casi de forma cierta, después le arrojó sus vestiduras y la dejó ir.

Maximino el Tracio ordenó a Herodiano escribir cartas al Senado, a fin de comunicarles las victorias sobre los bárbaros y exigir de este el título de “Germánico Máximo”. También les notificó el nombramiento de su único hijo, el adolescente Máximo, como su sucesor.

El Senado de Roma nunca aceptó de buen grado a Maximino como nuevo Emperador, pues sus aristocráticos miembros le despreciaban por su origen semibárbaro y campesino, y se mofaban de él por su desmesurada afición al vino y su escasa instrucción. Pero le toleraba a regañadientes, temía que se dirigiera a Roma con sus legiones, por lo que deseaba tenerle alejado guerreando en las lejanas tierras del norte, con la esperanza de que cayera en combate. El temeroso Senado de Roma era vigilado por el perro fiel de Maximino, Vitaliano, y por sus pretorianos. Los viejos senadores soportaban con prudente silencio los elevados aumentos de impuestos que Maximino decretó a los nobles para mantener la fidelidad de su ejército.

Los jinetes trajeron nuevas de las fronteras del Danubio mientras Maximino pasaba el invierno atrincherado, a la espera que cesaran las grandes nevadas para terminar de aplastar a los alamanes y concluir la conquista.

El pueblo sármata de los yácigas de las frías llanuras del este, a las que los griegos llamaron el país de Escitia, aliados con los peligrosos carpos que habitaban las montañas de la Dacia Libre, habían invadido el territorio imperial y saqueado el norte de la provincia de Panonia.

Maximino entró en cólera, pues debía partir pronto hacia el este a rechazarles y abandonar el país de los alamanes, que tantas pérdidas en hombres le costó.

El gigante mandó emisarios germanos al joven rey Chroco, con la

exigencia de que le fueran entregados los hijos de los príncipes bárbaros como rehenes, a cambio de no seguir haciéndoles la guerra y de retirarse de sus tierras.

El arrogante Chroco, en cambio, exigió que le fuera devuelto el cadáver de su padre para quemarlo, y que los romanos se marcharan y destruyeran el puente sobre el Rin, o de lo contrario, ninguno de ellos volvería con vida.

El gigante de Tracia se encolerizó por la osadía de este jovencuelo bárbaro y volvió a atacar las ciudades y campos de los bárbaros, así intentaba provocarle con el exterminio de sus gentes para que le presentara batalla con sus huestes, pero Chroco, presionado por sus príncipes, que podían destituirlo como rey, aceptó al final las condiciones de los romanos.

El joven rey de los bárbaros juró venganza contra Roma ante los árboles sagrados de los dioses.

Maximino, una vez le fueron entregados los rehenes, partió con las legiones hacia la Panonia, sin esperar a que finalizaran las nevadas.

Estaba decidido a masacrar ahora a los sármatas y carpos.

El ejército regresó al sur, pasó de nuevo el Rin, pero destruyó el puente para impedir ahora nuevas invasiones de los alamanes, quienes buscarían, sin duda, venganza, y robó el oro de los templos, extorsionó a los nobles y requisó grano y ganado del territorio del norte de la Galia, camino hacia Panonia.

Maximino continuaba permitiendo que sus soldados saquearan los territorios por donde pasaban; los propios ciudadanos del Imperio maldecían su nombre por esta causa.

Capítulo III

ANNO CMXCI AB URBE CONDITA PANONIA

Las nieves del invierno caían copiosamente sobre la ciudad de Sirmium^[8], capital de la provincia de Panonia Inferior.

La bella dama romana leía con avidez y suma cautela el contenido escrito del pequeño mensaje de papiro que Arsinoe, esclava egipcia de la casa del gobernador Quinto Sergio Paulino, había recibido de manos del mercader sirio que le proveía caros ungüentos y perfumes traídos de Oriente, enrollado y oculto en una de las pequeñas ampollas.

Este sirio era en realidad un espía del tribuno pretoriano Cayo Avidio Sura, quien ya había traicionado secretamente su lealtad a Maximino y se había puesto al servicio del Senado.

La noble viuda Julia Terencia, huésped o, más bien, prisionera de la lujosa casa del gobernador, condenada al destierro de Roma tras la ejecución de su marido, el cónsul Publio Licinio Quieto, esbozó una sonrisa bajo sus ojos, ya secos de lágrimas. Cayo Avidio Sura le informaba de su inminente llegada a Sirmium con las legiones de Maximino, tras vencer a los bárbaros del norte antes de atacar a los sármatas y carpos que habían invadido el norte de la provincia. Le traía instrucciones dadas por los espías del Senado, debía recibir al tribuno en sus aposentos privados fuera de ojos y oídos indiscretos. La orden era la de envenenar a Maximino con un potente veneno que el mercader sirio le había hecho llegar.

El ejército del brutal Maximino estaba recorriendo ya el oeste de la provincia y se encontraba a tan sólo unas millas de distancia, a dos días de marcha.

El corazón de la bella viuda ansiaba venganza contra el tracio, pues no sólo este había ordenado matar a su esposo, sino que le había robado la inmensa fortuna heredada de sus dos nobles maridos, su gran mansión en Roma

y todas sus villas y tierras en el sur de Italia y Sicilia, se lo había quitado todo, salvo su vida, que le fue perdonada. El prefecto del pretorio, Vitaliano, sabía apreciar las artes amatorias de una virtuosa noble patricia, que se comportaba en el lecho como la mejor de las rameras de Roma, así la convirtió en su amante y la envió al exilio, pues quedó tan complacido que no la hizo ejecutar.

Julia Terencia era una voluptuosa y hermosa mujer, aunque ya madura, pero poseía un intelecto vivaz y sabía sobrevivir.

La noble dama se preguntaba si entre estos pretorianos que se encontraban con el ejército de Maximino no estaba uno que aún recordaba gratamente. Hacía años que ella no sabía nada del centurión Marco Valerio Celer, al que amó una vez en adulterio cuando todavía estaba casada con el noble y viejo senador Cayo Terencio Nerva. Pero fuera de su lecho, Julia se avergonzaba profundamente de Marco, el rudo soldado plebeyo de humilde familia campesina. Con él, Julia gozaba el placer carnal que no sentía con su anciano y rico esposo, casada con él desde que ella tuvo su primera sangre y se hizo mujer, por deseos de su padre, un noble romano del orden ecuestre que se había arruinado. Cuando el senador fue condenado a muerte y ejecutado por la poderosa Julia Soemia, madre del joven y degenerado Emperador al que llamaban Heliogábalo, esta la hizo casar con el cónsul Quieto, uno de sus hombres de confianza. Abandonó los fuertes brazos de Marco para unirse a ese hombre y a su gran fortuna y poder. Marco y los pretorianos asesinaron por su tiranía a Julia Soemia y a su enloquecido hijo, los ahogaron de cabeza en la inmundicia de las letrinas de Roma. Sus cadáveres fueron arrastrados desnudos por sus calles, insultados y ultrajados por el pueblo y arrojados a las sucias aguas del Tíber.

A Sirmium llegaban noticias de grandes batallas, de victorias romanas desde hacía tres años. ¿Estaría Marco aún vivo?

Sí, le preguntaría al tribuno Sura por Marco, ya nada le importaba, lo había perdido todo y era viuda de nuevo, mas desconocía si el pretoriano continuaba con vida y si la perdonaría.

Sumida en sus pensamientos, Julia no advirtió que la noble Livia Procula, esposa del gobernador Paulino, entraba en el aposento. Ocultó el pequeño papiro entre sus cerradas manos.

—¿Es que nunca has visto tanta nieve en Roma, Julia, mi amiga?

—¡Livia, amiga mía! ¡Qué feliz me hace tu compañía! Ven a mi lado.

Livia Procula miró a su silenciosa esclava Arsinoe con resentimiento.

—¡Esclava! ¡Déjanos solas!

La bella egipcia obedeció a su ama, mientras esta la seguía con la mirada.

—Maldita puta egipcia...

Julia le acarició con ternura la mejilla a su amiga.

—¿La esclava? ¿Porqué la odias tanto, querida amiga?

—Yace en el lecho con mi esposo.

Julia Terencia miró a los ojos de su amiga y le sonrió.

—¿Sólo es eso? Todos los hombres fornican con sus esclavas, Livia.

La señora de la casa apartó con brusquedad la mano de su amiga y se enfureció.

—¡No sólo fornican con esa zorra egipcia! ¡También la ama! ¡Lo sé!

—Vamos, vamos, amiga mía, todos los hombres son caprichosos, esta es sólo una insignificante esclava, seguro que tu esposo te am...

Livia Procula la interrumpió con brusquedad.

—Él hace tiempo que me expulsó del lecho y ya no yace conmigo.

Y rompió en sollozos.

Livia Procula tenía la misma edad que Julia, aunque no era tan hermosa como ella, pero conservaba aún rasgos de su antigua y esplendorosa belleza, que un día deslumbró al joven tribuno del ejército y futuro gobernador de Panonia Inferior.

Tenían en común una hija, la alegre Livia Paulina, de catorce años de edad, los suficientes para que su poderoso progenitor pensara en entregarla en matrimonio a algún influyente magistrado o prometedor y exitoso general.

Sin embargo, la fría Panonia no era Italia y eran pocas las nobles familias romanas que elegir, además, su hija parecía no tener interés en los hombres y pasaba demasiado tiempo jugando con sus esclavas, entre ellas Arsinoe.

Pero lo que Sergio Pulino y Livia Procula desconocían era que su amada y única hija era adicta a la secta de los cristianos, influida por la esclava Arsinoe, que lo era hace tiempo en secreto.

El gobernador y su esposa no tuvieron hijos varones. Paulino la culpaba de no haberle dado un varón cuando su vientre era todavía fértil y ella joven. Él era un hombre amargado que empezó a apartarse de su esposa y frecuentaba cada vez más a sus esclavas, sin poder concebir un varón. Su favorita era Arsinoe.

Julia Terencia aprovechó estos instantes para arrojar el pequeño papiro a las llamas de un brasero próximo y abrazó a su amiga. Ella le confortaba en su destierro y se hacían confidencias.

Livia levantó el rostro mirando a los ojos de su amiga.

—¿Crees que llegarán hasta aquí?

—¿Quiénes, amiga mía?

Livia miró las llamas del brasero.

—Los bárbaros.

Julia estuvo a punto de desvelar en un descuido que sabía que las legiones del nuevo César se dirigían a su ciudad, sin duda para aprovisionarse de víveres antes de enfrentarse a los invasores.

—No, Livia, mi amiga, esos salvajes no llegarán hasta aquí, el Imperio es demasiado fuerte y esta en el pensamiento de los dioses.

Livia Procula volvió a refugiar su hermosa cabeza entre los brazos de su amiga, quien le acariciaba sus negros cabellos con ternura.

—Los dioses...Ellos no me han escuchado, Julia. No quisieron que yo le diera un hijo varón a mi esposo y él me odia por esto.

Inesperadamente, la esclava Arsinoe entró corriendo en el aposento.

—¡Ama, ama!

Livia Procula se levantó furiosa y dio una fuerte bofetada a la esclava.

—¡Toma, zorra! Así aprenderás a anunciarte antes de entrar. La próxima vez te hago desollar a latigazos, tienes suerte de que mi esposo te copule por las noches y te proteja, ramera.

Arsinoe se llevó la mano a su dolorida mejilla y bajó su rostro, avergonzada.

—Disculpas, mi ama, no me castigues.

—¿Qué sucede, esclava?

—El amo...tu noble esposo, ha recibido nuevas de que las legiones del César están a las puertas de la ciudad.

Julia pensó que las mulas del sirio eran más lentas que los caballos y las robustas piernas de los soldados de Maximino.

—¿Lo ves, Livia, mi amiga? Roma ha llegado hasta aquí para protegernos.

—Roma...Cuántos años fuera ya de ella...Quieran los dioses que mis ojos vuelvan a ver sus colinas.

La señora de la casa se excusó ante su invitada y salió del aposento para encontrarse con su aún esposo, el gobernador, quien sin duda ofrecería un banquete al nuevo Emperador, y ella tal vez estaba curiosa y esperanzada, pues quizás algún noble y viudo legado del ejército posara sus ojos en su aún hermoso cuerpo y entonces podría divorciarse de su marido y volver a su añorada Roma.

Más tarde, ya en el atardecer, Cayo Avidio Sura fue recibido por la noble Julia Terencia en su alcoba privada, protegidos por la lealtad y discreción de la egipcia Arsinoe, quien le condujo hasta ella.

El pretoriano saludó a la dama con una leve inclinación de cabeza y ella recorrió su musculoso cuerpo de abajo hacia arriba, complacida por lo que veía.

—Está bien, Arsinoe, puedes retirarte.

La esclava inclinó la cabeza y se disponía a salir del aposento, cuando Julia la detuvo.

—¡Esclava! ¡Espera! Gracias por tu lealtad, sabré recompensarte cuando todo esto acabe.

La egipcia se marchó, seguida por la lasciva mirada del tribuno, quien hacía tiempo que no yacía con una mujer. Julia lo advirtió y decidió jugar un poco con él.

—¿Tanta necesidad tienes, tribuno, que desees a esta esclava? Sé que ella es muy hermosa pero yo lo soy más.

El incómodo Avidio Sura tenía prisa y habló con franqueza sobre el motivo de su visita.

—Como te escribí, los senadores desean que uses el veneno contra el

tracio, de ello depende evitar la guerra civil. Esa esclava egipcia, Arsinoe es su nombre, ¿cierto?, parece que te sirve con fidelidad, ella podría seducirle y verter el veneno en su copa. A ese perro le agradan tanto las esclavas como el vino.

—En efecto, tribuno Sura, ella me es leal, fue puesta a mi servicio por el gobernador, quien es su amante. Sospecho que con el propósito de espiarme, pero ella ha aliviado mi soledad en mi destierro de Roma.

Lo que Julia ocultaba al oficial pretoriano era que sentía un gran afecto por Arsinoe, más del que una noble romana debía sentir por una esclava miserable.

—Ha de ser esta noche, noble Julia Terencia, el César acudirá a un banquete en su honor.

—Será esta noche, tribuno Sura, ¿algo más?

Los ojos de Sura se posaban en los puntiagudos pezones de ella, que se insinuaban bajo sus finas vestiduras, en sus hermosas caderas y en su lujuriosa boca.

Julia se quedó desnuda ante él y ambos yacieron en el lecho hasta que quedaron exhaustos.

—¿Marco vive?

La pregunta de la mujer sorprendió al tribuno, quien fingió ignorar de quién hablaba, temiendo que fuera él.

—El centurión Marco Valerio Celer, podría estar a tus órdenes.

—¿Le conoces?

—Demasiado bien. Dime, Cayo, ¿él vive aún?

Sura se incorporó del lecho y comenzó a vestirse, contrariado.

—¿Por todos los dioses celestiales, Julia! ¿Tú y él...?

—Hace años le amé, Cayo, en Roma. Por tu respuesta deduzco que sigue vivo.

—¿Dioses! Tú lo has dicho, Julia.

—¿Ja,jja,jja! ¿Le temes, Cayo?

—Tal vez, no me avergüenza decirlo, le he visto matar. Marco ha nacido para matar.

—No creo que te mate, Cayo, hace ya demasiado tiempo que debió olvidarse de mí, le desprecié casándome con un rico cónsul del Imperio.

—No temo que me quite la vida, sino perderle como amigo.

Los grises cielos de Panonia daban lugar al oscuro crepúsculo.

Marco Valerio Celer supo de la presencia de Julia Terencia en Sirmium y de que vivía en la casa del gobernador. Vio a su amigo Sura salir de allí, atándose las carrilleras del casco, mientras Julia Terencia le despedía desde la ventana de su alcoba. Marco se ocultó entre las sombras para no ser visto y, decepcionado, regresó al campamento.

—¡Arsinoe!

La hermosa esclava egipcia acudió al aposento, llamada por Julia.

Le mostró la pequeña ampolla conteniendo el letal veneno que debía ser vertido en la copa de Maximino.

—Ten esto. ¿Sabes qué es?

La esclava titubeó.

—Sé que esta noche te han ordenado servir el vino en la mesa del César. Debes verter este veneno en su copa sin que seas advertida, pero no antes de que el esclavo pruebe el vino.

—Mi Dios me prohíbe matar, mi señora.

—¿Cómo dices? ¿Cuál dios? ¿Te niegas a hacer lo que te digo, esclava?

—No soy tu esclava, mi señora, pertenezco a mi amo, el noble gobernador.

Julia se alarmó. ¿Debía confiar en la discreción de Arsinoe? ¿Revelaría al gobernador el plan para envenenar a Maximino?

—El Dios verdadero, el que dice “no matarás”.

—¡Eres una de esos cristianos!

—Lo soy, mi señora.

Arsinoe le tomó la mano y le acarició los cabellos.

—Mi señora, huye de aquí, ve hacia Italia de todas formas, todo estará dispuesto mañana para tu partida.

—Dime, Arsinoe, ¿me amas?

—Mi Dios me dice que debo amar a mis enemigos, ¿cómo no voy a amarte a ti, mi señora? Tú siempre me has tratado bien y con afecto estos tres años que llevas aquí, me has defendido cuando mis amos iban a castigarme; sí, mi señora, te amo.

—Ven conmigo, Arsinoe, escapa de aquí.

—No es posible, mi señora. Mi noble amo no notará tu partida si yo permanezco en su casa.

—Pero él te castigará cuando advierta mi ausencia, Arsinoe...

—Sólo me azotará, y qué son unos cuantos azotes en mis espaldas comparados con el infierno se ser esclava. Nací de madre esclava, jamás he conocido la libertad. Pero no temas por mí, mi dulce señora, pues él me ama y un día me hará libre, lo sé.

Esa noche, Maximino fue agasajado con un soberbio banquete por el gobernador Paulino. La anterior mañana, sus hombres salieron a cazar venados y jabalíes.

En la cena, estaban el Emperador junto a los legados de las legiones y el propio gobernador Paulino con su esposa. El Emperador dio órdenes para que el gobernador no invitara a los nobles de la ciudad, para despreciarles.

Paulino sintió encogido el corazón ante la aterradora presencia del gigante.

También su esposa sintió pavor y asco de él, le encontró terriblemente feo y desagradable.

Los guardias germanos protegían al César.

El gigante devoraba grandes trozos de carne de caza asada y engullía gran cantidad de vino que prefería sin rebajar con agua, a la manera de los bárbaros.

Su afición a la bebida agravaba aún más su violento e imprevisible carácter, más propio de una bestia salvaje que de un hombre, lo cual causaba malestar y miedo a quienes le rodeaban.

Maximino comía y bebía desmesuradamente mientras le preguntaba a su anfitrión de forma deliberada para incomodarle sobre su lealtad.

—Sé que los senadores de Roma conspiran contra mí, gobernador; también los nobles patricios de culos perfumados como tú.

Paulino se inquietó.

—Dime, Quinto, ¿me eres leal?

—Por supuesto, noble César, te sirvo con fidelidad y daría mi vida por ti.

—¿En serio, Quinto?—rió divertido con una risa que heló la sangre de todos los presentes.

Los generales miraban a Paulino preocupados, temían que el tracio le maltratara, pues gustaba este de abusar de su gran fuerza con quienes le acompañaban, especialmente si eran nobles, a quienes odiaba por sentirse inferior por su origen semibárbaro y campesino.

El coloso se acercó a la cara de Paulino y le susurró.

—Yo no quiero tu vida, Quinto, no quiero que me la entregues, puedo arrebatártela cuando me plazca, sólo tengo que acusarte de traición y tu cabeza desaparecerá.

Paulino temblaba de miedo.

—Te soy leal, noble César, yo...

Maximino irrumpió en salvajes carcajadas.

—Cálmate, gobernador, no deseo coger tu insignificante vida, yo soy ahora el dueño del mundo romano, un dios entre los vivos; si yo mato a todos mis gobernadores, ¿quién administrará mi Imperio? ¡Ja,ja,ja,ja!

Paulino respiraba aliviado, lívido y sudoroso el rostro, mientras los legados del ejército comían, bebían y fingían reír las ocurrencias del César, al que ya odiaban y planeaban eliminar.

Maximino, ya ebrio, fijó entonces sus malévolos ojos de borracho lascivo en el cuerpo de la aún bella Livia Procula, quien, notándolo, se retiró del banquete con la excusa de sentirse mal.

Maximino se acercó a los inquietos oídos del gobernador.

—No quiero tu vida, Quinto, quiero a tu mujer.

Esa misma noche, su hijo Máximo, cuando perseguía a las esclavas de la casa de Paulino, se encontró con la hermosa Julia Terencia desnuda y bañándose en sus estancias privadas y quedó prendado de ella, pese a que por edad esta pudiera ser su madre.

Ella se alarmó al descubrir que el joven la observaba admirado desde hacía tiempo desde la entrada del aposento, amparado en las sombras.

—¿Quién va? ¡Sal de aquí, seas quien seas! ¡Llamaré a la guardia!

Máximo se dejó ver.

—Salve, noble Julia Terencia. Eres mucho más hermosa de lo que Vitaliano me contaba en sus cartas.

—¿Vitaliano? ¿Quién eres tú, joven atrevido, que me importunas en mi baño? ¡Sal de aquí, te lo ruego!

—Yo soy Cayo Julio Vero Máximo, noble Julia Terencia, hijo del César, tu protector.

Julia se inquietó, pues el tracio podría irritarse si llegara a saber que ella no fue ejecutada en Roma por los hombres de Vitaliano.

—¿Es que los nobles romanos ya no se anuncian antes de visitar los aposentos de una dama?

El joven se ruborizó y avergonzó.

—Disculpas, noble señora. La puerta de tu aposento estaba abierta, yo...

Julia temía a Maximino, que supiera de su presencia en Sirmium y ordenara su muerte. Sí, allí estaba su joven cachorro, prendido de ella en el ímpetu de su juventud, le seduciría entonces y se ganaría su favor para seguir viva antes de su huida.

—Ven, joven Máximo, mi hermoso muchacho, ven a mí, no te avergüences.

Máximo se despojó de sus vestiduras y se metió con ella en la piscina.

Al alba, unos germanos acudieron a despertar a Máximo, quien yacía junto a la hermosa viuda en el lecho.

—Noble señor, tu padre, el César, reclama tu presencia. Partimos al norte al encuentro de los bárbaros.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí, mi señor, además tu augusto padre está molesto porque no acudiste anoche junto a él al banquete del gobernador.

Máximo se vistió, contrariado por abandonar tan pronto a la mujer,

quien se cubría los desnudos pechos con las pieles de oveja de su lecho.

—Volveré a por ti, amada mía, Venus ha encendido el fuego del amor en mi corazón.

—Y yo te esperaré, Cayo, amado mío.

El ingenuo joven la besó en la boca y se marchó junto a sus germanos.

Ella se sintió terriblemente sucia, como una cara ramera, debía partir esa misma mañana.

Julia Terencia había decidido escapar hacia Italia, todo estaba dispuesto, pues un carruaje y caballos la esperaban para salir de la ciudad, esto es lo que tenía que hacer tras haber envenenado a Maximino. Julia tenía plena libertad de movimientos, pues Paulino, quien apenas se preocupó nunca de ella y confiado en la amistad que había surgido con su todavía esposa, permitía que por las mañanas saliera a visitar el Foro de la ciudad y el mercado, acompañada de esclavas.

La fortuna quiso que Maximino, alertado por sus exploradores, dispusiera al alba la marcha del ejército contra los bárbaros coaligados, que parecían reanudar su avance hacia las fértiles tierras del sudoeste del Danubio.

Las legiones de Maximino se dirigieron hacia el norte y tropezaron con el ejército sárмата y de los dacios carpos aliados que acababan de saquear el norte de la Panonia; se entabló una gran batalla campal sobre una amplia llanura nevada, a orillas del río.

Los acorazados jinetes sármatas, llevando yelmos cónicos con nasal y largas lanzas, protegidos ellos y sus caballos con armaduras de escamas de hierro, cargaron contra el frente de la infantería romana; pero la caballería que protegía sus flancos se desplegó y los rodeó en una gigantesca tenaza mientras la infantería lanzaba oleadas de *pila* y diezmaba la caballería sárмата. Sus descabalgados supervivientes chocaban contra la compacta masa de escudos romanos, los legionarios los acuchillaban y los masacraban.

Los guerreros carpos, menos organizados, se lanzaron contra las legiones armados de sus largas y mortíferas guadañas de letales hojas curvas, que los romanos llamaban *falx*, semidesnudos a pesar del frío, con sus torsos tatuados y sus gorros frigios de piel de lobo y de ciervo sobre la cabeza. Las armas de estos bárbaros de los Cárpatos eran capaces de amputar brazos y partir escudos de arriba abajo.

Chocaron de forma sangrienta contra la infantería romana, pero fueron despedazados al igual que los sármatas; cuando la caballería romana volvió contra ellos, los empujó contra las puntiagudas espadas y los grandes escudos de los legionarios, como un martillo que golpea el yunque del herrero en su fragua.

En plena batalla, Maximino lanzó la caballería pretoriana a la vanguardia contra los sármatas, el lugar más arriesgado. Tras lanzar los jinetes romanos sus jabalinas, el choque de ambas masas de hombres y caballos fue brutal. El caballo de Marco fue derribado de una lanzada sármata durante la violenta acometida, el animal cayó moribundo sobre la nieve. Marco rodó como una pantera sobre el campo de batalla, para evitar ser aplastado por su propia montura y pisoteado por los cascos de los caballos, tanto sármatas como romanos.

Aislado ahora de sus hombres, mataba las monturas de sus enemigos y descabalgaba a sus jinetes, les hundía su espada en el pecho, vientre o rostro, pues las corazas de escamas de hierro, al igual que las de malla, les protegían contra mandobles y cortes, pero nada podían hacer contra estocadas.

En medio de la encarnizada lucha un guerrero sármata a caballo cargó contra él con su lanza para matarle, pero Marco blandió la larga lanza de un enemigo muerto y aguantó el choque desde tierra, aguantó la letal embestida y atravesó al caballo, que pereció derribando a su jinete sobre la nieve; este quedó atrapado bajo el animal muerto, que le había aplastado la pierna y cadera, gritaba de dolor y rabia. Marco le quitó el yelmo de una patada y le aplastó el tórax con el pie, le cortó la cabeza y la levantó por los aires, sujeta por sus pelirrojos cabellos, y gritó fuera de sí como un asesino enloquecido en medio del vocerío y estruendo de la batalla, como había visto hacer a los salvajes guerreros celtas y pictos de Britania.

Y arrojó la decapitada cabeza de su enemigo contra el yelmo de otro jinete sármata, al que derribó de su caballo y mató para saltar de inmediato a la grupa del animal y perseguir a los jinetes enemigos que iban ahora delante de él contra los romanos, pisoteando y saltando sobre cadáveres de hombres y animales.

Mató a muchos y alcanzó al que creyó como uno de sus príncipes, por lo ostentoso de su armadura, pero los arqueros a caballo sármatas que le escoltaban le lanzaron sus flechas y le mataron a este caballo también además de herirle en un muslo. Cargaron luego contra él con sus largas y pesadas

lanzas para matarle.

Marco partió en dos el ástil de la flecha que tenía clavada en su musculoso muslo cubierto de cuero y desclavó de un cadáver yáciga una jabalina romana, que arrojó contra el jinete que tenía más próximo. Logró herirle en la clavícula y desmontarlo; se arrojó sobre él y lo degolló rápidamente con su daga para protegerse en el suelo con su cadáver, a tiempo de evitar ser aplastado por los cascos de la retirada de la caballería enemiga, que huía ahora de la romana. Se vio después rodeado de más enemigos a pie; luchó contra ellos y mató a muchos, hasta que las trompetas de guerra bárbaras sonaron y los sármatas se retiraron hacia sus líneas, para lanzar una segunda carga de caballería aún más mortífera que la primera. Marco, con su pierna herida, se arrastró sobre la nieve para protegerse tras el cadáver de un caballo a fin de evitar ser arrollado. Mientras, los romanos huían ahora en desbandada hacia sus líneas, pero eran alcanzados y masacrados por la acorazada caballería sármata .

Y el terrible pretoriano, el único romano que quedaba tras las líneas bárbaras, chocó ahora contra los guerreros carpos a pie, que volvían a atacar siguiendo a la caballería de sus aliados. Tomó una lanza del campo de batalla y mató a uno de ellos atravesándole el pecho, para arrebatarse su mortífera guadaña y seguir matando más bárbaros con ella, amputaba brazos, piernas, cabezas y cortaba torsos de arriba abajo hasta el esternón de sus desprotegidos cuerpos; luchaba como un bárbaro salvaje, hasta que la sangre tiñó de rojo las blancas nieves del campo de batalla y el poderoso ejército de los bárbaros fue al final destruido por el contraataque de los romanos, que persiguieron a los supervivientes.

Marco, con sus fuerzas ya agotadas, se dejó caer entre los cadáveres de hombres y caballos con su vista hacia el cielo gris del Danubio.

“Una batalla más, otra victoria en la que he estado a punto de perecer, pero los dioses parecen no querer mi muerte y alargan mi vida; estoy envejeciendo y me siento ya muy cansado de esta existencia de combates y matanzas. He consagrado mi vida a Roma , no tengo familia ni hogar, salvo el ejército. Cayo Avidio Sura está en lo cierto, hay un tiempo para pelear en la guerra y otro para amar en la paz y vivir tranquilo”.

Así reflexionaba Marco Valerio Celer, un hombre que había vivido de forma intensa, en su aún agitada y violenta senectud.

La nieve y el cielo gris del atardecer cubrían la amplia llanura

sembrada de cadáveres de hombres y caballos. Armas y estandartes yacían abandonados sobre la nieve y el barro del campo de batalla y el humo de enormes piras ardientes esparcían el pestilente hedor a carne quemada, tanto bárbara como romana: el aroma de la muerte.

Entre los muertos, unos legionarios remataban a los moribundos, recogían las armas y armaduras de sus camaradas caídos y saqueaban los cadáveres enemigos, antes de arrojarlos a las piras levantadas.

En el campamento romano, otros legionarios alzaban un poste, como un triunfo, cargado con las escamadas armaduras y armas expoliadas a algunos de los príncipes sármatas vencidos, y sus estandartes, en forma de boca de dragón, eran arrojados a los pies de las victoriosas águilas de las legiones.

Los cautivos carpos y sármatas se apelotonaban rodeados y acorralados por los romanos, sentados en el húmedo y frío barro, desnudos, sucios y ensangrentados; despojados de sus armas, imploraban clemencia a sus vencedores romanos alzando los brazos y gimoteando en sus incomprensibles lenguas, pues los iracundos legionarios, presos de su furia asesina, habían comenzado a decapitarlos para vengar a sus camaradas muertos en el combate; los ponían en fila con las manos atadas a la espalda y de rodillas y arrojaban sus cabezas, como despojos, a un basurero humano en medio de un pestilente charco de sangre.

Muy cara habían de pagar su osadía de invadir el territorio romano.

Cuatro magníficos caballos sármatas, fustigados por los romanos, sujetaban suspendido en el aire y tirando en direcciones opuestas, atado de manos y pies, a un enemigo vencido, desnudo y con signos en su rostro y cuerpo de haber recibido previamente una paliza de los legionarios; era un príncipe cautivo el que luchaba por mantener sus extremidades unidas a su tronco en medio del estrépito de voces de los legionarios, de las burlas de sus camaradas, del relinchar enloquecido de los caballos y de los propios terroríficos alaridos del bárbaro, vomitados desde lo más profundo de su ser, como salidos del propio infierno.

Desde el umbral de su tienda de mando, Maximino observaba la escena. Su enorme cuerpo era viejo pero hercúleo, iba ataviado con una piel de oso y con la coraza musculada de jefe militar, y su mano diestra descansaba sobre el pomo de su espada. Presenciaba la ejecución del desgraciado comandante sármata sentado en su silla de mando, hecha de hierro para soportar su descomunal peso, imperturbable, sin que los desesperados chillidos del

infortunado bárbaro le afectasen lo más mínimo. Parecía el gigante Polifemo mirando desde las alturas de su cueva a los infortunados compañeros de Ulises que le iban a servir de almuerzo. Unas grandes grebas de bronce protegían sus piernas hasta las rodillas. Ni siquiera la visión del terrible suplicio del descuartizamiento le privaba del placer de engullir grandes trozos de carne de venado y jabalí que tragaba como una bestia famélica, servida por dos temerosos esclavos; otro esclavo probaba la gran copa de vino que le iba a ofrecer a su augusto amo, pues Maximino el Tracio, Emperador de Roma desde hacía ya tres años, capital del mundo conocido, la cual aún no había pisado nunca, temía ser envenenado; grandes cantidades de carne y de vino consumía a diario este titán a pesar de la hambruna que azotaba la región.

Sus aguerridos y exhaustos centuriones y legionarios le vitoreaban, levantando sus espadas aún bañadas con la sangre de sus enemigos.

—¡Salve, César!

—¡Salve, dios Maximino!

—¡Tuya es la victoria, César!

—¡Roma victoriosa!

—¡Salve dios Maximino, Augusto, Germánico, Scythico!

Alrededor suyo, el anciano liberto Herodiano escribía los acontecimientos con su punzón sobre tablillas de cera; Cayo Avidio Sura observaba al Emperador desde prudencial distancia con secreto odio; los legados y tribunos del ejército, presidían también la escena, en repetuoso y temeroso silencio. Un escogido pelotón de guardias germanos rodeaba al César.

Su joven hijo Máximo se encontraba de pie, al lado de su gigantesco padre, con su mano posada sobre su gran hombro de coloso y la otra sujetando su casco de penacho blanco sobre el brazo; también él portaba armadura de jefe militar, más vistosa e inútilmente decorada que la de su padre.

Sempronio Vindex, nuevo legado de la IV Legión Itálica, observaba el campo de batalla sembrado de cadáveres y ardientes fuegos y, con horror, pese a ser un hombre curtido en la guerra, presenciaba cómo los hombres ejecutaban a todos los cautivos vencidos.

—Perdemos mucho dinero matándoles, noble César, los cautivos se venden bien en los mercados de esclavos de las provincias y estos parecen seguir sanos y fuertes, los traficantes pagarían muy bien por ellos y...

—¡Deja a los hombres que se diviertan! Tienen derecho a un poco de

entretenimiento. Llevan tres años de campañas, están cansados de ver morir a sus hermanos.

La voz ronca y el acento gutural y poco romano del coloso estremecieron a los oficiales presentes.

—Pero mi señor, noble César... nos serían más útiles vivos...

—¡Silencio he dicho, Sempronio! ¡Tienes demasiado débil tu delicado estómago de patricio! ¡Vete a emborracharte y a celebrar la victoria junto a tus hombres o te retorceré el cuello como a un ganso! A no ser que tu fino olfato de noble no soporte el olor de la tropa...

—Sí, mi señor..., noble César... Disculpas...

—¡Lárgate ya de una vez!

El general Publio Sempronio Vindex fue lanzado por los aires del umbral de la tienda por el coloso, quien arrojó la carne asada de su mano y se había levantado poseído por la ira. El imprudente y desgraciado general cayó de bruces al sucio y encharcado barro. Las risotadas de los pretorianos y guardias germanos humillaron aún más al infortunado comandante, quien apretaba los puños para contener su odio hacia el tracio. Los altos mandos del ejército observaban la escena en silencio y con reservada ira contra su gigantesco y temido Emperador, mientras Avidio Sura miraba a este con secreto desprecio.

A Maximino el Tracio le encantaba humillar y golpear a sus hombres de noble origen, pues fue él de origen campesino e iletrado.

—¡Cuidado, Publio Sempronio! El pensamiento de la traición se paga con la muerte. ¿No estarás pensando en levantarte contra mí, verdad, perro?

El legado sintió el terror en su interior, se levantó atropelladamente, embarrados su rostro, capote y armadura, saludó brazo en alto y se retiró torpemente hacia el interior del campamento, acompañado de las burlas y chanzas de los guardias; sin embargo, el ultrajado general llevaba razón.

Desde que fue proclamado Emperador por sus hombres, habían pasado tres años guerreando contra los bárbaros. Tres largos, victoriosos y sangrientos años, con un Senado lejano e inestable que aceptaba temeroso a Maximino, el cual jamás puso un pie en la capital. El Senado temía a las espadas de las legiones del tracio y a su propio bestial temperamento. Los nobles padres de la patria le despreciaban por su cuna campesina y origen medio extranjero, pues lo consideraban más bárbaro que romano. El oro obtenido por la venta de los cautivos hubiera servido para ablandar la

voluntad política de los senadores y, por supuesto, ganar aún más la fidelidad del ejército y los pretorianos llenando más sus bolsas. El botín de guerra y el matar a la población de hambre por donde pasaba, requisando grano y ganado y cargándola de tributos, ya parecía no ser suficiente.

Maximino el Tracio ya no podía contar sus victorias con los dedos de las manos, pero, como precio a pagar por ellas, había tenido grandes pérdidas entre sus legiones.

Los alaridos del sármata cesaron con un horrible sonido de miembros desgarrados y arrancados del cuerpo. Los briosos corceles corrían, ya libres por fin, cada uno con un trozo del que fuera tal vez su amo, junto con los alegres vítores de la tropa concentrada alrededor. Mientras, su sangriento cuerpo descuartizado, con sus brazos y piernas arrancados, era levantado del ensangrentado barro nevado y arrojado a las llamas de una pira allí dispuesta, mientras aún estaba con vida y balbuceaba lamentos y plegarias a sus dioses, cada vez más débiles e inaudibles

Uno de estos caballos galopó hacia el punto donde precisamente se encontraba Maximino, quien devoraba un gran trozo de carne asada de jabalí y engullía otro gran trago de vino sin aguar, tras haber maltratado y humillado a su general.

Los tres esclavos se apartaron despavoridos ante la carga del noble bruto que parecía reclamar venganza por la muerte de su amo. El enloquecido animal tiró la bandeja de plata con sus viandas y el ánfora de vino al barro mientras el despojo que arrastraba, una pierna arrancada del infortunado príncipe sármata, golpeaba a algunos de los pretorianos y guardias germanos que lo rodeaban; algunos de ellos lograron saltar y asir la cuerda que ataba el cuello del animal al sanguinolento trozo humano, pero fueron derribados, arrastrados y se desollaron las palmas de las manos, sin que ninguno de ellos lograra detener al desbocado corcel, que cesó su galopar al saltar enloquecidamente y golpear con sus patas a algunos de los guardias que se encontraban delante y detrás, a los que derribó e hirió.

Maximino se limpió la boca con el dorso de la mano y arrojó al suelo la carne y la vacía copa de vino, encolerizado.

—¡Malditos bastardos! ¡Si no sois capaces de detener a un caballo piojoso, cómo lo vais a ser de proteger la vida de vuestro César! ¡Por todos los dioses! ¡Apartaos, mujerzuelas!

El gigante se puso enfrente del enloquecido animal y lo derribó de un

gran puñetazo en la quijada con su poderosa fuerza, los germanos cayeron sobre el animal para clavarle sus lanzas hasta que lo mataron.

Los soldados que le protegían le miraron avergonzados, con una mezcla de respeto y temor, mientras sus oficiales permanecían asombrados y aterrorizados; estaba ebrio de vino y era peligroso abrir la boca en su presencia cuando permanecía en ese estado.

“Muy pronto, los senadores en Roma que se me resistan tendrán el mismo fin...”

Mientras pensaba esto, una mueca malévolamente se dibujó en el semblante del nuevo Emperador.

—Padre mío, deberías cortarle la cabeza a este insolente de Sempronio; su padre y hermano conspiran contra nosotros en el Senado, lo sé, y creo que hay aún algunos traidores por aquí que también conspiran contra nosotros.

Máximo había vuelto junto a su poderoso padre, al que había abandonado corriendo de forma vergonzosa, asustado por el ataque del caballo sármata. Pero él era el único que podía hablarle cuando estaba borracho, sin temor a que lo matara en un arranque de ira.

A los mandos presentes del ejército se les encogió el corazón.

Maximino miró a su hijo y lo apartó de la presencia y oídos de sus hombres y, aún ebrio y con una claridad sorprendente, lo rodeó con su enorme brazo y le susurró en la lengua de los tracios:

—Deberías ser más comedido en tus palabras, hijo mío. Ve a revisar las cartas de nuestros espías en el Senado y haz caso de tus consejeros. Aprende el oficio de gobernar, ya que no aprendiste el de guerrear, y deja de frecuentar a tus ramerías panonias.

—Vitaliano me aburre con sus eternas sospechas, si estuviera en lo cierto habría que ejecutar a todo el Senado por traición a nosotros, padre.

Maximino levantó su manaza y puso el dedo índice frente a la cara de su hijo para recalcarle su deber.

—Vitaliano es un hombre leal, a él le debo el Imperio, pero mis espías lo tienen vigilado. Cuando tú seas el César enriquece a tus soldados y no confíes en nadie.

—Sí, padre, así lo haré.

Maximino continuó hablando a su hijo con un tono paternal, era un Maximino absolutamente distinto al que conocían sus atemorizados hombres, un hombre tierno y cariñoso que sentía una gran debilidad por su retoño, ya un

joven adulto de veinte años.

— Hay asuntos urgentes que atender, hijo mío, como el de acabar con esa peste de secta de los cristianos, que niegan al Imperio y enojan a los dioses contra nosotros, y de aumentar los tributos a los perfumados nobles romanos y al piojoso pueblo para sostener mis campañas y comprar la lealtad de mis legiones.—miró a sus generales, con sospecha— Las fronteras del norte siguen siendo inestables, aun teniendo como rehenes a los hijos de los reyezuelos bárbaros a cambio de la paz.

Maximino mentía a su hijo o, sencillamente, por sus excesos con el vino, no recordaba que, tras invadir y aplastar a los alamanes, aunque efectivamente, exigió a los hijos de los caudillos bárbaros como rehenes como garantía de paz y como condición para retirarse y no continuar arrasando sus territorios y exterminando a sus pobladores, los terminó matando al cruzar de nuevo el Rin. A los varones en edad de luchar los había enfrentado en combates a muerte entre sí en la arena, en Augusta Treverorum^[9]; a los niños los arrojó a las fieras envueltos con pieles de oveja ensangrentadas y untadas con grasa de ciervo y jabalí, y a las princesas las entregó como ramera, siendo algunas niñas todavía o adolescentes, hasta que los soldados se cansaron de ellas y las asesinaron. Todo para apaciguar y divertir a sus legiones que se le habían antes amotinado tras la campaña germana por sus excesos en su justicia militar por supuesta cobardía de algunos de sus soldados y por su dureza en la imposición de la disciplina, pues era el tracio muy dado a castigar a sus tropas diezmándolas. Desde entonces, tuvo buen cuidado de no irritar más a sus hombres, porque bien pudiera acabar como el infortunado Alejandro Severo.

El joven Máximo escuchaba a su padre, admirado.

—Como ordenes, padre mío.

—Bien, bien... Después de todo, haré un buen César de ti. ¡Ah!, y otra cosa..., controla las ansias de tu falo cuando regresemos a Sirmium: olvida a las esposas de otros, sobre todo, si sus maridos me sirven en el ejército, y no deshonres a sus hijas. Si tanta necesidad tienes, fornicas con tus putas y engendras bastardos con ellas y no mezcles esto con la política.

Maximino había oído rumores de las andanzas de alcoba de su hijo en Sirmium, sabía que se acostó con una noble romana, pero desconocía que esta era la viuda de uno de sus enemigos.

—Está bien, padre, pero debes saber que son ellas las que me solicitan de buen grado y hasta persiguen.

No exageraba, pues Máximo era muy hermoso, como lo fue su salvaje abuela alana, y las costumbres de muchas de las nobles damas y virtuosas matronas del Imperio se habían embrutecido de tal modo que en ocasiones costaba diferenciarlas de una ramera de lujo. Era muy admirado y deseado por las damas de la nobleza. Las virtuosas matronas romanas admiraban la belleza del joven Máximo, digna del dios Apolo, pero admiraban mucho más las historias que hablaban sobre el tamaño de su miembro, y escuchaban admiradas a las damas del norte de la Galia que habían sido seducidas por él.

Maximino, no obstante, se sentía orgulloso de la hermosura de su hijo y daba gracias a los dioses de que no hubiera nacido con su monstruoso tamaño y feo rostro. Le acarició tiernamente su mentón con su gigantesco dedo, desde su imponente estatura.

—Te pareces a tu abuela Hababa, era muy hermosa. Puedes retirarte, hijo mío, y sé más cauto con las palabras que pronuncias delante de mis hombres.

El joven y presuntuoso hijo del Emperador le saludó y se retiró, escoltado por el pelotón de guardias germanos escogido por su augusto padre.

El César se sentó en su improvisado gran trono de hierro y se dirigió a sus generales, quienes le miraban apartados con temor. Maximino parecía haber disipado su ebriedad y habló a su estado mayor con claridad. El anciano Herodiano escribía de forma presta, pese su avanzada edad.

—Convocad consejo de guerra para mañana, al alba, y llamad al ejército. Estamos en condiciones de vadear el Danubio y atacar a los malditos carpos en su propio territorio; nuestros espías bárbaros nos han confirmado que preparan un gran ataque contra la frontera de Moesia, esta vez aliados con ese perro bastardo que se hace llamar el rey de los godos. Por ello, os exijo un esfuerzo más antes de ir a Roma. Os cubriré del oro que obtengamos del botín.

Uno de los legados del ejército se armó de valor y se arriesgó a ser muerto por la propia mano o espada del tiránico gigante.

—Noble César, disculpas, hoy los hombres están celebrando alegres la victoria, pero hay ansia en ellos por terminar las campañas. Llevan tres largos años luchando desde Germania hasta aquí; están exhaustos, como sabes, oh, noble César.

Maximino le interrumpió de forma grosera.

—¿Y...?

—La víspera de nuestra victoria aquí fueron ejecutados por orden tuya algunos de ellos en Sirmium por propagar descontento e incitar al motín y sus cabezas fueron clavadas en lanzas para escarmiento. Nuestras legiones han combatido bien, pero no les obligues a más, siguen habiendo rumores de otros amotinamientos y la mayoría de los hombres proceden de estas tierras panonias, muy aficionadas a la rebelión y al desorden en el pasado. Refuerza el limes del Danubio con auxiliares bárbaros, reconstruye las fortificaciones y da descanso a tus legiones aquí; no creo prudente ahora atacar a un enemigo del que desconocemos sus nuevas fuerzas más al norte, pues este invierno no ha terminado aún y los víveres escasean.

Quien así razonaba era Sexto Cornelio Corbulón Emiliano, legado de la Legión XXII Primigenia, quien coronó de laurel al tracio en Mogontiacum, el más veterano de los generales, procedente de uno de los linajes más nobles de Roma.

Maximino, de nuevo con ira, se levantó otra vez de su silla de hierro y agarró a su general por el cuello con una sola de sus manos, enormes como las garras de un oso escita.

—¡Perro traidor! ¡Cómo osas contradecirme! ¡Te mataré con mi propia mano! ¡Morirás por tu insolencia!

—¡Mi señor...!

La firme mano de Cayo Avidio Sura, tribuno de los pretorianos, cogió la ciclópea muñeca del Emperador, cuya mano atenazaba cada vez más el cuello del congestionado general; lo levantaba ahora del suelo con su portentosa fuerza sobrehumana, amenazaba ahorcarle.

—¡César, detente!

Los guardias germanos blandieron sus lanzas contra el tribuno y, a su vez, los pretorianos, que se mantenían hasta ese momento expectantes y a cierta distancia, desenvainaron sus espadas para proteger a su comandante.

El tribuno de los pretorianos fue apartado bruscamente por el gigante de un descomunal manotazo y voló a los pies de sus hombres, quienes permanecían alerta con sus armas desenvainadas, pues no dudarían en atacar a los germanos y en matar al Emperador si su comandante era amenazado; pero este les detuvo con un gesto mudo de su mano.

Los pretorianos ponían a menudo tiranos en el trono y a menudo los liquidaban también sin contemplaciones, a su conveniencia.

Circulaban ahora rumores de que iban a ser disueltos y enviados de

nuevo al ejército, y que la guardia de germanos ocuparía su lugar. Solo su jefe, Cayo Avidio Sura, les frenaba de momento, pues había dudas sobre la reacción de las legiones. Había que esperar aún, el ejército estaba hambriento y agotado pero seguía pareciendo leal al tracio.

Por fin, Maximino, el rudo gigante campesino de Tracia, volvió en sí, soltó su presa aún viva y la arrojó al suelo con desdén; desenvainó su enorme espada y se dirigió al tribuno de los pretorianos y a los oficiales del ejército con su acento no romano.

—Cualquiera que discuta mis órdenes será muerto por mi misma mano por traidor, pandilla de desagradecidos; vamos, ¿quién osa luchar conmigo?

Los legados y tribunos de las legiones y los pretorianos, los mismos que asesinaron a su predecesor y nombraron entre vítores al tosco soldado Maximino nuevo dueño del mundo romano, los mismos que antes le admiraban por su gran fuerza y valor y ahora le temían y odiaban en secreto, le saludaron entre exclamaciones con un golpe en el pecho en señal de fingida fidelidad y alzaron sus espadas al cielo.

—¡Salve, César! ¡Tuya será nuestra victoria!

El gigante envainó su espada, satisfecho, y los germanos se tranquilizaron y volvieron a rodear a su señor. Maximino despreciaba a sus generales por su origen noble, a pesar de ser él ciudadano romano; siempre se sintió inferior desde muy joven por su escasa instrucción y origen semibárbaro, humilde y campesino.

Avidio Sura le observó con inquietud, gracias tan solo a su popularidad entre sus hombres, quienes habían quitado la vida de los cuatro anteriores césares, no vio rodando su cabeza en la nieve. Desde la campaña germana estaba arrepentido de haber contribuido a colocarle la púrpura imperial por su propia sed de avaricia y miedo a ser muerto por los legionarios o sus propios hombres, pues estos vieron su sueldo doblado; pero las victorias del tracio, aun a costa de muchas pérdidas, le hicieron ganar popularidad entre las legiones hoy. El día de mañana no era esto seguro. Siendo así, el tribuno de las cohortes pretorianas, como los generales, decidió esperar el curso de los acontecimientos, ya que Maximino jamás olvidaría el incidente de hoy, y la nueva campaña contra los bárbaros en los Cárpatos sería dura y larga; solo debía callar y esperar si quería seguir manteniendo la cabeza sobre sus hombros.

El viejo cronista griego seguía escribiendo con su punzón lo acontecido

en sus tablillas de cera.

—¡Borra todo lo que ha pasado, viejo gusano! ¡Escribe solo lo último y desaparece de mi vista, griego, o te aplastaré como a una cucaracha!

El anciano liberto imperial obedeció y se retiró con una respetuosa inclinación de cabeza, pues deseaba terminar sus días en paz en su lecho.

El coloso volvió a dirigirse a sus temerosos generales.

—Mañana al alba, sacrificaremos un toro a Marte antes de marchar hacia el país de los carpos. Podéis retiraros y pensad en el enorme botín que nos espera. Mi gloria será la vuestra, romanos.

—Noble César, disculpas, hay rumores de que la peste ha surgido en la región de Sirmium.

Avidio Sura, sabiéndose protegido por sus hombres, habló con suma cautela a su Emperador, al que odiaba y temía.

—Palabrería de viejas plañideras y falsos infundios de los traidores que desean ocultar su ganado y grano para nuestro ejército. Decretaré que le sea cortada la lengua a todo aquel que propague falsas noticias de la existencia de cualquier plaga.

Sin embargo, era cierto. Los brotes de la peste volvían a asolar el Imperio desde los días de Marco Aurelio, propagados por los navíos de los mercaderes que llegaban del Oriente a Italia y a los puertos de las provincias occidentales, con sus bodegas infestadas de ratas.

Cayo Julio Vero Maximino se dio la vuelta y se dirigió al interior de su gran tienda, custodiada por un cordón de corpulentos guardias germanos armados como romanos, que se diferenciaban de los pretorianos por sus largas barbas doradas y rojas y por su elevada estatura; no obstante, hasta ellos parecían ridículos alfeñiques al lado de su señor, el gigantesco tracio, quien seguía prefiriéndolos, después de todo, tras participar los pretorianos en el asesinato de su antecesor Alejandro Severo y de su madre al sacarlos a rastras de sus aposentos y arrojarlos a los descontentos legionarios. Confiaba más en estas tropas semibárbaras, muy leales con su patrón y con las que tenía más afinidad, que en la poderosa y siniestra Guardia Pretoriana, relegada esta a su cordón exterior de protección.

Pero en el umbral de la entrada de la gran tienda imperial vaciló.

Volteó su enorme cabeza y recordó los succulentos pedazos de carne de caza y el caro vino toscano sin aguar arrojados al frío barro por sus esclavos al huir presos del pánico del espantoso ataque del caballo sármata; les

observó, estaban prostrados ante él y temblando de miedo, con sus miradas dirigidas al frío suelo, aterrorizados y temiendo ser cruelmente castigados, los mismos sirvientes robados a su joven e influenciable predecesor y a su dominante madre.

Tras apurar de un solo trago su gran copa de vino, el tracio la arrojó al suelo

—¡Traedme a estos gusanos!

Los germanos que custodiaban la puerta de la tienda los apresaron.

Los pobres sirvientes lloraban implorando misericordia, tenían el rostro lívido.

—¡Piedad, amo! ¡Piedad de nosotros! ¡No nos castigues!

Maximino movió su manaza despectivamente en el aire.

—Crucificadles.

—¡Nooooooo! ¡Piedad...!

Los germanos golpearon sin miramientos a los esclavos y los levantaron del suelo por los cabellos mientras otros soldados germanos aparecieron para llevárselos al suplicio entre grandes gritos y llantos de desesperación. Los germanos estaban alegres, habían aprendido a clavar a la gente en cruces y ya lo hacían tan bien como los romanos, iban a divertirse con estos desdichados.

De repente, el gigante, detuvo inesperadamente a sus hombres.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja...! ¡Deteneos, germanos! ¡Cómo lloran estas ramera! ¡Seguro que no se quejaban tanto cuando esa vieja zorra de Julia Mamea les ordenaba lamerle su seco y arrugado *cunnus*, ja,ja,ja,ja, ja...! Azotadles un poco para que aprendan a no tirar mi comida y mi bebida y que vuelvan al trabajo después. Vaya cara que han puesto, por los dioses... ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

Los rufianes germanos soltaron grandes risotadas por la pesada broma de su señor y los pobres esclavos se arrojaron a los pies del Emperador agradecidos, besando el cuero de sus botas, pero este los apartó golpeándoles con grandes patadas en la cabeza y en los costados mientras reía ruidosamente con risa de viejo borracho desquiciado.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Esclavos miserables! ¡Escoria! ¡Haraganes! ¡Llevaos a esta basura y azotadles!

Sus guardias zarandearon y agitaron los cuerpos tendidos e inertes sobre el gélido barro para despertarles, sin éxito.

Tenían el cuello y las costillas rotos.

—Están muertos, noble César...

—¿Cómo? ¿Muertos? Dádselos de comida a los perros.

Y el gigante tracio eructó ruidosamente y se puso a orinar sobre la nieve, antes de entrar en su ahora lujosa tienda.

Se quitó la piel de oso y el gran capote con los que se abrigaba del invierno panonio y se deshizo las correas de la enorme coraza musculada y de las grebas de las piernas, ayudado por su asistente, otro esclavo adolescente, también robado a la infortunada Julia Mamea; se recostó en su lecho, exhausto y con sus armas al alcance de la mano, tal vez como hacían sus antepasados nómadas de las estepas al norte del Ponto^[10], pues era de sueño ligero y temía siempre ser asesinado.

El joven esclavo probaba otra copa de vino que iba a beber su nuevo amo para evitar un envenenamiento. La consecución de la púrpura imperial despertaba envidias, descontentos y traiciones.

“Muy pronto dejaré Panonia, venceré a esos hijos de perra carpos y godos y vendré por fin a Roma victorioso; muy pronto reinstauraré el orden. Muy pronto esas viejas zorras del Senado se postrarán ante mí o los mandaré al infierno y los exterminaré junto a sus familias, el terror será mi más fiel aliado para gobernar y mi hijo Máximo será mi sucesor, creando una nueva estirpe de Césares que durará siglos...”

El mancebo ofreció la copa a su señor, quien se la llevó a los labios y dio un buen trago de vino. Maximino fue en su juventud un humilde y valeroso legionario quien, gracias a su prodigiosa estatura, tamaño y portentosa fuerza sobrehumana, llamó la atención del Emperador Septimio Severo, medio extranjero como él, de origen africano y también valeroso soldado. Tras vencer el joven Maximino a seis fuertes y corpulentos legionarios a la vez en una reyerta tras una partida de dados regada con fuerte vino siciliano, a los que mató con sus propias manos, Septimio le llamó a su presencia. Lejos de castigarle, el viejo Severo, admirado e impresionado, le perdonó su crimen y le nombró su guardia personal, para que protegiera su vida. El joven Maximino seguía a su Emperador corriendo a pie cuando este montaba a caballo, pues ninguna montura aguantaba su descomunal tamaño y peso. El tracio fue ascendiendo en el ejército, poco a poco, gracias a su hercúleo tamaño y descomunal fuerza, y a sus cualidades como guerrero. Fue, sin embargo, su nieto político, el infortunado Alejandro Severo, quien le dio el mando de una legión en Egipto, la IV Legión Itálica, compuesta por soldados

de origen italiano y panonio en su mayoría. Participó con valor en la guerra contra los persas y le sirvió también contra los bárbaros del norte en Germania, hasta que todo el ejército y los pretorianos asesinaron a Alejandro y le proclamaron a él, quien ya se dejaba llamar “César” por los exaltados soldados el día antes de que mataran al infortunado y joven Emperador. Maximino era muy temido y respetado por sus hombres, sobre todo, temido.

El esclavo comenzaba a retirarse. Su joven belleza adolescente estaba atenazada por el terror.

Maximino seguía con perversa mirada los pasos de su esclavo, que se retiraba de la tienda, mientras se levantaba el faldellín de su túnica de lana, se bajaba los calzones y se palpaba sus enormes genitales bajo el taparrabo.

—Esclavo, ven aquí... con tu amo y señor. ¡Desnúdate!

El joven, aterrorizado, se dirigió cabizbajo al asqueroso gigante, quien seguía postrado en el lecho, y empezó a despojarse de sus vestiduras, quedando pronto desnudo frente a su amo. Se tapaba sus partes pudendas con sus manos, indefenso, y le temblaban las piernas.

Maximino admiró la belleza del joven, que le recordó a la estatua de un efebo griego.

—Esclavo, apaga el fuego de las lámparas y acércate a mí.

El joven obedeció, pero dudaba en acercarse a Maximino, muerto de miedo.

—Ven aquí... ¡Ven aquí he dicho, esclavo!

Ante las vacilaciones del joven mancebo, el gigante se levantó rápidamente como un tigre del Cáucaso y abofeteó al muchacho, al que lanzó de un extremo a otro de la tienda y lo derribó contra la alfombra.

Los guardias germanos conocían ya las costumbres de su señor y no se alarmaron por el tumulto.

—Esclavo, mi bello muchacho... va a poseerte un dios...

El viejo Maximino, tras quitarse sus vestiduras y quedar totalmente desnudo también, agarró al maltrecho y malherido esclavo por detrás, lo sujetó con su manaza por los negros cabellos, y empezó a sodomizarlo; le arrancaba grandes gritos de dolor que provocaron las risitas de su guardia.

—¡Nooooo! ¡Mi amo...! ¡Nooooooooo! ¡Por piedad...!

—¡Quieta, maldita puta! ¡Goza de mi divino y poderoso miembro! ¡Es el fallo de un dios el que penetra en ti!

—¡Nooooooooo! ¡Nooooooooo! ¡Aaaaaaaaarrggghhhh!

La sangre y las lágrimas del infortunado muchacho caían sobre las lujosas alfombras de la tienda, robadas también a la asesinada Julia Mamea, madre del anterior Emperador.

Este crudo invierno llegaba a su fin.

Las matanzas del exterior habían terminado, habían empezado a caer otra vez las nieves y los sudorosos soldados bebían y comían animosamente junto a los fuegos, aún sucios de la sangre de sus enemigos.

El crepúsculo ya caía sobre las empalizadas y torres del campamento romano, levantadas ya por los legionarios tras la batalla con los árboles talados de los cercanos bosques. Un foso y un terraplén de tierra rodeaban el recinto, protegiéndolo. Aun así, los hombres tenían permiso para celebrar la victoria fuera del campamento y pernoctar con las rameras que comenzaban a llegar con sus proxenetas en sus carromatos, junto con mercaderes y tratantes de esclavos, atraídos por las noticias de la victoria romana y la presencia del ejército; olían el negocio.

Los soldados deseaban lanzarse con ansia sobre las prostitutas, pues su vida estaba expuesta a graves peligros y no sabían si al día siguiente continuarían vivos.

Al alba, unos jinetes, sucios y exhaustos, traían nuevas urgentes de Roma y solicitaban informar al César.

Capítulo IV

EL PRETORIANO Y EL CELTA

El fuego de las antorchas iluminaba el círculo formado por las filas de vociferantes centuriones y legionarios, fantasmales sombras se dibujaban sobre la nieve.

Unas rameras panonias observaban, abrazadas a sus amantes romanos, con sus voluptuosos pechos descubiertos y expectantes; junto a ellos, los guardias pretorianos libres de servicio, muchos de ellos borrachos, hombres muy peligrosos si se les provocaba, muy hábiles con la espada corta y la daga y también muy dados al tumulto tabernario.

En el centro, un enorme legionario de origen celta de larga barba cobriza, con su tatuado y velludo torso desnudo cruzado de cicatrices, esperaba a su adversario al calor de los fuegos con una gran jarra de vino en una mano y con el hermoso trasero de una vieja ramera en la otra, a la que besaba en la boca.

Los soldados ebrios gritaban y los no menos ebrios pretorianos les observaban con burla y con reprimidas ganas de cargar contra ellos.

—¡Mátale, Gannicus!

—¡Destrózalo!, He apostado mucho dinero por ti, galo.

—¡Gannicus, Gannicus!

Los centuriones, que al principio contenían las ansias de bronca y pelea de sus hombres contra los presuntuosos guardias pretorianos, a duras penas podían frenar ya a sus borrachos legionarios, eufóricos por la victoria tras la dura batalla contra los enemigos de Roma y deseosos de demostrar su virilidad a sus putas dándoles una paliza a esos mequetrefes de los pretorianos; mas estos eran unos combatientes formidables, escogidos entre la élite de las legiones y con mucha experiencia guerrera, no en vano tenían la misión de proteger la vida del Emperador con la suya propia. El vino, sin embargo, inducía valor y coraje y existían deseos de ajustar viejas cuentas de rencillas personales tanto como de usar sus miembros con las lascivas mujerzuelas y fornicarlas a cambio de unas pocas monedas. Llegó un momento

en el cual los propios centuriones, también borrachos, participaban en el intercambio de insultos y maldiciones contra los pretorianos que tenían enfrente y hasta animaban a sus hombres a lanzarse contra ellos.

—¡Venid aquí, pretorianos, chupadme el falo!

—¡Os vamos a matar, hijos de perra!

—¡Osad acercaros, perros, y os castraremos como a cerdos! ¡Nosotros desayunamos legionarios!

Pero la expectación y emoción por la lucha que iba a celebrarse en el centro del gran círculo formado por los hombres disipaba al final, por el momento, cualquier deseo de empezar una batalla campal a puñetazo limpio, y las putas panonias apaciguaban el exceso de belicosidad de sus hombres restregando sus lenguas con las de ellos y manoseándoles los miembros con sabiduría; los aumentaban de tamaño bajo el calzón, a pesar de la gran cantidad de vino ingerido, como preludio de la pasión que se iba a desatar tras el combate, pues cada día en la existencia de estos hombres podía ser el último.

Gannicus fue gladiador antes de soldado, castigado por sus muchos crímenes como salteador de caminos en sus bosques natales de Galia; se libró de la muerte cuando fue por fin prendido y crucificado, gracias a su fortaleza física. Tras bajarle de la cruz y curarle, se le adiestró como gladiador y se le vendió para divertir al populacho en la arena; obtuvo numerosas victorias en sucios rincones de la Galia y otras provincias, y hasta en la propia Roma, e hizo ricos a sus amos, hasta que un día pudo comprar su libertad y, sin saber qué hacer con su vida, se alistó en el ejército, pues ya era un hombre libre y ciudadano romano.

El celta dio otros grandes tragos del gran jarro de vino sin rebajar hasta vaciarlo, que le ofreció la desdentada pero aún voluptuosa y hermosa ramera, pues, aunque romano, como muchos de sus paisanos galos seguía conservando algunas ancestrales costumbres de su pueblo, aun después de la conquista de toda la Galia por el divino Cayo Julio César hacía siglos.

La jarra voló vacía por los aires. Un sonoro eructo brotó de la garganta del galo y la furcia panonia recibió una sonora zurra en su orondo y hermoso trasero; se retiró divertida y acompañada de las risotadas de los soldados y de las demás mujerzuelas. Su superior, un centurión con mirada de asesino loco, se aproximó al temible celta.

—¿Dónde está este maldito pretoriano? ¿Se ha cagado de miedo?

—No me decepciones, galo, he apostado dos denarios de plata por tu victoria... ¡Aplasta al pretoriano!

—¡Le mataré y le meteré su cabeza por el culo!

Lucio Felix sonrió satisfecho.

No muy lejos de allí, los excelentes médicos del ejército romano le habían extraído la pequeña punta a Marco Valerio Celer de su muslo. Por suerte para el pretoriano, sólo era un rasguño, la flecha penetró de forma superficial en su carne. El cuero que la cubría y la buena musculatura le protegieron la pierna.

—La diosa Fortuna sigue concediéndote su favor, mi señor, la punta de la flecha solo ha entrado superficialmente en tu pierna.

—Ese maldito arquero sármata erró su tiro. Esta flecha iba dirigida a mis testículos.

—Sin duda los dioses te sonríen, mi señor, muchas son ya tus cicatrices en tu cuerpo y continuas sano y fuerte a tus años, pero ahora debemos quemarte tu herida para evitar una gangrena.

—Que entren mis hombres, ellos sabrán como sujetarme bien, físicos, y traedme vino.

Más tarde, unos fornidos pretorianos sujetaban con fuerza a un hombre que esperaba a uno de ellos, con experiencia en estos menesteres, para que le cerrara la herida de su muslo con un hierro calentado al rojo vivo.

Marco Valerio Celer había bebido vino en exceso con anterioridad, estaba mareado, pero aún sobrio.

—Vamos, pretoriano, ¿a qué esperas? ¡Venga, por los dioses! ¡Adelante!

Uno de los hombres le puso una pequeña rama de abedul en la boca para que la mordiera con fuerza.

El soldado le puso el hierro candente sobre su herida y Marco se convulsionó de forma violenta, ponía en apuros a los hombres que le sujetaban sus brazos y piernas; reprimía un gran lamento de dolor, sólo ahogado por la presión de su dentadura sobre la rama.

—¡Aaaaaaggggghhh...!

El humo y el olor a carne quemada invadieron el angosto espacio de la tienda.

Marco escupió el trozo de abedul de su boca.

Los pretorianos que estaban sujetándole se preparaban para soltarle.

—Preparados... soltémosle y apartémonos rápido de él.

Los soldados le soltaron y se pusieron velozmente fuera del alcance de los puños de Marco, que parecía un toro embravecido.

—¡Aaaaaaaah, bastardos, hijos de perra, os mataré!

Y alcanzó en la mandíbula al infeliz soldado que le quemó la herida de un puñetazo que le derribó fuera de la tienda.

—¡Pretorianos! ¡Por Júpiter! ¡Traedme más vino!

Los pretorianos lo celebraron.

—¡Por todos los dioses inmortales, mi señor! Nos ha costado de veras mantenerte sujeto, aún tienes la fuerza de un león.

Marco dio un gran trago de la jarra que le ofrecieron y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Eso mismo me dijo la zorra de tu madre cuando te engendró, muchacho.

Los hombres de Marco rieron la broma de su centurión, quien les ofreció su jarra de vino. El soldado que le quemó la herida entraba en la tienda aturdido y Marco, al verlo, le arrebató la jarra a uno de sus hombres para ofrecérsela.

—Toma, pretoriano, bebe a mi salud. Te has portado bien, has cumplido con tu deber, te doy las gracias y te pido disculpas por golpearte.

El soldado se palpaba el dolorido mentón, un hilo de sangre corría desde su partido labio.

—Tienes la fuerza de un viejo oso, mi señor, pero mi mandíbula es más fuerte.

Marco le agarro afectuosamente por los hombros y le sonreía, él sentía un gran afecto por sus hombres.

—¡Ja,ja,ja,ja! ¡Bien, soldado!

Tras quemarle sus hombros la herida y beber con ellos unos cuantos tragos de vino, le habían dejado descansar.

Marco se palpaba la herida de la pierna y las antiguas cicatrices en toda una vida de batallas y matanzas. Recordaba su niñez, en su mísera aldea campesina de la Umbría, cuando escuchaba asombrado en las rodillas de su padre, antiguo soldado como él, sus hazañas en la guerra, mientras su joven y hermosa madre le miraba admirada a la luz de las lámparas de aceite y del cálido fuego del hogar. El joven Marco creció fortalecido por las duras labores del campo, pero un día aciago la peste se llevó las vidas de sus padres. Marco quedó sin familia y fue encontrado solo y perdido por unos

soldados quienes le recogieron y se lo llevaron al ejército, su nueva familia.

Marco se había hecho hombre en la II Legión Parthica y había luchado contra los enemigos de Roma en Partia, Britania y Germania, y pronto se labró una reputación de soldado pendenciero, a menudo azotado por sus faltas y reyertas en las tabernas, y expuesto a los lugares de mayor peligro en la batalla como castigo. Así se había convertido Marco en un mortífero guerrero, y recibió el nombre de Celer por la rapidez con la que mataba a sus enemigos.

Estaba desnudo. En su lecho, exhausta tras ser poseída por el impetuoso romano, le miraba extasiada por su fortaleza una bella mujer de cabellos oscuros y ojos verdes, desnuda como él, exhibiendo sus grandes pechos con sus oscuros pezones aún erectos y con el sudado y hermoso trasero que reflejaba la tenue luz de las lámparas de aceite; su magnífico cuerpo estaba manchado con la misma sangre que intentaba quitarse de encima el pretoriano. Ella era una de las ramera panonias que eran llevadas y ofrecidas por sus proxenetas al oler la victoria y la plata del ejército.

Mientras Marco se había levantado del lecho para lavarse la cara y el cuerpo de la sangre de sus enemigos con agua helada, un pretoriano entró en su tienda, saludando a su comandante brazo en alto.

—¡Mi señor! ¡Date prisa! Tu adversario te espera y los hombres están ansiosos.

—¡Dioses! Ya voy, que no se impacienten, por Júpiter. Aún me duelen los brazos de matar a tantos sármatas y carpos este día, y me acaban de sacar una flecha de la pierna.

El soldado pretoriano admiró las cicatrices en el torso de su centurión, pero mucho más admiró el cuerpo de la mujer desnuda que tenía ante su vista.

—¿Qué te sucede, pretoriano? ¿No has visto nunca a una mujer desnuda o esta puta te recuerda a tu hermana?

—Mi señor, disculpas...

Marco sacó algo largo y grande de una bolsa de cuero, cubierto de sal y oscurecido por el tiempo, y se lo arrojó a la puta.

—Toma, zorra, este regalo es para ti, para que me recuerdes bien.

Era el gran miembro viril cortado y momificado de un guerrero alemán, que Marco Valerio Celer guardaba para obsequiárselo a la noble Julia Terencia, su vieja amante en Roma. Pero ya le daba lo mismo, en el fondo, darle este despojo a esta ramera panonia o a la noble romana, pues esta era tan

puta como la otra, solo que con mejor posición. Para Marco, todas las hembras eran unas zorras, tal era su resentimiento por haberse sentido burlado dos veces por la noble Julia Terencia, a la que quizás amó.

Jamás se había casado, pese a que casi le atraparon un par de veces, una en el país de los bátavos y otra en Roma. No obstante, el pretoriano reflexionaba demasiadas veces sobre su anterior vida y, a menudo, creía haberla desperdiciado combatiendo en lejanas guerras y sirviendo a los Césares, en lugar de licenciarse cuando pudo hacerlo, coger el trozo de tierra que le daban, tomar una esposa y engendrar una nueva familia romana. Su vida como soldado le obligó a alejarse de aquella hermosa rubia bátava que tanto le enamoró y que le dio dos robustos hijos, unos cachorros más bárbaros que romanos. Los había olvidado y a veces se sentía culpable por ello. Para la noble Julia Terencia él sólo fue un capricho, eso pensaba, demasiado plebeyo para esa furcia, ella se avergonzaba de él.

—Tal vez no debiste yacer con ninguna mujer antes de esto, centurión. Fornicar debilita e induce al sueño. Los hombres han apostado por ti, mi señor.

—¿Ah, sí, pretoriano? ¿Y qué sucede con la herida de mi pierna? Lo mismo mi buen padre no lo fue nunca en realidad y fui engendrado a mi madre por el dios Hércules... sí, perros pretorianos, debéis creer que soy el bastardo de algún dios que se aburría y bajó a la Tierra para copular con mi madre.

El soldado desconocía que a su centurión le habían sacado una punta de flecha pocas horas antes.

Marco se vestía y tomaba sus armas, miró a su hombre y le habló con reprobación.

—Pretoriano, deberías confiar más en tu centurión. Este que ves ante ti, ha sobrevivido a cien batallas. Que perdáis vuestras monedas o no, no me incumbe, nadie os obligó a apostar. Si he de ganar, ganaré a ese hijo de perra, y si he de perder, será lo que los dioses dicten. No me preocupa. Habéis aceptado el desafío de esa escoria de Lucio Félix, que busca mi muerte y no se atreve a obtenerla él mismo por su propia mano, me habéis obligado a luchar contra algún patán de sus legionarios, para divertirlos y llenar vuestras bolsas, como un vulgar gladiador.

—Mi señor, yo...

Marco salió cojeando de la tienda y agarró del brazo al pretoriano.

—¿Te agrada esta puta, pretoriano? ¡Tómala, es tuya! ¡Gózala! He pagado

de más por ella al rufián que me la ofreció, no la echará en falta aún, y tú pareces agradecerle, bastardo.

El pretoriano saludó con el puño al pecho a su centurión y entró como una exhalación en la tienda.

Marco sonrió.

Cojeando, el centurión se dirigió al lugar donde su adversario le esperaba para darle una paliza, guiado por las voces de borrachos y los fuegos.

El tribuno Cayo Avidio Sura le vio caminar penosamente y le llamó

—¡Eh, Marco!

Marco hizo como si no le había oído. No quería recordar ahora el asunto de Julia Terencia.

—¡Centurión Marco Valerio Celer! ¡Detente! ¡Detente he dicho!

Marco detuvo su camino y esperó al tribuno con el gesto grave.

—Marco, mi amigo, debo hablar contigo.

—Lo sé, Cayo. Conozco tu motivo. Goza con ella, no hay nada entre nosotros.

—Marco, es cierto que yací con ella en su lecho, pero ella te ama aún, me habló de ti después, yo desconocía que fue tuya.

Marco sonrió con ironía.

—¿Ella me ama, dices? Bonita forma de demostrarlo, ¿no crees?

Sura bajó la cara, avergonzado, era un hombre de noble carácter y sintió que había traicionado a su amigo.

—Marco...centurión...yo...

Marco posó su mano sobre el hombro de su comandante y le miró firmemente a sus ojos.

—Si tú la amas, ten cuidado, Cayo, no es mujer para nosotros, ella es una noble patricia, se avergüenza de los hombres de origen plebeyo cuando salen de su lecho.

Y dicho esto, el centurión prosiguió su camino cojeando, mientras Avidio Sura intentaba retenerlo cogiéndole el brazo.

—¿A dónde vas, Marco? ¿No ves que aún estás herido? He oído que los hombres han apostado por ti en un combate que se ha organizado contra una bestia de Galia de la IV.

—No me adules, Cayo, sé que muchos de esos hijos de perra, aunque me amen, han apostado en mi contra, incluyéndote a ti.

Cayo le sonrió y le dejó ir.

Los gritos de los pretorianos resonaron ahora en la noche cuando apareció su adversario, pues él era muy temido y respetado y su reputación como soldado le precedía. La excitación de la tropa creció aún más.

—¡Marco, Marco!

—¡Centurión, machácalo!

—¡Manda a este perro al infierno, Marco!

—¡Rómpele el cuello a esta basura gala y mándalo al infierno, Marco!

El gallo se asombró.

—Señor, no me dijiste que iba a luchar contra un viejo lisiado.

El centurión Felix miró a Marco con odio.

—No le desprecies, Gannicus, ten cuidado de él y acaba pronto.

Los guardias pretorianos vitorearon a su centurión, quien se despojó de la cota de malla, de su túnica de lana y de su mortífera espada y del puñal, arrojándolos al frío suelo; quedó con el torso desnudo y tan solo vestido con los calzones y las botas; un fuerte vendaje protegía su pierna herida. Los murmullos de respeto se extendieron alrededor suyo.

El “viejo”, con la musculatura fuerte de un muchacho, tenía el torso adornado con tremendas cicatrices, caricias cosechadas de toda una vida de luchar contra los enemigos de Roma. Un rostro de mirada torva, rodeado por una barba rala y gris, cruzado en la mitad por una fea cicatriz, estudió al celta con la mortífera frialdad de quien sabe matar muy bien, aunque esta lucha sería sin armas, con las manos desnudas. No era un combate a muerte, al menos, en principio.

Una puta semidesnuda de larga cabellera negra se le pegó y se le restregó en su entrepierna, excitada, mientras le ofrecía una jarra de vino, pero el pretoriano apartó y empujó de un manotazo a la furcia, siendo arrojada a sus hombres, quienes la recibieron alborozados.

—Ven, preciosa, nosotros cuidaremos de ti, jajajajajaa...

—¡Marco! ¡Marco!

El gallo había oído hablar de uno entre esos pretorianos de nombre Marco, y se inquietó.

—¿”Marco”? ¿No es este el loco que mató él solo a más de cincuenta bárbaros en el Rin? Yo no lucho contra él, mis adversarios en la arena eran escogidos.

—¡Maldito perro cobarde! ¡Acaba con él o te hundiré mi espada en el

vientre!

Lucio Felix, el centurión del galo, tenía cuentas pendientes con el pretoriano desde la campaña del Rin... Una hermosa germana, a la que tenía bastante afición, prefirió los fuertes brazos de Marco a los suyos, este la preñó y se convirtió aquel en el objeto de las chanzas de sus hombres, lo que acentuó su crueldad, pues, al contrario que Marco, él era muy odiado por ellos.

Un empujón sacó a pelear al indeciso celta y las burlas y risas de sus camaradas y de las putas panonias sonaron en la noche, animadas por el exceso de vino y la alegría por la reciente victoria contra los carpos y sármatas.

El celta, rojo de ira por fin, invocó al ancestral dios de la guerra de su pueblo con grandes alaridos y en una lengua ya olvidada; su centurión se puso frente a él, dándole dos fuertes bofetadas en el rostro.

—¡Destrózale, galo, eres el más fuerte!

—¡Aaaaaaaarrrgghh! ¡Teutatis, Teutatis!

Felix observó la pierna de Marco con maldad.

—Castígale la pierna herida con tus golpes, galo, lo tendrás ya vencido antes de partirle el cuello.

Marco escupió al barro. Le esperaba.

La herida de su pierna continuaba doliéndole y eso le contrariaba.

Gannicus cargó como un toro enfurecido contra el pretoriano, quien se mantenía frío e inmóvil. Una mueca de satisfacción empezó a dibujarse en la boca de Lucio, su centurión.

El pretoriano por fin se movió; se apartó con agilidad de la furia salvaje de su contrincante, quien recurría a su fuerza bruta, pues era este un combate muy distinto al que estuvo familiarizado en la arena como gladiador.

Una patada en las posaderas con su pierna buena echó de bruces al celta sobre el suelo nevado, caída que fue seguida por la burlas y chanzas de las tropas y de sus putas. Se levantó más furioso aún, como un demonio del infierno, herido en su orgullo viril, y lanzó al aire, sin alcanzar su objetivo, un puñetazo tras otro a la cara del pretoriano, quien se movía con la rapidez de un leopardo etíope. El celta se cansaba cada vez más, hasta que su frío adversario consiguió asirle por detrás para retorcerle un brazo a la vez que le golpeaba la espalda baja, lo que le arrancaba lamentos de dolor y lo dejaba sin aliento.

El galo consiguió liberarse de la presa con su gran fuerza; dio un

tremendo cabezazo a la nariz y boca de su adversario, quien retrocedió aturdido, sangraba ahora de forma abundante y se tambaleaba.

De pronto, el obtuso celta recordó que su adversario luchaba con su pierna herida y se la golpeó violentamente con un malévolo puntapié. Marco aulló de dolor y retrocedió. Dos golpes más en la cabeza parecieron darle la victoria final a Gannicus, que derribó al pretoriano Marco Valerio, sangrante su rostro.

Los pretorianos, incluso los que habían apostado en contra de su centurión, insultaban al celta por su juego sucio y juraban matarle al terminar el combate, si su señor no acababa antes con él.

Otro pretoriano, borracho y con la jarra de vino en la mano, golpeó al celta con ella; la estrelló y la rompió en su dura cabeza. Gannicus quedó aturdido por un momento, se volteó y agarró a este idiota por el cuello: le lanzó un puñetazo tan fuerte en el rostro que lo arrojó sobre sus compañeros, que cayeron derribados. Lo dejó sin sentido sobre la nieve con la nariz rota y sangrando de forma abundante.

—¡Soy Gannicus, el galo! ¡Perros! ¡Yo fui un campeón en la arena! ¡Yo devoro y cago pretorianos! ¡Cuando acabe con vuestro jefe os mataré a vosotros, hijos de puta!

Los pretorianos abuchearon y silbaron al celta mientras que los legionarios le animaron aún más y le vitorearon. Las putas le enseñaron sus desnudos pechos y sacaban sus lenguas al aire con desvergüenza, excitadas.

—¡Mátalo, mátalo!

Asido por el cuello y derribado sobre el frío suelo, rodeado por las gigantescas manazas del galo, Marco lanzó un rodillazo sobre sus testículos antes de que este consiguiera estrangularle: la bestia humana le soltó rápidamente y se encogió con un rictus de dolor, intentó respirar, pero recibía una lluvia de fuertes puñetazos en la cabeza, vientre, hígado y rostro; luchaban ambos en el suelo e intercambiaban golpes. Lograron levantarse los dos, ya extenuados y con los rostros ensangrentados, y prosiguieron con el intercambiando de puñetazos, cada vez más distanciados en el tiempo. Cayó el celta, por fin, exhausto, ensangrentado y encogido en toda su potente estatura, con sus fuerzas agotadas y sin aliento, el brutal rostro hundido sobre la sucia nieve. Alzó dos dedos de la mano en señal de rendición, tal como hacían los gladiadores vencidos en la arena del anfiteatro cuando imploraban la clemencia del público.

El centurión de los pretorianos cesó su ataque, sudoroso y también agotado, y se sentó sobre la nieve, con su pierna dolorida y sangrando abundantemente de sus pómulos, nariz y boca. Miraba el lastimero y gimoteante bulto del galo derrotado, quien escupía sangre y dientes sobre la nieve, enrojeciéndola. Ignoraba los alaridos de victoria de los pretorianos y de algunos de los propios camaradas del celta, pues no eran pocos los legionarios que habían apostado en su contra, conocedores de la reputación de Marco como mortífero guerrero y de la fama de fanfarrón del galo.

—¡Marco, Marco, Marco, hijo de Marte!

Con un gesto de la mano impidió a muchos de los hombres asaltar la improvisada arena para ser levantado sobre sus hombros como vencedor, quería que lo dejaran en paz. El resto abandonó el lugar con sus deudas pagadas, malhumorados y acordándose de la madre del perro de Galia.

Marco Valerio ignoraba la gran cantidad de dinero que le arrojaban todos los que apostaron contra él, vigilados por sus pretorianos, quienes agarraban a los que intentaban escurrir el bulto: les sacaban sus dos denarios de plata, toda una fortuna para estos humildes hombres que se ganaban su sustento con la guerra.

Pronto repartiría las ganancias con sus hombres e irían a yacer con las putas que escogieran, pues, como los demás soldados, debían aprovechar al máximo su tiempo de esparcimiento, más aún continuando en guerra y desconociendo si sobrevivirían a la próxima batalla.

El malvado y cruel Lucio Felix avanzó hacia el celta, quien aún estaba en el frío suelo intentando despejarse el rostro con el frescor de la nieve. Ya estaba empezando a levantarse torpemente cuando aquel empezó a molerlo a golpes con su vara de vid y le provocó desgarradores lamentos al infortunado perdedor de la lucha.

—¡Maldito hijo de perra, me has hecho perder dos denarios de plata, pero lo pagarás caro, cerdo de Galia! ¡Limpiarás las letrinas con tus manos lo que nos quede de campaña, perro! ¡Lo juro por todos los dioses!

El pobre soldado, encogido en el suelo, intentaba protegerse la cabeza con los brazos de la lluvia de golpes que le lanzaba su señor a la vez que daba grandes gritos de dolor y le imploraba clemencia.

Una fuerte mano de hierro asió la muñeca del cruel centurión e impidió que lanzara más bastonazos al infeliz.

—Deberías alimentar mejor a tus hombres y darles más descanso tras

combatir, Lucio. He visto a este trabajar como diez hombres cavando trincheras y levantando empalizadas con los otros tras masacrar a nuestros enemigos; si tanto deseabas ganar dos denarios de plata, debiste darle descanso para que luchara conmigo mañana. Eres previsible, Lucio; si tanto deseas mi vida, ten el valor de reclamármela ahora, perro. Ella me dijo que no la satisfacías en el lecho.

Preso de ira, el centurión Lucio Félix se libró violentamente de la mano de Marco y agarró la empuñadura de su espada e intentó desenvainarla, pero Marco, que lo previó, lo tiró al suelo de un puñetazo que le hizo perder el casco y le puso rápidamente la punta de una daga en el cuello, arma que le arrojó al vuelo uno de sus hombres.

—¡Hazlo! ¡Hazlo o seré yo quien te mate cuando tenga oportunidad!

—Eres un necio, Lucio, no toleraste que ella me escogiera a mí; al final no perdiste nada, era una puta, como todas, seguro que ya tiene en su vientre a otro bastardo de alguien con la bolsa bien llena. Guarda tus impulsos de matar para los bárbaros. Esta frontera sigue siendo inestable, conozco a esos malditos sármatas, la guerra no ha terminado y reclamarán su venganza por la jornada de hoy.

El pretoriano retiró la daga de la garganta de Lucio, quien se levantó y recogió su casco de la nieve, se lo colocó y se ató las amplias carrilleras.

—Esto no ha terminado, bastardo, ya volveremos a ajustar cuentas.

—Entonces te estaré esperando para mandarte con tus antepasados, Lucio.

El centurión Lucio se dispuso a abandonar el lugar ignorando al celta que continuaba en el suelo lloriqueando de dolor, pero Marco le detuvo con su potente voz.

—¿No olvidas algo, hijo de perra?

—¡Toma!

La bolsa con los dos denarios de plata cayó a los pies del pretoriano, mientras sus hombres seguían expectantes y con respeto los acontecimientos.

—Bien, Lucio, apostaría estos dos denarios de plata a que fue tu sucia lengua la que susurró a aquel germano que yo visitaba a su mujer.

—No sé de qué me hablas, pretoriano, la puta que me quitaste no tenía marido.

—La otra, cuyo hombre tuve que destripar cuando nos sorprendió de improviso a ambos en su lecho.

Lucio Felix odiaba a Marco, le tenía envidia porque este era valeroso y respetado por sus hombres, y sobre todo, no soportaba que tuviera más éxito con las mujeres que él.

—Quieran los dioses para que alguien más fuerte y diestro que tú te castre como a un cerdo, un día te cortarán las pelotas, maldito pretoriano bastardo.

—Fuera de mi vista, Lucio, o esta vez te mataré.

Marco siguió con la mirada a Lucio Felix mientras se alejaba del lugar mascullando inaudibles maldiciones e insultos contra los antepasados del pretoriano.

Marco asió al celta por las axilas y lo levantó. A duras penas se conseguía mantener en pie.

—Has luchado bien, soldado. ¡Toma! Descansa y diviértete con alguna ramera de por aquí, el resto guárdalo, pronto tendremos que volver a la guerra.

La bolsa de cuero con los dos denarios de plata apareció en la mano del celta, quien no daba crédito a la generosidad de su vencedor.

—Mi señor, juro por los espíritus de mis antepasados que te serviré siempre con mi vida.

—¡Cierra esa boca de galo y vete a fornicar de una maldita vez!

La vieja desdentada de voluptuoso cuerpo se le colgó al cuello riendo y el celta la levantó del suelo en brazos y se la llevó al carromato.

Unos legionarios arrojaron un cubo de agua fría sobre el pretoriano que había dejado fuera de combate Gannicus, lo que le hizo despertarse de forma brusca; vomitó copiosamente y preguntó qué demonios había ocurrido.

Los legionarios que no tenían asignada guardia ya se habían adentrado al otro lado de la empalizada de troncos, para retirarse a sus tiendas; algunos se metieron en los carros de los mercaderes que seguían al ejército con sus rameras panonias, pues el Emperador, como premio, permitió esa noche a los hombres pernoctar con las mujerzuelas, si así lo deseaban; dos de ellas se soltaron violentamente del brazo de sus amantes y se quedaron mirando y aguardando con sus manos en jarras sobre sus curvadas caderas a que el tosco y fornido Marco se fijara en ellas, con sus pechos de erectos pezones expuestos al frío aire de la noche; dos prostitutas que, aunque lo eran, parecían princesas de bárbara belleza, con largas cabelleras cobrizas y ojos azules como el cielo.

—¡Pretorianos, traedme una jarra con buen vino siciliano!, ¡Por Júpiter,

esta noche será agitada!.

Y se aproximó a las dos mujeres y las besó a ambas en la boca, sin importarle las miradas de odio de los dos legionarios que iban a yacer con ellas.

La paliza recibida tras el combate con Marco, decidió al galo Gannicus a consumir su venganza por fin, largamente gestada, pues eran muchas las afrentas y ofensas del centurión Lucio Felix, quien le trataba como a un vil esclavo. Siendo conocedor de la vieja fama del galo como gladiador y de su gran fuerza física, se enriquecía con las luchas que le organizaba y le robaba gran parte del dinero ganado que le correspondía por sus victorias.

Ya llegaría la oportunidad de eliminarle. Sí...le ajustaría las cuentas, pues Lucio Felix desconocía el resto del pasado del celta, le creía un galo necio y obtuso, y en realidad lo era, pero también fue un hábil asesino en sus tiempos de ladrón y asaltante de caminos.

Lucio Felix también era muy odiado por sus hombres, a los que castigaba apaleándolos por cualquier pequeña falta. Ninguno se libró de probar su vara de vid en sus espaldas. Aceptaba, además, sobornos de muchos para ser mejor tratados, dividiendo y enfrentando a los legionarios bajo su mando entre sí por tal causa; si Gannicus no hubiera pensado en matarle, sus propios camaradas lo harían más adelante: una lanza arrojada entre sus omóplatos en la confusión de una batalla o cualquier otra causa; ninguno lamentaría su muerte.

El pretoriano recogió su cota de malla, espada, daga y vestiduras y se llevó a las dos hermosas mujeres a su tienda donde yacería con ellas.

Unos soldados germanos, armados como romanos, que formaban parte de la escolta de Maximino el Tracio y de su inútil hijo Máximo, bebían hidromiel y posca al calor de una hoguera y conversaban animadamente entre ellos en su bárbara lengua.

Levantaron la cabeza y guardaron un frío silencio cuando el tosco Marco Valerio pasó junto a ellos acompañado de sus putas, mientras los miraba con desprecio.

Los germanos le siguieron con la mirada, una mirada de odio contra el pretoriano. Le temían, pues le habían visto combatir durante estos tres largos años como una bestia infernal, había matado a enormes y temibles bárbaros durante la guerra contra los alamanes y había degollado y destripado a los acorazados jinetes sármatas y a los salvajes guerreros carpos en esta campaña. Le habían visto luchar, al frente de sus hombres, en las situaciones y puestos

de mayor peligro en la batalla y le recordaban, con turbación y temor, con la visión de su rostro enloquecido y con las cabezas cortadas de los alamanes sujetas por sus cabellos entre sus dientes como preciados trofeos, tal como había aprendido de los guerreros celtas en la fría y gris Britania, mientras combatía y derribaba cadáveres de enemigos a su paso como un loco poseído por la ira de Marte, con el rostro y armadura teñidos por su sangre; no era extraño que Marco quedara aislado y solo en medio de una batalla, fuera de la formación cerrada de sus hombres; luchaba por su vida, debido a su ímpetu innato, pues el feroz Marco, el romano, mataba de manera eficiente, ordenada y disciplinada, pero también sabía luchar como un bárbaro salvaje.

Pero sus hombres siempre le seguían, pues darían la vida por su centurión, quien les llamaba hermanos y les amaba, les mandaba con respeto.

Y Marco odiaba a los germanos.

Desde que llegó al poder, Maximino había dejado de confiar la seguridad del Emperador a los pretorianos, ya no confiaba en su total lealtad; se rodeaba de estos soldados de origen germano, escogidos entre la élite de las fuerzas auxiliares, hombres de gran envergadura y estatura, tan hábiles en el combate como ellos, lo que sembraba el odio, la rivalidad y la discordia entre ellos y los pretorianos, pues hacía tiempo que estos escuchaban rumores de que iban a ser disueltos y enviados de nuevo a servir en las legiones y que estos germanos ocuparían su lugar también en Roma.

Uno de estos guerreros, un gigante rubio de fieros ojos azules, observó a Marco mientras se alejaba.

El soldado germano le saludó a sus espaldas levantando su vaso de hidromiel en silencio. Y en silencio arrojó el contenido al suelo a sus espaldas, en señal de desprecio.

Los germanos le odiaban y deseaban matarle desde que Marco le cortó el cuello a uno de ellos por defender su vida en una pelea de taberna en Augusta Treverorum, a causa de otra ramera germana. Marco odiaba y despreciaba a los germanos, pero no así a sus rubias mujeres, las cuales le agradaban sumamente y esto solía meterle en problemas.

Los lobos aullaban en la noche desde sus lejanas guaridas en la fría Panonia.

Capítulo V

REBELION

Al amanecer, el portador del mensaje fue conducido por el tribuno de los pretorianos a presencia de Maximino, no sin antes desarmarle.

Cayo Avidio Sura se preguntaba la razón de que Maximino continuara aún con vida. Tal vez Julia Terencia no se atrevió a dejar en manos de una esclava el envenenar su copa o, peor aún, la habrían descubierto y la egipcia, sometida a tormento, habría hablado y delatado a su señora, y la venganza del terrible tracio habría caído sobre ella.

Los guardias germanos sacaban de forma apresurada de la tienda el cadáver desnudo del infortunado esclavo adolescente. Una muda sensación de repugnancia y asco invadió al tribuno Sura.

El gigante, aún desnudo y tambaleándose por los vapores del vino de la víspera, preguntó irritado qué noticias traía el jinete.

—¿Qué demonios ocurre, soldado?

—¡Salve, noble César!, te entrego las nuevas de tus espías en Roma.

El decurión de caballería le dio un tubo de cuero cerrado con tapa, que contenía el mensaje escrito en latín; el gigante abrió el tubo y desenrolló el pergamino y se lo cedió al tribuno Sura, contrariado.

—¡Lee, tribuno!

Maximino el Tracio tenía problemas para leer el latín escrito.

—Han habido disturbios en África, noble César: mientras combatías en el Danubio, el viejo procónsul Marco Antonio Gordiano Semproniano Africano y su hijo se han levantado contra ti en Cartago con el apoyo de los terratenientes locales y del Senado de Roma, les han nombrado césares conjuntamente y te han declarado a ti proscrito y fuera de la ley; pero, por fortuna, disponían de pocas fuerzas y mal armadas, y tu leal gobernador de la provincia de Numidia, Capeliano, ha marchado contra ellos con la III Legión Augusta y los ha derrotado rápidamente, siendo ambos muertos. Ante esta

noticia, el Senado ha nombrado de noche y en secreto en el templo de Júpiter a los ex cónsules Marco Clodio Pupieno Máximo, Prefecto de Roma, nombrado también general de las legiones de Italia, y a Décimo Celio Calvino Albino socios en el gobierno del Imperio, contando al parecer con el apoyo de la mayoría de las provincias y han ejecutado a...

El tribuno hizo una pausa.

—¡Continúa, tribuno! ¿A quién han eliminado esos hijos de perra traidores?

El gigante parecía haber disipado los efectos anteriores del vino y recuperar su letal alerta. Se vestía mientras el jefe de sus pretorianos en campaña le leía el informe.

—... a tu prefecto de la Guardia Pretoriana, que te escribió jurándote su lealtad y la de todos los pretorianos que quedaban acuartelados en las afueras de Roma, el noble Publio Aelio Vitaliano... y a toda su familia.

El gigante se estremeció, rojo de ira, y arrebató el pergamino de las manos del pretoriano para romperlo con furia mientras lanzaba juramentos a los dioses y sangrientos deseos de venganza.

—¡Malditos cerdos desagradecidos! ¡Traidores! ¡Así me pagan esas sanguijuelas del Senado el que yo haya salvado al Imperio y a la misma Roma de los bárbaros! ¡Morirán ahogados en su propia sangre! ¡Lo juro, por los espíritus de mis antepasados!

Avidio Sura, quien temía que la cólera de Maximino llegara demasiado lejos, recordara el incidente con Sexto Emiliano y que su cabeza desapareciera sobre sus hombros, trató de calmarle y le relató el resto del mensaje.

—Había más, noble César: el pueblo de Roma se ha levantado contra los usurpadores y se ha enfrentado a los pretorianos que han tomado parte por el Senado, pues tus victorias han llegado a oídos de los romanos y al pueblo le agradan; odian a Pupieno, quien ha huido de Roma y ha abandonado a Albino y al Senado con el pretexto de organizar la defensa de Italia, ante tu inminente y previsible invasión.

Avidio Sura había engañado deliberadamente al tosco Emperador para adularle y calmarle, pues el populacho de Roma no se había amotinado por simpatía a Maximino, sino por odio al viejo Pupieno, quien se había ganado la enemistad del pueblo por su crueldad como prefecto de la Urbe; también era cierto que Pupieno tenía la experiencia militar de la que carecía Albino, hasta

ahora un alto magistrado de la política; solo tenía que apresurarse en reclutar y adiestrar nuevas tropas en Italia, algo temerario. No obstante, las veteranas y sanguinarias legiones del tracio no tendrían problemas en derrotarlas, aun diezmadas en hombres; el tiempo, pues, jugaba en contra de los conjurados. Maximino invadiría Italia y se dirigiría rápidamente hacia Roma mientras las legiones más experimentadas leales al Senado más próximas, procedentes de Hispania y África, se demorarían demasiado.

El tribuno Sura no daba esperanzas a la rebelión del Senado. Debió haber ordenado a sus pretorianos, tan resentidos contra Maximino como él, que interceptaran el correo que portaba las nuevas de Roma y dejar que el ignorante y necio gigante invadiera el país de los carpos y hasta prosiguiera su ofensiva también contra los godos de la Germania oriental, para caer luego sobre las estepas sármatas, como él planeaba. Eso le hubiera dado tiempo al viejo zorro de Pupieno ganar un tiempo precioso (meses, y mucho más probablemente años), mientras esperaba a las no menos experimentadas legiones hispanas y africanas. Entre tanto, adiestraría también a las nuevas levadas italianas, reclutadas entre los hambrientos y necesitados campesinos, y hasta otorgaría la libertad a los esclavos y gladiadores que se alistaran.

Pupieno reforzaría así su poder y sumaría cada vez más apoyos en las provincias, dejando solo y aislado al tracio en su loca y lejana campaña más allá de las fronteras del Imperio; esperaría que fuera derrotado y muerto por los bárbaros o por sus propias legiones cansadas de seguirle. Pero el mensaje con las nuevas de la rebelión del Senado de Roma no fue interceptado y ahora el loco Maximino no atacaría a los bárbaros e invadiría Italia.

Las noticias de las hambrunas y saqueo de las provincias de Germania Superior, Galia, Nórico, Retia y Panonia, por las cuales había transitado el ejército de Maximino, causaban terror en la propia Roma, tanto al pueblo como a los caballeros y senadores, por la rapacidad y el pillaje al que sometía a sus pobladores para alimentar a sus tropas, para sostener sus campañas guerreras y comprar la lealtad de sus hombres, expoliaba incluso a los nobles. Lo que más temían es que Maximino viniera a la capital y eso pesaba ahora mucho más que sus aplastantes victorias contra los bárbaros, conseguidas a tan alto precio.

Los inquietantes rumores sobre la peste en Panonia también aterrorizaban al pueblo, pues igualmente temían que las legiones del norte trajeran la terrible plaga a Roma.

Maximino, con rostro hosco y ceñudo, que le daban una apariencia temible y bestial, reflexionaba.

—Esa rata inmunda de Pupieno... Le conocí en Germania cuando él era gobernador. Taló bosques enteros para crucificar a los germanos que se quejaban de su mal gobierno y estuvo muy cerca de provocar una revuelta. En cuanto al gusano de Balbino y los demás, esas elegantes alimañas de Roma, jamás soportaron que un campesino bárbaro e iletrado llegara a gobernar el Imperio.

Sura le observó con desprecio. No dejaba de tener ironía que Maximino hablara despectivamente de Pupieno refiriéndose a él como un mal gobernante y administrador, cuando él mataba de hambre a los habitantes de los territorios por donde pasaba.

A medida que proseguía su monólogo, el tracio subía el tono de su voz y volvía a enojecer de ira, amedrentando a todos los que con él se encontraban.

—¡Los aplastaré a todos como a sabandijas, muy pronto conocerán al bufón de Maximino, el bárbaro, los descuartizaré, los arrojaré a los leones, los mataré a todos, a ellos y a sus rameras y bastardos!

Incluso el gigantesco Donnar tenía encogido el corazón ante el bestial carácter de su señor.

Las explosiones de cólera del tracio eran como tormentas, muy violentas y cortas, pero muy peligrosas para quienes se encontraran a su lado.

Más calmado, se dirigió al tribuno Sura.

—Convoca a mis legados, que el ejército levante el campamento. Regresaremos a Sirmium para aprovisionarnos y levantar levas. Localiza y trae a mi presencia a mi hijo y echad a los mercaderes y a sus putas de alrededor, ya tenemos bastantes espías por aquí; ya me haré cargo de los bárbaros más adelante... ¡Atacaremos Roma!

El tracio decidía rápido, con lógica, como el campesino que en realidad era; tenía más valor en la batalla que la astucia de un Alejandro Magno o un Aníbal, pues pobres eran, en realidad, sus aparentes grandes cualidades militares; no eran sino estas una brutalidad desmedida y salvaje, añadida a un gran coraje innato y a su poderosa fuerza y gigantesco físico, que le daban un gran carisma entre sus hombres; en cambio, carecía de capacidad y tacto en el gobierno y se limitaba a ejercer crueldad e indiferencia con los pobladores civiles, pues para él solo existía el ejército.

Entró en su gran tienda, llamando a su esclavo.

—¡Ennio, Ennio! ¿Dónde demonios te has metido? ¡Te haré despellejar a latigazos!

El rastro de sangre aún estaba fresco sobre la alfombra y el gigante recordó lo sucedido la noche anterior, dándose una sonora palmada en la frente.

—¡Oh, dioses! Me serviste bien. Haré que erijan templos en tu honor, te convertiré en un dios, mi bello muchacho.

El recuerdo de su difunta esposa, la virtuosa Cecilia Paulina, a la que deificó y erigió templos, volvió a atormentarle. Ella tal vez fue la única mujer que le amó de verdad. Desde su muerte en la Germania romana por unas fiebres malignas hacía ya tres años, mientras atacaba a los alamanes en su propia nación, el bárbaro acrecentó aún más su afición por la bebida y su ya violento carácter, por lo que se ganó la enemistad de sus generales.

En realidad, Maximino, el gigante de Tracia, el monstruo Maximino, el terrible guerrero, el violento y viejo borracho y patán semibárbaro, era un hombre amargado.

Cinco soldados, desnudos, estaban exhibidos a la vista de todos, encadenados a postes y colgando de los brazos; todos eran muy jóvenes. Junto a ellos, otro fornido legionario de aspecto veterano, con el torso desnudo y un flagrum en sus manos, un látigo con varias correas de cuero con bolitas de plomo incrustadas en ellas, aguardaba mudo e imperturbable las órdenes de inicio del castigo. Un piquete de otros tres legionarios armados se hallaba también frente a los condenados.

Las trompetas tocaron a asamblea y los legionarios, que se hallaban ocupados en moler el grano a la entrada de sus tiendas y en limpiar sus armas, dejaron sus quehaceres para reunirse a presenciar el tremendo final que les esperaba a estos infelices.

Cayo Avidio Sura, seguido de un pelotón de pretorianos, se dirigió a la lujosa tienda del hijo del tracio, rodeada de guardias germanos.

El capitán de los germanos salió al encuentro de la fuerza armada, saludando con el brazo en alto.

—¡Salve, tribuno!

El germano, de gran estatura y barba rubia, hablaba la lengua de los romanos con su fuerte acento norteño.

Avidio Sura respondió al saludo de igual manera.

—¡Salve!

—¿Qué deseas de mi noble señor, pretoriano? Aún descansa y ha de ordenar la ejecución de estos cristianos antes de partir.

El tribuno miró hacia el lugar donde aguardaban encadenados los llamados cristianos y descubrió la presencia de su centurión Marco Valerio Celer, quien, con todas sus armas, con el casco en el brazo, la mano en el pomo de su espada y con mirada y gesto graves, observaba a estos soldados que habían sido condenados por Máximo la noche anterior, los cuales estaban tiritando de frío y miedo.

—El César, su padre, reclama su presencia a consejo. Hay cuestiones graves a tratar esta mañana.

—Espera aquí, tribuno.

El capitán germano entró en la tienda, para salir poco después con una puta panonia desnuda a la que cogía fuertemente del brazo; la arrojó al frío barro y los soldados allí reunidos gritaron y rieron alborozados. Un esclavo arrojó sobre la mujer sus vestiduras y una bolsa llena de sestercios.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja...! ¡Mirad a esta puta, se ha ganado la paga! ¡Ja,ja,ja, ja, ja...!

La mujer se cubrió como pudo con sus ropas y cogió el dinero del lodazal, antes de levantarse y retirarse del lugar entre las chanzas y alegría de la tropa.

—¡Eh, princesa! ¡Aquí tienes una espada que limpiar! ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

—¡No quiere yacer con nosotros, olemos como cerdos! ¡Esta es de narices finas, los prefiere perfumados! ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

Un fulano, con la cabeza cubierta con su mugriento manto, salió a su encuentro fuera de la empalizada del campamento; le quitó la bolsa del dinero, la asió del brazo con violencia y se la llevó del lugar.

Mercaderes y proxenetas, con sus putas, la mayoría esclavas, solían seguir a un ejército en campaña en territorio seguro.

El tribuno Sura se acercó al lugar de ejecución e interrogó con la mirada a Marco Valerio.

—Yo no tengo nada que ver con esto, tribuno. Anoche los hombres me despertaron porque al hijo del “viejo” se le ocurrió ordenar que los pretorianos prendiéramos a estos desgraciados para que los legionarios nos odien todavía más. Lo que más me irrita es que me despertaran de mi sueño y tuviera que echar a dos buenas putas panonias de mi tienda.

—¿Es cierto que son cristianos?

—Lo único que sé, tribuno, es que fueron juzgados por cobardía en la batalla y que hablaban a los hombres de perdonar a sus enemigos y de ofrecerles la otra mejilla.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja...!, ¿Qué...? ¿Qué brujería es esta, centurión?

—No lo sé, tribuno, muchos de los hombres adoran a Mitra; no es extraño que los dioses de Oriente reemplacen a los romanos. Los soldados necesitan creer en una esperanza en otra vida, ya lo he visto otras veces.

—Esta peste de cristianos es diferente, Marco; son peligrosos y cada vez crecen más en número. Con sus buenas palabras engañan y envenenan la cabeza de los hombres, niegan el poder de Roma y la existencia de los dioses, y dicen que todos los hombres son iguales, libres y esclavos; ofrecen libertad y otra vida en otro reino que ha de venir—levantó su cabeza hacia los cielos con gesto irónico—. Hay que denunciarlos donde se encuentren y acabar con ellos; estos que ves aquí debieron contaminarse en Sirmium. Uno de sus líderes, un tal Antonino, parece que fue visto hablando a soldados.

—Máximo les ordenó quemar incienso en el ara de Júpiter: ninguno lo hizo, eso les hubiera salvado. No entiendo a estos asnos, van a morir por nada de la forma más estúpida.

Los condenados mostraban signos en sus rostros de haber sido golpeados por sus antiguos compañeros de armas en la noche anterior.

En medio de la celebración de la victoria contra los sármatas y carpos, embriagados de vino y alegres, los legionarios la emprendieron a golpes contra estos cinco que hablaban de otra vida eterna y de un único Dios misericordioso que perdona a sus enemigos. Tras la paliza, los centuriones acudieron al tumulto y algunos acusaron a los soldados cristianos de serlo y de cobardía durante la batalla, por lo que fueron llevados a presencia de Máximo, quien bebía, rodeado de sus germanos y con una ramera en sus rodillas. Máximo, irritado por molestarle, los interrogó brevemente y condenó a muerte como cristianos al negarse a quemar un poco de incienso en el pequeño altar de su tienda.

El joven Máximo salió de su tienda, ya con su armadura y armado, y rodeado por los guardias germanos, y respondió al saludo brazo en alto del tribuno de los pretorianos y del centurión Valerio Celer, molesto este, no obstante, por ser usado como verdugo; alrededor de los llamados cristianos, miles de cabezas curiosas de soldados comentaban y discutían sobre la razón del acto que iba a suceder y otros, que conocían el tumulto de la noche

anterior, les increpaban y abucheaban, cuando no se burlaban cruelmente; algunos de los condenados se orinaban encima y algún otro defecó de pie suspendido del poste, al desatársele las entrañas por el miedo; la soldadesca se mofó de ellos.

—¡Mirad cómo se cagan y mean encima estos perros cobardes!

—¡Acabad con estos cristianos!

—¡Callad! ¡Callad de una condenada vez, perros!

Las órdenes y golpes de vara de los centuriones a la soldadesca resonaron como truenos en la fría mañana. Los murmullos y voces cesaron de inmediato.

El joven hijo del Emperador se dispuso a hablar a los hombres, ordenando silencio con los brazos extendidos y las palmas al frente.

—¡Legionarios! ¡Romanos! Estos traidores que veis aquí han ofendido gravemente a los dioses de Roma, se niegan a empuñar las armas contra nuestros enemigos y niegan el poder del César sobre los hombres, asegurando que el reino de su dios judío crucificado vendrá pronto y que acabará con el Imperio; se han negado a hacer sacrificios a los dioses, admitiendo ser cristianos y mostrando debilidad y cobardía en el campo de batalla, por lo que, aplicando el decreto del noble César, mi Augusto padre, yo los condeno a muerte. Sean azotados y después sus cabezas cortadas y clavadas en lanzas a la vista de todo el ejército como ejemplo, y que sus cuerpos se arrojen a los perros fuera del campamento.

Un escriba transcribía las palabras del joven asociado del Emperador con un punzón sobre tablillas de cera.

Entre la tropa, Gannicus observaba incrédulo el trágico final que se avecinaba a estos soldados, pues conocía a algunos de ellos y sabía de su valor en el combate; no daba crédito a lo que estaba viendo. Escuchaba y no entendía qué clase de dios ordenaba amar y perdonar a los enemigos y ofrecerles la otra mejilla. Ya conocía a los llamados cristianos, debido a que, siendo él gladiador, tuvo que divertir al populacho en la arena cortándoles el cuello a algunos de estos infelices, que eran rechazados por las saciadas fieras del anfiteatro. Les sobrevinía la muerte con una necia sonrisa en los labios y, algunos, hasta le perdonaron por lo que iba a hacerles; jamás entendió a estos extraños cristianos.

—Noble Máximo, tu Augusto padre, nuestro noble César, reclama tu presencia y la de los legados urgentemente.

—¿Qué sucede, tribuno?

—El Senado de Roma se ha levantado contra nosotros.

El joven príncipe miró, visiblemente asustado y preocupado, a la tropa allí concentrada, para dirigir su atención después a los condenados.

—¡Empezad! Cuarenta azotes a cada uno y después les cortáis la cabeza.

Y sin prestar más atención a este asunto, se dirigió lo más rápido que pudo con su escolta a la tienda del Emperador.

Parecía que Máximo escapaba del lugar, temía la reacción de las tropas allí concentradas cuando se difundieran las nuevas noticias de la guerra civil que acababa de estallar, pues no estaba seguro de la lealtad total del ejército.

Tampoco tenía el estómago y el temple de presenciar el cruel suplicio que iban a sufrir estos hombres condenados por él mismo.

Tras saludar su partida con el brazo en alto, Marco se colocó el casco y ató las amplias carrilleras que le protegían el rostro y, de un gesto con la cabeza al verdugo, el castigo comenzó.

El silbido de las correas del flagrum cortando el aire y el seco golpear sobre la carne del primer condenado helaban la sangre aun de los duros y experimentados soldados que presenciaban la ejecución de sus antiguos camaradas en atemorizado silencio. Mientras, otros sonreían y hasta jaleaban contando los terribles azotes; muy pronto vinieron los desgarradores alaridos y el terrible llanto, se contorsionaba el reo sobre el poste intentando vanamente esquivarlos.

Los golpes ablandaban poco a poco la desnuda piel del infeliz y grandes moratones dieron paso después a la piel desgarrada y a la sangre. Marco contaba en voz alta los azotes, que eran descargados por el verdugo con suma violencia sobre espaldas, nalgas y piernas del reo, hasta veintiocho azotes.

El reo se desmayó y quedó colgado de los brazos sobre la áspera madera del poste. Otro soldado trajo un cubo de madera lleno de agua helada, que arrojó sobre él, reanimándolo; tosió ruidosamente intentando recuperar el aliento en medio de una gran tiritona. El terrible castigo prosiguió con más gritos y sollozos, hasta los cuarenta azotes.

Cuando el castigo de este infortunado soldado terminó, su cuerpo era una masa cruzada y desollada a latigazos. Se dejó caer colgando del poste inconsciente y los soldados que asistían al verdugo volvieron a despertarle, dándole palmadas en la cara.

Los demás reos, aguardando su turno con angustia, temblaban de terror.

A continuación, el verdugo procedió a azotar al siguiente condenado, no sin antes limpiarse el rostro de sangre salpicada con las propias vestiduras de los condenados arrojadas al suelo.

Los gritos, sollozos y alaridos de dolor continuaron, mezclados con las risotadas de buena parte de la tropa y el sonido del llanto de sus compañeros de infortunio, que aguardaban su turno mientras rezaban a su nuevo y sordo Dios, pero ninguno pidió clemencia y sacrificar a Júpiter para salvarse; su valor y obstinación, muy distinto al del campo de batalla, empezaron a asombrar a algunos hombres, incluyendo a los que antes se burlaban y al molesto Marco Valerio.

El castigo había terminado, los cinco condenados ya habían recibido el duro suplicio de los azotes. El soldado que ejerció como verdugo de sus antiguos camaradas, sudoroso y exhausto, arrojó el flagrum al suelo y bebió con avidez el cazo de agua que le ofrecía otro soldado. Se vistió a continuación su túnica y se abrigó con el capote que le tendió otro camarada; reclamó a los soldados que hacían de mirones en la primera fila que trajeran más cubos de madera con agua fría, para arrojarla sobre algunos de estos infelices que habían perdido el sentido, pues debían estar despiertos cuando les fuera separada su cabeza del cuerpo; ninguno había muerto y ninguno había implorado clemencia. Estos desdichados iban a morir tan solo por no querer hacer una pequeña ofrenda de incienso a los dioses.

Los cinco cuerpos quedaron suspendidos de las cadenas que les aprisionaban sus muñecas al no sostenerles las piernas; la sangre de las heridas de los azotes se mezclaba con orines y heces. Algunos de ellos se habían mordido la lengua durante el castigo.

El duro centurión Marco se desajustó, molesto e incómodo, las carrilleras del yelmo y se lo quitó; un pesado carro con paja, tirado por bueyes, apareció en el lugar.

—¡Vamos, acabad pronto el trabajo!

Uno a uno, los reos fueron descolgados del poste, puestos de rodillas por tres hombres y decapitados a espada por el soldado más diestro mientras sujetaba sus cabellos antes de dar el golpe fatal dirigido a su cuello. Estaban muy debilitados por la paliza, sin ninguna resistencia, en medio de una impresionante mansedumbre; aun así, hubo que dar más de un golpe en algunos para cortarles la cabeza. La sangre se vertía roja y abundante sobre el barro y la nieve, y las cabezas caían con algo parecido a una sonrisa en la boca, algo

que desconcertaba a sus verdugos.

Los soldados que presenciaron la ejecución de sus compañeros comenzaban a retirarse entre murmullos mientras los cuerpos sin cabeza eran arrojados al carro; cinco lanzas fueron clavadas enfrente de cada poste y, cuando la ejecución hubo concluido, las cinco cabezas fueron clavadas por sus cercenados cuellos en ellas, como ejemplo de pública justicia y como advertencia a las tropas; los cuerpos fueron abandonados al vertedero del exterior del campamento, infestado de ratas y de perros salvajes que buscaban carroña. Bandadas de cuervos vinieron a unirse al festín.

La rutina del campamento continuó. Pronto circularon los rumores de las nuevas traídas de Roma. Los hombres estaban inquietos preparando sus armas y desmontando las tiendas.

Las trompetas de guerra volvieron a sonar y todas las tropas, ya armadas y preparadas, corrían a formar entre los gritos y golpes de vara de los centuriones a los más rezagados, el vocerío de los legionarios, el metálico ruido de sus armas y el lejano relinchar de caballos de las fuerzas auxiliares y bárbaras aliadas.

En medio de la actividad, unos extraños jinetes hicieron su aparición en el campamento, cubiertas sus cabezas por las capuchas de sus oscuras capas, sin armadura, pero vestidos de cuero y portando espada y puñal. Observaban con indiferencia las cinco cabezas clavadas en lanzas, que los cuervos comenzaban a picotear, los ojos eran devorados en primer lugar.

El que iba al frente de todos ellos y que parecía ser su jefe, tras identificarse a la guardia, descabalgó de un salto de su montura sin estribos, que entregó a un soldado, y se descubrió su cabeza calva. Los soldados le saludaron brazo en alto. Era un centurión frumentario, un miembro de la siniestra policía secreta imperial.

Capítulo VI

EL APÓSTATA

Amanecía la mañana fría y con grises cielos; había dejado ya de nevar durante la noche y los aldeanos retiraban la nieve de las entradas de sus cabañas al final de este duro invierno.

Fuera del pueblo, entre los árboles de peladas ramas, las viejas plañideras y el graznar de los cuervos rompían el silencioso aire invernal panonio.

Los carros cargados de cadáveres amortajados, tirados por hombres con las cabezas cubiertas por sus raídos mantos, llegaron al extremo de la gran fosa colectiva abierta.

Los muertos fueron arrojados a su interior. El demonio de la peste, olvidado en años, había vuelto a atormentar a los hombres, como salido de lo más profundo del Tártaro, exigiendo el tributo de sus vidas.

Los dioses parecían estar castigándolos por abandonarlos y por seguir a un miserable dios judío crucificado.

De pie, mientras eran depositados con el resto de cadáveres un cuerpo amortajado y otro mucho más pequeño en el fondo de la fosa, un viejo de blancas barbas observaba al desconsolado marido y padre de los muertos, quien se dejaba caer de rodillas frente a la negra boca de la tumba compartida. Cabizbajo y pensativo, hacía horas que de sus oscuros ojos ya habían dejado de manar lágrimas.

El anciano Antonino puso su mano sobre el hombro del desconsolado y joven viudo.

—Ha sido la voluntad de Dios, Orestes, Silvia está en el Paraíso y...

—Y mi único hijo, mi primogénito recién nacido, también muerto, ¿es que no está con ella? No pudo ser bautizado.

—Debes tener fe, hijo mío, el Señor, en Judea, dijo: dejad que los niños se acerquen a mí, pues de ellos es el Reino de los Cielos.

El joven Orestes se levantó y agarró al viejo de los hombros.

—¿Fe? ¿De qué le sirvió la fe a Silvia? ¿De qué me sirvió a mí? ¿Qué clase de Dios es este que nos pone continuamente a prueba dejando morir a nuestros hermanos en su nombre y arrebatándonos de esta vida lo que más amamos? ¿Es este un Dios justo y bueno? ¿Por qué, Antonino? ¡Dime por qué!

Orestes rompió a llorar de nuevo amargamente.

Antonino le carició los cabellos con mansedumbre.

—Hijo mío, sé fuerte, Dios te ama.

El joven apartó violentamente la mano del viejo posada en su cabeza y sin decir palabra, se cubrió la cabeza con el manto, cogió una tea encendida de uno de los enterradores y la arrojó sobre los amortajados cuerpos. Los demás hombres del cortejo fúnebre le imitaron, tristes y con el semblante sombrío. Las llamas pronto empezaron a devorar los cuerpos de los muertos por la plaga, inundando el aire con un nauseabundo olor. Los hombres y las mujeres allí presentes se taparon con las telas de sus miserables vestiduras las narices y bocas, mientras observaban, ya a distancia, cómo el fuego se elevaba del fondo de la fosa hacia los grises cielos, coronado por una densa columna de humo negro.

Orestes, el viudo, reflexionaba.

“Ellos se están quemando, ya no podrán resucitar de entre los muertos el día del Juicio.”

Tras esto, se dirigió en silencio a la aldea, seguido de la preocupada mirada del viejo.

Antonino, el viejo obispo de la comunidad cristiana de la región, se encaminó al apartado cementerio cristiano, muy cercano a su cabaña, ayudado por su báculo. Se sentó sobre las grises y sucias losas que cerraban las tumbas de los cristianos que allí habían vivido y se puso a rezar en silencio, pero ni Dios ni Jesús le contestaron. En vez de eso, los cuervos le dirigieron sus graznidos, como burlonas carcajadas.

“Señor, tú que nos has creado, tú que en tu infinita misericordia y bondad nos amas, dime, oh, Señor... ¿Por qué permites que la muerte y la desolación se cierna sobre nosotros, que siempre te hemos venerado en la adversidad?”

El viejo obispo empezaba a hacerse demasiadas preguntas a sí mismo también en los días funestos y aciagos como hoy, pues había momentos de flaqueza en los que dudaba de su fe.

“Señor, dame una señal, dime qué quieres de nosotros, tus siervos...”

El silencio de los sepulcros y el graznido de las negras aves, de nuevo,

en vez de la respuesta de Dios.

El dolor de sus manos le torturaba.

Antonino recordaba la muerte de su maestro Justino, decapitado en Roma bajo la persecución decretada en los días de Marco Aurelio, y la de otros muchos hermanos quemados vivos o muertos por otros horribles suplicios por no querer sacrificar a los dioses paganos y renunciar a Cristo, y a los que fueron arrojados a las fieras del anfiteatro para divertir a los romanos. Entonces él era un joven diácono que acompañaba a su maestro mientras mantenía agrias discusiones filosóficas en el Foro con algunos filósofos griegos sobre la naturaleza del hombre y de los dioses, provocando tumultos y desórdenes que llamaban la atención de los magistrados de la Urbe.

Los cristianos eran siempre sospechosos de traición al Estado, pues negaban a Júpiter y a los demás dioses en público y a la propia divinidad del César.

Antonino continuaba con sus secretas meditaciones en la soledad.

“¿Era eso lo que quería el Señor de ellos? ¿Que los cristianos perecieran en martirio entre horribles sufrimientos para dar solo el testimonio de su fe y convertir a otros?”

“¿Por qué el Señor, tan todopoderoso, no bajaba a la Tierra de nuevo e instauraba su Reino, acabando con las muertes e injusticias? ¿O es que era todo cuestión de fe? ¿Fe? ¿Para qué?”

Antonino se avergonzó de sus reflexiones y dudas y ocultó su arrugado rostro entre sus temblorosas manos, sollozando.

En el pueblo, algunas gentes del lugar increparon a los cristianos.

—¡Marchad de nuestro pueblo! ¡Vuestro dios nos trae desgracias! ¡Los dioses se han enfadado porque sois cristianos y os permitimos vivir entre nosotros!

Y empezaron a apedrear al grupo de los cristianos, hombres, mujeres y niños, que regresaban a sus hogares, entre ellos, a Orestes.

Los cristianos corrieron hacia sus casas, perseguidos por la turba enfurecida.

Una joven viuda, madre con su pequeño hijo en brazos, fue alcanzada en la sien por una piedra y cayó al suelo; la furia de los aldeanos los alcanzó y la mujer fue salvajemente apaleada por estos miserables mientras trataba de proteger con su cuerpo a su pequeño de los bastonazos y patadas, en medio de las desesperadas súplicas de ella y del llanto de su hijo; los mismos que

fueron sus pacíficos vecinos paganos durante toda su vida, ahora no los querían, les echaban las culpas de todas sus desgracias, olvidando que estas también afectaban a los cristianos que tanto odiaban ahora.

Orestes dejó de correr y volvió para socorrer, con gran valentía, a la joven madre y a su hijo de una muerte cierta; se lanzó contra la turba y golpeó con desesperación a quienes antes le compraban los quesos de cabra que elaboraba.

Muy pronto se vio luchando ya por su propia vida.

Un golpe en la cabeza derribó a Orestes, quien sangró abundantemente. Fue entonces cuando los aldeanos olvidaron a la madre, que huía del lugar magullada y como podía de su furia asesina, con su pequeño hijo ya muerto en brazos. Era ahora Orestes, el pastor de cabras y fabricante de quesos, el que estaba siendo apaleado en el suelo hecho un ovillo y con los brazos ocultando su cabeza para intentar protegerla, recibiendo garrotazos por todo el cuerpo.

Unos negros nubarrones extendieron las tinieblas sobre el territorio y pronto los truenos resonaron en el firmamento, y una abundante y espesa lluvia cayó de repente sobre sus cabezas. La turba sedienta de la sangre de los cristianos se paralizó de terror, que cesó la paliza a tiempo casi de matar a Orestes. La lluvia hizo huir a los andrajosos y supersticiosos aldeanos hacia sus casas, pues temían haber irritado al Dios de los cristianos y olvidaron al objeto de su ira, que quedó herido en el barro.

Orestes se levantó pesadamente, sangraba por cabeza y rostro, cojeaba, casi se arrastraba bajo el fuerte aguacero; se encaminó a su humilde morada, solo y con sus pensamientos. Se acostó en el lecho de paja, todavía sangrando y tiritando de fiebre y frío, hasta que llegó el crepúsculo, y el joven Orestes se durmió, llamando a su amada Silvia en sus sueños.

Tres largos años habían transcurrido desde que el esclavo Pelias había huído de la provincia asiática de Bitinia.

Pelias había nacido esclavo y era feliz en su vida sencilla sirviendo a su noble amo, un griego tratante de ganado que había abandonado a los dioses de sus padres y se había hecho cristiano junto con su esposa, convirtiendo a los esclavos de su casa también, quienes recibieron al nuevo Dios con gozo y alegría, y con la esperanza de una vida mejor una vez muertos.

En esos días la tierra tembló en Bitinia y el pueblo culpó a los cristianos ante el gobernador romano de los terremotos que habían destruido sus hogares y sembrado la muerte, pues creían que los dioses les castigaban por causa de

ellos. El cruel gobernador de la provincia apresó a todos los cristianos que pudo y los mató en horribles suplicios como si fueran criminales para aplacar la ira del pueblo.

La casa del amo de Pelias también fue destruída por el terremoto y mató a todos los que se encontraban bajo su techo, excepto a él, que regresaba del campo junto a sus ovejas. Pelias fue reconocido como uno de los esclavos cristianos y fue perseguido por la chusma enfurecida, pero logró ocultarse bajo las ruinas del templo de Artemisa y se puso las ensangrentadas vestiduras del cadáver de un sacerdote pagano al que había aplastado una columna, tomó las ofrendas de oro y plata del templo que los ladrones aún no habían saqueado, esperó a que la oscuridad de la noche le ocultara y salió de la ciudad, para recorrer los caminos bajo la lastimosa y horrida apariencia de un leproso, así, las gentes y los bandidos no se le acercaron y le dejaron en paz.

Tomó el nombre de Orestes de Tesalia, con parte del oro y la plata compró un buen caballo y nuevos ropajes a unos mercaderes judíos a su paso por el territorio de Galacia y escapó de nuevo hacia la costa, donde pudo encontrar una nave que le llevó hacia Grecia y hacia la libertad y la vida, y de allí llegó a la remota Panonia, donde vivió feliz hasta que la peste apareció en su aldea y se llevó las vidas de los suyos.

La noche de tormenta había pasado ya sobre la región del Sirmium, en Panonia; un nuevo amanecer y la calma despuntaron la nueva jornada.

El muchacho vino corriendo, muy asustado y agitado, a la humilde casa de Antonino.

—¡Maestro, maestro, vienen los soldados! ¡Corre, ocúltate, buscan a todos nuestros hermanos!

Unos soldados romanos a caballo se acercaban hacia la aldea al paso por el lodazal del camino. El pastorcillo Marcio los divisó en la lejanía del páramo mientras apacentaba el rebaño y perseguía junto a su perro a una de las cabras extraviadas de Orestes con su honda preparada; este invierno había sido crudo, los lobos bajaban desde las montañas y acechaban al ganado desde la oscuridad del bosque.

—¿Correr? ¿Ocultarme? Ya he vivido bastante, hijo mío, sé que me buscan a mí por bautizar a aquellos jóvenes y buenos soldados en la ciudad; han de llevarme a mí, para que no os lleven a vosotros. El Señor quiere que dé ya testimonio de Él, no rehuiré a su llamada.

—¡Nooo! ¡Maestro! ¿No ves que vienen a matarte?

El pastorcillo rompió en sollozos y Antonino le puso la temblorosa mano en la cabeza, le mesaba sus negros y rizados cabellos con dulzura. Una lágrima resbaló también por su arrugado semblante.

—¡Vete, pequeño Marcio! Anda, ve con Orestes y ayúdale con sus cabras y sus ovejas, él te necesita.

El anciano obispo de la comunidad cristiana de la región de Sirmium cogió su bastón, salió de su mísera cabaña de adobe y techumbre de paja y volvió a caminar hacia la pequeña necrópolis cristiana que se hallaba cerca, situada en las afueras del pueblo; a cierta distancia, el pequeño Marcio le seguía los pasos ya en silencio.

El pastorcillo corrió a reunir el redil, vigilado por su fiel can. Miró al venerable viejo por última vez, con lágrimas en los ojos.

Marcio regresó a la cabaña de Orestes, muy apesadumbrado, y encerró el pequeño rebaño de cabras y ovejas en el corral.

—¡Orestes, Orestes! ¡Vienen los soldados!

Orestes ignoró los gritos del pequeño huérfano mientras ordeñaba en silencio una de sus cabras en el corral; este invierno había sido duro, los lobos mataron a varios animales, pero ya llegaba a su fin.

Para el griego Orestes la vida carecía ahora de sentido, nada ya le importaba. La sangre de sus heridas estaba ya seca en su cabeza y rostro, grandes moratones cubrían su cuerpo por la paliza recibida la víspera anterior por los que antes fueron sus amistosos vecinos paganos.

El pequeño Marcio entró en el corral y se sentó asustado al lado del pastor, quien, en silencio y sin prestarle atención, continuaba con su quehacer, sin preocuparle la llegada de los romanos al pueblo.

¿Por qué debía él, Orestes, seguir sirviendo a un Dios al que no parecía importarle su rebaño? ¿Es que él, Orestes, el pastor, no le había dado suficientes pruebas de su fe y amor, aun a riesgo de su propia vida?

¿Por qué este Dios sordo y mudo no hizo nada por impedir el fin de su amada Silvia y de su hijo? ¿O por qué les reclamó la vida? ¿Por qué este Dios ha permitido que muchos de sus hermanos cristianos hayan entregado la suya, sin que Él los haya salvado?

El César sí los ha salvado de ser saqueados, muertos o esclavizados por los bárbaros que los amenazaban y él, Orestes, no había hecho nada por garantizar la protección de los suyos; solo sacar a sus cabras, rezarle a este

Dios extranjero, lejano e inmune a sus plegarias diarias, que manda amar a sus enemigos, y ver cómo su joven esposa y su hijo murieron sin que su divina mano lo haya impedido.

¿Por qué sus hermanos cristianos, allá en Bitinia, tuvieron que tener aquel terrible fin? ¿Por qué él, Orestes, entre tantos, salvó la vida y pudo escapar de allí?

Orestes pareció comprender:

“A los dioses no les importa el destino de los hombres, mujeres o animales, pues dejan que sus vidas transcurran sin intervenir en ellas. Y este Dios cristiano, al que recibí un día con gozo, junto a los demás esclavos de la casa de mi amo, no es diferente y no ha hecho nada por mejorar mi pobreza, y ahora me arrebató a mi amada esposa Silvia y al primogénito que me había dado; han seguido habiendo hambrunas, plagas, calamidades y desgracias, sin que Él lo haya impedido”.

“Promete una vida eterna... si esto es así, ¿no debería hacer posible ya la dicha de sus siervos, aquí en la Tierra? ¿Es que los dioses se han enfadado con Orestes, castigándole por haberles abandonado?”

Orestes terminó de ordeñar su cabra y entró en su pobre y pequeña cabaña de adobe. Sí, los viejos ídolos de barro que veneraban los antepasados celtas de su infortunada esposa Silvia, los mismos que los romanos respetaron, continuaban allí enterrados; el joven pastor los desenvolvió de sus mugrientas telas y los puso sobre un taburete de madera: parecían mirarle, amenazadores, desde sus vacíos ojos sin vida. En el suelo de tierra y paja descubrió el dibujo de un pez, tosco y sencillo, que su esposa encinta había hecho para que protegiera el humilde hogar, pues ella también fue cristiana; Orestes lo borró furiosamente con sus pies calzados con polainas de piel de cabra. El Dios de los cristianos había muerto para él, tal era ya su ira.

El pequeño Marcio, huérfano de sus padres, muertos por la plaga hacía un tiempo, acogido y cuidado por Orestes y su difunta esposa como si fuera un hijo propio, salió de la cabaña corriendo y asustado a ocultarse entre las sombras del bosque.

El relinchar de los caballos irrumpió en el silencio de la brumosa mañana.

El que parecía ser el jefe de los jinetes armados preguntó a un lugareño por la morada del llamado Antonino, el sacerdote de los cristianos, y este les señaló la casa de las afueras, junto al cementerio de los cristianos.

Los soldados a caballo procedentes de la ciudad, posiblemente auxiliares panonios y dálmatas de la fortaleza de Sirmium, que servían al cruel gobernador de la provincia, llegaron junto al viejo, quien seguía orando sentado sobre los sucios sepulcros de roca, con la cabeza entre las manos.

El decurión descabalgó de un salto de su negra montura sin estribos y se acercó al anciano. Mientras tanto, uno de los jinetes se hacía cargo de las riendas.

Los hombres armados a caballo rodearon en círculo al viejo.

—¿Eres tú Antonino, el llamado obispo de los cristianos?

Antonino levantó la cabeza pesadamente.

—Ya lo sabes, soldado, aquí me tienes. ¿Qué deseas de mí?

—Debes acompañarnos a Sirmium, viejo. Mi noble señor, el gobernador, desea interrogarte.

Capítulo VII

ITALIA

Los cansados ojos del viejo soldado estudiaban los mapas de papiro extendidos sobre su robusta mesa de mando.

Las llamas de las lámparas de aceite iluminaban tenuemente la tienda y el anciano comenzó a desenrollar los informes de los espías de Panonia, leídos una y otra vez durante la jornada; sus debilitados párpados comenzaban a entrecerrarse por el sueño de la noche, pero Marco Clodio Pupieno Máximo, hasta hace poco prefecto de Roma y ahora nombrado Emperador por el Senado, asociado con el tranquilo y pacífico Balbino, magistrado y ex cónsul de Roma como lo fue él también, era conocido por haber sido un cruel gobernante en Asia Menor, en Germania y en la propia Roma, pero también un eficaz y astuto general.

La noche era agitada, no podía conciliar el sueño, los informes llegaban con rapidez por las eficaces y magníficas calzadas construidas por los romanos, y eran llevados por hábiles jinetes que se relevaban en postas a lo largo de los caminos.

Algunos mercaderes de Panonia, que recibían secretamente el oro del Senado, informaban sobre los rumores procedentes de las habladurías de los soldados de Maximino el Tracio, comentados en sus noches de borracheras y lujuria y susurrados a oídos de las complacientes rameras en sus lechos; había que proceder frente a estas informaciones con cautela, pues muchos de los mensajes, filtrados y seleccionados por sus ayudantes como información valiosa, podían ser, en realidad, falsos infundios de los propios espías de Maximino para confundir y engañar al enemigo o información deliberadamente falsa de espías traidores que se habrían vendido al gigante.

Sin embargo, el viejo zorro de Pupieno, experto soldado en el pasado, hábil estratega y frío burócrata, conocedor de las artes del espionaje, tenía infiltrados en el entorno del gigante tracio a varios de sus agentes, y el

mensaje que estudiaba una y otra vez, junto a los mapas, le inquietaba en gran manera.

Su espía más importante era el ambicioso Cayo Avidio Sura, tribuno pretoriano en el campamento de Maximino. Sura aborrecía y renegaba del tracio por haber alejado a sus pretorianos de él y confiar más en sus guardias germanos, y tampoco soportaba que saqueara y abusara de los pobladores de las provincias por donde pasaban sus legiones, ciudadanos libres del Imperio. Pero el tribuno también ambicionaba el cargo de nuevo prefecto de los pretorianos en Roma, que Pupieno le prometió cuando Maximino fuera derrotado y muerto tras la guerra civil que acababa de iniciarse.

Sura le advertía que el tracio continuaba vivo. Por alguna razón que desconocía el veneno no llegó a su copa.

Los informes que llegaban a sus manos en su campamento de invierno de Ravenna

hablaban de la gran victoria romana sobre los carpos y los sármatas yácigas en la frontera danubiana, y de la intención del tracio de invadir Italia y tomar Roma, sabedor este de que el Senado no disponía aún de suficientes tropas cerca para atacarle a él en Panonia.

Pese a las privaciones que padecía el pueblo, las noticias de las victorias romanas en las fronteras del norte podían predisponerle a apoyar al tracio, pues al pueblo romano le seguían agradando las victorias de sus legiones y él, Pupieno, era muy odiado por sus impopulares medidas de gobierno como prefecto de la Urbe.

Nombrado junto con Balbino Emperador por el Senado de Roma para oponerse al bestial Maximino e impedirle que entrara en la ciudad, Pupieno tomó el mando de las escasas tropas que aún disponía para defender el norte de Italia, así escapó del pueblo romano, que quiso matarle cuando se enteró de que había sido investido con la púrpura imperial.

El Senado resolvió la cuestión nombrando sucesor de Balbino y Pupieno al joven Marco Antonio Gordiano, amado por el pueblo romano, quien le llamaba “El Piadoso”, nieto del noble procónsul Marco Antonio Gordiano Semproniano Africano, muerto en África junto a su hijo tras ser derrotado por la III Legión Augusta, leal a Maximino.

Pupieno contaba con escasas fuerzas, mal preparadas y poco combativas, formadas por levadas forzosas de campesinos itálicos y por las milicias urbanas de las ciudades, y tuvo de reclutar también a los esclavos de las campañas e

incorporar a gladiadores, a cambio de su libertad, en contra de la opinión de los senadores, quienes poseían amplias extensiones de tierras en el centro y sur de Italia trabajadas por grandes masas de esclavos.

La experimentada legión procedente de la leal Hispania, la VII Gemina, que se dirigiría ya hacia Italia, aún tardaría muchas semanas en llegar, y ahora contaba también con la III Augusta desde África, que embarcaría en Cartago rumbo al puerto de Ostia, perdonada por el Senado al matar a su legado, el ambicioso Capeliano, quien tras acabar con la rebelión de los Gordianos, intentó traicionar a Maximino proclamándose a sí mismo Emperador.

El Senado de Roma había mandado emisarios a las provincias para que vexillationes sacados de distintas legiones, en especial de la XXX Ulpia Victrix, estacionada en la Germania Inferior, vinieran también hacia Italia para unirse al ejército de Pupieno en formación.

El Senado intentó comprar la alianza con los godos, poderosos bárbaros que gobernaban en la Germania oriental, y les incitó para que invadieran la rica provincia norteña de Moesia, a fin de crearle otro frente de guerra a las espaldas de Maximino.

Los informes hablaban de que parte del oro del Senado, que viajaba secretamente a bordo de una nave de carga griega entre grandes tinajas y ánforas de vino y aceite, destinado a los embajadores del viejo rey de los godos, Ostrogotha, se había perdido en la travesía, rumbo a la leal Macedonia, pues una gran tormenta desvió al navío hacia el norte y lo forzó a refugiarse en las costas dálmatas, leales al tracio, por lo que fue capturado; los embajadores del Senado fueron torturados y, tras confesar el destino final del oro, los decapitaron y sus cabezas fueron enviadas a Roma conservadas en las mismas ánforas de vino y aceite que transportaban. El oro finalmente sirvió para aplacar las ansias de botín de parte de las exhaustas legiones, que amenazaban con amotinarse; el avaricioso rey de los godos jamás recibiría el soborno del Senado y no atacaría, pues, Moesia, y esto dejó las manos libres al gigante de Tracia para avanzar hacia Italia sin preocuparse este de tener ya enemigos a sus espaldas.

Pero, aún así, los godos tampoco invadirían las fronteras del Imperio, pues les atacaban otras naciones bárbaras que escapaban del frío y el hambre de sus inhóspitas llanuras del este.

Pupieno mandó emisarios a la estratégica ciudad de Aquilea, situada en el nordeste de Italia; su posible victoria y su propia supervivencia dependían

de que la ciudad, con poderosas fortificaciones desde los días de la guerra marcomana de Marco Aurelio, aceptara de buen grado la lealtad al Senado de Roma, algo previsible, pues sus nobles estaban también hartos de sufragar con su fortuna las guerras del tracio y la fidelidad de su ejército y ya habían estallado varios motines en la ciudad provocados por sus hambrientos y expoliados ciudadanos. En caso contrario, quedaba el soborno a sus magistrados; la ciudad de Aquilea debía reforzar sus murallas y fortificaciones, muy abandonadas ya desde hacía mucho tiempo, y resistir el ataque de las fuerzas de Maximino.

El tiempo jugaría a su favor si todo salía como había previsto él, Marco Clodio Pupieno Máximo, quien ambicionaba el triunfo para quitarse de en medio al mojigato Balbino y cortar las cabezas del Senado que se le opusieran. El inepto Balbino, que no era más que un pacífico magistrado urbano sin experiencia militar ni carisma entre el ejército, aceptaría el retiro a su villa de la Toscana o sería eliminado sin contemplaciones, y quedaría él, Pupieno, como único Emperador, respaldado por sus legiones victoriosas.

Pese a estar ya en el invierno de su vida, el viejo zorro aún era ambicioso y audaz.

La noche transcurría pesada y larga en el campamento militar, cerca de la ciudad norteña de Ravenna, en las lindes de la Vía Annia.

Mientras Pupieno reflexionaba en la soledad de su tienda, un pesado carruaje cubierto atravesaba la empalizada del campamento y una hermosa y madura dama romana, acompañada de sus esclavas de compañía, descendió de él, pisando con disgusto el barro con sus limpias sandalias y delicados pies.

La tienda de Pupieno estaba guardada por corpulentos guardias germanos que le continuaban siendo fieles y le habían seguido desde que abandonó el gobierno de la provincia de Germania Inferior; él mismo, el viejo Pupieno, como muchos romanos, había adoptado la costumbre bárbara de dejarse crecer una larga barba.

Le debía gratitud a los pretorianos por salvarle la vida del tumulto de la plebe romana enfurecida que pretendía acabar con él cuando se enteró de su nombramiento como César por el Senado, aunque dicho nombramiento, junto con el de Balbino, fue de noche y a escondidas en el templo de Júpiter. El pueblo de Roma no olvidaba su mal gobierno como prefecto de la Ciudad: canceló los juegos del Coliseo para ahorrar dinero y favoreció a los especuladores del comercio de grano procedente de Egipto, encareciendo su

precio y eliminando las raciones gratuitas para la plebe. Las sentencias de muerte y destierros forzosos dictados contra quienes se amotinaban fueron numerosos durante su administración, en ausencia del bondadoso y joven Emperador Alejandro Severo y de su poderosa madre Julia Mamea, distantes en la lejana frontera del Rin. Empleó la misma política tacaña y de mano dura contra quien osara oponérsele, y trató a los romanos como trató a los germanos y asiáticos cuando les gobernó.

Pero fueron sus guardaespaldas germanos quienes seguían a su lado, ya que llevaban mucho tiempo con él y Pupieno sabía de su lealtad.

—Salve, mi señor, traigo nuevas.

Wigmar, el enorme germano capitán de su guardia, entró en la tienda.

El siempre irascible y malhumorado Pupieno se sobresaltó, levantando súbitamente el rostro de los informes que leía sobre su mesa.

—¿Qué sucede ahora, por todos los dioses! ¿No di orden de que no se me molestara?

—Esto es importante, mi señor...

—¿"Mi señor"? ¿Es que no has aprendido aún a llamarme "noble César"? ¿O es que no sabes pronunciarlo en tu salvaje lengua, germano?

El bátavo titubeó, temeroso del carácter huraño de su señor.

—Disculpas, ¡oh, noble "Káiser"!

—Bueno, ya aprenderás... Dime, mi buen y leal Wigmar, ¿qué es eso tan importante como para incumplir mi orden de no ser molestado?

El temperamento del viejo cascarrabias parecía suavizarse, pues sabía que su seguridad dependía de estos germanos.

—La noble Julia Terencia, que fue esposa del noble senador Cayo Terencio Nerva, y del cónsul Publio Licinio Quieto, ejecutado por tu enemigo Maximino, acaba de llegar de Panonia y solicita tu audiencia.

—¿Cómo dices, germano? ¡Hazla pasar! ¡Vamos, no te quedes ahí parado como una momia egipcia! ¡Obedece o te hago azotar, pedazo de idiota!

—Mi señor, quiero decir, noble "Káiser", es que...

El germano balbuceaba con su gutural acento norteño.

Pupieno levantaba sus blancas cejas y alargaba su cuello acercando su cara al jefe de sus guardaespaldas, de pie y encorvado con sus manos apoyadas sobre los mapas de la mesa.

—¿Es que qué? ¿No me has oído? ¡No pongas a prueba mi paciencia, germano! ¡Tráela a mi presencia, deprisa! ¡O por los dioses que te venderé

como gladiador!

—Sí, sí, mi señor, quiero decir, noble “Káiser”.

El atribulado capitán de los germanos salió de la tienda y al cabo de un corto tiempo regresó con un hermoso y mojado cuerpo desnudo de mujer, cargado sobre sus anchos hombros, que pataleaba, chillaba y lanzaba maldiciones. Era seguido por las asustadas esclavas que la acompañaban y por las miradas curiosas y divertidas de sus hombres.

—¡Animal! ¡Cerdo! ¡Patán! ¡Bárbaro inmundo! ¡Salvaje! ¡Suéltame o haré que te arranquen la piel a tiras, a latigazos, asqueroso germano!

El viejo Pupieno se maravilló ante la insólita escena que veían sus cansados ojos.

—¡Por todos los dioses...! ¿Qué significa esto?

El germano dejó a la mujer de pie, sobre la alfombra de la tienda, aún desnuda y mojada.

Wigmar recibió de ella una sonora bofetada que provocó las risas de los demás germanos que, con jocosidad, observaban desde la entrada.

La noble y virtuosa matrona romana no ocultaba su desnudez frente al viejo Pupieno, quien sentía despertarse entre sus piernas viejos ímpetus de su juventud, a menudo olvidados.

—¿Y bien?

La altiva dama habló a Pupieno con la desafiante barbilla levantada, desnuda, como la diosa Venus mirando al tullido y viejo Vulcano; sus grandes y redondos senos apuntaban a la cariada boca del Emperador, con sus pezones erectos. Las gotas de agua le resbalaban por todo su voluptuoso y espléndido cuerpo de mujer madura y se perdían en medio de su depilada vagina .

El viejo Pupieno no pudo disimular su lascivia frente a la estupenda mujer que tenía enfrente, la cual podía ser su hija por edad.

—No te quedes ahí parado como una estatua, trae tu capa y cubre a la señora.

El germano, que se había quedado petrificado ante la visión del espléndido cuerpo de Julia Terencia, volvió de su ensimismamiento y obedeció.

Ella le clavó los ojos al bátavo mientras se cubría con la capa y le dirigió una leve mueca parecida a una sonrisa malévol.

Pupieno salió de detrás de su gran mesa de roble y se dirigió a la mujer.

—¡Salid todos! ¡Dejadnos solos!

Los guardias germanos y las sirvientas se retiraron, inclinando la cabeza al viejo e iracundo Emperador.

—Lamento el trato de mis germanos, son rudos e ignorantes pero me son leales desde hace años, noble Julia Terencia. Espero que tu largo viaje desde Sirmium no te haya resultado demasiado penoso.

—Salve, noble César.

La madura y hermosa mujer se inclinó ante él con respeto.

—Supongo que mis hombres interrumpieron tu baño. Haré que te traigan mi bañera de bronce y que te calienten el agua mientras me informas de las nuevas que me traes.

—Noble César, Cayo Avidio Sura planea matar a Maximino el tracio y a su hijo Máximo. Los pretorianos temen ser devueltos a las legiones y él mismo ejecutado en cualquier momento, ya que el tracio confía más en sus germanos. Curiosamente, como tú, oh, noble César.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

El viejo zorro fingía sorprenderse y desconocer esta información.

—No me lo dijo, pero sé que lo hará pronto. Maximino está cada vez más loco, desconfía de sus hombres más próximos y los maltrata a menudo, abusando de su fuerza y autoridad; solo confía en sus germanos y en su idiota e inútil hijo. Tiene miedo de los pretorianos, pero sus legados le temen y las legiones le siguen aclamando por el momento.

Pupieno mandó mensajeros a Sirmium pidiendo a la viuda Julia Terencia que sedujera y se acostara con el tribuno de los pretorianos, espía suyo en el entorno del tracio, pero al que deseaba tener vigilado, pues no confiaba demasiado en su lealtad y en la veracidad de sus informes. Julia debía envenenar a Cayo Avidio Sura si a este le descubría ambiciones de proclamarse Emperador tras quitarse de en medio a Maximino y su hijo, pero no antes de eliminarles; a cambio, Pupieno le prometía devolverle sus propiedades del centro de Italia y su lujosa villa y los campos que poseía en Capua, trabajados por centenas de esclavos, que fueron confiscados por orden del rapaz Maximino.

Julia Terencia, quien fue desterrada a Panonia tras la ejecución de su segundo marido, sabía cómo transformar a los hombres más fieros en dóciles cachorrillos; se convirtió también en la amante del fogoso y joven Máximo en la ciudad de Sirmium para asegurar su propia supervivencia. conocía bien las artes del amor, realizaba cosas que los romanos consideraban prohibidas e

indecorosas en el lecho, dignas de la mejor de las putas e indignas de una noble y virtuosa matrona romana.

Si los pretorianos tienen éxito y matan a Maximino y a su hijo, otro ambicioso distinto de Sura podría ser proclamado por los soldados; si quisiera terminar pronto la guerra sin el coste de vidas romanas, debería ofrecer al nuevo Emperador compartir el cargo. El dócil y mequetrefe Balbino sería eliminado rápidamente y los senadores aceptarían, a cambio de la paz y la estabilidad.

Pero esto no era deseable, pues ni él, Pupieno, ni el nuevo rival aceptarían compartir la púrpura el uno con el otro; volvería a haber guerra civil, ya que ambos estarían respaldados por la fuerza de sus respectivas legiones y recelarían entre sí.

Aun así, debía seguir confiando en ganar tiempo y reforzar las murallas de Aquilea. Con las legiones hispanas y africanas detrás, Pupieno estaría en mejor posición de negociar con el nuevo líder de las legiones panonias o incluso de arriesgar y presentarles batalla.

Pupieno desvió la vista de la bella dama romana y paseó nervioso de un lado a otro de la tienda con sus manos tras la espalda.

—¿Y qué hay de la bestia del tracio, noble Julia Terencia? Me sorprende que siga con vida, ¿caso Sura no te transmitió mi orden de que fuera envenenado?

—Sura me lo dijo, noble César. Una de las esclavas del gobernador, una egipcia, debía servirle el vino emponzoñado esa noche, mas esta se negó a hacerlo.

Pupieno detuvo su caminar y miró sorprendido a la mujer poniendo sus manos en jarras sobre sus caderas. Julia se preocupó, ya no se sentía tan segura ante él.

—¿Cómo dices, mujer? ¿Se negó? ¿Esa maldita esclava se negó? ¿Cómo es posible?

—Noble César, así fue, ella me dijo ser una de esos cristianos que dicen amar a sus enemigos.

—¿Amar a sus enemigos?

Julia Terencia recuperó su sangre fría y confianza en sí misma, si Pupieno entrara en cólera y decidiera ejecutarla por traición, usaría su cuerpo para apaciguarle, ella había notado como la miraba con ojos lujuriosos.

—Así es, noble César, así fue como sucedió, además, ella no es una de

mis esclavas, su amo es el gobernador Paulino, quien supongo me la puso a mi servicio para tenerme vigilada en mi destierro, aunque supe ganarme su confianza. Ella hizo posible mi huida de Sirmium, ocultó mi partida a sus amos, aún sabiendo que sería castigada.

Pupieno parecía no haber oído esto último y reveló una de las medidas que adoptaría al finalizar la guerra civil.

—Esos cristianos son una peste, noble Julia Terencia, cuando esta guerra acabe daré buena cuenta de ellos, Severo Alejandro les protegió demasiado; cuando yo era el prefecto de Roma tuve que soltar a muchos en contra de mis deseos para no irritarle, tras haber sido prendidos porque el pueblo les acusaba de robar recién nacidos a sus madres y de sacrificarlos a su extraño dios judío crucificado para comer su carne y beber su sangre.

Durante su gobierno como prefecto, el cruel Pupieno planeó divertir al pueblo arrojando a los cristianos a las fieras del Coliseo para así ocultar su especulación con el grano egipcio.

—Noble César, ni en Roma ni durante mi exilio en Sirmium supe ni oí hablar de esto, creo que son falsas habladurías de la plebe porque achacan sus desgracias a la ira de los dioses por causa de la existencia de estos cristianos.

—Pero ellos niegan a los dioses de Roma y al Imperio, incluso niegan la autoridad del César sobre ellos y siempre hablan de un nuevo reino que vendrá.

—Puedes matarlos si es tu voluntad, noble César, pero no por causa de que devoren carne humana, no creo en esas absurdas historias de sucios plebeyos ignorantes.

Pupieno observó a la dama. Sí, era una noble patricia romana, orgullosa y altiva, que despreciaba al riudoso y maloliente populacho.

—Me has servido bien, Julia Terencia.

La virtuosa matrona se dejó caer la capa sobre la alfombra y se quedó desnuda de nuevo frente al Emperador.

El viejo Pupieno se despojó del rudo jubón de cuero que llevaba, de su túnica y de su taparrabo y quedó también desnudo frente a ella, con el viejo y flácido miembro colgándole.

Julia Terencia se acercó a él y lo llevó de la mano al lecho. El anciano no pudo penetrarla y, por fin, abandonó su estéril empeño en hacerlo, disgustado y dispuesto a dejarse caer abatido por el sueño, para alivio de ella.

Julia, lejos de quedar decepcionada y disgustada por la falta de potencia viril de su nuevo y poderoso amante, dejó que el viejo la abrazara hasta que quedó dormido junto a ella, bajo la tenue luz de las lámparas de aceite y una cálida piel de oso. Julia tenía un nuevo protector al que podía abandonar si era derrotado y volver a los brazos de Sura, o ir a los de cualquier otro, si estos fueran victoriosos.

La lluvia caía fuera con fuerza.

El viejo ya roncaba y su viejo miembro no volvería a intentar copular esa noche a la indiferente Julia Terencia.

La noble dama romana no olvidaba al lugarteniente de Avidio Sura, Marco Valerio Celer, del que estaba enamorada, aunque se avergonzaba de él por ser un plebeyo.

Marco fue para ella un capricho, uno más en la interminable lista de sus amantes, y lo alejó de su lecho al desposarse con el influyente cónsul Licinio Quieto.

Pero ella le terminó amando, le amaba apasionadamente porque él fue el primer hombre que le hizo sentir en el lecho placer de verdad, y ahora, viuda de su malogrado esposo, era libre de amarle cuando terminara esta guerra y volver a sus brazos, pues sabía que el feroz Marco no perecería.

Ella no deseaba convertirse en su esposa, ya que él era tan solo un simple soldado, un centurión de los pretorianos, y pronto acudirían los innumerables pretendientes entre los nobles y acaudalados caballeros y patricios como moscas a la miel cuando ella regresara a Roma tras el triunfo de Pupieno, atraídos por su gran belleza y por las extensas tierras que fueron de sus dos maridos.

Ella le amaba de todas formas, y él, que jamás retrocedió ante sus enemigos en la batalla, huyó de ella como huyó también de su mujer báltava en su juventud, muchos años atrás.

Una vez más, en su dolor por verse rechazado por esta mujer maldita que incendió su corazón, escogió una vida en austera soledad y de honor como soldado.

Las putas y amantes ocasionales seguirían saciando sus ímpetus carnales, a cambio de no pedirle nada.

Y así fue cómo partió a la frontera del norte, a luchar contra los bárbaros junto a su joven e infortunado César, al que traicionaría.

Al alba, el campamento de Pupieno ebullición de actividad.

Los ciudadanos sanos de Ravenna y los campesinos de la región acudían al decreto de Pupieno para ser reclutados a la fuerza en su ejército. Los *optiones* les examinaban y reprendían con sus golpes de vara de vid cualquier protesta. Los pocos legionarios experimentados que se le habían reunido hace pocas jornadas procedentes de Galia y Germania Inferior, se burlaban de su aspecto.

—¡Eh, princesas! Pronto comenzaréis a mover esas barrigas.

—¡Por Marte! Vaya atajo de inútiles nos viene a ayudar a salvar a Roma, jajajaa.

Los asustados reclutas cada vez se sentían más intimidados por la terrible tropa.

Algunos se pusieron a llorar de desesperación, al verse atrapados en este maldito lugar.

Los crueles soldados les humillaron aún más

—Jajajajaa, mirad, hermanos, mirad como lloriquean estas putitas.

—¡Sí, siiiii....! Llamad a vuestras mamás para que os den un besito de despedida y nos chupen las vergas, jajajajaa.

Muchos de estos rufianes que se les burlaban eran veteranos que habían probado ya la sangre de los enemigos de Roma en sus fronteras norteñas, la mayor parte de ellos eran soldados de origen hispano, galo, belga o germano.

Los *optiones* enderezaban con sus varas las espaldas y piernas de los asustados recién llegados, entre gritos e insultos.

—¡Esas espaldas de jamelgos, bien rectas!

—Por Júpiter que no he visto nunca a tal rebaño de desgraciados juntos.

—Os vamos a convertir en soldados, ramera, pronto aprenderéis a usar una espada, pero antes os partiremos la espalda a cavar trincheras y talar árboles.

Uno de los centuriones, el de mayor veteranía y mando entre ellos, apareció; tenía un aspecto aterrador con su gran crin transversal negra y ocre sobre su yelmo.

—Menudas furcias me envían aquí para transformarlas en legionarios... los dioses de la guerra parecen haberse vuelto locos.—daba golpecitos de su gruesa y retorcida rama de vid sobre la palma de su manaza.

Uno de los reclutas, un imprudente, osó hablar.

—¡Centurión! Yo no debería estar aquí.

El centurión de llevó la mano abierta al oído.

—Por algún inexplicable prodigio, el verano parece haber llegado con antelación, oigo el zumbido de un sucio moscardón.

Un *optio* le golpeó el vientre con el extremo de su vara al incauto, que se dobló sobre el suelo intentando respirar.

El centurión *primipilus* habló con desprecio.

—Italianos... está más que demostrado que no sirven para las cosas de la guerra. Pero yo os voy a convertir a vosotros en letales soldados u os mataré intentándolo, malditas comadreja.

Con gesto grave, el oficial comenzó a pasear entre las abigarradas y herogéneas filas de novatos, los experimentados soldados que antes hacían chanzas en ellos, se esfumaron, por si acaso.

Se detuvo, perplejo ante uno de los nuevos, un escuálido fulano con una corona de flores en su cabeza y una lira en la mano.

—Vaya, vaya... Apolo nos envía a un poeta para que cante vuestras hazañas en las batallas que han de venir... dime, oh divina emanación de las musas... ¿Quién eres tú que decides abandonar tu arte para unirse a la guerra?

El hombrecillo, tragó saliva.

—Yo soy Tito Ofelio Severino, y soy músico, toco la lira en el mercado para ganarme unas monedas y poder comer.

El centurión le arrebató la lira de su mano y la partió por la mitad sobre su musculoso muslo, para devolvérsela con brusquedad, destrozada, al sorprendido Tito.

—Ten, músico, ahora tocarás la lanza y la espada.

Y continuó su temible escaramuza entre las filas de asustados reclutas, no sin antes arrancar las flores de la cabeza del músico y pisotearlas.

Se paró frente a un gigante que le sacaba dos cabezas.

—¿Y quién es este hijo de Hércules?

—Soy Servio Aquilio, campesino. Maté a mi esposa y al tendero de mi aldea por sorprenderles fornicando en mi casa, al volver yo del campo. Me dieron a elegir entre ofrecer mi cuello al hacha o acudir a alistarme en tu ejército de mierda.

El centurión le pegó un puñetazo en el vientre que lo derribó a tierra.

Le puso la suela claveteada de su bota en la garganta, estrangulándole.

—Aquí te enseñaremos a humillarte ante nosotros o morirás, asesino bastardo.

Tras liberarle, el centurión salió de las filas y arengó a los nuevos.

—Sois una pandilla de gusanos. Vuestro aspecto ofende mi vista. Ahora mismo empezareis a convertirlos en soldados de Roma.

Los legionarios trajeron montones de hachas, palas y *dolabrae*.

—Contruireis vuestro propio campamento, cavaréis un gran foso, talaréis los árboles del bosque y levantaréis una empalizada y un terraplén de tierra, quien de detenga a descansar será azotado.

Los nuevos se miraron unos a otros perplejos, sin saber reaccionar.

El centurión les chilló.

—¡Vamos, malditos haraganes! ¡Corred hacia vuestras armas! ¡A trabajar u os arrancaré la piel a tiras a latigazos! Los diez últimos en llegar les pondré un saco en la espalda para que reflexionen toda la noche.

Los reclutas salieron en estampida hacia el montón de herramientas, se peleaban por llegar a él y por conseguir una, entre los gritos de los centuriones y los optios.

Al atardecer, Pupieno fue importunado por sus legados, mientras yacía en el lecho de su aposento con Julia Terencia, en la lujosa casa que los magistrados de Ravenna le habían dispuesto.

El viejo intentaba en vano penetrar de nuevo a la paciente señora, sin éxito.

—Noble César, hay problemas en el campamento.

Pupieno se cubrió rápidamente sus partes pudieras, desnudo como estaba y se partió de Julia, la cual exhibía sus hermosos pechos sin rubor a los generales.

Irritado, el viejo iracundo reprendió a los legados.

—¡Malditos seáis! ¿Qué demonios sucede? ¿Es que no os han enseñado a anunciaros antes de entrar en una alcoba privada, legados?

Los generales, incómodos, carraspearon.

—Disculpas, noble César, tus germanos nos franquearon el paso.

Pupieno se encolerizaba cada vez más, su mal humor era proverbial.

—¿Mis germanos? ¡Maldita pandilla de salvajes! ¡Necios! ¿Así protegen la vida de su César?

—No los castigues, noble César, el asunto que nos ha traído hacia ti es lo bastante grave y urgente.

El viejo se revolvía nervioso en el lecho. Julia se había cubierto con una piel de oso su lasciva cuerpo desnudo y se había retirado.

—¡Por todos los dioses, legados! ¡Hablad! ¿Qué sucede?

—Algunos de los que han venido forzosos a alistarse en tu ejército, noble César, se niegan a ser adiestrados en el uso de las armas, dicen ser cristianos y que ellos no pueden matar porque su Dios se lo prohíbe.

—¿Cómo? ¿Cómo? Azotadles y que se larguen del campamento, no tengo tiempo para ocuparme de más problemas.

—Noble César, son muchos, además, el resto puede mentir afirmándose ser cristiano para así marcharse también, no están aquí de buen grado.

Pupieno empezaba a vestirse.

—Maldita sea...—dio sonoras palmadas y unos esclavos le trajeron una palangana y un jarro de bronce con agua para lavarse la cara—Traedme mi armadura y mis armas, esto se va a acabar.

Al anochecer, veintiséis cabezas cortadas y clavadas en lanzas por sus cercenados cuellos acompañaban a los soldados que hacían sus rondas en el exterior del campamento.

El resto de los que dijeron ser cristianos para no luchar se apresuraron a quemar incienso en el templo de Júpiter para salvar su vida.

En Panonia, Graciano, el jefe de los espías del gigante de Tracia, vigilaba los movimientos del tribuno de los pretorianos de cerca

Capítulo VIII

SIRMIUM

El anciano Antonino, que caminaba penosamente y apoyado en su báculo, era conducido por los jinetes del gobernador hasta la amurallada ciudad de Sirmium, capital de la provincia romana de la Panonia Inferior, a dos días de marcha.

Algunas piras levantadas por los ciudadanos quemaban a sus muertos por la peste en el exterior de las murallas, fuera de la ciudad. Los cadáveres eran arrojados al fuego por tétricas figuras humanas encorvadas que se arrastraban, más que caminaban. Los apestados agonizaban en tiendas colectivas, montadas a tal efecto, en medio de sus excrementos y fétidos vómitos. Los lamentos de los despojos de estos desdichados, sudorosos, con sus ojos inyectados en sangre y cubiertos de malolientes llagas, y los llantos de las mujeres y de los niños, se confundían con una continua tos y el grito de una gran sed que no se apagaba ni saciaba nunca, hasta que la muerte lo acallaba.

Más allá, en otro lugar apartado también fuera de la ciudad, las siniestras sombras de varias cruces con cuerpos agonizantes o muertos, suspendidos de ellas, se alzaban como una advertencia a los numerosos criminales y bandoleros que infestaban los caminos y ciudades, y a esclavos rebeldes o fugitivos.

Los guardias condujeron a Antonino, quien, extrañamente, no iba atado ni encadenado, sino libre, al interior de la ciudad por una de sus arqueadas puertas.

Alejada la muerte fuera de sus murallas, la ciudad rebosaba de vida y actividad en su interior; los mercaderes alababan sus mercancías en el mercado y los templos de los dioses estaban abiertos, recibiendo bueyes y cabras para expiar su cólera en el sacrificio, aún con la existencia de una incipiente hambruna entre el pueblo, tal era el grado de superstición.

Los soldados y Antonino llegaron a la ciudadela amurallada donde se

encontraba el palacio del gobernador de la provincia, el cruel Quinto Sergio Paulino.

Los jinetes descabalaron de sus monturas de un salto al entrar en el patio del Pretorio y bebieron agua de sus cantimploras de cuero con ansia. Unos esclavos de la casa del gobernador se hicieron cargo de los caballos y los llevaron a los abrevaderos. Aurelio, el decurión que conducía a Antonino, sacó también su cantimplora y se disponía a beber, pero se la ofreció antes al cansado anciano, quien le agradeció su noble gesto y bebió pausadamente para saciar su sed.

Los soldados, auxiliares germanos, panonios y dálmatas, custodiaban el palacio del gobernador Paulino.

El centurión de la guardia, avisado por sus hombres, salió al encuentro de los recién llegados; Aurelio saludó con el movimiento de puño en el pecho y brazo en alto al oficial romano.

—¡Salve, centurión! Este anciano que ves es el llamado Antonino, el jefe de los cristianos, requerido por el noble gobernador.

El centurión estudió al viejo antes de hablar. No parecía representar ninguna amenaza, ni siquiera se asemejaba a uno de aquellos endemoniados druidas celtas que, de vez en cuando, provocaban tumultos en las remotas aldeas.

—Bien, seguidnos, el noble Sergio Paulino está ansioso por hablar con él.

Aurelio se acercó al rostro del centurión y le habló de forma reservada y en voz baja, para que Antonino no pudiera escucharle.

—Centurión, antes debo informar al gobernador de un hecho prodigioso que aconteció durante nuestro camino hacia aquí.

Ambos miraron al anciano con respeto y miedo, quien aguardaba pacientemente apoyado y encorvado sobre su báculo y con la mirada perdida hacia el enlosado del suelo.

—Ven conmigo, decurión, y trae al viejo; os conduciré a presencia del gobernador.

La piadosa esposa de Quinto Sergio Paulino, Livia Prócula, realizaba en el pequeño altar de la casa ofrendas de pan ácimo y miel a los genios protectores del hogar, y quemaba un poco de incienso a los espíritus de los antepasados.

Aunque aún era muy hermosa, Livia Prócula evidenciaba en su semblante

los estragos de las desgracias que azotaban su vida. Un marido que la rechazaba y menospreciaba por no haberle dado un hijo varón y las lágrimas que le resbalaban casi continuamente en su rostro durante estos últimos días.

En el lecho, una bella joven deliraba, sudorosa y con una repulsiva llaga en el cuello; unas esclavas se afanaban en secar su frente con paños que remojan en platos de bronce.

De pie, y junto al lecho, un hombre maduro, vestido con la toga blanca listada de púrpura de alto magistrado, de rasgos graves y duros pero tristes, miraba con preocupación la dolorosa agonía de su hija adolescente, Livia Paulina.

Hacía días que los físicos llamados por él daban ya por perdida la vida de su moribunda hija; ella era alegre y jovial, llena de vida, hasta hace poco.

Paulino, quien perseguía a los cristianos con saña y crueldad en la provincia para aplacar las iras del pueblo que les culpaba de la peste y para agradar a su Emperador Maximino, ordenó que todos sus líderes fueran capturados y ejecutados; las cabezas de varios diáconos entre los cristianos rodaron esos aciagos días del final del invierno en las mazmorras de la ciudadela de Sirmium y algunos de ellos, denunciados por sus supersticiosos y avariciosos vecinos paganos, sirvieron de diversión al populacho en el anfiteatro, siendo quemados vivos o expuestos a los leones en la arena al negarse a quemar incienso a los dioses.

Un guardia entró en el aposento y, tras saludar a su señor, le avisó de la llegada de los soldados con el anciano obispo.

Paulino se dirigió al patio del Pretorio. Los soldados ociosos que se hallaban allí jugando a las tabas o limpiando sus armas se sobresaltaron; se levantaron en pie y saludaron con el puño en el pecho a su temido comandante en señal de respeto. Junto a una de las columnas que rodeaban el patio, unos jóvenes soldados desataban a su compañero al que habían azotado antes por haber sido hallado culpable de faltas contra la disciplina militar. Le arrojaron el agua que daban a los caballos a su desnudo y lacerado torso para reanimarle y llevárselo de allí.

Inusualmente, el gobernador salió al encuentro de sus visitantes, con paso ligero y nervioso, pues deseaba conocer al llamado Antonino, quien era considerado por sus agentes un peligroso agitador cristiano en los campos de la provincia.

Semanas antes había sido visto en la ciudad predicando su religión a unos

jóvenes soldados pertenecientes al ejército de Maximino, ya que Sirmium fue el cuartel general de invierno del Emperador en su campaña contra los sármatas y carpos que invadieron la Panonia.

Los ciudadanos de Sirmium temían el regreso del tracio y su sed de rapiña. Los abusivos impuestos y requisas de grano y ganado habían dejado al pueblo al borde del hambre y existía ya una fuerte y secreta oposición entre los nobles y magistrados de la ciudad hacia el gigante, conspiraban contra él; las noticias de la rebelión del Senado de Roma y de la proclamación de dos Emperadores ya habían llegado a la Panonia.

Pero había un motivo más importante entre los nobles para temer la vuelta de Maximino a su ciudad: muchos notables, que le creían muerto en la batalla contra los bárbaros, comenzaron a manifestar públicamente en sus reuniones sociales su apoyo a la causa senatorial, burlándose abiertamente del tracio y haciendo bromas y chanzas sobre su aspecto físico y origen semibárbaro y campesino.

Ahora estos nobles romanos temían perder la cabeza sobre sus hombros.

También Paulino tenía miedo del regreso del tracio, pues escuchaba todas las críticas, insultos y burlas con absoluta condescendencia y tolerancia en su presencia. Ya había recomendado a algunos de los nobles que huyeran de la ciudad hacia la seguridad de Italia, pero la mayor parte de ellos se quedaron, pues no creían que sus palabras fueran recordadas.

Sin embargo, los frumentarios, los miembros de la policía política del Emperador, ya habían hecho su trabajo.

El gobernador Sergio Paulino se detuvo ante el lastimoso estado que presentaba el anciano que tenía delante.

Planeaba matarle, para dar cumplimiento al decreto del César, pero algo en su interior le dijo que tal vez el Dios de los cristianos les castigaba precisamente por perseguirles y deseaba conocer a Antonino porque los sacerdotes cristianos tenían fama de hechiceros y sanadores.

Su hija Livia, quien había escuchado las palabras de Antonino semanas atrás, se hizo secretamente cristiana, se bautizó y acudió a reuniones clandestinas en la casa de uno de ellos, acompañada de sus más fieles esclavos, entre ellos, la egipcia Arsinoe.

Desde ese momento Livia Paulina practicó la caridad con los numerosos pobres y necesitados de la ciudad, acudiendo también, a riesgo de su propia vida, a auxiliar y a cuidar a los enfermos de la peste que agonizaban fuera de

sus murallas.

Una tarde, la joven cayó enferma y sus padres se alarmaron al ver que había contraído la terrible plaga.

Sergio Paulino no tardó en averiguar lo que estaba haciendo su hija esos días al dar tormento y soltarles la lengua a los jóvenes esclavos que la acompañaban, los hizo azotar y les quemó su piel con hierros al rojo vivo hasta que confesaron la verdad de como su díscola y rebelde hija había sido contagiada por la peste y de como se había hecho cristiana.

El iracundo gobernador mandó prender a toda la familia de cristianos en cuya casa se celebraban las reuniones y los condenó a morir en la arena devorados por las fieras del anfiteatro para diversión del populacho sediento de su sangre.

Parte del pueblo acusaba a los cristianos de enfadar a los dioses y traerles la desgracia de la plaga, pero otros les acusaban precisamente de provocarla por su costumbre de inhumar a sus muertos, en lugar de incinerarlos, como hacían los paganos.

Aurelio y el centurión Casio llevaron al anciano ante el gobernador y le saludaron con el brazo en alto.

—Salve, noble gobernador. Este es el llamado Antonino, jefe de los cristianos.

Antonino permanecía encorvado y con la cabeza mirando al suelo.

Paulino le observó con curiosidad.

—Así que tú eres Antonino, el hechicero cristiano que envenena las mentes de los esclavos y soldados... Dime, viejo: ¿es cierto que vosotros, los cristianos, sacrificáis niños pequeños y coméis su carne y bebéis su sangre?

Antonino levantó entonces su mirada y, con tristeza, miró al gobernador.

—No, no es cierto, gobernador; son calumnias del pueblo que nos odia, nos culpan de todas sus desgracias.

—Pero vosotros ordenáis comer la carne y beber la sangre de vuestro dios, ¿me equivoco, viejo? ¿O es que mis hombres me engañan?

—No, no te han engañado, gobernador; nosotros comemos el cuerpo y bebemos la sangre de nuestro Dios hecho hombre cuando bajó a la Tierra. Comemos pan y bebemos vino de forma simbólica.

Paulino examinó los ojos del anciano. Deseaba saber más del por qué odiaba tanto el pueblo a esta secta extraña de los cristianos, que veneraban a un dios judío crucificado y, sobre todo, la razón de que su amada hija fuera

seducida por sus fabulaciones.

—Dime, anciano: ¿es cierto lo que se dice también de vosotros, que cuando os abofetean la cara ofrecéis la otra mejilla?

Antonino miró nuevamente con tristeza al gobernador, en silencio, sin responder. Entonces, el cruel Paulino le propinó una sonora bofetada que sobresaltó a sus guardianes, aun siendo hombres duros y de experimentada violencia.

Antonino fue derribado y perdió el báculo de sus manos, que cayó rodando por el húmedo enlosado de piedra del Pretorio; los soldados que se hallaban alrededor del patio observaban la escena, en silencio y expectantes.

—¡Levantadle!

Un hilo de sangre brotaba del labio partido de Antonino.

El anciano, tras ser levantado del suelo en volandas por los guardias, continuaba, de pie y en silencio, a la espera del siguiente golpe. Dudaba de nuevo de su fe en su interior.

—¿No dices nada, viejo? ¿No me ofreces tu otra mejilla?

Paulino, preso de odio hacia el patético anciano que tenía delante, levantó el dorso de la mano para golpearle de nuevo; esta vez, con la que en cuyo dedo llevaba el grueso anillo con el sello del gobernador.

—¡Mi noble señor...! Debo informarte de algo que deberías saber.

El temible gobernador de la provincia miró a Aurelio con sorpresa, con su mano aún levantada.

—¿Qué sucede, decurión? ¿Qué es eso tan importante que debes decirme? ¡Habla!

—Mi noble señor, este que ves aquí y que fuimos a prender por orden tuya, sanó a uno de mis hombres que contrajo la plaga por el camino y que estuvo a punto de morir.

—¿Qué me estás diciendo, decurión? ¿Qué brujería es esta? Te advierto que no estoy de humor, mi propia hija está a punto de morir por la plaga. No me irrites más o te mandaré a luchar a las fronteras del norte.

—Es cierto, mi noble señor, lo juro por todos los dioses y por los espíritus de mis antepasados; este cristiano dio de beber al soldado una noche que acampamos, le puso la mano en la frente y se la remojaba con una mezcla de fuerte vinagre y unas hierbas que llevaba en su alforja, oraba a su dios, y al alba mi hombre se levantó completamente curado, con buen humor y con mucha hambre.

Paulino volvió a mirar al anciano, esta vez con respeto y miedo, mucho miedo.

Los ociosos soldados del Pretorio que observaban los acontecimientos murmuraban ente ellos en voz baja.

Paulino se dio cuenta de la situación, pues corría el riesgo de que sus hombres se le convirtieran a la secta de estos extraños y odiados cristianos si eso que relataba el agitado decurión era cierto.

—Llevad al viejo cristiano a las mazmorras y dadle de comer y beber, no lo maltratéis... ¡Tú, decurión! Ve y trae a mi presencia al soldado que dices que sanó este y manda a tus hombres a que quemen incienso a los dioses; quien se niegue que sea ejecutado rápidamente y en secreto; y esto va por ti también, sacrifica a los dioses en el ara del Pretorio. Ahora, tráeme antes a este soldado y venid adentro, quiero interrogarle.

Paulino no quería nuevos problemas al ver a algunos de sus hombres convertirse en cristianos; existían ya serias amenazas de amotinamiento de la población por la aún incipiente hambruna y por el regreso del rapaz Maximino.

El cruel gobernador se dirigió a la amplia estancia que servía para recibir audiencias y se sentó en su silla curul, pensativo por lo que acababa de oír.

El centurión Casio y Aurelio se presentaron ante él con el soldado presuntamente sanado de la peste por Antonino, le saludaron con el brazo en alto.

Paulino se incorporó sobre su silla e interrogó a su hombre con ojos suspicaces.

—Así que tú eres el que ha salvado el viejo cristiano de morir por la plaga... Habla, soldado, no temas.

—Mi noble señor, lo único que yo sé es que estaba muy enfermo, con fiebres y delirando y que el tal Antonino, al que llevábamos a tu presencia, me dio de beber y mojó mi frente, esto me alivió y sané y sigo vivo.

—Dime, ¿crees tú que fue el viejo quien te sanó?

—No lo sé, mi noble señor.

El receloso gobernador se dirigió entonces al decurión Aurelio.

—Dime, decurión, ¿crees que este Antonino embrujó a tu hombre y después simuló su sanación para salvarse?

—No sé decirte, mi noble señor; lo único que creo es que no es el

peligroso agitador y criminal del que te informaron los frumentarios, es un hombre justo y bueno.

—¿Crees tú que este había contraído la plaga? ¿No serían unas simples fiebres inofensivas provocadas por las recientes nieves?

El atribulado oficial estaba en apuros, los oscuros ojillos del malvado gobernador se clavaban en él, mientras el duro centurión Casio le observaba de soslayo. Contestó a su señor negando con la cabeza.

—MI señor, no sé decirte... Solo sé que este estaba muy enfermo y que temíamos por su vida, y que por la mañana estaba en pie y con muy buen ánimo.

—Está bien... ¡Retiraos! ¡Casio, trae al viejo a mi presencia!

El centurión, a su orden, sacó de la cárcel a Antonino y lo llevó delante del gobernador Paulino, quien se revolvía nervioso y contrariado en su sitio.

Al verle, el gobernador se levantó y extendió su brazo para señalar a Antonino.

—Dime, cristiano... ¿tú tienes el poder de curar a los enfermos?

—Yo no tengo ningún poder, gobernador, todo está en manos de Dios.

Paulino bajó los escalones que le separaban del viejo y empezó a dar vueltas a su alrededor, hablándole sin mirarle.

—¿De “Dios”? ¿De qué dios...? ¿Quién es tu dios, cristiano? ¡Habla!

—El verdadero, el único Dios vivo, el que perdona todos tus actos.

El gobernador se detuvo y acercó de forma súbita y amenazadora la cara a la de Antonino

—¡Cuidado, viejo insolente! Te recuerdo que tengo poder para matarte.

Antonino le habló mansamente pero le miró a los ojos con valor.

—Como le dijo el Señor a Poncio Pilato, allá en Judea, tú no tienes poder sobre mí si no se te hubiera concedido desde lo alto.

—¡Basta viejo! Conozco esa fábula, cuentos de viejas. Adoráis a un hechicero entre los judíos que fue traicionado por su propio pueblo y acusado de sedición a Roma y llevado a la cruz. Jamás resucitó de entre los muertos, su cuerpo fue robado y así ha ido creciendo esta peste vuestra que atenta contra el poder de Roma, contaminando la cabeza de buenos ciudadanos, negando la autoridad del Estado, predisponiendo a los esclavos a la revuelta y enfadando a los dioses.

Antonino no le respondió. Cabizbajo, estaba ya preparado para afrontar su fin. Ya era viejo, no le importaba.

Sergio Paulino agarró al anciano por el brazo.

—Ven conmigo, viejo.

Paulino llevó, o más bien arrastró, al anciano al aposento donde se encontraba postrada su hija Livia, quien deliraba próxima a su muerte.

La afligida esposa del gobernador miró a Antonino con respeto y temor. Una mirada de desesperada súplica se reflejó en los ojos de la bella señora de la casa.

El gobernador ordenó salir a los esclavos del aposento con una nerviosa palmada y señaló a su hija.

—Anciano, invoca el poder de tu dios y salva a mi hija.

—Gobernador, yo no puedo invocar el poder de Dios, ni tengo yo poder en mí mismo para obrar ningún prodigio; Él dispone, si tu hija ha de morir o sanar será su voluntad.

—Tú sanaste de la plaga a aquel soldado...

Antonino negó con la cabeza, pues el romano le pedía que obrara un milagro. Él mismo no comprendía como aquel soldado pudo sanar de la peste. Quizá Dios quería que estos romanos se convirtiesen a la verdadera fe y ponía a prueba la del mismo Antonino, o quizá el soldado sólo estaba enfermo de unas fiebres de invierno... quizá. Solo Dios lo sabía.

—Gobernador, impredecibles son los designios de Dios, solo puedo orar por la salvación del alma de tu hija, no tengo ningún poder de sanar.

—Si mi hija muere, tú morirás entre horribles suplicios, cristiano.

Antonino cogió un trapo, lo mojó en el agua de la palangana de bronce del suelo y refrescó la sudorosa frente de Livia. Se arrodilló a su lado y oró.

Suplicó a Dios en su interior, no por salvarse a sí mismo, sino por salvar la joven vida de la muchacha. Recordó su alforja. Sí, lo intentaría, confió en el Señor.

—Necesito el vinagre y las hierbas que llevaba en mi alforja.

—Salva a mi hija, Antonino, y te liberaré y te haré rico.

—Gobernador, no tientes la voluntad de Dios, no está en mi mano sanar a tu hija ni a nadie; deberías abandonar a tus ídolos y orar tú también al verdadero Dios, solo la fe puede salvarnos del fuego eterno del infierno.

—Tú arderás en el fuego aquí en la tierra si mi hija muere, Antonino.

—Estoy preparado para mi muerte, gobernador. Soy ya demasiado viejo, oraré por la salvación del alma de tu hija y de ti mismo.

El centurión Casio irrumpió en el aposento.

—Mi noble señor, hay disturbios en la ciudad. Los llamados cristianos son sacados de sus casas y asesinados por la plebe, les culpan de la plaga. También los judíos son perseguidos y muertos.

Antonino se turbó al oír las palabras del centurión, llevándose las manos al rostro.

Paulino daba órdenes con decisión a su oficial de mayor confianza, aunque en esos días era un hombre cruel y acobardado que intentaba sobrevivir agradando a la bestia que el ejército de Germania nombró César, en otro lejano tiempo él había luchado valerosamente durante su juventud en la guerra y estaba acostumbrado al mando de hombres.

—Saca a tus mejores hombres y reinstaura el orden. Prended a todo aquel que sea sorprendido robando y saqueando, y también a los cristianos que sean perseguidos: mételos a todos en la cárcel y mata a los que se resistan. Ya decidiré qué hago con ellos; tráete una guardia de dos hombres para que guarden la entrada del aposento de mi hija esta noche y para que vigilen al cristiano, pero que no le molesten, ¡ah!, y traedle su alforja, dice que necesita el vinagre y las hierbas que me mencionó el decurión.

—Como ordenes, mi noble señor.

El centurión desapareció y Paulino y su esposa observaban a Antonino rezar en silencio junto a su moribunda hija.

Los cristianos capturados eran tan numerosos que las mazmorras del gobernador no fueron suficientes para albergarlos; se decidieron a encerrar al resto —hombres, mujeres y niños— en la arena del anfiteatro. No sólo eran aprisionados los cristianos, sino también sus esclavos, de los pocos cristianos que los poseían, pues ellos también toleraban la esclavitud.

Numerosos cadáveres ensangrentados yacían esparcidos por las calles, apaleados o apuñalados por el pueblo enfurecido de Sirmium, enfurecido contra los cristianos, a los que volvían a culpar de sus calamidades. Los dioses, irritados, debían estar castigándolos.

También los judíos de la ciudad, muchos de ellos artesanos y mercaderes, pero también prestamistas que practicaban la usura con desvergüenza, fueron masacrados por sus habitantes, liquidando así las deudas que tenían con ellos.

Orestes se encontraba sentado y magullado con la cabeza entre sus piernas en el borde de la arena del anfiteatro, junto con muchos cristianos detenidos

Habiéndose enterado de la detención de Antonino, se dirigió montado en

su mula junto a otros cristianos de la aldea a la ciudad para seguir la suerte del maestro e interceder ante el gobernador romano por él, pues aún desconocían el decreto de Maximino de perseguir a todos los cristianos, aislados en la, hasta no hace mucho, paz de su tranquila aldea campesina. Creían, en su ingenuidad, que la bondad y tolerancia promovidas por el anterior César, Severo, había acabado con las persecuciones contra ellos para siempre.

Caminaban por el mercado de Sirmium cuando estalló el tumulto y las masacres.

Todo el mundo corría por las calles de Sirmium, y Orestes y sus acompañantes abandonaron sus mulas y alforjas y corrieron a ocultarse entre la muchedumbre del mercado. Un mercader de ánforas de aceite reconoció a uno de ellos como cristiano y entonces se vieron rodeados por la chusma, siendo apaleados y asesinados algunos de ellos; Orestes era sujetado por dos hombres, mientras un tercero le daba puñetazos, para divertirse.

Las tropas del gobernador irrumpieron en la ciudad con su acostumbrada disciplina y violencia. El centurión Casio ordenó a sus hombres avanzar en formación cerrada, con sus ovalados escudos y espadas al frente, sobre el gentío del mercado, golpeándolo y empujándolo sin contemplaciones y avanzando sobre ellos, pisoteaban a los que caían y provocaron una estampida; todo el mundo corrió a ocultarse en sus casas y los mercaderes abandonaron sus puestos, ya que el pueblo conocía la crueldad de su gobernador. Los rezagados y los pocos que osaron enfrentarse a los soldados fueron heridos o muertos; al terminar de despejar el mercado, los hombres de Casio se dispersaron en grupos patrullando por las calles de la ciudad para asegurar el orden.

Algunos saqueadores fueron detenidos, golpeados salvajemente por la tropa y llevados a las prisiones junto a los cristianos que yacían heridos en las calles de la ciudad y que no tuvieron la suerte de escapar a la masacre.

Orestes fue levantado del suelo por dos soldados, quienes le llevaron con brusquedad junto al grupo de cautivos reunido en la plaza del mercado, rodeado por los hombres de Casio, a la espera de ser conducidos a su prisión.

El griego volvía a reflexionar sobre la conveniencia de continuar adorando al Dios de los cristianos, pues en los últimos días esto solo le había dado problemas; además, era un Dios distante que jamás escuchaba sus plegarias ni les protegía, no era diferente a los demás dioses.

Una mujer, acurrucada en el suelo de la arena del anfiteatro donde fueron

después conducidos y confinados, cantaba una dulce canción a su pequeño hijo en brazos y le susurraba cariñosas palabras; el pequeño estaba sin vida y la pobre mujer se había vuelto loca.

Algunos, quizá como él, renegaban de ser cristianos y revelaban su intención de sacrificar a los dioses, si con ello salvaban sus vidas.

Otros les recriminaban, amenazándoles con las llamas del infierno si renunciaban a Dios.

Muchos otros oraban y cantaban, unidas sus manos.

Livia Prócula, esposa del gobernador, yacía arrodillada y lloraba con amargura junto al cadáver de su hija; Antonino seguía con sus rezos, esta vez por el alma de la joven.

Hacía ya años que Paulino tenía amantes entre las más hermosas esclavas de su casa, la favorita era Arsinoe, joven y hermosa egipcia de piel morena, cuerpo voluptuoso, esbelto como una gacela salvaje, y largos cabellos negros como la noche.

Livia Prócula, su antaño virtuosa esposa, aunque ya entrada en años, era aún también muy hermosa y deseable, y al ser rechazada por su esposo, comenzó a frecuentar el lecho del antiguo campeón de la arena de Sirmium, el gladiador Nuba, un gigantesco negro de la lejana e ignota Etiopía, cuyos antiguos amos romanos habían cambiado su auténtico nombre etíope, Arrakhamanni, por el nombre libio de Nuba, debido a que les era difícil de recordar y pronunciar en la lengua de los romanos. Se decía de él que fue un príncipe que escapó siendo muy joven de su país para no ser asesinado junto a su familia por un usurpador. Nuba era desde hacía años un hombre libre y preparador de gladiadores en la casa del orondo Marciano, edil de la ciudad. El negro la penetraba en el lecho en las noches que ella acudía junto a él disfrazada y acompañada de sus más fieles y discretos esclavos, mientras su marido, el gobernador, poseía a la bella sierva egipcia de su casa. Y este lo sabía y toleraba, pues Paulino no se divorciaba de su esposa adúltera por ser su familia una de las más nobles y ricas de Italia, con extensas propiedades en el sur de esta y en Sicilia.

El padre de ella, el noble senador Lucio Próculo Dentato, encumbró a Sergio Paulino al cargo de gobernador de la Panonia Inferior, pues este ya se había casado con la entonces joven hija del senador Próculo en Roma y, pese a pertenecer a la nobleza menor de la provincia Tarraconense, en Hispania, la reputación de Paulino como guerrero en el campo de batalla le precedía;

ascendió de simple tribuno de caballería al mando de una legión como legado, distinguiéndose por su lucha contra los bárbaros en las fronteras del Rin, posteriormente en la guerra civil que se libró en Oriente tras el asesinato de Caracalla, y en la guerra del joven Emperador Alejandro Severo contra los resurgidos persas en Asia.

Todos estos méritos militares le valieron a Quinto Sergio Paulino para ser recomendado al César Severo por su noble suegro para la administración de una provincia cercana a Italia, pues el senador amaba mucho a su única hija y deseaba tenerla cerca de él.

Por esta causa, ambos cónyuges ocultaban públicamente su adulterio, ella por el escándalo, y él por no perder su privilegiada posición.

Pero esta también estaba amenazada por causa de la rebelión del Senado de Roma al nuevo César Maximino, de la que su propio suegro formaba parte, la cual le quitaba el sueño muchas noches. Tal vez sería ya hora de desembarazarse de su vieja esposa, quien se había convertido en la ramera de un liberto negro. Solo la riqueza e influencia de su familia política le frenaba, pues Quinto Sergio Paulino deseaba abandonar el gobierno de la Panonia, tierra a la que odiaba, y ambicionaba ser nombrado senador en Roma.

Quinto Sergio Paulino temía ver rodar su cabeza si Maximino relacionaba la desafección de su suegro con su propia lealtad hacia él.

Paulino se encontraba irritable y ansioso; lo que menos deseaba ahora era que el gigante tracio se volviera a presentar en su ciudad, camino de invadir Italia. Quería tenerlo lo más alejado posible y esperaba que la guerra civil le mantuviera lo suficientemente ocupado como para no pensar en realizar sangrientas purgas de lealtades entre sus altos funcionarios y los nobles de la provincia, a la vez que, sumado al terror que le inspiraba su aspecto de coloso, conocía muy bien su carácter brutal, violento e imprevisible, demasiado aficionado al vino.

Secretamente, el gobernador de Panonia Inferior deseaba que el tracio fuera derrotado y muerto en la guerra civil que acababa de desatarse.

Arsinoe sufría los maltratos de su amo-amante; el gobernador, después de yacer con ella, la abofeteaba con violencia. Pero ella le amaba. Tenía la esperanza y la vana ilusión de que las falsas palabras de amor que él le susurraba en el lecho cuando estaban juntos en la penumbra del aposento tras fornicar con lujuria eran ciertas, y que él se divorciaría de su esposa, la haría libre a ella, y la convertiría en la nueva señora de la casa; solo tenía que

quedarse preñada y darle un hijo varón a su señor.

No obstante, Paulino solía castigar a sus esclavos con frecuencia por la menor de las faltas y Arsinoe, pese a ser su favorita, no era una excepción.

En una de estas palizas, la egipcia perdió el hijo que esperaba en sus entrañas.

Arsinoe era muy hermosa, pero tenía la nariz y el labio rotos por las palizas recibidas y su hermoso cuerpo cruzado de cicatrices de latigazos. Aun así, incomprensiblemente, amaba a su amo y señor y siempre le perdonaba en su interior, al ser secretamente cristiana.

Por fortuna, Paulino ya no la pegaba ni usaba el látigo sobre sus laceradas carnes; quizá la remota llama del amor, solo quizá, empezaba a brillar en el corazón del gobernador.

Pero un nuevo embarazo no llegaba, aunque eso no tenía importancia porque Paulino jamás la haría libre y mucho menos se casaría con ella, ni la convertiría en ciudadana romana, por muchos bastardos varones que ella le diera.

El gobernador irrumpió en el aposento donde yacía ya muerta su hija y, al ver la escena, gritó como un loco y maldijo al Dios de los cristianos; Antonino fue interrumpido en sus oraciones y agarrado por la barba por las fuertes manos de Paulino, que lo levantó del suelo y lo hizo lamentarse de dolor mientras la guardia permanecía expectante.

—¡Maldito perro hechicero! ¡Morirás entre terribles sufrimientos, lo juro por todos los dioses! ¡Guardias!, ¡llevad a este maldito brujo cristiano a la cárcel! Luego le impondré mi sentencia de muerte.

En el anfiteatro, los cristianos cautivos escuchaban a Casio, el centurión.

—¡Cristianos! El noble Quinto Sergio Paulino, vuestro gobernador, en su clemencia y aplicando la ley, os ofrece salvar vuestras vidas y liberaros; solo tenéis que quemar un poco de incienso en el ara del templo de Júpiter. Los que sacrifiquen recibirán un documento con el sello del gobernador que certificará vuestra renuncia a la secta de los cristianos y vuestra adhesión y lealtad a Roma y al César, y que os servirá también como salvoconducto para no ser de nuevo molestados; recibiréis la protección de la ley del Imperio. Los que se nieguen a sacrificar a los dioses serán condenados a muerte.

Un murmullo se extendió entonces entre los cristianos. Las esposas y maridos discutían entre sí y otros se arrodillaron y oraron fervorosamente, viendo su fin ya próximo.

Unos soldados empujaron con sus lanzas a los prisioneros que se hallaban en el centro de la húmeda arena, transformada la nieve derretida en este inicio de la primavera en sucio barro. Los reunían junto a sus compañeros de infortunio situados más atrás, al lado del muro que circundaba aquella; tras esto, a una orden de Casio, uno de los auxiliares trazó una línea con el astil de su lanza en el centro.

—Los que hayan decidido sacrificar a Júpiter y salvar sus vidas, que se pongan a este lado de la raya.

Cuatro familias, con sus hijos, se situaron al otro lado de la línea, los demás, unos sesenta, se mantuvieron en su lugar, dispuestos a dar su vida por su fe.

—¡Bien! ¿Nadie más...? Estos han decidido con sabiduría, ¿qué os sucede al resto, cristianos? ¿No veis que vais a morir por nada?

—¡Nosotros iremos al Paraíso! Para nosotros, los cristianos, la muerte por el Señor es la salvación de nuestra alma. ¡Tú irás al infierno por impío e idólatra! ¡Acepta al Señor, tu Dios, centurión!

—¡Silencio, perro!

Uno de los soldados, a una orden de Casio con la cabeza, se acercó al insolente cristiano y lo derribó de un puñetazo en el vientre y lo dejó sin aliento en la arena, doblado.

—¿Alguien más osa irritarme? Os lo repito una sola vez más... ¿Nadie más desea pasar a este lado de la línea y salvar su vida?

En respuesta, los cristianos se arrodillaron y oraron en silencio.

—¡Necios! ¡Sea pues! Serviréis de comida a los leones muy pronto.

El rugido de las fieras se escuchaba de forma lejana bajo el tablado de la arena.

Orestes, hasta ahora en silencio e inmerso en sus reflexiones, postrado y magullado por la paliza recibida en el mercado, levantó la cabeza de entre sus hombros y se incorporó penosamente del suelo; comenzó a andar de forma lenta y cojeando entre las murmuraciones de sus, hasta ahora, hermanos de fe.

Uno de los cristianos, un hombre corriente de mirada iluminada, se le interpuso.

—¿Qué haces, hermano? ¿No ves que tu alma se condenará para la eternidad si reniegas de Dios? ¡Cobarde! ¡Dios te castigará!

—¡Apártate de mi camino, desgraciado! ¡Tu Dios solo me ha dado problemas!

El iluminado fue apartado de un empujón por el enfadado Orestes y se dirigió al resto de cautivos.

—¡El centurión lleva razón! ¡Vais a morir por nada! ¡Venid conmigo, sacrifiquemos a los dioses de nuestros padres y volvamos todos a nuestras casas! ¡Estúpidos, estúpidos...!

Orestes irrumpió en llanto.

Casio y sus hombres observaban la escena, atentos.

Un anciano de blancas barbas se acercó a Orestes, lo abrazó y lo besó en las mejillas mojadas por sus lágrimas.

—Hijo mío, ¡vete en paz!

Orestes dirigió una última mirada a sus antiguos hermanos de fe y, avergonzado, caminó hacia el otro lado de la línea, la línea entre la vida y la muerte. Él ya había decidido jornadas antes en la aldea, mientras quemaba los cadáveres de su joven esposa e hijo recién nacido.

Casio se dirigió a él y a los demás cristianos que cruzaron la línea.

—Has obrado con sensatez, y vosotros también. No vale la pena sacrificar la vida de vuestros hijos y la vuestra propia por un dios judío de Oriente que no os escucha. Yo he luchado en muchos países lejanos antes de llegar aquí para servir al gobernador. He visto morir a muchos y he visto a los hombres convertirse en sanguinarias bestias y os aseguro que no hay otra vida tras esta. He conocido la muerte de cerca, la maldad y crueldad de los hombres en las guerras, la muerte, el hambre, la codicia y la destrucción... si hubiera un dios justo y bueno que rigiera nuestras obras, todo eso no existiría.

El centurión examinó el rostro de Orestes.

—¡Dime! ¿Cuál es tu nombre y de dónde procedes? Por tu aspecto y por tu acento deduzco que eres griego, no hay muchos griegos en Panonia... ¿No serás tú un esclavo fugitivo?

Orestes mantuvo la calma.

—Yo soy Orestes de Tesalia, pastor de cabras, y soy un hombre libre; vine a Panonia para iniciar una nueva vida, lejos de la peste de mi país. Ahora, la peste, aquí en Panonia, me ha arrebatado las vidas de mi esposa y de mi hijo.

—¡Desnúdate, griego!

Orestes, temeroso, obedeció al enérgico centurión; su cuerpo no presentaba marcas de latigazos, pues su antiguo y buen amo, allá en la lejana Bitinia, jamás le maltrató, ni fue marcada su piel a hierro y fuego al nacer

esclavo en una buena casa, ni su cuello, muñecas o tobillos tenían marcas de argollas de grilletes. No podía ser un esclavo evadido de las minas de oro ilirias o de cualquier otra parte, sólo presentaba las heridas de las palizas de los últimos días.

El centurión pareció haberse convencido por las explicaciones del griego y dio órdenes a sus hombres.

—Está bien, Orestes, vístete. Vosotros seis: escoltaréis a estos hacia el templo de Júpiter y os aseguraréis de que sacrifican. ¡Tú!, ve a traer un escriba de la casa del gobernador y que traiga documentos de certificación de sacrificio a los dioses con el sello, y que tome nota de sus nombres para entregárselos después. Quien se eche atrás, lo devolvéis aquí.

El rugido de los enormes leones del Atlas, traídos de la Mauritania, se escuchaba vagamente, bajo los pies de los desdichados cristianos. Las fieras se revolvían hambrientas e inquietas dentro de su cubil. Llevaban una semana sin ser alimentadas.

Capítulo IX

LA MARCHA

El graznar de los cuervos rompía el silencio en la nublada mañana panonia.

Los romanos no habían vuelto a ver el sol desde hacía demasiadas jornadas.

Las trompetas de guerra sonaron y los cuervos levantaron espantados el vuelo; los silenciosos legionarios, ya armados y formados, esperaban la arenga del Emperador.

Delante de ellos, los portaestandartes ataviados con pieles de fiera con las águilas de las legiones —entre ellas, la de la vieja legión donde Marco Valerio se hizo un hombre y donde aprendió a ser un temible combatiente, la II Parthica— los tribunos y centuriones de las legiones y, enfrente, la guardia pretoriana, mandada por el tribuno Cayo Avidio Sura y su lugarteniente, el centurión Marco Valerio Celer.

Sobre un tablado elevado y protegido por los escudos de sus guardias germanos, con su coraza musculada, grandes grebas de bronce en las piernas, su casco con penacho al brazo y gran capote oscuro, con una piel de lobo sobre sus anchos hombros, se hallaba el gigante de Tracia, flanqueado por su hijo Máximo y por los silenciosos legados de las legiones, con todas sus armaduras y armas. Miraba, amenazador y de pie, con su manaza en el pomo de la envainada espada a sus soldados; una gran corona de hojas de oro rodeaba su cabeza.

Las trompetas dejaron de sonar y los hombres, desenvainando al mismo tiempo las espadas, las levantaron en alto.

—¡Salve, dios Maximino! ¡Salve, César!

El gigante alzó su gran brazo, con la palma de la mano extendida al frente y ordenó silencio para empezar a arengar a los hombres con su terrorífica y atronadora voz.

—¡Legionarios! ¡Romanos! Tres largos años lleváis conmigo luchando contra los bárbaros en la frontera germana y aquí, en el Danubio, desde que me

erigisteis vuestro César, me habéis seguido en mis victorias contra ellos...

»Sé que estáis cansados y hambrientos, exhaustos de tanto tiempo de lucha, pero unos traidores en Roma, enmascarados por sus togas de senadores, unos criminales que os odian a vosotros por no ser italianos como ellos, que sienten envidia por vuestras victorias, que no han sufrido el frío, las nieves, las tormentas, el barro, la fatiga, las heridas del combate, el hambre, el riesgo de ser muertos o cautivos y las privaciones de las campañas, sentados sus depilados y delicados culos en sus blandos sillones, han elegido, de noche y en secreto, a dos infames usurpadores, dos viejas gallinas que se inclinan ante los falos de esas zorras corrompidas del Senado que pretenden destruirnos a vosotros y robaros vuestra justa gloria y el botín que ibais a conseguir tras la batalla final.

Los feroces legionarios exclamaron gritos de rabia e indignación; si hubieran tenido a los miembros del Senado romano y a los usurpadores delante los hubieran despedazado. El gigante alzó la mano satisfecho, ordenando de nuevo silencio.

—¡Legionarios! ¡Mis fieles y valientes soldados! Pongo a los dioses por testigos de que os llevaré a la victoria, entraremos en Roma y os colmaré de las riquezas de esas perfumadas raposas, que os pertenecerán como justo botín y, alcanzada por fin la paz, os subiré la paga a novecientos denarios al año...

Las tropas aclamaron de nuevo a su gigantesco Emperador, eufóricas, y golpeaban los ovalados y rectangulares escudos de madera con sus espadas.

Muy al fondo, lejos de la palabrería de este, el legionario Gannicus se encontraba formado junto a sus compañeros.

—¡Eh, tú, el de delante...! ¿Qué demonios está diciéndonos “el viejo”?

—¡Y yo que sé, galo! No oigo nada.

—Yo he creído escuchar algo sobre un botín, Gannicus.

—Yo he oído algo de algunos denarios que nos van a pagar más.

—También ha dicho no sé qué de Roma...

—¡Bah! Da igual lo que “el viejo” diga, al final, continuaremos bebiéndonos nuestros meados y comiéndonos la mierda de los caballos... ¡Por todos los dioses! ¡La otra noche no se me levantó!

Una gran carcajada resonó entre los soldados, demasiado lejana para ser escuchada por el gigante, quien seguía vociferando su monólogo con su gutural acento bárbaro, solo oído por las primeras filas de soldados.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja! ¿Esa puta desdentada no te la chupó?

—¡Ja,ja,ja, ja, ja,ja, ja! ¡Demasiado vino afecta a tu “espada”, galo!

—¡Gannicus, hijo de Príapo!

—¡Gannicus, el semental de Galia!

El centurión Lucio Felix intervino de forma enérgica, cortando la divertida cháchara de sus hombres, amañazándolos con su gruesa vara de vid.

—¡Cerrad el maldito pico, bastardos hijos de perra, u os pondré a limpiar las letrinas!

Un legionario habló en voz baja, para que su jefe no le escuchara.

—Este está molesto porque perdió dos denarios de plata anoche.

Los demás soldados asintieron lo que decía su compañero de armas, mientras el centurión se alejaba y ponía orden en el resto de sus hombres.

Muchos de los camaradas de Gannicus habían muerto estos tres años. Él, como todos los hombres, acostumbrado a soportar las penurias de la guerra, se evadía en su limitado tiempo de esparcimiento bebiendo en la taberna del campamento para olvidar la pena de haber perdido a sus hermanos de centuria, a los que añoraba.

Cneo, el hijo del carnicero de su remota aldea dálmata, aquel putero incorregible que siempre andaba rascándose sus partes, muerto a lanzazos a orillas del Rin.

Marcelo, aquel hispano loco que fue bandolero, como el mismo Gannicus, y que abandonó su vida de criminal para acabar junto a él en este agujero llamado Panonia, donde perdió su cabeza por la afilada hoja de una falx carpa.

El macedonio Arquelao, timador y embustero, un bucavidas que tuvo que salir corriendo de su país para evitar ser lapidado por el populacho enfurecido, muerto por la gangrena de sus pies, producida por las extenuantes marchas sobre las gélidas nieves del invierno germano.

Boco, un africano del Atlas, cazador de leones en su salvaje país, fue así mismo cazado en aquella emboscada de los bárbaros en los pantanos, donde estuvieron a punto de ser todos masacrados, muerto en combate al proteger a ese perro del centurión Felix. Sería estúpido...

Y tantos otros, cuyos nombres ya no recordaba, pero sí les recordaba Gannicus a ellos alegres, bebiendo con él en la taberna y ganándole a los dados.

Gannicus miraba a sus camaradas, los odiaba, a muchos les rompería el cuello, pero eran su familia, tan granujas y valerosos como él, y agradecía a

los dioses que su culo estuviera protegido por alguno de estos en la batalla.

Los legionarios siguieron murmurando entre ellos, pues eran muy aficionados a contar chismes y rumores.

—Sí, y más por pagárselos a ese pretoriano, Marco Valerio Celer. Dicen que se odian a muerte.

—En efecto, Tiberio, algunos me han contado que todo viene de cuando el pretoriano le robó a una puta germana en la frontera del Rin y que ella le prefirió a él.

—Seguro que a ese perro no se le levantaba por el vino, y la puta se largó con el pretoriano.

—Yo he oído a uno que también estuvo con esa puta que ella le contó que el pretoriano la tenía más grande y la hacía gozar.

—Yo he oído, además, que la puta germana no le cobraba por chupársela y fornicarla, de lo satisfecha que la dejaba y que también quiso pescarlo como marido.

—Sí, nuestro amado centurión está escocido y furioso porque el otro le robó la mujer, que lo prefería a él; solo le faltaba tener que pagarle los dos denarios de plata porque también le dio una paliza a su galo preferido.

Gannicus se enfureció, a riesgo de ser oído por el cruel centurión Lucio Felix; su compañero en la fila tuvo que sujetarle para que no se lanzara contra el incauto legionario que dijo este comentario de forma jocosa.

—¡Ten cuidado, hermano, con lo que dices! ¡Cuida tu lengua o te la arrancaré y te la meteré por el culo! A mí nadie me dio una paliza anoche, le dejé ganar.

—¡Maldito bastardo! Aposté por ti, galo, por tu culpa no pude ir de putas anoche.

—Tranquilo, nómada del demonio, ya te romperé yo tu negro culo con mi gran verga celta.

Las risas de los hombres volvieron a interrumpir la animada charla y cesaron de inmediato cuando, de nuevo, el centurión prestó su atención al pelotón.

—¡Callad, hijos de perra u os partiré la espalda a palos!

Mientras, el Emperador seguía vociferando tonterías para continuar ganándose el favor de sus hombres, Marco le escuchó preocupado, pues una cosa era arrasar los campos y pueblos de los bárbaros y matarlos, y otra, muy distinta, dirigirse a Italia y a la mismísima Roma y sembrar la misma

destrucción y desolación; el pueblo romano jamás les perdonaría ni olvidaría, si algún día eran vencidos.

Este loco les llevaría al abismo, quizá era ya hora de mandarle al infierno. Solo el apoyo de la mayoría del ejército y la férrea lealtad de sus germanos impedía que los pretorianos, a su mando o sin él, se levantaran y lo eliminaran; los bárbaros contraatacarían, y esta vez más fuertes aún, a un Imperio debilitado, mientras ellos, los romanos, se estarían matando en otra estúpida guerra civil.

Pero el tracio prometía gloria y, sobre todo, botín y riquezas a sus feroces hombres, quienes le escuchaban exaltados, aún le amaban.

—¡César! ¡César! ¡César!

Marco dibujó una tímida sonrisa en su semblante, pues el cerdo de Maximino no iba a ser tan obtuso, después de todo, pero lo cierto es que este estaba en una delicada situación al frente de unas tropas, que, si bien aún leales, cansadas y deseosas de botín, podían liquidarle a él, Maximino, y a su hijo Máximo, si el temido amotinamiento estallaba; sólo hacía falta que un traidor entre sus oficiales se pusiera al frente de la revuelta, pero estos temían a Maximino, por ahora. Después de esta arenga, ponerse al frente de un intento de amotinamiento era una muerte segura.

Entonces vino la actuación final; el bárbaro no era tan tosco y primitivo como parecía.

Entegó su yelmo a su hijo Máximo, se puso las manos sobre la cabeza, se sacó la dorada corona y la elevó sobre sus hombros.

—¡Legionarios! ¡No soy digno de ser vuestro César! Si me lo pedís, renunciaré a la púrpura imperial y volveré a los cuarteles, a compartir el grano con vosotros y a luchar y a morir a vuestro lado... ¡Aquí tenéis la corona, símbolo de mi autoridad y poder como príncipe de los romanos y pontífice máximo de los dioses, aquí tenéis este pedazo de oro, la corona que os pertenece a vosotros, mis valientes soldados, que arrojo a vuestros pies, como el primero del mucho oro que os daré!

El gigante arrojó la corona al barro a los pies de sus tropas; esto fue demasiado para la excitada soldadesca, que vitoreó aún más a su Emperador.

—¡César! ¡César!

Y las espadas y lanzas volvieron a golpear los grandes escudos con gran estrépito.

Los legados de las legiones se miraron unos a otros, inquietos, y los

guardaespaldas germanos se pusieron alerta, mientras los pretorianos miraban la corona tirada sobre el sucio barro, y Marco se preocupó. Cualquier gesto podía significar el caos y un baño de sangre.

Avidio Sura permanecía expectante, la corona se hallaba posada en el suelo enfrente de él. Era su oportunidad, aun arriesgando que una lanza le atravesara la espalda.

El tribuno de los pretorianos recogió la corona del barro antes de que nadie pudiera reaccionar y, rápidamente, ante la sorpresa de todos, incluyendo al gigante que desenvainaba su espada, se la ofreció en alto a este, a Maximino el Tracio.

—¡Tú eres nuestro noble y divino César, Cayo Julio Vero Maximino Augusto Germánico, hijo de Júpiter...!

Los vítores de los hombres y el entrechocar de armas volvieron a sonar como truenos bajo los plomizos cielos de Panonia cuando el gigante tomó la dorada corona de las manos de Sura y se volvió a coronar a sí mismo, alzando su enorme cabeza, orgulloso.

Sura, sabiendo que Maximino tenía el temperamento de una bestia salvaje, temía aún así por su vida, por tal causa le aclamó con otro nombre añadido para adularle, refiriendo su gran victoria contra los belicosos sármatas; alzó su espada a los cielos.

—¡Salve invicto César! ¡Salve Cayo Julio Vero Maximino Germánico Augusto Scythico!

Los legados que estaban tras el Emperador le imitaron, vigilados por el terrible Donnar y sus germanos.

—¡Salve, dios invicto!

Unos sacerdotes, con mantos blancos y la cabeza cubierta, trajeron un enorme buey y lo degollaron frente al tablado sobre el que se encontraba el gigantesco Emperador en pie; tras cortar su vientre para sacar y observar sus humeantes y pestilentes entrañas con sus propias manos, miraron a Maximino y asintieron. Todo estaba planeado. La puesta en escena, aunque ya era habitual en el ejército, moralizaba a las tropas, pues los aguerridos legionarios siempre eran muy supersticiosos.

—¡Los dioses te son propicios, oh, noble César! ¡Tuya será la victoria!

Las aclamaciones de las tropas resonaron una vez más como un poderoso trueno, volviendo a ocasionar un gran estruendo con sus armas de forma masiva.

—¡Salve, César! ¡Salve, César!, ¡Salve dios Maximino!

Las trompetas de guerra volvieron a sonar.

El ejército iba a iniciar la marcha hacia Sirmium, para requisar ganado y aprovisionarse de víveres.

Avidio Sura se desató las amplias carrilleras del casco y se lo puso al brazo. Sus hombres le miraban perplejos, pues no esperaban ese espectáculo por parte de su comandante; los pretorianos odiaban a Maximino y pensaban en eliminarle. Quizá el tribuno Sura debía ser neutralizado también. Ya no confiaban en él.

Marco le puso la mano en el hombro, deteniéndolo cuando se disponía a organizar la marcha de sus hombres.

—Cayo, mira a los hombres... esto no era necesario, ellos confiaban en ti, ahora no saben qué pensar; no aprecian al tracio.

—Maximino quiere mi cabeza, lo sé... desea devolvernos a todos al ejército. Sólo intento sobrevivir y ganarme su confianza de nuevo, pero di a los hombres que no se inquieten, mis planes no han cambiado, solo que aún no es el momento; el tracio tiene demasiados apoyos todavía entre las legiones. Dejemos que el tiempo transcurra, Marco, ya nos encargaremos de él y de su hijo.

—Comprendo, tribuno. Hablaré a los hombres luego, pero me preocupa que ese loco invada Italia hasta Roma y siembre la misma muerte y destrucción que sembramos en las tierras bárbaras. Seremos maldecidos eternamente y si nos vencieran no podremos esperar clemencia. Tenemos que actuar pronto y eliminarle a él y al mequetrefe de su hijo o será demasiado tarde.

—Ten calma, centurión, hay que esperar. Invadiremos Italia por los Alpes Julianos y eso significa asediar las murallas de Aquilea, leal al Senado, eso nos frenará de momento. Un asedio largo generará descontento entre las legiones, entonces ése será nuestro momento de actuar. Sé paciente, Marco.

Un guardia germano se presentó frente a ellos, los pretorianos le miraron con odio.

El soldado saludó a Sura, brazo en alto y habló el latín con su acento germánico.

—Tribuno, el César te manda llamar, ven conmigo.

Cayo Avidio Sura se inquietó, Marco intervino.

—¡Iremos contigo, Cayo, con los hombres!...

El germano le interrumpió bruscamente, apartándolo con un empujón
—¡Sólo él, centurión!

Marco Valerio, feroz veterano de las legiones y temible pretoriano, empujó a su vez al germano con violencia y este cayó al suelo; el soldado se levantó con su espada en la mano, pero Marco también desenvainó rápidamente y puso la punta de la suya en la garganta del germano, quien soltó su arma.

—Adelante, perro de Germania... ¿Quieres matarme? ¡Recoge tu espada, cerdo! La mía está bañada con la sangre de muchos de tu raza, demasiados para que puedas contarlos... ¡Por Cástor y Pólux que te rebanaré el cuello, hijo de perra! ¡No oses tratar de forma insolente a un romano, bastardo, o te mandaré con tus dioses de mierda!

Marco estaba fuera de sí, una furia asesina que le había salvado la vida numerosas veces en Asia, Britania, Germania, y ahora en la fría Panonia; el germano ya se veía muerto, con sus azules ojos abiertos por el terror.

Avidio Sura le detuvo, agarrándole del musculoso antebrazo.

—¡Basta, Marco! ¡Centurión, detente tu espada! ¡No me ocurrirá nada! Maximino teme a los pretorianos. ¡Vámonos, soldado!

El comandante de los pretorianos marchó, acompañado por el guardia germano, quien volteaba la cabeza y miraba a Marco con una mezcla de odio y temor.

El rudo centurión escupió en el barro como respuesta a las torvas miradas del germano.

—¡Se acabó el espectáculo, pretorianos! ¡Tranquilizaos!

—¡Estamos contigo, Marco! ¡Tú eres nuestro jefe ahora!

—¡El tribuno es nuestro comandante, hombres! Yo soy su segundo al mando, nunca lo olvidéis. Sura sigue siendo uno de nosotros, nuestro tribuno... ¡Confíad en él!

—¡Levantémonos, Marco, acabemos con ese bastardo tracio y con la zorra de su hijo!

—Cuidado, pretoriano... La traición se paga con la muerte y hay demasiadas orejas por aquí. ¡Vamos! ¡A vuestros caballos! ¡Preparaos para partir!

Maximino se hallaba en su tienda de mando, junto a su hijo Máximo y sus generales, examinando un gran mapa de papiro representando a Italia sobre la mesa; debido a su portentosa estatura, debía encorvarse mucho para mirar.

El desconocido del manto oscuro que llegó por la mañana se mantenía en discreto segundo plano, entre las sombras, con su cabeza cubierta.

El guardia germano saludó al Emperador brazo en alto.

—Salve, noble César, el tribuno de los pretorianos, Cayo Avidio Sura.

Sura saludó, también brazo en alto, con su casco de encarnado penacho bajo el brazo contrario.

—¡Salve, noble César!

El gigante levantó la cara del mapa y miró al tribuno como a una cucaracha a la que iba a aplastar.

—¡Ah, el tribuno de los pretorianos! ¡Bien, bien! ¡Acércate, tribuno!

Sura avanzó unos pasos y se mantuvo firme y expectante, clavando con valor su mirada en la del gigante, quien señaló al desconocido de las sombras.

—Este es Sexto Tulio Graciano, centurión de los frumentarios.

El siniestro personaje se dejó ver desde la penumbra de su rincón, descubriéndose su pelada cabeza.

Cayo Avidio Sura conocía a esta rata. Era el responsable de la red de espionaje del tracio. Seguía al ejército con sus hombres y tenía informadores, debidamente recompensados, que delataban a enemigos políticos del Emperador entre la nobleza de las provincias que arrasó, quienes acababan, una vez detenidos e interrogados, sometidos a rápido juicio por traición y decapitados u obligados a suicidarse, o en el mejor de los casos, desterrados a lejanos territorios; sus propiedades y fortunas eran confiscadas y su familia solía seguir su suerte. Un comentario inoportuno a merced de oídos equivocados podía significar la sentencia de muerte de quien lo pronunció.

Pero sus tentáculos no se limitaban a las provincias, al lado del Emperador en campaña, pues recibía también informes periódicos de sus agentes en Roma; el general Quieto, cónsul de Roma y esposo de la bella Julia Terencia, fue ejecutado bajo la acusación de traición, gracias a los informantes de Graciano, y su bellísima viuda, desterrada a la fría y gris Panonia.

También era Graciano el responsable de descubrir y prender a los líderes cristianos.

Ambos hombres se saludaron con una leve inclinación de cabeza.

El gigante fingió estar de buen humor.

—¡Ah, tribuno! Obraste bien ahí afuera... He estado a punto de matarte por mi propia mano, pero tú eres sin duda un hombre inteligente, ¿verdad, pretoriano? ¿Eres un traidor, Sura?

—No, noble César, te soy leal y mis hombres también. Los pretorianos te aman por tus victorias.

Los legados de las legiones que se hallaban alrededor de la mesa miraron a Sura atentamente, habían oído rumores sobre el descontento de los pretorianos.

El pensamiento de la traición crecía cada vez más en sus mentes.

Aun así, las espadas del estado mayor del ejército allí reunido se encontraban en gran inferioridad numérica respecto de las armas de la guardia germana del tracio, que no se despegaba de él.

—Sí... esa corona era demasiado grande para ti, gusano.

Y soltó una sonora carcajada, más de bestia que de hombre.

Los generales fingieron reír la gracia de su, por ahora, Emperador.

El capitán de la guardia germana, Donnar, entró en la tienda con la cabeza del general Publio Sempronio Vindex, legado de la IV Legión Itálica, sujeta por los cabellos; la sangre aún fresca caía desde su cortado cuello hasta la tierra.

Los militares presentes y el propio Sura se sobresaltaron.

—Aquí tienes la cabeza del traidor Sempronio Vindex, noble César, como ordenaste.

—Este no volverá a conspirar contra mí. ¡Buen trabajo, Sexto Tulio Graciano!

El jefe de la policía política asintió con la cabeza, satisfecho de agradecer a su señor.

El gigante habló a su estado mayor, señalando la cabeza cortada y la horrible expresión de la cara del infortunado general Sempronio Vindex, con el rostro cubierto de sangre y los ojos y boca abiertos desmesuradamente por el terror que sintió instantes antes de su ejecución.

—La traición se paga con la muerte, legados, recordadlo bien; este perro mandaba cartas a esa rata inmunda de Pupieno, quien le prometió oro y un puesto en el Senado si me mataba... ¡Llévatelo, germano! Arroja la cabeza a los cuervos, lo primero que picotean son los ojos. ¡Ja,ja,ja, ja, ja!

Los legados le miraron con miedo.

Sura se mantenía en tensión y miraba de reojo a los germanos. Si Maximino intentaba algo contra él, vendería cara su vida.

Maximino le observó con su brutal mirada, con odio. Su gran estatura y corpulencia y el acentuado prognatismo de su mandíbula le daban un aspecto

monstruoso.

A una rápida señal del tracio, unos gigantescos guardias germanos se arrojaron sobre el tribuno para inmovilizarle y desarmarle, y lo forzaron a ponerse de rodillas.

—Todo tuyo, frumentario.

Tulio Graciano habló al tribuno, exhibiendo un pergamino en su mano frente a su cara.

—Cayo Avidio Sura, tribuno de la Guardia Pretoriana... Mis agentes interceptaron este mensaje escrito de tu mano, dirigido al traidor Pupieno, quien se encuentra acampado en Ravenna; en él le informas que estarás preparado para levantar en rebelión a tus pretorianos y matar a nuestro divino César y al noble Máximo, su hijo, en cuanto el traidor disponga de las legiones procedentes de Hispania y África, que se dirigen ahora hacia Italia por mar y por los pasos de los Alpes.

Sura forcejeaba arrodillado tratando inútilmente de liberarse de los germanos.

Maximino le gritó furioso.

—¡Maldito perro! ¡Pagarás tu traición! ¡Tu cabeza será clavada en una lanza junto con la de Sempronio!

—¡Maldito seas tú, tracio, bárbaro asqueroso! ¡Pronto caerás tú también y los gusanos devorarán tu carne! ¡Todo el Imperio te odia! ¡Cerdo repugnante! ¡Tirano!

Maximino apartó con violencia delante de sí la pesada mesa con los mapas con una sola de sus manos, haciéndola volar a un lado, y se abalanzó como un oso salvaje hacia el tribuno. Acabó con su vida de un gran golpe en la cabeza tan solo con su puño desnudo. Lanzó un aullido enloquecido y hundió la cara del pretoriano en el suelo, asustando también a los soldados germanos que lo sujetaban, quienes se apartaron bruscamente, aterrorizados por la salvaje furia del coloso.

Avidio Sura estaba muerto a los pies del tracio; manaba sangre de una gran brecha abierta en su cabeza. Le había aplastado el cráneo y el cuello de forma brutal y fulminante con su gran fuerza.

Los legados de las legiones se miraron unos a otros furiosos, pero los germanos seguían en la tienda de mando, rodeando a su señor, prevenidos y alerta.

—Cortadle la cabeza y clavadla en una lanza junto a la de Sempronio,

pero antes sacad a esta escoria de aquí. Y que los esclavos limpien toda esta sangre, a la vieja Julia Mamea le hemos ensuciado su alfombra... ¡Ja ja,ja ja,ja,ja!

Los generales rieron forzados la ocurrencia de Maximino.

El reptil de Graciano se acercó para hablar reservadamente a su Emperador.

—Noble César, queda ese centurión de los pretorianos, ese tal Marco Valerio Celer; sin él, ellos serán tuyos.

—Le conozco... Ese perro es un gran guerrero, pero le creo leal, es todo un romano de los pies a la cabeza, aun así manténle vigilado.

—Así lo haré, oh, noble César... Tal vez deberías disolver a los pretorianos y devolverlos a las legiones.

—¿Cómo osas decirme lo que tengo que hacer?

Maximino, debido a su limitada educación campesina, se sentía a menudo en inferioridad con sus interlocutores y se avergonzaba de su acento semibárbaro.

Graciano reaccionó rápidamente, con su instinto de reptil superviviente y adulator.

—Jamás, noble César, tu infinita y divina sabiduría no necesita de los consejos de nosotros, tus humildes y leales servidores, los dioses guían tu mano.

—Eres un perro adulator, frumentario. Sigue arrastrándote frente a mí, sírveme con lealtad y te haré senador, aunque no seas un noble patricio.

Graciano entonces miró a los generales que aún se hallaban presentes, ocupados en recoger los mapas de la alfombra y volviendo a poner la mesa en su sitio para examinarlos de nuevo.

—Tu gratitud me honra, oh, noble César... Guárdate de tus legados, mis hombres les mantienen vigilados.

—¡Basta! ¡Puedes retirarte, Graciano! Y sigue manteniendo los ojos y oídos abiertos.

Graciano se llevó el puño a su pecho de cuero e inclinó la cabeza, que volvió a cubrir con el manto, y se retiró de la tienda.

Maximino se sentó en su silla de hierro, reflexionando y olvidándose de los legados que permanecían de pie, alrededor de la mesa de mando, con los mapas dispuestos sobre ella.

Uno de los generales carraspeó modestamente y con suma cautela se

dirigió al Emperador, pues las reacciones del tracio eran tan peligrosas como las de una fiera acorralada.

—Noble César, disculpas..., discutíamos sobre la ruta a tomar para invadir Italia.

Maximino levantó la cabeza con hastío.

—¡Largaos de aquí! ¡Dejadme solo!

Los legados obedecieron de inmediato, saludando a su Emperador.

Un esclavo probó la gran copa de vino que le ofrecía a su amo.

Maximino calmaba sus ansias en un fuerte vino sin rebajar, pues hacía mucho tiempo, desde su juventud, que estaba entregado a la bebida.

Su guardia germana permanecía aún con él.

—¡Donnar!

El corpulento capitán de su guardia se le presentó de nuevo.

—Escoge a tus mejores hombres y desarma a los pretorianos, mata a quien se te resista y arresta al centurión Marco Valerio Celer.

Donnar sonrió, por fin llegaría la venganza de los germanos contra ese presuntuoso romano que fornicaba a sus mujeres.

—¡Sí, noble César!

Las cabezas de Sempronio y Sura se exhibieron clavadas en lanzas, a la vista del ejército, fuera de las empalizadas. Los negros cuervos comenzaban a picotear los ojos sin vida de ambos.

Los pretorianos se enfurecieron y se alzaron en armas. Mientras el ejército levantaba aún el campamento, Marco asumió el mando y los dirigió contra la tienda de Maximino.

—¡Tracio hijo de perra, pagarás con tu vida esta afrenta! ¡Lo juro por todos los dioses!

La tropa germana avanzaba contra ellos a la carrera, en perfecta formación, como habían sido instruidos por los romanos.

Empezó el violento choque y los combates entre los guardias germanos y los pretorianos. Los legionarios de las inmediaciones se sobresaltaron, perplejos, al ver cómo estos se mataban entre sí, lanzando juramentos a los dioses e insultos; el alboroto era demasiado grande para que le pasara inadvertido a todo el ejército, pues lo que debió ser la sumisión total de los pretorianos fue en realidad una batalla campal dentro del propio ejército romano que estaba dispuesto ya a iniciar su marcha.

Fue una torpeza por parte del gigante de mostrar la cabeza del tribuno

Sura clavada en una lanza a la vista de todos, pero los pretorianos no se hubieran rendido, en cualquier circunstancia, sin luchar.

Gannicus observaba la escena sorprendido con sus camaradas de armas.

Ellos, legionarios de la IV Legión Itálica, cuyo mando heredó el infortunado general Vindex de Maximino cuando este fue proclamado César por el ejército y los pretorianos, reconocieron en una de las sangrientas cabezas empaladas frente a las empalizadas y terraplenes, la de su legado, y se enfurecieron también, pero dudaban e ignoraban quién le había matado, pues la inaudita batalla que se libraba ante sus ojos entre los odiados pretorianos y los no menos despreciados germanos les confundía, y no sabían la causa, ya que la cabeza de Sura estaba destrozada y su cara irreconocible para ellos, medio devorada por los cuervos.

Muchos de ellos, sin embargo, ya sabían que el general Sempronio Vindex había sido ejecutado por Maximino, y en otras circunstancias esto hubiera significado la muerte violenta del Emperador, pues cada legión veneraba dos cosas: a su águila sagrada y a su legado. Solo las promesas de mucho más oro y botín hechas por el tracio dividían a los hombres de la IV.

Marco luchaba con una gran furia al frente de sus pretorianos. Su rostro estaba manchado de la sangre de sus enemigos muertos, que caían delante de él. Los germanos se arrojaban contra el centurión invocando a Wotan, su dios de la guerra, y con Wotan fueron enviados, segadas sus vidas por su mortífera espada. Aun así, estos germanos, escogidos entre los veteranos auxiliares de las legiones de Roma, eran guerreros extraordinarios de gran poderío físico; pero los guardias pretorianos eran aún más diestros y temibles que ellos, escogidos entre la élite de cada legión.

Numerosos cadáveres destrozados de ambos bandos bañaron el barro de sangre y lo cubrieron de cadáveres, vísceras y miembros amputados.

Los germanos que acosaban a Marco empezaban a retroceder asustados, ahora eran ellos los que luchaban por sus vidas para salvarse del iracundo romano y de sus feroces pretorianos, quienes invocaban a Marte, el dios romano de la guerra, y lanzaban juramentos contra sus enemigos y sus madres, llamándolas ramera y a ellos bastardos.

Marco, tras arrojar su escudo inutilizado al llevar clavadas tres lanzas enemigas, luchaba con su espada en una mano y una lanza germana arrebatada a un cadáver en la otra, para abrir los vientres de sus enemigos, destrozarse sus cotas de malla y corazas de escamas, atravesar caras, cuerpos y testículos, o

cortar gargantas y brazos. Su rostro y su armadura se cubrieron con la sangre de los otros; pisoteaba sus destrozados cadáveres.

Un germano, de nombre Recimer, corrió hacia él con furia asesina blandiendo su larga espada, pero Marco le arrojó la lanza que llevaba, cosa que hizo al germano protegerse instintivamente y de forma eficaz con su ovalado escudo, pero cayó de espaldas sobre el frío barro debido a la potencia del impacto del arma, que quedó clavada en la madera. Fueron sus propios camaradas quienes lo pisotearon al huir en desbandada de la ira asesina de los romanos, antes de que pudiera arrojar el pesado escudo a un lado y levantarse.

—¡Huid, malditos bárbaros del infierno! ¡Id a esconderos detrás de vuestro tracio!

—¡Mujerzuelas! ¡Id a que os meta la verga por el culo! ¡Os paga bien por chupársela, hijos de perra!

—¡Corred, perros!

Los hombres de Marco celebraban entre burlas la retirada de los germanos, alzaban sus armas bañadas con la sangre de sus enemigos en señal de triunfo.

Marco, sudoroso y ensangrentado, seguía alerta.

El gigantesco Donnar hizo su aparición. Agarró a sus hombres que huían del demonio Marco Valerio, les chilló en su salvaje dialecto del Rin y los golpeó con furia.

—¿A dónde vais, perros cobardes? ¡Volved a la lucha!

—¡Este romano es un demonio del infierno, mi señor, no es un hombre!

—¡Malditas ramera! ¡Este no es menos mortal que vosotros, idiotas! ¡Su sangre es tan roja como la vuestra!

Donnar apartó ahora a empujones a sus atemorizados hombres y se enfrentó al feroz Marco, quien en ese momento esperaba a su enemigo con la mirada torva y su rostro, armadura y espada bañados en la sangre de los germanos.

El pretoriano se quitó el casco, pues la sangre de sus enemigos le resbalaba por él hacia la cara, cegándole.

—Te dije una vez que te mataría, perro pretoriano... Te cortaré la cabeza y el falo y me cagaré sobre tu cuello, y le ofreceré tu sangre a Wotan.

Marco le arrojó otra lanza, que casi derriba al gigantesco Donnar, clavándose en su escudo.

—¡Basta de palabrería, hijo de perra! ¡Si tanto te gusta mi verga, ven a por ella! ¡A la puta de tu madre le encantaba!

Donnar, furioso, tiró su inutilizado escudo y su espada y sus hombres le arrojaron una gran hacha, que el sugambro cogió al vuelo y empuñó a dos manos.

El germano atacó al pretoriano con grandes alaridos, a la manera bárbara y fuera de sí, totalmente enloquecido por el odio que sentía por este, pues antes de luchar para Roma, este descomunal bárbaro, originario de las remotas costas del Mar Germánico, luchó contra ella.

Le irritaba que el romano se acostara con las mujeres de su raza y tenía pendiente con él la vieja cuenta de Mogontiacum, cuando este mató al cornudo marido de aquella ramera germana.

El germano levantó su enorme hacha a dos manos sobre su cabeza para partir en dos a Marco, pero este aprovechó su desprotección y le lanzó su casco de hierro con fuerza, que impactó violentamente en su cara, hiriendo al bárbaro y aturdiéndolo. Marco atravesó sus costillas de una veloz y potente estocada, que hizo saltar los anillos de hierro de su cota de malla. Cayó abatido, de rodillas y con la espada clavada, frente al romano. Soltó la gran hacha de sus manos, manaba abundante sangre de su boca y se sentía morir, con sus azules ojos abiertos desmesuradamente por el terror de la muerte y luchando por respirar.

Marco cogió el hacha del suelo.

—Vamos, vamos, deberías estar alegre, bastardo, vas a reunirte con tus dioses...

Marco levantó el hacha y le golpeó con suma violencia en su cabeza aún protegida por su casco de bronce, rematándolo.

Marco, el romano, también sabía matar como un bárbaro.

El gigantesco germano quedó muerto de rodillas, con la espada romana clavada entre sus costillas y con el hacha atravesándole su casco y cabeza, partidos por la mitad hasta el centro de los ojos, y con sus sangrientos sesos desparramándose sobre su rostro.

Marco lo tiró al suelo de una patada en el pecho, desclavó su espada del cuerpo, mientras miraba a los asustados germanos que retrocedían atropelladamente frente a él.

—¡Perros germanos! ¡Deberíais cambiar el bronce por el hierro sobre vuestras necias cabezas!

Sus hombres rieron con grandes carcajadas la burla de su comandante.

El germano que antes le había atacado y había salvado su propia vida gracias a su escudo, de nombre Recimer, le miró aterrado, pero se hallaba dispuesto a vender cara su vida frente a los pretorianos, abandonado por sus camaradas en su precipitada retirada.

Los alborotados legionarios se mantenían expectantes y dubitativos, sin que nadie les guiara con órdenes ante esta situación; no entendían qué estaba sucediendo y a quién debían apoyar.

—Nuestro legado ha sido asesinado por el tracio, apoyemos a los pretorianos y vengemos esta afrenta.

—¿Y qué hay del oro y el botín que perderemos si nos levantamos contra “el viejo”?

Por fin, los centuriones aparecieron en medio de grandes gritos, dando órdenes y golpes de vara a sus hombres; entre ellos estaba Lucio Felix.

—¡No os quedéis parados como estatuas, estúpidos! ¡Apoyad a los germanos! ¡Estos perros pretorianos han intentado acabar con la vida de nuestro César!

Gannicus fue golpeado en la espalda con la vara de vid de mando por el centurión Felix. Se giró hacia él, le miró el rostro con furia y le rompió el cuello con sus manos como a un ganso, pues esta era ya la última afrenta que recibía de Lucio Felix. Después blandió una jabalina y se la arrojó al otro centurión que seguía hablando a sus hombres, ensartándosela en la boca, matándolo, y desenvainó su espada para ponerse al lado de Marco.

—¿No ibas a pensar que te iba a dejar solo en esto, después de lo que hiciste por mí, eh, pretoriano? Dije que te iba a servir y lo juré por la memoria de mis antepasados.

Marco estaba perplejo y maravillado a la vez por el valor y la estupidez del celta.

—Maldito galo necio y cabeza hueca... ¡Acabas de sellar tu fin tú también como nosotros, estúpido!

Los legionarios, aún sorprendidos, se miraron unos a otros.

—¡Gannicus! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué te han echado en el vino? ¡Vuelve con nosotros! Estos perros que has matado no eran mejores que estos germanos, nosotros te apoyamos y...

El legionario que hablaba cayó muerto, atravesado en el costado por la espada de otro de los centuriones.

—¡Traidor! ¡Muere! ¡Cualquiera que quebrante la disciplina e incite al motín será también muerto! ¡A las armas y atacad a los pretorianos! ¡Coged vivos a los que podáis! ¡Han intentado matar a nuestro César!

Gannicus gritó de forma salvaje, al ver como su amigo era asesinado.

—¡Tiberio! ¡Hermano mío! ¡Nooooooo...!

Marco esperaba el ataque de los soldados, amenazante.

—¡Venid vosotros también, romanos, que os mandaré al infierno como a estos cerdos bárbaros....!

Las trompetas sonaron. Todo el ejército de Maximino fue puesto en alerta ante la rebelión de los pretorianos, no especialmente populares entre las legiones.

Cohortes de infantería hicieron su aparición acelerando el paso a la carrera y en perfecta formación cerrada de combate. Rodeaban en una gigantesca tenaza al todavía numeroso contingente pretoriano. Los soldados que hasta ese momento se encontraban indecisos ante la confusa situación se retiraron tras sus líneas, entre los gritos y las órdenes de sus centuriones.

Gannicus permanecía alerta, con la desnuda hoja de su espada en la mano y con el escudo de un germano muerto en la otra, al lado de Marco Valerio, dispuesto a luchar y a morir con él.

El centurión de los pretorianos adivinó el siguiente movimiento de sus adversarios.

—¡Pretorianos! ¡Formad la testudo!

Los hombres de Marco, aunque eran muchos, se encontraban en inferioridad numérica; una coraza formada por los grandes y rectangulares escudos curvados en forma de teja formó un impenetrable muro que cubría su frente, flancos y cabezas.

Marco cogió un escudo, agarró del brazo al galo Gannicus y lo llevó entre la testudo para protegerse.

Los legionarios lanzaron sus jabalinas contra ellos, que se estrellaban o se clavaban en los escudos. Algunos de los hombres de Marco cayeron muertos o malheridos, atravesados en sus clavículas, pechos, pies y rostros por las puntas de hierro, pero la mayor parte de ellos seguían en pie, bien protegidos por la formación de testudo.

Los legionarios de las vanguardias desenvainaron sus espadas y empezaron a avanzar contra los rebeldes con sus escudos al frente, cerrando el letal cerco, en forma de tenaza, cada vez más y más sobre ellos.

Los hombres de Marco deshicieron la formación de testudo y formaron un cuadro, cubriendo todos sus flancos; esperaban con torvas y feroces miradas el mortífero choque, el cual auguraba un fatal desenlace para ellos, dispuestos a afrontar su fin, pero no sin antes combatir fieramente, pues tampoco había escapatoria posible y ser hechos prisioneros significaba también una muerte sin honor por ejecución.

Gannicus esperaba también la feroz acometida, invocando a los dioses de la guerra de sus ancestros celtas.

Marco arengó a sus pretorianos con su acostumbrado ímpetu.

—¡Hombres! ¡Manteneos juntos, no rompáis la formación! ¡Aguantad el choque y matad a los que podáis! ¡Ha sido un honor haberos mandado y haber luchado junto a vosotros! ¡Hoy nos emborracharemos todos juntos en el infierno!

Las curvas trompetas de guerra sonaron de forma inesperada para ambos bandos. El avance de la infantería se detuvo manteniendo, no obstante, el cerco alrededor de las fuerzas rebeldes.

Las líneas de legionarios se abrieron, dando paso a la guardia de los germanos, que avanzaban a la carrera en perfecta formación romana, para detenerse frente a los exhaustos pretorianos.

De entre ellos, el gigantesco tracio hizo su aparición frente a los ensangrentados y sudorosos pretorianos. Los miraba con severidad y altivo desprecio desde su potente y aterradora estatura, con su armadura y con los enormes brazos en jarras. Iba, no obstante, bebido.

Los ojos inyectados en sangre de Maximino se fijaron en los del feroz Marco: ambos se clavaron sus miradas. Los germanos protegían con sus escudos a su señor, blandiendo sus lanzas.

Marco escupió al barro saliva con sangre.

De repente, un pretoriano tras la espalda de Marco se dispuso a atravesársela con su espada, pero Gannicus lo advirtió y con un rápido mandoble le cercenó la mano, que cayó al barro, asíendo aún su arma; un chorro de sangre fluyó brevemente como una fuente del amputado muñón del traidor, quien dejó escapar un gran alarido de dolor. El galo le aplastó la cara con un violento golpe de su escudo y lo derribó.

El sorprendido Marco miró al celta, quien recibió un fuerte golpe en la cabeza con el pomo de otra espada pretoriana para caer sin sentido al suelo.

—¡Perros traidores!

Marco atravesó el pecho de otro de sus hombres, quienes pretendían ahora matarle ante la presencia del Emperador para intentar salvar sus propias vidas; atacaron a su antiguo jefe, pero este les combatió a ellos con ira y abatió con terribles heridas de espada a los enemigos que más cerca estaban, los cuales caían degollados o atravesados con las vísceras sobresaliendo de su rota cota de escamas de hierro.

El gigante tracio alzó los brazos, ordenando a los pretorianos que cesaran el ataque contra el enloquecido Marco.

—¡Pretorianos, no le matéis, lo quiero vivo!

El erizado frente de puntas de lanza de los germanos y de las espadas de los pretorianos acorraló al feroz centurión y lo rodeó. Se arrojó una turba sobre él, que lo golpeaba con los escudos y los astiles de las pesadas lanzas. Lo desarmaron, lo inmovilizaron sobre el frío barro y lo redujeron por fin. Lo hicieron prisionero entre maldiciones proferidas por el feroz centurión.

El tracio se aproximó, satisfecho.

Los traidores guardias pretorianos, para salvar su miserable pellejo, alzaron sus espadas al cielo y vitorearon al Emperador.

—¡Salve, dios Maximino! ¡Salve, César!

Maximino, sabiéndose protegido por sus germanos, pero también confiado en su poderosa estatura y fuerza, les dirigió una mirada de desprecio y se puso enfrente del cautivo Marco, que era obligado a arrodillarse sobre el barro por los pretorianos y germanos unidos, se sacó su enorme miembro y orinó sobre su cabeza para humillarle.

Capítulo X

LOS MÁRTIRES

Ha llegado tu hora, viejo.

Aurelio miraba al pensativo y abatido Antonino, que estaba sentado sobre la maloliente y sucia paja de la oscura y lóbrega mazmorra, sembrada por los secos excrementos y orines de sus anteriores inquilinos, encadenado a la pared y acurrucado, con la espalda apoyada contra el muro.

—Estoy preparado, soldado.

—El noble gobernador Paulino ha decretado que seas quemado vivo en el anfiteatro de la ciudad para divertir y aplacar la ira del pueblo.

—Las llamas del infierno, aquí en la tierra, justo castigo para mi falta de fe; ahora me encomiendo a ti, ¡oh, Señor!, te entrego mi espíritu, expiando mi pecado para que me recibas en la otra vida; líbrame también de las llamas eternas, estoy preparado para morir por ti.

—¿Hablas con tu dios, viejo? ¿Él te escucha?

—Él está en todas partes.

Aurelio no deseaba la muerte del viejo cristiano. Durante el viaje a Sirmium su desorientada mente se hacía demasiadas preguntas. ¿Cómo podía ser este insignificante anciano una amenaza para el Imperio? Si era un enemigo de Roma, ¿por qué sanó a su hombre que deliraba por las fiebres y estuvo a punto de morir?

Antonino también le habló de un Dios invisible al que no se le representaba en estatua o pintura alguna, que ordenaba amar al prójimo, perdonar las ofensas y a los enemigos y que prometía una vida más dichosa tras la muerte en un Paraíso, si se había sido un justo en la Tierra.

Aurelio ahora dudaba, él mismo había estado muy cerca de la muerte varias veces en la guerra y la temía; en su simpleza, Aurelio no podía aceptar que era el final de todo y que tras ella no había ya nada, como nada había en los ojos sin vida de las estatuas de los dioses que veneraba, que le miraban con pagana severidad.

¿Cómo podían estos extraños cristianos ser malos? Aurelio sentía lástima por el viejo y sentía curiosidad por su Dios, pero no le dijo nada.

—Puedes salvarte aún, Antonino; sacrifica incienso a los dioses y serás liberado, es la ley, otros muchos lo han hecho ya y son ya libres, y no compartirán su miserable suerte con los demás.

—¿Los demás?

—Cuando las llamas te hayan consumido, porque has de saber que el gobernador ha dispuesto que sean puestas ramas secas en tu pira para que no mueras demasiado pronto asfixiado por el humo, otros cristianos que se han negado a quemar incienso en el ara de Júpiter serán arrojados a los leones.

Antonino se derrumbó, lloraba amargamente, no por él, sino por los demás cristianos condenados también a muerte en el infausto día de hoy.

—¡Sálvate, Antonino! No sabes lo que es morir quemado vivo. El intenso dolor que sentirás en tu carne si no sacrificas a Júpiter en el templo.

—Soldado, el fuego quemará mi carne aquí en la Tierra, pero quemará mi alma atormentada por la eternidad en los infiernos si renuncio a Dios.

Aurelio estaba perplejo, ¿es que no veía este obstinado viejo que iba a morir de una forma dolorosa y horrible? Sólo tenía que hacer una pequeña ofrenda a una estatua de Júpiter y se salvaría.

—¿Dios, dices, viejo testarudo? ¿Dios? ¿Qué dios? ¿Quién es este maldito Dios, Antonino? Este Dios que no va a salvarte y que no te escucha, ¿es que no lo ves? Morirás por nada.

Las dudas de Antonino continuaban asaltando su conciencia, pensó que Aurelio tal vez tuviera razón, este soldado era un buen muchacho. ¿Pero debía él, un viejo al final de sus días, vivir, mientras otros darían su vida con valor y fe en una vida eterna?

Antonino invocó a Dios en su desesperación y duda.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Salva a tu pueblo que te ama! ¡Salva a tu siervo Antonino del fuego! ¡Tengo miedo!

El duro Aurelio se conmovió, pero esto le irritaba y sintió vergüenza de sí mismo por su debilidad.

—¡Basta, viejo! ¡Afronta tu fin con dignidad! Un griego que dice conocerte bien desea verte y despedirse de ti, su nombre es Orestes, ¿le conoces? Este era también cristiano pero él sí decidió sacrificar a los dioses para salvar su vida.

—¡Orestes! Sí, le conozco bien... Pobre muchacho, su falta de fe o su

falta de valor le han salvado.

Orestes apareció entre la penumbra del umbral de la fría mazmorra. Una bolsa con monedas se deslizó en la mano del decurión Aurelio, sus últimas ganancias como fabricante de quesos de cabra que no pudieron robarle.

Antonino alzó la cabeza con sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Orestes! ¡Hijo mío! ¿Cómo tú aquí, en Sirmium?

—No vine solo, Antonino, otros y yo nos enteramos de que te habían hecho preso los hombres del gobernador y que te habían llevado hasta aquí; habíamos venido a suplicarle clemencia por ti.

—¡Mi buen Orestes! Ve en paz, hijo mío, yo ya estoy preparado para recibir la gloria del Señor.

—¡Pero aún no es tarde, Antonino! ¡Sálvate! ¡Sacrifica a los dioses! ¿No ves que así podrás volver conmigo al pueblo, a seguir cogiendo moras en el bosque con el pequeño Marcio, al que le gustan tanto? ¡Sálvate, salva tu vida y vuelve conmigo, Antonino! ¡Sálvate, quema incienso a Júpiter como lo hice yo!

Orestes se turbó. En su acalorada súplica, se le escapó que había renunciado a ser cristiano para salvarse a sí mismo de una muerte horrible; la vergüenza por su cobardía invadió su atormentada alma.

Antonino sonrió con una gran serenidad, como un padre sonríe a un niño que acaba de confesar su inocente travesura.

—Lo sé, Orestes, ve en paz. Dios te perdona y perdona también a los demás.

—¡Nooooo! ¡Antonino! ¡Nooooo!

Orestes sollozó amargamente, arrojándose a las rodillas del viejo obispo.

Aurelio, que había permanecido en silencio y observando la trágica escena, levantó del sucio suelo al afligido Orestes. Se sentía muy molesto, sus propias dudas le atormentaban.

—¡Basta, griego! ¡En pie! ¡Fuera de aquí! ¡Hombres, echad a este de la cárcel!

Los soldados se lanzaron sobre el roto Orestes y lo sacaron de la mazmorra. Lo expulsaron de la ciudadela del gobernador y lo arrojaron con violencia al enlosado de la calle, sobre los orines y excrementos de los animales.

Orestes empezaba a incorporarse lentamente, sucias sus vestiduras.

—¡Eh, griego bastardo! ¡Olvidas esto!

Los crueles guardias se burlaron de Orestes, agitando en el aire un pequeño rollo de pergamino entre grandes risotadas de borrachos mientras se pasaban unos a otros un pellejo de vino.

—¡A tu salud, perro! Ve al anfiteatro a ver cómo asan a tu amigo el hechicero y cómo comen carne fresca de cristiano los leones que trajeron del Atlas; llevan días sin comer, ja, ja, ja, ja.

El pequeño rollo de pergamino cayó a los pies de Orestes, arrojado por los soldados medio ebrios. Era el certificado de haber hecho sacrificio a los dioses y su salvoconducto a la libertad y a la vida.

Orestes lo desenrolló, no sabía leer.

El centurión Casio apareció en la mazmorra junto a algunos de sus hombres.

Aurelio le saludó con disciplina militar, brazo en alto.

—Decurión Cneo Aurelio Varro, vengo a hacerme cargo del preso para llevarlo al lugar de ejecución; tú reúne y prepara a tus hombres, partís de inmediato hacia la frontera del Rin. Allí os presentaréis al comandante del fuerte de Lugdunum Batavorum^[11], en la Germania Inferior.

El centurión Casio entregó las órdenes del gobernador enrolladas en un pliego de pergamino. Con sorpresa, Aurelio desenrolló el documento, con el sello de Quinto Sergio Paulino, gobernador de la provincia de la Panonia Inferior.

El receloso y cobarde gobernador Paulino, temiendo que los hombres de Aurelio se hubieran convertido en cristianos, algo, no obstante, incierto, decidió resolver el imaginario problema enviándolos a guarnecer la frontera germana en una lejana fortaleza perteneciente al limes del norte, el más remoto y occidental, a orillas del Mar Germánico, en la tierra de los frisios, y ahora continuamente amenazado por las incursiones de las tribus bárbaras del norte; por esta causa, las probabilidades de supervivencia eran escasas.

El turbado Aurelio saludando al centurión y abandonó la mazmorra. Este reparó en la acurrucada y enjuta figura que se hallaba frente a él.

Un pequeño ratoncito corrió de lado a lado del calabozo, sobre la paja, introduciéndose en un agujero de la pared.

“Corre, mi pequeño amigo, huye y sé libre, mis días en la Tierra han acabado ya. Te envidio, animalito, yo no puedo escapar de aquí como tú, pero tendré valor y fe en la otra vida, en Cristo, nuestro Señor.”

Antonino empezó a orar, en silencio.

Casio se impacientó.

—¡Vosotros, levantad al viejo y encadenadle ya! ¡Daos prisa y terminemos pronto con esto!

Los hombres de Casio levantaron con violencia al pobre Antonino, interrumpiendo sus imperceptibles plegarias; con el terror y el dolor corroyendo su alma, no opuso resistencia alguna cuando le desencadenaron de la pared y le volvieron a encadenar con nuevos grilletes de hierro en los tobillos y las muñecas.

Una gruesa cadena le rodeó el delgado torso, aprisionando los brazos.

Antonino fue sacado al patio del Pretorio, vestido solo con su raída túnica de lana y descalzo. Una tosca carreta de macizas ruedas de madera tirada por dos bueyes esperaba a la comitiva que se dirigiría al anfiteatro; una jaula de hierro iba transportada sobre ella, con la puerta abierta, preparada para albergar a su desdichado inquilino.

Dos jóvenes y fornidos soldados levantaron a Antonino y lo subieron a la carreta; un tercero lo encerró en la jaula de hierro, arrojándolo violentamente a su interior. El viejo se golpeó la cabeza contra las rejas al no poder levantar sus brazos encadenados y protegerse, y exclamó un doloroso lamento; un hilo de sangre comenzó a correr por su rostro.

La jaula era tan baja que el preso estaba obligado a viajar sentado dentro de ella.

Unos soldados trajeron los caballos del piquete de escolta y Casio y sus hombres montaron de un salto a las monturas; un sirviente de la fortaleza, con la cabeza cubierta, guiaba a pie el tiro de bueyes.

El centurión Casio dio la orden de partir hacia el anfiteatro y el carro empezó a rodar con estridente ruido sobre las losas del patio, saliendo de la ciudadela.

Mientras atravesaba la plaza del Foro, el horrorizado Antonino contempló las cabezas de los saqueadores capturados, colgadas de las columnas y expuestas a escarnio público.

Aunque gran parte del populacho se hallaba en las gradas del anfiteatro, algunos de los ciudadanos de Sirmium continuaban sacando carros de la ciudad atestados de enfermos y muertos por la peste. Uno de ellos reparó en el cortejo.

—¡Mirad! ¡Llevan al brujo cristiano en una jaula a la hoguera!

—¡Mueran los cristianos! ¡A las llamas con él!

—¡Cristianos a los leones!

—¡A muerte con ellos! ¡Expiemos con su sangre la ira de los dioses!

Y empezaron a arrojar basura y verduras podridas a la jaula de Antonino.

Los caballos de los romanos se encabritaron, asustados por el tumulto y por la lluvia de inmundicias; algunos de los hombres de Casio se cayeron al duro suelo de la calle.

—¡Basta! ¡Apartaos, perros! ¡Abrid paso, en nombre del gobernador!

Casio desenvainó su espada y cargó con sus hombres contra el populacho enfurecido. La caballería pisoteó a muchos ciudadanos y hasta volcó una carreta cargada de enfermos y muertos por la plaga.

—¡Atrás, hombres! ¡Es suficiente! ¡Sigamos la marcha!

El terror y la repugnancia a la plaga impidieron que los hombres de Casio provocaran una gran matanza en la plaza, algo que tampoco sería necesario, puesto que los alborotadores huían despavoridos en todas direcciones.

Oculto en una de las callejuelas, Orestes observaba el siniestro cortejo y lo siguió hasta el anfiteatro de la ciudad; lo perdió de vista cuando traspasó el arco de su entrada porticada.

Orestes se mezcló entre el ya numeroso populacho que accedía al interior del recinto para ocupar las gradas, no quería dejar solos en el día de su muerte al viejo Antonino y a sus antiguos hermanos de fe.

Un poste se alzaba en el centro de la arena. A su alrededor, montones de ramas secas formaban una gran pira. Una pasarela de madera había sido dispuesta desde la arena hasta la base del poste.

Otro pesado carro cargado de hogazas de pan daba vueltas alrededor de la arena mientras unos esclavos las arrojaban al hambriento público que se había levantado de las gradas intentando atrapar alguna.

Algunas peleas surgieron por la posesión de los pedazos de pan.

Tras sacarlo de la jaula de hierro y bajarlo del carro, un piquete de soldados de la fortaleza del gobernador conducía sujeto al desdichado Antonino a la hoguera, quien musitaba oraciones a Dios casi inaudibles.

El público enloqueció y abucheó al condenado.

—¡Al fuego con el cristiano!

—¡Quemad al hechicero que nos ha traído la plaga!

—¡Que sus cenizas aplaquen a los dioses!

—¡Muerte a los cristianos!

Orestes se cubrió la cabeza con su manto de lana para no ser reconocido por alguno de estos energúmenos. Tenía el corazón encogido y su alma atormentada por los remordimientos de su apostasía. Sus ojos volvieron a humedecerse cuando Antonino apareció en la arena.

El viejo fue subido, arrastrado con violencia, a la gran pira, ascendido por la rampa de madera y encadenado al poste.

Antonino temblaba de miedo y seguía dudando de Dios en la hora de su muerte.

—¡No! ¡No! ¡Viviré! ¡Sacrificaré a Júpiter y volveré a mi aldea! ¡Aurelio! ¡Aurelio!

Pero Aurelio ya no se encontraba junto a él y el viejo Antonino lloró en su desesperación.

La chusma de la grada se burlaba cruelmente de la falta de valor del pobre viejo, quien había perdido el control de su cuerpo.

—¡Eh, mirad! El viejo se está meando encima.

Orestes quiso llamarle, quiso alentarle de que tuviera fe en el Señor en los últimos momentos de su existencia, pero, ¿quién era él para dar ánimos a Antonino si él mismo había renegado de Dios?

“¡Señor! ¡Señor! Dáale valor y fe a tu siervo Antonino, perdónale.

Antonino, ten valor, pronto acabará todo, amigo mío.”

Orestes no pudo reprimir su dolor y lloró.

Algunos de los hombres portaban teas encendidas con las que prendieron fuego a las secas ramas de la pira, que comenzó a arder rápidamente, elevándose las llamas.

Antonino levantó el rostro humedecido por las lágrimas hacia el cielo, implorando por la salvación de su alma; crecieron las aterradoras llamas y pronto vinieron los primeros desgarradores alaridos, su sucia túnica se prendió del fuego que mordía dolorosamente su carne y su rostro se ennegrecía y su barba se incendió, las llamas subieron a su cara y transformaron pronto al anciano en una pequeña masa vociferante que se convulsionaba violentamente por el fuego sobre el poste al que estaba encadenada. Mientras, el público sediento de sangre jaleaba el espectáculo.

El viejo dejó de pronto de gritar, todo había acabado. Mientras las altas llamas consumían su cuerpo y la pira, se extendió por el cerrado espacio del anfiteatro un pestilente olor a carne y entrañas quemadas.

Orestes se derrumbó.

La miserable plebe quedó decepcionada por el rápido fin que tuvo el condenado.

—¿Ya está? ¿El viejo brujo ya ha muerto?

—Deberían haberle arrojado a los leones con los demás.

—O haberle clavado a una cruz, como a su dios judío que les dice comer carne humana y beber sangre, nos hubiéramos divertido más.

Orestes escuchaba aterrado las palabras de la chusma. ¿Cómo Dios permitía tanta maldad en los hombres? De nuevo, se convenció a sí mismo de que hizo bien renegando de ser cristiano.

La hoguera seguía ardiendo. El gran grupo de los cristianos fue sacado a la arena entre los golpes de los soldados y los insultos de la plebe, y abandonados a su suerte. Eran hombres, mujeres y niños de la ciudad de Sirmium y de las aldeas vecinas, entre ellas la de Orestes, y todos habían sido untados con sangre y grasa de cabra y cubiertos con las pieles de estos animales.

Los desdichados cristianos se apelotonaron unos contra otros buscando instintivamente protección; algunos empezaban a orar y otros observaban las altas y rugientes llamas de la hoguera donde había perecido Antonino, con los ojos abiertos por el terror.

Algunos, especialmente los niños, se orinaron y defecaron encima, presos del miedo y partidos por el llanto.

El populacho se excitó.

—¡Cristianos a los leones!

—¡A muerte con ellos!

Un grupo de unos cuarenta enormes y famélicos leones del Atlas fue liberado en la arena de sus jaulas. Ascendieron por una rampa de madera desde abajo y salieron por una trampilla abierta sobre la arena. Los habían acostumbrado a la carne humana.

El grupo de los cristianos entró en pánico y se desperdigó aterrorizado en todas direcciones; algunos de ellos echaron a correr buscando una imposible salida de la arena, en tanto el populacho les continuaba insultando y se burlaba de ellos.

Los leones empezaron a perseguir a los desgraciados que trataban de huir, los cazaban y los despedazaban con sus fauces y garras, entre horribles gritos de terror y muerte.

La mujer que se había vuelto loca luchaba por mantener en sus brazos a su pequeño hijo muerto, una leona mordía el cadáver, tirando de él y llevándose la cabeza.

Un muchacho que corría alrededor de la arena, perseguido por dos leones, fue alcanzado y derribado con el desesperado grito de quien sabe que va a tener un horrible fin; su cráneo estalló entre sus fauces y sus sesos se derramaron mientras era despedazado a zarpazos. Las dos bestias se pelearon entre sí, disputándose sus pedazos de carne.

El venerable anciano del grupo oraba fervorosamente arrodillado. Un gran león de melena oscura le arrancó la cara de un poderoso zarpazo.

Un corpulento padre de familia intentaba proteger a su mujer e hijos del acoso de las fieras tomando una tea encendida de la aún llameante pira donde fue incinerado Antonino, manteniéndolas penosamente a raya.

El público, extasiado, aplaudía los esfuerzos del hombre por apartar a los leones de su familia y de él mismo, hasta que el fuego consumió totalmente las ramas que sostenía, quemándole la mano y obligando a soltarlas con dolor.

Unas leonas se arrojaron sobre sus hijos; les destrozaron de un mordisco las gargantas y se los llevaron corriendo, sujetos por sus sangrientas bocas, para devorarlos a gusto.

La madre corrió a abrazarse a su valeroso marido, quien la acarició mientras miraba con sus ojos llenos de lágrimas a los cielos antes de ser derribados ambos por un gigantesco león, quien le abrió la espalda al hombre con poderosos zarpazos y le sacó su columna vertebral entre los excitados gritos del público. Su malherida esposa pudo huir de la enorme bestia y corría con media cara desollada y un ojo colgando hacia la encendida pira de Antonino, para arrojarse a las llamas. Pereció abrasada con grandes y terroríficos alaridos.

Torsos, cabezas, brazos, piernas, pieles, ensangrentados huesos y entrañas formaban un horripilante espectáculo desperdigados sobre el barro de la arena, teñida de la sangre de los condenados.

Orestes escondía entre sus manos la cara, horrorizado.

La masacre había ya concluido. Las fieras, que llevaban varios días sin ser alimentadas, devoraban con ansia los restos de los desgraciados cristianos

y peleaban entre ellas por la carne humana, en tanto el fuego de la hoguera se había convertido ya en humeantes rescoldos y ceniza y una alta columna de humo negro se elevaba a los soleados cielos de la mañana.

Un total de sesenta y dos hombres, mujeres y niños fue sacrificado ese terrible mediodía.

Oretes lloró y oró fervorosamente al mismo Dios que abandonó, la pena y la culpa corroían su interior.

Una oronda mujer le miró.

—¡Este es uno de ellos!

Un tipo le descubrió la cabeza y lo señaló.

—¡Es cierto! ¡Este es un cristiano! ¡Le he visto en la plaza del mercado apaleado con los demás!

La chusma se arrojó sobre él y lo golpeó salvajemente. El pergamino de su salvoconducto se perdió en medio de la algarada.

El centurión Casio advirtió el tumulto en las gradas. Dio órdenes a sus hombres para que se dirigieran hacia ellas a sofocarlo; los magistrados del palco se agitaban inquietos, temían un motín. Antes de que los soldados llegaran, Orestes fue arrojado a la sangrienta arena por la turba enfurecida mientras los leones continuaban ocupados en devorar a los despedazados cristianos.

—¡A los leones, perro cristiano! ¡Tú también morirás hoy!

Casio le reconoció.

—¡Por los dioses! ¡Es el griego! ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Casio le arrebató la lanza a uno de sus hombres y se la arrojó a Orestes, clavándola en la arena para que intentara defenderse.

La grada enloqueció de júbilo.

—¡Defiéndete, cristiano, ja, ja, ja, ja!

—¡Cázanos un león, ja, ja, ja, ja!

Un gordo borrachín, una especie de poeta, se burló con ironía del aspecto delgado y magullado de Orestes al tiempo que tocaba su lira y cantaba.

—¡"Hércules" contra el León de Nemea!

La plebe rio la mitológica ocurrencia.

Orestes tenía la lanza clavada a sus pies pero no la cogía. Casio se enfureció.

—¡Cógela, griego! ¡Defiéndete, muere con honor!

Orestes continuó ignorando el arma que estaba frente a él, avanzó hacia

las fieras que continuaban devorando los pedazos humanos y se arrodilló cerca de los humeantes restos de la hoguera de Antonino, dispuesto a morir.

Pero los leones, unos ocupados en comer y en disputarse con ferocidad la carne humana y otros dormitando saciados, no le hacían el menor caso.

El populacho asesino se impacientó y empezaba a enfurecerse: se dirigieron a los magistrados de la ciudad y pidieron la muerte de Orestes.

—¡A muerte con el cristiano!

—¡Que salgan los gladiadores y le corten el cuello!

—¡Quemadle como al otro!

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Los notables de la ciudad que presidían los “juegos” empezaban a asustarse, la chusma gritaba cada vez más y más, sedienta de sangre; el gordo y sudoroso edil Cayo Fabio Marciano miró al centurión, nervioso.

—Haz algo, centurión, el pueblo puede rebelarse contra nosotros.

Casio intervino, dando órdenes a sus hombres.

—¡Proteged a los magistrados! ¡Tú, ve al Pretorio y trae rápido refuerzos! ¡Vosotros dos, venid conmigo!

Los cuidadores de los animales habían entrado ya en la arena y los dirigían de regreso a sus celdas, ayudados con largos tridentes y látigos. El centurión Casio y dos de sus hombres se hicieron cargo de Orestes, lo cogieron de las axilas para sacarlo de allí.

El público les abucheó y silbó.

—¿Por qué me salvas, romano?

—¡Ha sido una estupidez acudir a los juegos! ¡Cierra tu boca de griego loco antes de que me arrepienta!

Las fieras habían sido ya devueltas y encerradas de nuevo en sus celdas subterráneas y los cadáveres o, mejor dicho, los trozos de cadáveres, miembros, cabezas, huesos y vísceras, arrastrados con ganchos o recogidos en cestas por los esclavos, templados y endurecidos por estar acostumbrados a esta terrible labor, mientras otros limpiaban y aplanaban la arena.

Dos parejas de gladiadores hicieron su aparición para combatir entre sí, provocando los aplausos y la sorpresa del público, que olvidó a Orestes; hacía tiempo que no le ofrecían una buena lucha en el anfiteatro.

Era la solución del gordo edil Marciano para evitar un motín entre el público y aplacar su cólera.

El edil Cayo Fabio Marciano llamó al centurión y le ordenó que trajera al

griego a su presencia.

—Espero, centurión, no perder más dinero hoy sacando a mis gladiadores para aplacar las iras del pueblo, aunque les he dado instrucciones para que no luchen a muerte. Espero que sea esto suficiente para resolver esta enojosa situación con un poco más de sangre derramada. ¿Quién es este y por qué lo has salvado? ¿No es, acaso, otro de esos cristianos?

—Mi señor, este que ves aquí, efectivamente, fue cristiano, pero ya no lo es, sacrificó incienso en el templo de Júpiter y se le entregó un salvoconducto; fue reconocido por algunos que le apalearon esta mañana en el Foro.

El edil observó el magullado rostro de Orestes con curiosidad, ignoraba a los gladiadores que saludaban a los magistrados del palco antes de iniciar los combates; tenía el labio partido, la nariz rota y un ojo amoratado y, con los ánimos más tranquilos en el palco, rio divertido y con aire afeminado.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja! Los dioses te protegen, “cristiano”, no quieren tu muerte... ¿No dices nada? ¿Así muestras tu gratitud por salvar tu vida?

Casio intervino.

—¡Habla, griego insolente! ¡Responde al noble edil! ¡Suelta tu lengua!

Orestes levantó el rostro y escupió en la cara del bien alimentado magistrado.

Casio le propinó una fuerte bofetada, derribándolo, y lo pateó con furia.

—¡Maldito perro insolente! ¡Debí dejarte con los leones, griego estúpido!

Fabio Marciano se limpiaba el salivazo de la mejilla con un pañuelo perfumado mientras sus dos parejas de gladiadores comenzaban a luchar con gran habilidad y destreza, enloqueciendo a la grada.

—¡Detente, centurión! Esta afrenta a mi persona es un crimen castigado por las leyes. Este sigue siendo uno de ellos, uno de esos cristianos, pero no le mataré, sino que me lo quedo como esclavo y lo adiestraré como gladiador; este griego no es ningún cobarde, tiene valor y parece por su suerte estar protegido por los dioses —rio divertido—. Mi lanista etíope sacará lo mejor que hay dentro de él. Encadénalo y llévalo a mi escuela de gladiadores, que me lo azoten un poco antes para bajarle los humos, pero no lo estropeéis demasiado, es muy hermoso y las damas aprecian a un buen luchador guapo y desnudo.

El gordo edil, que era invertido, miró sonriendo a Orestes, de arriba abajo, desnudándolo con la mente.

Casio le saludó con el puño al pecho.

—Como ordenes, mi señor.

La guardia se llevó a Orestes a rastras de allí.

En el oscuro aposento, el gobernador Paulino y su esposa lloraban la muerte de su hija. Unos jóvenes esclavos acompañaban con sincero llanto su dolor, pues era muy amada por ellos.

Una guirnalda de flores ceñía su negra y hermosa cabellera y unas monedas fueron colocadas sobre sus cerrados ojos para pagar a Caronte, el barquero de los infiernos.

Un soldado de caballería entró en el Pretorio, entregó su montura a unos sirvientes y solicitó ver con urgencia al gobernador Paulino.

Un hombre afligido, con las arrugas de su maduro rostro aún más acusadas por su dolor, salió al encuentro del recién llegado, quien le saludó, brazo en alto.

—¡Salve, noble gobernador!

—¿Qué sucede, soldado?

—El noble y divino Maximino, el César, te advierte de su inminente llegada a la ciudad para exigirte tu respeto y hospitalidad.

El soldado le entregó un pergamino enrollado que sacó de un tubo de cuero.

Quinto Sergio Paulino lo desenrolló y leyó con preocupación y ansiedad.

Capítulo XI

LOS PRETORIANOS

—¡Soltadle!

Los guardias germanos rodearon a Marco Valerio Celer entre un erizado muro de lanzas.

El gigante de Tracia le examinaba con su adusta mirada, hasta hace un momento, sujetado sobre el frío barro por los germanos y pretorianos traidores.

Desarmado, el centurión se levantó, con su rostro y armadura sucios de la sangre de sus enemigos.

También sus hombres, los pretorianos, quienes le traicionaron al final, fueron rodeados y desarmados por los guardias germanos y las cohortes legionarias y puestos de rodillas a la espera del castigo o la improbable clemencia del César.

Máximo llegó acompañado de su escolta de guardias germanos. Después de saltar de su montura, se dirigió a su poderoso padre con los brazos extendidos como si quisiera abrazarle. Uno de los germanos de su escolta se hizo cargo de las riendas de su caballo.

—¡Padre mío! ¿Qué ha sucedido? ¿He llegado tarde para ayudarte a aniquilar a estos perros traidores?

Maximino miró con ojos de borracho a su previsible hijo y le contestó con acritud y hastío, comenzaba a cansarse de la actitud de su joven vástago, aunque seguía sintiendo debilidad y afecto por él.

—Tú siempre llegas tarde, hijo mío.

El inútil hijo del tracio se hallaba fornicando con una furcia panonia en su tienda, poco antes de levantar el campo y disponerse a partir con el resto del ejército, cuando fue advertido de los disturbios; le faltó tiempo para vestirse rápidamente y ordenar a su escolta que le fuera preparado su caballo para saltar sobre su grupa y huir lejos. Los guardias germanos respetaban y temían a Maximino, pero no así a su díscolo hijo, a quien despreciaban por su

cobardía; el hecho de que Máximo conservara aún su cabeza sobre sus hombros se debía a la lealtad que los germanos sentían por su padre, pues el joven trataba a sus guardias como esclavos y no como soldados temibles, les castigaba por cualquier falta y les obligaba en ocasiones a luchar entre ellos hasta la primera sangre para su diversión como si fueran gladiadores.

El gigante ignoró a su hijo y miró de nuevo al vencido centurión de los pretorianos.

Gannicus, el celta, empezaba a volver en sí tras haber sido golpeado en la cabeza, con las manos atadas a la espalda y sentado sobre el barro.

Maximino señaló al vencido Marco con su enorme dedo.

—Así que tú eres el célebre Marco Valerio Celer, ¿eh?

—¡Vete al infierno, perro de Tracia!

El gigante apartó con brusquedad las lanzas de sus germanos y golpeó repetidas veces a Marco con la mano abierta. Dada su descomunal fuerza, evitaba malherirle o matarle; el centurión cayó al suelo de rodillas repetidas veces con el labio partido y escupiendo sangre. El gigante lo levantó cogiéndolo de sus cortos cabellos; lo humilló y lo examinó con sus enrojecidos ojos de borracho, su rostro pegado al suyo, con su hediendo aliento muy cerca.

Sus germanos retrocedieron, atemorizados por la furia y la fuerza del gigante Maximino.

—¿Qué voy a hacer contigo, bastardo? ¿Qué clase de muerte debo aplicarte para escarmiento de tus cobardes pretorianos?

—No tienes valor sin tus putas bárbaras para protegerte el culo, hijo de perra...

Maximino, enfurecido, le golpeó de nuevo. Algunos de los pretorianos bajaban el rostro por la vergüenza que sentían por su traición y felonía.

Máximo, advirtiendo la figura maniatada del galo sobre el frío barro, intervino.

—¿Qué vas a hacer con este otro, padre? No deberías matarle, es un buen ejemplar. Entrégamelo como esclavo, le haré luchar contra mis germanos.

El tracio ignoró a su hijo de nuevo.

—Centurión Marco Valerio Celer, yo te condeno a muerte por traición. ¡Germanos, ejecutadle!

Los germanos rebosaban de júbilo, por fin iban a acabar con la vida del maldito Marco Valerio Celer, a quien querían matar desde hacía tiempo; varios de ellos agarraron a Marco y lo forzaron a arrodillarse otra vez, en tanto que le ataban las manos a la espalda y le agarraban los cabellos para sujetarle. Uno de ellos, el llamado Recimer, desenvainó su espada y la levantó; el mortal filo esperaba en alto la señal del tracio para caer sobre el cuello de Marco y decapitarle.

Este, con su vista enfocada a la fuerza hacia el sucio y húmedo suelo, se preparaba para morir de forma ignominiosa como un criminal, en lugar de caer luchando en el campo de batalla. Los dioses se habrían irritado con él por matar al joven Severo y a su augusta madre. Su vida pasó rápidamente por su mente, ahora que había llegado la hora de su final, mientras esperaba que la afilada hoja de hierro terminara con todo.

El gigante miró al celta, que se encontraba ya con el ánimo vencido y predispuesto igualmente a afrontar su fin, y miró también a su hijo Máximo, recordando sus recientes palabras.

La espada del germano se mantenía en alto, dispuesta a cortar el cuello del centurión.

—¡Detente tu espada, germano! ¡Soltad a este perro!

Los germanos obedecieron, no sin sentir decepción por la decisión de su señor. Recimer bajó su espada, contrariado. Sin embargo, los pretorianos sabían que la venganza de su centurión caería sobre ellos implacable y sangrienta por su traición si, por alguna fantástica jugada del destino, quedaba libre y con vida.

Marco sintió una gran sorpresa al continuar vivo. Los dioses debían estar jugando con él. Pero lo que el feroz centurión había aprendido a lo largo de su vida llena de peligros era que no se estaba vencido hasta caer muerto.

Maximino se dirigió a los legados y tribunos de las legiones que habían acudido con sus caballos al tumulto y se hallaban expectantes.

—Partimos a Sirmium para aprovisionarnos: requisaremos cosechas y ganado en nuestro camino, matad a quienes se resistan a colaborar.

Uno de sus generales, el noble Tito Sulpicio Aquila, legado de la X Legión Gemina, se arriesgó a exponerse a la ira del gigante, quien no consentía discusiones a sus órdenes, pero se supo tal vez protegido por las cohortes de su Legión allí presentes, de modo que se atrevió a hablar a su terrorífico Emperador para plantearle su opinión.

—Noble César, disculpas, disculpas por mi osadía, no está en mi ánimo contradecir tus sabias órdenes, pero robar y matar de hambre a los habitantes de Panonia provocará un levantamiento contra nosotros, esta tierra es propensa a la rebelión desde el pasado y muchos de nuestros hombres son nacidos aquí, podría haber descontento en las legiones por tal causa.

El tracio, enfurecido, se aproximó al general, el caballo de éste retrocedió entre relinchos, austado. Maximino era muy capaz de derribar un caballo de un puñetazo, como ya demostró tras la última batalla contra los bárbaros.

—¿Cómo has dicho, Tito Sulpicio Aquila? ¿Robar? ¿Estás llamando ladrón a Maximino, tu César?

El general reaccionó con rapidez.

—No, noble, César, por supuesto que no, te ruego me disculpes, quise decir confiscar.

Maximino estaba a punto de matar al general Aquila con sus propias manos, pero sus duros legionarios observaban la escena y Maximino, tras la rebelión de los pretorianos, sintió temor por vez primera.

—Obedeced mis órdenes, legados.

Estos tragaron saliva, asustados y el que se atrevió a hablarle se apresuró a corregirse.

—Sí...sí...noble César, por supuesto, se hará como nos ordenes.

—Ejecutad a quienes se resistan a mi decreto. Sembraremos el terror entre los habitantes de esta provincia para que los que aún duden en obedecerme reflexionen. Talad los bosques que encontréis a nuestro paso y construid torres de asalto, arietes, balistas y catapultas, atacaremos la ciudad de Aquilea que nos cierra el paso hacia el sur.

Los experimentados legados del ejército también advirtieron que construir ahora máquinas de asedio supondría un avance hacia Italia más lento, sumado a esto que la italiana ciudad de Aquilea, leal al Senado de Roma, había ya empezado a reforzar y a reconstruir sus poderosas murallas para entorpecer y frenar la marcha del ejército hacia Ravenna, donde se encontraba el inexperto ejército de Pupieno acampado y esperando los valiosos refuerzos de las aguerridas legiones de Hispania y África. Perderían más hombres, aunque aún terribles, cansados y agotados por tres años de batallas contra los bárbaros.

Los generales no deseaban la victoria de sus propias legiones, pues todos

estaban hartos de la crueldad del tracio y esperaban el momento propicio para eliminarle y proclamar al viejo Pupieno como su nuevo César, deteniendo a la vez la guerra civil.

No obstante, todavía existían las promesas que hizo Maximino de riquezas y botín a las tropas. Había que esperar a que los legionarios no pudieran ya más y se negaran a seguirle.

Además, existían fuertes rumores, ciertos o falsos infundios propagados para disuadir a Maximino de ponerle sitio, de la existencia de la plaga de la peste en Aquilea; un asedio demasiado largo podía suponer el fin de Maximino, sin necesidad de que las reforzadas legiones de Pupieno le atacaran. Los propios soldados, hastiados, matarían al gigante y a su hijo, concurría esa posibilidad.

También quedaban en juego, no obstante, los peligrosos hombres de Graciano, el jefe de sus espías, quienes aún seguían buscando traidores al tracio; cualquier rumor podía desencadenar una masacre entre los legados del ejército, purgados y sustituidos por otros oficiales más fieles a este.

Todo dependía de la pérdida de confianza de las tropas con su Emperador, y un avance lento y un asedio de Aquilea más prolongado aún eran la clave para acabar con él.

—Obedeced, legados. ¡En marcha!

Los perturbados generales saludaron a su Emperador brazo en alto desde sus caballos y se dirigieron a organizar la partida de sus hombres.

De nuevo, Maximino reparó en los dos prisioneros.

—En cuanto a estos dos, Máximo, encadénalos y que sean llevados a rastras por la caballería de tus germanos, pues les reservaré para que luchen a muerte entre ellos en el anfiteatro de Sirmium para divertir al pueblo y para que olvide que les saqueamos.

—Matarás al pueblo de hambre, padre, Aquila puede estar en lo cierto. Ya había visto signos de hambruna y descontento la última vez que estuvimos en la ciudad. Puede haber un levantamiento.

Maximino comenzaba a impacientarse incluso con su hijo, al que amaba.

—Sí, ya sé que esa ramera de Julia Terencia, viuda del traidor Licinio Quieto, es tu amante en Sirmium y temes por ella; sorprendido, ¿eh, hijo mío? ¿Creíste de veras que tu viejo padre, el César, no se enteraría de que esa zorra sigue viva? Esa ramera debe fornicar muy bien para que Vitaliano se haya arriesgado a incumplir mi decreto que ordenaba su ejecución, ha sido una

suerte para él que esos sucios pretorianos le mataran en Roma, yo hubiera ordenado que le sacaran los ojos.

Máximo se inquietó, temía que su augusto padre decidiera la muerte de Julia, a la que amaba.

—Padre, la amo.

Maximino levantó sus pobladas cejas con sorpresa y se mantuvo en silencio, hasta que irrumpió en terroríficas carcajadas.

—¡Por los dioses inmortales, necio! ¡Cuándo aprenderás de una maldita vez a ser un César y pensar como un César! ¿Qué son la muerte de un puñado de provincianos parásitos, comparado con que mis legiones puedan ser alimentadas? ¡Desaparece de mi vista y prepárate para marchar con tus hombres y los cautivos! ¡Que les sometan a doble vigilancia, hasta que llegemos a Sirmium! ¡Y por los dioses, te dije que echaras a tus putas del campamento de una maldita vez o las despedazaré y echaré a los perros!

—Sí, padre mío, como ordenes. Pero la noble Julia...

—Está bien, hijo mío, no la mataré, gózala hasta que te canses de ella, tuya es.

Máximo estaba satisfecho con la respuesta de su poderoso padre.

—Gracias, padre mío.

El tracio contempló con torva mirada a los pretorianos. Los vapores del vino se estaban ya disipando en su perturbada mente.

—En cuanto a vosotros, pretorianos, voy a aplicaros el castigo de nuestros padres: seréis diezmados y devueltos al ejército de donde procedéis, con la paga de legionario, ¡Legiones, apresadles!

La *decimatio* llevaba más de dos siglos sin aplicarse como castigo colectivo en el ejército romano, antes de que Maximino recuperara esta cruel costumbre para imponer la disciplina en sus tropas.

Los pretorianos murmuraron alarmados entre ellos, dispuestos a defenderse, pero no estaban en posición de resistirse, rodeados de las lanzas de las cohortes legionarias.

El gigante se impacientó

—¡Empezad! ¡Ejecutad a uno de cada diez de estos traidores!

Un centurión contó a los pretorianos, separando aparte a uno de cada diez tras tocarles el hombro con su vara, de los cuales se hizo cargo de su custodia un grupo de legionarios, que los despojó de sus armaduras, los ató con las manos a la espalda y los forzó a arrodillarse en el suelo; algunos se resistieron

y maldicieron a sus verdugos, pero fueron golpeados con violencia y sometidos para afrontar su terrible e ignominioso final. Los centuriones ignoraban sus airadas protestas, en las que pedían ser muertos como soldados y no como cobardes, y los legionarios reían satisfechos, porque les odiaban.

Marco observaba enfurecido la escena.

—¡Tened valor, hermanos! ¡Morid como romanos y no como cobardes! ¡Es lo que quiere este perro, que supliquéis por vuestras vidas como mujerzuelas!

Los condenados miraron a su ex centurión con afecto y se miraron unos a otros, arrepentidos y avergonzados por haberle traicionado.

—¡Salve, centurión Marco Valerio Celer! ¡Fue un honor servirte y luchar a tu lado!

—¡Salve, pretorianos! ¡Nos volveremos a ver!

—¡Hasta pronto, mi señor! No quisimos traicionarte, todo se complicó. Los legionarios les golpearon cruelmente para que guardaran silencio.

—¡Callaos, perros!

Maximino les escuchaba, sarcástico.

—Estoy conmovido, pretorianos bastardos.

Marco se revolvía enfurecido bajo sus cadenas.

—¡Maldito tracio, hijo de perra! Debiste haberme cortado la cabeza, quieran los dioses que mi venganza te alcance y te mate por mi mano, tirano.

Maximino se acercó a Marco y lo agarró del cuello, levantándolo con uno solo de sus brazos con su fuerza prodigiosa, le estrangulaba y obligaba a mirar el final de sus hombres.

—Observa, Marco, observa mi justicia implacable, la misma que te alcanzará a ti en Sirmium, escoria pretoriana.

Marco pataleaba en el aire, luchaba por respirar y liberarse de la tenaza que aprisionaba su garganta.

Los valerosos guerreros se dispusieron a afrontar su fin.

Uno a uno fueron decapitados a espada. Doce hombres en total. Sus cabezas y cuerpos fueron abandonados en el campo.

Concluida la ejecución, el tracio soltó de forma brusca el cuello de su presa, dejándola caer sobre el sucio barro.

Marco luchaba por recuperar el aliento, tosía e intentaba incorporarse.

Pronto vendrían los perros a lamer la sangre de sus hombres y los cuervos a picotear sus ojos y carne. Los legionarios se repartieron las bolsas

de monedas de los ajusticiados, peleándose y golpeándose entre sí por el botín; hasta que intervinieron sus centuriones y les dieron grandes golpes de vara en sus espaldas para devolverlos, entre gritos e iracundas órdenes, a sus filas antes de que llegaran a desenvainar sus espadas y se mataran entre sí por el dinero de los muertos, mucho mejor pagados que ellos.

Marco apretó los puños, rodeado por las puntas de lanza de los germanos, con odio hacia el tracio; deseaba matarle.

A su lado, Gannicus le suplicaba con la mirada.

—Mi señor...no... acabará matándote.

Maximino quedó satisfecho tras la ejecución de los pretorianos escogidos.

—¡Recordad, pretorianos, lo que les sucede a los traidores! ¡Centuriones! ¡Haceos cargo de ellos y dispersadlos en las legiones! Que ocupen los puestos de mayor riesgo en el combate, pues han sido pretorianos, escogidos entre la élite; veremos qué son capaces de hacer, veremos si sobreviven.

El tracio acababa de disolver a la Guardia Pretoriana. Ya se haría cargo del resto cuando entrara en Roma victorioso. Por fin halló el pretexto para acabar con ellos.

Maximino no conocía aún la muerte del jefe de su guardia germana a manos de centurión pretoriano.

—¿Dónde demonios está Donnar?

—Ha muerto, noble César. Lo mató este perro de Marco Valerio Celer.

El germano le señaló el cadáver del gigantesco capitán de su guardia.

El tracio miró a quien fuera el temible líder de sus germanos, tirado hacia atrás con sus piernas flexionadas sobre un gran charco de sangre y sus sesos desparramados, pareció sentirse muy afectado por su muerte. Y volvió a mirar con una mezcla de odio y temor al ceñudo Marco, quien ya era arrastrado y llevado de allí cautivo por los germanos, junto a Gannicus. Tal vez debía matarles ahora.

—Me serviste, bien, mi leal Donnar. Serás vengado... Disponed una pira y honrad su cuerpo. Llevaos al pretoriano y al galo, lucharán a muerte. Honrarán a su espíritu divirtiendo al pueblo en el Coliseo cuando yo entre en Roma victorioso.

Graciano se aproximó al gigante con actitud servil.

—Creía, oh, noble César, que pensabas matarles en los juegos que sin

duda te ofrecerá el gobernador en tu honor.

El cruel Graciano odiaba a Marco y deseaba su muerte, cuanto más pronto mejor, pues le temía.

Maximino observaba al jefe de sus espías como a una mosca a la que iba a aplastar de un manotazo. Graciano retrocedió unos pasos, intimidado.

—Les mataré cuando me plazca. Quiero que me entregues de tu mano un informe detallado sobre el grado de lealtad que me profesan el gobernador Paulino y los magistrados y patricios de la ciudad, sin olvidarte de ordenar que tus hombres apresen a los cristianos y a sus sacerdotes que encuentren en nuestro avance hacia Sirmium, les veo muy gordos y ociosos. ¡Que empiecen a trabajar o serán ellos los que arroje a las bestias en los juegos!

—Como ordenes, noble César, mis hombres y yo te servimos con lealtad. Tal vez, noble César, deberías también hacer que los pretorianos lucharan a muerte entre ellos, así todos sabrían cuál es el precio de la traición.

—Los pretorianos morirán de todos modos, frumentario. Ellos serán los primeros en exponerse y escalar las murallas de Aquilea. Así me serán más útiles.

—Los dioses te otorgan la luz de la sabiduría, noble y divino César...se hará como dices, noble César. Ya lo había dispuesto todo antes de llegar yo con mis hombres a tu campamento. Mis informadores ya han hecho su trabajo en Sirmium, ya tengo una lista de traidores para mostrártela.

—Excelente, excelente, perro, sigue impresionándome y ganarás aún más mi favor. Yo recompenso a quienes me sirven bien y con lealtad, pero mato a quienes me traicionan, recuérdalo, Sexto. Y ahora desaparece de mi vista, gusano, mi paciencia se agota.

Totalmente dado a la bebida, Maximino pensaba con la letal lógica de un soldado y el sentido práctico y sencillo de un campesino sin instrucción.

El tracio era un ser bestial que maltrataba y mataba personalmente a quien se le antojaba, quizá por eso las legiones empezaban a mostrar tímidamente ya signos de estar hartas de sus brutalidades y de sus eternas promesas de oro y botín.

Graciano servía en verdad al tracio con gran lealtad aparente, pues sabía que su cabeza desaparecería de sobre sus hombros si este era vencido en la guerra civil, por el mal que había hecho descubriendo y delatando a muchos de sus enemigos políticos e incluso por fabricar falsas acusaciones de traición de entre gran parte de la nobleza provincial y del propio Senado de Roma para

obtener sus fortunas y patrimonio, de los cuales Graciano robaba una parte para él; se enriquecía sin saberlo Maximino.

Y Vitaliano, el prefecto de los pretorianos en Roma, asesinado durante la rebelión del Senado, se lucraba junto a él, pues este espiaba al corrupto frumentario y sabía de sus andanzas, extorsionándole para obtener tajada del botín. Muerto ahora Vitaliano, sus labios estaban sellados. Sexto Graciano estaba en las manos de Vitaliano y sus pretorianos; fue una suerte que lo liquidaran. Ahora todo sería para él y al finalizar la guerra civil, con la victoria o derrota de ese bruto de Maximino, Sexto Graciano se convertiría en uno de los hombres más ricos de Roma. Y riqueza significaba poder.

Marco Valerio no conocía los turbios manejos de Graciano, pero este temía a todos los pretorianos de forma obsesiva, pues le aterraba que sus secretas exacciones llegaran a oídos del brutal Maximino.

Graciano sabía que no habría piedad para él si eran derrotados, a no ser que el viejo Pupieno aceptase sus valiosos servicios como jefe de la policía política y de sus espías; muchos de los mercaderes y rameras que viajaban a Italia desde la Galia y la Panonia eran, en realidad, parte de su extensa red de informadores y espías a sueldo, que transmitían información a los enemigos de Maximino, sin perjuicio de recoger otra para este.

Graciano, maestro en el doble juego, aseguraba la estabilidad de su astuta cabeza, venciéndose quien venciése.

Y con ello de su ilícita fortuna.

Pero Maximino, el duro soldado semibárbaro, iletrado y campesino, siempre le vigilaba con sospecha, y con sospecha le observaba, mientras el jefe de su espionaje se alejaba de él con sus hombres.

Maximino reparó en uno de los hombres de la guardia de su hijo Máximo, el guerrero que no había huido de la locura asesina del feroz Marco Valerio y de sus pretorianos, y que había sido arrollado por sus propios camaradas en su desbandada, un germano de feroz mirada y larga barba rubia recogida en una trenza; este germano destacaba por su bravura en la batalla y llegó a salvar la vida de su hijo frente a los alamanes, cuando este se vio aislado y solo al caer muerto a flechazos su caballo, en medio de una gran batalla en el país de los bárbaros, cerca del Elba.

Este valeroso soldado de su guardia germana acudió en su auxilio, matando y manteniendo a raya a los enemigos que pretendían cortar la cabeza de un gran señor entre los romanos, por lo innecesariamente ostentoso e inútil

de su armadura. Lo subió a la grupa de su caballo y escapó hacia las líneas romanas. El joven e inexperto Máximo le nombró entre sus guardias de mayor confianza.

Desde ese momento, Máximo dejó de despreciar a los enemigos bárbaros y se mantuvo bien alejado de la primera línea de combate, recordando que estuvo a punto de morir, pues él nunca fue un gran soldado; siempre prefirió aplacar los ardores de su juventud en fornicar mujeres en el lecho antes que en matar enemigos en el campo de batalla, consciente de sus limitaciones como guerrero.

—¡Tú! ¡Tu nombre, germano!

—Yo soy Cayo Recimerio, mi nombre de nacimiento es Recimer, del país de los suevos, noble César, y llevo sirviéndote tres años con honor, desde tu nombramiento.

Maximino le observó, receloso con su adusta mirada, siempre buscando enemigos a los que aplastar. La nación sueva pertenecía a la Confederación de los alamanes.

—¿Eres un suevo, dices, soldado? ¿Uno de mis enemigos? ¿Por qué luchas junto a los romanos? ¿Por qué he de confiar en ti, basura bárbara? ¡Habla, germano!

—Protejo la vida de tu noble hijo y le salvé la vida en la batalla. Yo era príncipe entre mi pueblo, aún un cachorro de corta edad, cuando fui entregado por mi noble padre como rehén al César Caracalla, junto a otros hijos de los caudillos de la nación de los alamanes para sellar la paz con Roma. He sido educado como un romano y he servido con lealtad y valor en el ejército como explorador, antes de servir en tu guardia germana.

El suevo hablaba un latín perfecto, más perfecto que el del propio Maximino, a pesar de que se le notaba su acento germánico, mientras saludaba a su Emperador con el puño sobre su protegido pecho.

—Sí, germano... ahora te recuerdo. Te nombro centurión de mis germanos. Desde este momento entras a mis órdenes directas. Es un gran honor el que te otorgo, suevo, tienes valor y coraje, te enfrentaste a los pretorianos mientras tus hermanos te dejaban solo. Debí recompensarte en aquel momento por salvar la vida de mi hijo. Lo hago ahora.

—Es un honor, noble César. Te serviré con mi vida, con lealtad, lo juro ante mis dioses y los tuyos.

—Así sea, suevo. Me servirás con tu vida y me serás leal, como lo fue el

gran Donnar. Castigarás a los cobardes que huyeron de los pretorianos echándolos de mi guardia y devolviéndolos con los auxiliares, y seleccionarás entre estos a los germanos que hayan demostrado mayor valor y coraje en el campo de batalla para incorporarlos a mi guardia. Cumple mi primera orden, suevo.

—Así lo haré, noble César.

Para los germanos era un gran honor morir en combate con sus armas en la mano, algo que les garantizaba el gozar de bebida, banquetes y mujeres en el más allá en compañía del tuerto Wotan, su principal dios; por ello, los germanos eran tan valerosos y temibles en el campo de batalla y por ello no dudarían en morir por su Emperador para salvarle la vida; Maximino sabía esto, conocía a los germanos y sentía debilidad por ellos.

Recimer reunió a todos sus germanos, separó a los que habían huido de los pretorianos y los devolvió con deshonor a las cohortes auxiliares de donde procedían; esta separación de la guardia de Maximino y de su hijo les hacía regresar con vergüenza a sus antiguas unidades. El tracio estuvo tentado de dar un escarmiento ordenando que sus propios compañeros les apalearan hasta morir, pero no quería prescindir de más hombres en su ejército, que había levantado ya el campamento y se ponía en marcha hacia Sirmium, ni enemistarse con los germanos.

Algunas turmas de caballería auxiliar y bárbara aliada se adelantaron como exploradores para hallar forraje para los caballos. También con la intención de ordenar la requisita de grano y ganado en los territorios que atravesarían.

El Emperador levantó levás entre los varones sanos pues grandes fueron las bajas entre sus legiones durante tres años de guerra en el norte. Los que se resistían a ser reclutados a la fuerza eran ejecutados; Maximino el Tracio llenó la Panonia de viudas y huérfanos, cortó muchas cabezas y levantó innumerables cruces para propagar el terror y la obediencia, talando los bosques que necesitaba para construir sus máquinas de guerra también para crucificar a los insumisos

Muchas mujeres fueron violadas y preñadas por los soldados y muchos esclavos que trabajaban en los campos de las villas de los nobles romanos fueron robados: los hombres sanos fueron incorporados al ejército y adiestrados por los centuriones, quienes les maltrataban cruelmente. Muchos de ellos perecieron antes de haber entrado en combate; las esclavas robadas

fueron violadas y usadas como ramera por los lascivos soldados.

Las legiones de Maximino el Tracio avanzarían por Panonia, saqueándolo todo y matando de hambre a sus pobladores.

Las ciudades y pueblos de la Panonia escuchaban con terror el nombre de Maximino el Tracio y sus habitantes imploraban a los dioses que no se encontraran en el camino de su ejército.

Maximino había capturado las codiciadas minas de oro ilirias y saqueaba los templos de los dioses: robaba su oro y plata para fundirlos y acuñar moneda con su efigie.

Marco y Gannicus fueron despojados de sus armaduras y atados con las manos a la espalda. Unas argollas al cuello les unían con una cadena entre sí y al caballo de uno de los germanos del tracio, forzados a avanzar a pie sobre el barro y la nieve.

Recimer galopó hacia los prisioneros y cruzó la mirada con el torvo Marco, quien antes estuvo a punto de matarle, escupiendo este sobre el barro. El suevo, enfurecido, le derribó con su caballo, provocando que él y Gannicus fueran arrastrados unos instantes, deteniendo la marcha de los caballos antes de que sus cuellos fueran rotos por las argollas de hierro.

En las frías noches de su cautiverio, Marco reflexionaba sobre su vida de violencia, sobre el Imperio y la proximidad de una muerte que él siempre esperaba, la muerte que siempre le acechó a lo largo de su existencia.

El Imperio... Había sacrificado su vida por él, desde que era un joven león en la II Legión Parthica, luchando bajo cinco Césares en las ardientes tierras de Partia, en la brumosa Caledonia, el país de los salvajes pictos, más allá de los muros de Adriano y Antonino en el norte de Britania, y en la agitada frontera del Rin contra los bárbaros del norte y más allá de esta; en Siria durante la guerra civil que siguió al asesinato del llamado Caracalla y en la última batalla en los márgenes del Danubio. Tantas batallas libradas en lugares remotos luchando junto a sus hermanos de legión primero y como pretoriano después. En la propia Roma acabó con las vidas del degenerado y tirano Heliogábalo y su madre Julia Soemia, ahogándolos en la inmundicia de las letrinas de Roma y arrojando sus cadáveres ultrajados por el pueblo al Tíber. Y también traicionó al justo Severo Alejandro, para dejar que le colocaran la púrpura imperial a este maldito bárbaro borracho, Maximino.

“¡La maldición de los dioses caiga sobre los pretorianos!”

Y ahora estaba pensando, encadenado y cautivo, junto a este patán galo

que le juró lealtad por sus antepasados.

“¿Para qué tanta sangre por Roma? ¿Por esto he luchado?”

Gannicus roncaba. El galo parecía estar habituado al cautiverio, o simplemente, ya nada le importaba y aceptaba su destino. Sí, Marco había oído hablar de él. Fue un temible gladiador castigado por sus muchos crímenes como bandolero y asesino en sus bosques de la Galia.

Recimer y sus hombres gustaban de humillar al pretoriano en su cautiverio.

Siempre les arrojaban las sobras de la comida, como a los perros.

Como todas las noches, el suevo se presentaba hacia donde el pretoriano y el galo se hallaban encadenados y vigilados por un piquete de guardias germanos.

Los germanos que les vigilaban se hallaban jugando a los dados.

—Ahí llega Recimer, levantémonos.

Los germanos se pusieron de pie y saludaron a su capitán con el puño en el pecho, quien les miraba con severidad.

—¿De modo que es así como guardáis a estos dos perros, germanos? ¿Jugando a los dados? El César nos matará si huyen, pero antes yo os arrancaré a vosotros la piel a tiras a latigazos, bastardos.

—Les vigilamos de cerca, Recimer...centurión, mi señor. El galo duerme como un oso, el pretoriano se mantiene despierto, pero sosegado.

Recimer saludaba a Marco con burla e ironía.

—Salve, centurión Marco Valerio Celer, aquí os traigo a ti y al galo la cena, espero que sea de vuestro agrado.

Gannicus fue despertado por la bota del suevo.

—¿Qué demonios ocurre?

—Tu cena, patán de la Galia.

Los germanos les arrojaron al barro huesos roídos y sobras de pan ácimo y cebada, que Marco y Gannicus comieron con avidez.

—Debéis estar fuertes para honrar el espíritu de Donnar en la arena, jajajajaja.

Marco le miraba con su torva mirada oscura.

—Germano, a ti te mataré también.

Recimer sintió miedo por un momento en su interior. Agarró la gruesa cadena que tenía sujetos al pretoriano y al celta a un poste clavado en tierra.

—¿De veras, romano? ¿Y qué harás para matarme? ¿Invocar a algún dios

para que te rompa la cadena que aprisiona tu cuello a este madero? Sí, romano... nos divertirás en la arena, el César tiene dispuesto algo especial para vosotros dos en Sirmium.

—¡Vete al infierno, perro!

—Mi señor, el augusto Máximo, hace gozar de placer en el lecho a una noble romana allí...¿cómo se llamaba esa ramera...? ¡Ah, sí! ¡Julia Terencia!

—¡Maldita escoria bárbara, ve a chupársela a tu amo y déjame en paz!

—Y cuando se canse de ella nos la entregará a nosotros, sus germanos, para que la penetremos por todos los agujeros de su cuerpo, jajajajajaa.

Marco se arrojó sobre el suevo con ira, pero la argolla de hierro que aprisionaba su cuello le impidió alcanzarle con dolor.

—¡Os mataré si la tocáis, basura!

—Reserva tus fuerzas para la arena, romano, las necesitarás para morir como un gladiador miserable.

Tras unas jornadas de marcha, las legiones de Maximino arribaron a las puertas de Sirmium.

El gobernador de la provincia, el nervioso Quinto Sergio Paulino, alertado días antes por un emisario a caballo de su llegada, salió al encuentro del Emperador, fuera de sus murallas y acompañado de su escolta personal, mandada por el centurión Casio, y de los magistrados y nobles de la ciudad.

Paulino portaba su coraza musculada y grebas en las piernas. Un yelmo con vistoso penacho blanco protegía su cabeza y un capote pardo cubría sus hombros y espalda.

El gigantesco Maximino acudió a las puertas de la ciudad acompañado de su hijo Máximo, ambos ataviados con su armadura, con los empenachados yelmos al brazo y la mano sobre el mango de sus envainadas espadas, rodeados como siempre por su leal y temible guardia de germanos, con sus cascos con crin de cola de caballo cayéndoles a la espalda y sus cotas de malla de hierro romanos, sus escudos ovalados vistosamente pintados y sus amenazadoras lanzas.

Maximino, con su gran estatura de coloso y su dorada armadura, parecía la encarnación del terrible dios de la guerra Marte, venido a la Tierra para cometer estragos entre la Humanidad.

Los legados y tribunos de las legiones, el estado mayor de su ejército, permanecían detrás de sus germanos, una deliberada humillación del tracio por su noble linaje.

—¡Salve, noble César! La ciudad de Sirmium te muestra su lealtad hacia ti....

El tracio le interrumpió en seco levantando su manaza.

—¡Sí, sí! ¡Ya sé! Necesito hombres para mi ejército, gobernador, y oro; espero que me los entreguéis de buen grado, debo partir hacia Italia.

Los nobles y magistrados se atemorizaron.

—Por supuesto, noble César, tuyos son los hombres de la ciudad y las fortunas de los patricios de Sirmium, que te son leales. Que lo dioses protejan tu camino.

—Aún no me he ido, gobernador.

Paulino se amedrentó.

Los nobles magistrados se miraron con temor y preocupación.

Casio, el jefe de su guardia, observaba a su gobernador con secreto desprecio.

Maximino observó a los nobles, un conjunto de viejos aduladores y avariciosos especuladores.

—¡Graciano!

El jefe de los espías del Emperador se adelantó.

—Sí, noble César... ¿Qué ordenas?

—Lee la lista de los traidores.

Graciano sacó de su zurrón un tubo de cuero que destapó para sacar el pedazo de pergamino que se hallaba enrollado en su interior y leer lo escrito en él.

—Magistrados y ciudadanos de Sirmium:

“Cayo Aurelio Cloro, Décimo Cornelio Cátulo Valeriano, Cayo Lucilio Públícola, Marco Junio Víctor Severiano, Tito Petronio Floro Rutuliano, Tiberio Calpurnio Rufo.

Ha sido probada vuestra perfidia y traición, manifestando repetidas veces y en público vuestros deseos de muerte contra el César.

También aquí os muestro las cartas interceptadas, escritas por vuestra mano y con vuestro sello, a los traidores Pupieno y Balbino y a los senadores de Roma, jurándoles vuestra lealtad y poniendo a su disposición vuestra fortuna para derrocar a nuestro divino y noble César.

El divino y noble César os condena a muerte por el crimen de alta traición, por conspirar con el rebelde Senado de Roma y los traidores y falsos césares Pupieno y Balbino.

Seréis decapitados y vuestras cabezas exhibidas en el Foro de la ciudad para público escarnio, y confiscadas vuestras fortunas, casas, villas, tierras, esclavos y animales, que pasarán a ser propiedad del Estado, y vuestras familias desterradas a la isla de Samos, en Grecia, donde pasarán confinadas el resto de sus días.”

El reptil de Graciano exhibió en el aire el arrugado documento del que, sin embargo, no dio a conocer el contenido de su texto.

Maximino sonrió cruelmente satisfecho. Deseaba hacer una purga entre la nobleza sin importarle su lealtad para sembrar el terror, tal era su brutalidad, y quedarse con sus propiedades y dinero.

Los nobles aludidos protestaron airadamente haciendo valer su inocencia y la falsedad de las acusaciones, pues sabían que el rapaz Maximino deseaba arrebatarles su riqueza, las fortunas más grandes de la provincia de Panonia Inferior; la acusación de alta traición se fundamentaba en débiles y dudosos argumentos y en testimonios falsos.

—¡Dejadnos ver esas cartas!

—¡Es falso, no somos unos traidores! ¡Te somos leales, César!

—¡Somos inocentes, pero si nos condenas queremos un juicio justo con garantías!

—¡Tú solo quieres nuestra fortuna, bárbaro miserable! ¡Que los dioses maldigan tu nombre!

—¡Si hemos de morir, queremos hacerlo como nobles romanos, no como criminales! ¡Dadnos una daga!

—¿Qué será de nuestras familias?

El gobernador Paulino respiró aliviado, pues la fortuna de este no era tan importante. Además, el Emperador necesitaba de un gobernador temeroso de él, pero leal, en esta estratégica y conflictiva provincia; no quería tener que nombrar a otro, pues deseaba asegurarse el no tener enemigos a sus espaldas en su avance contra Roma.

También estaba presente el edil Cayo Fabio Marciano, visiblemente asustado, pues eran habituales en él sus chanzas: se burlaba de forma pública en los numerosos banquetes en los que participaba del aspecto y tamaño del Emperador y de su curioso origen medio bárbaro, imitaba sus gestos y su imperfecta habla romana en sus reuniones con la alta sociedad de Sirmium, unas indiscreciones que podrían costarle la vida al orondo y cobarde Marciano, podía verse junto a los desdichados nobles en su suplicio si el

terrible tracio se enteraba.

Uno de ellos, Tiberio Calpurnio Rufo, pidió hablar.

—Noble César, algunos de nosotros, los que tú condenas hoy a muerte de forma injusta, han servido a Roma luchando en sus legiones contra sus enemigos, arriesgando sus vidas. Yo, Tiberio Calpurnio Rufo, magistrado y pretor de la ciudad, luché por la gloria del Imperio en Britania, Germania y Partia, sin importarme si el César al que servía lealmente y con honor era justo o un tirano. Lo mismo te digo a ti, oh, Maximino, mátame, sí, si es ese tu deseo y ambicionas mi fortuna y casa, porque eres un tirano patético al que no deseo servir ni humillarme ante ti, bestia inmundada. Que la ira de los dioses caiga sobre ti. Puedes matarme, pero concédeme la gracia de morir como muere un noble romano, por mi propia mano.

Maximino, lejos de encolerizarse por llamarle tirano patético y maldecirle ante los dioses, le miró, al principio desconcertado. Una mueca de tímida sonrisa de burla empezó a dibujarse en su prognática mandíbula, que se transformó en una gran y sonora carcajada.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja! ¡Bufón perfumado! ¡Rata asquerosa! Quieres que te otorgue tu deseo de morir por tu propia mano, ¿eh?, como un noble patricio, sí... ¡Ja,ja,ja,ja,ja! Cuando tú y muchos como tú estabais en el ejército teníais vuestro culo bien caliente en vuestra tienda mientras, yo, Maximino el bárbaro, mataba a los enemigos de Roma derramando mi propia sangre y viendo caer muertos a mis legionarios a mi alrededor. ¡Maldita zorra patricia! ¡Tu cabeza colgará también hoy en las columnas del Foro!

Los generales, a sus espaldas, contuvieron su ira contra el Emperador. Hacía ya tiempo que temían por sus propias vidas, pues la simple sospecha de traición también les haría perder sus cabezas como al infortunado legado de la IV Legión Itálica Sempronio Vindex.

También ellos temían por su vida y propiedades, pues, nobles como eran, no podían estar seguros de que el tracio no los eliminara para quedarse también con sus fortunas cuando las guerras hubieran concluido y no los necesitara.

Maximino mataba sin juicio a los nobles romanos de los que recelaba, como a simples bárbaros o esclavos, algo que les disgustaba.

—Germanos, cortadles a estos ahora mismo las cabezas y llevadlas al Foro, y echad los cuerpos al basurero sin honras funerarias. Muy poco valerosos me parecen estos perritos elegantes como para volver del más allá

como espíritus malignos buscando venganza. En cuanto a sus familias, apresadlas, serán desterradas. Que no se lleven nada, solo sus vestiduras.

Graciano intervino para hablar reservadamente al oído del Emperador:

—Noble y divino César, hay un pequeño detalle...

—¿Qué sucede ahora, frumentario? No pongas a prueba mi paciencia contigo, sabandija.

—La provincia griega y sus islas ya no te son leales, sino al traidor Senado de Roma y a tus enemigos Pupieno y Albino. No puedes mandar al destierro a las familias de estos traidores a la inhóspita isla de Samos, al menos hasta que alcances tu victoria.

—Cierto, Graciano, ¿qué me sugieres?

—Mátalos también. No te conviene dejar enemigos vivos que busquen venganza. Entrega a sus mujeres e hijas como ramerías a tus germanos, eso les hará más leales aún a ti, noble César.

Maximino esbozó una malévolía sonrisa.

—¡Germanos! ¡Apresad a las familias de estos traidores y ejecutadles! Dejad vivas a las mujeres que os agraden, os las concedo, haced con ellas lo que os plazca.

Los germanos aclamaron a su Emperador.

Los legados se miraron unos a otros, Maximino había sellado ya su fin.

Los nobles condenados protestaron de forma airada, de forma inútil.

El gobernador Sergio Paulino y lo que quedaba de su séquito se encontraban nerviosos y angustiados ante la imponente presencia del Emperador.

El centurión Casio, acariciaba instintivamente la empuñadura de su envainada espada, no temía al tracio ni a sus germanos y sus propios hombres eran experimentados combatientes en las guerras de las fronteras norteñas de Britania, Germania y la Dacia.

La poderosa voz de Maximino resonó como un trueno frente a las murallas de Sirmium.

—¡Ejecutad a estos aquí mismo! ¡Que vean todos cómo hago pagar la traición! ¡Y llevad las cabezas al Foro, que la ciudad de Sirmium sepa quién es Maximino!

Los seis nobles fueron apresados y decapitados a espada por los guardias germanos. Afrontaron la muerte sin dignidad, suplicando y lloriqueando por sus acomodadas vidas hasta que sus lamentos fueron silenciados para siempre.

Solo el noble Tiberio Calpurnio Rufo, el último en ser ejecutado, afrontó el fin con valentía.

—Germanos, dadme una espada, quiero morir por mi propia mano como un noble romano y no como un criminal.

Los germanos se burlaron de él.

El noble Rufo buscó con la mirada a Casio, el centurión de la guardia del gobernador.

—¡Centurión! ¡Te conozco! ¡Dame tu espada! ¡Seré rápido!

—No lo haré, pretor, afronta tu fin con dignidad y ofrece tu cuello a la espada.

Maximino se impacientó.

—¡Basta de palabrería! ¡Acabad con este perro de una vez!

—Mátame, Maximino, bárbaro repugnante, miserable tirano, pero tus días llegarán a su fin muy pronto, y acabarás también muerto, ahogado en tu propia sangre, muy pr...

—¡Silencio, perro!

Recimer abofeteó al magistrado para silenciar sus palabras y ordenó con un rápido gesto al germano que iba a decapitarle que procediera.

Este le agarró la cabeza por la oreja, ya que el pretor Rufo, quien a tantos había condenado administrando la justicia romana, estaba completamente calvo, y descargó el fatal golpe sobre su cuello; necesitó otro golpe más para separarle la cabeza del cuerpo.

Paulino y el resto de magistrados de la ciudad estaban blancos por el terror.

Tras la ejecución, un piquete de guardias germanos llevó las seis cabezas al Foro de la ciudad y las colgó de sus columnas, frente al mercado, provocando el espanto de los ciudadanos. Sus cadáveres fueron arrojados al vertedero de fuera de las murallas, ultrajados, junto con los de los criminales comunes.

Desde la cara oeste de las murallas, llegaban lamentos.

Entonces, el gigante reparó en el lejano e improvisado campamento de los enfermos agonizantes por la peste y reaccionó con asco y temor.

—Así que esta es la forma con la que pretendes acabar con la plaga, ¿eh, gobernador?

—Los enfermos por la plaga son sacados de la ciudad y abandonados en este lugar, noble César, así no contaminan a otros; el pueblo cree que la plaga

es un castigo de los dioses por convivir con esos cristianos y otros también creen que son estos los que han provocado la plaga por no quemar a sus muertos o por envenenar las aguas para provocarla.

—¿Cristianos? ¿Aquí, en Sirmium? Espero por tu bien, gobernador, que los hayas ya apresado cumpliendo mi edicto. Son muy hábiles con su brujería embaucando al pueblo.

—Sí, noble César, he de decirte que hace muchas jornadas el pueblo se levantó en grave tumulto contra ellos y yo ordené apresarlos a todos. Organicé unos juegos para tranquilizarlo: arrojé a los leones a todos ellos y quemé vivo a uno de sus sacerdotes, un hechicero. Ya no quedan cristianos en la ciudad.

—¿Un hechicero dices, gobernador?

—Sí, un sacerdote de esos cristianos, un tal Antonino, que decía poder sanar a los enfermos de la plaga, un embaucador y embustero. Pero desde que ordené aislar y sacar fuera de la ciudad a los enfermos y a sus familiares, y quemar lejos a los muertos, cada vez hay menos casos de peste en la ciudad, noble César. Si aparece alguno, es sacado fuera de ella y llevado a este lugar, junto a su familia, y su casa quemada.

—Los dioses parecen haber aplacado su ira con la muerte de esos hechiceros cristianos. ¿Y esos de ahí? ¿No han sanado?

Paulino miró las tiendas de los apestados; los lejanos lamentos y su tos enturbiaban el aire de la fresca mañana.

—Todos los enfermos por la plaga y sus familias están ahí, noble César.

—¿Todos, dices, gobernador?

—Sí, noble César, todos.

—¡Recimer! Llévate a algunos de tus hombres y a los arqueros sirios y que quemen con flechas incendiadas esas tiendas pestilentes con todos esos dentro, ásalos y asegúrate de que no pueda escapar ninguno y que has acabado con todos.

—Como ordenes, noble César.

A una orden de Recimer, los arqueros auxiliares sirios prendieron con fuego sus flechas, cuyas puntas embadurnaron de brea, en una hoguera encendida a tal efecto, y las dispararon sobre las numerosas tiendas que se hallaban fuera de las murallas de la ciudad, incendiándolas. Los enfermos y sus familiares que intentaban salir y escapar de las llamas eran alanceados y asaetados por los germanos y sirios y muertos a prudente distancia, pues la plaga les causaba terror. Los lamentos y la tos se transformaron en gritos de

terror y de dolor; pronto cesaron y el silencio se impuso tras la masacre, solo turbado por el crepitar de las llamas y el pestilente hedor a carne putrefacta quemada.

Maximino se deleitaba viendo como sus hombres acababan con esa gente y, tras la masacre, reparó en el gordo edil Fabio Marciano, que se hallaba temblando de miedo, con sus delicadas narices cubiertas por un pañuelo impregnado de mirra.

—¿Quién es este gordo afeminado, gobernador?

—Es Cayo Fabio Marciano, edil de la ciudad y organizador de los juegos.

Marciano sudaba copiosamente como un cerdo, nervioso y angustiado, antes de su sacrificio.

—S... Salve, n... nob... noble César.

—¿Qué te pasa en la boca? ¿Eres tartamudo? ¿O te doy miedo, cerdo? ¿No tendrás miedo de mi cólera porque también eres un traidor?

—¡N... no, noble César! ¡Te soy leal!

—Estás muy gordo, debes alimentarte muy bien, edil, mientras el pueblo pasará privaciones; desde ahora decreto que abandones tu casa y vivas con mis germanos, comerás sus sobras como un perro sarnoso hasta que adelgaces, tu aspecto me daña la vista. Estás tan gordo que seguro que no te ves el miembro cuando orinas, edil. Creo que lo debes usar poco, en cambio, tu culo es muy grande; por tu aspecto y tono afeminado de voz, gordo seboso, seguro que prefieres ser penetrado por el buen falo erecto de uno de tus gladiadores que fornicar el tierno conejito de una joven esclava. ¡Guardias, lleváoslo y que coma solamente las sobras que les dais a los perros! ¡Y penetradle su gordo culo también, seguro que os lo agradece esta puta gorda! ¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja!

Algunos de sus germanos tenían la costumbre entre su pueblo de la sodomía ritual, por lo que rieron y celebraron la ocurrencia del Emperador.

Marciano abrió los ojos desmesuradamente y no pudo articular palabra por el terror que sentía, mientras unos guardias germanos se lo llevaban entre risitas.

Paulino miró desconcertado cómo el gordo edil Fabio Marciano era arrastrado por esos bárbaros, entre llantos y súplicas.

El cruel tracio se le acercó inclinándose, dada su gigantesca estatura, para susurrarle al oído.

—¿Cómo está la bella esposa de mi fiel gobernador?

Quinto Sergio Paulino recordó la infidelidad de ella con el negro Nuba.

—Está bien, noble César.

—Asegúrate de que esta noche visite el lecho que me dispongas en tu casa Quinto. La última vez que la vi no estuvo muy dispuesta.

—Como tú ordenes, noble César, tuya es.

Su hijo Máximo miró a su padre y este comprendió, sonriendo.

—¿Y tu hermosa y joven hija, Quinto? Mi hijo Máximo tendrá su edad.

Máximo conocía de vista a la joven y dulce Livia Paulina, pero no sentía atracción por ella, la consideraba demasiado delgada y mojigata para él, sólo tenía afición por las lascivas esclavas y rameras que no le negaban ningún vicio ni deseo, si eran experimentadas maduras, mucho mejor, sobre todo era la noble Julia Terencia quien ocupaba su juvenil y apasionada mente.

—Padre, la hija del gobernador no es de mi agrado.

—Hijo, muy pronto habrás de casarte y la fortuna de la familia de su noble madre le proporcionará a tu esposa una buena dote, ¿no es así, gobernador?

Paulino palideció. Maximino había averiguado quién era su suegro.

—Ella murió, hace algunas jornadas, murió por la plaga... noble César.

Maximino escuchó con cruel indiferencia la noticia de la muerte de la hija de su gobernador. Le daba lo mismo casar a su hijo o no para obtener la fortuna de su familia, podía cogerla cuando quisiera.

—Bien, Quinto, vamos a tu casa, tengo hambre.

Capítulo XII

LOS GLADIADORES

—¡Coge la espada, griego! ¡Vamos! ¡Cógela! Vamos a ver de qué eres capaz... ¡Atácame!

Orestes había arrojado la pesada espada de madera que le servía de entrenamiento en el *ludus* de Marciano cuando le fue entregada por el gigantesco negro Nuba.

Cerca de ellos, los gladiadores se ejercitaban bajo la atenta vigilancia del ex gladiador Quirino, un asesino de Hispania, y de sus guardianes, auxiliares dálmatas cedidos al edil por el gobernador Paulino.

Anteriormente, los propios gladiadores, también esclavos de la casa del obeso edil Marciano, habían despejado la arena del *ludus* del barro en el que se había convertido la nieve fundida al final del invierno. Ahora se entrenaban sobre un lodazal.

Pese al frío seco de la mañana, todos ellos se cubrían tan solo con un pequeño taparrabo y calzaban unas fuertes botas de cuero, pues los vigorosos ejercicios que realizaban les daban calor.

Hacía ya algunas jornadas que el antiguo cristiano renegado, después de ser azotado por orden de Marciano, era maltratado por Nuba, quien intentaba que se ejercitara como los demás, y por sus hombres, que se le mofaban por su condición de cristiano, la cual creían cierta, pese a haber negado Orestes a Dios varias veces.

El Dios de los cristianos parecía castigarle con continuos sufrimientos por alejarse de Él.

Había más: el gigantesco negro, maestro de gladiadores en el *ludus* del edil Marciano, lo había violado. Lo golpeó con violencia hasta casi matarlo por resistirse, mientras aún curaba sus heridas de los azotes, y lo sodomizó durante la primera noche en el *ludus*.

Al etíope, aunque adicto a fornicar con mujeres, le gustaba yacer con algún joven primerizo recién llegado que le agradara, esclavo o criminal,

incluso hombre libre que se vendiera como gladiador para poder comer.

Nuba se enfureció y le golpeó en la cara con su poderoso puño, derribándolo, pero Orestes se puso de nuevo en pie aturdido y le sostuvo la mirada; ya nada le importaba, que le matara ese demonio negro o cualquier otro, le daba lo mismo, deseaba la muerte y comprobar si en verdad había algo más allá y si su joven esposa e hijo estaban en verdad esperándolo.

Pero Dios le negaba esa dicha.

Los gladiadores que se hallaban ejercitándose en ese momento detuvieron su entrenamiento y formaron un corrillo alrededor de Nuba y Orestes, expectantes y divertidos; hacía ya días que Orestes era el entretenimiento favorito de estos canallas, que se divertían con él, le vejaban y pegaban en su tiempo libre, y hasta echaban suertes a los dados para decidir quién le pegaba ese día; le obligaban a ofrecer su otra mejilla cuando era abofeteado, ya que aún le creían cristiano.

Quirino, ex gladiador hispano y ayudante de Nuba en el adiestramiento de sus hombres, se aproximó junto a los demás gladiadores.

—No le maltrates demasiado, etíope. Recuerda que este griego ha de llegar vivo a los juegos y ya le has castigado bastante. Muy fuerte ha de ser este griego para aún poder sostenerse en pie.

Los gladiadores se reían de Orestes.

—Su Dios le protege, jajajaja

—No la cogerá, Nuba, este es uno de esos cristianos. Tienen prohibido matar y ofrecen la otra mejilla si les golpean, jajajaja.

—¿Quién ha ordenado que paréis el entrenamiento, esclavos? ¡Volved al trabajo, escoria!

El negro golpeó su látigo en la arena y los gladiadores se dispersaron como por arte de magia para volver a su entrenamiento.

Los expertos ojos de Quirino estudiaron el cuerpo de Orestes. Había aprendido a hacer hasta del más inútil y pelele de los hombres un gladiador.

—Tal vez, Nuba, este griego no sea apropiado para luchar con espada corta y escudo. Fíjate en su cuerpo, delgado pero fibroso, ágil y resistente, y tiene coraje, no lo niegues, etíope; dale un tridente y una red, puede servirnos de reciarío para que uno de nuestros secutores le mate en la arena; la plebe odia y desprecia a los reciaríos, les considera cobardes y débiles.

—Sí, tal vez nos sirva con el tridente y la red este griego bastardo.

—No lucharé... matadme de una vez.

Nuba le miró sorprendido, quizá este fuera uno de esos cristianos de verdad y deseara morir para ir con su extraño Dios.

—¿Así que en verdad tú eres cristiano, eh, hijo de perra?

Nuba hablaba el latín con su fuerte acento africano.

Orestes permaneció mirando al suelo y en silencio.

Una gran bofetada del enorme negro le derribó de nuevo a la arena y, otra vez, Orestes se levantó, desafiante.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer, perro griego? ¿Mirarme? Bien, tu mirada refleja el odio que arde en tu interior, griego. El odio... el odio es el aliado de los gladiadores, el odio te ayuda a sobrevivir, te ayuda a soportar el castigo del látigo, a ejercitarte duramente hasta desfallecer y a matar en la arena al hombre con el que has convivido día y noche en el *ludus*, sin importarte su vida... ¡Sácalo y atácame! ¿Es cierto que los cristianos ofrecéis la otra mejilla si os abofetean? ¡Dame tu otra mejilla, cristiano!

Pero Orestes permaneció impasible, sosteniendo la mirada al etíope, que era, efectivamente, una mirada de odio contenido. Deseaba matarle.

Irritado por su insolencia, Nuba le dio un puñetazo en el vientre. Orestes luchaba por respirar tirado en el barro entre un terrible dolor

Quirino, molesto por la indiferencia del africano hacia sus palabras, le asió de su musculoso brazo deteniendo la previsible lluvia de latigazos hacia el maltrecho Orestes; había algo en ese griego que conmovió e impresionó al duro Quirino, algo que ya había visto antes en la arena de los sucios lugares donde luchó como gladiador.

Para divertir a la plebe, Quirino tuvo que acabar a espada con la vida de algunos de estos cristianos, quienes, arrodillados o firmes frente a él, le miraban a los ojos, no le suplicaban por su vidas ni ofrecían resistencia antes de que la mortal hoja de hierro cortara sus gargantas o atravesara sus vientres; el hispano, antiguo campeón de Arelate^[12], en la Galia, jamás comprendió el valor o la estupidez de estos desdichados cristianos, que incluso le perdonaban a él por lo que iba a hacer y morían con una sonrisa en los labios; nunca entendió qué clase de brujería o qué tipo de dios transformaba así a los hombres, que acogían a la muerte con gozo y alegría.

—¡Basta he dicho, etíope!

Nuba miró al hispano con odio e intentó liberarse el brazo del no menos poderoso excampeón, sin conseguirlo. Era un gigante de las montañas de

Hispania, descendiente del belicoso pueblo de los cántabros, grandes guerreros en los tiempos antiguos, y codiciados por otras naciones hispanas, por los romanos y por sus antiguos enemigos, los cartagineses, quienes los empleaban como temidos mercenarios en sus huestes; ofrecieron gran resistencia al César Octavio Augusto siglos después, antes de ser conquistados y sometidos por Roma; ahora, como todas las antiguas naciones de la indómita Hispania, los cántabros se habían convertido ya en leales romanos.

Quirino, borracho, mató a un hombre de una cuchillada en una pelea una tarde de taberna en su Hispania natal, por lo que fue apresado y condenado a la esclavitud. Lo enviaron a trabajar a las terribles minas de hierro del norte de Hispania, a las que sobrevivió unos años antes de ser vendido como gladiador, dada su fortaleza, a un lanista de Galia, quien le entrenó para matar y morir en los juegos. Ahora Quirino era un hombre libre, como Nuba, y ambos adiestraban y vigilaban la disciplina de los gladiadores del edil Marciano.

Los hombres detuvieron de nuevo su entrenamiento; miraban cómo sus dos maestros del *ludus* se enfrentaban. Quirino se dio cuenta de esta peligrosa situación y soltó al negro, quien se le enfrentó pegando su cara a él y le clavó los ojos.

—Solo que los dos cuidemos de esta chusma como hombres libres me impide matarte, hispano. No vuelvas a enfrentarte a mí delante de los hombres.

—Si quieres luchar contra mí, negro, podemos hacerlo con las manos desnudas cuando los hombres descansen y apartados de su vista. Te estaré esperando, perro, lo juro por los dioses romanos y por los de mis antepasados.

Nuba se le apartó, molesto. Orestes continuaba retorciéndose de dolor sobre la arena del *ludus*, luchando por respirar.

El etíope le escupió en la cabeza.

—No hay nada que hacer contigo, bastardo, no sé qué habrá visto mi noble señor en ti... ¡Vosotros, chusma, volved al trabajo o juro por todos los dioses que os arrancaré la piel a latigazos!

Los gladiadores volvieron a ejercitarse con espada corta y tridente en los postes de entrenamiento, algunos luchaban por parejas entre sí con pesadas espadas de madera para no herirse o levantaban grandes piedras y vigas de madera para fortalecer sus músculos.

Quirino volvió a dirigir su entrenamiento entre grandes voces de mando, corrigiendo errores.

Orestes se levantó a duras penas de nuevo y, otra vez, sostuvo su mirada con la del negro.

El etíope se dirigió a uno de sus gladiadores, que se adiestraba con espada corta auténtica, atacando a un poste.

—¡Eh, tú! ¡Dame tu espada!

Nuba arrojó la mortal espada corta a los pies de Orestes, clavándola en la arena.

—¡Coge la espada, perro! ¡No tendrás otra oportunidad para matarme! ¡Demuéstrame de qué estás hecho, griego!

Orestes permaneció en silencio, firme.

—Sigues mirándome... ¿No será que te agrado, griego? Tenéis reputación de invertidos... Te gustó que te clavara mi negra y gorda verga en tu culo, ¿eh, zorra? ¡Arrodíllate! ¡Vas a chupármela, puta!

Los hombres cesaron de inmediato su entrenamiento otra vez expectantes y los soldados allí presentes rieron divertidos, se burlaban de Orestes.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja! Mirad, el etíope va a clavarle su negra espada a este.

—¡Seguid ejercitándoos, perros!

Nuba era célebre no solo por sus hazañas como antiguo gladiador en los juegos, sino también por poseer un pene de tamaño descomunal.

Agarró a Orestes del brazo y se lo llevó a un sucio barracón, oculto a la vista de todos; allí lo forzó a arrodillarse.

—Quieres matarme... lo leo en tus ojos, he visto muchas veces esa mirada en mis adversarios en la arena; tus ojos llenos de odio me vuelven loco, zorra. Eres muy hermoso, podrías ser mi sirviente personal y yo te amaría todas las noches, serías mi amante, mi protegido... Pero, no, tú te obstinas en resistirte a mí, pero yo te violé y al final te domesticaré, puta... ¡Vamos, sácame la verga y empieza a chupar como la ramera que eres! Y cuidado con mordérmela o te clavaré mi puñal en el cráneo, o quizá quieras coger la espada y matarme...

—Si me metes eso en la boca, te quedarás sin ello, bastardo.

Nuba, enfurecido de nuevo por la insolencia del griego, levantó el látigo para azotarle mas, esta vez, con un rápido movimiento Orestes le arrojó la arena seca del suelo a los ojos, que le cegó, y le devolvió el golpe en el vientre. El coloso africano cayó al suelo en esta ocasión, encogido y retorcido de dolor, pues tal fue la furia con la que le golpeó el griego y la rapidez y sorpresa de su ataque.

Ya estaba harto de que le pegaran y el recuerdo de su violación, de la ejecución de Antonino y de la masacre en el anfiteatro de sus antiguos hermanos de fe hicieron que Orestes pasara de sentir asco de sí mismo, de los remordimientos y del sentimiento de culpa por su cobardía que le torturaba la mente, a liberar toda la ira que llevaba acumulada desde que dio sepultura a su esposa e hijo en la aldea.

Se arrojó sobre la garganta del negro, que se hallaba aún gritando de dolor sobre la arena, y le estranguló, a la vez que le golpeaba la cabeza en el suelo.

Quirino y sus gladiadores acudieron atraídos por el grave tumulto del barracón y se sintieron emocionados al ver la inusual lucha desde la amplia entrada. Mientras, los guardias corrían hacia ellos para separarles, empujando a los curiosos gladiadores en su camino, pero el gigantesco negro los detuvo desde el suelo con un gesto de la mano al tiempo que seguía siendo estrangulado por el furioso Orestes.

—¡Vamos, Nuba! ¡Mátale!

—¡Ja,ja,ja! Mirad al griego, ya es hombre muerto.

—Apuesto mi jarra de vino por este griego.

—¿Estás loco? ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

Nuba se revolvió con su poderosa fuerza y agarró las muñecas de Orestes, se liberó y lo empujó con un movimiento de pierna que lo hizo saltar por los aires por encima de él y lo lanzó fuera del barracón, y derribó a algunos guardias a su lado. El negro se levantó ágilmente, ya repuesto, y avanzó hacia su víctima para matarla con sus propias manos; los guardianes contenían a los gladiadores con sus lanzas.

El negro le lanzó un tremendo revés a la cara que derribó a Orestes, luego se lanzó sobre él.

Los hombres enloquecieron.

—¡Mátale, mátale!

—¡Acaba con él, Nuba!

—¡Rómpele el cuello, Nuba!

—Veremos si su Dios cristiano viene a salvarle... ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

Quirino observaba la desigual pelea con los demás, estudiaba con sus expertos ojos los rápidos movimientos de Orestes, pues quizá aún haría de él un gladiador, si Nuba no le mataba ahora.

Orestes cogió velozmente la espada que continuaba clavada en la arena,

dispuesto a matar por vez primera en su vida, pero una patada del etíope se la arrebató de la mano con violencia. El griego, sin embargo, le derribó rápidamente desde el suelo con sus piernas y le hizo perder el equilibrio. Le hizo morder el barro en el que se había convertido la arena y se levantó con rapidez para correr hacia la espada, lejos de él; Orestes la empuñó y esperó el próximo ataque del etíope, quien se abalanzaba sobre él como una fiera salvaje enfurecida.

La desigual pelea continuó entre el jaleo de la chusma allí reunida, hasta los soldados que custodiaban el *ludus* la disfrutaban; Orestes mantenía a distancia al gigantesco negro con estocadas y mandobles al aire mientras este esperaba su oportunidad para atrapar a su oponente.

Y la oportunidad llegó al lanzarle una estocada Orestes y esquivarla una vez más el negro, quien le agarró el brazo para retorcérselo y obligarle a soltar su arma con un grito de dolor. Lo agarró y lo levantó a continuación con su gran fuerza sobre su cabeza y lo arrojó al barro, pero Orestes se levantó con la velocidad de una pantera, en tanto el pesado etíope intentaba recuperar su aliento, antes de volver a atacarle para apresarle y romperle el cuello; de repente, una potente voz detuvo la lucha:

—¡Detente, esclavos!

El centurión Apio Casio hizo su aparición acompañado de sus hombres, quienes traían cautivos y encadenados a Marco Valerio y al galo Gannicus para entregarlos al *ludus*.

Nuba se olvidó del aterrorizado y exhausto Orestes y miró a los recién llegados con curiosidad.

—No soy un esclavo, ya no... Tu noble gobernador me concedió la libertad hace tiempo, romano.

Casio se adelantó y se puso enfrente del etíope, quien le sacaba cuatro cabezas de estatura al centurión, ya este de por sí, un hombre alto, y le propinó una tremenda bofetada en el rostro que lo hizo tambalearse, en medio de la turbación y el temor de los guardias y gladiadores presentes.

La sangre comenzaba a manar del labio del negro, quien se llevó las manos a la cara, desconcertado y sin reacción; los hombres de Casio le apuntaban con sus lanzas.

—Esclavo o no, sigues siendo una mierda bárbara. No oses jamás volver a ser insolente con un romano, basura, o la próxima vez te cortaré el cuello.

—Sí, mi señor, disculpas.

—¡Eso está mejor, perro etíope! Y ahora, hazte cargo de estos dos y ejercítalos para que luchen como gladiadores, pero no los maltrates demasiado o volveré a matarte. Han sido grandes romanos; límitate a guardarlos y alimentarlos en tus celdas hasta los próximos juegos en honor del César... Aunque no creo que lo necesiten, estos quizá valgan más que diez de tus esclavos.

»¡Y vosotros, hijos de perra, tirad las armas!

Orestes observó con curiosidad a estos dos romanos cautivos, como el resto de los gladiadores, que obedecieron al centurión arrojando sus armas de inmediato. Uno de ellos, con su torvo rostro atravesado por una cicatriz, cruzó la mirada con él y le saludó con un leve gesto de cabeza en señal de respeto por su valor.

Casio se dirigió a Nuba y a sus hombres mientras los prisioneros eran entregados a los guardianes del *ludus*.

—¡Escuchad, escoria! Maximino, nuestro divino y noble César, es vuestro nuevo dueño: ahora vuestras miserables vidas le pertenecen. Mañana saldréis a la arena a divertirle y a ofrecerle vuestra sucia sangre.

Nuba se sorprendió, inquieto. El edil Marciano se convirtió en su protector y también en su amante desde que este le visitaba por las noches en su lecho para que lo sodomizara, pues el orondo e invertido Marciano disfrutaba con gran placer del enorme miembro del africano desde que aun era un gladiador; el edil se comportaba con él como una refinada ramera y hasta sufría de celos cuando Nuba se acostaba con mujeres o violaba a algún desgraciado muchacho del *ludus*, por lo que castigaba a las esclavas que habían copulado con él, las azotaba desnudas enfurecido para saciar su perversa naturaleza.

Los gladiadores levantaron sus brazos en alto y vitorearon a Maximino.

—¡Salve, dios Maximino! ¡Salve, César!

Marco Valerio Celer los miró con desprecio y Gannicus sonreía, parecía reírse de ellos.

Marco y Gannicus fueron encerrados juntos en la misma pestilente y oscura celda. Pronto les traerían la misma comida que se servía a los gladiadores, mucho mejor alimentados que el resto de esclavos. Tenían hambre.

Marco sabía que esto no era aún el fin, pues ya había sido cautivo hace

mucho tiempo, joven legionario todavía, allá en las lejanas mesetas partas, a punto de ser cegado y desollado vivo, y sobrevivió gracias a la ayuda de los dioses y a su propio e innato valor, astucia y destreza en el combate; sabía, pues, que continuando vivo existían posibilidades de escapar.

Gannicus se palpaba aún su dolorida cabezota. Daría lo que fuera para tener delante de él al hijo de perra que se la golpeó hace algunas jornadas durante el motín contra Maximino.

—¡Que los dioses de los infiernos me lleven! He sido antes gladiador y espero que este *ludus* no sea distinto a los que yo he pisado.

—¿A qué te refieres, galo? ¿Así que es cierto lo que dicen de ti? ¿Fuiste tú gladiador?

—Sí, es costumbre alimentar bien a los gladiadores, mi centurión, incluso traerles una jarra de vino y mujeres para gozarlas; son una inversión cara.

—No soy tu centurión, galo, ahora somos gladiadores y debemos hacerlo lo mejor que sepamos para salir de esta con vida; además, nosotros no somos la inversión de nadie, les hemos salido gratis a estos bastardos.

—No, no eres mi centurión, mi señor, pero te juré servirte ante los espíritus de mis antepasados.

—¡Ja! Seguro que a tus antepasados no les gusta verte ahora en esta situación, galo; además, si te hacen luchar contra mí, tendrás que matarme, si no quieres que te mate yo a ti.

—En ese caso, mi señor, les ofreceremos un buen espectáculo a esos cerdos.

Marco le sonrió. Pese a todo, empezaba a querer a este animal de Gannicus pero, al igual que él, no dudaría en matarle para salvar su vida en la arena si les emparejaban en los juegos.

El galo se dirigió a un rincón de la celda y se puso orinar copiosamente. Empezó a maldecir lanzando amenazas al estrecho ventanuco del maloliente calabozo:

—¡Yo soy Gannicus, perros! ¡Gannicus de la Galia! ¡Os mataré a todos y os haré comer vuestras propias entrañas, bastardos hijos de puta! ¡He sido el campeón de Arelate! ¡No tengo ni para empezar con vosotras, rameras! ¡Aficionados! ¡Id a chupársela a vuestro negro, pues pronto acabaré con todos vosotros, escoria!

Marco rio.

—Guarda tus energías para la arena, galo, estoy seguro de que nos tienen

preparada una agradable sorpresa. Dime una cosa, galo...

—¿El qué, centurión...?

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo demonios les harás comerse sus propias entrañas a estos, si los matas antes?

Gannicus se rascó su enorme y dura cabeza pelirroja, pensativo.

Ambos hombres se miraron a los ojos y rieron ruidosamente.

—¡Mira, mira, centurión! ¡Yo fui crucificado en la Galia antes de ser gladiador!

Y el celta le mostró las cicatrices de los clavos de sus gruesas muñecas.

—Estoy impresionado, galo.

Y Marco, en respuesta, se subió su sucia túnica de soldado y le mostró las cicatrices cosechadas en sus innumerables batallas como legionario.

—Los dioses te protegen, mi señor, igual que a mí. Yo era temido en la arena, no por ser invencible, sino por creerme mis rivales protegido de los dioses al haber sobrevivido a la cruz tres días con sus tres noches.

—¿Cómo fuiste salvado, galo?

—Una mujer...

—¿Una mujer?

—Sí, mi señor, una mujer. Ella era la esposa del viejo pretor de Lugdunum^[13], a quien los dioses confundan en el infierno.

Marco rió, divertido.

—¿La esposa de un pretor, dices? Jajajajaja.

—Sí, mi señor, a ella la había raptado cuando iba transportada en su litera por los caminos de la linde de mi bosque. Maté a todos sus sirvientes pero dejé vivo a uno para que le reclamara por mí a su marido el rescate por devolvérsela.

—¿Y eso es todo, galo? No comprendo porqué le debes la vida a esa mujer.

—Nos convertimos en amantes en mis bosques, antes de liberarla, pero debí romperle el cuello, los esbirros del pretor hallaron la cueva donde me ocultaba y me prendieron.

—¡Ah, las mujeres! No confíes en ninguna, galo.

—Ella llevaba a mi bastardo en su vientre y engañó al viejo de que el padre era él, jajajaaa, y de que los dioses por fin habían escuchado sus plegarias de que le concedieran un heredero para su casa, y le convenció de

que era un desperdicio matar a un hombre tan fuerte en la cruz porque podía enriquecerlo luchando como gladiador.

—Entiendo, galo, y fue así como te convertiste en gladiador.

—Cierto, mi señor, fue bajado del madero, curadas mis heridas y entrenado por un lanista, un hijo de perra que me enseñó a luchar con espada corta y escudo. Cuando el viejo se cansó de ganar dinero con mis luchas, me vendió y me llevaron a Italia, antes de que mi bastardo de cabellos rojos naciera de esa ramera, jajajaaa.

Marco reía con la historia del zoquete Gannicus.

—¡Mi señor! Yo he divertido en la arena del Coliseo de Roma al propio César Severo, el que nos quitó el oro y quiso dárselo a los bárbaros.

El feroz Marco guardó silencio, recordaba al joven y desdichado Emperador.

Se arrepentía de haber apoyado su asesinato, pero no dijo nada.

De repente, el sonido de azotes sobre un cuerpo humano desnudo y los gritos de dolor que procedían del exterior les interrumpió.

Gannicus, con su gran estatura, se alzó para ver lo que sucedía a través de la estrecha ventana de la celda.

—Están azotando a ese muchacho, el que se peleaba con el negro... Malditos bastardos...

La pesada puerta de la mazmorra se abrió con estrépito de cerrojos, el hispano llamado Quirino, acompañado de cinco guardias, les ordenó salir.

Marco pensó acertadamente que este debía ser el segundo del mando del negro Nuba.

—¡Vamos, vosotros dos! ¡Salid! ¡Os conduciremos a comer con el resto de vuestros nuevos hermanos! ¡Ja ja,ja,ja,ja, ja!

El hispano se fijó en el celta Gannicus.

—A ti te recuerdo, galo... Sí, te recuerdo muy bien, hace ya mucho tiempo; ¿No me reconoces? Me venciste en la arena en aquel sucio agujero de Arelate y la plebe te obligó a perdonarme la vida, pues yo era su campeón. Ahora soy un hombre libre pero ardo en deseos de vencerte. Aquella mañana salí muy debilitado a la arena por unas fiebres que padecí durante la noche anterior. La próxima vez que te enfrentes a mí te mataré, galo.

—Sí, te recuerdo, hispano, luchaste bien. Te concederé el combate

cuando quieras, yo te quité tu corona de campeón en Arelate y seré ahora el campeón de este sucio *ludus* de Sirmium; me parecéis todos basura, os podría vencer con una mano atada a la espalda, perros.

—Pronto tendrás tu oportunidad, galo, y esta vez te mataré.

—Te estaré esperando, hispano.

—Pero ahora tú me perteneces y debo entrenarte, cualquier insolencia o indisciplina que muestres será severamente castigada, hijo de perra.

Uno de los soldados que les escoltaban, uno tan veterano como Marco Valerio, cortó en seco.

—¡Basta! ¡Callaos! ¡Y vosotros dos, escoria, salid!

Marco clavó su oscura mirada en la del guardia, quien se llevó la mano instintivamente a su envainada espada, se contenía en hacerle pedazos por su atrevida insolencia.

—Desenvaina tu espada y te la meteré por el culo, dálmata, seguro que tu negro ya te tiene acostumbrado.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Si estos no te matan en la arena, por los dioses que lo haré yo, pretoriano bastardo!

—¿En serio, dálmata? ¿Tú y cuántos más? No tengo contigo ni para empezar, botarate.

Gannicus rio ruidosamente. Hasta Quirino esbozó una leve sonrisa, pues odiaba a los guardianes del *ludus* que le trataban como si aún fuera un esclavo.

—No me das miedo, pretoriano, yo he servido en la guerra también, en la III Legión Itálica Concors, en el norte de Britania contra los pictos.

-¿En serio, asno? ¿En la III Itálica Concors? ¿Con esa pandilla de mujerzuelas? ¡Ja,ja,ja,ja! ¡Estoy harto de desplumarlos en la taberna apostando a los dados!

»¡Ja,ja,ja,ja,ja! Si tú hubieras servido en la II Legión Parthica, el toro y el centauro se hubieran caído de sus estandartes muertos de risa, mequetrefe, no hubieras sobrevivido; mírate, ja,ja, ja,ja, seguro que estás aquí porque le ofrecerías tu peludo culo a algún perfumado y noble tribuno de la Concors para que te retirara del ejército y te mandara aquí, ja,ja,ja...

Otro soldado se adelantó y amenazó a los tres prisioneros con la punta de su lanza.

—¡El espectáculo ha terminado! ¡Vamos, salid!

El burlado soldado se dirigió al oído de Marco.

—Si no te matan en la arena, lo haré yo mismo, perro.

—Te estaré esperando, putilla, pero no me agradas, apenas tienes tetas.

El dálmata se enfureció.

Quirino intervino empujando a los dos cautivos. La situación empezaba a ser peligrosa.

—¡Basta! ¡Andando los dos!

Los dos prisioneros fueron conducidos por Quirino al lugar donde comían colectivamente los gladiadores, el barracón de adobe donde antes pelearon Orestes y Nuba, bajo la atenta vigilancia de este y los guardias. Fueron sentados sobre un largo banco de madera frente a una robusta mesa junto a otros que apuraban el contenido de sus escudillas de barro con avidez y que les miraron con curiosidad y con contenidas ansias de armar bronca.

Otras mesas se hallaban situadas en hilera tras la suya, con unos diez hombres en cada una.

El lugar, en forma de gran rectángulo, estaba cubierto con una gran techumbre de paja y ramas.

La comida consistía en una pasta hecha de trigo molido y cebada con garbanzos cocidos y trozos de carne de cordero. A Marco le llamó la atención lo gordos que estaban todos, auténticas moles, con los músculos y vientres fortalecidos, pero protegidos de grasa, seguramente para atenuar en lo posible las heridas recibidas en las luchas, pues la mayor parte de ellos tenían el cuerpo señalado de cicatrices de cortes, estocadas y también de latigazos. Allí la disciplina era férrea y cualquier insubordinación o signo de rebeldía era severamente castigado, tal como comprobaron con sus propios ojos Marco y su compañero de cautiverio cuando, al ser conducidos al tosco comedor, pasaron delante del infortunado y valeroso Orestes, encadenado a un poste de entrenamiento, inconsciente y desnudo y con su cuerpo desollado a latigazos; el griego, a pesar de todo, seguía con vida, pues su Dios le castigaba negándole el fin, la paz de la muerte, o quizá le protegía.

Demasiado cara había pagado su osadía al enfrentarse al cruel gigante etíope.

Los gladiadores comían en silencio, dirigían recelosas miradas a los recién llegados, sobre todo a Gannicus, pues ya habían oído hablar de él y de su antigua reputación como luchador.

Y también habían oído sus amenazas y bravuconadas desde su celda.

Marco, que caminaba detrás de él, le susurró al oído.

—Parece que has hecho muchos amigos aquí, galo.

El celta sonrió brutalmente.

—Sí, mi señor, son todos unas rameritas del negro.

Había dálmatas, panonios, galos, hispanos, africanos e incluso britanos y germanos entre ellos. A juzgar por la edad de algunos, Marco pensó que estos últimos habrían combatido contra él en las guerras del norte antes de caer cautivos de los romanos. Sin embargo, la mayor parte, el resto, fueron comprados a otros lanistas o condenados por el noble pretor Calpurnio Rufo por sus crímenes a cambio de no ser ejecutados o enviados a las minas de oro; había también antiguos esclavos que trabajaron en las minas, en las canteras o en los campos, y otros que habían servido forzados como galeotes en las naves de guerra imperiales y que habían sido descubiertos y comprados a sus amos por su gran fortaleza física por Quirino y sus hombres, enviados por Marciano; y también había algún hombre libre que se había ofrecido voluntariamente como gladiador para saldar sus deudas de borracho y jugador.

Un niño, esclavo del *ludus*, les sirvió sus escudillas, que Marco y Gannicus comieron con hambre, pues ya hacía algunas jornadas que caminaban encadenados a los caballos de los germanos de Maximino hasta su llegada a la ciudad.

Nuba clavó su mirada en Marco, quien le ignoraba y comía vorazmente en silencio y con indiferencia.

Le llamó la atención la gran cicatriz que cruzaba su rostro y su cuerpo fornido y musculoso, pese a sus escasos cabellos y barba ya blancos.

—Quirino, ven, acércate... ¿Quién es este?

—No lo sé, Nuba, parece un soldado; adentro, en la celda donde estaba, le llamaron pretoriano.

—¿Un soldado? Sin duda lo es, pero es demasiado viejo para que yo lo adiestre, ¿qué demonios voy a hacer con él? Aunque es muy fuerte, únicamente me quedaría con ese patán galo; ha llegado a mis oídos que este te venció en Arelate y que no te cortó el cuello porque la plebe te perdonó ¿Es cierto eso, hispano?

Quirino clavó la mirada en la del negro, pues ambos hombres, aunque se respetaban delante de sus gladiadores, se odiaban a muerte: Nuba le robó la mujer al hispano, una hermosa y joven esclava britana de la casa de Marciano, a la que este prometió vendérsela en cuanto Quirino reuniera la suma que le pedía para entregársela. La amaba y yacía con ella en su lecho, hasta que

quedó encinta. Planeaba hacerla libre y convertirla en su esposa cuando le fuera vendida; pero el cachorro nació con la piel oscura, como la del africano Nuba, y Quirino casi le mata en la arena, delante de todos los hombres, pero el etíope fue salvado por los guardianes del *ludus*, que los separaron violentamente.

Aunque el negro le pegó antes de copular con ella, la resistencia que le opuso esta mujer fue mínima, por eso Quirino también pensaba matarla; pero el obeso propietario del *ludus*, que no deseaba perder los valiosos servicios y experiencia del etíope y de Quirino como entrenadores de gladiadores, resolvió la cuestión vendiendo a la esclava como ramera y se quedó con su hijo para ser entregado a sus esclavas amas de cría, pues seguro que cuando creciera podría ser adiestrado como gladiador, ya que la sangre de un ex campeón corría por sus venas.

Además, estaba fresco aún el incidente de su enfrentamiento delante de sus hombres por causa de Orestes.

Quirino desvió la mirada hacia el punto donde comía Gannicus y se apartó del etíope, sin contestarle.

El africano señaló con el mango de su látigo a Marco.

—¡Eh, tú! ¡Viejo! ¡Tu nombre!

Marco apuraba su escudilla, sin prestarle atención.

El gigantesco negro, irritado, levantó con su látigo la barbilla del pretoriano para forzarle a mirarle a la cara.

—¡Suelta tu lengua, romano, o haré que te lleven al poste!

—Yo soy Marco Valerio Celer, ex legionario de la II Legión Parthica y centurión de la Guardia Pretoriana cuando el cerdo de tu César me perdonó la vida para que fuera posible que tú me chuparas el falo. ¿Qué clase de lugar es este que diriges, esclavo, no hay vino?

La insolencia y desfachatez del romano causaron sorpresa en el etíope, quien se quedó sin reacción, pues no estaba acostumbrado a que sus gladiadores se le burlaran en su cara.

Al fin, Nuba le propinó un fuerte golpe en el rostro al insolente Marco con el mango del látigo, que le hizo sangrar por la nariz.

—Sin duda lo eres, romano, un auténtico soldado y un estúpido; legionario y centurión de los pretorianos, ¿eh? En verdad nos darás un buen espectáculo. Eres muy valioso, no es común tener clientes de tu categoría; pero ahora eres uno más de mis gladiadores y me obedecerás y respetarás, o te

arrancaré la piel a latigazos, ¿entendido, romano?

—Sí, mi amo —respondió con sarcasmo e ironía—. Os enseñaré a luchar, aquí solo he visto a cerdos con espada y a un mono con látigo.

Quirino reaccionó rápidamente poniéndole el filo de su espada en la garganta mientras Nuba le cogía por los cabellos, para susurrar al ensangrentado rostro de Marco.

—Aquí pondremos fin a tu insolencia, esclavo. Has venido a morir y morirás.

El resto de guardias que rodeaban a los gladiadores permanecieron alerta y expectantes ante cualquier gesto que pudiera representar un inicio de motín.

El etíope y el hispano le soltaron y Marco miró su cuenco de comida: su sangre había caído copiosamente en él, por lo que lo arrojó al suelo de un manotazo.

Un guardia germano de la escolta del hijo del Emperador irrumpió en el tosco comedor y habló el latín con su gutural acento bárbaro.

—El noble Cayo Julio Vero Máximo Germánico, hijo de nuestro divino y noble César, ha llegado. ¡Salid y mostradle respeto, gladiadores!

Capítulo XIII

AQUILEA

"Quieta, quieta...", un golpe seco, de arriba abajo con el grillete que asía la muñeca del preso y el cráneo de la gran rata estalló ensangrentado con un ruido seco, similar al que él, Cedric el celta, desertor del ejército romano, bandolero y asesino, escuchó tantas veces, aún en el fragor del combate, al clavar la punta de su espada en el pecho o dientes de su enemigo.

El olor nauseabundo de su "aposento", la fría y oscura mazmorra donde se encontraba cautivo junto a sus camaradas de fechorías, acabó por despejarle su vacía y dolorida cabeza tras vomitar ruidosamente los excesos del vino de la noche anterior sobre sus propios orines, presa del terror y la ansiedad.

Sus compañeros de cautiverio, otros dos desertores auxiliares galos y un esclavo fugitivo de origen siciliano, miembros de su banda, que sembró el terror en los caminos de la pantanosa región del Véneto asaltando y matando a los viajeros que se aventuraban por sus solitarios parajes para robarles, esperaban su terrible final postrados sobre los húmedos muros de la prisión, entre sollozos e implorando a sus dioses y llamando a su madre.

Esa misma mañana, el pretor de la ciudad los había condenado a muerte.

Los pasos de las botas claveteadas de los guardias se acercaban de forma rítmica a la pesada puerta de la lóbrega mazmorra, que se abrió tras el estrépito del correr de los gruesos cerrojos de hierro.

—Ha llegado vuestra hora, perros.

Los cuatro criminales condenados a muerte se encontraban lívidos y derrotados.

—¿Cómo será...?

El centurión sonrió malévolamente.

—Mi señor, el noble pretor de la ciudad, ha decretado que seáis llevados a la cruz, fuera de sus murallas.

Los condenados lloraron y suplicaron presos por el terror.

—¡Nooooo! ¡Clemencia! ¡Somos ciudadanos romanos! ¡Crucificad al siciliano, que ha sido esclavo, no a nosotros, por los dioses, fuimos soldados! ¡Cortadnos la cabeza, pero la cruz, no!

—¡Nooooo! ¡No quiero morir!

El rudo centurión golpeó con su vara de vid a los gimoteantes presos, ensañándose.

—¡Silencio, mujerzuelas! ¡Dejad ya de lloriquear! ¡Pagaréis vuestros crímenes como los criminales que sois! ¡Vosotros, sacadlos al patio y azotadles y después lleváoslos a la cruz!

La pena de muerte por crucifixión, que los romanos aprendieron hace siglos de sus odiados enemigos los cartagineses, la cual refinaron y perfeccionaron, estaba reservada para los esclavos, los bárbaros y los criminales de las provincias que no gozaban de la ciudadanía romana, pues era este un suplicio terrible, una muerte lenta, dolorosa, humillante y vergonzosa: el condenado quedaba totalmente desnudo para acentuar la vergüenza. Era una pena impropia para aplicarla a un ciudadano libre del Imperio; tan solo los desertores auxiliares del ejército podían ser también condenados a la cruz como excepción.

También muchos cristianos fueron crucificados cuando fueron perseguidos, pues negaban al Imperio y ser ciudadanos romanos.

Los ciudadanos romanos condenados a muerte tenían el privilegio de ofrecer su cuello al filo de la espada o el hacha del verdugo para que les cortara la cabeza, una muerte mucho más rápida y “honorable” que la infamante cruz.

Los presos fueron sacados a rastras con gran resistencia, pálidos, gritando de terror y pidiendo que les perdonaran sus miserables vidas. Hubo que golpearles más antes de sacarlos al patio del pretorio de la escasa guarnición de Aquilea para desnudarlos por completo y atarlos a las columnas a fin de azotarlos mientras imploraban vanamente a los dioses.

La flagelación era un castigo añadido, previo a la crucifixión. Era tan brutal que no era extraño que algún reo muriera azotado antes de ser crucificado.

Los soldados encargados de estas siniestras ejecuciones sabían esto e intentaban matar a los condenados a latigazos, para ahorrarse el enojoso trabajo de crucificarles. Pero la ley romana dejaba bien claro que el

condenado no debía morir azotado antes de ser llevado a la cruz, para ejemplarizar y aterrorizar al pueblo con su ejecución.

Los gritos y alaridos de dolor se mezclaban con el llanto y el seco sonido de los terribles látigos hechos de tiras de cuero con bolitas de plomo incrustadas, que laceraban y arrancaban la piel de los desnudos cuerpos de los cuatro condenados. Estos intentaban inútilmente esquivar los latigazos, los cuales les producían heridas en espaldas, pecho, nalgas y muslos. Mientras, los soldados que presenciaban el brutal castigo se mofaban de ellos y reían alegres jaleando los golpes.

Los caballos de las tropas, atados en el cercano abrevadero, se asustaban y encabritaban por el seco sonido de los latigazos.

Cuatro robustos y largos leños fueron traídos al lugar tras la terrible paliza. Los soldados desataron de las columnas que rodeaban el patio a los que iban a morir clavados en los maderos. Los condenados se desplomaron sobre el enlosado, ensangrentados y con sus cuerpos cruzados a latigazos, convertidos en pulpas humanas.

Uno a uno fueron llevados a rastras al abrevadero donde bebían los caballos de la guardia y les sumergieron las cabezas para reanimarlos, arrojándolos seguidamente al suelo, sobre los ásperos travesaños de sus cruces, donde les fueron atados fuertemente sus brazos. Los levantaron con brusquedad, quedando los condenados encorvados por el peso del travesaño sobre sus hombros. Después unieron a los cuatro con una larga sogas atada a sus cinturas para obligarles a caminar hacia el lugar de ejecución fuera de la ciudad e imposibilitar una fuga mientras eran conducidos al suplicio.

El centurión que dirigiría la crucifixión escribió con un punzón la palabra “Bandolero”, en latín, sobre cuatro tablillas de madera que fueron colgadas de los cuellos de los reos.

La mortal comitiva salió de la ciudadela de la guarnición escoltada por varios soldados auxiliares celtas procedentes de Galia, Nórico y el norte de Italia, mandados por un centurión. Los guardias empujaban con sus lanzas a los molestos mirones y tiraban de la sogas de los condenados, les obligaban a caminar totalmente desnudos y expuestos a la vergüenza pública, con su cuerpo vencido por el peso del madero atado sobre sus hombros y descalzos, con la vista fija en el suelo. Azotaban en las expuestas nalgas a los que se rezagaban mientras los ciudadanos de Aquilea les arrojaban verduras podridas e inmundicias y les insultaban.

La populosa ciudad de Aquilea, en el norte de Italia y al pie de los Alpes Julianos, en los márgenes del río Natissa y a seis leguas^[14] al norte de las lagunas cerca del Mar Superum^[15], plagadas de mosquitos, era una de las mayores del Imperio, donde vivían unos cien mil habitantes, muchos comerciantes y artesanos, entre los que coexistían italianos, griegos, celtas, judíos, sirios y hasta egipcios; hasta allí llegaban en esos días numerosos carros cargados con alimentos del campo, huevos, jaulas atestadas de aves de corral y grandes rebaños de ganado para aprovisionar de víveres a sus habitantes y dejar sin ellos a las hambrientas legiones de Maximino que pronto avanzarían hacia el norte de Italia.

Y Aquilea había jurado lealtad al Senado de Roma.

Una gran muchedumbre de gente, habitantes de la región, llegaba a la ciudad como refugiados, pues temían la ira del tracio al verse privado de víveres debido a que el territorio había sido totalmente despojado de su ganado y cosechas. Los campos fueron quemados para que el exhausto pero aún aguerrido y numeroso ejército de Maximino no pudiera aprovisionarse de alimentos para sus hombres y forraje para sus caballos. Además, no huir a la ciudad significaba morir de hambre.

Por otra de sus puertas, prohibido su tránsito, los esclavos arrastraban carros cargados de cadáveres de apestados para quemarlos en las grandes fosas colectivas, excavadas y apartadas de las murallas de la ciudad.

La Asamblea había decretado que también los enfermos de la peste fueran conducidos fuera de la ciudad y abandonados para que murieran fuera de sus murallas, castigando con el destierro a quienes se apiadaban de ellos y se les acercaban, tal era el temor al contagio.

Las numerosas ratas de la ciudad corrían libremente entre los puestos del mercado, procedentes de sus cloacas; se habían multiplicado y engordado con los desperdicios de sus habitantes.

Los cuatro condenados fueron sacados de las murallas de la ciudad, que eran reformadas y reconstruidas a toda prisa por numerosos esclavos a los que les prometieron a cambio su libertad y por los propios ciudadanos de Aquilea, convertidos en improvisados obreros; reforzaban sus muros y fortificaciones, abandonados desde los tiempos de las guerras bárbaras de Marco Aurelio. Crearon también nuevas torres y bastiones que se extendían a intervalos sobre todo el perímetro de las murallas, dirigidos por expertos ingenieros militares

enviados desde Ravenna, el cuartel general de Pupieno; numerosas mujeres y niños daban de beber a los esforzados obreros.

Uno a uno, los reos fueron zancadilleados y arrojados con violencia y de espaldas al sucio suelo con su cara ofrecida al cielo, al pie de los postes que se hallaban permanentemente instalados en el lugar de las ejecuciones por crucifixión, con sus brazos amarrados a sus patíbulos, en medio del alboroto de las obras y de las gentes que les habían seguido insultándoles y pidiendo su muerte.

Los reos lloraban todavía y suplicaban vanamente por sus miserables vidas llenas de delitos; el centurión que dirigía la ejecución, harto de soportarles, les abofeteó con saña en el suelo.

—¡Vamos! ¡Acabad pronto el trabajo! ¡Estos perros se están ya cagando encima y apestan!

Era cierto. A tres de los condenados, angustiados, del intenso miedo se les habían soltado las entrañas y se defecaban y orinaban encima.

Uno tras otro se procedió a clavar a los condenados al madero. El primero fue Cedric, sobre quien se sentó a horcajadas uno de los soldados encima de su pecho para aprisionarlo con su peso, mientras otros dos sujetaban con fuerza cada uno de sus brazos, aun estando amarrado.

El soldado más experto en esta cruel labor arrojó la bolsa de cuero que portaba al suelo, lo que provocó que los clavos chocaran entre sí y se oyera su siniestro tintineo ; en su interior, además, portaba un pesado mazo de madera y unos pequeños tacos planos también de madera. Cedric palideció con un sordo lamento de terror que brotó desde su seca garganta. Empezó a defecarse encima.

Sus verdugos se apartaron con brusquedad, unos enfurecidos, otros riéndose y burlándose de Cedric, al que tiraron después de los cabellos y abofetearon.

—¡Maldito cerdo! ¡Rata inmunda! ¡Asqueroso!

Sexto, el centurión, se impacientaba con sus hombres.

—¡Acabad el trabajo!

El odio que sentían los soldados por los desertores era algo añadido al suplicio.

Estando de nuevo el infortunado Cedric bien sujeto por los crueles soldados, el que hacía de verdugo se desató las carrilleras de su yelmo y se lo quitó, lo dejó al lado de la bolsa de cuero para “trabajar” mejor. Apretó un

taco sobre su muñeca mientras colocaba la punta del primer clavo sobre él, dispuesto para ser golpeado con el mazo; la finalidad del taco de madera era estabilizar el clavo y tapan la salida de sangre de la herida.

El verdugo levantó su mazo y golpeó sin contemplaciones la cabeza metálica del clavo, atravesando el taco y la muñeca del desdichado Cedric, quien chilló de dolor de forma inhumana, pataleó violentamente al aire e hizo tambalear con sus convulsiones al fornido soldado sentado sobre él mientras la punta del clavo se abría paso a través de la áspera madera del leño, clavándose cada vez más a cada aterrador golpe del mazo.

Clavado ya el primer clavo a la muñeca izquierda de Cedric, el verdugo se levantó y se arrodilló esta vez frente a su muñeca derecha. Mientras, aquel seguía gritando de dolor y sollozando, invocando a los dioses ancestrales de su pueblo y a los espíritus de sus antepasados, ya que pronto se iba a reunir con ellos, quizás más tarde de lo que desearía, ya que lenta y dolorosa sería su muerte.

El mazo golpeó esta vez el segundo clavo, fijando este con su taco al travesaño. El infeliz Cedric chillaba de dolor, la sangre brotaba de sus muñecas bajo el taco de madera, pronto se coagularía.

Una vez clavados sus brazos al *patibulum*, los cuatro soldados lo abandonaron y lo dejaron en el suelo, bajo el poste donde sería después izado al finalizar el enclavamiento de sus compañeros de infortunio.

Junto a los cuatro postes donde serían crucificados los bandoleros había otros quince, repartidos por el lugar.

Uno a uno, entre terribles gritos de dolor y terror y el sonido de los golpes clavando los clavos, se procedió a repetir la misma operación con los restantes reos, quienes esperaban con angustia su turno suplicando y lloriqueando vanamente por sus vidas.

Los alaridos de dolor de los criminales interrumpieron el trabajo de los obreros que se hallaban en las inmediaciones. Observaban con terror y curiosidad el desarrollo de la terrible ejecución. Las más curiosas eran las mujeres.

Los capataces impusieron el orden entre sus hombres.

—¡Vamos, volved al trabajo, o todos acabaremos como estos si la ciudad no está bien defendida!

Los condenados fueron levantados del suelo, cada uno por dos soldados, y elevados con cuerdas por otros cuatro, las cuales se deslizaban sobre la

cabeza de los postes, no muy altos pero lo suficiente para que quedaran crucificados al encajar el agujero del travesaño horizontal practicado al efecto en la espiga del vertical. Pataleaban y chillaban de dolor y desesperación, en tanto la sangre de las heridas producidas por los clavos corría desde sus muñecas hasta sus pechos. Sus tobillos fueron atados al madero y clavados sus talones en él, entre nuevos y terroríficos gritos y golpes de las mazas. Las pantorrillas de los criminales quedaron a la altura de las cabezas de sus verdugos.

Uno de los crucificados se mordió la lengua y manaba la sangre de su boca, otro había perdido el conocimiento pero continuaba vivo; los alaridos y llantos de los criminales ajusticiados continuaron a la vez que elevaban sus cuerpos sobre sus maderos apoyándose en los clavos de los talones en cada intento de respiración, para caer nuevamente suspendidos y repetir el proceso. Cada vez gritaban menos, pues les faltaba el aire para respirar; pronto llegaría también la terrible sed y el agotamiento, que desembocarían en un día o cuatro en asfixia y muerte.

El gentío, curioso y aterrado, presenciaba los cuatro cuerpos totalmente desnudos y desfigurados a latigazos, que agonizaban colgados y clavados en sus cruces, con el letrero de su crimen colgado de sus cuellos, al tiempo que entraba en las puertas de la ciudad, junto a los carros de víveres; los ciudadanos que insultaban a los crucificados continuaban allí con sus insultos y burlas a los desdichados bandoleros, mantenidos a raya por los guardias a prudencial distancia de ellos.

Pronto vendrían los cuervos a picotear sus ojos y carne y las negras nubes de mosquitos de las cercanas marismas, cuyas cepas acababan de eclosionar con el final del invierno. Los soldados que los crucificaron permanecerían allí para vigilar el lugar y ahuyentar a los numerosos perros que vendrían a lamer la sangre que caía de los postes y que intentarían devorar los pies, puesto que la muerte habría de llegar de forma lenta y dolorosa, como ejemplo de la justicia romana.

Cedric y sus hombres habían sembrado el terror en la región durante cinco largos años hasta que por fin fueron capturados, borrachos, en el tiempo que gastaban su botín fornicando con las ramerías en una sucia taberna de la ciudad; aprovechaban la gran afluencia de forasteros esos días y la frenética actividad impuesta por la guerra civil que acababa de estallar, debido a que creyeron en su insensatez que no serían reconocidos; el abundante vino de la

región les hizo soltar la lengua delante de sus putas en el lecho, fanfarronearon de sus fechorías y hazañas. Fue el tabernero, sin embargo, un judío de Siria, quien sospechó de ellos al pagar con excesiva generosidad con denarios de plata, poco frecuentes entre su miserable clientela.

Así quedaron los cuatro sanguinarios criminales, desnudos, azotados y crucificados, expuestos a la vergüenza pública y esperando su lenta muerte.

El sol brillaba con fuerza sobre Aquilea, anunciando el final del invierno.
—¡Abrid paso al noble senador de Roma Rutilio Pudente Crispino!

La escolta armada apartó con violencia y empujó a la chusma de mirones que presenciaba la ejecución de los criminales para abrir paso a su silla de manos, portada por vigorosos esclavos y cubierta por un parasol para proteger a su noble viajero del inclemente sol de la mañana. Era uno de los dos senadores enviados por Roma para supervisar los trabajos de fortificación de Aquilea, que ejercían, además, el gobierno de la ciudad con plenos poderes del Senado romano.

Vestía la toga laticlavia de los senadores, blanca y listada de púrpura, y llevaba la cabeza cubierta por el manto, para protegerse del sol y del frío de la mañana del final del invierno.

El anciano Rutilio Pudente Crispino se llevó un pañuelo a sus aristocráticas narices, al pasar delante de las cruces.

—¡Deteneos!

Los esclavos obedecieron de inmediato a su poderoso señor y bajaron la silla al suelo con cuidado.

El centurión de la guardia que dirigió las crucifixiones saludó brazo en alto al senador, quien le observó inquisitivamente, pues el noble y viejo Crispino, antes de senador de Roma, fue un duro comandante del ejército.

—¡Salve, mi noble señor! Hemos crucificado a estos cuatro, condenados por el noble pretor de la ciudad.

El senador reprendió al oficial, sentado aún en su lujosa silla de manos.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es esto? Creí haber ordenado que no se llevara a la cruz a ningún criminal, que les estrangularan en sus celdas dándoles garrote; hay que sacar madera para construir máquinas de guerra y estas cuatro cruces son un gran desperdicio.

El centurión intentó justificarse.

—Mi noble señor, el pretor ha...

—¡Silencio, centurión! Descolgad a estos cuatro y llevad las cruces a la

ciudad con el resto de la madera.

—Pero, mi noble señor... Acabamos de crucificarles, siguen vivos.

El viejo Crispino observó a los agonizantes condenados a la vez que el celta Cedric levantó el sudoroso rostro y le devolvió la mirada. Respiraba con dificultad, la abundante saliva iba resbalándole de la boca. El celta pareció suplicarle de forma muda un rápido fin que pusiera término a su terrible agonía.

—Acaba con ellos, centurión, mátalos y lleva las cruces con los carpinteros y... ¡Ah, por los dioses! Ordena que las limpien antes de inmundicias.

—Como ordenes, mi noble señor.

El senador volvió a taparse la nariz con su pañuelo y ordenó a sus esclavos con enérgicos gestos de sus manos que levantaran su silla y se dirigieran al interior de la ciudad, seguido de su escolta.

El centurión le observó alejarse hasta estar bien seguro de que no le escucharía.

—Maldito viejo... ¡Y vosotros, chusma, marchaos de aquí! ¡El espectáculo ha terminado!

La gente que presenciaba la ejecución protestó.

—¡Vamos centurión! ¡Si aún están vivos y tardarán en morir!

—¡Largaos de aquí, he dicho, escoria! ¡Id a ayudar a los demás a construir las defensas!

Ante la amenazadora actitud del oficial, la plebe se marchó a regañadientes, decepcionados por no poder disfrutar más del espectáculo de la agonía de los condenados.

El centurión se dirigió a sus hombres, quienes se hallaban exhaustos y sentados en el suelo, bebiendo de sus cantimploras de cuero; los crucificados balbuceaban suplicando inútilmente agua.

—Rompedles las piernas y acabad con ellos.

Uno de sus hombres, un galo del norte de Italia, compañero de borracheras de su centurión en la taberna y veterano como él, protestó.

—¡Por Mitra, Sexto! ¡Pero si acabamos de crucificarles!

Sexto se le acercó a la cara.

—¿"Sexto..."? ¿Qué confianzas son esas, galo?

Sexto, un veterano comandante de origen hispano, pareció olvidar que ambos habían compartido la misma jarra de vino innumerables veces en la

taberna y hasta compartían a sus rameras; a ambos les unía una antigua amistad, pues habían luchado juntos contra los bárbaros del norte en la frontera del Rin y se conocían muy bien.

—Disculpas, mi centurión... Ha costado mucho azotarles y crucificarles y los hombres están cansados; hubiera sido mejor matarlos a latigazos en el Pretorio y habernos ahorrado todo este espectáculo de las cruces.

—Son órdenes del senador. Al parecer hace falta más madera para construir catapultas y balistas, no habrá sido suficiente talar los árboles y derribar las cabañas de los aldeanos; vamos, rompedles las piernas y dejad que mueran rápidamente; dos hombres los guardarán y vendremos a descolgarlos al atardecer. Volveremos con más hombres y un carro, hemos de sacar toda la madera de aquí y llevárnosla para que las aprovechen los carpinteros.

Los brutales soldados se acercaron al pie de las cruces, empuñaban pesados garrotes y golpearon con suma violencia las piernas de los crucificados, las cuales quebraron por debajo de las rodillas. Con esto perdieron ya toda resistencia y apoyo para elevarse para respirar. Sus cuerpos se vinieron abajo entre desgarradores lamentos, faltos sus pies de soporte; tardarían pocas horas en morir asfixiados.

El senador Pudente Crispino entró en la ciudad por una de sus puertas a bordo de su litera mientras los fornidos guardias que le escoltaban apartaban a empujones a los ciudadanos y esclavos que se hallaban en medio de su camino. Iba a reunirse con su colega, quien estaba aguardándole en la Asamblea de la ciudad, el también senador Tulio Menófilo, ambos comisionados por el Senado de Roma para asegurar la lealtad de los aquilenses.

Tulio Menófilo, antiguo soldado como lo fue también Crispino, hablaba a los venerables ancianos y magistrados de la Asamblea que gobernaban la populosa y cosmopolita Aquilea. Al frente de ellos, Tito Ofelio Floro, prefecto de la Ciudad.

—¡Aquilenses! ¡No tengáis ningún temor! ¡No temáis! El Senado de Roma ha declarado proscrito y fuera de la ley al infame Cayo Julio Vero Maximino, llamado el Tracio, de origen semibárbaro y campesino, quien hace tres años y tras traicionar y matar al legítimo César en Germania, el noble Severo Alejandro, se dejó cubrir por la púrpura. Él no desea el bien del Imperio, sino el suyo propio; roba y saquea las fortunas de los nobles romanos

y carga de impuestos y mata de hambre al pueblo para sostener a su ejército por las provincias por donde pasa. Y en estos momentos, este tirano despreciable, maldito por los dioses por su monstruoso tamaño, se dirige hacia vuestra gran y leal ciudad para devastarla y robaros a vosotros ahora vuestras fortunas y haciendas y violar a vuestras mujeres e hijas. Debéis ofrecerle resistencia, pues el Tracio planea marchar sobre la propia Roma y arrasarla; acatad, pues, la orden del Senado de frenar su avance. Nuevas legiones se dirigen ya desde Hispania y África para incorporarse al ejército del noble Pupieno que se encuentra acampado en Ravenna.

Los magistrados de la Asamblea murmuraban acaloradamente entre ellos tras las palabras de Menófilo, existía aún división de lealtades por miedo a la venganza de Maximino.

Uno de los nobles aquilenses tomó la palabra.

—Maximino ha derrotado a los bárbaros en tres años de guerra, sus victorias han sido aplastantes, en consecuencia estos lamentarán por mucho tiempo el haber osado invadir nuestras fronteras del norte, sus legiones son aún numerosas. ¿Y el noble Pupieno qué hace mientras tanto en Ravenna? Esperando a que el tracio nos aniquile, mientras gana tiempo para recibir a las legiones de las provincias; y nos pide que resistamos y nos sacrifiquemos sin hacer él nada ni tomar la iniciativa, pues es sabido que él goza fornicando a la viuda del noble senador Cayo Terencio Nerva y del noble cónsul Licinio Quieto; así, parece que el noble César Pupieno prefiere seguir copulando con esa ramera que venir a nosotros con su ejército y auxiliarnos.

Los murmullos de los notables de Aquilea se confundieron con algunas risas.

Tulio Menófilo tomó de nuevo la palabra.

—Noble magistrado de Aquilea, te ruego tengas más decoro en tus palabras. Es verdad que el noble Pupieno se halla ahora aún acampado en Ravenna, pero no es cierto que él no haga nada, pues adiestra a sus inexpertos hombres de forma eficaz e implacable mientras espera la llegada de las veteranas legiones de Hispania y Mauritania a Italia, dado que él ha sido un experto soldado, y ten la seguridad de que es capaz de transformar a unos simples campesinos y libertos en mortíferos legionarios. En cambio, si el noble Pupieno decidiera avanzar ahora hacia aquí para esperar a las veteranas legiones de ese bárbaro traidor, sería vencido rápidamente, no tengas ninguna duda.

»¡Aquilenses! Debéis resistirle, pues el tirano Maximino no cuenta con suficientes máquinas de asedio aún capaces de asaltar o abrir una brecha en vuestras murallas, cada vez más poderosas e inexpugnables; además, le hemos dejado sin víveres y el hambre de sus legiones se volverá contra él, es cuestión de tiempo que sus soldados acaben con el tirano para finalizar esta guerra y poder comer. Entretanto, nosotros tenemos más que suficiente comida y pozos de agua, pero debéis resistir.

El murmullo de voces se dejó oír otra vez en la asamblea del Consejo, pues a los nobles de la ciudad, poseedores de numerosos esclavos, no les gustaba la promesa de los senadores Menófilo y Crispino de conceder la libertad a quienes la desearan a cambio de participar en el esfuerzo colectivo de reforzar las fortificaciones de la ciudad y de tomar parte activa en su defensa.

Temían tanto esto, el perder a sus esclavos, como que sus fortunas fueran saqueadas por el rapaz tracio.

—¿Resistir? ¿Hasta cuándo resistiremos si el enemigo construye torres de asalto, catapultas y arietes? ¡No resistiremos un combate cuerpo a cuerpo contra las legiones que vienen contra nosotros si abren una brecha o asaltan las murallas! ¡Nos aniquilarán!

—Cierto, destruirán nuestra ciudad y nos matarán a todos. Además, si no lo hace ese tracio inmundo, lo hará la plaga. Siguen enfermando y muriendo personas todos los días.

El vocerío de la Asamblea iba en aumento, los esfuerzos del viejo Menófilo de volver a pedir la palabra eran ahogados por el tumulto de la Asamblea.

El noble senador Rutilio Pudente Crispino llegó oportunamente, acompañado de su numerosa escolta armada, compuesta de auxiliares de caballería y pretorianos de la guarnición de Roma.

Los notables aquilenses cesaron sus discusiones de inmediato, con temor al ver a los soldados.

El senador Crispino tomó la palabra con su experta y persuasiva oratoria.

—¡Nobles magistrados y ancianos de Aquilea! El Senado de Roma, al que le debéis lealtad, ha condenado al tirano Maximino a muerte por unanimidad y ha decretado la destrucción de su memoria cuando sea vencido y le matemos; los dioses de Roma le han condenado. Es cierto que las legiones de Hispania y Mauritania vienen a reunirse al inexperto ejército del noble

Pupieno, pues he recibido esta misma mañana a los mensajeros portándome nuevas del desembarco de gran parte de esas legiones en el puerto de Ostia, y de que el resto han atravesado los pasos de los Alpes con éxito, procedentes de la leal Hispania, y ya se dirigen a Ravenna.

»Resistid, aquilenses, el Senado y el pueblo de Roma os lo ordena, todo el Imperio os lo demanda, los dioses de Roma os lo exigen; el destino del mundo romano depende de vuestra resistencia y determinación, pues poderosas son vuestras murallas y grande vuestro coraje, desde las guerras del divino César Marco Aurelio contra los bárbaros que amenazaban también destruir vuestra gran ciudad.

»No esperéis clemencia ni misericordia del inmundo Maximino, porque él os matará si le abris las puertas y violará a vuestras mujeres e hijas y las esclavizará y entregará a sus legionarios y bárbaros que le guardan para divertirse yaciendo con ellas.

»Tomad ejemplo de ellas, que han sacrificado su belleza, como sus esclavas, desde la más noble a la más plebeya de todas, cortándose los cabellos y entregándolos para fabricar cuerdas para los arcos, y para las catapultas y las balistas que nuestros ingenieros están construyendo de forma presta y minuciosa.

»¡Los dioses están de nuestra parte! ¡Ellos nos otorgarán la victoria! ¡El tirano, este perro bárbaro y borracho de Maximino, este engendro de los infiernos, morirá, y el Imperio se salvará de su tiranía y avaricia!

La Asamblea de la ciudad irrumpió en sonoros aplausos y quienes habían dudado y discutido al noble senador Menófilo se avergonzaron.

Crispino y Menófilo se abrazaron y los guardias armados levantaron sus espadas y lanzas al aire y golpearon sus escudos vitoreándoles e invocando a Marte, el dios de la guerra.

Floro, el prefecto de Aquilea, disgustado porque el Senado de Roma le había enviado a estos dos para indicarle lo que debía hacer y cómo gobernar su populosa y próspera ciudad, temía a Maximino; hacía un tiempo que mandaba secretamente cartas al tracio por medio de los mercaderes que comerciaban con el norte, algunos de ellos, agentes suyos en realidad. Floro le manifestaba su total lealtad y le hacía saber que el Senado quería controlar la ciudad, convenciendo a su Asamblea de que debían oponerle resistencia a su avance por Italia.

Tito Ofelio Floro deseaba asegurar su cabeza, se vendía al tracio como

un rehén de los senadores Crispino y Menófilo, los cuales habían corrompido con oro a los nobles magistrados de la ciudad a fin de convencerlos a la causa del Senado de Roma.

Floro desconocía que Maximino ya había previsto su ejecución y la de todos los dirigentes de la ciudad, aunque esta capitulara.

El senador Crispino le susurró a su colega al oído.

—Has estado a punto de perder el control sobre estas ratas togadas, Tulio. Quiero el nombre de quienes han dudado de su lealtad para con Roma y de sus posibles apoyos, obra con discreción. No los mates ni arrestes, mantenles vigilados, ya les juzgaremos y ejecutaremos cuando todo esto acabe; matarles ahora nos traería la enemistad y la desconfianza de los aquilenses.

—Estoy de acuerdo, Rutilio, no pierdas cuidado, mis hombres actuarán con discreción.

—Bien, mi noble amigo, confío en tu habilidad, nuestras cabezas dependen de ello.

—¡Por Minerva, Rutilio! Ve a descansar y tranquilízate, amigo mío, o mejor, ven a comer a la casa que estos generosos aquilenses han dispuesto para mi alojamiento; las viandas son generosas, me han entregado a su magnífico cocinero, un esclavo sardo que cuesta una fortuna y que lleva muchos años al servicio de uno de estos a los que tú llamas ratas con toga, el noble Tito Ofelio Floro, prefecto de la Ciudad.

—Te lo agradezco, mi noble amigo, pero prefiero retirarme a descansar, llevo supervisando las obras de fortificación toda la mañana. Además, he perdido el apetito, acabo de presenciar una crucifixión. Fue horrible... Las cruces estaban sucias de las heces y la sangre de los criminales... Y esa expresión en sus caras...

—¡Dioses, Rutilio! Has sido soldado como yo, deberías haber endurecido ya tu estómago, jajajajaja.

—Deberían prohibir ese infamante suplicio; nadie debería morir así, por muy grande que haya sido su crimen, ni siquiera el más vil de los criminales y el peor de los esclavos.

—Mi querido y noble amigo, olvidas que Roma ha dominado razas y pueblos enteros por la fuerza de sus legiones y ha mantenido después la paz con el terror de sus cruces.

—Lo sé, mi noble amigo. En fin, tienes razón, vayamos a tu casa y disfrutemos de unas buenas viandas y un buen vino de la región, es exquisito.

Ya habrá tiempo de las privaciones y el racionamiento cuando la guerra llame a nuestras puertas.

Transportadas por vigorosos esclavos, las sillas de manos de ambos senadores llegaron a la casa, escoltados por su guardia armada.

Los siervos dejaron su carga cuidadosamente sobre los adoquines del patio, y los nobles viajeros, que ya acusaban la artritis y el desgaste físico de su avanzada edad, puesto que Tulio Menófilo necesitaba un bastón para caminar, descendieron.

—Ya verás, Rutilio, mi noble amigo, los manjares y las viandas que nos ha preparado el sardo que me ha regalado el prefecto Floro.

—He oído, Tulio, que Floro es un hombre cruel con sus esclavos, que los maltrata a menudo por cualquier pequeña falta y que llegó a cortarle la lengua al sardo solo porque le molestaba que cocinara cantando las canciones de su agreste isla. Sin duda, esto habrá abaratado su precio, por muy buen cocinero que sea, mi noble amigo, hasta es posible que te lo regale.

—Sí, es un hecho cierto que este esclavo es mudo, pero desconozco si Floro le cortó en verdad su lengua o son habladurías de sus enemigos políticos. Es de mal gusto dar tormento a los esclavos innecesariamente. Roma ya ha tenido en el pasado varias revueltas de ellos, recordemos al infame Espartaco, mi noble amigo.

Los esclavos empezaban a servir los succulentos platos y el delicioso vino de la región en la mesa del *triclinium*.

Uno de ellos, esperando no ser advertido, probó con sumo placer el vino que servía en una de las copas de plata mientras ambos senadores seguían distraídos y hablando animadamente: el esclavo cayó poco después fulminado, con el rostro azul y echando espuma por la boca, lo que causó el espanto de los senadores, quienes se dieron cuenta que iban a ser envenenados.

Dos esclavos de la casa se arrojaron a los pies de los nobles romanos, imploraban su clemencia antes de que sus guardias pudieran reaccionar. Rutilio detuvo a sus soldados con un gesto para que no intervinieran.

—¡Piedad, noble amo! ¡Piedad! ¡Nosotros no sabíamos nada! ¡No nos castigues, piedad!

El centurión de su guardia comprobó que el infortunado esclavo había muerto envenenado.

—Nobles senadores, no toquéis el vino ni la comida. ¡Soldados! ¡Id a buscar al cocinero y prendedle! ¿Qué hacemos con los esclavos?

Menófilo estaba furioso y avergonzado ante su amigo, quien estuvo a punto de ser envenenado en su casa, como él mismo.

—Prendedles e interrogadles, quiero saber de dónde ha partido la orden de asesinarlos. ¡Sometedles a tormento y soltadles la lengua!

El sardo fue apresado cuando intentaba huir de la casa de Menófilo y arrojado a presencia de este y de Crispino, que trataron de interrogarle.

—¡Dinos, esclavo! ¿Quién te ha ordenado matarnos?

El sardo negaba nerviosamente con la cabeza, abriendo mucho los ojos; estaba aterrorizado por los gritos de dolor de los demás esclavos apresados, torturados con hierros al rojo para que hablaran.

El centurión le abofeteó.

—¡Habla, perro! ¡O por los dioses que esta noche colgarás clavado de una cruz!

Crispino detuvo el brazo del jefe de su guardia.

—Detén tu ira, mi fiel centurión, este esclavo no tiene lengua, dadle una tablilla de cera para que escriba el nombre de quien se lo ordenó.

Pero el infeliz cocinero no sabía escribir y, aterrorizado por la amenaza de ser crucificado, se arrodilló a los pies de los senadores llorando y balbuceando.

Menófilo se deshizo de él golpeándole con su bastón en la cara.

—¡Maldito! ¡Interrogad a los demás! ¡Soltadles la lengua! ¡Este no dirá nada!

Crispino intervino.

—Sardo, esclavo... ¿entiendes nuestra lengua?

El esclavo asintió nerviosamente con la cabeza.

—Te voy a dar un nombre y si ha sido él, asiente con la cabeza... Tu amo, el prefecto, Tito Ofelio Floro... Di, esclavo, por los dioses, ¿fue tu amo quien ordenó que nos envenenaras?

El cocinero dudó, agotando la paciencia del centurión, quien de nuevo le abofeteó con violencia y lo tiró al suelo.

—¡Responde, esclavo miserable!

—¡Basta, centurión! Respóndeme, esclavo y te será perdonada tu vida y pasarás a ser de nuestra propiedad. Te trataremos bien. ¿Fue tu amo?

El cocinero asintió de forma enérgica.

—Crucificad a este miserable al alba, la palabra dada a un esclavo no tiene valor. Pero azotadle bien antes y colgadle peso de los pies; quiero que

muera rápido, seamos compasivos.

Los guardias se llevaron al aterrorizado infeliz, quien balbuceaba intentando pedir piedad.

Un soldado irrumpió en el salón, saludando brazo en alto a los senadores.

—¡Salve, nobles senadores! Los esclavos han sido azotados y quemados con hierros y no han hablado, solo repetían sin cesar que ellos no sabían nada.

—Es indiferente que estos hablen o no, ya tenemos la respuesta. ¿Qué opinas, noble amigo, debemos perdonarles la vida?

—Creo que están tan asustados que dicen la verdad, Tulio, perdonémosles la vida, ya han sido suficientemente castigados, fueran culpables o no, aunque creo que, efectivamente, son inocentes, pues si lo supieran, ese infeliz no hubiera probado el vino.

Pero los esclavos habían dejado ya de aullar.

—Nobles senadores, disculpas... Los esclavos han muerto, no resistieron la flagelación ni que sus cuerpos fueran quemados con hierros calentados al rojo, los hombres se ensañaron demasiado con ellos, disculpas en su nombre.

—¡Por los dioses, qué contrariedad! Tendremos que cenar en vuestros cuarteles. Pensándolo bien, allí estaremos seguros hasta mañana. ¡Centurión! Apresa al prefecto con tus mejores hombres, pero, espera...

El senador Tulio Menófilo cogió un pergamino de un estante, un estilete de escriba y un tintero; se sentó y redactó una orden de arresto contra Floro. Acto seguido, cogió una lámpara de aceite y fundió lacre al pie del documento, estampando el sello de su dedo en él.

—Entrégaselo al comandante de su guardia y hazle saber que es una orden directa del Senado de Roma. Dadle una daga al prefecto y la oportunidad de acabar con su vida por su propia mano, si se niega, le ejecutáis. Luego registrad su casa y ocupadla, pronto nos instalaremos en ella como los nuevos gobernantes de la ciudad, en nombre del Senado y del Pueblo de Roma.

El centurión ya se disponía a partir con algunos de sus hombres hacia la casa del prefecto, cuando Tulio Menófilo le señaló con su bastón y le detuvo.

—¡Ah, centurión...! Y mata a su esposa e hijos, no debe quedar nadie con vida que nos reclame venganza, y apresa a sus esclavos.

Tito Ofelio Floro lloraba desconsoladamente. Apuntaba la punta de la daga que le había ofrecido el centurión a su corazón en la intimidad de su aposento.

Los soldados persiguieron y asesinaron a toda su familia

—¡Mi familia...! ¡Mi familia...!

—¡Vamos, prefecto! Sé rápido y muere con valor, con la dignidad de un noble romano o tendré que cortarte tu cabeza.

—Lo intento, lo intento... Pero mis manos tiemblan y son incapaces de empujar la daga a mi corazón.

El soldado desenvainó la espada decidido a decapitarle sin contemplaciones.

—¡Espera, espera! Solo un momento, un momento más...

—¡Basta, perro cobarde! Muere con honor por tu propia mano o te mataré yo como a un criminal y clavaré tu cabeza en una lanza en el Foro.

El cobarde Floro sollozó ante el desprecio y la burla de los soldados que presenciaban el acto, que imitaban sus llantos y pucheros con crueldad.

—Tu esposa y tus hijos han muerto, ellos han tenido más valor que tu a afrontar su fin. ¡Acaba con tu vida, prefecto!

—¡No puedo, no puedo! ¡Por los dioses, no... puedo matarme! Dame solo un mom...

La letal hoja de la espada cortó el aire con rapidez y, con él, segó de un solo golpe el cuello del hasta ahora prefecto de Aquilea.

Los soldados dieron tormento quemándoles las plantas de los pies a sus secretarios libertos, quienes les mostraron las pruebas que necesitaban:

Las cartas del jefe de los frumentarios, Graciano, con la órdenes de asesinar de los dos senadores por orden de Maximino.

Aquilea fue ocupada militarmente tras esto y por la mañana se convocó una reunión extraordinaria en la Asamblea. Se informó del intento de envenenamiento y se exigió un juramento de fidelidad al Senado de Roma a todos los magistrados y nobles de la ciudad.

Un guardia entró en la Asamblea con la cabeza de Floro, para disolver las escasas dudas existentes.

En el oscuro aposento, la hermosa Julia Terencia se despertó sobresaltada, con el nombre de Marco en sus labios. Había soñado que se encontraba en peligro de muerte. Sudorosa y desnuda, miró a su lado... Sí, el viejo Pupieno roncaba plácida y ruidosamente sobre el lecho. Ella acababa de entregársele nuevamente, lo miraba ahora a él y a su viejo y flácido miembro con repugnancia.

La noble dama romana se levantó y miró el estrecho ventanal de la

alcoba, dirigió sus bellos ojos color de miel de espléndida mujer madura a los limpios cielos de la noche de Ravenna, salpicados de estrellas. Hacía ya algunas jornadas que había dejado por fin de diluviar.

Empezó a sentir asco de sí misma por yacer en los lechos de los poderosos del momento para poder sobrevivir y mantener su alta posición social. Se sentía como lo que era en la práctica, una de las ramera más refinadas de Italia. Marco fue el único hombre, el único que no fue noble, al que ella amó en secreto; pero se avergonzó de él por ser un plebeyo.

Tras desposarse con el cónsul Quieto, Marco la abandonó disgustado, la despreció como a las numerosas putas y bárbaras con las que había yacido.

Y ella le odiaba y amaba al mismo tiempo por esto.

Su mirada se dirigió al norte, hacia la Panonia, pues sabía que su amado Marco Valerio Celer, se hallaba allí, vivo pero en grave peligro, puesto que lo vio en sueños luchando por su vida en la arena como un miserable esclavo para divertir al brutal Maximino.

Capítulo XIV

EL BANQUETE

El sol caía con fuerza sobre el lodazal de la arena del *ludus* de Sirmium durante esa fresca tarde. Hacía muchos días que no asomaba el sol en la región.

El infortunado Orestes, desnudo e inconsciente y con su piel marcada a latigazos, era desencadenado del poste y sacado de allí por varios esclavos del *ludus*. El griego continuaba vivo.

Los silenciosos gladiadores miraban con curiosidad y temeroso silencio al hijo del Emperador, el joven y caprichoso Máximo, rodeado por su guardia de germanos.

Marco le observaba con desdén.

Máximo sentía cólera en su interior, por la razón de que deseaba con ansia de joven semental volver a ver a la bella y noble viuda Julia Terencia pero se encontró con su inesperada ausencia. Estaba furioso.

Los guardias del *ludus* vigilaban a los gladiadores.

El oficial que los mandaba saludó brazo en alto al poderoso joven.

—¡Salve, noble Máximo! Estos que ves aquí son los gladiadores que ahora pertenecen a tu noble y augusto padre, el César.

Los gladiadores le saludaron también.

—¡Salve, noble Máximo!

Máximo los miró con desprecio. Buscaba con la mirada a Marco Valerio y a Gannicus, sobre todo al primero.

—¡Gladiadores! Mi augusto y noble padre, el César, ha dispuesto que mañana se celebren unos juegos en honor a Marte. Espero que deis un buen espectáculo y que derraméis vuestra sangre con honor. No quiero engaños, los combates serán a muerte, a quien finja o no se esfuerce en ofrecer una buena lucha se le cortará el cuello.

Nuba y Quirino miraron a sus hombres; muchos no habían salido aún a la

arena a luchar, pues hacía tiempo que no se ofrecían combates en los juegos desde que apareció la peste en la ciudad, fueran a muerte o no.

El ansia se dibujaba en los semblantes de los más veteranos y el temor entre los más bisoños.

Marco y Gannicus le escuchaban con absoluta indiferencia, ellos ya estaban muy acostumbrados a matar desde hacía tiempo.

Tras los breves titubeos, los gladiadores vitorearon a Máximo.

—¡Salve, noble Máximo! ¡Salve! ¡Los que van a morir te saludan!

Marco se burló de ellos con una sonrisa irónica y Gannicus eructó ruidosamente. Nuba los miró con ira apretando el mango de su látigo.

Él y Quirino se presentaron al nervioso Máximo, le saludaron con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Salve, noble Máximo! Yo soy Nuba y este es Quirino, somos hombres libres y adiestramos a estos gladiadores que ves aquí. Te ofrecerán un buen espectáculo, mi noble señor.

—Eso espero, negro, de lo contrario tú y tu amigo saldréis a la arena en su lugar.

Nuba y Quirino se miraron. La amenaza de Máximo no les preocupó, pues ellos se odiaban, deseaban matarse en realidad.

—Decidme, libertos, porque es lo que sois... ¿Dónde están el pretoriano y el galo que han venido esta mañana? Quiero que me ofrezcan una buena lucha.

Nuba les señaló con el mango del látigo.

—¡Vosotros dos! ¡Salid!

Marco y Gannicus iban a dar unos pasos al frente con fastidio pero Máximo se les acercó precedido y escoltado por sus germanos, quienes apartaban con violencia a la chusma allí reunida.

Recimer empujó al celta con su poderoso brazo, lo alejó del pretoriano, lo suficiente para que él y Máximo pudieran verse cara a cara, protegido este por las lanzas de sus germanos.

Máximo observó al ceñudo Marco, daba vueltas a su alrededor.

—Veo que no has perdido tu arrogancia, pretoriano. Mi noble y augusto padre decidió perdonarte la vida para que le divirtieras luchando en los juegos. Yo, sin embargo, te hubiera mandado matar sin vacilaciones.

—Muy poco hombre me pareces tú, cachorro insolente, para hacerme matar a mí.

Recimer le propinó una bofetada tan grande que le hizo tambalearse. Era la segunda vez que le golpeaban desde que había entrado en el *ludus* y empezaba a hartarse, solo necesitaba una espada en sus manos.

—¡Ten más respeto a tu noble amo, perro!

Marco le clavó la mirada, le hubiera abierto el vientre en canal si en ese momento hubiera empuñado una espada.

El poderoso germano alzó de nuevo su mano para golpearle, pero Máximo le detuvo.

—¡Basta, Recimer! ¡Detente! ¡Formad un círculo! Y tú, negro, dales una espada a este perro insolente y al galo... ¡Que luchen a muerte aquí y ahora!

Recimer le habló al oído.

—Mi noble señor, tu augusto padre, el César, ha ordenado que luchen mañana en los juegos para honrar a Marte y al espíritu de Donnar, no provoques su cólera. Morirán de todos modos.

Máximo enrojecía de ira.

—¡Morirán aquí y ahora!

Recimer le insistió, esta vez en voz alta, temía ser castigado por el violento tracio.

—¡Tu padre lo ha dispuesto! Su cólera caerá sobre nosotros, los germanos, si tú le desobedeces; por los dioses, mi noble señor, no hagas que estos dos luchen ahora.

Máximo observaba fijamente a los ojos al terrible Marco, entretanto el centurión de los germanos miraba a su joven señor, preocupado.

—Mi noble señor, no pongas a prueba la estima que tu augusto padre siente hacia los germanos, no le irrites desobedeciéndole.

—Tienes razón, Recimer, mañana honrarán a los dioses con su sangre por nuestra pronta victoria.

El pretoriano sabía que no le castigarían, luego tenía que estar fuerte y dispuesto al día siguiente para ofrecer una buena lucha antes de morir en la arena del anfiteatro.

Quirino hacía esfuerzos por no sonreírse, ya que empezaba a caerle bien este viejo e insolente romano quien, aun habiendo caído en desgracia, se burlaba en la propia cara de la muerte.

El joven se adelantó.

—¡Dejadnos solos a él y a mí!

Recimer dudó, temía al violento Marco, no estaba seguro de alejarse de

su señor.

—Pero, mi noble señor...

—¡He dicho que os retiréis! Quiero hablar con este perro.

Máximo y Marco se encontraron solos frente a frente en la arena del *ludus*. No obstante, sus germanos no perdían de vista los movimientos de las manos del pretoriano, dispuestos a atravesarle a lanzazos si intentaba algo contra el hijo del César.

Marco Valerio notaba el odio y la ira en el interior del joven.

—¿Dónde está...?

—¡Ja,ja,ja,ja, ja! ¡Por todos los dioses! ¡Ja,ja,ja,ja,ja! Así que era eso, ¿eh, cachorro? Tu complaciente puta ha huido de ti, ¿no es así? ¡Ja,ja,ja,ja,ja! Ella fornicaba con hombres, no con mozalbetes como tú, ¡ja,ja,ja,ja,ja!

—¡Maldito hijo de perra insolente! ¡Por los dioses que solo el deseo de mi padre por mantenerte vivo hasta mañana me impide matarte ahora!

—¿Tú? ¿Matarme tú a mí...? ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

—Más vale que mueras mañana en la arena, bastardo, pues si sobrevives le pediré a mi padre tu vida y te haré morir entre horribles suplicios lentamente, muy lentamente, hasta que me supliques que ponga fin a tus miserables días para siempre, después de castrarte como a un cerdo.

—Si no sabes conservar a una mujer, vete con tu germano. Parece que estáis muy unidos, seguro que le chupas la verga muy bien.

El joven desenvainó su espada y apoyó su afilada punta en el vientre de Marco.

—Ella morirá, la mataré por traidora... Sé que fue tu amante en Roma, me han informado bien, escoria.

—Por mí puedes hacer con esa zorra patricia lo que te plazca, cachorro, tienes mucho que aprender de las mujeres, aunque forniques con cientos de putas y esclavas que no sepan decirte que no.

Temblando de ira y de miedo, el joven se contenía para no atravesar con su espada al pretoriano.

Máximo se alejó de él sin darle la espalda, para dejarle solo en el centro de la arena del *ludus*.

Antes de irse, señaló Marco con la hoja de su espada.

—Mañana morirás, maldito arrogante, y si por alguna burlona jugada de los dioses sobrevives, reclamaré a mi padre tu vida. Te haré despedazar lentamente, pretoriano.

Marco se sentó en el barro.

—Una vez, en Roma, yo agarré a un cachorro tan presuntuoso como tú, un invertido de cara pintada al que gustaba de venderse como una puta en el palacio imperial, y lo ahogué de cabeza en la mierda de las letrinas.

Máximo no comprendía lo que este viejo loco intentaba decirle. Aludía al asesinato del Emperador Heliogábalo.

—¿Y...?

—Si a un mozalbete como tú, protegido por la larga sombra de un padre tirano y asesino, los pretorianos no llegamos a matarle, lo harán sus legiones... o tal vez sus siervos germanos. Recuerda esto, Máximo, joven idiota, no vales nada sin tu padre protegiéndote el culo; Roma mata a sus tiranos.

—¿Roma? Estamos muy lejos de Roma, necio. ¡Estás loco! Adiós, maldito insolente, disfrutaré viendo tu fin mañana.

Máximo se alejó del ludus, seguido de su escolta.

Los hombres reanudaron sus entrenamientos bajo la vigilante mirada del cruel Nuba.

Orestes se hallaba acostado boca abajo en el sucio jergón del barracón donde dormían los gladiadores.

El médico del *ludus*, asistido por jóvenes esclavas, curaba sus heridas. Ellas eran comúnmente ofrecidas como premio a los gladiadores, los mejores entre ellos, los que sobresalían por su entrenamiento y disciplina. El médico, un liberto originario de Macedonia, curaba las heridas de estos y sanaba con hierbas y masajes de aceite las numerosas lesiones y molestias que se producían durante sus entrenamientos y combates.

Quirino entró en el barracón.

—¡Salid!

Las esclavas desaparecieron inclinando la cabeza al segundo maestro de los gladiadores del *ludus*, quien las observó en silencio. La mujer que amó y le traicionó una vez fue una entre ellas.

El médico levantó su cabeza.

—Nunca he visto a alguien que esté consciente y sobreviva a tal castigo. Los dioses deben protegerle.

—No sabía que los físicos griegos creáis en los dioses...

—Los dioses entregaron a los hombres la ciencia de la medicina, hispano; Esculapio es mi patrón.

El médico recogía sus ungüentos y paños y se retiraba.

—Por cierto, hispano...

—¿Qué?

—No soy griego, sino macedonio.

—Sois la misma mierda afeminada... ¡Lárgate de una vez, griego!

Quirino y Orestes quedaron solos en el barracón. El antiguo pastor de cabras empezó a incorporarse sobre el lecho de forma lenta, mirando al hispano con recelo.

—Te han dado una buena paliza, griego. Espero que hayas aprendido a tener disciplina. Si te ordenamos que cojas la espada, cógela, todo será más fácil así. Estás aquí para convertirte en un gladiador y para verter tu sangre en los juegos; he oído que has acabado aquí por ser tú uno de esos llamados cristianos que han ofendido a los dioses, castigándonos con la plaga, ¿es cierto eso, esclavo?

Orestes negaba con la cabeza con la vista dirigida al suelo sin decir nada, sentado sobre el jergón.

Quirino le agarró sus oscuros cabellos para obligarle a levantar el rostro y mirarle.

—Sé que los hombres te maltratan cuando el crepúsculo cae, que te abofetean para comprobar si les ofreces la otra mejilla, y también sé que Nuba te sodomiza cuando esa zorra romana no viene a visitarle por las noches. Ten cuidado, esclavo, cuando se canse de ti, te matará, y si aún no lo ha hecho es porque desea seguir forzándote; ha sido una estupidez enfrentarte a él, no sé cómo no te ha matado todavía. Luchas bien, griego, te he observado. Eres rápido y ágil como una pantera y tienes mirada de asesino, puedes convertirte en un buen gladiador, pero has de tener disciplina o morirás.

Quirino le soltó bruscamente los cabellos al griego y siguió hablándole con su puño levantado.

— Yo te protegeré del etíope y te enseñaré. Fui un campeón en la Galia. Yo te enseñaré a luchar contra un adversario más fuerte con espada corta y escudo. Tú lucharás con tridente y red, tu agilidad y rapidez de movimientos compensará tu falta de protección, los gladiadores que se enfrentarán a ti serán lentos y pesados.

Quirino deseaba fastidiar a Nuba arrebatándole a su amante. Él podía adiestrar a Orestes y conseguir lo que el negro no pudo: convertirle en gladiador. Deseaba humillarle delante de sus hombres.

Por fin, Orestes habló con mirada sombría.

—Vivir o morir me da lo mismo, podéis matarme, quiero abandonar esta vida. Para mí ya nada tiene sentido.

El enorme hispano volvió a agarrarle con violencia de los cabellos y le acercó la cara.

—¿Qué estás diciendo, necio? Ah, ya sé, deseas morir para ir a la otra vida que dicen que os ofrece vuestro Dios, es eso, ¿no, cristiano?

—Ya no soy cristiano, sacrifiqué a los dioses antes de que me mandaran a este agujero. En realidad no lo soy desde hace tiempo atrás; este dios sordo y mudo me arrebató las vidas de mi esposa e hijo recién nacido, y no escuchó mis plegarias. No soy cristiano, ya no, estáis todos en un error.

Le soltó de nuevo y le habló poniendo sus brazos en jarras.

—Cristiano o no te encuentras aquí para que te enseñemos a luchar y a morir con honor en los juegos. Si no, morirás bajo las burlas de la plebe o te marcarán para ser arrojado a las fieras, si Nuba no te mata antes, griego. Cogerás el tridente y la red conmigo y yo te convertiré en gladiador y te protegeré.

—¿Por qué haces esto? Si lo que deseas es sodomizarme tú también, sea, ya todo me da lo mismo, maldito bastardo.

Quirino le propinó una gran bofetada con el revés de la mano, que lo hizo caer al suelo.

—Tenme más respeto, griego. Yo soy hispano, descendiente de un pueblo de guerreros que arrojaba a los invertidos desde los desfiladeros de las montañas.

Orestes se incorporó rápidamente, pero Quirino le puso la punta de su espada en la garganta.

—Sí, por los dioses, que te convertiré en gladiador. Tu vida me pertenece a mí ahora, esclavo. Yo detuve el castigo de tu flagelación, por eso sigues ahora consciente y con vida.

Sí, el etíope querría matar a Quirino por esto, por arrebatarle a “su puta”. El hispano deseaba ajustarle las cuentas, no olvidaba.

Quirino le habló de nuevo antes de dejarle.

—Dime, griego, ¿crees que existe otra vida tras esta?

Orestes le miró.

—No.

Los músicos animaban el banquete con sus cítaras y flautas mientras los

acróbatas realizaban demostraciones de sus habilidades delante de sus señores romanos en el salón de la casa del gobernador Quinto Sergio Paulino. Estaban reunidos en torno a varias mesas circulares de corta alzada repletas de succulentas viandas, frutas frescas y refinados manjares, a pesar de la incipiente hambruna de la región; los nobles comensales del espléndido banquete comían y bebían el exquisito vino importado de Italia, rebajado con agua y servido por una pléyade de esclavas que llenaban las vacías copas de los invitados.

Un esclavo probaba los platos y el vino que salían de las cocinas de la casa del anfitrión para prevenir envenenamientos, pues poderosos eran los invitados en este almuerzo.

El gigantesco Emperador se hallaba sentado en su enorme silla de hierro, fabricada expresamente para sostener su descomunal peso. Era el único comensal que no se reclinaba en un diván para comer y beber. Devoraba grandes pedazos de carne de caza con voraz apetito, más digno de una bestia salvaje que de un hombre, y bebía también grandes cantidades de vino especialmente servido para él sin rebajar con agua, a la manera de los bárbaros, probado previamente por uno de sus esclavos de más confianza.

A su lado, el temeroso gobernador de la provincia y anfitrión Quinto Sergio Paulino, su esposa Livia Prócula y los silenciosos y duros legados de las legiones. Los hombres se habían desprendido de sus incómodas corazas musculadas y asistieron al festín ataviados con sus túnicas de lana, calzas largas, botas y camisas de cuero, las mismas que colocaban bajo sus armaduras para minimizar su molesto rozamiento en el torso. El tracio deseaba tener a sus generales cerca, puesto que temía una traición mientras se encontrara ausente del campamento, así evitaba que sus legados levantaran las legiones contra él y los retenía en la práctica como rehenes de él mismo y de sus feroces guardias germanos.

Maximino había prohibido asistir al banquete a los nobles y magistrados de la ciudad que no había hecho matar. Un deliberado desprecio del tracio por su condición de nobles. Aunque, a decir verdad, podían considerarse afortunados de no estar junto a la violenta e imprevisible bestia de Maximino el Tracio.

Detrás de los comensales, los barbados y feroces guardias germanos del Emperador le guardaban. Los germanos portaban armaduras romanas, negras crines de caballo adornaban sus yelmos, cayéndoles por sus anchas espaldas.

Iban armados con largas espadas al cinto, escudos ovales vistosamente decorados y lanzas. Los soldados auxiliares que formaban parte de la guardia del gobernador se hallaban ausentes.

Ausente se hallaba también el hijo del tracio, Máximo, algo que molestaba a su malhumorado e imprevisible padre, quien, pensando que estaría copulando con alguna joven esclava, vaciaba sin pausa con grandes tragos su gran copa de vino, contrariado de que su inútil hijo no aprendiera su peculiar forma de ejercer el oficio de la política junto a él.

Era muy peligroso situarse cerca del Emperador cuando bebía en exceso y su mente estaba de mal humor.

En frente de él tenía a la hermosa y madura señora de la casa, Livia Prócula, con las huellas aún visibles del llanto derramado por la reciente muerte de su hija.

Maximino se miró el gran anillo de su enorme dedo anular, en realidad un brazalete que perteneció a su difunta esposa Cecilia Paulina, tal vez la única mujer que le amó, además de Hababa, su bárbara madre de origen alano.

Livia Prócula era muchísimo más hermosa y voluptuosa de lo que lo fue su mujer en vida. Aunque entrada en años, su belleza tenía cautivado al tracio desde la primera vez que la vio.

Él trataba de provocar un cruce de miradas con la mujer, pero ella comía lánguidamente reclinada en su diván con la mirada ausente, triste y perdida.

Era el Emperador, pero no deseaba poseerla por la fuerza, sino de buen grado, y parecía que en su duro corazón ardía ahora la llama del amor. Cuando la poseyera en el lecho y la hiciera por fin suya, le exigiría a su marido que se divorciara de ella; sin embargo, el tracio ya conocía quién era su padre, el senador Dentato, y sabía de su traición y de las vastas tierras que poseía.

El tracio se hartó de los músicos y de los acróbatas y con una gran palmada los echó del salón; le ponían de mal humor y le empezaba a doler la cabeza. Maximino no se distinguía especialmente por sus refinamientos a la hora de apreciar música o números circenses incruentos. Él seguía siendo un feroz y tosco soldado sin cultura, un campesino casi analfabeto y semibárbaro, ciudadano romano desde los días de Caracalla, desconfiado, violento y adicto a la bebida.

—Espero que la comida y el vino sean de tu agrado, noble César. Mis hombres cazaron venados y jabalíes en los bosques especialmente para ti. La carne está sazonada sabiamente por mi fiel cocinero con especias traídas de la

remota India.

—Sí, gobernador, está deliciosa. ¿Qué es esa basura de ahí?

—¡Ah, esto, sí! Se trata de *garum*, noble César, una salsa especial hecha de vísceras de pescado, muy común en mi Hispania natal, de la que dicen que hace aflorar los deseos carnales .

—¿Ah, sí?

El tracio tomó el cuenco con la afrodisíaca salsa y se la ofreció sin pudor alguno a la taciturna esposa del gobernador. Su cornudo marido y los silenciosos generales observaban la escena.

—Noble Prócula, prueba...

La señora de la casa apartó amablemente con un delicado pero significativo gesto el ofrecimiento de Maximino sin mirarle a los ojos y se levantó para abandonar el ágape, inclinando la cabeza.

—Noble César, te ruego me excuses, hace pocos días que he perdido a mi querida y dulce hija y la tristeza sigue en mi corazón. Noble y amado esposo, te pido me perdones, debo retirarme a mi aposento.

El César, contrariado y molesto, miró asintiendo a su anfitrión mientras este respondía a su esposa.

—Yo te dispenso, esposa mía, ve y retírate a descansar.

Maximino carraspeó, nervioso, y bebió un gran trago de vino.

—Gobernador Quinto Sergio Paulino, debes saber que he decidido convertir a Sirmium en la capital provisional de mi Imperio, hasta que yo entre en Roma victorioso. Dejaré, pues, una pequeña guarnición a mi partida para asegurar que cumples mis órdenes y asegurarme tu... lealtad, Quinto.

—Noble César, te soy leal, dispón de mi ciudad y provincia como te plazca, eres el César, el dueño del mundo romano, estás en el pensamiento de los dioses.

—Sí, ya sé, y toda esa cháchara que les repitieron antes a mis antecesores, antes de que los mandaran al infierno, ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Los generales fingieron reír la ocurrencia de Maximino y este los miró de reojo, helándoles la sangre.

—Has de saber, Quinto, que dispensaré a la ciudad de las levass para mi ejército; ya tengo suficiente trabajo en adiestrar a los labriegos y esclavos que he encontrado en mi camino; más me valdría obligarles a volver a sus miserables chozas y con sus amos, pues ya me cuesta bastante alimentar a mis legionarios, y dudo que sean capaces de blandir ni siquiera el mango de una

escoba.

Los legados volvieron a reír la gracia de Maximino.

—He decidido prescindir de ellos, prefiero un ejército poco numeroso pero experimentado y temible que ser el ama de cría de esa multitud de inútiles andrajosos y alimentarles.

Maximino seguía hablando mientras tiraba su copa vacía a sus espaldas.

— Te los dejaré a tu cargo para que trabajen en las obras de refuerzo de las murallas de tu ciudad, ya que he decidido también que debes construir nuevos baluartes para resistir un largo asedio, por si la diosa Fortuna me volviera la espalda y tuviera que retirarme de Italia para resistir, algo muy improbable porque el pueblo de Roma odia a las ratas de Pupieno y Balbino y me aclamará a mí como su único César, y celebrará mis numerosas victorias contra los bárbaros cuando entre por fin en ella.

El servil y acobardado Paulino asintía a su Emperador, más por complacerle y sobrevivir que por convencimiento.

—Como ordenes, noble y divino César, se hará tal como dispongas.

Maximino fijó su vista al vacío unos instantes, visualizaba su entrada victoriosa en Roma, el castigo a los senadores, quemados vivos y arrojados a los leones del Coliseo, y la masacre del pueblo romano por no haberse levantado a su favor contra sus gobernantes.

De pronto, giró su horrible rostro hacia su gobernador, quien se sobresaltó asustado.

—¿Sabías, Quinto, que jamás estuve en Roma? He salvado a Italia de ser invadida.

—Roma es la capital del mundo, noble César, está en el pensamiento de los dioses.

Maximino agarró con su manaza las vestiduras de Paulino para acercarlo a sí. Este casi moría de terror, lívido y sudoroso.

—La capital del mundo es ahora Sirmium, Quinto. Parece que este asqueroso vino que me sirves nubla tu memoria de mosquito y no recuerdas lo que te he dicho.

Quinto balbuceaba y gesticulaba agitadamente con las manos.

—P...por supuesto...por s...supuesto, noble y divino César...quería decir de Roma la capital del mundo cuando entres en ella triunfante...tus victorias superan a las del divino Julio y al afortunado Trajano.

Maximino se le quedó mirando, dudaba si debía retorcerle el cuello a

este mamarracho o perdonarle su miserable existencia. Lo soltó con desprecio.

—Y no me anexioné el reino de los alamanes, a los que vencí y conquisté a sangre y fuego, porque tuve que partir inmediatamente hacia el Danubio a expulsar a esos perros sármatas y carpos que arrasaban tu provincia, Quinto.

—Noble y divino César, el pueblo te ama por tus victorias.

—Esa chusma que dejo a tu cargo, Quinto, antes de reforzar las murallas de mi capital, se ocupará de construir máquinas de guerra. Según me han informado, la ciudad de Aquilea se opone a mi avance y yo no quiero dejar enemigos a mis espaldas; quiero una victoria total y que todos sepan cuál es el precio de resistirse al invicto Maximino.

Las miradas de sus legados delataban el grave error estratégico de su Emperador, ya que esto retrasaría su avance y un asedio, muchísimo más, lo que daría tiempo a sus enemigos para recibir los refuerzos del resto de las provincias, más frescos y mejor alimentados que ellos; en su locura, el tracio parecía ignorar que se encontraban solos frente al resto del Imperio.

—Tuya será la victoria, noble César, te serviré con honor y lealtad tras tu marcha.

Maximino se lo observaba fijamente con sus ojos de borracho demente y Paulino se estaba poniendo nervioso e incómodo de nuevo, pues el tracio le aterraba y deseaba en secreto su pronta partida y su derrota final.

—Quinto, acércate, ven...

El asustado gobernador creía que había llegado ya su fin. Mientras, los generales comían y bebían con tensión disimulada, vigilaban los acontecimientos con discreta atención.

El gigante le susurró al oído.

—Quinto, tu esposa me pertenece, divórciate de ella, la deseo.

Maximino iba a ejecutar al gobernador Paulino por traición, con los débiles argumentos del parentesco con el senador Próculo Dentato, si no accedía a ello.

Paulino tragó saliva e iba ya a regalarle a su mujer de buen grado, olvidándose de las tierras y propiedades de su suegro, cuando Recimer entró en el comedor saludando brazo en alto al Emperador y anunciando la entrada de su ausente hijo Máximo.

—¡Salve, noble y divino César! ¡Tu noble y augusto hijo, Cayo Julio Vero Máximo!

—¡Ah, hijo mío! ¿Dónde demonios estabas? ¿Fornicando con alguna de

tus rameras?

Máximo se acercó a su padre y le habló en voz baja en la lengua de los tracios para que el resto no le entendiera.

—Padre mío, Julia Terencia ha escapado de Sirmium y este traidor de Paulino no te ha dicho nada.

—¿Eso es todo, hijo? ¿Tan importante es que una de tus putas se haya ido de la ciudad? ¡Bah, olvídala! ¿Tanto te gustaba esa vieja zorra? ¡Ven a beber al lado de tu padre, te convertiré en un gran César! ¡Pronto beberemos y fornicaremos en Roma, hijo mío! ¡Y esa puta correrá suplicando tu clemencia a tu lado y que la copules bien de nuevo, ja, ja, ja, ja, ja!

El joven sonrió, sorprendido de ver a su irascible padre de buen humor.

La bella esclava egipcia Arsinoe llenó la copa de vino al joven Máximo, quien la miró con deseo.

—Padre, ordena a tu gobernador que me entregue a esta esclava, quiero tenerla en mi lecho esta noche.

Máximo aparentó no escuchar a su hijo y volvió a susurrar al gobernador.

—Ya sabes, Quinto, asegúrate de que tu mujer deje la puerta abierta de su aposento esta noche. Divórciate de ella, te lo ordeno.

—Sí, noble César, tuya es, por supuesto...

—¡Ah!, Otra cosa, Quinto... La esclava que ha servido el vino a mi hijo... ¡Su nombre!

Paulino se inquietó.

—Ella se llama Arsinoe, y es egipcia, noble César. No te la recomiendo, es una insolente y desobedece a menudo mis órdenes. He de castigarla a menudo, la venderé en cuanto tenga oportunidad.

Maximino la llamó y le arrancó sus vestiduras: la dejó desnuda y exhibiendo su hermoso y moreno cuerpo sembrado de cicatrices de latigazos.

Los generales admiraron su belleza.

Aun así, parecía la encarnación de la diosa Isis.

Eso excitó aún más al joven y caprichoso Máximo, quien la tomó de uno de sus delgados brazos.

—La quiero, padre. Que tu gobernador fije el precio, yo sabré cómo tratar a esta zorra egipcia.

Paulino se desesperó, no quería desprenderse de la complaciente esclava.

—Pero, noble Máximo, esta esclava no está en venta. Puedo entregártela para que la goces unas noches, pero no está en venta.

Maximino dejó que la egipcia le llenara otra copa de vino que vertió desde la cratera que llevaba, mientras la examinaba con lujuriosa mirada. Su esclavo personal cataba el contenido de la copa, asintiendo a su amo.

—Vaya, vaya, Quinto, parece que esta perra te importa, ¿eh?, ¡ja, ja, ja, ja, ja!

»Tiene su bonita piel surcada de latigazos. Esta esclava parece ser el objeto de tus más bajos deseos, Quinto, seguro que gozas copulándola y castigándola; aun así tiene una belleza digna de la diosa Venus, un hermoso cuerpo de gacela salvaje. Entrégasela a mi hijo, él te engendrará un buen bastardo con ella, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—Pero, pero..., noble César...

—¿Osas contradecirme, Quinto?

—¡Por los dioses! N... no, noble César, que tu noble hijo disponga de ella...

—Bien, Quinto, no desearía perder mi confianza en ti. Si te niegas servirme en esto, podrías negarte a servirme en algo de más importancia. La traición se paga con la muerte, Quinto, recuérdalo bien... Tu cabeza no quedaría bien colgada en el Foro.

—Te soy leal, noble César, tu fiel y leal servidor.

El brutal tracio se le acercó al oído.

—Sé que el viejo senador Próculo Dentato, ese perro traidor, es tu pariente, Quinto. No hagas que me arrepienta de dejarte la cabeza sobre los hombros.

Paulino palideció de terror; el momento que tanto temía había llegado. Le mintió instintivamente para intentar salvar su vida.

—Noble César, mi suegro me odia por repudiar a su hija, hace años que no yazgo con ella en el lecho. Yo te soy leal, César.

Le mintió a medias, en efecto, ya no se acostaba con su esposa, pero el viejo Dentato ni le odiaba ni conocía la crisis del matrimonio de su hija con él.

Los generales permanecían en discreto silencio, comían copiosamente pero se mesuraban en la bebida; deseaban abandonar el banquete y volver a sus cuarteles porque se sentían incómodos y en peligro al lado de su Emperador, especialmente cuando bebía en exceso.

—Sí... Eso creo, Quinto. No tienes agallas para traicionarme. ¡Vosotros! ¿Vais a traicionarme, perros...?

Los legados se sobresaltaron, pero uno de ellos, Emiliano, hizo acopio de valor y le habló para adularle.

—Noble César, eres nuestro Emperador y Príncipe y te hemos seguido en tus campañas durante tres largos años; hemos obtenido grandes victorias y cuantioso botín para ti; los hombres te aman por tus victorias y nosotros te servimos con lealtad.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja! ¡Qué vais a decir, perros! En mi presencia y a mi merced como miserables esclavos, ja, ja, ja, ja, ja. Pero sí, me habéis servido bien. Continudad haciéndolo si queréis conservar vuestra cabeza sobre los hombros, legados. Cuando yo entre en Roma os cubriré de oro, pero os mataré si me traicionáis. ¡Recordadlo bien, legados!

La belleza de Livia Prócula volvió a su perturbada mente.

—Ven conmigo, Quinto, condúceme al aposento de tu esposa.

—Como ordenes, noble César, tuya es.

Los legados miraron con desprecio al gobernador por su cobardía, pero este no podía hacer nada, aunque quisiera, si deseaba continuar vivo. Era muy peligroso contradecir a la bestia tracia.

Maximino observó a su hijo, quien ya se encontraba tendido en su diván. El joven saboreaba el vino y los exquisitos manjares de las mesas, y la hermosa egipcia Arsinoe estaba junto a él, desnuda, a la que besaba en el cuello con lujuria y manoseaba sus pequeños pero hermosos pechos de erectos y oscuros pezones, lo que mataba de celos a su amo, el gobernador Paulino.

Luego miró a sus generales.

—Vosotros, legados, quedaos aquí hasta que yo vuelva, mis germanos os harán compañía y os tranquilizarán.

Y salió del salón, acompañado del temeroso Paulino y escoltado por dos fornidos guardias germanos, en dirección a las habitaciones privadas de Livia Prócula.

—Es aquí, noble César, ella estará dentro, descansando en su lecho.

—Bien, déjame solo, Quinto, me has servido bien.

El tracio empujó la puerta de la alcoba, que se encontraba medio abierta, y descubrió, con desagradable sorpresa, que la mujer a la que deseaba poseer se encontraba ausente.

—¡Gobernador! ¿Qué clase de traición es esta? ¿Dónde está tu mujer?

—¡Por los dioses! N... n... no lo sé, noble César, lo juro por mi honor y por los espíritus de mis antepasados.

Maximino agarró con su enorme manaza la garganta de Paulino y lo levantó del suelo con su gran fuerza sobrehumana; lo estranguló y lo aplastó contra los muros.

Los germanos se encontraban extasiados, admirados y atemorizados al mismo tiempo por la poderosa fortaleza de su señor.

—¡Habla, perro, o te mataré! ¿Dónde está? ¿A dónde ha ido, gusano?

Sergio Paulino se esforzaba vanamente en apartar la enorme tenaza de su cuello, empezaba a ponérsele la cara azul y luchaba por respirar; abría y cerraba la boca como intentando hablar.

El tracio le soltó de repente en el aire. El infortunado gobernador cayó al suelo, se retorció y tosió, trataba de capturar bocanadas de aire.

—Habla, perro.

—N... noble C... César, mi s... señor, b... búscala en el *l... ludus*.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡No te oigo, sabandija!

—¡Búscala en el *ludus*! Estará en la alcoba de Nuba, el negro... maestro de los gladiadores..., en su lecho.

Maximino le miró perplejo con sus enrojecidos ojos de borracho. Parecía que Paulino era una asquerosa cucaracha a la que el gigante aplastaría la cabeza con su enorme pie de un momento a otro.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja! ¿De modo que es eso, eh, Quinto? ¡ja,ja,ja,ja,ja, ja,ja,ja,ja!

Esa noche la noble Livia Prócula fue arrastrada y devuelta por los germanos a su alcoba, donde la esperaba el gigante. La mujer palideció de terror al ver el gigantesco tamaño de su miembro inhiesto, a pesar de las grandes cantidades de vino ingerido. Le arrancó sus vestiduras con violencia; la dejó desnuda para agarrarla de los cabellos y arrojarla al suelo. Los guardias germanos cerraron la puerta del aposento y montaron guardia. Entre tanto, escuchaban divertidos y burlones las súplicas de ella y después la paliza para eliminar su resistencia y los alaridos de dolor al ser penetrada por el gran miembro de su poderoso señor.

Por la mañana, ya vestido, el tracio se disponía a abandonar la alcoba, no sin antes dejar algo envuelto en varios lienzos sanguinolentos en el lecho, como obsequio, al lado de la cabeza de su amante, despierta y con su mirada perdida al vacío.

Se acordó de sus años de juventud, cuando pensó en volver al ejército que él había abandonado después de que el infame prefecto de los pretorianos, Macrino, había dado muerte al César Caracalla, hijo de su protector, el divino Septimio Severo, y se había proclamado César en el Oriente; tras la derrota y muerte del usurpador, el rudo Maximino se presentó al nuevo Emperador, de la estirpe Severa, un extraño joven imberbe y afeminado, que vestía ropajes orientales, con sus ojos y labios pintados como una sucia ramera, quien se hacía llamar Heliogábalo, por ser sacerdote del dios sirio El-Gabal.

Maximino quiso volver al ejército donde se había hecho hombre y ciudadano romano, pero al ver a este mequetrefe invertido, acompañado de su posesiva madre, Julia Soemia, regir el mundo romano, desistió, pues pensó que la invicta Roma había sido olvidada por los dioses.

El joven Emperador, con su voz de chiquilla malcriada, le dijo:

“Tú, gran Maximino, tú que has vencido a tantos en lucha, tú que has agotado a veinte, incluso a treinta hombres... ¿puedes también agotar treinta veces a una sola mujer...?”

Y el tracio salió humillado de la presencia de Heliogábalo, que se reía de él con su risa de sodomita. Sólo volvió al ejército tras el terrible fin de este, asesinado por los pretorianos por sus caprichos y excentricidades que ofendían gravemente a los romanos, y se puso al servicio del nuevo Emperador, primo de Heliogábalo, el joven Alejandro Severo, quien le tomó en gran estima y le dio el mando de una legión en Egipto.

Se detuvo en la puerta de la alcoba. Y sonrió, satisfecho. No sólo agotó a la hermosa Livia Prócula, sino que casi le dio muerte.

Los legados le esperaban durmiendo la borrachera en el *triclinium* de la casa, vigilados por los germanos.

La noble Livia Prócula se encontraba abandonada sobre su ensangrentado lecho, herida, sudorosa, acurrucada y sollozando amargamente, con la nariz y el labio partidos y un ojo amoratado, desnuda y con la vagina desgarrada.

Esa misma tarde iban a celebrarse los juegos en el anfiteatro. Los gladiadores observaban aterrados el cadáver de Nuba, clavado y colgado por las muñecas a una tosca viga de madera sujeta en lo alto de los mismos patíbulos donde eran crucificados los esclavos rebeldes, encima de su propia sangre que se coagulaba ya sobre el barro del *ludus*. Sus alaridos les habían despertado durante la noche.

Había muerto prematuramente. Su enorme pene y testículos le habían sido

cortados por los germanos, a orden de su Emperador, tras ser crucificado.

Marco escupió en el suelo.

Livia retiró llorando los paños que cubrían lo que le había dejado el tracio, que estaban sucios de sangre coagulada. Chilló de espanto cuando vio lo que ocultaban: eran los enormes genitales del negro.

Esa misma mañana, la noble Livia Prócula se daba un baño, se sentía terriblemente sucia. Sus esclavas la asistían, la lavaban después de curarle con caros ungüentos las numerosas heridas en todo su cuerpo. Entre ellas estaba la egipcia Arsinoe, quien había sido poseída por el joven Máximo también la noche anterior, al igual que su ama. Esta temía el castigo de su señor, el gobernador Paulino, quien, loco de celos, no la castigaba ahora por temor a aquel.

La señora de la casa ordenó salir del baño a sus sirvientas con una palmada.

—¡No! ¡Tú, no, Arsinoe! ¡Quédate!

Arsinoe se encontraba asistiendo a su ama en el baño; vertía agua caliente constantemente desde grandes jarros de bronce a la pequeña piscina humeante.

Tras bañar a su dueña, Arsinoe la ayudó a salir de la piscina, apenas podía caminar, y la llevó sujeta a su cuerpo hacia el lecho.

La noble dama se lamentaba de dolor y lloraba.

—Me duele...me duele mucho, mi buena Arsinoe.

—Mi dulce ama...¡qué te han hecho! Te pondré más ungüento luego, pero ahora debes cerrar tus ojos y descansar. Todo ha pasado.

—No, mi fiel Arsinoe, acaba de empezar. Esa horrible bestia me desea como esposa, moriré.

Arsinoe rodeó con sus brazos la cabeza de su señora, que no paraba de llorar, a la vez que acariciaba sus hermosos y largos cabellos.

Por fin se calmó y Livia Prócula clavó su verde mirada en los oscuros ojos de la egipcia.

—No temas, esclava, sé que yaces con mi esposo, al igual que yo yacía con otro.

»Maximino me ha dicho que ha hecho matar a mi amante; me quiere para él y desea que me divorcie de mi noble esposo, tu amo, al que tú haces gozar por las noches. Me entregó el falo y testículos cortados de mi amante como ofrenda de su amor.

—Mi señora, yo...

—¡Silencio, esclava! No voy a castigarte. Ahora me he quedado sin mi esposo y sin mi amante; me he quedado sola y soy la puta del César, ese horrible monstruo... y mi dulce hija ha muerto en la flor de su juventud.

Arsínoe se entristeció cuando recordó a su joven ama.

La esclava le acarició sus negros cabellos con dulzura a la desdichada esposa de su dueño y amante.

—Mi ama...

—¡Arsínoe! ¡Ve a mi tocador! En él guardo una daga que reservaba cuando esta vida se me hiciera demasiado insoportable. Voy a reunirme con mi hija Livia y mis antepasados. Me abriré las venas en el baño y moriré dulcemente y sin dolor, acogiéndome de forma placentera al sueño de la muerte.

—¡No! ¡No lo haré!

—¿Osas desobedecerme, esclava?

—Matar es pecado, mi señora, si has de morir, será cuando Dios te llame a su lado.

—¿Dios? ¿De qué dios hablas, esclava?

—Del único y verdadero, aquel que mandó a Su Hijo, hecho hombre, para morir por nosotros y salvarnos en la verdadera fe, resucitando de entre los muertos.

Livia Prócula la escuchaba perpleja.

—¿Eres tú cristiana?

—Lo soy, mi señora, como lo fue tu dulce hija, quien se dedicó a cuidar a los enfermos de la plaga y a aliviar sus sufrimientos para expiar los pecados de su padre por perseguir a los cristianos.

—¡No! ¡No! ¡Mientes!

—No, ama, ella se hizo cristiana hace tiempo, fue bautizada por Antonino, aquel justo que tu esposo hizo quemar vivo en los juegos, y yo me bauticé de buen grado junto a ella, acogiéndome al Señor, nuestro Dios, que también te ama tanto a ti como a mí y que perdona tus faltas en su infinita bondad.

La señora abofeteó a Arsínoe.

—¡No es cierto, esclava, maldita bruja egipcia! ¡Tú la hechizaste!

—Es la verdad, mi señora, ella fue tan cristiana como yo lo soy ahora y estoy decidida a dar la vida por mi Dios, al que tú rechazas e ignoras, pero que también es el tuyo

Arsínoe salió del aposento y dejó abandonada a su ama, la ignoró sin ofrecerle el puñal.

—¡Arsínoe! ¡Putra egipcia! ¡Esclava! Sé que querías darle un hijo a mi esposo y ocupar mi lugar, ¡ja, ja, ja, ja, ja! ¡Perra ignorante! ¿Crees en verdad que él te haría su esposa y te daría tu libertad? Él, todo un noble romano, tomando por esposa a una miserable esclava egipcia, ¡ja, ja, ja, ja, ja!

Pero Arsínoe ya no la escuchaba.

Livia Prócula reía como una demente.

El odio anidó ahora en el corazón de la noble Livia Prócula, puesto que la culpaba de la muerte de su hija. Ahora deseaba su muerte.

Capítulo XV

MASACRE

Los aterrados ciudadanos de Sirmium observaban los despojos de los que fueron seis de sus altos magistrados y de su edil, este último todavía con vida.

Junto a las cabezas cortadas colgadas de sus columnas, Cayo Fabio Marciano, hasta hace un día edil de la ciudad de Sirmium y propietario de la escuela de gladiadores más prestigiosa de la provincia, comía con ansia los podridos manjares que le traían los divertidos y crueles guardias germanos de Maximino. Comía con insaciable voracidad las piernas de venado, el queso de cabra y las frutas que le ofrecían, ya podridos y en mal estado, y bebía el mismo vino sin aguar que sus torturadores.

Estaba borracho, quizá por eso no era del todo consciente de lo que estaba empezando a suceder en el cajón de madera en el que lo habían encerrado. No era vino lo que ensuciaba su barbilla, sino sangre seca, pues le había sido cortada la lengua.

Tan solo sacaba al aire libre su cabeza, manos y pies por cinco agujeros para tal efecto. Su cara y sus miembros habían sido untados con leche y miel y expuestos al sol, que había vuelto a brillar con fuerza en la región desde hacía algunos días, presagiando el fin de este crudo invierno.

La mañana anterior Graciano habló en privado al Emperador antes de celebrar el banquete en la casa del gobernador de la provincia.

“Noble César, mis informantes me han hecho saber que este gordo edil al que tú dejas con vida se burlaba abiertamente de ti en los banquetes y en el palco del anfiteatro.

»Imitaba con desvergüenza tus gestos y acento tracio y se mofaba con descaro de tu estatura y tamaño, llamándote patán con púrpura y borracho; con mis disculpas, noble César...”

Maximino escuchaba con atención al jefe de sus frumentarios y entró en cólera, sorprendido por su osadía al repetirle los calificativos que, en tono de chanza, le había puesto el edil.

“¿Qué dices, Sexto? ¿Este gusano se burlaba de mí...? ¡Recimer! ¡Tráeme

la cabeza de este cerdo clavada en una lanza! ¡Sacadle los ojos en vida antes! ¡Espera...! Quizá sea una muerte demasiado rápida y compasiva para quien se me burlaba bien. ¿Qué me sugieres, frumentario?”

“Los bárbaros persas fueron maestros en el refinamiento del arte de la tortura y el suplicio. Practicaban una forma original de muerte, según me contaron unos griegos en una ocasión:

»Se colocaba al condenado entre dos barcas o artesas, o se le encerraba en una angosta caja de madera, pero dejando libres cabeza y extremidades, a las que untaban con leche y miel y se le exponía al sol para que vinieran a picarle los insectos. Pero eso no era todo, noble César, pues al criminal se le daba de comer y beber en abundancia, preferentemente comida podrida, para que se le soltaran las entrañas y se defecara y orinara dentro de su encierro; las inmundicias se acumulaban bajo él y los insectos depositaban sus huevos, con lo que acababa al cabo de unos días devorado por los gusanos que se introducían dentro de su cuerpo por el ano...”

Y así fue sometido a suplicio el infortunado magistrado Cayo Fabio Marciano, quien tan solo llevaba un día soportando las picaduras de los insectos sobre su rostro, manos y pies, atraídos por la miel y leche con las que le habían untado, y por la propia podredumbre de las cabezas decapitadas. Al defecarse con asquerosa diarrea y orinarse encima dentro del cajón en el que le habían encerrado, atraía ya a innumerables moscas y tábanos y le nacían gusanos que le devoraban su interior, poco a poco. Aún tardaría varios días en morir, sometido a uno de los suplicios más horribles que había inventado la tortuosa y perversa imaginación del hombre.

“Parece ser, según me informaron, noble César, que muchas de sus mofas y chanzas contra ti las pronunciaba en presencia del gobernador Paulino y aparentemente con su complacencia, sin que hiciera nada para censurarle... Y hay más, noble César, el padre de su esposa, como ya sabes, oh noble César, es el traidor Lucio Próculo Dentato, senador de Roma y enemigo tuyo. Se rumorea que el gobernador Paulino no se divorcia de ella por demasiado apego a la riqueza de este, pues posee numerosas tierras y villas por Italia y desea que le eleve en su carrera política, quizá a senador o incluso cónsul en Roma cuando te hayan vencido, lo cual no ocurrirá jamás, naturalmente, noble y divino César, luz del mundo romano...”

“Vaya, vaya... Así que el inútil de Quinto Sergio Paulino es ambicioso, ¿eh? Los dioses tienen sentido del humor... Buen trabajo, frumentario,

mantenle vigilado e intercepta sus cartas; antes de nuestra marcha le condenaré a muerte y nombraré otro gobernador en su lugar entre los acobardados magistrados de estas tierras. Que mis germanos le corten su venenosa lengua a ese cerdo del edil y después dispón su suplicio en el Foro. No tengo ninguna duda de que la plebe de Sirmium podrá soportar la pestilencia que emane ese gordo bastardo tras haber soportado la de la plaga.”

Esa misma mañana el tracio anunció su partida con sus legiones y aprovisionó el ejército en Sirmium, capital de la provincia de la Panonia Inferior; anteriormente, durante su marcha hacia la ciudad, ya había decretado órdenes a las ciudades de Carnuntum^[16] y Vindobona^[17], en el norte, y Savaria^[18], Aquincum^[19] y Poetovio^[20] de que partieran carros de víveres para sus legiones, convoyes que se demoraban demasiado, de forma intencionada o no. Maximino iba a partir igualmente, el tiempo podía ser su mejor aliado o su peor enemigo, debía atacar cuanto antes. Iba a invadir Italia por los pasos de los Alpes Julianos y no se detendría hasta conquistar a la propia Roma.

Marco Valerio y el galo Gannicus permanecían confinados en sus celdas del *ludus*, ellos no eran entrenados como el resto de gladiadores.

—¿Qué crees que tramam contra nosotros, centurión? Esta tarde saldremos a luchar en los juegos y nos tienen aquí encerrados, entumeciendo nuestros músculos.

—Sea lo que sea, piensan matarnos, galo, pero les daremos un buen espectáculo a estos bastardos.

—¡Por los dioses de mis padres, romano! ¡Lo que daría yo ahora por una gran jarra de vino y una buena puta panonia!

—Supongo que la compartirías, ¿verdad, galo?

—¡No! Con una jarra de vino no tendría ni para empezar.

—¿Una jarra de vino, dices...? ¡Ja,ja,ja,ja,ja! No hablaba del vino.

Y ambos hombres rompieron a reír a carcajadas, no les importaba que la muerte les acechara, como nunca les importó antes de entrar en batalla, aunque preferían afrontar su fin luchando y no ajusticiados como viles criminales.

—¿Me matarías, galo?

—Sí, mi señor.

—Así sea, les ofreceremos una buena lucha.

Los cerrojos de la puerta se abrieron; apareció en el umbral la imponente figura de Quirino, el hispano; tras él, dos guardias, alerta.

—Vengo a despedirme de ti, galo. No podremos enfrentarnos tú y yo en la arena, ya no... El César ha suspendido los juegos de esta tarde en el anfiteatro, parte con sus legiones hoy mismo, pero viene él hacia aquí con el gobernador. Me han dicho que les ofrezca un buen combate con vosotros aquí, en el *ludus*, pero será en realidad una ejecución. No sé qué le habréis hecho a este perro, pero el César quiere que os enfrente contra mis mejores gladiadores a muerte.

—¿Y qué sucederá cuando les matemos?

—¡Ja,ja,ja,ja ja,ja! ¿A quiénes, romano, a mis veinte gladiadores? ¡Ja,ja,ja, ja, ja, ja!

Marco deseaba luchar, ya estaba hartándose de tanto mequetrefe.

—Si los dioses os sonríen y os otorgan la más que improbable victoria contra mis gladiadores, se ha dispuesto que luchéis vosotros dos a muerte y que el superviviente sea decapitado por los germanos. Vuestras cabezas serán clavadas en lanzas, suceda lo que suceda, y llevadas al ejército y expuestas a los pájaros como ejemplo. Pero ambos moriréis con honor en la arena, mis hombres son muy diestros, por algo los adiestré yo, y ya tienen varias victorias en su haber... y son muchos y vosotros solo dos.

Gannicus intervino.

—¡Ja,ja, ja, ja! Entonces, nuestra será la victoria, hispano, si luchan ellos igual que lo hiciste tú en Arelate cuando te vencí.

—¡Silencio, perro de Galia! Me venciste porque salí muy debilitado a la arena por unas fiebres que padecí el día anterior.

—Sí, hispano, unas fiebres con sabor a vino de Massalia^[21], ja, ja, ja, ja.

—¡Maldito galo!

Quirino se dio la vuelta irritado e iba a cerrar la pesada puerta de la celda, cuando se giró y le habló a Gannicus una vez más.

—¡Que la diosa Fortuna te guíe, galo! ¡Suerte! Le pediré al César luchar contra ti si quedaras tú en pie.

—¡Que los dioses te escuchen, hispano!

La puerta volvió a cerrarse y Marco miró al galo con preocupación. Debían pensar en un medio de escapar de allí o perecerían, vencieran o no a los gladiadores.

—Sí, será un bonito espectáculo, galo.

Había ansia y expectación en el *ludus*.

El gobernador Paulino había dispuesto un combate de gladiadores por

parejas antes de ofrecer la lucha de Marco Valerio y Gannicus contra los demás.

El centurión de la guardia del *ludus* llamó a Quirino, que estaba ejercitando al ágil Orestes en la lucha con el tridente y la red lastrada mientras él le acosaba con una espada de madera.

—¿Qué demonios sucede, dálmata?

—¡Ten más respeto, escoria, o haré que te crucifiquen como al negro!

El oficial levantó la vara de vid, símbolo de su mando, para golpearle, pero el hispano le detuvo al agarrar con su gran fuerza su muñeca.

—Si me golpeas con esa ramita, centurión, te juro por todos los dioses de Hispania que te la meteré por el culo.

—¡Suelta mi brazo, perro, o haré que te azoten!

—Recuerda, dálmata, que soy hombre libre y ciudadano romano.

Quirino le soltó.

—Cuando el César se marche de la ciudad te mataré, hispano. ¡Pagarás esta afrenta!

—¡Mátame aquí y ahora, si tienes coraje, cerdo ilirio!

Los hombres del centurión se percataron de que había problemas entre él y el maestro de los gladiadores y se acercaron amenazantes con sus lanzas contra este.

El centurión les detuvo con un gesto de su mano y habló a Quirino con desprecio.

—El César, tu amo y señor—enfaticó—, ha dispuesto un combate por parejas, antes de que arrojes al pretoriano y al galo contra los demás. Dispón de tus gladiadores y prepáralos. Ya ajustaremos cuentas tú y yo más adelante, escoria.

—Te estaré esperando, centurión.

El airado oficial se dirigió a Orestes, quien observaba la escena expectante.

—¡Tú, griego bastardo! ¡Ve con los demás! ¡Serás de los primeros en salir a la arena!

—¿Este griego?

Orestes estaba indeciso, miraba a Quirino, pero el centurión se impacientó, quería alejarse cuanto antes y golpeó al griego con su vara de vid en el hombro.

—¡Vamos, maldito esclavo! ¡Obedece!

Orestes se dirigió al barracón donde los demás gladiadores tomaban sus armas.

—Este servirá de carnaza para los gladiadores. Ellos no tendrán ningún problema en despedazarlo ante el César y el gobernador.

—Pero aún no está preparado para salir a la arena, bastardo dálmata; además, ¿es que no ves que fue azotado hace poco y aún está herido? Todavía está débil.

—¿Y qué más da eso? Su muerte será tan espectacular que no repararán en su poca experiencia, su sangre les aplacará. Recuerda, hijo de perra de Hispania, que yo soy el centurión de la guardia que guarda el *ludus* y que tú debes acatar mis órdenes.

Quirino bajó la cabeza y miró la delgada figura de Orestes que se alejaba hacia los barracones con su tridente y su red sobre el hombro.

—¿Cuántas parejas?

—Diez. El resto de los hombres lucharán contra esos dos hijos de perra, el que llaman el pretoriano y el galo. Los combates serán todos a muerte.

—¿A muerte?

—Sí, hispano, el César no quiere engaños y desea honrar con la sangre de los gladiadores el espíritu de uno de sus germanos, de quien se dice que le salvó la vida en los pantanos de Germania y a quien mató después ese sucio pretoriano que tenemos aquí. También quiere agradar a Marte con la sangre de los gladiadores para que le concedan la victoria en esta guerra.

—¿No piensa conceder la gracia de la vida a ningún vencido que demuestre habilidad y coraje en la lucha?

—Todos los combates a muerte; de lo contrario seremos todos nosotros quienes le sirvamos de diversión, y por los dioses, hispano, que ardo en deseos de matarte.

—Luchemos tú y yo a muerte luego, dálmata. Te cortaré tu falo y te lo meteré en tu sucia boca.

—Sí... Cuando el César marche de la ciudad te mataré, hispano malnacido. ¡Pagarás tu insolencia!

—Espero con ansia el momento, bastardo.

—Ahora, perro de Hispania, apártate de mi camino y prepara a tus gladiadores.

Cuando los gladiadores supieron que Orestes, al que seguían creyendo cristiano, iba a salir a luchar en la arena del *ludus* contra alguno de ellos,

todos se exaltaron y exigieron a Quirino ser elegidos para matarle, tanto le odiaban y creían rival fácil.

Quirino hizo sonar el látigo en el barracón.

—¡Silencio, perros! Vais a salir a la arena a divertir al César. Esta es la razón por la que os compramos y mantuvimos vivos, para adiestraros en la lucha, para que podáis morir con honor y bañéis con vuestra sangre miserable la sagrada arena de este *ludus*. El César ha ordenado que los combates sean a muerte, todos.

Un murmullo salió de entre los gladiadores, no eran usuales las luchas a muerte, los gladiadores eran caros de adiestrar y alimentar.

—Primero saldrán diez parejas de entre vosotros; el resto matará a esos dos, el romano y el galo. El César no quiere engaños, es un hombre de gran coraje y fuerza que podría mataros a cada uno de vosotros con sus manos desnudas. Así que quiero que le ofrezcáis una buena lucha. Todos aquellos que finjan serán llevados a la cruz. ¡Gladiadores, defended el honor del *ludus*!

Los gladiadores gritaron como locos, exaltados por la proximidad del gran combate que se iba a desencadenar en estos juegos, y vitorearon a Quirino.

Ellos admiraban y respetaban al hispano; no sucedía así con el negro Nuba, que les trataba con crueldad y desprecio, y del que ninguno lamentó su horrible fin.

Quirino nombró las primeras nueve parejas de gladiadores y reservó a Orestes para enfrentarlo con el gladiador más bisoño de ellos, un joven de unos veinte años de edad, nómada de piel oscura y largos cabellos ensortijados, de fuerte musculatura, que apenas llevaba en el *ludus* tres meses más que Orestes, comprado por el propio Quirino en las minas de oro.

—¡Tú, Narva! ¡Con el griego!

Los demás hombres protestaron, ya que todos deseaban enfrentarse con Orestes.

Narva miró a Orestes con sus grandes ojos oscuros. Era uno de los pocos que nunca le maltrató.

La muda estatua alada de la diosa Némesis, patrona de los gladiadores, presidía el fondo del barracón con sus vacíos ojos sin vida. Los hombres se besaron las manos y la tocaron, la invocaron para que les protegiera hoy, mientras Orestes les miraba con odio, ya no les temía y no le importaba caer en la arena. Esta vida había dejado de importarle.

La comitiva había llegado ya al *ludus* ese mediodía, sobre la hora nona. Unas suculentas viandas y buen vino de la casa del gobernador Paulino habían sido dispuestos en el palco de la arena del *ludus* y los esclavos los probaban para evitar un envenenamiento, vigilados por los guardias germanos.

La élite de la cohorte germana se hallaba presente en el palco y en la grada.

Maximino el Tracio estaba sentado sobre su robusta silla de hierro, junto a él la noble Livia Prócula, todavía esposa del gobernador pero que hoy estaba muy complaciente y sonriente con su nuevo señor y amante, a pesar de la reciente pérdida de su hija y de que fue forzada por él de forma salvaje; su hijo, el joven Máximo, el nervioso y cornudo gobernador Quinto Sergio Paulino y los legados y tribunos de mayor cargo en las legiones. Como de costumbre, la guardia germana rodeaba al Emperador y a su hijo. El centurión de la guardia del gobernador, Apio Casio Celso, esperaba con sus hombres la salida de los gladiadores a la arena, ya seca, junto a los guardias del *ludus*.

Máximo bebía su copa de vino con tristeza.

Su padre le habló.

—Era necesario, hijo mío, ya habías gozado a esa puta egipcia lo suficiente, era solo una vulgar esclava, eres mi hijo, y eres joven y agraciado, puedes tener las mujeres que te plazcan.

Esa misma mañana, Livia Prócula le había susurrado falsas palabras de amor al tracio y luego le habló. Le creía, en efecto, enamorado y dispuesto a escucharla.

“La egipcia Arsínoe, esa esclava desvergonzada, fue amante de mi esposo y has de saber que ella es una bruja de esa secta de los cristianos. Ella embrujó a mi pobre hija Livia, le lanzó la plaga en venganza por haber condenado mi esposo a ese hechicero Antonino al fuego.”

El gigantesco tirano había ordenado apresarse a la esclava y que esta fuera llevada a su terrorífica presencia. Los germanos la arrojaron a sus pies con violencia.

Maximino la había interrogado brevemente, la había agarrado por sus negros cabellos y le había preguntado si era verdad que era cristiana, a lo que la esclava asintió, dispuesta a morir por Cristo y hallar la dicha en la otra vida. El tracio, sin embargo, no la mató, sino que se la entregó a sus lascivos germanos para que hicieran con ella lo que quisieran; ellos se la llevaron a sus cuarteles y la golpearon para divertirse cruelmente. La desnudaron y la

violaron todos los que allí estaban con ella. Cuando esos salvajes se quedaron satisfechos, volvieron a atormentarla; le quemaron los pezones, las plantas de los pies y su hermoso cuerpo con hierros al rojo vivo. Como no paraba de chillar y de implorar misericordia a su Dios para que le arrebatara la vida, los germanos le cortaron la lengua y continuaron violándola y torturándola hasta que se cansaron de ella; la remataron al cortarles los pechos y se desvaneció, la reanimaron a bofetones y, al ver que continuaba con vida, le introdujeron un hierro al rojo por la vagina y murió por fin de forma horrible, entre atroces sufrimientos. El cadáver de la desdichada Arsínoe fue arrojado para dar de comer a los perros y alimañas del vertedero de fuera de la ciudad, junto a los cuerpos decapitados de los magistrados y de los criminales comunes crucificados.

Así padeció y murió la hermosa e infeliz esclava Arsínoe, mártir. Su cuerpo fue rescatado de las ratas y alimañas del vertedero por algunos piadosos cristianos que aún quedaban ocultos en la ciudad, quienes amortajaron con pudor su cadáver y la sepultaron en las subterráneas y secretas catacumbas donde solían reunirse.

Paulino estaba también triste y taciturno, empezaba a amar a su manera a su hermosa egipcia y ahora tenía remordimientos por haberla maltratado cruelmente cuando estaba viva.

Bebía el vino con ansia, quería emborracharse y olvidar, evadirse.

El tracio partiría hoy mismo con su ejército tras estos juegos. Por fin volvería la tranquilidad a la casa del gobernador. Ya no le importaba perder a su esposa y las numerosas propiedades de su poderoso suegro, ni siquiera ambicionaba ya un alto cargo en Roma, solo quería sobrevivir.

Pensó en Antonino. Quizá el vengativo Dios de los cristianos le estaba castigando por haberlo matado.

Quinto Sergio Paulino ya había sido condenado a muerte en secreto: sería ejecutado al finalizar la lucha y sus propiedades y fortuna confiscadas.

Su aterrorizada esposa sería perdonada y, ya viuda, el César se casaría con ella y heredaría las extensas propiedades y riquezas de su padre, el senador Próculo Dentato, cuando entrara en Roma victorioso y lo ejecutara junto al resto de los traidores.

El ignorante y acobardado Paulino aduló al Emperador, levantó su copa de vino y deseó falsamente su pronta victoria.

—¡Por tu triunfo, noble César! Y que los dioses te otorguen una larga

vida y un gobierno que ensombrezcan la gloria de Augusto y de Trajano.

Maximino respondió satisfecho con un gran trago de vino y miró con malvada complicidad a Tulio Graciano, quien asintió con la cabeza.

El tracio acarició con su manaza los hermosos muslos de Livia Prócula y esta, fingiéndose contenta, le besó en la boca.

Los veinte gladiadores que iban a enfrentarse a muerte por parejas entraron en la arena, la cual había sido aplanada y prensada por los esclavos del *ludus*, que transformaron el húmedo lodazal en la que la habían convertido las últimas nieves del invierno en arena apta para la lucha.

Quirino, su maestro, les conducía con una vara en la mano, marchando al frente.

Entre ellos estaba Orestes, descalzo y desnudo, tan solo llevaba un taparrabo sujeto por un grueso cinturón de cuero del que pendía un puñal. Llevaba tridente y red lastrada como reciarío, y su única protección corporal consistía en una manga de cota de malla en uno de sus brazos. Los reciaríos eran una clase baja y despreciada de luchadores, entre la ya de por sí baja y despreciada clase de los gladiadores.

Dios le protegía, o, en cambio, le castigaba, pues Quirino jamás había visto a nadie que recuperara las fuerzas tan pronto tras el castigo de la flagelación, aun habiendo interrumpido su suplicio.

Su adversario, el nómada Narva, iba también desnudo como él, con taparrabo, pero mejor armado y protegido como *secutor*. Llevaba casco crestado de ala ancha, que protegía también su rostro con un visor que permitía la visión por unos pequeños orificios practicados en el metal. Protegía también su brazo derecho con una manga de cota de malla sujeta con correas a su musculoso torso y llevaba en el izquierdo un gran escudo de pesada madera, convexo y rectangular, de legionario, con umbo metálico en el centro. Altas grebas de bronce protegían sus espinillas hasta las rodillas y blandía una mortífera espada corta de dos filos.

Todos los gladiadores tenían sus cuerpos untados con aceite, para brillar y resaltar su musculatura y dificultar que sus oponentes pudieran apresarles.

—¿Esto es todo lo que puedes ofrecerme, Quinto? ¿Esta patética chusma de hombrecillos? ¡Por Júpiter, gobernador, podría yo acabar con todos a la vez con uno de mis brazos atados al cuerpo!

—Disculpas, noble César, pero estos gladiadores son de lo mejor de toda la Iliria, su sangre te agrada...

—Eso espero, Quinto, no me decepciones o de lo contrario tú bajarás a la arena y te enfrentarás a uno de mis germanos... ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

Sí, Quinto Sergio Paulino deseaba que este monstruo abominable se largara por fin de su querida ciudad, aunque tuviera que llevarse a su estéril y vieja esposa con él, pero que se marchara ya de una maldita vez y le dejara en paz.

—Solo ese que los guía, supongo que su adiestrador, sería digno de luchar contra mí. Dime, Quinto, ¿quién es ese?

—Se llama Quirino, según creo recordar, noble César y es, como yo, hispano. Fue campeón en la Galia hace tiempo, antes de obtener su libertad.

—¿Un campeón? ¿Un hispano? Parece muy fuerte, me sorprende que no lo hayas alistado en tu guardia, Quinto. Los hispanos tenéis reputación de ser buenos soldados, como tú mismo lo fuiste, antes de convertirte en un cobarde despojo perfumado, ja,ja,ja,ja, ja.

—Le mandaré llamar si es tu deseo conocerle, noble César.

—Sí, Quinto, cuando ese perro de Marco Valerio y el galo sean despedazados por los gladiadores llámale aquí, tal vez lo lleve conmigo para que forme parte de mi guardia. ¿No habrá sido este amante también de tu esposa, como ese sucio negro, Quinto?

Livia Procula, bajó la cabeza avergonzada y entristecida, mientras el asqueroso tracio la miraba con obscenidad.

—No, noble César. Este, no. Sólo el etíope Nuba copulaba con mi esposa, con mi conocimiento. Yo lo permitía.

El rostro de Livia Prócula enrojeció de vergüenza y miró con odio a su cobarde marido, humillada.

Maximino miró a ambos y se desató a salvajes carcajadas, dando grandes palmadas en su silla de hierro.

—¡Ja,ja,ja, ja, ja, ja! Bien, gobernador, bien... No quisiera llevarme a una puta infiel para que calentara mi lecho por las noches y los de otros en mi ausencia. Te recuerdo que tienes que divorciarte de ella y entregármela como esposa, Quinto.

Livia Prócula volvió bajar su vista, angustiada.

—Sí, sí, noble César... por supuesto. La repudiaré y te la entregaré, tuya es.

Su todavía esposa le miró con desprecio.

Pero daba lo mismo, el tracio parecía jugar con el gobernador al que

mandaría decapitar al final de los juegos.

Los gladiadores saludaron al Emperador. Solo Orestes guardó silencio.

—¡Salve, César, los que van a morir te saludan!

Maximino levantó su manaza con hastío y ordenó que comenzara la lucha.

Los gladiadores se colocaron cada uno para enfrentarse con sus respectivas parejas, vigilados por Quirino, quien se alejó de ellos para observar desde la arena y para asegurarse de que combatieran a muerte.

Las diez parejas empezaron el combate a una señal de Maximino.

Narva empujó con su pesado escudo al desprevenido y asustado Orestes, quien cayó al suelo con su tridente y red, justo para esquivar la letal estocada al corazón que le lanzó el nómida. Rodó por la arena y se levantó con rapidez como un leopardo.

Orestes recordó sus años de pastor en la aldea, cuando sus cabras y ovejas eran atacadas por las jaurías de hambrientos lobos que bajaban de las nevadas montañas y se enfrentaba a ellos armado con una lanza o cuando les ahuyentaba a pedradas con su honda; pero volvían a por sus presas, famélicos.

Orestes luchaba contra los lobos, evitaba sus dentelladas con agilidad y los mantenía a distancia. Los asustaba definitivamente cuando hería y mataba a algunos de ellos.

Ahora tenía a un lobo delante de él que quería matarle, un lobo de dos piernas, pero de movimientos mucho más lentos.

El nómida volvió a atacarle; le lanzó estocadas y mandobles con su espada corta, que Orestes rehuía, chocando con las otras parejas de gladiadores que le apartaban a puntapiés. Provocaba las burlas y abucheos de los germanos y los guardias del gobernador que observaban la lucha.

Maximino lo advirtió.

—¿Qué sucede con ese flacucho de ahí, el reciario? ¿Es que no sabe luchar? ¿O es, acaso, un indisciplinado? Tiene la piel marcada a latigazos. Quinto, crucificaré a quien no luche a muerte, y si hay engaños tú bajarás a la arena.

—Ten paciencia, noble César, la sangre de los gladiadores caídos te honrará a ti y al espíritu de tu germano Donnar.

Orestes esquivaba con rápidos movimientos la mortal punta de la espada de su contrincante, al que mantenía a distancia con su tridente, pero pronto comenzó también a repeler y desviar sus estocadas y mandobles con su arma. Era ahora Orestes, el pastor, quien atacaba al nómida con su tridente, había

perdido ya su miedo y aprovechaba la limitada visión del casco de su enemigo, quien paraba sus ataques con el escudo, y Orestes le lanzaba su red para intentar atraparlo.

Orestes enredó y perdió su red en el escudo de Narva, quien se vio incapaz de quitársela de encima, y por esta razón lo tiró y continuó la lucha sin él.

Los primeros gladiadores caídos teñían de rojo la arena del *ludus* con su sangre y vísceras.

Otros pedían clemencia al palco, no obstante sabían que no se les sería perdonada la vida.

Sus adversarios acababan rápido con ellos cortándoles el cuello.

Los gladiadores no tenían amigos, pues para morir y divertir al público habían sido adiestrados.

Solo quedaba una pareja. Eran Orestes y el nómada.

Sudorosos y exhaustos, ambos hombres se atacaban y esquivaban, tan solo armados uno con su tridente y el otro con su espada corta.

Quirino y los gladiadores vencedores observaban el combate desde prudencial distancia, sorprendidos de que ese griego estúpido, ese cristiano, a quien su invisible Dios le decía que debía poner su otra mejilla si le abofeteaban y que le prohibía matar, siguiera con vida, luchaba con la velocidad de una pantera contra un enemigo mucho más fuerte que él.

También los soldados animaban a los gladiadores, excitados por tan buena lucha.

—Parece que este alfeñique es en realidad un osado lobo, Quinto. Te felicito, tus gladiadores me han satisfecho. Apuesto contra ti veinte denarios de plata por el mequetrefe del tridente.

—Acepto la apuesta, noble César. El nómada terminará por vencerle, estoy seguro, es ahora más rápido sin el escudo.

Orestes atacó al africano con su arma, pero este cortó el astil, dejando en sus manos un simple palo.

Maximino partió en dos de un descomunal manotazo la mesa de madera que sostenía la comida y el vino.

—¡Por todos los dioses! ¡Maldición!

Narva sonrió satisfecho bajo la visera de su yelmo.

Orestes, que había sacado ya su puñal del cinto, repelía como podía las estocadas y cortes de su contrincante con lo que quedaba de su partido

tridente. Estaba herido por varios cortes en el tórax y el brazo desprotegido y empezaba a perder demasiada sangre, cada vez más débil, hasta que tropezó con uno de los cadáveres de los gladiadores muertos, cayó de espaldas y perdió su puñal.

Narva se le arrojó encima para apuñalarle con su espada.

Orestes sujetaba la muñeca del nómida, cuya punta de su espada se acercaba cada vez más a su rostro, hasta que ocurrió.

El nómida se estremeció y gritó de dolor.

Orestes había visto la mortal mitad de su tridente junto a él y se lo clavó a su adversario en el costado.

El nómida se retorció con agonía bajo su casco. De su costado manaba sangre negra, el tridente le había dañado el hígado.

Orestes el esclavo fugitivo, Orestes el pastor de cabras analfabeto, Orestes el cristiano renegado, era ahora Orestes el terrible gladiador victorioso.

Quirino y los gladiadores observaban en silencio el inesperado desenlace del combate.

Orestes se puso en pie y arrebató la espada del nómida de su mano de una patada, alejándola.

Los soldados estaban excitados.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Orestes cogió una espada de un gladiador caído y puso su afilada punta en la garganta de Narva.

Dudó.

Quirino se le acercó, encolerizado.

—¡Vamos, griego! ¡Acaba con él! ¡Mátale! ¡El César te observa! ¡Por los dioses, griego, córtale el cuello o el César nos matará a todos!

Orestes hundió la espada en la garganta del joven Narva, que tenía apenas veinte años de edad. El miserable público aplaudió su muerte

—Bien, griego, bien hecho, ahora saluda al César y larguémonos de aquí. ¡Vamos!

Quirino levantó su brazo en alto, saludando al gigantesco Maximino, y Orestes y el resto de los gladiadores le imitaron, el griego elevaba a los cielos la ensangrentada espada con la que había quitado la vida de un hombre por primera vez.

Maximino estaba eufórico por la victoria de Orestes, se había levantado

de su silla de hierro y le saludaba.

—¡Ja...! ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Sí! ¡Mi alfeñique victorioso! Los dioses tienen sentido del humor, ¿verdad, Quinto? Me debes veinte denarios de plata...

—Por supuesto, noble César, no los tengo ahora aquí, pero te los pagaré cuando volvamos al palacio después de los juegos, si tú me lo permites, por supuesto.

—¡Ja,ja,ja,ja, ja! Puedes estar seguro, Quinto, de que me pagarás la apuesta. Aún no soy viejo y mi memoria está intacta, ja, ja, ja, ja, ja.

Paulino fingió reír la gracia de su Emperador. Mejor tenerlo de buen humor hasta que se marchase de Sirmium con sus legiones y sus abominables germanos.

En realidad le daba igual a Maximino cobrar sus veinte denarios de plata, pues el miedoso Paulino ya era hombre muerto y toda su fortuna pasaría a sus manos.

Los esclavos sacaron a los gladiadores muertos, les clavaron ganchos de hierro, los arrastraron fuera de la arena y limpiaron las vísceras y miembros amputados de ella, y la aplanaron y endurecieron de nuevo.

Ahora venía el número fuerte.

Los guardias del *ludus* sacaron a la arena a Marco y al celta de su encierro.

Quirino les observaba desde la puerta por donde salieron.

Los germanos les silbaron y abuchearon.

Ambos iban desnudos y descalzos, a pesar del fresco del mediodía, tan solo un taparrabo de gladiador cubría sus partes pudendas. Tanto el pretoriano como el celta fueron armados con una espada corta y un pequeño escudo circular, sin llevar ninguna protección más en los brazos ni en el torso, ni grebas, ni yelmo.

Ignoraron el palco, analizando las gradas y esperando hallar una vía de escape, pero toda huida era imposible, ya que estaban ocupadas por tropas armadas y sólo la enrejada puerta desde donde entraron a la arena y donde se hallaba Quirino podía ser su única posibilidad, pues continuaba abierta, pero flanqueada por soldados.

Tras ellos salieron al ruedo desde esa misma puerta los veinte terroríficos gladiadores que se les iban a enfrentar. Los luchadores se situaron frente al palco y saludaron al Emperador.

—¡Salve, César, los que van a morir te saludan!

Eran los mejores y más veteranos gladiadores del *ludus*, los mejores de Panonia.

El gigante alzó la palma de la mano y Marco escupió al suelo con desdén. Maximino le clavaba la mirada desde el palco, rojo de ira.

—¡Maldito perro insolente! Ya queda menos para que tu arrogancia acabe con tu vida, pretoriano bastardo.

Máximo sonrió, aún dolido por la huida de Julia Terencia de la ciudad.

—Este es tu fin, pretoriano, saludaré a tu puta Terencia de tu parte.

Los veinte enormes gladiadores iban armados con espada corta, grebas hasta la rodilla, manga de malla en el brazo derecho, escudo circular o rectangular de legionario y yelmo con visera con tan solo unos pequeños orificios que debían protegerles el rostro. Como sus adversarios, iban con el torso descubierto, como era costumbre entre los gladiadores, puesto que al público le encantaba ver sangre.

El feroz y experimentado Marco comprendió enseguida que su elevado número podía convertirse en una ventaja para él y Gannicus, pues sus enemigos les combatirían en un angosto espacio y se moverían con torpeza, comprimidos por la pequeña arena. También comprendió que el casco cerrado que llevaban era más apropiado para un combate individual, pero no para luchar en grupo, como un ejército contra un enemigo común; la visera solo les permitía mirar hacia adelante, la vista a sus flancos sería difícil o imposible, y haría su respiración más difícil; si se movían bien y se mantenían vivos, él y Gannicus les fatigarían notablemente.

Marco comprendió que él y el galo debían moverse mucho para que sus numerosos enemigos chocasen entre sí en la pequeña arena del *ludus*.

—¡Escúchame galo! ¡Tú atácales por la izquierda, que yo lo haré por la derecha! Haremos que su número y el pequeño espacio de la arena se vuelvan a nuestro favor. No esperes su ataque o que nos rodeen, atacemos y golpeemos nosotros primero y les sorprenderemos; en cuanto intenten protegerse y retroceder, chocarán entre sí y podremos matarles con la ayuda de los dioses.

—¡Estás loco, romano! ¡Este es nuestro fin!

—Si quieres reunirte ahora con tus antepasados, hazlo, galo, pero recuerda que me juraste servirme con tu vida. ¡Confía en mí, maldito galo cabeza hueca!

—¡Que Marte y Teutatis nos otorguen la victoria, centurión!

—¿Teutatis...? Le invocaste en nuestro primer combate y no te ayudó.

—Sí, el dios de la guerra de mis antepasados que las legiones del divino Julio se encargaron de mandar al infierno, junto a sus druidas.

—¡Sea, galo! Que tu dios te ayude, le necesitaremos si no está irritado contigo por haberte convertido en un romano.

—Como tú dices, mi señor, démosles a estos perros un buen espectáculo.

Los guardias del *ludus* y los hombres de Casio se retiraron de la arena y cerraron la recia reja de hierro tras ellos.

Los gladiadores que les daban la espalda se volvieron para iniciar el combate a una señal de Maximino, pero Marco y Gannicus, ya situados en sus flancos, no esperaron a que les rodearan y empezaron a golpear, acuchillar y despedazar a sus enemigos, con la furia de quienes saben que no pueden ceder, provocaban que sus enemigos se replegaran hacia al centro para intentar defenderse o atacar

Los heridos caían con gritos de muerte y grandes chorros de sangre. Vísceras, gargantas cortadas, pechos y vientres abiertos ensangrentaban la arena del *ludus*. Quirino, que observaba el desigual combate, comprendió su error al comprimir a tantos hombres juntos en un espacio tan reducido y al dificultarles, además, la visión periférica.

Los gladiadores intentaban esquivar los ataques de sus dos enemigos: a la vez que retrocedían, tropezaban y chocaban con sus compañeros de al lado o de detrás, cayendo algunos al suelo.

Gannicus recibió un corte en el brazo que blandía la espada, pero le partió la pierna a su oponente de una violenta patada: la tibia salió de su desgarrada pierna y lo derribó con alaridos de dolor, mientras Marco le cortaba el brazo a otro que iba a matarle por detrás, salvándole la vida.

La estrategia del feroz Marco estaba dando resultado, los gladiadores se comprimían contra la madera que circundaba la arena, se protegían desesperadamente con sus escudos, acorralados, chocaban y se herían entre sí con sus propias armas, sorprendidos y asustados por la rapidez y furia del ataque de sus enemigos.

Los soldados situados en las gradas comenzaron a jalearse efusivamente a Marco y a Gannicus, quienes seguían luchando como demonios del infierno, destrozando y mutilando a sus adversarios con sus espadas o golpeando con violencia sus protegidos rostros con sus pequeños escudos, aturdiéndoles.

Los generales y oficiales de Maximino se mantenían en cauteloso silencio, pero sonreían satisfechos porque el centurión de los pretorianos Marco Valerio, veterano de la II Legión Parthica, continuaba con vida en esta cobarde batalla; deseaban su victoria. También se sentían orgullosos del legionario de la IV Itálica, Gannicus. Todos se sentían ahora con ánimos y valor de acabar con el tirano de Maximino y su inútil hijo y ganar a sus germanos o perecer en el intento. Lo harían y proclamarían a Marco su nuevo César, pues temían no recibir clemencia del viejo e irascible Pupieno si eran vencidos.

Hasta los nuevos germanos que entraron en la guardia de Maximino empezaron a vitorearles, con la preocupada mirada de su comandante, Recimer, y el disgusto de Maximino y de su hijo.

Livia Prócula acariciaba el rostro del tracio y este, irritado, la apartó de un manotazo, tirándola al suelo.

A pesar de todo, el pretoriano y el celta, aunque ya habían matado a muchos enemigos, acusaban también la fatiga y al final se vieron ambos retrocediendo, se defendían ahora y luchaban por sus vidas, ante el furioso ataque de los tres que quedaban aún en pie.

Marco pudo atravesar el vientre de uno de ellos; desclavó su espada de una patada y le cortó la mano a otro. Mientras tanto, el galo luchaba contra el último de ellos, que combatía con valor y furia; el celta se cansaba cada vez más al esquivar o parar con su pequeño escudo los golpes y estocadas de este.

Al final, Gannicus tropezó con un cadáver y cayó al suelo de espaldas y el enorme gladiador le puso el pie en su garganta, dispuesto a atravesarle rápidamente el pecho con su espada antes de que Marco le atacara: este le lanzó velozmente su espada, que voló por los aires y se clavó en su costado, atravesándole el hígado, del cual manaba abundante sangre negruzca. Lo derribó a la arena, moribundo.

Gannicus agradeció al pretoriano el haberle salvado la vida por segunda vez hoy.

El celta se levantó y remató en el suelo a su enemigo, degollándolo.

Los soldados de Casio enloquecieron de fervor hacia los vencedores, vitoreándolos y pidiendo al Emperador su clemencia.

—¡Vida, vida, vida!

El gigante estaba muy contrariado y molesto por el inesperado desenlace del combate.

—¡Maldito pretoriano, hijo de perra...!

Graciano se acercó nervioso al Emperador.

—Debes matarles, noble César, no escuches a las tropas, son tus enemigos y tus traidores legados los convertirán ahora en héroes frente a sus legiones.

Maximino se levantó con ira y aprisionó la garganta del frumentario, lo levantó por los aires con su portentosa fuerza de coloso.

—¡Asqueroso gusano! ¡Estoy rodeado de traidores! Tú pagarás con tu vida el no haber descubierto la traición de los pretorianos a tiempo, rata inmunda.

Graciano pataleaba en el aire y luchaba por respirar, la enorme mano de Maximino estaba a punto de estrangularle.

—¡Cé...César! ¡Me necesitas, César! ¡Aaaaarrghhh....!

De repente, Maximino le soltó desde lo alto, su víctima intentaba recuperar su respiración.

—Sí, frumentario...te necesito...por ahora.

El tracio miró a Paulino de forma amenazadora.

—¡Quinto! Ordena a tus hombres que los maten a todos, que no sobreviva ninguno. Esta situación es enojosa y me irrita profundamente. ¿Qué clase de mujerzuelas tienes como gladiadores? Hasta los músicos de anoche podrían vencerles con sus cítaras y flautas.

—Como tú ordenes, noble César, pero no eran míos, sino de Marciano.

Paulino buscó con la vista e hizo una seña a su centurión Apio Casio, quien se reunió con él aparte.

—Ordena a tus hombres que acaben con esos dos.

—Pero, mi señor... los hombres piden que les sea concedida su vida.

—¡Por los dioses, centurión! ¡No discutas mis órdenes! ¡Mátales! El César lo ordena... ¡Obedece!

Los guardias germanos vitorearon de igual modo a los vencedores del combate, admirados por su destreza y valor, cualidades que valoraban en sus enemigos; también ellos se dirigieron a Maximino, pidiendo que les fuera perdonada la vida.

La mayoría de ellos no habían conocido ni servido bajo el mando de Donnar.

Maximino y su hijo no creían lo que veían ante sus ojos, incluso sus germanos, a quienes confiaban sus vidas, pedían ahora que el pretoriano y el

celta fueran perdonados.

—Los germanos también... ¿Qué significa esto, Recimer?

—Mis hombres también te piden que les des la vida, noble César. Y aunque odian al pretoriano y desean que le mates, admiran su valor, pues los dioses le han otorgado la victoria. No ofendas a los dioses, noble César, mis germanos lo tomarán como un mal augurio.

—¡Tonterías! ¡Malditos traidores! ¡Debería mataros a todos con mis propias manos, malditos bárbaros!

El loco Maximino, como una bestia brutal, rojo su rostro por el abundante vino y la ira salvaje, se erguyó en su potente estatura de coloso amenazando a Marco y a Gannicus. Paulino, los legados y tribunos creyeron que saltaría a la arena de un momento a otro, preso de su cólera asesina, para matarles personalmente; Livia Prócula le miraba aterrada.

—¡Por Marte, que voy a matar yo mismo a estos dos miserables traidores! ¡Malditos perros germanos! ¡Juro por los dioses que os devolveré al ejército!

De repente, el gigante se estremeció y se llevó bruscamente las manos a su pecho y brazo izquierdo, dobló su enorme violentamente. Vomitó, perdió el equilibrio y cayó desplomado desde lo alto del palco a la arena.

Los sorprendidos soldados miraron al centurión Casio, esperando órdenes, pues el César se hallaba también en la sangrienta arena mezclado con los cuerpos muertos y despedazados de los gladiadores, encogido sobre sí y retorciéndose; se quejaba de un gran dolor en el pecho.

Marco y Gannicus vieron su oportunidad para matar al tracio, pero algunos germanos saltaron rápidamente a la arena y protegieron a su señor con sus grandes escudos ovalados. El pretoriano y el celta estaban cansados, pero aún podían con ellos.

Máximo, horrorizado, corrió detrás del gran Recimer, buscando su protección.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Haz algo, idiota!

Recimer fue abofeteado por el hijo del tracio, quien se llevó instintivamente la mano a su espada, dudando si matarle, pero habló a sus hombres en su lengua bárbara.

—¡Traición! ¡Traición! ¡Nuestro César ha sido envenenado! ¡Protegedle y matad a estos traidores!

Por un momento, Recimer dudó entre su lealtad al joven Máximo y la

posibilidad de atravesarle el vientre con su espada y proclamar con sus hombres a otro César entre los generales presentes, pero estos se hallaban paralizados e indecisos, todavía sorprendidos y desbordados por los súbitos acontecimientos.

Mientras tanto, Sexto Tulio Graciano, jefe del espionaje, desapareció en la confusión del tumulto porque temía por su pellejo.

Recimer decapitó de un solo golpe con su gran espada la cabeza de Quinto Sergio Paulino, gobernador de Panonia Inferior, quien se encontraba de pie, mirando de forma estúpida cómo Maximino permanecía tendido en el suelo, retorciéndose de dolor. Su cabeza, aún con la expresión sorprendida en sus ojos, cayó a la arena a los pies de Marco, quien la apartó de un puntapié. Su cuerpo decapitado, expulsando sangre como una fuente del cercenado cuello por unos instantes, dio dos pasos hacia adelante, cayó también en la arena y derribó a algunos germanos.

Su esposa gritó aterrorizada.

—¡Quinto! ¡Quinto! ¡Noooooo!

Las lanzas de los germanos le atravesaron la espalda, la hicieron callar para siempre, en medio de un gran charco de sangre. Un enloquecido guardia germano le cortó la cabeza, que levantó por los aires por sus cabellos antes de arrojarla a la arena, aullando de forma salvaje, ante la aterrada mirada de Máximo, que temía ser muerto también.

Los guardias del gobernador, al ver a su señor muerto, se encolerizaron contra los germanos. Casio les dirigió, a pesar de su inferioridad numérica.

—¡Hombres! ¡Vengamos al gobernador! ¡Matemos a estos salvajes!

Y empezó una batalla campal en las gradas del *ludus*.

Los legados y tribunos del ejército se hallaban cautivos de los germanos, pero el general Emiliano, el más veterano de los legados, intentó dar órdenes.

—¡Germanos! ¿Qué estáis haciendo, malditos bárbaros? ¿Qué ultraje es este? ¡Recimer! ¡Centurión! ¡Yo estoy al mando! ¡Ordena a tus hombres que cesen la lucha!

Recimer, indeciso, se le encaró, apartando violentamente a sus hombres. El cobarde Máximo se hallaba acurrucado, lloriqueaba sentado en el palco sobre un charco de sangre. Recimer le miró con su espada manchada con la sangre del gobernador en la mano y dudó de nuevo por unos instantes, quizá debiera matarle también y proclamar al viejo general Emiliano nuevo César.

—¡Legado! ¡El César ha sido envenenado! ¡Mantén la calma! Yo estoy al

mando y protegeré con mis hombres y con mi vida al noble Máximo. ¡Juro por Wotan que vengaremos esta afrenta! ¡La cólera se ha desatado en mis hombres, no puedo hacer nada para detenerlos, no me escuchan! ¡Mantened la calma o también moriréis!

El estado mayor del ejército se hallaba rehén de los germanos en la práctica.

Marco avanzó hacia el tracio para rematarle y este le clavó la mirada desde el suelo.

—¡Maldito... pretoriano! Debí haberte... matado... antes...

Pero se encontró con la resistencia de los germanos que le protegían parando sus golpes con los escudos.

Gannicus le agarró del brazo para llevárselo de allí, mas el feroz pretoriano se dio rápidamente la vuelta y le puso instintivamente la punta de su espada en el rostro.

—¡No vuelvas a hacerlo, galo! ¡Pude haberte matado!

—¡Mi señor! ¡Deja al tracio! ¡Ya le mataremos más adelante! ¡Huyamos o moriremos también!

Y el terrible celta lanzó una letal estocada hacia uno de los germanos que iba a atacar a Marco por la espalda, con la que le atravesó el rostro y salvó su vida.

Los germanos se arrojaron contra ellos con salvajes alaridos. Marco y su compañero apenas podían ya defenderse de ellos, ya muy fatigados; detenían los golpes con sus pequeños escudos como podían.

Mientras retrocedían de los germanos, Marco mató a uno de una estocada en el pecho y derribó a otro de un soberbio puñetazo en la cara. Gannicus había perdido su espada y luchaba con la lanza de un germano muerto, atravesaba gargantas y vientres, hasta que retrocedió abrumado por el número de sus enemigos y ambos escaparon hacia la reja de la arena, que vieron sorprendentemente abierta.

Los germanos les perseguían para matarles y enfrente se encontraron la corpulenta figura de Quirino, que les cerraba el paso a la libertad y a la vida y les esperaba con una espada en la mano. Estaban rodeados de enemigos

—¿Pensabas que iba a dejar que estos bárbaros acabaran contigo y me negaran mi victoria contra ti, galo? ¡Escapad! ¡Vamos, por los dioses! ¡No os quedéis aquí o moriréis! ¡Ahí está la salida!

Fue Marco quien arrastró esta vez del brazo al sorprendido celta y ambos

huyeron de la arena mientras el valeroso Quirino contenía a los germanos.

La punta de una lanza se le hundió en el vientre, el hispano cayó a la arena de rodillas, manaba sangre por la boca.

Los germanos se arrojaron sobre él y le atravesaron con sus espadas con salvaje ferocidad. Y la oscuridad cubrió al valeroso Quirino.

Las lanzas volaban tras Marco y Gannicus en su huida, sin tocarles.

Cerraron la pesada reja de hierro del ruedo a tiempo de contener a la enfurecida jauría asesina de los germanos.

Fuera del *ludus*, mataron a los alarmados y sorprendidos guardias del gobernador que acudían al tumulto, entre ellos al dálmata, al que Marco atravesó el vientre con su espada.

—¡Hasta pronto, dálmata! Nos volveremos a ver en el infierno.

Robaron los caballos, montaron de un salto en dos, se llevaron otros dos de refresco y soltaron y dispersaron al resto. Los soldados germanos habían conseguido derribar la reja con una de las grandes vigas de madera que usaban los gladiadores en sus entrenamientos para fortalecerse, como si fuera un ariete, y corrían hacia ellos lanzando sus jabalinas, sin herirles pero mataron a los dos caballos que llevaba y montaba Marco. Este cayó rodando por el empedrado de la calle para evitar ser aplastado por su montura. Gannicus detuvo su huida al darse cuenta de los apuros del pretoriano y volvió grupas hacia los terribles guardias germanos, contra los que cargó y derribó, aplastando a varios. Marco desclavó una lanza de un animal muerto y la arrojó contra el germano que tenía más próximo; al clavársela en la cara, el soldado derribó a los demás, y ganó así algo de tiempo para que el celta le entregara las riendas del caballo que llevaba de refresco y lo montara de un ágil salto. Ambos se dirigieron al galope con las rodillas apretadas hacia las puertas de la ciudad, arrollaban en su loca huida a los asustados ciudadanos que se encontraron en medio.

En el fortificado campamento romano, las primeras voces de alarma y los toques de trompeta se escucharon desde el interior de las empalizadas, pues las noticias de los disturbios ya habían llegado allí y los legionarios se encontraban nerviosos y excitados ante las noticias contradictorias que les llegaban sobre la suerte de Maximino y su hijo.

Los legionarios que se hallaban de centinelas en sus torres señalaron al pretoriano y al celta que cabalgaban hacia el sur. Los arqueros sirios dispararon sus flechas, pero ya estaban fuera de alcance. Unos jinetes

germanos salieron en su persecución.

La carnicería del *ludus* ya había concluido, los cadáveres se amontonaban en su arena y gradas.

Maximino continuaba con su agonía sobre la arena.

Los soldados del gobernador y numerosos germanos yacían muertos, destrozados sobre grandes charcos de sangre, vísceras, cabezas y miembros amputados.

El valeroso centurión Casio y algunos de sus hombres supervivientes esperaban su ejecución, heridos y arrodillados. Los germanos les decapitaron sin contemplaciones.

La ira de los germanos continuó fuera del *ludus*. Gracias a Recimer, que les protegió, pues él seguiría necesitando un señor a quien servir si el tracio moría, no acabaron también con los legados y tribunos del ejército.

Los centuriones y legionarios entraron en la ciudad a sangre y fuego; mataron a todo el que se encontraron, ya fuera hombre, mujer o niño. El ejército ya se había enterado de la supuesta muerte de su Emperador y, enfurecidos y privados de sus altos mandos, se dedicaron al pillaje, violación y asesinato de los habitantes de la ciudad.

También mataron a los magistrados y nobles, a sus familias y esclavos; quemaron sus lujosas casas y robaron cuanto encontraron.

Los cadáveres se amontonaban en las calles, entretanto los germanos marcharon a la casa del gobernador Paulino, donde asesinaron a sus sirvientes. Robaron su oro y plata, se emborracharon con su vino y se atracaron con su comida.

Los esclavos cocineros de la casa del gobernador, que habían preparado el almuerzo para sus poderosos amos, fueron colgados por los pies, desnudados y abiertos en canal, desparramando sus entrañas sobre grandes charcos de sangre, porque les creyeron culpables directos del envenenamiento de su César; las esclavas de las cocinas fueron violadas, no se libraron ni las niñas ni las ancianas, y después degolladas.

A algunas mujeres esclavas preñadas les sacaron sus hijos de sus vientres estando vivas y los arrojaron a las grandes ollas hirviendo de las cocinas; también cortaron los pechos de las madres y aplastaron a sus niños lactantes contra las columnas.

Los hombres eran también masacrados y muchos castrados.

Algunos legionarios, que se horrorizaban por los crímenes de sus

compañeros y de los germanos, ignoraban las matanzas, pero no tenían reparos en saquear el cuantioso botín; otros, nativos de la Panonia y con amigos y familiares entre los ciudadanos de Sirmium, corrían a avisarles para que se ocultaran.

Un viejo loco, un cristiano, sermoneaba en medio de la masacre a sus conciudadanos.

—¡Paganos! ¡Idólatras!! ¡Arrepentíos! ¡El fin de los tiempos ya está aquí y pronto seréis juzgados por el Señor, vuestro Dios! ¡Abandonad vuestros ídolos y arrepentíos!

Un grupo de legionarios reparó en el viejo loco.

—¡Eh, mirad al viejo!

—Parece uno de esos cristianos...

—¡Eh, viejo, me arrepiento, ja, ja, ja, ja, ja!

Y se lanzaron todos a por él; le dieron patadas y puñetazos hasta matarlo.

Las tropas culpaban a toda la población de Sirmium por la muerte de su Emperador

Los sorprendidos legionarios hallaron en el Foro las cabezas colgadas de los nobles, invadidas de grandes moscas, y el cajón donde se encontraba en agonía el gordo edil Marciano, borracho, deslenguado y devorado poco a poco por los gusanos. Se taparon con sus capotes las narices y, furiosos de asco, lo incendiaron con él dentro y lo quemaron vivo. El fuego acabó con su vida y con el asqueroso hedor que invadía la plaza.

Los ciudadanos de Sirmium huían como podían de la ciudad, en la que se multiplicaban los incendios, asesinatos y saqueos.

El Emperador, sin embargo, no había muerto, pues lo que parecía un envenenamiento del vino o la comida no era tal, sino un ataque al corazón por sus abusos con la bebida y la carne.

El gigante empezaba a recuperarse del dolor en tanto que remitía. Levantó el brazo.

—¡Germanos! ¡Legados! ¡Sigo vivo!

—¡Padre mío! ¡Recimer, idiota! ¡Trae a los físicos!

Capítulo XVI

EL UNGIDO DE JÚPITER

—¿Dónde se ha metido el cristiano?

—¡Maldito perro! ¡No escapará de nosotros! Quirino ha muerto, ya no puede protegerle.

—¡Bah! ¡Por todos los dioses! Yo no sé qué ganaréis matándole, pero yo me largo de aquí, vosotros seguid aquí buscando a ese bastardo; yo me voy, soy ya libre y vosotros también, hermanos.

Tras la carnicería del *ludus*, los gladiadores supieron de la muerte de Quirino. Muertos también los guardias nada les ataba ya, eran libres y podían regresar a sus lejanos hogares si así lo deseaban, puesto que en la confusión de la guerra civil no serían perseguidos. Y nadie, salvo ellos, quedaba ya vivo en el *ludus*. Podían marcharse sin ser advertidos, pero primero saquearían los cadáveres de los muertos.

Querían matar antes a Orestes, el griego. No había ninguna razón para ello. Simplemente le odiaban.

Por fin, dándose por satisfechos con lo saqueado, desistieron de seguir buscando a Orestes, al que creyeron huido, algo que deberían haber hecho ellos ya hace tiempo: si continuaban allí podían ser descubiertos y capturados otra vez como gladiadores, o peor aún, ejecutados por saqueadores.

Las gradas y la pequeña arena del *ludus* estaban sembradas de cadáveres, entrañas, sangre, cabezas y miembros cercenados.

Entre ellos, un cuerpo delgado pero fibroso cobró vida. Llevaba puesto un casco de gladiador que le ocultaba el rostro.

El “resucitado” observó con cautela alrededor de él y escuchó el silencio del entorno con atención. Sí... Estaba solo... y libre. Apartó el cadáver que tenía encima y se puso lastimosamente en pie. El gladiador se quitó el yelmo y se descubrió el rostro.

Orestes estaba aún herido por el salvaje castigo que había recibido, las heridas de los latigazos aún le dolían.

Dios, como los dioses paganos, tenía un peculiar sentido del humor, pues

le castigaba por su apostasía y falta de fe o, tal vez, le protegía en su infinita misericordia y bondad y le mantenía vivo.

Distinguió el cadáver de Quirino por sus vestiduras y estatura entre un charco de sangre, junto a otros muertos. Le dio la vuelta, estaba destrozado, las entrañas le sobresalían por los costados y el vientre. Le miraba desde su ensangrentado y desfigurado rostro, con sus ojos ya vacíos de vida; había muerto con una mueca parecida a una sonrisa. Recordó sus palabras:

“Dime, griego... ¿Crees que hay otra vida tras esta...?”

Le cerró los ojos. Si el Dios de los cristianos existía, le perdonaría sus muchas faltas y le acogería en su seno, feliz y libre ya de las ataduras a este mundo cruel y sanguinario; posiblemente, sí, posiblemente, Quirino se había convertido en un buen hombre antes de morir.

Anduvo lentamente y con sigilo, saltó sobre los muertos y salió de la arena.

Sí, esos rufianes asesinos que le pegaban desde que había sido llevado a este maldito lugar y que lo perseguían para matarle habían escapado como las ratas.

Era libre. Por fin volvía a ser libre. Pero no podía regresar a su aldea, ya no, jamás, y tampoco podía quedarse en esta malvada ciudad que quería su sangre.

Debía marchar lejos, muy lejos, y empezar una nueva vida como hizo hace tres años, cuando huyó de Asia y abandonó su tranquila existencia de esclavo para salvarse y llegar a este oscuro y frío país.

Orestes robó una túnica, un capote y unas sandalias de los barracones. Todos habían huido.

En caso contrario, habría vendido cara su vida, ya que ahora tenía una espada corta de gladiador en sus manos y había aprendido lo suficiente para enfrentarse a cualquiera de estos patanes, pues los mejores entre ellos habían sido muertos.

Salió al exterior del *ludus*. Cadáveres por las calles de la ciudad, incendios, ciudadanos llorando a sus muertos.

Se subió los pliegues de su capa a la cabeza para no ser reconocido, pero los habitantes de Sirmium se hallaban ocupados en mitigar su dolor y no le prestaron atención; el caminar lastimoso de Orestes le hacía parecer un ciudadano más herido por los disturbios.

Un caballo de corta alzada, posiblemente un caballo de soldado, se

hallaba solo y libre bebiendo agua de la fuente de piedra.

El griego se acercó con cuidado y lo cogió de las riendas, subió al borde del abrevadero y montó sobre él.

Orestes había aprendido a montar a caballo en sus años de pastor en la aldea, cuando salía armado de su honda y puñal a buscar a sus cabras y ovejas extraviadas del rebaño, por si aparecían los famélicos lobos de las montañas.

Salió tranquilamente, al paso, por una de las puertas de la ciudad en medio de gente que iba y venía de manera lastimosa.

El crepúsculo ya había caído.

Unos soldados, fuera de las murallas, bebían alegres el vino de los odres robados a algún acaudalado noble, mientras se calentaban al fuego. Uno de ellos reparó en la silla de montar de cuernos del caballo de Orestes, montura habitual entre la caballería romana.

—¡Eh, tú, granuja! ¿A dónde demonios vas? Desmonta y ven a calentarte en nuestro fuego y a beber nuestro vino, ese hijo de perra del gobernador sabía apreciarlo bien, ja,ja,ja,ja,ja.

Pero Orestes continuó su camino, mantuvo la calma.

—¡Necio! ¡No es uno de los nuestros! ¡Es un ladrón! ¡Ha robado uno de nuestros caballos!

—¡Detente, perro!

Pero Orestes apretó sus rodillas, golpeó con sus talones al animal, que salió al galope tendido, y escapó de los ebrios romanos.

Cabalgó toda la noche, hacia el sur, pues aún ignoraba que el ejército de Maximino, el enemigo de los cristianos, se dirigiría también hacia allí.

Al alba, cinco germanos de la escolta del Emperador fueron encadenados a un árbol frente a las murallas de Sirmium. Estaban desnudos, habían sido azotados hasta casi matarlos y les habían sacado los ojos y cortado las orejas, manos y lenguas.

Habían sido abandonados a los vengativos ciudadanos por Maximino para que les despedazaran, tras partir este con sus legiones hacia Italia.

Las matanzas habían concluido al propagarse las noticias de que Maximino continuaba vivo y no había sido víctima de un envenenamiento.

El tracio había sufrido un ataque al corazón, pero, consciente del peligro que corría si el ejército le creía enfermo y vulnerable, tuvo la ocurrencia de decir que había sido tocado por la mano del dios Júpiter y que lo transformó en un dios inmortal.

Cuando cesó su dolor en la arena del *ludus*, tendido entre cadáveres, vio la cabeza de su amada Livia Prócula a su lado, con sus enormes ojos verdes sin vida muy abiertos, como mirándole aterrorizada por su brutal aspecto.

Maximino fue atendido en su tienda por los médicos del ejército, ya que no se sentía seguro en el palacio del malogrado gobernador de la provincia.

—No has sido envenenado, noble César, ha sido tu estómago, deberías moderarte con el vino y la comida, con mis respetos, noble César.

Los médicos tenían razón, en parte, pero desconocían la auténtica dolencia del Emperador.

—¡Malditas serpientes! ¡Largaos, fuera de mi vista! Y ni una palabra de esto fuera de esta tienda o haré que os desuellen vivos. El padre Júpiter me ha tocado fulminándome con su dedo y me ha concedido la inmortalidad. Eso es lo que diréis. Soy un dios.

El anciano liberto imperial Herodiano, cronista del Emperador, escribía todo lo acontecido con su punzón sobre tablillas de cera.

—¡Liberto estúpido! No pongas lo del estómago, escribe lo que he dicho, que Júpiter me tocó.

—Lo escribí, noble César, y así quedará escrito para mayor gloria de tu divino nombre.

Eso es lo que dijo también a sus legados para que lo anunciaran al ejército:

Que el dios Júpiter le tocó.

Cualquier indiscreción podía costarles la vida por traición.

Los supersticiosos legionarios y las tropas auxiliares se maravillaron y vitorearon a Maximino como a un dios vivo; entrechocaron sus armas y escudos de forma aterradora. Pronto este les conduciría a nuevas victorias y les cubriría de oro y botín.

Maximino y su hijo, con la cabeza cubierta y asistidos por los sacerdotes de los dioses, sacrificaron cinco bueyes al dios Júpiter, robados al pueblo de Sirmium; los degollaron y se pintaron los rostros de rojo con su sangre fresca; así se presentaron ambos al ejército, como ungidos por los dioses.

Los adivinos examinaron sus humeantes vísceras, asintiendo al Emperador.

Los dioses volvían a ser propicios a la victoria de Maximino.

Los generales murmuraban entre ellos.

—El tracio está acabado si la victoria nos esquivada. Los hombres le

matarán y a nosotros con él si no le matamos antes.

—“Ungido por Júpiter...”, menudo farsante... Está enfermo y lo sabe. Hemos de deshacernos de él antes de que los hombres pierdan su confianza y se subleven. Le mataremos cuando las circunstancias nos favorezcan. Piensa poner sitio a Aquilea, no podemos sostener un largo asedio y esperar a que el viejo Pupieno marche contra nosotros con sus legiones hispanas y africanas, nos aniquilará y no será clemente con nosotros. Nuestras cabezas serán clavadas en lanzas.

—En mal hora matamos al joven Severo Alejandro y a su madre, los dioses nos maldicen por nuestra avaricia.

—Yo digo que le matemos ahora, y con él a su hijo y al jefe de sus bárbaros. Los hombres aclamarán a cualquiera de nosotros de se proclame César.

—¡No! ¡Esperemos! Cualquier intento de acabar con él ahora significaría nuestra muerte. Aguardad, pronto caerá él solo.

Los germanos que fueron abandonados por el ejército frente a las murallas de Sirmium fueron los asesinos de la noble y bella Livia Prócula.

Maximino lloró amargamente su muerte cuando quedó solo en su tienda. Amaba a esta mujer apasionadamente y, por un momento, la inmensa humanidad del tracio afloró desde lo más profundo de su alma de bestia salvaje y apareció el atormentado ser humano que moraba en su interior, su espíritu se desmoronó. De repente, se sintió voluble y volvió a aparecer el gigante brutal, y la ira se apoderó de él, y por segunda vez castigó a sus germanos, por su cobardía durante la rebelión de Marco Valerio Celer y sus pretorianos.

Los asesinos de su amada señora fueron cruelmente azotados, mutilados y abandonados a merced de los vengativos habitantes de la ciudad para que hiciesen con ellos lo que quisieran. Acabaron muertos por la chusma, golpeados salvajemente y despedazados, cuando las legiones marcharon. Todo el dolor provocado por el ejército del tracio en el pueblo de Sirmium lo pagaron estos soldados.

Sexto Tulio Graciano habló a su señor.

—Los germanos están inquietos, noble César, te temen todavía pero están molestos porque no has castigado también a los legionarios romanos que intervinieron en las matanzas y el saqueo de la ciudad; puede haber un motín. El suevo Recimer es el único que puede serte leal, pero mis informantes me

dicen que cada vez tiene menos control sobre sus hombres, como se demostró en el *ludus*.

—No puedo diezmar a mis legionarios, Sexto, necesito todo el afecto de mi ejército ahora... ¿Qué me sugieres, maldito gusano intrigante?

—El divino César Septimio Severo, castigó la deslealtad de los pretorianos por asesinar al noble Pertinax, los devolvió al ejército y los sustituyó por una guardia escogida entre los legionarios más valientes y leales. Haz lo mismo tú con tus germanos. Devuélvelos con los auxiliares y escoge entre tus mejores legionarios: ellos ya han demostrado sobradamente que te aman, noble César, incluso cuando masacraron por ti a estos habitantes de Sirmium creyendo que vengaban tu muerte, pues no olvides, oh noble y divino César, que muchos de tus soldados proceden de estas tierras panonias.

—Cierto, frumentario, sé que esos legados cobardes conspiran contra mí a mis espaldas, pero sus hombres me seguirán hasta el fin, me adoran por mis victorias. También los germanos me continúan siendo fieles, pero ellos mataron a la mujer que amaba.

Maximino se entristeció, el recuerdo de Livia Procula y de su final le atormentaba, su venganza fue terrible.

— Ejecuta a Recimer por no haber impedido el asesinato de la noble Livia Prócula y pon su cabeza en una lanza, eso alegrará a tus legados, ya que ellos fueron cautivos de él y de sus germanos cuando tú ... disculpas, oh noble César, cuando tú fuiste tocado por el divino dedo del poderoso Jupiter y te hizo inmortal.

—¿A Recimer? Pero él me protegió durante el tumulto del *ludus*... ¿No es así, Sexto?

—Yo vi que él puso su mano en la espada cuando fue reprendido por tu noble hijo porque tardó en reaccionar. Estoy seguro de que no hubiera dudado en apoyar a alguno de tus legados para proclamarlo César en tu lugar ni tengo dudas de que te hubiera matado a ti y a tu noble hijo, antes de que Júpiter te hubiera tocado. Yo mismo tuve que escapar para que no me cortaran la cabeza.

Graciano temía a los germanos y a Maximino, deseaba eliminar lealtades en torno a él, pues tramaba su caída en secreto porque sabía que no podía ganar esta guerra y así ser perdonado por Pupieno, a quien pensaba servir tras su derrota y muerte. Graciano planeaba desertar a las filas del Senado cuando entraran en Italia.

Y así fue como el semibárbaro y desconfiado Maximino devolvió a sus

germanos a los cuarteles del ejército, como antes hizo con los pretorianos, y se rodeó de una nueva guardia entre los más valientes e incondicionales de sus legionarios.

El bravo Recimer fue ejecutado con la satisfacción de los legados y tribunos de las legiones y los germanos diezmados; uno de cada diez de toda su cohorte fueron apaleados con saña hasta la muerte por los legionarios, dado que estos les odiaban; tras esto, Maximino anunció a sus soldados que les subiría la paga a mil denarios anuales cuando hubieran entrado en Roma.

Más le valdría al tracio cumplir sus promesas.

Su hijo Máximo lloró la muerte de Recimer, a quien tenía gran estima, lo que le hizo ganarse aún más el desprecio y la antipatía de los generales.

—Hay algo más, divino y noble César.

—¡Habla!

—Los traidores Marco Valerio Celer y ese tal Gannicus han escapado con vida de la ciudad, no se encuentran entre los cadáveres, y han matado a muchos de tus germanos en su huida.

—Debí haberles ejecutado en aquella ocasión... ¡Malditos perros!

—Se habrán dirigido hacia el norte o el este, divino y noble César, no creo que osen atravesar las montañas del sudoeste sin ropas ni víveres.

—Decretaré que quien me traiga la cabeza del pretoriano será recompensado con mil denarios de plata: haz saber esto en toda la Panonia. El galo me da lo mismo, pero matadle si le halláis.

El caballo de Gannicus se había roto una pata. Agonizaba y se convulsionaba sobre la nieve de las montañas. Gannicus lo degolló para evitarle sufrimiento.

Esa noche, además, se había desencadenado una violenta tormenta en el valle, con fuerte ventisca y nieves.

Tenían frío, ya que se encontraban aún desnudos y estaban sedientos y hambrientos. No sobrevivirían demasiado tiempo.

Marco desmontó y bebió la sangre de la abierta garganta del animal para aliviar su sed y hambre; el celta le imitó.

—Debemos encontrar refugio y comida, mi señor, o moriremos miserablemente como perros a la intemperie, si no nos matan antes esos que nos perseguían.

—No nos perseguirán hasta aquí, galo, están demasiado lejos del campamento y no saben quiénes somos. Habrán pensado que éramos dos

gladiadores fugitivos, no creo que nos hayan reconocido en nuestra huida. Además, esta maldita tormenta y la noche les habrán disuadido de continuar haciéndolo.

—¿Y no es eso lo que somos ahora, mi señor? Dos gladiadores fugitivos y desnudos... con frío. Deberíamos descansar si ya no nos persiguen y encender un fuego para calentarnos o moriremos.

—Dame tu espada, galo, perdí la mía cuando mataron a mi caballo.

Gannicus dudó. ¿Qué pretendía el pretoriano? ¿Matarle a él, para no tener que compartir el único caballo que quedaba y evitar agotarlo?

—Vamos, galo, no temas, no voy a matarte.

Gannicus le desafió.

—Ven tú mismo a cogerla, pretoriano...

—Está bien, galo cabeza hueca, hazlo tú mismo.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¿Quieres que te mate?

Marco le golpeó el vientre al celta por sorpresa; lo derribó y le arrebató el arma.

—¡Maldito pretoriano hijo de perra! ¡Te mataré con mis propias manos!

Marco le puso la punta de la espada en la garganta.

—No te muevas, galo, confía en mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que pretendía hacer al pedirte tu espada, maldito borracho.

Marco degolló a su caballo y abrió en canal su vientre para sacar sus entrañas; seguidamente abrió también el vientre del caballo muerto de Gannicus e hizo lo mismo con destreza.

—¡Vamos, galo! Entra en el animal y caliéntate o morirás congelado. Mañana habrá cesado la tormenta.

—Esto huele a demonios, mi señor.

—Has pasado demasiado tiempo entre patricios de finas narices últimamente, galo.

Marco clavó la ensangrentada espada en la nieve y se introdujo dentro del caliente cuerpo del animal muerto y Gannicus se metió dentro del otro cadáver. El calor que desprendían les salvaría la vida esta noche.

El día amaneció gris y en calma. Ambos fugitivos despertaron, aún vivían.

Salieron penosamente de los pestilentes vientres de los animales muertos, cubiertos de su sangre y oliendo a demonios.

—Los dioses nos protegen, mi señor.

—Los dioses no harán nada para resguardarte ahora del frío, galo.

El pretoriano desclavó la espada de las nieves y desolló los animales para quitarles sus pieles.

—Dame la espada, mi señor, sé qué quieres hacer. Yo tengo práctica con esto de cuando viví como un fugitivo en los bosques de mi Galia, confía tú en mí ahora.

Gannicus limpió con la espada el interior de las pieles y las cortó con habilidad; fabricó unas gruesas túnicas y unas rudimentarias botas y polainas para los pies que atarían con las correas de las monturas de los caballos muertos. Tras esto, buscaron ramas secas y yesca y, después de mucho tiempo de insistir golpeando dos piedras, saltaron las chispas y consiguieron un fuego al abrigo de los cadáveres de los animales. Cortaron su carne, aún fresca por el frío, y la asaron.

También recogieron nieve y la fundieron sobre la concavidad de las monturas, que les sirvieron de improvisadas cantimploras, y bebieron su preciosa agua.

—Hicimos bien dirigiéndonos hacia el sur, no creerán que pensamos atravesar las montañas cuando adviertan nuestra fuga, mi señor.

—Ese perro tracio habrá puesto precio a nuestras cabezas, galo, era la única opción segura. Atravesaremos los Alpes Julianos y nos uniremos al ejército de Pupieno, que creo que continúa en Ravenna esperando los refuerzos.

—No, mi señor, yo ya no voy, me separaré de ti cuando entremos en Italia; yo me dirigiré hacia Roma, abandono el ejército, esta no es mi guerra; si los romanos queréis mataros entre vosotros, hacedlo pues.

—Continúas siendo un soldado de Roma, Gannicus, la desertión se castiga con la muerte. Aunque vivas el resto de tus días con nombre supuesto, alguien podría reconocerte; además, tu tendencia a emborracharte y a meterte en líos volverán a poner a la justicia del Imperio tras de ti, no hará falta que se sepa que eres un desertor del ejército. Y un rebelde proscrito, por cierto.

—¡Bah! Vosotros, los romanos, nos consideráis ciudadanos del Imperio cuando os conviene. Estoy agradecido al ejército por acogerme, pero ya estoy cansado de batallas y luchas y de escapar siempre de alguien; estoy envejeciendo, mi señor, volveré a robar por los caminos y luego viviré en paz el resto de mis días, compraré una hermosa esclava con el dinero de mi botín y

en paz la copularé, y me dará robustos cachorros, unos pequeños Gannicus hijos de puta que me cuidarán en mi decrepita vejez cuando ya no me valga por mí mismo.

El pretoriano se le quedó mirando fijamente.

—Tú siempre serás Gannicus, el galo hijo de perra más grande y cabezota que he visto en las legiones de Roma, maldito borracho.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja! Sí, yo soy Gannicus, el galo, y haré honor a mi juramento de protegerte y servirte con mi vida. Iré contigo, mi señor, y te seguiré hasta los mismos infiernos.

Y ambos guerreros entrechocaron sus manos.

Cortaron ramas de los árboles del bosque, afilaron sus puntas con la espada y las endurecieron al fuego; de esta forma, se fabricaron unas buenas lanzas con las que cazar mientras se dirigían, ya bien abrigados y calzados con pieles, hacia los pasos de los Alpes Julianos. Allí encontrarían tropas leales al Senado, aun así, desconfiaban, podían tomarlos por desertores o espías.

Un enorme oso les salió al paso.

—No te muevas, mi señor, no le mires a los ojos o nos atacará. Ignorémosle y sigamos nuestro camino despacio, muy despacio.

La bestia alzó sus zarpas, rugió amenazante y les atacó.

—¡Corramos, mi señor, o nos despedazará!

—¡Por los dioses!

Ambos hombres corrieron campo a través por el valle para salvar sus vidas, perseguidos por el famélico oso, que se había despertado recientemente de su sueño invernal.

Gannicus se detuvo agotado, dispuesto a matar al oso con su azagaya, como hacía en sus bosques de la Galia.

—¡Maldito oso del infierno!

—¡Loco! ¡Te va a despedazar!

Marco arrojó a la bestia la carne de caballo que llevaba atada a la espalda, pero el animal la ignoró y continuó su ataque. Ahora era el celta su presa, quien le esperaba blandiendo su afilada estaca.

El oso se alzó de forma aterradora sobre sus patas traseras para caer sobre Gannicus, quien estaba de rodillas y había fijado su azagaya en la nieve con su afilada punta endurecida al fuego en alto, y esta se hundió en el pecho del animal por su enorme peso cuando cayó sobre el celta para morderle el cráneo. Marco le clavó su lanza en la cabeza, pero el oso ya estaba muerto.

El celta movió el brazo bajo el cadáver de la bestia.

—Sigo vivo... Así mataba yo osos en mis bosques de la Galia cuando era bandido, mi señor.

—Maldito galo loco... ¡Vete al infierno!

—Su piel nos abrigará aún más de las nieves y el frío de la noche que estas pieles de caballo que llevamos ahora, y su carne nos alimentará, mi señor.

Esa noche encenderían un buen fuego y cenarían carne de oso.

Por la mañana continuaron su marcha sobre las nieves. Llevaban ya varias jornadas.

Los nevados picos de los Alpes Julianos se divisaban en el lejano horizonte.

A lo lejos, advirtieron una figura que les seguía a pie.

—Tenemos compañía, galo...

—¿Un explorador?

—No lo parece, aunque desde la lejanía es difícil saberlo; si lo es, se habrá extraviado de su patrulla y habrá perdido su caballo, pero no le distingo atuendo de guerra ni armas desde aquí.

—Habrá seguido nuestras huellas en la nieve, mi señor.

—Le esperaremos en el bosque al anochecer y le mataremos. Si es un explorador del ejército sus armas nos serán útiles, aunque también podría ser un desertor. No creo que el ejército siga esta ruta para invadir Italia, lo harán por el camino más rápido y seguro, la Vía Julia Augusta del este, si es cierto que se dirigen hacia Aquilea.

—Está nevando de nuevo, mi señor, eso borrará nuestras huellas.

—Tal vez, galo, pero no debemos correr riesgos.

La nevada cayó con fuerza durante la noche. Hallaron un abrigo entre los peñascos de las lindes de las montañas y volvieron a lograr, tras mucho intentarlo, un fuego para calentarse y pasar la noche. Hicieron guardias por turnos, pero el misterioso intruso no apareció; quizá había perdido el rastro de sus huellas o había muerto congelado o devorado por los lobos.

Al amanecer, las nieves habían ya cesado.

Se pusieron de nuevo en marcha y siguieron el curso de un pequeño riachuelo con la esperanza de que les condujera hacia algún poblado donde pudieran robar caballos.

Una jauría de lobos corría ahora tras ellos. Marco y Gannicus corrían

otra vez para salvar sus vidas, pero les alcanzaron y ambos guerreros se defendieron espalda contra espalda, con la esperanza de poder herirles con sus azagayas y espada y ahuyentarles antes de que apareciera el agotamiento de sus fuerzas, a la vez que intentaban no ser alcanzados por sus terribles mordiscos, porque entonces estarían perdidos.

De repente, una piedra impactó entre los lobos, la cual mató a uno de ellos con mortal destreza.

El misterioso visitante continuó lanzándoles piedras con su honda, con la que los hería y asustaba, mientras profería grandes gritos, hasta que los lobos huyeron y abandonaron a sus presas.

Marco mataba a un lobo clavándole la espada en el pecho y Gannicus terminaba de ahuyentar a los otros con la punta de su azagaya.

—¡Ja! ¡Estos bastardos se han quedado sin su almuerzo!

El visitante les observaba desde prudente distancia. Llevaba la cabeza cubierta por su manto e iba vestido bajo él con pieles de animal, al igual que ellos; no llevaba nada que se asemejara a una armadura ni más armas que esa honda de cuero. No parecía un soldado y mucho menos un guardia germano.

—¡Eh, tú, acércate!

—Creo que nos teme, mi señor.

Marco le ofreció un pedazo de carne de oso, pero el forastero continuó guardando las distancias; entonces se la arrojó.

El misterioso hombre se abalanzó sobre la carne aún fresca por el frío y la devoró cruda con ansia.

—Este lleva días sin comer, mi señor, deberíamos matarle, no me fío de él.

—¡Eh! ¿Hablas mi lengua?

—Continúa sin decir nada, parece más un salvaje que un hombre, mi señor.

Gannicus se acercó a él, pero el visitante dejó de comer y con una agilidad felina sacó otra piedra de su zurrón de piel, que colocó en su honda.

Marco comprendió que debía intervenir.

—No temas de nosotros. Ten, más comida. ¿Quieres agua? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Por qué nos sigues? Detén tu honda, no te haremos daño.

—¡Por los dioses, mi señor! Que lo cielos caigan sobre mi cabeza si este bastardo no es aquel al que azotaron en el *ludus* y al que llamaban “griego”. Le reconozco, a pesar de su barba.

Marco le arrojó otro pedazo de carne de oso y el odre de agua.

—Te lo agradezco, gladiador... Di a tu hombre que no se acerque a mí o le mataré de una pedrada.

Orestes hablaba la lengua de los romanos con su fuerte acento griego.

Gannicus le apuntó con su improvisada lanza y Orestes desplegó una vez más su honda y se llevó la mano a la bolsa de sus piedras.

—¡Lo sabía! ¡Es el griego!

—Mi nombre es Orestes, gladiadores. Os vengo siguiendo porque estoy perdido y hace dos días que no consigo cazar nada. Yo también soy un fugitivo como vosotros dos.

—Ven, griego, acércate, no temas, no te haremos daño, creímos que eras un soldado que iba detrás de nosotros. ¡Gannicus! ¡Ven aquí y déjale en paz! Dejemos que el griego se acerque y nos hable.

Al atardecer, Orestes contó al calor de una hoguera sus peripecias al asombrado Marco, quien llevaba crecidas la barba y sus blancos cabellos, parecía más un bárbaro que un romano.

—¿Así que tú fuiste uno de esos cristianos, dices? Manejas muy bien esa honda, griego.

—La fabriqué con las riendas y el correaje de mi caballo muerto. Como te dije, fui pastor en mi aldea y he usado una parecida para defender mi rebaño de los lobos.

»Sí, fui cristiano, pero ya no lo soy. Mi Dios no me escucha, ningún dios escucha a los hombres. Si los dioses existen, no intervienen en los asuntos de los mortales, es lo que creo. Mi Dios, el que dicen tan poderoso y misericordioso, no hizo nada por salvar las vidas de mi esposa y de mi hijo recién nacido, a los que la plaga mató. No escuchó mis plegarias.

Gannicus llegó junto a ellos con un jabalí sobre los hombros, que arrojó sobre la nieve.

Marco tocó el hombro del recién llegado.

—Vendrás con nosotros, Orestes, nos dirigimos al sur, hacia Ravenna.

—Nunca oí hablar de ese lugar.

Gannicus observó su delgada figura.

—No pareces gladiador, griego. Yo lo fui.

—El griego se llama Orestes, galo, y era pastor en su aldea. Fue cristiano, pero sacrificó a los dioses para salvarse de ser muerto y ya no lo es.

—¿Cristiano? No me gustan los cristianos, mi señor. Sonreían y decían

perdonarme incluso cuando les cortaba el cuello en la arena.

Orestes se puso en alerta, el celta hablaba demasiado.

¿Quién era este gladiador al que este patán trataba con respeto y le llamaba “mi señor”?

Marco lo advirtió.

—Bien, griego, este galo bocazas que ves aquí es Gannicus, antiguo bandido, y ya era gladiador mucho antes de que nos vieras en Sirmium; pero es un legionario de la IV Legión Itálica, y yo soy Marco Valerio Celer, antiguo legionario de la II Legión Parthica y centurión de la Guardia Pretoriana, antes de caer en ese asqueroso agujero al que llaman *ludus*, donde ese perro bastardo que se hace llamar César pensaba matarnos por alzar nuestras armas contra él. El galo y yo somos ahora fugitivos, como tú, y nos da lo mismo que fueras cristiano o adorador de Mitra.

—¿Sois romanos?

Y Marco le contó todo lo acaecido desde que él y sus pretorianos se sublevaran contra el tirano Maximino hasta que escaparon de Sirmium.

Gannicus seguía receloso del joven fugitivo.

—No me gusta compartir mi comida, mi agua y mi camino con este cristiano. Nos dará mala suerte, mi señor, esos cristianos ofenden a los dioses.

—Si los dioses no se han ofendido ya por querer matar al dueño del mundo romano, no creo que lo hagan porque nos acompañe un simple pastor griego de Panonia, galo; tranquilízate y déjale en paz, este es un hombre valeroso, tuvo el coraje de enfrentarse a aquel hijo de perra de piel oscura y de seguirnos por las nieves hasta aquí y sobrevivir.

—Dejemos a este solo, mi señor, sigamos nuestro camino.

Orestes se levantó.

—Seguiré mi camino, romanos, sé cuándo no soy bienvenido, no os inquietéis, ya estoy acostumbrado a que me rechacen; gracias por vuestra hospitalidad y por vuestro fuego y comida, os deseo suerte, adiós.

—¡Espera, griego! No sobrevivirás demasiado tiempo solo.

—Está bien, mi señor, que venga con nosotros, tres sobreviviremos mejor que dos y este es bueno matando lobos, ja, ja, ja, ja.

—Iré con vosotros, romanos, pero aún no sé hacia dónde; ya no tengo a dónde ir.

El ejército de Maximino se dirigía hacia el sudoeste por la calzada Vía Julia Augusta que atravesaba la Panonia hacia Aquilea. Existía otra calzada de

igual nombre en el oeste que salía de Italia y se dirigía a la Galia por la costa.

Los habitantes de la región eran expoliados de su grano y ganado para alimentar al siempre hambriento ejército del tracio.

Aquilea le abriría sus puertas de buen grado o sería destruida y sus habitantes pasados a cuchillo.

No pensaba dejar enemigos a sus espaldas hasta entrar en Roma victorioso.

Capítulo XVII

MITRA, DIOS DE LA LUZ

El gran toro estaba tendido y atado por las patas en la penumbra de la oscura cueva. La res esperaba su sacrificio ritual, al pie de un rudimentario esbozo dibujado al fresco de la pared que representaba el sacrificio del toro divino a manos del joven dios Mitra.

Los fieles, unos treinta, portaban máscaras de animal y comían reclinados en el suelo de la caverna pan ácimo; también bebían vino. Estaban desnudos y todos eran hombres, legionarios del ejército de Maximino el Tracio. Estaban alegres, pues la sangre del toro les purificaría y cuando ellos murieran en la batalla irían a la otra vida.

Uno de ellos degolló al animal, que murió con un tenebroso mugido.

Los fieles de este dios de origen persa celebraban sus ritos en oscuras cuevas y sacrificaban un toro para bañarse en su sangre.

Como los cristianos, los seguidores de Mitra acogían con gozo la esperanza en otra vida en el más allá y comían pan y bebían vino, pero, a diferencia de los seguidores de Cristo, su culto estaba cerrado a las mujeres: solo los varones podían iniciarse en él.

Mitra era adorado especialmente por los soldados. Y la vida de un soldado solía ser corta.

Pero en los tiempos que luego vendrían, estos mismos soldados no sólo sacrificarían también un toro a Mitra, sino que se lo comerían. El hambre comenzaba a azotar al terrible ejército de Maximino el Tracio.

En su avance hacia el sur de la Panonia, Maximino mandó emisarios a parlamentar con los ocupantes de la imponente fortaleza que guardaba la ciudad de Emona^[22], de altas y gruesas murallas y poderosas torres, con motivo de ser aprovisionado de víveres. Pero su ejército la encontró desierta, su guarnición había desertado a Aquilea y sus habitantes huido, llevándose todos los víveres.

El territorio que estaba ahora atravesando había sido arrasado por sus

propios pobladores, con lo que negaron el aprovisionamiento a las legiones de Maximino, puesto fuera de la ley por el Senado y declarado proscrito y enemigo de Roma.

Pero Maximino, el semibárbaro soldado y campesino iletrado, conocía la Historia gloriosa del Imperio lo suficiente como para verse a sí mismo como un nuevo Cayo Julio César abandonando las Galias y atravesando el Rubicón para someter al rebelde Senado de Roma. Sin embargo, Maximino el Tracio no era el “Divino Julio, hijo de Venus”.

El ejército de Maximino cruzaría por fin los pasos de los Alpes Julianos y avanzaría por la Vía Julia Augusta, camino de la rebelde Aquilea, e invadiría el pantanoso nordeste de Italia al final de este frío invierno, encontrándose pueblos y aldeas desiertos, con sus campos quemados y sin ganado ni grano con el que alimentar a sus famélicos hombres.

Muchos de ellos enfermaron y murieron, ya que los habitantes de la región, antes de huir, habían envenenado también los pozos de agua que se encontraron.

Las patrullas que partían en busca de víveres y forraje y la retaguardia del ejército eran emboscados por grupos de milicias armadas que ocasionaban bajas a las tropas y desgastaban su moral. También atacaban al caer el crepúsculo mientras los hombres talaban los bosques para levantar las empalizadas, mataban a los que podían y desaparecían como fantasmas, tras robar armas y caballos. Estos habían comenzado a ser sacrificados para dar alimento a los exhaustos soldados. Algunos hombres ya habían empezado a desertar, pues las ansias de gloria, oro y botín que les prometía su Emperador no pesaban tanto como el punzante dolor del hambre en sus estómagos.

Muchos soldados fueron abandonados a su suerte por haberseles congelado los pies al atravesar los pasos de las altas y heladas montañas.

El hasta hace poco temido y poderoso ejército de Maximino el Tracio, curtido y endurecido en tres años de batallas contra los bárbaros, invadía Italia muy mermado en hombres, enfermo, hambriento y agotado, sin ganas ya de combatir; incluso las inexpertas tropas de Pupieno, quien había empezado ya avanzar también desde sus cuarteles de invierno en Ravenna hacia Aquilea, bien alimentadas, hubieran podido ahora presentarles batalla en campo abierto sin la seguridad total de ser derrotados.

Los castigos para mantener la disciplina se administraban de forma cotidiana y duramente entre las legiones del tracio. Muchos hombres fueron

azotados e incluso apaleados hasta la muerte por dormirse en las guardias, por matar a sus caballos para comer, por pelearse por sus raciones o por intentar desertar; incluso si eran sorprendidos murmurando o exclamando quejas o maldiciones contra el Emperador o sus generales por matarlos de hambre. Pero las promesas de riquezas y botín aún dividían a las crédulas tropas y dificultaban un amotinamiento exitoso.

—Estarán a media jornada de marcha de nosotros.

Marco observaba desde lo alto de las montañas el pequeño grupo a caballo que avanzaba lentamente sobre las nieves. Eran cuatro jinetes, y con ellos, caballos de refresco.

—¿Crees que van tras de nosotros, mi señor?

—Estoy seguro, galo. Nuestras huellas deben aún estar frescas sobre las nieves y estos bastardos las están siguiendo, habrán sentido curiosidad. Les prepararemos una agradable sorpresa. No digas nada al griego de que van siguiéndonos, le usaremos de cebo para sorprender a estos. Necesitamos sus caballos y armas; creo que son exploradores, se habrán extraviado con la última tormenta.

Orestes se hallaba distraído cortando ramas y buscando yesca para encender el fuego que les calentaría esa noche.

El fuego ardía luminoso y cálidamente protector en el abrigo de las montañas.

El griego dormía solo, sin saberlo, puesto que tras volver a alimentar bien la hoguera para que fuera divisado su resplandor en la noche, Marco y el galo desaparecieron de allí y se ocultaron entre los peñascos, armados con la espada y sus rudimentarias jabalinas, a la espera de la llegada de los intrusos que les seguían.

Orestes dormía en un profundo sueño. Vio a su joven esposa Silvia y a su pequeño retoño. Ella le sonreía desde un extenso valle de verdes y frescas hierbas y coloridas flores. El niño ya gateaba y jugaba intentando atrapar una mariposa.

“Orestes, ven, amado esposo... Te estamos esperando...”

Orestes corrió hacia su esposa e hijo, pero cuanto más corría, más se alejaban ellos.

“Orestes, amado, ¿qué has hecho? ¿Por qué has abandonado al Señor?”

Una súbita y densa niebla cubrió el idílico valle y su hermosa mujer y el pequeño se desvanecieron en ella.

“¡Silvia, Silvia! ¡No me abandones!”

Pero su amada esposa no podía ya oírle, y, en su lugar, una figura de hombre, de blanca y resplandeciente túnica, y hermoso y joven rostro barbado con largos cabellos vino a él.

“Pelias, hijo mío, Pelias... ¿Por qué me has abandonado?”

“Señor, déjame ir con mi mujer y con mi hijo, arrebatame la vida en la tierra, déjame ir con ellos, oh, Señor.”

“Ellos están conmigo y junto a mi Padre en el Paraíso, tú no puedes entrar, hijo mío. Has perdido la fe en mí y aún no ha llegado tu hora, Pelias.”

Entonces el Galileo desapareció; la blanca y densa niebla se transformó en un sofocante humo negro que envolvió a Orestes, la tierra se abrió a sus pies y cayó hacia las llamas del abismo del infierno.

Antonino apareció volando, acompañaba a Orestes en su caída al fuego del averno.

“No temas, Orestes, solo duele al principio.”

“¡Antonino! ¡Nooooooooo! ¡Nooooooooooooo!”

En ese momento despertó agitado de la pesadilla, pero los soldados celtas y germanos que acababan de llegar le hicieron callar de un puñetazo en el rostro, que lo dejó sin sentido.

Buscaron alrededor de él, pero no hallaron a los dos hombres que faltaban.

—¿Estás seguro que eran tres los que seguíamos, decurión?

—Las huellas estaban frescas sobre la nieve, no mienten. A no ser que este perro tenga seis piernas, yo solo cuento dos.

El soldado dio un gran trago al odre de posca y se lo arrojó a las manos de su superior.

—Habrán abandonado a este por alguna razón, mi señor. Deben ser gladiadores o esclavos fugitivos de Sirmium. Estas malditas montañas no parecen ocultar a ladrones, nadie sobrevive aquí mucho tiempo.

—Este no tiene aspecto de gladiador, será un esclavo evadido. Va vestido con pieles, como un salvaje. Mirad esto... es una honda.

—Esto me parece una emboscada. Matemos a este y larguém...

La azagaya arrojada desde la oscuridad le atravesó la espalda; perforó con fuerza su cota de malla de hierro y asomó su afilada punta endurecida al fuego por el pecho. El decurión cayó muerto de rodillas mientras vomitaba sangre por la boca y vertía el posca sobre la nieve.

Una segunda jabalina atravesó la garganta de un segundo soldado cuando desenvainaba su espada.

Quedaban dos.

—¿Pero qué demonios..? ¡Por los dioses! ¡Nos atacan!

Gannicus salió desarmado desde las tinieblas, aullaba como un oso salvaje y se abalanzó hacia los sorprendidos exploradores romanos que lo esperaban con sus espadas en la mano, listos para despedazarle; pero el celta solo era el señuelo, pues el auténtico ataque les vendría a sus espaldas.

Marco le cortó la mano con la que asía su espada a uno de ellos y le atravesó el vientre al otro, que cayó muerto. Gannicus terminó con la agonía y los gritos del que había perdido la mano al levantar una roca del suelo y aplastarle la cabeza, bajo su casco.

Ahora tenían ocho caballos y abundante forraje y víveres en sus alforjas, los suficientes para atravesar los Alpes Julianos y bajar a la llanura italiana para encontrar las tropas leales al Senado de Roma.

Y también tenían nuevas vestiduras y... armas.

—Has sido rápido, mi señor, como siempre.

Marco no le contestó, limpiaba la sangre de su espada con las capas de los muertos.

Gannicus cogió un puñado de nieve y se la restregó a la cara del magullado Orestes, inconsciente todavía; lo abofeteó también de forma suave para que volviera en sí.

—¡Eh, maldito griego! ¡Despierta! Nos has servido bien.

—¿Q... qué...? ¿Cómo...? ¿Cuándo...? ¿Qué ha pasado...? ¿Quién me golpeó...? ¿Quiénes son estos...? ¿Están...?

—Sí, maldito griego loco, están con sus antepasados; fuiste nuestro cebo, así cayeron estos necios, atraídos por nuestro fuego.

—¡Iros al infierno, perros! Han podido matarme.

—¿Y a ti qué más te hubiera dado, griego? Te habrías reunido con tu Dios cristiano en los cielos... ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Orestes desclavó una azagaya de un cadáver y atacó a Gannicus. Ya estaba harto de que le pegaran y de burlas, iba a matarle; la ira se había apoderado de él y su paso por el *ludus* le había despertado un instinto de lucha del que antes carecía.

El gigantón celta le agarró la tosca lanza y le dio un gran puntapié en el estómago, que le derribó y le dejó sin aire; Orestes se retorció de dolor sobre

la nieve.

—Por los dioses, griego bastardo, que te mataré si lo intentas de nuevo, necio; yo no soy aquel negro que casi te mata en el *ludus*, a mí no me durarás nada; por cierto, perro... ¿Quiénes son Pelias y Antonino? ¿Tus amantes? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

—¿Qué sucede aquí?

Marco Valerio reapareció de las sombras. Traía los caballos de los muertos agarrados por las riendas.

—Quítales las armas y vestiduras a estos, ya no las necesitan, galo. Nos servirán.

—¡Por Júpiter, mi señor! Yo conocía a uno de ellos bien... ¡Maldita sea! Ese que tiene la lanza en la garganta es otro galo con el que compartí aventuras, rameras y borracheras de cuando yo fui explorador auxiliar junto a él. Perdóname, Ambiorix, hermano mío. Hoy estarás bebiendo en el infierno, espérame, amigo. Lamento tu muerte, lamento que fueras tú.

—Lo lamento, galo, pero era él o nosotros. Estos nos hubieran matado o hecho cautivos.

—Lo sé, mi señor, pero este ya ha pagado también sus muchos crímenes, como un día estoy seguro de que yo pagaré los míos... ¿Y tú qué demonios miras, griego?

—Déjale, ya, galo, no sé por qué odias tanto a este.

—No le odio, mi señor.

—¿Entonces...?

—Este es uno de esos malditos cristianos, aunque él lo niegue. Nos traerá mala suerte, ofende a los dioses y a los espíritus malignos que moran en estas montañas.

—Cristiano o no, tiene coraje, galo, respétale. Los dioses nos protegen, por eso seguimos vivos, hasta es posible que el Dios judío de este nos proteja también; todos los dioses son igualmente caprichosos e impredecibles.

Orestes se levantaba maltrecho de la nieve, palpándose su dolorido vientre.

—Os repito, romanos, que ya no soy cristiano, ya no. Me separaré de vosotros cuando llegemos a Italia.

Marco le observaba, había aprendido a juzgar a los hombres en sus muchos años de experiencia como soldado. Orestes tenía arrojo y valor y tres espadas serían mejor que dos.

—Eres libre de hacerlo, Orestes, pero ahora te convertirás también en romano, como nosotros.

Gannicus saqueaba a los muertos, robaba sus bolsas de monedas.

—Nos vendrán bien también sus sestercios, mi señor, estos ya no lo necesitan, como tampoco necesitarán esto.

Dio unos grandes tragos de posca a un odre que encontró en uno de los caballos.

Le ofreció el pellejo a Orestes para conciliarse con él, pero éste le ignoró, entonces se lo arrojó a las manos de Marco, quien bebió otro trago con agrado, aunque este repugnante brebaje no fuera buen vino.

—Mi señor, este griego no está bien de la cabeza.

Los tres hombres, se vistieron con las ropas de los cadáveres, calzaron sus botas, tomaron sus armas y se pusieron sus armaduras y cascos.

—Ahora volvemos a parecer romanos, más bien germanos, con estas barbas, mi señor —rió—, hasta el griego parece ya un auténtico romano. Esta loriga me va pequeña, el más grande de los cuatro tenía las espaldas más estrechas que yo, maldita sea.

—Con armas y atuendos romanos los numerosos bandidos que infestan los bosques italianos no osarán atacarnos, galo, huirán de nuestra presencia. Está amaneciendo... Montad, pongámonos en marcha.

—¿A dónde nos dirigiremos, mi señor? ¿A Ravenna?

—Sí, nos ocultaremos viajando de noche y pasaremos de largo. Iremos en busca de las legiones de Pupieno.

—Conozco a ese bastardo, mi señor, me dio mi libertad en el Coliseo por ofrecer a los romanos un buen combate, el pueblo le obligó a ello. Pienso, mi señor, que estaremos más seguros en Aquilea, Pupieno podría hacer que nos cortaran el cuello.

—No creo prudente ir a Aquilea, galo, es posible que ese malnacido de Maximino quiera atacarla. Además, corremos el riesgo de que nos acribillen a flechas cuando lleguemos a sus murallas al pensar que somos enemigos, si no acaban antes con nosotros las bandas de guerrilleros que, estoy seguro, infestan ya las montañas y ciénagas de la región. Tenemos caballos suficientes de refresco para el viaje, podemos encontrar el ejército de Pupieno en pocos días y unirnos a este, si los dioses siguen otorgándonos su favor.

La flota imperial, adicta al Senado, cerraba las costas del Véneto desde el puerto de Classe, en Ravenna, así aseguraba el bloqueo total contra el

ejército de Maximino. El objetivo militar del Senado era aislar al tracio y dejar a su ejército sin víveres; los pobladores de la región escapaban hacia las ciudades de Aquilea y Ravenna o se escondían en sus insalubres marismas.

Hacía ya jornadas que las tropas de Mauritania habían desembarcado en el puerto de Ostia, en Roma, pero el pacífico Balbino, a instancias del Senado, no se las envió a su socio Pupieno, pues los senadores temían que este acumulara demasiado poder o que fuera vencido por Maximino y Roma quedara expuesta sin defensa, lo que enfureció al viejo cascarrabias, que recibiría, no obstante, los refuerzos procedentes de Hispania, los cuales llegarían al norte de Italia bordeando la costa de la Galia Narbonense, por Massalia, y cruzarían el río Metauro: convergirían con las fuerzas de Pupieno hacia Aquilea para cercar a Maximino en una gigantesca tenaza; este estaría demasiado obsesionado en sitiar a la rebelde e insolente ciudad para dar un escarmiento a sus habitantes, no dándose cuenta de las maniobras de sus enemigos.

El maltrecho y hambriento ejército de Maximino había entrado ya en Italia.

El gigantesco Emperador marchaba sobre su gran carro junto a su hijo Máximo en la retaguardia de su ejército, escoltado por alas de caballería y cohortes de infantería escogidos entre la élite de las legiones. Los flancos de este estaban guarnecidos por la caballería de origen panonio, mauritano, britano y germano, entre estos últimos se encontraba la antigua guardia germana de Maximino, y los arqueros sirios y caldeos, que marchaban a pie.

En las vanguardias y el centro marchaba lo que quedaba de las legiones de infantería: I y IV Itálica, II Parthica, IV Flavia Felix, VIII Augusta, X y XIII Gemina y la XXII Primigenia. Diseminados entre ellas, los guardias pretorianos castigados por el tracio.

Las guerrillas del Senado acosaban al ejército por sus flancos y retaguardia, de este modo sembraban la confusión en el ya cansado ejército.

Los espías de Maximino, los frumentarios, habían sido ejecutados por el colérico Emperador, ya que su líder, Sexto Tulio Graciano, había desertado de su lado al entrar en Italia para escapar a las filas del viejo Pupieno con algunos de sus mejores espías. El tracio, fuera de sí, mandó matar a los que quedaron con él; ordenó que los desmembraran entre cuatro caballos después de verterles plomo fundido en sus ojos. Graciano sabía que el gigante no podía ganar esta guerra porque tenía a todo el Imperio contra él. Estaba solo y era

sólo cuestión de tiempo que sus propios soldados le mataran.

Cuando Graciano llegó al campamento de Pupieno, lejos este de apreciar los valiosos servicios que podía darle el frumentario, lo mandó arrojar vivo y desnudo a un enorme caldero de agua hirviendo por sus numerosos crímenes, pues algunas de las víctimas de sus delaciones fueron amigos suyos en vida. El criminal Graciano pereció entre terroríficos alaridos que turbaron incluso a los duros y salvajes germanos de la guardia personal del cruel Pupieno; a los frumentarios que desertaron con él les fue perdonada la vida y quedaron a su servicio tras interrogarles, gracias a que el viejo zorro, experto soldado, sabía aprovechar una buena red de espías e informadores.

La carne hervida se desprendió de los huesos de Sexto Tulio Graciano.

Así acabó el siniestro y corrupto Graciano, pagando sus crímenes con una horrible muerte.

Maximino estaba de nuevo enfermo, ahora también de su estómago e hígado; vomitaba sangre negra, se retorció de dolor en su tienda y era atendido por los médicos de su ejército.

Paranoico, había hecho crucificar a los esclavos que probaban su vino y comidas y a su cocinero, dado que creía firmemente que estaba siendo envenenado.

Sus generales y tribunos empezaron a temer también por su vida porque a este loco se le podía ocurrir matarlos a todos y nombrar a otros de su agrado entre los centuriones y las tropas.

El temor a las ejecuciones arbitrarias aceleró las conspiraciones entre su estado mayor para asesinarle. “El ungido de Júpiter” volvía a ser tocado por su dedo y las supersticiosas legiones aún lo creían.

El tracio, en su cercana vejez y entregado a la bebida, había desarrollado múltiples males que podían acabar con su vida, si su propio ejército no le liquidaba antes.

Capítulo XVIII

EL ASEDIO

El profundo río Natissa se interponía entre el ejército invasor de Maximino el Tracio y su presa, la ciudad de Aquilea.

Los aquilenses habían destruido los puentes y el río llevaba las aguas crecidas al comenzar a fundirse las nieves de las montañas en el inicio de esta primavera.

Los legionarios miraban aterrados la furia de sus aguas.

—Noble César, construir un puente para vadear este río será imposible, los hombres serán arrastrados por la corriente y se ahogarán.

Quien así hablaba era el legado Emiliano, el único que se atrevía a decirle a su enloquecido César la verdad, pese a que este estuvo a punto de matarlo una vez con sus propias manos.

Maximino no le escuchaba, miraba absorto al enfurecido río Natissa. Era lo único que se interponía entre su cansado ejército y la insumisa Aquilea.

Emiliano trató de insistirle con suma cautela, ya conocía de cerca sus instintos de bestia salvaje.

—Noble César, debemos rodearlo, dirigirnos hacia el oeste, aun así, tal vez sería desistir de capturar la ciudad, nuestros enemigos ganarán demasiado tiempo.

—Malditos traidores...mis exploradores me aseguraron que el río estaba bajo y que podía vadearse. ¡Pagarán con la muerte su traición!

—La crecida ha sido repentina, noble César, los exploradores dijeron la verdad, no los castigues, son las nieves de los Alpes que pasan ante nosotros fundidas, el invierno acaba.

Desde la desertión de Graciano, Maximino escuchaba más al viejo general Emiliano.

—Ignoremos la rebeldía de Aquilea, noble César, marchemos directamente contra Ravenna y aniquilemos al ejército de Pupieno, ahora que

aún es débil. Luego, Roma será tuya.

El gigante parecía ahora ignorarle, sumido en sí mismo, apretaba sus poderosos puños y su rostro se enrojecía por la ira y la frustración.

Los demás generales lo advirtieron y uno de ellos sujetó el brazo de Emiliano para susurrarle palabras que no pudieran ser oídas por Maximino.

—Noble Emiliano, ven a nosotros, déjalo, si le encolerizas te matará. Matará al primero que vea ante él.

El inteligente general asintió y se retiró atrás con el resto de legados.

Maximino rugió repentinamente de rabia como un oso herido en una cacería.

—¡Aaaaaaaaarrrgghhhh...! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Dioses, malditos seáis! ¡Iros al infierno!

Los generales seguían murmurando entre ellos con cuidado de no ser advertidos por el Emperador.

—La guerra la tiene perdida, no escucha.

—El tracio está acabado.

—Pronto nuestros hombres tendrán hambre y reclamarán su sangre.

Maximino se volvió a sus legados y señaló los restos del destruido puente sobre el Natissa.

—Reparad los puentes y cruzad el río.

El general Emiliano iba a contradecirle su orden para argumentar su idea de dar un rodeo por el oeste e ir en busca de Pupieno para presentarle batalla, pero los demás le disuadieron; no deseaban soportar las iras del brutal tracio.

Maximino dispuso que los pretorianos que se le levantaron fueran enviados a reparar los puentes, pero muchos de estos se ahogaron durante las crecidas, pues las aguas bajaban cada vez con más fuerza y caudal. Los legados intentaron disuadirle de su empeño, mas el gigante se desesperó encolerizado y amenazó con cortarles la cabeza por derrotistas y diezmar al ejército; fue entonces cuando el ingenioso general Emiliano tuvo la idea de construir puentes flotantes tendidos sobre los barriles del excelente vino de la región, esto permitió a los hombres reparar los puentes sobre el Natissa y permitir que las vanguardias del ejército los cruzaran para proteger el paso

del resto de las tropas, aunque muchos se ahogaron haciéndolo.

El gigante tenía que capturar Aquilea para dar ejemplo con el exterminio de sus habitantes como escarmiento a quienes osaran resistírsele y entrar así en Roma victorioso

Maximino necesitaba los preciosos víveres de los que había hecho numeroso acopio la ciudad para resistir un largo asedio. Necesitaba alimentar a su hambriento ejército e, incluso él, era consciente del peligro que representaban unas feroces legiones famélicas y desmoralizadas, las cuales podían amotinársele en cualquier momento.

Los campos de la región habían sido quemados por sus habitantes antes de huir hacia el sur o refugiarse tras las poderosas murallas de Aquilea.

La flota del Senado mantenía el bloqueo de suministros a Maximino en el mar y las provincias del norte se negaban a proporcionárselos, incluyendo la Panonia; obedecían el decreto del Senado de Roma, quien le declaró fuera de la ley y lo condenó a muerte.

Las legiones de Maximino el Tracio estaban solas frente al inmenso Imperio romano.

El ejército del coloso preparó sus máquinas de asalto. Durante la jornada anterior este envió a dos tribunos para que parlamentaran con los aquilenses y les presentaran su ultimátum: o eran abiertas las puertas de su ciudad o esta sería destruida y sus habitantes asesinados y esclavizados, tampoco habría clemencia alguna con sus líderes. El gigante tracio pretendía así, sabedor de que su sanguinaria reputación le precedía, amedrentarlos y que rindieran sin lucha su ciudad.

Maximino, aun carente de grandes dotes como estratega, no había perdido ninguna batalla contra los bárbaros en tres años de guerras en el norte. El tracio vivía para la guerra y para sostener sus temibles legiones, ignoraba el gobierno y la administración de los asuntos civiles, aunque tuviera que matar de hambre al pueblo para alimentar a su ejército. Su forma de hacer la guerra había sido brutal, arrasó y exterminó a sus enemigos en sus propias tierras; sólo la inesperada amenaza de la coalición de sármatas y carpos en el este impidió que Maximino consolidara la conquista del reino de los alamanes y reincorporara la Germania de más allá del Rin al Elba al dominio romano, libre desde los tiempos del divino Octavio Augusto. Ahora, esta guerra civil, también no prevista por el gigante, le impidió perseguir a estos bárbaros del este hasta sus remotos territorios, una campaña audaz que debía iniciar al final

de este crudo invierno. Maximino el Tracio bien hubiera podido ser un gran Emperador de Roma, pero su brutalidad, carácter violento e imprevisible, adicción a la bebida y escasa instrucción le hicieron ganarse el terror y el odio de los ciudadanos del Imperio.

Los tribunos enviados a Aquilea desertaron y se unieron a los aquilenses; les animaron a resistir y les revelaron las fuerzas del tracio y su lastimoso estado de necesidad de suministros y víveres.

Anteriormente, uno de ellos, hijo de uno de los magistrados y con esposa e hijos en la ciudad sitiada, estuvo a punto de convencer a la Asamblea para que aceptara la magnanimidad y clemencia que el tracio les ofrecía si se sometían a él, pero los elocuentes senadores Crispino y Menófilo convencieron, a su vez, a los tribunos para que se unieran a ellos, pues el tracio no conocía la clemencia y mataría igualmente a los habitantes de la ciudad si se le rendían ahora, disipando todo intento de reticencia entre los dirigentes de Aquilea a resistir.

Sobornados por los senadores, los arúspices y adivinos de los templos revelaron al pueblo que el dios solar Belenos, a quien adoraban los celtas que antiguamente ocuparon la región y que los romanos adoptaron en Aquilea junto al culto de Apolo, había profetizado la derrota y muerte del tirano Maximino y que el dios lucharía junto a los aquilenses en lo alto de sus murallas. Esto añadió moral combativa a los supersticiosos ciudadanos, la mayoría muy devotos de Belenos.

Los cristianos de la ciudad y los judíos que ejercían como artesanos, mercaderes y prestamistas, fueron en principio perseguidos y asesinados por la exaltada y descontrolada plebe por negar la existencia de los dioses, ya que Belenos podía ofenderse y abandonar la ciudad a merced de la bestia tracia.

Los senadores Crispino y Menófilo, con buen juicio, pusieron fin a las palizas y matanzas y obligaron a los cristianos y judíos a contribuir a la defensa de la ciudad, y estos aceptaron de buen grado, pues Maximino era tan enemigo suyo como de los paganos; aun así, muchos cristianos sacrificaron a los falsos dioses un poco de incienso en público para guardar las apariencias, pero seguían siendo seguidores de Cristo en su interior.

Una flecha fue disparada desde las murallas de Aquilea. Llevaba consigo un mensaje de los aquilenses para Maximino.

“A Cayo Julio Vero Maximino, llamado el Tracio, y autodenominado César, tirano, asesino, proscrito del Imperio, que la maldición de los dioses te

alcance a ti y a tu descendencia. Retírate con tus legiones de nuestras tierras o morirás, jamás podrás conquistar Aquilea.”

Maximino estaba fuera de sí.

—¡Perros traidores! ¡Malditos hijos de perra! ¡No dejaré piedra sobre piedra en Aquilea, mataré a todos sus habitantes y borraré su nombre y memoria! ¡Lo juro por los espíritus de mis antepasados!

Los legados siempre temían represalias hacia ellos, pues el tracio estaba sediento de sangre por la deserción de sus oficiales y la negativa de los aquilenses a someterse.

—Ese loco nos acabará matando a todos, nobles legados, si no acabamos antes con él, hagámoslo, no esperemos más.

El general Emiliano les impuso cautela.

—Tened paciencia, nobles legados, ahora acabaremos todos muertos por nuestros propios hombres si lo hacemos, aún le siguen; aguardemos a que el hambre los vuelva contra él, entonces nos pondremos al frente de la rebelión y le mataremos a él y a su hijo y proclamaremos a Pupieno nuestro César.

Otro de los generales le insistió, irritado.

—Hagámoslo ahora, noble Emiliano, matémosles, cortémosles las cabezas y tú serás nuestro nuevo César.

Nadie de nosotros ha de ser nombrado, incluso si los hombres le proclaman deberá rechazar la púrpura. Debemos poner fin a esta guerra o los bárbaros del norte y los persas aprovecharán nuestra debilidad y atacarán nuestras fronteras.

El veterano legado Sexto Cornelio Corbulón Emiliano volvía a recomendar prudencia a los demás generales. Si él hubiera sido el Emperador ahora no habría guerra civil; Emiliano prefería contener a los bárbaros fuera de las fronteras con la espada, no con el oro, lo cual precipitó el asesinato de Alejandro Severo y de su madre, y habría regresado a Roma lo antes posible para gobernar el inmenso Imperio con el apoyo del Senado, como hicieron en el pasado los más grandes emperadores de Roma; pero ya hacía una generación que el Senado solamente apoyaba a estos por miedo a las espadas de sus legiones y de los pretorianos, desde que Septimio Severo instauró una dictadura militar tras una sangrienta guerra civil.

Las catapultas lanzaron grandes piedras contra los poderosos muros de Aquilea, pero estos aguantaron sin que se produjera ninguna brecha; los aquilenses habían hecho bien su trabajo.

En esos días, los aquilenses dispararon más flechas hacia el campamento de sus enemigos, con mensajes atados a ellas que incitaban a la revuelta de los legionarios contra el gigante.

“Romanos, matad al tracio, sólo así podréis comer, nosotros os alimentaremos.”

La duda y el descontento anidaban ahora en el corazón de los hambrientos legionarios.

El ejército ocupó en todo su frente la llanura de Aquilea, dejando a las máquinas de guerra y carros de suministro en el centro.

Los senadores Rutilio Pudente Crispino y Tulio Menófilo, gobernaban en nombre del Senado de Roma la ciudad de Aquilea con plenos poderes, por tal causa, la ley marcial había sido decretada en su interior y había sido realizada una purga entre sus magistrados tras el intento de envenenamiento llevado a cabo por el prefecto Floro; la mayoría de ellos, no obstante, odiaban y temían al tracio y fueron leales al Senado, siendo tan solo arrestados y ejecutados unos pocos.

Las nuevas torres y baluartes habían sido terminados y su muralla reforzada, lo que convertía a Aquilea en una fortaleza prácticamente inexpugnable, con abundancia de víveres y pozos de agua, sitiada por un ejército diezmado y hambriento, aunque aún muy poderoso. Las valientes mujeres aquilenses cortaron de buen grado sus cabellos para que con ellos se pudieran hacer cuerdas para los arcos, las catapultas y balistas; se erigió en la ciudad, por orden de Crispino y Menófilo, un templo a la diosa Venus Calva en honor a ellas.

Los ciudadanos se movilizaron en milicias armadas que debían repeler los asaltos a sus murallas y manejar sus máquinas de guerra. Crispino y Menófilo, antiguos y expertos soldados en el pasado, habían armado a los ciudadanos con las armas que les suministró en convoyes de carros el Senado de Roma y con las que salían de las fraguas de los herreros, y sus centuriones los habían adiestrado con dureza y disciplina en el combate cuerpo a cuerpo. Pero donde más se esforzaron era en instruirles en el manejo de las catapultas y balistas y en la destreza con el arco, pues eran sabedores de la gran importancia de los arqueros. Se confiscó también gran cantidad de aceite para hervirlo y arrojarlo a los atacantes desde lo alto.

El asedio de Aquilea se auguraba largo y difícil. Y un asedio difícil siempre desmoralizaba a sus asaltantes.

Altas y pesadas torres de asalto de madera protegidas por paredes de escudos y amenazadores arietes pudieron aproximarse a sus muros y puertas. Pero los aquilenses respondieron con flechas incendiarias y grandes piedras de fuego untadas con brea que los destruían con sus ocupantes en su interior. Los legionarios avanzaban hasta el pie de las murallas protegidos por sus grandes escudos para colocar escalas. De nada les sirvió. El aceite hirviendo caía sobre ellos, quienes morían abrasados o eran malheridos entre terribles alaridos. La desordenada retirada de los atacantes fue celebrada por los aquilenses con gran júbilo, disfrutando de su victoria y burlándose de las legiones de Maximino.

Esto encolerizó a los legados, quienes temían las represalias del terrible gigante por fracasar en el asalto. Castigaron a sus soldados por cobardía diezmándolos: ordenaron apalear hasta la muerte a uno de cada diez, lo cual fue un grave error, ya que con esto desaprovecharon con esta derrota la oportunidad de iniciar una revuelta contra el Emperador. Las promesas de botín y oro se desvanecían como sueños imposibles contra los firmes y altos muros de Aquilea, y sus generales les castigaban injustamente por cobardía cuando derrochaban valor en el combate y gran resistencia a las privaciones que sufrían.

Se puso sitio a la ciudad durante varias semanas. El hambre y las enfermedades hacían estragos en el ejército de Maximino, y el frío, la lluvia y el sol ardiente azotaban sin piedad a sus soldados. Parecía que el dios Apolo o el celta Belenos, protector de la ciudad, les castigaban por intentar destruirla.

Los asaltos se sucedieron durante esos aciagos días, pero los hombres de Maximino fueron acribillados con flechas y abrasados, y sus cotas de malla y corazas fundidas encima de ellos, debido a la infernal defensa con fuego y aceite hirviendo de los sitiados. Fue grande la mortandad entre los atacantes, y los numerosos heridos eran atendidos con gravísimas quemaduras, arrancándoles de la piel sus propias armaduras.

Maximino se obstinaba de forma necia en mantener el asedio, tan brutal como inútil.

Mientras tanto, a Ravenna, cuartel general de Pupieno, llegaba la belicosa legión de Mauritania, curtida en las guerras y escaramuzas contra las tribus nómadas del desierto, y los mensajeros que galopaban sobre veloces caballos anunciaban que la legión hispana se acercaban al valle del Po, tras

bordear los Alpes, para encerrar en una gigantesca tenaza a Maximino y a sus cansadas legiones en el sitio de Aquilea.

Ahora Pupieno disponía, además de tropas formadas por levadas poco experimentadas de campesinos y esclavos, de dos poderosas legiones, tan solo dos, pero bien alimentadas, moralizadas y con todos sus efectivos intactos. Y tenía también las experimentadas unidades de *vexillationes* que se le habían reunido, formadas por soldados de distintas legiones del Imperio leales al Senado.

El viejo cascarrabias de Pupieno se encolerizó cuando las tropas africanas, las que por la distancia y grado de dificultad del viaje deberían llegar primero, tardaban en reunírsele tras haber desembarcado en el puerto de Ostia.

Sospechó con fundamento que su manipulable socio en la púrpura, Balbino, las retenía en las afueras de Roma por consejo de los senadores para impedir que Pupieno se hiciera demasiado poderoso, con el pretexto de que defenderían el Lacio y los puentes sobre el Tíber, si este era derrotado por el tracio. Pero el viejo zorro de Pupieno mandó noticias al Senado de que los godos estaban invadiendo Moesia y Panonia y que necesitaría todas las legiones para expulsarlos de las fronteras, una vez derrotado y muerto el tracio; exageró la magnitud de la incursión de los bárbaros y ocultó que estos ya se retiraban a sus tierras, saciadas sus ansias de botín, pues el viejo soldado contaba con una amplia red de espionaje entre los mercaderes que iban y venían desde las costas del Báltico a Italia, trayendo el precioso ámbar a través de territorio bárbaro.

Pupieno también sabía de la debilidad actual del ejército de Maximino, con lo que decidió marchar directamente contra él. Levantó el campamento de Ravenna y avanzó hacia Aquilea, ávido de derrotar al tracio y volver a Roma en triunfo.

Los sangrientos asaltos a las murallas de Aquilea se sucedieron durante dos largos meses, sin que los atacantes hubieran conseguido nada, tan solo grandes pérdidas en bajas; muchos muertos, heridos y desertores, estos últimos apaleados hasta morir por los miembros de su cohorte si eran capturados o lanzados contra las murallas de Aquilea por las catapultas envueltos en llamas.

Antes de cada asalto, los arqueros sirios de Maximino disparaban una lluvia de flechas incendiadas hacia el interior de la ciudad; las catapultas y

escorpiones disparaban grandes proyectiles de fuego para sembrar el caos y el terror entre los ciudadanos de Aquilea, ocasionando numerosos incendios; pero los aquilenses estaban muy bien organizados y los grupos de mujeres y niños apagaban los fuegos con la abundante agua de sus pozos subterráneos.

Los aquilenses respondían, a su vez, disparando también lluvias de flechas y proyectiles incendiarios hacia las posiciones de sus sitiadores: quemaban sus máquinas de guerra, empalizadas y tiendas, y provocaban bajas y desorden entre los todavía curtidos y duros legionarios de Maximino, quienes habían aprendido a temer a las terribles quemaduras producidas por la brea y el azufre inflamados.

Maximino bebía grandes cantidades de vino, solo y aislado en su tienda, hacía muchas noches que no dormía bien y cuando le sobrevenían los punzantes dolores en su vientre o pecho se ocultaba de sus hombres y prohibía a su guardia que nadie le viera en ese estado, ni siquiera su hijo Máximo.

El gigante también sufría las privaciones de sus hombres. Él, pese a ser el Emperador y a su crueldad, se seguía considerando a sí mismo un soldado, y comía ahora las mismas exiguas raciones que recibían sus hombres, lo que le ponía de muy mal humor y era muy peligroso estar a su lado. Hacía tiempo que sus generales y oficiales, sometidos por orden de este también al racionamiento de alimentos, no se acercaban a su tienda a celebrar consejo, le evitaban si no eran llamados.

Maximino creía que todos querían traicionarle, solo confiaba ahora en su hijo; las derrotas de su ejército, que se estrellaba una y otra vez contra las poderosas fortificaciones de Aquilea, le exasperaban. Decidió, en su locura, realizar una sangrienta purga entre sus legados y tribunos, temida por estos hacía tiempo, de modo que ejecutó a algunos por su presunta ineptitud para dar ejemplo al resto y así aterrorizarlos para que se esforzaran más en conseguir conquistar la ciudad, pues creía erróneamente que sus generales no ponían toda su voluntad para conseguirlo.

Los generales pensaban traicionarle, sí, pero algo muy distinto era ver cómo sus hombres morían y eran derrotados en cada asalto.

Maximino ejecutó a tres legados y a diez tribunos como escarmiento. Eligió a los que consideraba le eran menos leales. Las trece cabezas fueron clavadas en picas a la vista de todo el ejército, incluyendo la del general Emiliano, precisamente el más capaz de ellos. Esto provocó que sus desmoralizados legionarios murmuraran ahora de forma abierta contra el

Emperador, a odiarle y a desear su muerte; ya no les importaban las promesas de gloria y botín y el incremento de sus pagas.

Pero, antes de morir, el general Emiliano había proyectado que sus zapadores cavaran y apuntalaran con la madera de las máquinas de guerra inservibles una mina que partiera desde el campamento hacia el pie de las murallas de Aquilea, hacia el punto que, según el criterio de sus ingenieros, consideraba más débil. Una vez construida la mina, los soldados debían alimentar un fuego bajo tierra cuyo calor debilitaría el pie de la muralla y provocaría su derrumbe.

Emiliano dejó papiros con los esbozos del proyecto, con anotaciones de sus riesgos por lo inestable del terreno a orillas de un gran río, pero no se lo comunicó al Emperador porque este había ordenado que no fuera molestado y era muy peligroso contradecir al gigante.

Al hambre, a los días alternos de fuertes y frías lluvias que les calabán hasta los huesos, con los de sofocante calor y sol abrasador, a los numerosos cadáveres sin incinerar que quedaban en la tierra de nadie y a la aparición con el inicio de la primavera de negras nubes de mosquitos, que procedían de las cercanas marismas al sur de Aquilea, y de molestas plagas de piojos, se unieron ahora las enfermedades entre los hombres de Maximino, que provocaron más bajas y muertes aún que los infructuosos asaltos a las murallas de la ciudad y sembraron el terror entre las tropas, pues la sed, las fiebres, vómitos, toses, diarreas y muertes les hicieron creer que la temida plaga de la peste había aparecido entre sus filas, a pesar de los esfuerzos de los médicos del ejército por desmentirlo. Los soldados bebían el agua recogida en el río Natissa, almacenada, sucia y estancada en barriles, donde los mosquitos e insectos depositaban sus cepas. Los supersticiosos hombres creían que, efectivamente, el dios Belenos les castigaba por intentar destruir su ciudad o que la diosa Fortuna se había olvidado de ellos. El difícil paso del río Natissa y los hombres ahogados en él fueron interpretados como un mal presagio.

Maximino ordenó lanzar los cadáveres de sus propios hombres con catapultas al interior de la ciudad para provocar plagas y enfermedades, algo que disgustó mucho a sus tropas, las cuales cada vez se apartaban más de él; pero los aquilenses quemaban rápidamente los cuerpos que caían en su ciudad, lo que provocaba humaredas de pestilente humo negro que los vientos del este llevaban al campamento del tracio.

Pero también los aquilenses lanzaban a sus muertos por la peste hacia el campamento enemigo, y los legionarios los quemaban a toda prisa para evitar que la temida plaga se propagara en el ejército.

Las tropas, en especial los legionarios de la temible II Legión Parthica y los pretorianos degradados por el tracio, habían enviado a sus tribunos y centuriones a parlamentar con su nuevo legado, Marco Vepsanio Falco, tribuno que fue puesto en el lugar del legado Poncio Aelio Victorino, ejecutado por orden de Maximino y cuya cabeza, clavada en una lanza junto a los de los otros doce oficiales, era picoteada ahora por los cuervos e insectos; sus ojos ciegos miraban hacia las murallas de Aquilea.

—Legado Falco, sublévate y mata a Maximino y a su inútil hijo, nosotros estamos contigo, todos los hombres lo están y los del resto de las legiones, tan solo los germanos le continúan apoyando. Matémosles y enviemos sus cabezas al Senado, pongamos fin a esta locura o el tracio acabará con todos nosotros.

—Hablaré con los demás legados del ejército, que los dioses nos otorguen su favor. Permaneced alerta a las órdenes y guardad silencio.

Los oficiales tenían prisa, temían incluso perder sus cabezas a manos de sus iracundos hombres.

—Debemos actuar rápido, el tracio ha ordenado cavar una mina hasta las murallas, pero el terreno es débil e inestable y ha provocado ya varios derrumbes que han sepultado y matado a muchos hombres.

— Las legiones del Senado, sin duda, se dirigirán a nuestro encuentro para presentarnos batalla. Hay que poner fin a esta locura y esperar su clemencia, todos tenemos familias a las que deseamos volver a ver.

— Al infierno con las promesas de oro y botín que nos hizo este tirano, que nos engañó para seguirle. Tenemos hambre.

Esa misma noche, los legados de las legiones se reunieron en consejo junto a los antiguos pretorianos, aún muy numerosos. Ellos apoyarían cualquier iniciativa que eliminara a Maximino. Mientras, este deliraba en la soledad de su tienda, borracho y adormilado.

La imagen de Livia Prócula se le apareció en su agitado sueño.

—¡Livia! ¡Livia! ¡Mi amada! ¡Ven! ¡Llévame contigo!

—Vas a morir, maldito cerdo. Me das asco, asesino, que la maldición de los dioses caiga sobre ti.

La cara y la silueta de la hermosa dama se difuminó y entonces apareció en su lugar el tribuno de los pretorianos, Cayo Avidio Sura.

—¡Sura, Sura! ¡Apártate de mí, espíritu inmundo!

—Maximino, perro, tirano, tu cabeza será clavada en una lanza muy pronto, pero da gracias a los dioses de que recibirás una rápida muerte.

Sura se desvaneció y apareció en su lugar un horrible fantasma de tez verdosa y ojos rojos como brasas del infierno, con afiladas y terroríficas garras, pero, tras esa máscara de lémur maléfico, se adivinaban las facciones del gobernador Paulino.

—¡Quinto! ¿Qué haces tú todavía vivo? ¡Apártate de mí, demonio! Ordené tu ejecución, traidor... Di a tu mujer que vuelva o te volveré a matar, demonio del infierno.

—Maximino, bárbaro asesino, yo te maldigo, yo que también ordené matar a tantos. Que tu espíritu sea condenado a vagar por la tierra para atormentar a los vivos en forma de lémur maldito y que la Humanidad siga odiándote y temiéndote después de que mueras para toda la eternidad y que los dioses te nieguen la entrada en el Hades, tal como me sucede a mí, en mi muerte.

La forma demoníaca de Paulino se desvaneció y apareció la hermosa figura de la egipcia Arsinoe, cubierta por un resplandeciente manto blanco.

—¡Tú! ¡Esclava! ¡Bruja egipcia! ¡Cristiana! Deberías estar muerta, yo te entregué a mis germanos.

—El Señor, tu Dios, te castigará por tus muchos pecados. Arrepiéntete, cree en Él y te perdonará en su infinita bondad y misericordia, tú que ordenaste la muerte de muchos de sus hijos.

—¿Dios? ¿Cuál dios?

Y Arsinoe le ignoró, dándose la vuelta y desapareciendo entre las sombras.

Eran el joven Emperador Alejandro Severo y su dominante madre Julia Mamaea quienes aparecieron ahora desde las tinieblas.

—¡César! ¡César! ¡Yo no te maté! ¡Fueron los pretorianos! Las legiones me nombraron a tu muerte, pero yo no te maté, amaba a tu tío-abuelo, el divino César Septimio Severo, quien me convirtió en el hombre que llegué a ser y tú, noble César, me diste el mando de una legión.

El joven fantasma de Alejandro iba a hablarle pero el de su madre le interrumpió bruscamente.

—¡Barbaro borracho y patán...! ¡Tú eres ahora el César! Y como César, morirás, muerto por tus propios hombres, que te traicionarán, como tú

traicionaste a mi hijo; los romanos maldecirán tu nombre y memoria después de que te maten y pasarás a la Historia como una maldición que tuvo que soportar Roma durante tres largos años.

—Pero, pero... mujer, yo vencí a los bárbaros, yo les gané la guerra, conseguí la victoria...

—¿Y para esto tuviste que matarme a mí y a mi hijo, bárbaro borracho? Si querías el oro que mi hijo entregó a los germanos para ganar tiempo y derrotarles después, tan solo tenías que aguardar y tener paciencia.

—Pero, pero... el ejército creyó que les compraba la paz de forma vergonzosa con el oro que debía ser para ellos.

El fantasma de Julia iba a replicarle, pero el espíritu del joven Alejandro Severo la hizo callar con un gesto autoritario.

—¡Basta, madre! Fue el designio de los dioses. Cierto, Maximino, tú no me mataste, pero no hiciste nada para evitarlo, y dejaste que los hombres te saludaran como su nuevo César antes incluso de que yo fuera muerto por ellos. Los dioses hicieron de ti un César que derrotó a los enemigos de Roma, como yo lo hice también, pero la misma Roma que defendías ahora te matará. No temas, Maximino, morir no es tan terrible. Los romanos maldecirán tu nombre, pero la Historia futura te recordará como al guerrero terrible que siempre quisiste ser.

»Perseguiste a esos justos y pacíficos cristianos sin motivo alguno, los mismos cristianos que dentro de dos generaciones vivirán libres y sin temor en el Imperio, los mismos cristianos que conquistarán el mundo en los siglos venideros de la Humanidad, porque la vieja Roma caerá, y con ella, sus dioses sin vida.

»El Dios de los cristianos, al que ellos nombran como misericordioso, te perdonará, Maximino, como yo te perdono ahora. Vámonos ya, madre... ya no tenemos nada que hacer aquí.

Y ambos fantasmas se desvanecieron.

Dos figuras de ancianos, un hombre y una mujer, se le aparecieron entonces y le hablaron en la lengua de los tracios, mezclada con la de los godos. Eran su padre, el campesino godo Micca, y su madre, la alana Hababa, quienes le miraban con severidad.

—¡Padre! ¡Madre! ¡No voy a recoger la cosecha! ¡Quiero ser soldado! Ya no me volverás a castigar más, padre, seré un soldado de Roma.

Su anciano padre le habló en la lengua tracia, apoyado en su bastón.

—Hijo mío, ya lo conseguiste. Soldado de Roma. Y ahora César del mundo romano. Y como un César tiránico y cruel morirás, maldito por los mismos que te ascendieron en el poder, quienes destruirán tu memoria. No voy a castigarte, te marchaste de la aldea, nos abandonaste y seguiste el camino que te marcaron los dioses, un camino que estaba escrito ya en las estrellas, pues los adivinos profetizaron que serías un hombre muy poderoso, de gran tamaño y fuerza, que llegaría a ser el dueño del mundo. Yo estuve a punto de matarte cuando naciste, creyendo que eras una maldición de los dioses, hijo mío, porque casi matas a tu madre cuando saliste de su vientre por tu tamaño de gigante.

Su madre le habló.

—¡Hijo mío! Pronto te reunirás con nosotros, con tu gente...

Y se desvanecieron entre la oscuridad.

Apareció su esposa, Cecilia Paulina.

—¡Cecilia! ¡Esposa mía! ¡Tú aquí! ¡Llévame contigo! ¡Mira! Levo tu brazalete aún en mi dedo, jamás te olvidé.

—Lo sé, esposo mío, jamás me olvidaste, ni cuando fornicabas con tus putas.

—Pero yo te amé, esposa mía, esas mujeres jamás significaron nada para mí. Yo te consagré un templo a ti y te convertí en una diosa cuando... cuando..., sí... cuando tú moriste.

—¿Yo, una diosa...? ¿De modo, Cayo, que así es como esperas que te perdone tus numerosas infidelidades, convirtiéndome en una diosa a mi muerte? Debiste convertirme en tu diosa en vida, amándome y respetándome, y guardándome fidelidad. El verdadero Dios, ese al que tú persigues, me perdonó y me acogió en su seno como a una de sus hijas, y me hizo mucho más dichosa de lo que yo fui contigo en la Tierra, Cayo. Ya vendrás conmigo cuando acabes lo que estás haciendo, te espero, pero arrepiéntete antes de todo el mal que has provocado o el Dios cristiano no te dejará acompañarme dichoso en la eternidad.

El fantasma de su esposa se difuminó en la penumbra y le abandonó.

El tracio continuaba agitado y delirando en sueños; llamaba a su enemigo, Marco Valerio Celer.

—¡Pretoriano! ¡Pretoriano! ¡Marco Valerio Celer! ¡Sal ya de tu escondrijo! ¡Sé que estás ahí, bastardo!

Pero el fantasma de Marco no le contestaba porque él seguía con vida.

—¡Maldito perro! ¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Te mat...!

Su hijo Máximo le agitó sus anchos hombros de gigante.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Despierta! Huyamos de aquí, padre mío, huyamos rápido, amparados en las sombras de la noche o juntos moriremos pronto. He tenido un sueño horrible, nuestras cabezas clavadas en lanzas frente a las murallas de Aquilea...

Maximino le miró desde el lecho con vidriosos y enrojecidos ojos de viejo borracho.

—¿Huir? ¿Hacia dónde? Vamos a conquistar Aquilea y entraremos en Roma victoriosos, y tú me sucederás, hijo mío.

—No, padre mío, se acabó, moriremos si no huimos de aquí, las legiones nos matarán.

—No podemos huir, hijo mío, no entraremos en la Historia si lo hacemos.

Capítulo XIX

JULIA TERENCIA

Los tres jinetes traspasaron el umbral de la empalizada llevando a sus seis cautivos montados sobre sus caballos y con las manos atadas a la espalda, ante la curiosidad de los legionarios.

—Soy el centurión de la Guardia Pretoriana Marco Valerio Celer, legionarios. Hemos desertado del ejército del proscrito Maximino, llevadnos ante el noble Pupieno, el César.

—¿Ah, sí? Y yo soy Escipión el Africano. Desmontad y entregadnos vuestras armas y daremos aviso a nuestro centurión para que os interroge, bastardos, oléis como cerdos.

Gannicus bebía un buen trago de posca del odre robado a los cautivos y lo escupió al suelo con repugnancia.

—Eres un necio, hermano, no enfades al pretoriano, tiene muy malas pulgas. Estos que traemos atados son exploradores mauritanos de vuestro ejército, ellos tampoco entraron en razón; debe ser este asqueroso posca que beben; los meados de perro saben mejor.

El soldado se acercó a Gannicus y le observó detenidamente.

—¡A ti te conozco, galo! Servimos juntos como exploradores en la guerra persa. Yo soy Democles, el siciliano, ¿no me recuerdas?

—¡Por todos los dioses, siciliano! ¡Griego hijo de perra!

Gannicus descabalgó de un salto y abrazó al legionario Democles, tan enorme como él, con una sonrisa de oreja a oreja, para derribarlo al suelo después de un puñetazo en la nariz.

Marco observaba la escena con indiferencia desde su montura sin sorprenderse demasiado de la actitud de Gannicus.

El resto de legionarios apuntó al celta con la punta de sus lanzas mientras Democles se levantaba aturdido y con la nariz rota.

—Pero, pero... ¿Qué? ¿Te has vuelto loco, galo? ¿Por qué me golpeas?

—Esto por la puta que me robaste en aquella sucia taberna de Antioquía.

—¡Maldito perro de Galia! ¡Me has roto la nariz! ¡Te mataré por esto!

—Aquí me tienes, gr....

Otro soberbio puñetazo en la cara, esta vez del siciliano, hizo morder el polvo a Gannicus.

Y Marco miró a los cielos después, implorando que Júpiter fulminara con un rayo a este galo cabezota. Orestes, quien se hallaba como mudo espectador de la curiosa escena, no entendía nada de nada.

Gannicus se levantó como un oso salvaje y se paró a un palmo de la cara de su oponente.

—Siciliano griego malnacido...

—Galo hijo de una zorra, maldito borracho....

Los abrazos y las salvajes carcajadas entre los dos hombres causaron la sorpresa de los que los rodeaban, excepto, tal vez, de Marco Valerio, pues ya había aprendido a entender al zoquete de Gannicus.

—¿Fornicaba bien esa zorra?

—Como una sucia ninfa en celo, galo.

—¡Maldito bastardo! ¡Ja,ja,ja,ja,ja!

El resto de la guardia del campamento bajó sus lanzas y saludó calurosamente a Gannicus.

Marco bebió un trago de posca del pellejo robado a los mauritanos, un asqueroso brebaje hecho de vino barato, vinagre y agua que daban a la soldadesca, y se quitó el casco, hastiado, mientras Orestes cortaba con su daga las ataduras de los magullados soldados mauritanos, quienes maldijeron en su lengua al pretoriano.

Marco tiró el odre con repugnancia y descabalgó de su caballo de un salto

—Cuando dejéis de sodomizaros mutuamente quisiera ser llevado a vuestro centurión, legionarios.

—¿Me buscabas, hombrecillo?

Un energúmeno casi tan alto como Gannicus y Democles tocó por detrás el hombro de Marco con su vara de vid. Portaba penacho trasversal sobre su yelmo e insignias de centurión sobre su cota de malla.

Marco se volteó y el centurión levantó su vara para golpearle, pero el pretoriano le agarró fuertemente de la muñeca y le puso la punta de su espada en el vientre.

—Soy Marco Valerio Celer, centurión de los pretorianos, perseguido por

el tirano Maximino, y empiezo a hartarme de tanta cháchara. Llévame ante el “viejo” o acabo contigo, perro.

—Está bien, está bien... Serénate, pretoriano, te llevaré ante él.

Marco saludó brazo en alto al Emperador o, mejor dicho, a uno de los dos Emperadores nombrados por el Senado de Roma.

—¡Salve, noble César! Soy el centurión de la Guardia Pretoriana Marco Valerio Céler y me presento ante ti, condenado a muerte y perseguido por nuestro común enemigo, el tirano Maximino.

Los legados y tribunos de las legiones miraban al pretoriano con curiosidad y tapaban sus finas narices con repugnancia.

Algunos habían oído hablar de él por su reputación como guerrero y por haber sido uno de los asesinos del pervertido Emperador Heliogábalo y de su caprichosa madre en Roma, muy odiados por el ejército. Desconocían que también había participado de forma indirecta en el asesinato del joven Emperador Alejandro Severo y de su dominante madre al no impedir que sus hombres les entregaran al ejército para que los exterminaran.

El viejo Pupieno le miraba pensativo mesándose sus blancas barbas desde su silla de mando.

Había algo en él que le era familiar en Marco, ya había oído hablar de su violenta historia como prefecto de la Urbe. Pupieno estaba rodeado por una guardia de germanos, igual que lo estuvo el gigante Maximino. Y aunque sabía que sus germanos le servían desde que abandonó el gobierno de Germania, pues el viejo tenía muchos enemigos en Roma debido a su impopularidad como administrador cruel y tacaño, eso le disgustó y mantuvo en alerta, le recordaba demasiado al tracio.

—De modo que tú eres el célebre Marco Valerio Celer, ¿eh? Dime, centurión... ¿Cómo sé que tú no has sido enviado por ese perro tracio para matarme?

Marco escupió en la elegante alfombra de la tienda con indiferencia, empezaba a hartarse y le daba lo mismo que este vejestorio que tenía enfrente fuera el César.

Los generales y oficiales se ruborizaron por la descarada e irrespetuosa actitud del maloliente y desaliñado pretoriano.

—Verás, noble César... No me subestimes en mi valía. Si yo viniera a matarte, en verdad que ya estarías muerto.

Pupieno se le quedó mirando fijamente a los ojos. Los generales y

oficiales presentes estaban perplejos por la osadía de este energúmeno de gran cicatriz en el rostro que tenían ante sí.

Los germanos mantenían su mano en las envainadas espadas, alerta.

Pupieno carraspeó, incómodo. Aun así, había algo que le gustaba de este insolente pretoriano.

—¿Y bien, centurión?

—Vengo a servirte, noble César. Maximino mató a mi tribuno, el noble Cayo Avidio Sura, y los pretorianos nos levantamos contra él y yo fui hecho cautivo tras matar a muchos de sus germanos.

Y miró a sus guardias con desprecio.

El germano Wigmar le clavó su azul mirada.

—¿Y cómo es que el tracio no te ejecutó, pretoriano? ¿O es que en realidad no eres un hombre, sino un fantasma?

Los oficiales rieron la ocurrencia del Emperador.

—Fui condenado a muerte, en efecto, noble César, junto con el legionario de la IV Legión Itálica, el galo Gannicus, quien ha venido conmigo, por unirse a mí en la lucha, pero Maximino planeó matarnos como gladiadores a los dos en los juegos que iba a celebrar en Sirmium antes de que marchara con su ejército.

Pupieno levantó sus blancas cejas, fingiendo asombro.

—¿Gladiadores?

—Sí, noble César. Escapamos aprovechando un tumulto, pues el tracio cayó desplomado y los germanos mataron al gobernador y lucharon contra su guardia al creer que fue envenenado. Los habitantes de Sirmium fueron masacrados también por el ejército. Ignoro si está muerto o sigue con vida, noble César.

—Maximino, ese loco... Maldito borracho hijo de perra... Sigue vivo, centurión. Mis espías me lo han confirmado, como también me confirmaron tu historia antes de que te presentaras ante mí. Sé bienvenido, centurión Marco Valerio Celer, tu valor será recompensado. Desde este momento te nombro tribuno de la Guardia Pretoriana en Roma, servirás ahora a mis órdenes directas hasta el fin de esta guerra y nuestro regreso a Roma victoriosos.

»¿Qué te sucede, pretoriano? ¿No aprecias este honor que te hago?

Marco intuyó que no había más pretorianos en el campamento aparte de él mismo, pero calló.

—Disculpas, noble César. Nuestro viaje hasta tu presencia ha sido

accidentado, mis hombres están hambrientos y fatigados por las muchas penalidades y peligros que han pasado.

—¿"Tus hombres", pretoriano?

Uno de los tribunos, informado por el centurión que condujo a Marco previamente a su presencia, le susurró al oído.

—Se refiere al galo y al griego que le acompañaban, noble César.

—¡Ah, sí! Comprendo, centurión, disculpas...tribuno. El legionario... ¿Gannicus? y ese griego, ¿cuál es su nombre, pretoriano?

Marco improvisó al darse cuenta que la situación de Orestes era comprometida como gladiador fugitivo.

—Su nombre es Orestes, noble César, y fue mi esclavo durante años hasta que le di su libertad, pero prefirió servirme a mi lado como hombre libre. Él fue prendido también y azotado por apoyarme, y reducido a la condición de gladiador para ser muerto junto a nosotros en los juegos, pero también pudo escapar.

—Entiendo, tribuno Marco Valerio Celer. —Se dirigió a sus oficiales—. Dadles de comer, que se bañen, adecenten su aspecto y descansen, y que el legionario Gannicus se reincorpore a cualquier cohorte. Tu liberto continuará a tu servicio, si ese es tu deseo, tribuno.

—Te lo agradezco, noble César, te serviré con honor y lealtad.

—Eso espero de ti, pretoriano. Parece que los Césares desaparecen entre tus manos con facilidad.

Los germanos y los generales observaron con tensión a Marco. El viejo zorro le clavó su astuta mirada de soldado y empezó a esbozar en su semblante una ligera sonrisa que se transformó en carcajada.

—Tienes coraje, Marco Valerio Celer, ja,ja,ja,ja... Permanecerás a mi lado, me contarás acerca de ese perro de Maximino, aunque él y yo nos conocemos de antaño, de cuando mi gobierno en Germania, quiero saber cómo piensa ahora esa bestia salvaje.

—Dudo que piense, noble César. Maltrata a sus legados y tribunos a menudo y a todo aquel que se le antoja cuando los vapores del vino inundan su mente, abusando de su tamaño y fuerza.

—Sí, ese bárbaro horrible y monstruoso... Su tamaño es una maldición de los dioses. Has de saber que el perro de Tracia ha puesto sitio a la ciudad de Aquilea, que le cerró valientemente sus puertas y le negó alimentos para sus tropas, en lugar de continuar avanzando hacia el sur. Un grave error de

estrategia que le costará la derrota. Mis espías me informan de que sus legiones están agotadas y hambrientas y que en cualquier momento Maximino puede ser muerto por ellas.

»Debemos darnos prisa y avanzar rápidamente hacia él o Marte nos negará el triunfo de la victoria. Puedes retirarte, tribuno, te darán alimento y podrás descansar, mañana al alba te presentarás ante mí, pero antes te ordeno que te corten los cabellos y que te rasures esa barba, y por todos los dioses, date un buen baño, apestas, y dispón de alguna de mis esclavas, escoge la que quieras.

—Como ordenes, noble César.

Marco se llevó el puño al pecho y se disponía a retirarse de la presencia de Pupieno, pero este le detuvo.

—Aguarda, centurión Marco Valerio Celer, tribuno... Ese gallo que te acompaña, Gannicus, ¿no es ese su nombre?

—En efecto, noble César, Gannicus es su nombre.

—Gannicus, Gannicus... Un nombre común entre los galos, que pese a convertirse en leales ciudadanos romanos, aún conservan parte de sus antiguos nombres y tradiciones... Dime, tribuno Valerio Celer, ¿este gallo ha sido gladiador?

Marco dudó en decirle la verdad a Pupieno. Desconocía qué otros crímenes pudo haber cometido el celta después de obtener su libertad como gladiador y alistarse en el ejército.

—Lo desconozco, noble César.

—Una vez, como prefecto de la Urbe, presencié un memorable combate en los juegos de la arena del Coliseo... Yo di la libertad a un gladiador gallo de cabellos y barba rojos, le entregué la espada de madera que le premiaba como campeón de los juegos y con la libertad. Él era un gigante llamado también Gannicus... Pero ese perro me hizo perder mucho dinero, aposté en su contra. Tuve que complacer a la plebe que pedía su libertad, le amaban. Y mucho más que a mí, que era su prefecto y les gobernaba.

El viejo Pupieno se quedó mirando hacia el infinito, recordando esa memorable lucha, ensimismado en sus recuerdos.

—Está bien, tribuno, basta de hablar por hoy. Retírate.

Marco le saludó y el viejo zorro de Pupieno le siguió con la mirada hasta que desapareció.

—Legados, mantenedle vigilado. Sólo su reputación como soldado le ha

salvado de tener el mismo final que esa asquerosa sanguijuela de Graciano.

Marco descansaba en la tienda que se le había asignado. Sus cabellos y barbas habían sido cortados. En su lecho dormía plácidamente abrazada a él, desnuda y sudorosa, una hermosa y joven esclava de largos cabellos negros como la noche, propiedad del Emperador.

La altiva y despechada señora entró en la tienda y observó el desnudo cuerpo de Marco, maduro, pero aún fuerte y musculoso, con sus numerosas cicatrices y su agotado pene, en paz tras penetrar a la hermosa siria que estaba junto a él.

Marco se despertó e incorporó súbitamente y puso la punta de su daga en la garganta de Julia Terencia

—No has cambiado nada, cerdo.

—Tú tampoco, estás tan hermosa como siempre.

Julia Terencia apartó suavemente la daga con el dorso de su mano y dio una descomunal bofetada al rostro de Marco, quien la abofeteó también a su vez y la besó en la boca salvajemente.

La esclava se despertó asustada y Julia la observó con odio y...celos.

—¡Fuera, puta!

Julia Terencia estaba furiosa.

La joven salió aterrada y desnuda de la tienda, ante el jolgorio y la celebración de la soldadesca de fuera.

Marco la llamó.

—¡Espera, esclava! ¡Mujer, ven!

Marco apartó de sí bruscamente a Julia Terencia y le entregó sus vestiduras a la complaciente esclava, y cuando esta se dispuso a abandonar la tienda cubriéndose como pudo, el pretoriano la agarró y la besó también a esta apasionadamente en la boca restregando su lengua con la de ella.

Julia Terencia estaba roja de ira.

Marco levantó la barbilla de la siria y la miró dulcemente a los ojos.

—Adiós, esclava, espero volverte a gozar.

—Sí, mi señor, como ordenes, soy tuya.

El acento oriental de su dulce voz y su sensual y descarada sonrisa excitaron a Marco, quien le dio una zorra en su hermoso trasero como despedida, ante la mirada iracunda de Julia Terencia.

—¿Has terminado, cerdo?

Marco fingió ignorarla, cogió un ánfora de bronce y se vertió sobre la

cabeza el agua que había en ella.

—Creí que Maximino te había hecho matar, muy bien habrás fornicado con ese perro.

—No, insolente, maldito plebeyo; yací con su hijo, no con él.

—¿Plebeyo? No pareció importarte cuando gozabas conmigo desnuda en el lecho, zorra. No has cambiado nada, sigues siendo la misma puta refinada de siempre que usa a los hombres a su antojo e interés.

La orgullosa dama romana volvió a abofetear a Marco con violencia.

Marco la abofeteó repetidas veces también, le arrancó sus vestiduras y la arrojó al lecho desnuda.

—¡Déjame, animal! O el César te castrará, soy suya.

—¿Quién? ¿El “viejo”?

—Copula mejor que tú.

—Maldita puta...

Marco la sujetó en el lecho e intentó besarla, pero la mujer le apartaba la cara y luchaba para no ser poseída por él, quien le mordía los rosados y erectos pezones y le provocaba gritos de dolor y placer.

—¡Déjame, miserable! ¡Cerdo! ¡Pupieno te matará por tocarme!

La resistencia de la mujer, si alguna vez la hubo, fue vencida poco a poco por los besos y las tiernas caricias de Marco, quien logró penetrarla, vaciando su semen en el interior de su vagina tras fornicar con ella hasta la extenuación: ambos se dejaron llevar por un salvaje clímax que fue celebrado por la tropa del exterior.

Sudorosos y exhaustos, ambos se abrazaron y besaron con ternura.

—¡Marco, Marco...! Mi amado, mi amor, creí que habías muerto...

—No, Julia, no estoy muerto, pero esta vez casi lo consiguen.

—Los dioses te protegen, Marco, siempre lo supe, nunca morirás, mi amado.

—¿Los dioses dices, mujer? Los dioses no tienen nada que ver en mi supervivencia.

—Se cuenta en el ejército que el divino Júpiter te protege desde cuando recuperaste su águila de manos de los partos.

—¿Esa patraña te cuentan en el lecho los legados y tribunos con los que te acuestas, zorra? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Estoy seguro que si hubieras yacido con simples legionarios te hubieran dicho lo mismo que yo, que el caballo del parto que robó nuestra águila sagrada se rompió una pata, pero olvidaba que tú

solo copulas con nobles patricios, mi dulce ramera.

Julia se enfureció con Marco e intentó pegarle, pero este le sujetó las muñecas.

—Bueno, también te has acostado conmigo, Julia.

Y la besó en la boca.

—¿Qué hay de Pupieno?

—Fuimos amantes, pero ya no hay nada, yo le servía a él como espía en Sirmium antes de escapar de allí. Pupieno me otorga su hospitalidad. Me entregó una villa en Ravenna, pero yo volveré a Roma. Pupieno prometió devolverme las propiedades y tierras que fueron de mi esposo, al que esa bestia de Maximino hizo matar.

—No te afectó demasiado la muerte de tu marido, el cónsul Publio Licinio Quieto, mujer. Ni tampoco la de tu primer esposo, el viejo senador Nerva. Lamentaste más perder sus fortunas.

—No lo niego, Marco, eres cruel conmigo. ¿Cuándo dejarás de tratarme como a una de tus putas?

—Cuando dejes de comportarte como una de ellas, mujer.

—Yo te amaba, Marco, y aún arde esa llama dentro de mí.

—No, Julia, no me amas, creíste amarme. Para ti fui un capricho, deseabas mi fuerza y mi ímpetu. Soy un soldado plebeyo, jamás podrías amarme. Crees amarme porque soy el único hombre que te ha hecho gozar en el lecho y te ha despreciado después.

—Me abandonaste, Marco.

—No te abandoné, porque jamás me uní a ti. Además, tú te desposaste dichosa con el cónsul. Soy un soldado y debo ir donde me ordenen.

—¡Dioses de los cielos! ¿Por qué razón no puedes ser tú un hombre como los demás, maldito hijo de perra?

—Yo no sé cómo son los demás hombres. Yo soy un soldado de Roma, siempre lo he sido, no entiendo de cosas de paz.

—Te amo, Marco... ¿por qué dudas de mis palabras? Quiero que permanezcas junto a mí, en Roma, cuando todo esto acabe, conmigo, como mi esposo. Deja la espada y tóname a mí, amado mío.

—No, mujer, la espada es mi vida, pues ella ha forjado al hombre que ves ahora. Solo confío en ella. Aunque a menudo pienso que habré desperdiciado y arriesgado mi vida por este Imperio corrupto que traiciona a quienes le sirven.

Julia le miró a los ojos y le acarició suavemente los labios que acababan de pronunciar estas palabras. Jamás escuchó a Marco dudar de Roma.

Un centurión irrumpió en la tienda y saludó brazo en alto al tribuno Marco Valerio Celer, quien cogió su espada instintivamente, mientras Julia Terencia se cubría su desnudez.

—¡Salve, tribuno! Disculpas, mi señor, yo no sabía...

—Tranquilízate, centurión.

—El... el César desea verte, tribuno, acompáñame.

—Aguarda afuera, centurión, enseguida iré, he de vestirme y colocarme mis armas... ¿o es que es costumbre ahora presentarse al César desnudo?

—Sí, tribuno, pero apresúrate, el “viejo”, quiero decir, el César, no es hombre que tenga paciencia.

—Bien, centurión, no haré esperar al “viejo”.

Y el centurión le sonrió con complicidad, antes de retirarse.

—He de ver a Pupieno, reclama mi presencia, pero no temas, no es por tu causa.

—No temo, Marco, él sabe que fuimos amantes. Lo sabía toda Roma excepto mi esposo. Mis antiguos amantes fueron desleales conmigo y compraron la lengua de algunos de mis esclavos.

—Volveremos a hablar, mujer. Estoy cansado de tantas matanzas, quizá necesite ya una esposa.

Julia se abrazó a él, llena de gozo y alegría, besándolo.

—¡Oh, mi amado, por Venus! ¡Me has hecho feliz por fin! Sí, mi amor, ve, Pupieno te reclama.

—Pero no dejaré mi espada, tenlo presente, mujer.

Y salió, acompañado por el centurión, a ver al Emperador.

De camino, descubrió a Orestes, el griego preparaba unas alforjas con víveres sobre su caballo. Vestía una túnica corta de lana, calzas largas y botas, y un manto oscuro cubría sus hombros y cabeza para protegerse del sol de la mañana. Se había desprendido de su cota de malla y casco pero conservaba la espada y la daga al cinto.

—¡Orestes! ¿De modo que partes?

—Sí, romano, marchó a Roma. Siempre quise visitarla, es posible que me establezca allí y me quede.

—¿Roma? No hay cabras ni ovejas en Roma que apacentar.

—No, romano, no las hay... o quizá las haya.

—Ten cuidado, Orestes. Si vuelves a ser uno de esos cristianos, hoy viven en paz en Roma, pero mañana tal vez no. La plebe siempre buscará culpables para sus calamidades.

—Sé cuidarme, romano. Mi Dios me odia y no desea darme la paz de la muerte. Además, como puedes ver, voy armado; los cristianos no tocan las armas.

—¿Eso es odiarte, griego? Di mejor que Él te protege.

—Adiós, romano, cuídate.

—Adiós, Orestes, que los dioses te protejan.

Orestes montó de un salto en su montura y le sonrió.

—Por cierto, romano, ha sido un honor ser tu “sirviente”. Gracias por encubrirme, adiós.

Y Orestes, golpeó su montura con los talones y cabalgó hacia el sur, salió de las empalizadas del campamento hacia una nueva vida, libre de nuevo.

Pupieno debatía con su estado mayor reclinado sobre los mapas de su mesa de mando y levantó la cabeza al ver a Marco, quien le saludó militarmente brazo en alto, ataviado con su cota de malla, casco y armas al cinto.

—¡Salve, noble César!

—¡Ah! Tribuno Marco Valerio Celer, te he mandado llamar a mi presencia, acércate... pero antes has de saber que no me gusta que me hagan esperar, tribuno, tenlo presente para el futuro.

—Sí, noble César, disculpas.

—Bien, tribuno. Maximino se halla ahora mismo intentando tomar Aquilea sin éxito, a costa de grandes pérdidas en bajas. Mis espías me han informado de que cada vez se deja ver menos ante sus hombres y que estos murmuran contra él para eliminarle. Según parece, permanece ebrio la mayor parte del tiempo y maltrata a quienes le importunan. También está enfermo, posiblemente se está muriendo. Son buenas noticias, sin duda, pero si él muere en su lecho o su ejército le mata antes de llegar yo a Aquilea para presentarle batalla, me quitarán la gloria del triunfo a mi regreso a Roma. Debemos partir hoy mismo y avanzar hacia Aquilea, las legiones del tracio están desmoralizadas, enfermas y exhaustas. Entre ellas, la II Parthica, tribuno, sé que te une a ella un vínculo especial; allí te forjaste como soldado, pero no has de olvidar que sus legionarios no te auxiliaron cuando Maximino quiso matarte.

—Mi enemigo es Maximino y quien le apoye, noble César, he jurado servirte a ti.

—Bien, tribuno, no lo dudo... Permanecerás conmigo y formarás parte de mi consejo de guerra a partir de ahora.

—Como tú ordenes, noble César, te serviré con mi vida, tuya será la victoria.

—Bien, bien... ¡Ah! Otra cuestión, tribuno Marco Valerio, ese legionario..., ese galo... Gannicus era su nombre, ¿cierto? Ha debido ser castigado esta mañana por golpear a un centurión estando borracho. Le he mandado azotar por consideración a ti, frente a la estatua de la diosa Disciplina, pues en otras circunstancias, golpear a un centurión es un delito grave que se castiga con la muerte. He ordenado también que lo retiren de su cohorte y te lo asignen como asistente personal.

Marco se alegró, quizá el viejo gruñón no era tan malo, después de todo.

—Te lo agradezco, noble César, yo sabré inculcarle disciplina.

—No lo dudo, tribuno... Bien, retírate y prepárate para la marcha. Se te ha sido asignado un caballo y una nueva armadura de tribuno. Ve a tu tienda, mis esclavos te ayudarán a ponértela.

Marco saludó brazo en alto y se disponía a marchar de la tienda, cuando el viejo Pupieno le retuvo.

—¡Tribuno! ¡Aguarda! Legados salid, dejadme solo con él.

Los generales se retiraron saludando al Emperador. Era reveladora la confianza que tenía el viejo con Marco, pues, a diferencia de Maximino, sus germanos no se quedaban siempre con él, sin mostrar preocupación alguna por quedarse a solas con un pretoriano armado, desertor del ejército de su enemigo.

—¿Cuándo parte a Ravenna?

—Pronto, noble César, supongo que lo hará tan pronto cuando sepa que levantamos el campamento para atacar a Maximino.

—Julia Terencia y yo fuimos amantes, tribuno, y yo sé que lo fue de ti también y que has yacido esta mañana en el lecho con ella. No temas, tribuno Marco Valerio, no voy a castigarte. Soy ya un viejo soldado... ¡Ja! Pero con ella, Venus me hizo recuperar mis ímpetus de mi juventud, desde que mi esposa murió. Tuya es, te envidio en verdad, tribuno Marco Valerio Celer.

—Noble César, yo...

—¡Basta, tribuno! ¡Retírate! Ordena a la noble Julia Terencia que prepare

su carruaje y marche hacia mi villa de Ravenna o hacia Roma, si así lo desea, y hazle saber que cumpliré mi promesa de restablecerle sus tierras y fortuna cuando regrese a Roma; ayer fue enviado mi decreto al Senado para que sea sometido a aprobación.

—Así lo haré, noble César.

—Despóstate con ella, Marco, es una buena hembra.... Me consta, ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja! Estás envejeciendo y necesitas asentar ya tu espada. Puedes retirarte, tribuno.

Marco le saludó brazo en alto e iba a salir de la tienda, cuando dudó, iba a hacerlo.

El Emperador le observó con las cejas abiertas, de repente se dio cuenta que tal vez cometió un error en quedarse a solas con este pretoriano que ya había matado a un César y ayudado a eliminar a otro.

—¿Sí, tribuno Celer? ¿Algo más?

Marco dudó en hablar, pero se decidió finalmente a hacerlo.

—Noble César, cuando acabe esta guerra con nuestra victoria y regresemos a Roma abandonaré la Guardia Pretoriana.

—Disculpa, tribuno, pero mi viejo oído parece no entenderte bien.

—Dejaré la espada y cogeré la tierra que por derecho me corresponde por mis muchos años de servicio al Imperio, deseo volver a mi Umbría natal.

—¿Tú? ¿Un campesino?

—Lo fui.

El viejo salió tras su mesa de mando y caminó hacia Marco.

Pupieno podía ser ambicioso y cruel, pero tenía coraje.

Se quedó frente a frente con el feroz pretoriano, de mirada torva y cicatriz al rostro, con su yelmo al brazo y el pomo de su envainada espada en su mano.

—¿Desprecias que te haya nombrado tribuno de mis pretorianos?

—Noble César, estoy envejeciendo, y hace mucho tiempo que debí coger el trozo de tierra que me ofrecieron como veterano del ejército, tomar una esposa que me diera hijos y comprar buenos esclavos, vivir lo que me queda de existencia en paz, pero fue mi deseo servir a Roma con mi vida, libremente, estoy cansado.

Pupieno sonrió.

—Así que es eso, tribuno... Tú morirás siendo soldado, porque no sirves para otra cosa. ¡Mírate! Tu fortaleza, tu espada, ella forma parte de tu brazo,

naciste para ser soldado, Marco Valerio Celer, no te engañes a ti mismo.

Marco guardó silencio, se calló que ya había perdido su fe en el Imperio, le asqueaba ya su tiranía y corrupción; él había servido a seis césares, sin incluir a Pupieno, y todos, excepto el joven Severo Alejandro, a quien deseó matar, fueron crueles tiranos.

Marco pensaba en Orestes, enfadado con su Dios por no haber salvado las vidas de su esposa e hijo.

Ahora Marco estaba enfadado con Roma y consigo mismo, por no haber querido proteger la vida del infortunado Alejandro, traicionando su juramento de lealtad, y por haber perdido a su amigo Cayo Avidio Sura, víctima del tirano a quien ellos encumbraron.

—Te serviré con mi vida, noble César, no traicionaré mi juramento, mientras empuñe esta espada.

—Bien, tribuno, ahora retírate.

Julia Terencia estaba preparada ya para partir hacia Roma en su pesado carruaje, acompañada de sus esclavas. Una escolta de caballería fue dispuesta por el viejo Pupieno para su protección.

—Ten buen viaje hasta Roma, mujer, que los dioses guíen tu camino.

—Y que ellos te protejan y guíen el tuyo, amado mío. Te esperaré en Roma cuando vuelvas de la guerra. Vuelve sano y salvo.

—Lo haré.

Se besaron en la boca y el carruaje salió del campamento acompañado de su escolta montada.

No pensaba volver a verla jamás, olvidaría su proposición de matrimonio.

Gannicus se le acercó, aún dolorido por los latigazos recibidos esta mañana.

—Mi señor...

—¡Galo cabezota! ¿Qué has hecho esta vez? Demasiado vino te hace perder los sentidos.

—Ese maldito perro, el centurión... se mofó de mi legión, la IV Itálica, llamando a mis hermanos cobardes por no haber sido capaces de tomar Aquilea.

—Comprendo, galo, pero has de saber que ellos son ahora tus enemigos mientras esta maldita guerra no termine, y que no dudarán en matarte en cuanto te vuelvan a encontrar en el campo de batalla, tenlo presente, galo.

—¡Bah! Estos ni siquiera saben azotar a un hombre, unas caricias en mi espalda. Ya estoy acostumbrado, mi piel está endurecida.

—Otra cosa, galo cabeza hueca... No menciones que tú fuiste gladiador, y mucho menos que peleaste en el Coliseo; ese viejo bastardo de Pupieno te recordará si te ve y podría castigarte. Le hiciste perder una fortuna en el pasado.

—Sí, mi señor, ese viejo me dio la espada de madera y me otorgó la libertad antes de que suprimiera los juegos por tacaño.

—La plebe le obligó, galo, ocúltate de él.

El ejército levantaba el campamento y se ponía en marcha. Se dirigía a atacar a Maximino en Aquilea sin esperar a las tropas hispanas que se hallaban aún a muchas jornadas de marcha tras entrar en el valle del Po.

Capítulo XX

EL FIN DE MAXIMINO

—Los hombres tienen hambre, noble César.

Quien así hablaba era Marco Vepsanio Falco, legado de la II Legión Parthica.

—¡Maldito perro insolente! Tomad de una vez esta maldita ciudad, malditos cobardes, o juro por mis antepasados que vuestras cabezas también acabarán clavadas en lanzas; transmite esto a los otros legados. Vencer o morir.

El general Falco no se amilanó frente a las amenazas de muerte, aunque reales, de Maximino el Tracio. Sus tribunos y los antiguos pretorianos degradados por el gigante le acompañaban y esperaban fuera de la gran tienda de mando.

Muchos germanos, resentidos contra él por apartarles de su lado, desertaron del ejército y escaparon hacia las tierras del norte, molestos también porque el tracio los empleaba ahora para asaltar las murallas de Aquilea, junto a sus legionarios, y para construir máquinas de asedio.

Maximino creía que sus escogidas cohortes de legionarios le continuaban guardando la vida, por eso se sorprendió de que el general Vepsanio Falco entrara en su tienda súbitamente y de improviso. Pero el gigante se equivocaba. Su nueva guardia, harta y hambrienta, abandonó su puesto y franqueó el paso al general y su escolta armada.

Maximino, cuyo sueño de borrachín fue interrumpido por los inesperados visitantes, se hallaba huraño y colérico, algo muy habitual en su violento carácter, aunque en los últimos días, consciente de su precaria y crítica situación, si los gritos y amenazas no funcionaban, enviaba a su hijo Máximo para intentar convencer, más conciliador y sosegado, a sus interlocutores para que ablandaran su corazón por su juventud, algo erróneo. Estos indicios de debilidad del Emperador fueron interpretados por sus generales como la oportunidad que esperaban para deshacerse de él por fin.

Maximino había perdido mucho peso, aunque todavía resultaba

terrorífica e intimidatoria su visión. Se hallaba la mayor parte del día en un estado de sopor, cada vez bebía más vino y los dolores de su maltratado estómago le incapacitaban también para salir de su tienda y dejarse ver a sus hombres.

Su hijo Máximo era insultado a menudo por las tropas en el campamento, por lo que este, con fundado miedo de que lo mataran, decidió permanecer en todo momento al lado de su padre, pero esta vez se hallaba ausente.

Maximino el Tracio, Emperador de Roma sin haberla pisado en su vida, el terrible guerrero vencedor de los bárbaros, el impresionante y amenazador gigante de carácter violento e iracundo, de hercúlea fuerza, aún a su edad, era ya una sombra de sí mismo.

—¡Malditos perros cobardes! ¡Traidores! Soy vuestro César, el que os dio vuestras innumerables victorias frente a esos bastardos alamanes, sármatas y carpos, y os volveré a conducir a una nueva victoria. Tomaremos Aquilea, la destruiremos, exterminaremos a sus malnacidos habitantes hijos de perra, borraremos su nombre y os llevaré a la propia Roma; os enriqueceré, romanos, crearé una nueva casta de senadores en vosotros y, junto a mí, gobernaréis el mundo.

—Tracio, las legiones están agotadas y hambrientas. Sus legados me envían para decirte que debes acabar con tu vida y la de tu hijo por tu propia mano, o el ejército os matará de todas formas. Tu ejército ya no te es leal, tracio, tiene hambre y ya no va a seguirte.

Maximino agarró su espada y amenazó con matar al osado general, quien se vio protegido rápidamente por los antiguos pretorianos.

—¡Perros traidores! ¡Miserables! ¡Salid de mi vista u os mataré a todos, bastardos!

»¿Cómo tú, insolente, osas llamarme ahora tracio? Aún soy vuestro César.

—Acaba tú mismo con tu vida, Maximino. Honraremos tu cuerpo en una pira ardiente y diremos al pueblo de Roma que decidiste afrontar tu propio fin para detener más derramamiento de sangre romana. Negociaremos la paz con el Senado y este te honrará por tus victorias contra los bárbaros; de lo contrario, te cortaremos la cabeza y se la enviaremos como prueba de paz, arrojaremos tu cuerpo a los perros y tu nombre y memoria serán borrados y maldecidos por Roma para toda la eternidad. Se acabó, tracio, estás muerto.

—¡Venid vosotros mismos a buscarla, malditos traidores!

Los soldados dudaron. Maximino aún les causaba terror. Todavía él era capaz de hacerles frente y matarlos. Sus ojos estaban inyectados de odio y cada vez se encolerizaba más. El general Falco se mantuvo firme y desenvainó su espada, pero los pretorianos empezaban a retroceder asustados; lo dejaron solo frente al gigante.

Maximino esbozó una malévola sonrisa en su salvaje y enrojecido semblante de asesino borracho.

—Ven, legado Falco... Traidor desagradecido. ¿Así es cómo me pagas que te otorgara el mando de la II Parthica, perro? Ven, ven, mátame si te atreves, valeroso Falco, te estoy esperando... Pero, bien pensado, seré yo quien vaya a por ti y te corte la cabeza, legado.

Falco titubeaba, retrocedía hacia la salida de la tienda, con su espada al frente, a la vez que vigilaba los movimientos de Maximino, quien se le acercaba y sonreía, y palpaba el filo de su terrorífica arma; estaba dispuesto a acabar con su vida.

—Prepárate para morir, traidor asqueroso. Clavaré tu cabeza en una lanza y le daré el mando de la II Parthica a mi hijo Máximo.

Un gran tumulto estalló entonces entre las tropas de fuera y Maximino detuvo sus pasos, alerta.

Las exaltadas voces de los hombres se acercaban más y más hacia donde él se encontraba, con la espada en su mano y esperando un ataque.

Marco Vepsanio Falco aprovechó la confusión y se retiró rápidamente, dando paso a sus enfurecidos centuriones y legionarios de la II Parthica, mas estos también parecían dudar en atacar al gigante, pues aún temían su gran fuerza, hasta que ocurrió.

La cabeza cortada de Máximo fue arrojada de entre los soldados a los pies de Maximino.

El tracio se la quedó mirando, incrédulo, pues no reconoció al momento a su propio hijo en el sangriento despojo, que tenía los cabellos y el rostro manchados con su propia sangre.

—¿Máximo...? ¡Máximo, hijo mío! ¿Qué te han hecho estos asesinos? ¡Nooooooo! ¡Nooooooo! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

El gigante, en toda su gran estatura, arrojó su espada y cayó derrumbado de rodillas; lloró de manera desgarradora frente a la cabeza de su infortunado hijo, quien parecía mirarle desde su ensangrentado rostro con sus ojos y boca desmesuradamente abiertos, aún con el mudo grito del terror frente a la

muerte desde el más allá, como llamando aún a su padre en su desesperación, a punto de dejar este mundo, sin que este le escuchara porque dormía en su tienda su última borrachera.

Maximino, roto por el dolor, cogió con ambas manos la cabeza de Máximo, besándola.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Yo te he matado, Máximo... Mi pequeño Máximo.

Y el otrora terrible Emperador Maximino el Tracio, el vencedor de los bárbaros, el tirano asesino, el gigante semibárbaro, desconsolado, empezó a cantarle a la cabeza de su hijo una dulce canción de cuna en la lengua de los tracios, una canción que su propia madre Hababa, la bárbara alana, se la cantaba a él, y que este se la cantó también a su hijo, aún pequeño e inocente y sin saber de la maldad de la Humanidad.

Los terribles legionarios le observaron en silencio, la expresión de sus semblantes era torva y expectante, al tracio le habían perdido el respeto y el miedo.

De repente, Maximino soltó la cabeza de su hijo y, de rodillas como estaba, se llevó la mano derecha a su brazo izquierdo, quejándose de un dolor insoportable; su terrorífico rostro se enrojeció. Maximino sufría un nuevo ataque al corazón.

Los legionarios de la II Legión Parthica reaccionaron.

Era su oportunidad.

Se arrojaron todos sobre él, pues el tracio ya era un hombre vencido, dispuesto a afrontar su fin, tan violento como lo había sido su terrible existencia.

Sus espadas atravesaron su cuerpo, varias veces, muchas veces. Grandes gritos de dolor salían de la garganta del caído Maximino, de su enorme cuerpo manaba abundante sangre.

—¡Aaaaaaarrggghhh! ¡Bas... tar... dos! ¡Aaaahhhhhgg! ¡Los... dioses... os... maldigan!

Maximino permanecía gritando y agonizando de rodillas, perforado innumerables veces por las espadas de sus asesinos; manaba sangre y su vida se apagaba por instantes.

El general Falco avanzó frente a él y le atravesó el corazón. Maximino se desplomó ya sin vida sobre la cabeza de su hijo y su propio gran charco de sangre, y sobre el nombre de Julia Mamea grabado en la alfombra.

Los oficiales y soldados mantenían sus ensangrentadas armas en sus manos, no podían creer que ese gigante, tan temible en vida, ese coloso que parecía más un titán huido del Tártaro que un hombre, hubiera muerto al fin.

Le miraban, jadeantes. Parecía que el tracio fuera a abrir sus ojos y levantar su enorme cabeza para decir:

“Romanos, hijos de perra, malditos canallas, sigo vivo.”

Pero Maximino no fue nunca un titán fabuloso, ni siquiera un monstruo, pese a su tamaño, tan sólo fue un hombre, un hombre atormentado, con sus debilidades.

Y ya estaba muerto.

—Se acabó, legionarios. Todo ha terminado. Cortadle la cabeza y clavadla en una lanza junto a la de su hijo para que todo el ejército las vea, y llevadlas frente a las murallas de Aquilea. Convocad a los demás legados y depongamos las armas, solo así comeremos todos.

—¿Qué sucederá con nosotros, legado?

—Confiemos en que los aquilenses acepten la paz y nos den alimento a cambio de nuestras armas, y esperemos su clemencia y la del Senado.

Miraron el cadáver de Maximino. Falco le señaló con su espada.

—Este pudo haber sido un gran César, derrotó a los bárbaros pero no supo ganarse a Roma ni a sus propios hombres. Fue un tirano, si no le hubiésemos matado, nos hubiera matado él a nosotros, no lo olvidéis, legionarios.

—Los nobles Pupieno y Balbino son ahora nuestros Césares, legado. ¿Debemos acatarles fidelidad a ellos ahora? Tú deberías ser nuestro nuevo César, Falco, escaparemos al norte, volveremos a tomar alimentos de los panonios y crearemos un reino independiente de Roma, pues tememos que el Senado quiera castigarnos por nuestra rebelión.

—¡No, romanos, no! Hemos luchado durante tres largos años contra los bárbaros, les hemos vencido y salvado al Imperio de ellos, e incluso estuvimos a punto de reincorporar la Germania Magna más allá del Rin. Nadie de entre nosotros debe ser nombrado César ni rey de ninguna parte.—las tropas murmuraban con aprobación— Se acabó, volvemos a casa, romanos. Rindamos nuestras armas a los aquilenses y esperemos su clemencia, yo mismo seré el primero en arrojar las mías frente a sus murallas, junto a las cabezas de estos dos.

Falco observó a sus hombres. Las palabras que acababa de pronunciar

podían significar el fin de la guerra civil o su propio final, asesinado también como Maximino. Pero los hombres estaban agotados, deseaban la paz con ansia, cansados de guerra, y sobre todo, querían comer.

Y Falco les ofrecía la anhelada paz.

Los hombres decapitaron el cadáver de Maximino y presentaron su cabeza y la de su hijo al resto de su ejército, quien aclamó aliviado su muerte con gran alegría.

Todo el Imperio celebraría su muerte. Tan solo los germanos le lloraron.

Las cabezas fueron clavadas en lanzas y plantadas frente a las murallas por los legionarios de la II Parthica, quienes fueron los primeros en arrojar sus armas y despojarse de sus armaduras ante la vista de los sorprendidos defensores de la ciudad, hasta que todo el ejército se desarmó.

Unos centuriones arrojaron al viejo Herodiano a los pies del general Falco, divertidos.

—Mira, Legado, lo que hemos encontrado cuando intentaba escapar.

El enjuto y tembloroso Herodiano llevaba aferrados a su delgado pecho unos tubos cerrados de cuero.

—No, no... No me matéis, solo soy un viejo, un insignificante liberto.

—Vaya, vaya... Los dioses nos envían al cronista del tirano.

El general Falco desenvainó su espada y puso la punta en la garganta de Herodiano.

—En pie, viejo bastardo, adulator, sucio reptil, griego.

—¡No! ¡No! ¡Por piedad! ¡Clemencia! Yo también le odiaba...

Otro de los legados se burló del aspecto del pobre Herodiano.

—¡Mercurio, el mensajero de los dioses! ¡Ja,já,já,já,já,já!

Los oficiales presentes rieron la ocurrencia del general.

El legado de la II Legión Parthica reparó en los oscuros cilindros de cuero que el viejo aferraba con fuerza contra su huesudo pecho.

—¿Qué es ese tesoro que guardas ahí, viejo loco?

—Mis crónicas, las auténticas, las que escribí para el tirano Maximino las quemé. Yo las escribía adulándole para salvar mi vida. Estas que tengo aquí son las auténticas crónicas de lo que ha sucedido en realidad, no me las arrebatéis.

—¿Tus crónicas, viejo? Déjame ver...

—Son mis libros, que empecé a escribir en los años de Severo Alejandro y que mantuve ocultos.

—El general Falco le arrebató un cilindro, lo destapó y desenrolló uno de los pergaminos que había en su interior, cuyas palabras escritas calificaban de tirano, asesino, brutal, bárbaro, borracho y loco a Maximino.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja! Esto te ha salvado, viejo loco. Vete en paz y sigue escribiendo nuestra Historia.

La guerra civil había terminado.

Pero la ciudad de Aquilea seguía manteniendo sus puertas cerradas.

Los senadores Crispino y Menófilo ordenaron exhibir los estandartes con las imágenes de Pupieno, Balbino y el joven Gordiano el Piadoso en lo alto de las murallas.

Una delegación de los aquilenses salió a parlamentar con los generales vencidos, exigiendo que sus hombres debían saludar a los estandartes y arrojar también sus águilas junto a sus armas, ya que sólo así les darían alimentos y les acogerían como amigos. El Senado de Roma les perdonaba la vida, a cambio de su fidelidad.

Los generales temieron que sus terribles hombres se negaran a arrojar las águilas sagradas de sus legiones, pero estaban hambrientos y lo hicieron.

Pronto salieron los carros con comida abundante para los vencidos, cuyas armas fueron tomadas por los aquilenses, y pronto, aunque al principio tímidamente, estos empezaron a abrazar a sus antiguos enemigos y a confraternizar con ellos, llamándoles héroes de Roma.

Los legionarios contaban a las mujeres y los niños, quienes escuchaban admirados, sus hazañas en las guerras contra los bárbaros y cómo decidieron por fin matar al tirano Maximino, para detener esta guerra fratricida entre romanos.

Los mercaderes de la ciudad abandonaron sus armas y salieron a comerciar con los soldados, y las abundantes y complacientes ramerías de Aquilea, con sus cabellos cortados, aunque aún muy bellas, se les ofrecieron con desvergüenza.

Los cadáveres sin cabeza de Maximino y de su hijo fueron desnudados y arrastrados por las calles de la ciudad, ultrajados y escupidos por los aquilenses, y el enorme pene del tracio fue cortado por las mujeres, como un talismán mágico.

La paz volvía a Aquilea.

Los legados del ejército capitularon ante los senadores Crispino y Menófilo, delegados por Roma, ambos con sus armaduras de viejos soldados,

sentados frente a la Asamblea de la ciudad.

Crispino les saludó con el brazo extendido en señal de respeto y les habló desde su silla curul.

—Todo ha terminado, heroicos legados de Roma, porque nunca dejasteis de serlo.

»El Senado será clemente con vosotros, os lo garantizamos, y vuestras legiones rehabilitadas. Ante el Senado y el Pueblo de Roma sois sus héroes. Os honrarán como tales.

—Nosotros, soldados de Roma, juramos de nuevo lealtad y fidelidad al Senado y al Pueblo de Roma, y a los nuevos Césares, los nobles Pupieno y Balbino... ¡Salve!

Los miembros de la asamblea irrumpieron en una sonora ovación.

Menófilo pidió silencio para hablar.

—Hemos mandado emisarios al ejército del noble Pupieno, el César, que se dirige hacia nosotros, comunicándole las nuevas y enviándole las cabezas del tracio y de su hijo.

Cuando la capitulación hubo concluido, los viejos amigos Crispino y Menófilo celebraron un copioso banquete junto a los nobles magistrados de la ciudad y sus familias, y los legados y tribunos de las legiones vencidas en la que fue casa del que fue prefecto de Aquilea, el traidor Tito Ofelio Floro.

Los músicos tocaban sus instrumentos y los invitados reían y conversaban animadamente.

Crispino y Menófilo se hallaban reclinados bebiendo y comiendo los succulentos manjares servidos por los esclavos de las cocinas. Ambos se habían despojado de sus armaduras y vestían blancas togas blancas listadas con púrpura de senadores.

El anciano Crispino se acercó al oído

—Parece que por fin volveremos a Roma, mi noble amigo.

—Sí, amigo mío... Roma, la Invicta, la dominadora de naciones y razas... La Urbe que fue destinada por los dioses a dominar el mundo e imponer la paz.

—Así, es, noble amigo, la paz de Roma, la civilización de Roma, la crueldad y el poder de Roma.

—¿Crueldad dices, noble Crispino?

—Sí, mi noble amigo... su crueldad. Ambos hemos sido soldados y hemos visto el poder de Roma venciendo a sus enemigos y la paz impuesta a

ellos por el terror.

El anciano Crispino reflexionó, parecía meditar las palabras que acababa de decirle a su amigo, y continuó hablando.

—Pero, no has de olvidar, mi venerable y noble amigo, que la auténtica paz no sólo se gana derrotando a nuestros enemigos y subyugándolos. La auténtica paz se logra convirtiendo a nuestros enemigos vencidos en nuevos romanos, convirtiendo a los cautivos en fieles y leales esclavos, ganados con nuestra generosa magnanimidad y tratándolos como seres humanos y no como cosas o animales.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja! Pero si los esclavos son de nuestra propiedad, podemos hacer lo que nos plazca con ellos, noble amigo. Creo que lees demasiado en tus noches de soledad a esos filósofos griegos que siempre han estado envenenando la mente de nosotros, los romanos; hasta pareces uno de esos cristianos, amigo mío, ja,ja,ja,ja,ja.

—¿En serio, noble Menófilo? No, no me gustan esos cristianos. Algún día ellos pueden acabar con el Imperio, pues les creo más peligrosos que a los bárbaros que llaman a nuestras fronteras. Seamos generosos y magnánimos con todos, integrémoslos, o el Imperio se desmoronará.

—Palabras muy sabias, noble Crispino.

El esclavo presentó el faisán asado sobre la bandeja de plata, acompañado de apetitosas salsas.

Numerosas bandejas y exquisitos platos portados por más sirvientes fueron desfilando ante los regocijados ojos de los nobles invitados.

Los comensales irrumpieron en aplausos hacia el cocinero.

Se trataba del sardo, el mudo a quien Crispino había mandado a morir en la cruz.

Menófilo se asombró, creyó estar viendo a un fantasma maléfico.

—¡Por todos los dioses! ¡Es el esclavo sardo! Pero este no ha vuelto del más allá para atormentarnos, ¿no es así, noble amigo?

—Le perdoné su sencilla vida de esclavo. En realidad, él no fue culpable de la traición que le ordenó su amo. Solo fue un esclavo leal. Y el esclavo leal sostiene la riqueza del Imperio. Sí, efectivamente, le mandé a la cruz, pero fui generoso y clemente, y ahora este hombre daría su vida por mí, noble Tulio Menófilo; además, ya te dije que no soportaba el infamante y terrible castigo de la cruz. Llegará un tiempo en el que los romanos aboliremos esta cruel forma de morir, copiada de esos bárbaros púnicos, quienes sacrificaban niños

a sus demoníacos dioses, hace ya tantos siglos. Es indigna hasta para los más viles criminales y esclavos.

—¡Bravo, mi noble amigo! Ah, quiero ya volver al hogar, soy ya demasiado viejo...

Tres días más tarde, la legión hispana llegaba a Aquilea, con la guerra ya acabada.

Los exploradores germanos llevaron a presencia de Pupieno a los emisarios de Aquilea, quienes portaban las cartas de los senadores Crispino y Menófilo, en las que se notificaba la muerte del tracio y la capitulación de su ejército; los embajadores mostraron las cabezas manchadas de sangre coagulada de Maximino y de su hijo a los ojos del viejo Pupieno.

Este se acercó al rostro de Maximino, con sus ojos y boca entreabiertos.

—Volvemos a vernos, tracio... Os lo agradezco, aquilenses, podéis retiraros, mis hombres os darán alimento y lecho.

Cuando los emisarios hubieron desaparecido de su presencia, el viejo Pupieno estalló en cólera delante de sus generales.

—¡Por todos los dioses! ¡Malditos sean! ¡Esos perros tuvieron que matarle antes de que yo llegara! ¡Tuvieron que acabar con él, negándome la gloria del triunfo! ¡Miserables! ¡Haré pagar cara su rebelión!

Uno de sus legados carraspeó, incómodo.

—Noble César, disculpas, pero las legiones del tracio le han matado y depuesto sus armas, esperan tu clemencia... ¿qué pensará este ejército si no eres magnánimo y le castigas? Las instrucciones del Senado son ser generosos y clementes si nuestros enemigos mataran al tracio y entregaran sus armas, como ha ocurrido.

—Han cometido el crimen de alta traición y serán castigados.

Marco pidió la palabra.

—Noble César, el ejército no lo aceptará. Y cuando digo el ejército, me refiero a todas las legiones del Imperio. Sé grande en la paz, en tu victoria, pues estos romanos han vencido a los bárbaros. Además, noble César, ahora eres más fuerte que antes, con las nuevas legiones que has vencido. Súmalas a tu ejército.

Sus generales asintieron.

—El tribuno Marco Valerio Celer está en lo cierto, noble César. Las nuevas legiones te harán más fuerte e impedirán otra guerra civil. Impongamos la paz. Sé benevolente y no las disuelvas ni castigues a sus hombres. Son

romanos.

El viejo cascarrabias, contrariado por no ser él quien derrotara en batalla campal a las diezmadas y cansadas legiones de Maximino, y de no ser él quien le matara finalmente, creía acertadamente que el Senado de Roma influiría en su socio, el débil y tranquilo Balbino, para que se le negara el triunfo y volviera a Roma como un general victorioso.

Quizá Marco y sus legados tenían razón. Si él, Pupieno, regresara a Roma con un gran ejército, el temeroso Balbino y el Senado se sentirán presionados y le concederán el triunfo. Además, debía consolidar su débil posición de poder frente al Senado.

Pupieno deseaba ganarse la popularidad del pueblo de Roma, que le detestaba, y del ejército, pues planeaba eliminar al pusilánime de Balbino; lo mandaría al exilio, o lo haría ejecutar si se le oponía y convencería al temeroso Senado con la fuerza de sus armas de que él era el único señor del Imperio.

—Legados, os agradezco vuestra presencia, podéis retiraros, consideraré los deseos del Senado y del Pueblo de Roma.

—¡Salve, noble César!

Los generales se retiraron de la tienda de mando, quedando solo Pupieno con su escolta de germanos, mandados por el centurión Wigmar.

—¡Tú no, tribuno Marco Valerio! ¡Quédate!

—Noble César, ¿qué ordenas, mi señor?

—Necesito tu consejo, tribuno.

—Mi opinión como viejo soldado, noble César, es que hagas caso de tus legados; ninguna legión romana rebelde merece ser castigada y disuelta si ha provocado que nos alcemos con la victoria matando al tirano Maximino. Conozco a los legionarios a los que quieres castigar. Son valerosos y temibles, y fueron capaces de rechazar a los alamanes de las fronteras del norte y de cruzar el Rin, siguiendo a ese loco; los masacraron en su propio país, un enemigo nada fácil de derrotar, mi noble señor, contra los que yo he luchado en dos guerras distintas, conozco bien a esos bárbaros, y de dirigirse al Danubio a marchas forzadas para derrotar a la caballería sármata y a los salvajes carpos en Panonia. Y solo con las promesas de oro, botín y gloria que les ofrecía ese perro de Tracia.

—El mismo oro que robaban a los ciudadanos libres del Imperio, tribuno...O mejor dicho, robabais.

—Tú mismo, noble César, oprimiste a los ciudadanos de Roma durante tu gobierno como prefecto de la Urbe, lo recuerdo bien, porque yo tuve que protegerte con mis pretorianos de las iras del pueblo en alguna ocasión.

—¡Ten cuidado, centurión Marco Valerio Celer! Tus proezas en la guerra te honran, pero no abuses de mi natural y, sí..., de mi natural y divina magnanimidad.

Wigmar y sus germanos estaban alerta, dispuestos a lanzarse contra el romano y a despedazarle, a una orden de su señor. Era lo que más deseaban.

—Noble César, te ruego me disculpes. Sé magnánimo, pues, honra a Roma y a los dioses, respeta las águilas de los vencidos, dado que más grande serás tú en su derrota y los hombres te aclamarán.

El viejo zorro observó a Marco, lo estudiaba con sus pequeños y astutos ojos de viejo soldado; intentaba descubrir un enemigo en él.

—Está bien, tribuno. Escucha mi orden. Irás a Roma al mando de una cohorte de caballería y le presentarás al noble Balbino y al Senado las cabezas del tracio y de su hijo, y una carta que te entregaré con las nuevas de mi victoria y la reclamación de mi triunfo.

—Como tú ordenes, noble César. Yo te sirvo.

—Bien tribuno Marco Valerio Celer, retírate y prepara tu marcha. Escoge los hombres que veas oportuno de entre el ejército y parte para Roma con las cabezas de nuestros enemigos, y con mi mensaje que te será entregado al alba... ¡Ah! Y mete las cabezas de esos dos en sacos de sal, ya huelen y deben estar reconocibles para el Senado sin ser corrompidas. Hay aún demasiadas jornadas de marcha de aquí a Roma, tribuno.

Marco saludó brazo en alto a Pupieno y se retiró.

El germano Wigmar le siguió unos pasos fuera de la tienda imperial y le miró con desafío, pero el romano le ignoró con desprecio y continuó su camino.

Pupieno, el viejo zorro huraño y desconfiado, se quedó en su tienda de mando, solo con sus pensamientos, sentado en su silla y apoyado su barbado mentón sobre los dedos de sus manos.

Sí, este Marco Valerio Celer podía ser un hombre muy peligroso, pero por el momento, le era muy útil. Debería vigilarle de cerca, los hombres le admiran y respetan, sería arriesgado eliminarle ahora. Ya le haría matar cuando llegara la oportunidad.

Capítulo XXI

ROMA

Al viejo Décimo Celio Calvino Balbino, la visión de las cabezas de Maximino y de su hijo, manchadas de sangre coagulada y secadas en sal, con sus ojos y bocas abiertos, le dio arcadas y vomitó su almuerzo en el Senado de Roma, ensuciando su manto de púrpura, ante el estupor de los senadores y los pretorianos que le guardaban.

No tuvo fuerzas para leer la carta de su socio Pupieno al Senado.

Unos pretorianos le quitaron el ensuciado yapestoso manto a una orden del nuevo prefecto de la guardia, Pinario Valente, y Balbino quedó vestido con su toga laticlavia, como el resto de ellos.

Marco y Gannicus seguían sosteniendo por los cabellos las cabezas de sus enemigos asesinados por sus propias tropas, hartas ya de seguirles.

—¡Tuya es también la victoria, noble César!

Un murmullo corrió entre los viejos y severos senadores de Roma, recuerdo de la vieja estructura republicana del Imperio que conquistó el mundo conocido, y Balbino rectificó al pretoriano con sutileza política.

—¡Vuestra es la victoria, senadores!

El senado irrumpió en sonoros aplausos.

Un venerable senador pidió la palabra.

—Noble César y Príncipe, propongo borrar los nombres y memoria de Maximino y su hijo y destruir sus estatuas.

Los senadores aplaudieron y aprobaron por unanimidad la moción del viejo senador, una propuesta que ya estaba decidida de antemano por Balbino y Pupieno, pues se habían vuelto a las viejas formas republicanas tras años de dictadura militar desde Septimio Severo y se debían guardar las apariencias con el Senado.

—¡Pretorianos! Llevaos ya estas horribles cabezas y colgadlas de las columnas del Foro, que el pueblo de Roma vea a sus enemigos vencidos y muertos. —los pretorianos tomaron las cabezas cortadas de las manos de Marco y Gannicus—En cuanto a ti, tribuno de la Guardia Pretoriana Marco

Valerio Celer, el noble Senado de Roma y yo, el César, te honramos como nuevo miembro de la clase ecuestre de Roma —los senadores irrumpieron en una cálida ovación—, y te nombramos procurador de los pretorianos, su comandante, tan solo tu prefecto, Pinaro Valente, al que obedecerás, estará por encima de ti sobre ellos... —Pinaro Valente saludó en silencio a Marco con una leve inclinación de cabeza, como señal de respeto—, y a ti, legionario.....

—Su nombre es Gannicus, noble César.

—¿Gannicus? ¿Es un nombre galo?

.—Así es, noble César, el valiente Gannicus es un galo y un ciudadano romano leal, legionario de la IV Itálica.

Balbino carraspeó.

—Bien, bien... En cuanto a ti, legionario Gannicus, te incorporo a mi Guardia Pretoriana como soldado... ¿No dices nada, legionario, perdón, pretoriano Gannicus? Es un gran honor el que te hago, ya que los pretorianos proceden de Italia, entre la élite de las legiones.

Gannicus continuaba mudo. Marco tuvo que golpearle en el costado con el codo para que reaccionara.

—Esto... sí, noble César, es un gran honor el que me haces, sí.

Gannicus titubeaba con su acento galo. Algunas burlas y risitas se escuchaban entre los ceñudos senadores, quienes despreciaban a todo aquello que no fuera romano.

—Pero yo... yo... ¡solo quiero una mujer y una jarra de vino!

Marco clavó su adusta mirada en el cabeza hueca del celta. Estaba a punto de perder su compostura y estrangularle.

El viejo Balbino volvió a carraspear incómodo, sin saber qué decir.

Las primeras risas surgieron entre las filas de los padres de la patria y pronto se transformaron en brutales carcajadas y contagiaron al pacífico y flemático Balbino, quien reía mirando al celta sinceramente divertido por su simpleza.

Gannicus continuaba con su estupidez entre las carcajadas del Emperador y los senadores. Hasta los pretorianos presentes se reían a gusto.

—Sí, una mujer y vino... ¿qué hay de gracioso en ello?

Marco le murmuraba, entretanto, enojadas palabras.

—¡Maldito galo estúpido y necio! Cierra tu boca de galo y agradece este honor al César, borracho del demonio.

Gannicus alzó el brazo y extendió dos dedos de su mano, como el antiguo gladiador que fue, cuando uno de sus adversarios vencidos en la arena o incluso él mismo pedían la benevolencia del público.

Este familiar gesto del celta hizo que uno de los senadores, un viejo que se levantó de su escaño y caminó trabajosamente ayudado por su bastón, se acercara al celta y le levantara la cara con él.

—¡Por los dioses que yo recuerdo a este hombre y su nombre! Es el gladiador Gannicus de Galia, campeón de la arena a quien el noble César Severo Alejandro dio la libertad tras un memorable combate en el Coliseo.

Los senadores agitaban sus blancas togas en las gradas del Senado.

—¡Es cierto! ¡Es él, el galo!

—¡Por Júpiter! Este hombre me era familiar... Sí, sí, es él, el campeón de Galia.

—Me hiciste ganar mucho dinero entonces, galo.

—Y a mí también, lamenté mucho tu..., sí, tu retiro.

—¡Sí! ¡Por Júpiter! ¡Es el galo Gannicus, el invencible! Pero fue el noble Pupieno, como prefecto de la Urbe, quien le dio la libertad, si mal no recuerdo...

—Yo estuve a punto de comprarte, galo, para que preñaras a mis esclavas y les engendraras futuros campeones para aumentar la riqueza de mis hijos.

—¡Gannicus de Galia! ¡Increíble! Nos hizo ganar mucho dinero a muchos y ahora nos trae las cabezas de nuestros enemigos.

—¡Gannicus! ¡Gannicus! ¡Dios de la Galia!

Y el Senado irrumpió de nuevo en aplausos.

Gannicus sonreía estúpidamente, orgulloso de su pasado como gladiador.

Marco negaba con la cabeza, incrédulo.

—Por todos los dioses, esto es increíble. Son capaces de destituir a este viejo y hacerte César, maldito borracho.

—¿Yo, César...? Acepto, acepto.

Marco estaba perplejo, tan estúpido era este maldito celta.

—¿Qué...? ¿Cómo dices, necio...?

Cuando las ovaciones hubieron cesado, Balbino habló desde su trono.

—Os ruego silencio, senadores... ¿Aceptas, pues, este honor que te hago, Gannicus de Galia? Es un honor nada común para un no italiano y plebeyo, galo.

—¡Sí, sí, acepto ser...!

Marco dio una sutil patada al galo e intervino con rapidez, pues ya veía la cabeza del celta y la suya propia exhibida en las columnas del Foro.

—El valiente Gannicus acepta el honor de incorporarse a la gloriosa Guardia Pretoriana, te servirá con su vida, noble César.

—Pero yo...

Marco le murmuró entre dientes.

—Calla, galo estúpido, si quieres conservar tu cabeza.

Balbino entregó a uno de los senadores la carta de su socio Pupieno, pues él no gozaba ya de buena vista.

—Esta es la carta del noble César, Pupieno, nombrado por el Senado y el Pueblo de Roma, junto al noble Balbino. Esto dice:

“Al noble César y amigo, Décimo Celio Calvino Balbino, y al noble Senado y al Pueblo de Roma, de tu socio en la púrpura, Marco Clodio Pupieno Máximo.

Las legiones rebeldes han capitulado ante nosotros y han entregado sus armas, atemorizadas a causa de la inminente llegada de mi ejército. Entraron en pánico y mataron al proscrito Maximino y a su hijo para evitar presentarme batalla en Aquilea.

Reclamo, pues, a mi socio, el noble Balbino, y al Senado y al Pueblo de Roma, que yo sea recibido a mi regreso en mi justo y gran triunfo sobre nuestros enemigos.”

Un murmullo se extendió entre los senadores, los cuales comenzaban a temer que ahora el viejo e irascible Pupieno regresara con sus legiones para reclamar su imaginario triunfo.

En el Castra Praetoria, el cuartel de los pretorianos en las afueras de Roma, sobre la colina Viminal, uno de los guardias pretorianos saludó al nuevo procurador pretoriano Marco Valerio Celer.

—¡Salve, noble procurador! La noble Julia Terencia pregunta afuera por ti.

Marco, contrariado, se colocó el casco y salió del cuartel a recibir a la noble dama. Las noticias de su presencia en Roma viajaron con increíble rapidez a oídos de la bella viuda.

Julia Terencia lo recibió postrada en el interior de su litera, portada y escoltada por fornidos esclavos númerados.

—Los dioses son benévolos, procurador Marco Valerio Celer. Ellos te protegen, mi amado.

—Sí, volvemos a encontrarnos, Julia... Tú has tenido algo que ver en mi nombramiento, ¿no es así?

—Solo utilicé la influencia de algún noble senador. Ya has dejado de ser un plebeyo, pretoriano.

—¿También esas viejas gallinas frecuentan tu lecho, maldita zorra?

—¡Perro insolente! ¡Pretoriano necio y presuntuoso! ¡No soy una de tus rameras!

Marco la abandonó, dirigiéndose al cuartel.

—¡Espera! ¡Marco!

—¿Qué es lo que deseas de mí, noble señora?

—¡Vamos, Marco, amado! Ven a mi casa esta noche.

—No podré, he de dar la contraseña a mis hombres y supervisar su guardia.

—No me tomes por idiota, Marco. Sabes muy bien que tienes a tus tribunos y centuriones para ello.

—No voy a acudir a tu lecho, mujer, ya no, déjame.

—¡Te arrepentirás de esto, sucio plebeyo insolente! ¡No me trates como a una de tus putas!

—Mi sagrado deber me reclama, noble señora... ¡Vosotros! ¡Partid!

Los atemorizados esclavos africanos levantaron la litera de manos de su ama e iniciaron su marcha. Julia Terencia le miraba llorando desde ella.

—¡Marco! ¡Cerdo! ¡No tienes honor! ¡Me juraste desposarme! ¡Que los dioses te maldigan y que no encuentres descanso a tu muerte!

—Ya estoy maldito por ellos, me negaron la gloria de la muerte en el campo de batalla. Que los dioses te protejan.

—¡Estás loco, pretoriano! ¡Te amo! ¡Ven conmigo!

Marco la ignoró y volvió a los barracones.

Decepcionado, odiaba ahora su cargo en los pretorianos, su anterior vida, al Imperio, a la propia Roma; no tardaría en mandarlo todo al infierno y en volver a los campos de su Umbría, que no volvió a pisar desde que unos legionarios de la II Parthica hallaron a un muchacho de nombre Marco Valerio vagar por los caminos en soledad y desconsolado por la muerte de sus padres, exterminados por la peste; se lo llevaron al ejército, su nueva familia durante casi toda su vida.

Añoraba a su gran amigo Cayo Avidio Sura. Julia Terencia le buscaba cuando le necesitaba, le dejó para casarse con un cónsul de gran fortuna, ella

también representaba lo que en realidad era Roma, una ramera.

Sus hombres le saludaron con el puño en sus pechos cubiertos de hierro.

Uno de sus centuriones, un titán tuerto, le salió al paso, saludándole.

—¿La contraseña para esta noche, mi señor?

Marco dudó.

—Venus.

El feroz Marco Valerio entró en sus austeros aposentos, se quitó el casco y se despojó del capote; arrojó su espada y puñal sobre el lecho y dejó que su asistente le quitara la incómoda coraza musculada.

El asistente saludó marcialmente a su procurador y se retiró.

En su eterna soledad, pues en ella tan sólo le acompañaban sus recuerdos y sus armas, siempre al alcance de su mano, se sirvió un buen trago de vino sin rebajar con agua, a la manera de los salvajes habitantes de Britania, con los que convivió en su juventud como legionario.

Su soledad tan solo se interrumpía cuando se encontraba entre sus hombres, en los cuarteles, en las marchas o en el campo de batalla, o cuando fornicaba con alguna mujer que olvidaría rápidamente después.

—¡Julia! ¡Maldita mujer!

Aún así, no podía desterrarla de su cabeza.

Se quitó la túnica de lana y se palpó las numerosas cicatrices de cortes y cuchilladas que recolectó en toda una vida de batallas y matanzas.

Se tocó en su mandíbula la característica cicatriz de los soldados romanos provocada por el roce de las ataduras de las amplias carrilleras de los cascos sobre la barbilla.

Y, entonces, el feroz Marco Valerio Celer, veterano de la II Legión Parthica, ex combatiente de las guerras contra los partos, pictos, persas, alamanes, sármatas y carpos, descubrió su tremenda soledad.

Recordó a su antigua concubina báltava, quien parió dos hermosos bastardos suyos, a los que tuvo que abandonar, y aún hoy sin saber si seguían con vida.

Recordó también a la hermosa germana de profunda mirada azul por la cual mató a su ultrajado marido y casi desencadena un motín entre los germanos del ejército en Mogontiacum.

Y ya no podía recordar a todas las innumerables aldeanas, esclavas, vírgenes, casadas, viudas y ramera a las que copuló y abandonó por una vida de gloria y aventuras.

Le vino a su perturbada mente el recuerdo de los años felices de su niñez.

Recordaba a su buen padre, el rudo campesino y ex soldado, como él lo era ahora, y a su venerada y hermosa madre, y cuando él le contaba, al pequeño e inquieto Marco, sus hazañas en la guerra, sentado sobre sus rodillas y ante el calor de la lumbre de su humilde hogar.

Y él, ya hecho hombre, y ya próximo a su vejez, no tenía a nadie, a nadie, tan solo su honor como soldado y sus recuerdos.

Solo sabía matar, nunca aprendió a amar, él estaba hecho para la guerra, no para la paz, mas la anhelaba.

Con más de veinticinco años de servicio en él, jamás aceptó ser licenciado del ejército. Prefirió quedarse, pues el feroz Marco, el soldado, el plebeyo, no conocía otra vida que la militar. Marchar y combatir. No sabía hacer ya otra cosa.

Él era feliz entre sus hermanos de su Legión, con los que se emborrachaba, fornicaba a las putas de los burdeles y repartía el botín del combate; con los que convivía en las penurias de la vida militar, tanto en la guerra como en la paz, con los que compartía los golpes de los centuriones por su indisciplina y las peleas contra los soldados de otras legiones en la taberna para defender el buen nombre de su estandarte.

La vida como pretoriano, en Roma, le ablandaba y, aunque se ejercitaba a menudo, necesitaba de nuevo combatir y cumplir su destino de perecer en la gloria del campo de batalla y no enfermo y viejo en la soledad de su lecho, a la luz de unas exiguas lámparas de aceite.

Pero los dioses le negaron su destino, le preservaron de la muerte, y Marco, quien antaño amaba a Roma, ahora la odiaba por consumir su vacía vida.

Se daba cuenta de su estupidez.

Esa mujer noble afirmaba amarle.

Sí, esa mujer aristócrata, esa noble patricia, esa furcia caprichosa y adúltera que deshonoró el nombre de sus maridos, nobles y poderosos.

Esa hermosa mujer que aún podía convertir a los hombres en mansos corderos, esa mujer que le tentaba con una vida en la abundancia, cómoda, alejada de peligros, y que estaba dispuesta a entregarle su hermoso cuerpo todas las noches para que lo poseyera.

Marco siguió bebiendo sin medida el fuerte vino importado de las viñas de Sicilia.

Y cayó por fin, vencido por el sueño y borracho sobre su solitario jergón, con sus armas en su mano como única compañía.

En ese tiempo, iban a dar comienzo los Juegos Capitolinos en Roma. Esperados por el pueblo con ansia, iban a coincidir con la celebración de la victoria, al regreso de Pupieno.

El viejo Pupieno recibió la orden del Senado de desmovilizar su ejército y disponer el embarque de las legiones mauritanas e hispanas en el puerto de Ostia, pues las tribus nómadas de los moros del desierto y las montañas aprovecharon la indefensión de la frontera sur del Imperio para realizar razias e incursiones en las provincias de Mauritania y Numidia, y ahora amenazaban incluso a la propia Hispania. En Aquilea, Pupieno reincorporó las legiones vencidas del tracio a las bases provinciales de donde procedían, rehabilitándolas sin castigarlas, y procedió de forma sabia, tal como sus generales y Marco le aconsejaron.

El viejo estaba muy enfadado, ya que además de lo que él juzgaba insolencia del Senado por dar órdenes a todo un Emperador, le irritaba grandemente el hecho de que también le negaba “su” triunfo y que regresaría a Roma como un vulgar gobernador de provincias de visita a la capital, acompañado tan solo de sus fieles germanos y de escasas tropas, que debería dejar acampadas fuera de la Urbe, por la razón de que desde los lejanos tiempos de la antigüedad republicana, ningún general podía entrar en la sagrada Roma al mando de sus legiones armadas, y quienes lo hicieron fueron recordados como tiranos para la Eternidad.

Pupieno se dirigió al Senado escoltado por Wigmar y sus germanos, donde le esperaba su socio Balbino y el muchacho de tan solo trece años de edad, adoptado como el sucesor de ambos, el joven Gordiano, llamado el Piadoso, nieto y sobrino de los dos Gordianos muertos durante la revuelta de África contra Maximino.

Pupieno marchaba a caballo por las calles de Roma entre los abucheos e insultos del populacho, que le seguía odiando. La caballería de sus germanos le rodeó y protegió con sus escudos ovalados, a fin de evitar que la lluvia de huevos, verduras y fruta podrida le alcanzasen; el pueblo se enfureció más al ver que lo protegían unos bárbaros.

Por orden del prefecto del pretorio, las cohortes de Marco formaron dos poderosos cordones de seguridad a ambos lados de la calle que daba al Foro de César, donde se encontraba la sede del Senado, la Curia Julia.

Los pretorianos y las cohortes urbanas contenían a la plebe con sus escudos; tenían la orden tajante del Senado de no provocar heridos, salvo si la situación fuera más grave.

Al llegar Pupieno a las escalinatas de la Curia, el prefecto del pretorio Pinario Valente, su segundo en el mando Marco Valerio y los tribunos de los pretorianos, le saludaron brazo en alto.

—¡Salve César!

Pupieno, malhumorado como de costumbre, respondió al saludo con desgana.

Pinario Valente detuvo a los germanos de Pupieno.

—¡Vosotros, germanos! ¡Aguardad afuera! No se os permite el paso.

Pupieno detuvo su marcha y volteó su cabeza hacia Valente, irritado.

—¿Qué nueva afrenta es esta, prefecto? Estos hombres vienen conmigo y me sirven desde que yo era gobernador en Germania.

—Son órdenes del noble Balbino y el Senado, noble César; como comprenderás, no queda decoroso que soldados de origen bárbaro entren en la Curia.

—¡Está bien, prefecto! ¡Acabemos con esto! ¡Wigmar, espera afuera con tus hombres! ¡Prefecto, condúceme al Senado!

Balbino le esperaba sentado en su sitial, con el manto de la púrpura imperial sobre sus hombros y la corona de laurel bañada en oro sobre su cabeza, mientras que él, Pupieno, parecía un simple legado del ejército, con la barba crecida y sucio, que venía de realizar maniobras.

Los casi novecientos senadores se levantaron de sus asientos y saludaron a Pupieno, brazo en alto, aclamándole de manera calurosa, y el viejo paranoico llegó a inquietarse, pues se vio a sí mismo como un nuevo Cayo Julio César a punto de ser apuñalado por ellos.

—¡Salve, noble César! ¡Salve noble Pupieno! ¡Salve, Príncipe!

Pupieno pidió silencio al Senado con sus delgados brazos extendidos.

—Decidme, senadores... ¿Por qué me es negado mi triunfo sobre el proscrito Maximino? ¿No deberíais honrarme a mí, el salvador de Roma, en mi justo y ganado triunfo, como Marco Clodio Pupieno Máximo “Trácico”?

Uno de los senadores, con desvergüenza exclamó:

—¿Acaso has conquistado la Tracia, Pupieno Máximo?

Los nobles senadores de Roma rieron la ocurrencia de su osado colega.

El apacible y tranquilo Balbino carraspeó. Incómodo por la embarazosa

situación, se levantó de su sitio y corrió a abrazar a su socio en el poder.

—Pupieno, mi noble amigo... Me alegro de tu vuelta sano y salvo, gracias a los dioses.

—¿Y mi triunfo, Décimo? El Senado y tú lleváis causándome problemas desde que partí hacia Ravenna para frenar la invasión del rebelde Maximino. ¿Por qué?

—Tu triunfo te será concedido, mi noble amigo, dentro de dieciséis días, al finalizar los Juegos Capitolinos que darán comienzo mañana.

—¡Dioses! ¡Es cierto! ¡Los Juegos Capitolinos! Tanta guerra ha afectado mi memoria.

El apacible y tranquilo Balbino celebró jocosamente las palabras de su socio en el poder.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja! Estás envejeciendo deprisa, noble Clodio Pupieno.

—Estos absurdos juegos en los que no se derrama sangre... Atletas, acróbatas, poetas y músicos; le restarían importancia a mi triunfo ante el pueblo.

—Recuerda, mi noble amigo, que fue el noble cónsul Marco Furio Camilo quien los instauró hace muchos siglos para conmemorar la victoria en el monte Capitolio sobre los galos que habían atacado Roma.

Uno de los senadores pidió la palabra y aclamó a Pupieno. La puesta en escena había sido cuidadosamente preparada por Balbino y el Senado para aplacar el disgusto del cascarrabias Pupieno.

—¡Marco Clodio Pupieno Máximo, vencedor del tirano Maximino!

Los senadores otorgaron una gran ovación al victorioso Marco Clodio Pupieno Máximo, quien pareció tranquilizarse y rogó silencio.

—¡Senadores! El noble Balbino y yo gobernaremos el Imperio con vuestra sabia guía. ¡Que Júpiter nos haga tan sabios como Augusto y tan afortunados como Trajano!

Los senadores volvieron a ovacionar esta vez a ambos Emperadores y les aclamaron entre vítores.

El astuto Pupieno ya se encargaría de este idiota de Balbino y de los senadores que se le opusieran tras su triunfo. Usaría a estos pretorianos y a sus legiones para obtener todo el poder para él.

Sí, él lo haría y se convertiría en el único Emperador y gobernaría a su antojo, sin la engorrosa oposición de Balbino y del Senado.

La paz había vuelto a Roma.

Los Juegos Capitolinos estaban a punto de dar comienzo y el ambiente de fiesta y algarabía invadió al pueblo romano.

Pupieno y Balbino aparentaban gobernar el Imperio prudentemente y con mutua armonía con la colaboración del Senado.

Pupieno se rodeaba cada vez más por sus leales guardias germanos, algo que inquietó a los pretorianos, que veían amenazada su posición como guardianes de la seguridad de los Príncipes; temían que él influyera en el impresionable Balbino y ambos tuvieran el pretexto para deshacerse de ellos y disolver las cohortes de la Guardia Pretoriana, para devolverlos al ejército y hacerles perder sus numerosos privilegios.

Demasiados Emperadores habían sido asesinados y derrocados por estos terribles soldados, desde el loco y tirano Calígula hasta el joven y bondadoso Alejandro Severo.

Pupieno se dirigía a las sesiones del Senado escoltado por su guardia germana, sin su armadura y con su toga de magistrado, cubierto por la capa de púrpura, que le daba la dignidad imperial.

Los Juegos Capitolinos tocaban ya a su fin, después de dieciséis días de certámenes y festejos.

El prefecto de la Guardia Pretoriana, Pinaro Valente, miraba a Pupieno y a sus germanos con odio.

—Maldito viejo loco..., este pretende disolvernó y mandarnos de vuelta a las legiones.

El procurador Marco Valerio Celer se le acercó.

—Mi señor, he visto a Pupieno acompañado de estos germanos desde que le tuve frente a mí. El tracio también tenía una guardia escogida entre germanos y también nos despertó el odio a los pretorianos contra él.

—Este quiere deshacerse de nosotros y que le guarden sus putas bárbaras.

—Yo estoy contigo, mi señor. Mi espada te apoyará en lo que me ordenes. Esto ya lo he visto con anterioridad en el tracio, Pupieno quiere acabar con nosotros, sin duda.

—Bien, procurador, mañana finalizan los juegos. El pueblo estará entretenido. Reunirás a los hombres e impedirás que los germanos entren en el Senado. Mataremos a Pupieno y le daremos todo el poder al noble Balbino.

Otra vez...otra vez... no...otra vez...

De nuevo, Marco se vio envuelto en una conspiración para matar a un

César.

¿Por qué él, Marco, no podía contenerse y guardar silencio?

¿Qué le importaba ya Roma y el Imperio, y los malditos pretorianos?

Mas ahora no podía abandonar a los pretorianos y regresar a su tierra natal, a labrar la tierra, tomar una buena esposa campesina y vivir sus últimos días en paz como era su deseo.

Ahora, Pinario Valente ordenaría su muerte si lo intentaba, pues Marco conocía su traición.

¿Los pretorianos? Esos malditos rufianes ya le daban lo mismo, otros como ellos le traicionaron a él una vez y quisieron entregarle a la muerte para salvarse.

Sí, Marco guardaría silencio y haría lo que tuviera que hacer, si era ese el designio de los dioses que quisieron conservarle la vida, después de tantas batallas y aventuras.

A la mañana siguiente, Pupieno salió de palacio hacia la Curia del Senado escoltado como siempre de sus germanos.

Esta vez, el viejo Pupieno llevaba la púrpura imperial, pero sobre su armadura de Emperador y sus armas.

Buscaba intimidar a Balbino y al Senado. Estaba molesto y enfurecido con ellos, pues hoy era el último día de los Juegos Capitolinos y no percibió que se preparara ninguna ceremonia para celebrar su pretendido triunfo sobre Maximino.

Como de costumbre, el madrugador Balbino llegó al Senado antes que él, escoltado por el Prefecto Valente y sus pretorianos.

Pupieno entró en el Senado y los pretorianos cerraron rápidamente sus puertas para impedir que Wigmar entrara con sus hombres.

Marco salió al paso del germano, quien quedó al frente de sus hombres en la escalinata.

—Espera aquí fuera con tus hombres, germano. Ha habido quejas de los nobles senadores por vuestro olor. Tú y los tuyos apestaís, escoria bárbara.

Wigmar iba a desenvainar su espada para matar al insolente pretoriano por esta afrenta, y sus hombres le amenazaron con sus lanzas, pero Marco fue más rápido y le puso la punta de la suya sobre su vientre.

—Adelante, perro germano... Dame una buena razón para matarte.

Los pretorianos de Marco les rodearon amenazadores.

—¡Centuriones! ¡Vigilad a los germanos, que tiren sus armas! En caso

contrario, matadles.

—Sí, mi señor... ¡Vamos, escoria! ¡Ya habéis oído al noble procurador! ¡Tirad vuestras armas!

Wigmar y sus soldados miraron a su alrededor. Estaban rodeados por los pretorianos y el resto de las cohortes marchaban detrás de él, cerrándoles la retirada.

Los germanos arrojaron sus armas asustados y esperaron.

Los senadores saludaron a Pupieno, el cual, como era costumbre en él, respondió malhumorado.

Balbino se acercó a abrazarle, gesto que repetían cada mañana delante de los senadores y los pretorianos.

—¡Salve, noble Príncipe! ¿Cómo vuelves a llevar tu armadura, mi noble amigo? ¿Acaso los bárbaros vuelven a atacar nuestras fronteras?

Pupieno estaba a punto de estallar de ira delante de los senadores. Y de los pretorianos.

—Hoy es el último día de los Juegos y aún no habéis dispuesto nada para otorgarme mi merecido triunfo. ¿Por qué?

Balbino no supo contestarle y miró nervioso a los casi novecientos senadores allí reunidos.

—Marco Clodio, yo....

—¿Qué te sucede, Décimo? ¿Acaso yo no merezco un triunfo? ¿Y dónde están mis germanos? ¿Por qué has impedido su entrada?

El viejo Balbino pareció empezar a perder su correcta compostura y natural afabilidad. Él recibía a Pupieno como un héroe, se alegraba sinceramente de su regreso porque no era hombre ambicioso en el invierno de su tranquila vida y, en cambio, este maldito Pupieno le recriminaba sin razón por algo que no entendía.

—¿Un triunfo, dices, Pupieno? Querías regresar a Roma como un conquistador victorioso para hacerme sombra y deshacerte de mí, ¿no es así, Clodio Pupieno? Nunca aceptaste de buen grado que el Senado me nombrara también a mí, junto a ti. Tú ambicionas todo el poder para ti solo.

—¿Y por eso has impedido que mis germanos me acompañen hasta aquí, Décimo? ¿Qué es lo que temes? ¿Que te mate?

La discusión entre ambos vejestorios se intensificó, subió de tono hasta el punto de que los cónsules y senadores se inquietaron nerviosos en sus escaños y murmuraban entre ellos por el lamentable espectáculo que les daban.

Además, el viejo Pupieno iba armado.

El prefecto del pretorio y su lugarteniente Marco Valerio entraron con sus pretorianos, alarmados por las fuertes voces que se escuchaban desde afuera.

—¿Tus germanos, dices, Marco Clodio? ¿Esa banda de bárbaros mercenarios malolientes? No temo nada de ellos si me protegen mis pretorianos.

—¿"Tus pretorianos"? ¿Desde cuándo son de tu exclusividad? Los pretorianos volverán al ejército y mis germanos les sustituirán, en cuanto te haya apartado a ti de mi lado, viejo gusano inútil. ¿Qué sabrás tú de cosas de soldados?

La acalorada discusión que sostenían ambos ancianos parecía el acto de una comedia griega en el teatro, si no fuera porque esos dos cómicos eran los Emperadores de Roma y el teatro, su Senado.

Los dos abuelos llegaron a las manos, se insultaron y se gritaron cada vez más, ante el estupor e incredulidad de los senadores y de los pretorianos presentes, quienes escucharon también la inoportuna amenaza de disolverlos y devolverlos a las legiones para ser reemplazados por los germanos, esa tropa de patanes extranjeros y arribistas.

Ambos se golpeaban a manotazos de manera ridícula. Parecían dos viejos gallos picoteándose en el corral.

Y Pupieno tocaba el mango de su envainada espada.

El prefecto del pretorio y el procurador pretoriano Marco Valerio desenvainaron sus espadas y mataron a ambos Emperadores, les atravesaron sus costados y espaldas. Ambos gritaron y cayeron fulminados sobre un gran charco de sangre.

Los Senadores estaban paralizados por el terror. Los murmullos cesaron de inmediato. El tenso silencio y el espanto cortaban el ambiente. Los pretorianos, esa banda de asesinos que habían puesto o depuesto Emperadores a su antojo y conveniencia, esa pandilla de ambiciosos canallas, acababan de dar otro de sus golpes de Estado frente a sus patricias narices. Las hojas de las espadas del prefecto y su segundo al mando goteaban la abundante sangre de Balbino y Pupieno.

La Guardia Pretoriana podía aprovechar esta ocasión y disolver el secular Senado romano, arrestar a sus miembros o, peor aún, asesinarlos sin piedad. Olvidaban que la mayor parte de ellos, a pesar de ser nobles y muchos ancianos y gordos hoy día, fueron también soldados, como ellos.

Podían elegir a uno entre ellos y proclamarlo César o, peor aún, rey, palabra maldita entre los romanos, para que gobernara como un soberano absoluto, como un tirano de Asia.

La Curia del Senado se inundaba de pretorianos, que la ocupaban por las armas.

Pinario Valente recogió la corona de oro de Balbino manchada de sangre con la punta de su espada y se la quedó mirando en el aire de forma ávida.

Los senadores estaban paralizados sobre sus asientos, presos del pánico, pues temían ser también masacrados por los terribles pretorianos.

Marco reaccionó rápidamente cortándole el brazo a su prefecto, con la espada y la corona colgando aún de su mano; este miró de forma incrédula el gran chorro de sangre que brotaba de su muñón, dando alaridos, para morir inmediatamente de una veloz y terrorífica estocada en el rostro dada también por el propio Marco, que le rompió los dientes y la nariz y cortó su cara en dos.

Marco miró la corona, bañada sobre el gran charco de sangre del enlosado de la Curia, mientras se ponía inmediatamente en guardia contra sus propios hombres.

Pero, lejos de atacarle, sus pretorianos desenvainaron sus terribles espadas y las alzaron en alto.

—¡Salve, Marco Valerio Celer! ¡Salve César!

Y los asustados senadores se levantaron de sus asientos y vitorearon también al tribuno Marco Valerio, brazo en alto, para intentar salir con vida en el día de hoy.

—¡Salve, César! ¡Salve, Marco Valerio Celer Germánico!

El torvo y feroz Marco estaba perplejo, mas no se dejó arrastrar por los acontecimientos.

Los pretorianos y senadores le seguían vitoreando a él como a su nuevo Emperador.

El joven Gordiano, muerto de miedo y olvidado por todos, fue descubierto por la mirada de Marco entre la masa vociferante de los senadores.

Marco alzó su espada para ordenar silencio.

El temeroso Senado de Roma calló.

—¡Eh, cachorro! ¡Joven Gordiano! ¡Ven aquí! ¡Baja! ¡No temas!

Dos senadores, dos viejas raposas adúladoras, para agradecer a su presunto

y flamante nuevo Emperador, agarraron al chico, que tiritaba de miedo, y lo llevaron casi a rastras ante él, al mismo niño que nombraron ente ovaciones tres meses atrás como sucesor de Pupieno y Balbino.

Le miró con sus ojos adustos y feroces, severo.

Todos creyeron que iba a cortarle la cabeza con su espada ensangrentada, aún en su mano.

Marco, en cambio, recogió del suelo con la punta de su espada la corona manchada de sangre, la agarró y la limpió con desprecio sobre las blancas togas de los dos viejos y alarmados senadores que le habían entregado al muchacho, y la colocó sobre la cabeza de este, ante la sorpresa de todos.

Marco le saludó con el puño sobre el pecho e inclinó la cabeza con respeto.

—¡Salve, noble César!

Sus pretorianos, estupefactos, no entendían nada.

—¡Vamos, bastardos! ¡Honrad al César! Honradle o todos moriremos aquí en este día de hoy.

Los pretorianos titubearon pero, al final, convencidos, alzaron sus espadas al aire y vitorearon al nuevo Emperador.

—¡Salve, Gordiano! ¡Salve, César!

Los senadores les imitaron, bajaron de sus sitios y le aclamaron con los brazos alzados. Pronto rodearon al muchacho, pero los pretorianos les apartaron a empujones y lo alzaron sobre ellos y le colocaron la capa de púrpura ensangrentada del infortunado Balbino.

—¡Salve, César! ¡Salve, Marco Antonio Gordiano Pío! ¡Salve, noble Príncipe!

El muchacho miró todavía asustado desde las alturas el feroz rostro de Marco, atravesado por su terrible cicatriz, quien se quitó el casco e inclinó su cabeza, para mirarle después con severidad.

—Salve, César.

Gordiano el Piadoso fue proclamado nuevo Emperador por el Senado y los pretorianos, tras el asesinato de Pupieno y Balbino. Así lo cuenta la Historia.

Marco arrastró el cadáver de Balbino y lo arrojó sobre la escalinata del Senado, ante la sorprendida vista de los germanos que aguardaban fuera y del resto de sus tropas.

La muchedumbre del pueblo romano, que seguía insultando al odiado

Pupieno, arreció más su ira, pues creyó que este había matado al honrado Balbino.

Wigmar exigió al procurador de los pretorianos ver a su señor, pues temió por él.

Marco le miró y, sin responderle, entró de nuevo al Senado y arrastró el cadáver de Pupieno, para arrojarlo a los pies del comandante de sus germanos.

—¡Toma!

Los germanos quedaron paralizados, desarmados y a merced de los terribles pretorianos, ante la muerte violenta de su señor.

Los germanos intentaron resistir pero, su comandante, el báltico Wigmar, juzgó acertadamente que toda resistencia era inútil y que morirían por nada. Al fin y al cabo, el viejo Pupieno siempre les trató con severidad.

Marco arrojó el cadáver de este sobre las escalinatas, junto al de Balbino.

Los gritos e insultos de la plebe cesaron poco a poco y se transformaron en murmullos y finalmente, en respetuoso y temeroso silencio.

—¡Pretorianos! ¡Traed al cachorro!

Los soldados indicaron a Gordiano que saliera al exterior. El chico titubeó, pero Marco le llamó desde fuera.

—Muchacho, sal y conviértete en el César. Tranquiliza al pueblo, él te aclamará.

Gordiano salió, arrastraba la capa de púrpura imperial sobre sus delgados hombros por lo menguado de su estatura de preadolescente.

El pueblo de Roma le aclamó y lloró de alegría.

Gordiano empezó a comportarse como un Emperador y saludó al pueblo con majestad. Los senadores salieron tras él para dar la imagen total de legitimidad al nombramiento.

Los germanos observaban la escena boquiabiertos, pero Marco les sacó de su ensimismamiento.

—¡Eh, germanos! ¡Honrad al César! ¡Honrad a Gordiano! ¡Vamos, perros, obedeced!

Wigmar llevó su puño a su acorazado pecho e inclinó la cabeza con respeto, imitado por sus hombres.

—Nosotros volvemos a nuestro país, romano. Has matado a nuestro noble señor, a quien servíamos desde hace años con lealtad; no queremos

morir aquí, sino en nuestra tierra, así que... ¡Vete al infierno, pretoriano!

Marco le sonrió, sarcástico.

—Nos veremos allí, germano.

Marco Valerio miró al joven príncipe con su mirada adusta y severa. Más le valdría a Gordiano el Piadoso ser un buen Emperador.

Este le devolvió la mirada y se la sostuvo. Sí, Gordiano empezaba a ser un Emperador. El miedo desapareció de su semblante y sonrió al pretoriano, quien le correspondió, satisfecho.

Los cadáveres de Pupieno y Balbino fueron cruelmente ultrajados por el pueblo de Roma, arrastrados con ganchos de carnicero por sus calles hasta el Capitolio y arrojados a las escaleras Gemonias para que los perros devorasen su carroña, antes de ser arrojados a las aguas del Tíber.

Pupieno y Balbino fueron Emperadores de Roma durante cien días.

El popular y humilde barrio de la Suburra bullía de actividad. Los mercaderes y charlatanes alababan sus mercaderías y las prostitutas se ofrecían desde las puertas de los sucios burdeles, con las cortinas de los umbrales descorridas y sus pechos y muslos desnudos

Jóvenes efebos se ofrecían también a discretos hombres que pagaban bien sus artes amatorias.

Los borrachos bebían y reían en las tabernas, y los numerosos ladrones corrían perseguidos como conejos tras “trabajar” las bolsas de monedas de los incautos que acudían a los mercados.

Orestes caminaba con la cabeza cubierta por sus sucias y atestadas callejuelas.

Iba armado.

Las paredes estaban cubiertas de *graffiti*:

“Tito Aurelio es un cornudo”

“Pupieno, púdrete en los infiernos”

“Cristianos a los leones”

“Yusef el judío es un ladrón”

“A Cayo Cato le dan por el culo”

“Electra, tuya por cinco ases”

Orestes a punto estuvo de ser alcanzado por alguien que arrojó agua sucia a la calle.

Desorientado, anduvo sin rumbo por la Suburra.

Un viejo borracho fue arrojado desde el interior de una taberna al sucio

adoquinado de la calle, delante de Orestes.

—¡Fuera de mi establecimiento, viejo borracho! ¡Y no vuelvas más sin monedas! ¡Y toma tus malditas fábulas, no me interesan!

Unos tubos cerrados de cuero, que contenían pergaminos enrollados, fueron arrojados por el tabernero a las espaldas del viejo carcamal.

El populacho se rio cruelmente de él.

Orestes le levantó.

El viejo le miró con sus ojos vidriosos y enrojecidos. Su aliento apestaba a vino.

—¿Quién eres tú, ciudadano, que me salvas del barro de la miseria? Que los dioses te protejan.

El viejo desvariaba hablando el latín con un acento que le era entrañablemente familiar a Orestes y que no escuchaba desde hacía tres largos años.

—¿Eres tú acaso un griego de Asia, viejo?

—¿Quién eres tú, joven? Llevas espada... ¿Eres un soldado?

Orestes le habló en griego, en el dialecto de los bitinios, una mezcla de griego y frigio.

—Yo soy Orestes de Tesalia, viejo, tratante de ganado.

—No pareces tesalio por tu habla, joven Orestes.

—Llevo mucho tiempo fuera de mi país, viejo, mi oficio me obliga a viajar mucho, he estado muchos años en Asia, en la tierra de los frigios.

—¡Oh! Comprendo, joven Orestes. Apíadate de este viejo y dale unas monedas para poder comer hoy.

Orestes llevaba aún algunas monedas en su zurrón, pero dudó.

Jesús aún estaba en su corazón.

—Ven conmigo, viejo, te daré de comer.

La taberna estaba atestada de gentuza esa hora nona.

Orestes y el viejo comían una escudilla de gachas de trigo, acompañadas de algo de pan y queso de cabra.

—Yo soy Herodiano de Pérgamo y fui esclavo, y más tarde liberto imperial del divino César Severo Alejandro. Fui su escriba y secretario.

—Desvarías, viejo. Si fuiste su liberto, ¿por qué continúas aún con vida? Oí decir que los hombres del tracio mataron a muchos de los que rodeaban a Severo.

—Intentó matarme, vaya si lo intentó ese perro inmundo, muchacho... Lo

tuve tan delante de mí como te tengo aquí a ti ahora. Y por los dioses que solo continúo ahora con vida gracias a mi ingenio, pues logré convencerle de que mi miserable persona podía serle muy útil escribiendo las gestas de sus guerras y principado.

—¿Estuviste en Germania, viejo? ¿Y en Panonia?

—Sí, muchacho, sí. Y he visto muchas atrocidades en esos tres largos años al servicio del tirano Maximino. Y también fui testigo de su caída y su horrible fin. Ahora, joven Orestes, mi propio fin está ya próximo, la oscura Hécate reclama mi espíritu para llevárselo al profundo y oscuro Hades. Y no viviré mucho tiempo... Los dolores consumen mi decrepito cuerpo y la memoria me comienza a fallar.

Herodiano le entregó los tubos de cuero que contenían sus manuscritos.

—Ten, Orestes, mis libros que yo escribí, te los entrego a ti, muchacho, guárdalos bien para la posteridad, intuyo que eres hombre sabio y justo. Yo continuaré mendigando monedas a los que se apiaden de mí, hasta que la muerte me sobrevenga.

—Pero, pero... Yo no sé leer ni escribir, viejo.

—Lo sé, muchacho, no eres un tratante de ganado en realidad, ¿cierto?

El viejo le guiñó el ojo y Orestes se inquietó.

—No temas, es habitual en estos tiempos no hacer preguntas. Soy un viejo decrepito y miserable, pero yo he visto mucho en mi dilatada vida y he reconocido en tu mirada desconfiada la de un antiguo esclavo, pues yo mismo lo fui, como te dije. Yo también soy un fugitivo, escapé de Pupieno porque quiso matarme cuando leyó lo que yo escribí sobre él. Guarda mis crónicas, contienen la “Historia Romana”, que yo escribí durante años. La historia de los Césares y de sus intrigas y sus guerras, desde el divino Marco Aurelio hasta el reciente advenimiento del joven Gordiano. Yo moriré pronto, mi vida se apaga.

Herodiano le entregó la obra de su vida.

—Guárdalos bien, muchacho, algún día aprenderás a leer y a escribir. Que los dioses te guarden y guíen tu camino.

El anciano Herodiano se limpió la boca con el dorso de la mano y se levantó de la mesa para irse.

—¿Sabes una cosa, viejo? Yo conocí también a esa bestia de Maximino. Una vez luché y maté a un hombre en la arena para divertirle, en Sirmium. Adiós, viejo, que Dios te proteja y te dé una buena muerte en paz.

Herodiano, sorprendido de que el joven que acababa de alimentarle fuera uno de esos cristianos, divagó con la mirada perdida hacia el infinito.

—“Dios...”. El Dios de los cristianos, al que jamás representan en imágenes y al que nunca comprendieron el pueblo y los Césares, y al que el joven Severo estuvo a punto de incluir junto a los demás dioses. ¿Sabías eso, muchacho? ¿Muchacho...?

Pero Orestes ya no le escuchaba, había desaparecido con los libros de Herodiano.

En el Foro, la noble Julia Terencia pujaba en la subasta de esclavos.

Marco, desde la distancia, la observaba mientras sujetaba las riendas de los caballos del tiro de su carro.

Un séquito de aduladores pretendientes la cortejaban y ella, la muy zorra, se dejaba querer. Todos eran maduros patricios y caballeros del orden ecuestre de gran fortuna.

Ella reía frívolamente los comentarios y cumplidos de sus admiradores, esos mequetrefes de culo perfumado, a los que Marco el soldado, Marco el plebeyo y campesino, menospreciaba.

La mujer le descubrió y le miró a los ojos. Le ignoró deliberadamente y fingió reír con jocosidad y desvergüenza con sus elegantes y refinados pretendientes, a la vez que admiraba los grandes falos de los jóvenes cautivos expuestos desnudos para su venta, la mayoría ya nacidos en cautividad, pues Roma ya no emprendía en ese tiempo guerras de conquista.

Marco se enfureció, fustigó con el látigo a los cuatro caballos del carro y se marchó a sus cuarteles.

Conducía veloz y temerario, en su cólera, por las calles de Roma; derribó los puestos de los mercaderes y amenazó con atropellar a los ciudadanos que se encontraba a su paso.

Salió de la Urbe y llegó a la Castra Praetoria. Bajó disgustado de su carro y entregó las riendas de los caballos a un sirviente.

Entró en su aposento y lanzó su espada con ira, para clavarla fuertemente sobre la madera de los estantes donde se apilaban numerosos rollos de documentos y bebió vino hasta caer borracho de nuevo sobre su lecho; la gran jarra de barro se rompió sobre el frío suelo, caída de su mano vencida por el sueño.

Era la primera vez en años, excepto cuando fue cautivo del tracio, que Marco dormía sin su espada al alcance de la mano.

Marco soñaba, agitado. Soñaba que era hecho cautivo por orden del joven Gordiano.

Marco se vio a sí mismo en sueños encerrado y encadenado en el Tullianum, sucio y maltrecho tras ser golpeado y maltratado por sus propios hombres.

Los pretorianos entraron en su mazmorra.

—Venimos a matarte, procurador Marco Valerio Celer. Te cortaremos la cabeza y se la presentaremos al César, y tu cuerpo será arrojado a las escaleras Gemonias con ignominia.

—Acabad pronto, perros.

Los pretorianos lo agarraron de los escasos cabellos y le decapitaron.

La sangre de Marco caía de su cercenado cuello a borbotones sobre la paja de la lóbrega y húmeda mazmorra, mientras el centurión que le ejecutó levantaba su cabeza y observaba la expresión del rostro de Marco, quien le miraba con ojos fijos y la boca entreabierta, parecía que pretendiera mandarle al infierno después de muerto.

Marco despertó de forma súbita. Estaba cubierto de sudor. El sueño de su fin era muy real, demasiado para no tenerlo en cuenta.

Sólo porque rehusó ser el César no llevaba sobre sus hombros la pesada púrpura imperial.

Alguien muy poderoso, entre las sombras de la traición, podría sentirse amenazado por el ascendiente de Marco entre sus peligrosos hombres, los cuales no dudarían tampoco en eliminarle si el oro deslizado a sus manos era suficiente.

Marco buscó instintivamente su espada con su mano. No estaba junto a él. En su resaca de borracho recordó haberla clavado en el armario de los archivos.

El dolor de cabeza y el sueño volvieron a vencerle.

Un centurión interrumpió el sueño de su borrachera.

—¡Salve, mi señor! ¿Procurador?

El centurión se dio cuenta de que Marco había bebido demasiado y se le acercó para tocarle, pero este se despertó de nuevo de forma repentina y le puso la punta de su puñal en la garganta.

—¿Qué sucede, centurión?

—El galo, ese Gannicus... se ha vuelto loco. Comenzó a beber vino sin medida con los hombres, para afirmar que solo los de la IV Legión Itálica eran

dignos de ser llamados hombres y el resto, incluyendo a los pretorianos, eran ramerías del César.

—¿Y eso es todo, centurión?—Marco se palpaba su dolorida cabeza.

—No, mi señor, hay más aún. Lucilio Casto...

—¿Lucilio Casto? No comprendo, centurión... ¿Quién demonios es ese Lucilio Casto? ¡Explícate!

—Tú aún no le conoces, mi señor. Lucilio Casto es uno de los pretorianos a quien el perro guardián del tracio, ese Vitaliano, quiso ejecutar por apoyar a los aliados del “hijo de Mamea”. Tuvo que huir de Roma para no ser muerto, pero Vitaliano mató a su esposa e hijos. Casto se unió a las legiones de Pupieno hasta su regreso a Roma.

—Comprendo, centurión. Espero que ese Lucilio Casto no haya sido excesivamente herido por el galo.

—Lucilio Casto fue pugilista antes de soldado y él y el galo se enzarzaron en una pelea. Casto le dio una buena paliza al galo, pero este acabó matándolo rompiéndole el cuello. Los hombres casi matan al galo, de no ser porque yo aparecí en el lugar, alertado por el tumulto.

—¡Maldito galo cabeza hueca! Di, centurión, ¿han sido alertados los tribunos y el nuevo prefecto?

—No, mi señor. He considerado lo correcto decírtelo primero a ti.

—Bien, centurión, has obrado con sensatez. Tráeme al galo.

Los pretorianos llevaron con grilletes en manos y pies a Gannicus; lo arrastraron a la presencia de Marco, quien se hallaba sumergiendo su pesada cabeza en un gran barreño de madera con agua fría para despejarse.

Gannicus había recibido una brutal paliza por el tal Lucilio Casto y había sido golpeado también por los hombres. Tenía los ojos morados, la nariz rota y le sangraban los pómulos y el partido labio. Ordenó a sus hombres que le quitaran las cadenas y les dejaran solos.

—Te veo mal, galo.

Gannicus vomitó copiosamente sobre el enlosado del aposento.

Marco le agarró por las axilas y lo arrojó de cabeza al pesado barreño de agua fría y se la sumergió repetidas veces, a pesar de sus protestas, maldiciones y resistencia.

Tras esto, Marco le soltó, dejando libre al peligroso e impredecible celta.

—No es lugar este para mí, mi señor.

—¿Qué te sucede, galo maldito? ¿No quieres ser pretoriano? La paga es el doble que la de un legionario. Es un gran honor el que el viejo Balbino te dio.

—Me cago en ese honor, mi señor.

Marco debió enfurecerse, pero algo le reprimió. El comentario le hizo gracia y empezó a reírse bien a gusto.

—¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja! ¡Maldito galo del infierno! ¡Ja,ja,ja, ja, ja, ja! Hemos pasado mucho juntos, galo, no voy a castigarte, como bien mereces. Juraste una vez por tus antepasados servirme con tu vida.

—Lo sé, mi señor, pero... pero...

—Habla, galo, te escucho, no temas.

—Con parte de la paga de pretoriano he comprado una hermosa mujer, una esclava, una ramera árabe, de ojos y cabellos oscuros como la noche, piel morena y cuerpo de diosa; le daré la libertad, la convertiré en mi esposa y me engendraré hijos fuertes y robustos que me cuidarán en mi vejez. ¿Sabes, mi señor, que yo fui herrero antes de bandolero y gladiador?

—No sé por qué, galo, intuía que una mujer andaba por en medio; pero has matado a un hombre, a un guardia pretoriano, un crimen que se castiga con la muerte por decapitación... ¿qué voy a hacer contigo, necio?

—Yo solo quise defenderme de ese maldito loco. —Escupió un diente con sangre en el suelo—. Ese perro me hubiera matado a mí, era muy fuerte, muy fuerte, parecía una roca, mis golpes no le derribaban y cada vez me atacaba con más furia, jamás tuve un adversario así... Salvo tú mismo, mi señor.—Marco le sonrió— Los demás pretorianos no nos separaron, en lugar de eso, nos jaleaban y animaban a que nos matáramos y hacían apuestas sobre nosotros.

—Comprendo, galo, pero has cometido un crimen y debes ser castigado por ello.

—Pero fue en defensa propia, mi señor, ese bastardo me hubiera matado, tenía la fuerza de un oso salvaje.

Marco se dio una palmada en su cansada frente y se dejó caer sentado sobre su lecho, abrumado por los acontecimientos. No quería perder a otro amigo.

—Si has de matarme, que sea en lucha, mi señor. Me debes el desquite por nuestro primer combate en Panonia.

Marco le observó.

—No dudo de que ahora me vencerías, galo, sin duda, aun estando herido y exhausto, pues la victoria es para el hombre de cuya vida depende. Ven conmigo.

Marco se dirigió a su mesa, mojó en el tintero su cálamo de escriba y redactó en un pergamino un salvoconducto para Gannicus, en el que le concedía libertad de movimientos por todo el Imperio; pero dudó un instante. Quemó el pedazo de pergamino en la llama de la lámpara de aceite y volvió a redactar otro a favor de Lucio Felix Quintiliano, centurión de la IV Legión Itálica, licenciado con honor.

Rebuscó en un pequeño saco de cuero y sacó el anillo con el sello del viejo Pupieno, que le robó cortándole el dedo después de matarlo. Era costumbre entre los pretorianos saquear a sus víctimas tras eliminarlas.

Fundió lacre en la llama de la lámpara y lo dejó caer goteando al pie del documento para estampar sobre este el sello de Pupieno.

—Toma, galo, ahora te has convertido en ese bastardo de Lucio Felix, ya nadie recordará su muerte. Eres libre, puedes irte. Coge a tu puta árabe y vete.

Gannicus, agradecido, se arrodilló ante él, pero Marco le levantó.

Gannicus y Marco se encontraban ahora lejos del Castra Praetoria, a salvo de indiscretas miradas. Marco le había sacado de allí encadenado, conducía él mismo su carro, para llevarlo supuestamente a presencia del nuevo prefecto del pretorio en el Palatino.

Quitó los grilletes de las muñecas del celta.

—Aquí estarás a salvo por el momento, galo. Baja del carro, eres un hombre libre. El galo Gannicus vuelve a ser un proscrito de la justicia romana. ¡Salve, centurión Lucio Felix Quintiliano!

—Nunca imaginé, mi señor, que llegaría a apreciar el nombre de ese maldito hijo de perra que me maltrataba y robaba mi dinero ganado en las peleas.

El galo dio un abrazo de oso al pretoriano.

—¡Que los dioses te protejan, mi señor! ¡Nunca te olvidaré!

—¿Qué dioses, los tuyos o los míos?

—¿Qué más da?

—Anda, galo, vete ya, corta tus barbas para no ser reconocido por algún idiota y ve a buscar a tu ramera, fornicar con ella y engendra robustos cachorros pelirrojos de piel morena; desaparece de mi vista, huye de Roma, es mi última orden.

Gannicus dirigió unas últimas palabras a su amigo.

—¿Sabes una cosa, mi señor?

—No, di, galo...

—Tú hubieras sido un gran gladiador.

—Y tú hubieras sido un buen pretoriano —se quitó el casco—. ¡Hazlo ya...!

Gannicus le dio un puñetazo en la cara al procurador que casi le parte el pómulo. El pretoriano quedó aturdido en el suelo.

Así parecería que Gannicus habría escapado al atacar al oficial que lo custodiaba, y este quedaría libre de cualquier sospecha de haberle liberado.

Y ambos guerreros se separaron para siempre de esta vida.

Era ya el atardecer, casi caía el crepúsculo, cuando el procurador pretoriano Marco Valerio Celer, magullado, regresó a los cuarteles pretorianos de las afueras de Roma, con el pómulo sangrando.

No recordaba que este maldito galo pegaba tan fuerte, desde aquella pelea en la lejana Panonia.

Había vuelto tarde a sus cuarteles a propósito para dar la alarma de la fuga del celta cuando este estuviera bien oculto y posiblemente lejos de Roma.

Una lujosa litera de manos portada por fornidos esclavos negros le esperaba.

La cortinilla de su interior se descorrió.

La hermosa Julia Terencia le sonrió.

—Ven, Marco, mi amado. Vámonos a casa.

Epílogo

—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Despierta!

Pero el viejo Orestes de Tesalia dormía ya el sueño de la muerte.

—¡Maestro! ¡No...!

Su joven diácono y escriba lloró amargamente su final.

Se puso el manto, pues en la Capadocia las noches eran gélidas, y recogió los manuscritos de papiro en los cuales el anciano obispo de los cristianos de la región le dictó el relato de su vida y la del terrible Marco Valerio Celer, desde el asesinato de Alejandro Severo en Germania hasta la proclamación del joven Gordiano.

Marco... ¿qué habrá sido de él?

Y Gannicus, el galo...

Hombres violentos para un tiempo turbulento y convulso, como convulsos eran aún los días de hoy, en los que los cristianos volvían a ocultarse de la persecución pagana que esta vez buscaba como fin su absoluto exterminio.

Junto a los manuscritos se encontraba la “Historia Romana”, escrita por el liberto Herodiano tras la muerte del cruel Maximino el Tracio, donde se narran los sucesos que tuvieron lugar desde la muerte de Marco Aurelio hasta el año de los Seis Emperadores.

El joven besó la amplia frente de Orestes, le cubrió la cabeza, guardó los papiros en su alforja y abandonó las profundas y oscuras catacumbas donde los cristianos se ocultaban esos días. Se dirigiría a su Atenas natal, ya que muerto su maestro y mentor Orestes y huidos, apresados o muertos los demás cristianos de la comunidad, ya nada le ataba aquí; estas cavernas acabarían siendo descubiertas también por los hombres del impío gobernador de la provincia, el cual, para agrandar al Augusto, ponía un celo terrible en la persecución y exterminio de los seguidores de Cristo.

—Llegaste a convertirte en príncipe entre los cristianos, griego.

—Ya te dije, mi señor, que este maldito griego era uno de ellos, aunque

siempre lo negara...

El viejo Orestes abrió sus cansados y arrugados ojos desde la oscuridad de su lecho, pues la luz regresó a ellos de forma milagrosa. Volvía a ver.

—¡Romano! ¡Tú...! ¡Y este maldito demonio galo...! Y mis ojos ven otra vez... ¿Qué magia maléfica es esta? ¡Fuera de mi presencia, demonios del infierno! ¡Venís a atormentarme! ¡El romano y el galo están muertos!

—No somos demonios, griego. Y seguimos tan muertos como tú lo estás ahora.

—¿Muerto? ¿Muerto, dices?

Gannicus bebió un trago de su odre de vino y eructó ruidosamente.

—Ya te dije, mi señor, que este perro cristiano no estaba bien de la cabeza.

—Muerto... ¿Y mi esposa y mi hijo? Debo estar en el infierno, con vosotros.

—Tal vez, griego... Tu Dios judío sigue sin escucharte.

El fantasma de Marco se despidió.

—¡Suerte, Orestes, que tu Dios guíe tu camino hacia la luz!

Y los espectros de ambos guerreros se difuminaron entre las tinieblas hasta desaparecer.

—¡Marco! ¡Marco! ¡Gannicus! ¡Aguardad!

El silencio y la oscuridad, en lugar de ellos.

Orestes recuperó el vigor y el aspecto de su juventud, el lastimoso viejo había desaparecido.

Una mano familiar se posó en su hombro.

—El Señor te ha concedido el descanso de la muerte por fin, hijo mío.

—¡Antonino! ¡Tú aquí..., vivo!

—Sí, vivo en la otra vida, Orestes, en la vida eterna. Escucha... El silencio, ¿lo oyes? Esta es la paz de la muerte, pero no temas, porque el Señor, del que tú dudaste y renegaste en el pasado, vendrá muy pronto a juzgarte, hijo mío.

—Yo dudé de Él, Antonino, cuando a mi esposa y a mi pequeño se los llevó la plaga. Renuncié a Él en mi cólera, desenterré los ídolos paganos y le negué para salvar mi vida. Y ahora las llamas del infierno me esperan.

—Como siempre, dudas, Orestes. Nunca aprenderás... ten fe, la vida espera.

—¿La vida? ¿Qué vida, Antonino? ¿Antonino?

El espectro de Antonino ya no estaba junto a él.

De pronto, la oscuridad de la tétrica caverna desapareció y Orestes, en su aspecto de joven pastor, se vio andando por una verde pradera.

—¡Pelias! ¡Pelias! ¿Por qué continúas caminando? ¿No ves que tu camino ya ha terminado?

Un joven con resplandeciente túnica blanca, de hermoso rostro y voz tranquila le hablaba a sus espaldas.

—Pelias, hijo mío, soy yo, tu Dios.

—¡Señor! ¡Señor! No soy digno de mirar tu faz.

—Aquel que me ve, vivirá junto a mí en el Paraíso.

La aparición se desvaneció.

—¡Señor! ¡Señor! ¡No me abandones!

Y Orestes, el griego, antes Pelias, el esclavo bitinio, se encontró terriblemente solo y rompió a llorar sentado en la fresca hierba con la cabeza entre sus manos.

—Esposo mío, ven... Has tardado mucho, pero te esperé. Sabía que vendrías a mí.

—¡Silvia! ¡Silvia! ¡Mi amada!

El niño ya gateaba entre la verde hierba y las fragantes flores del jardín y miraba y sonreía a su padre.

Pelias el esclavo fugitivo de Bitinia; Orestes el griego, el pastor de cabras y fabricante de quesos de Panonia; Orestes el gladiador, Orestes el obispo de Capadocia.

Abrazó y besó a su joven esposa y levantó a su pequeño retoño en brazos, lloraba de alegría y gozo y loaba al Señor.

Sí, la vieja cabaña seguía en pie y sus vecinos volvían a ser los amistosos campesinos que le acogieron una vez como a uno de los suyos sin hacer preguntas.

Vivían felices y en paz con sus semejantes y la terrible plaga no existía.

El pequeño Marcio encerraba el rebaño en el corral y corrió a abrazarse a Orestes, con sus labios manchados de moras.

Y Antonino rezaba sentado en su roca con su mirada perdida en la lejanía.

FIN

Sobre el autor

Emilio F. Díaz Lara (Tortosa, 1967), es funcionario público y aficionado a los deportes de fuerza, donde ha llegado a competir a nivel nacional como levantador de potencia.

De carácter curioso, siente fascinación por la Historia, convirtiéndose en un ávido lector del género histórico.

El invierno de las águilas es su primera obra como autor.

Agradecimientos

A todos los que me habéis ayudado en el camino con vuestro apoyo y vuestros comentarios. Gracias por vuestra confianza en mi trabajo, en mí.

A ti, lector o lectora, por abrir las páginas de este libro, por leer la obra.

-
- [1] Maguncia (Alemania sudoccidental)
 - [2] Aproximadamente 2'40 metros. Posiblemente, Maximino fue un enfermo de gigantismo.
 - [3] Estrasburgo (Alsacia francesa)
 - [4] Wiesbaden, cerca de Maguncia
 - [5] Colonia (Alemania occidental)
 - [6] Mar del Norte
 - [7] Augsburgo (Baviera, Alemania)
 - [8] Sremska Mitrovica (Serbia)
 - [9] Treveris (Sur de Alemania)
 - [10] Mar Negro
 - [11] Katwijk (Holanda)
 - [12] Arles (Provenza, sur de Francia)
 - [13] Lyon (Francia oriental)
 - [14] Unos trece kilómetros
 - [15] Mar Adriático
 - [16] Antigua ciudad romana, al este de Viena (Austria)
 - [17] Viena
 - [18] Szombathely (Hungría)
 - [19] Budapest (Hungría)
 - [20] Ptuj (Eslovenia)
 - [21] Marsella (sur de Francia)

[\[22\]](#) Liubiana (Eslovenia)